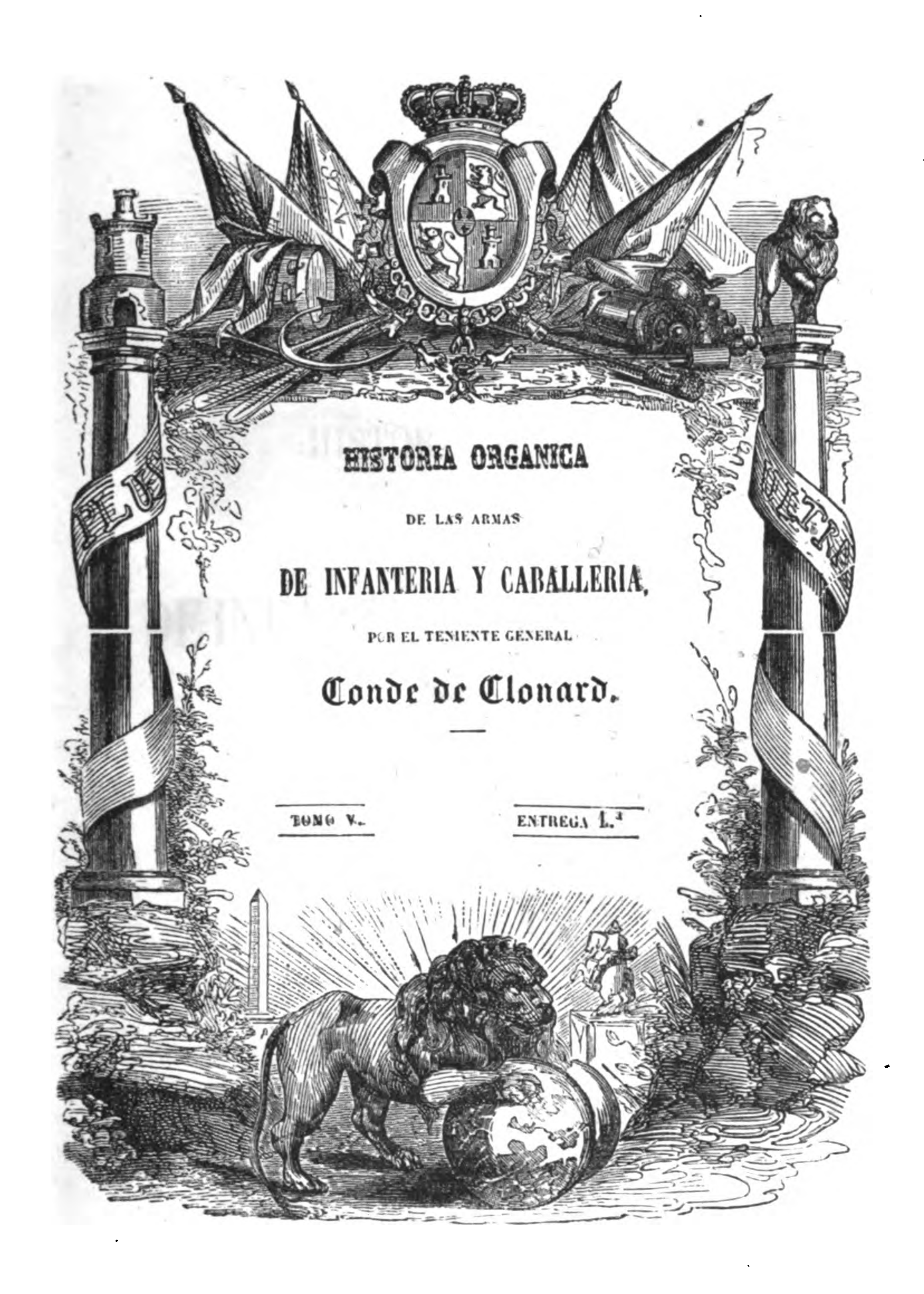
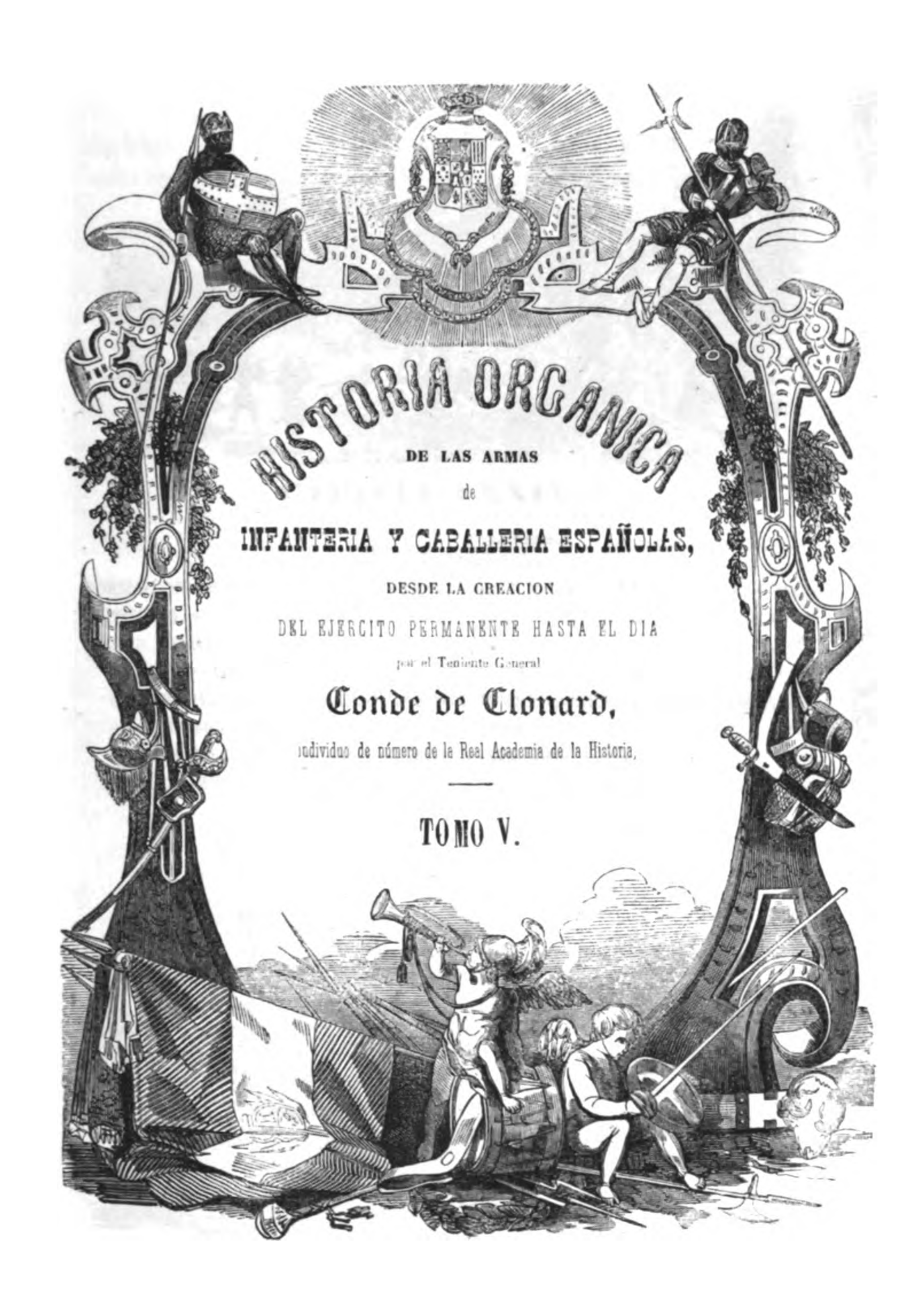

HISTORIA ORGANICA
DE LAS ARMAS
DE INFANTERIA Y CABALLERIA,
POR EL TENIENTE GENERAL
Conde de Clonard.
TOMO V.
ENTREGA 1.ª

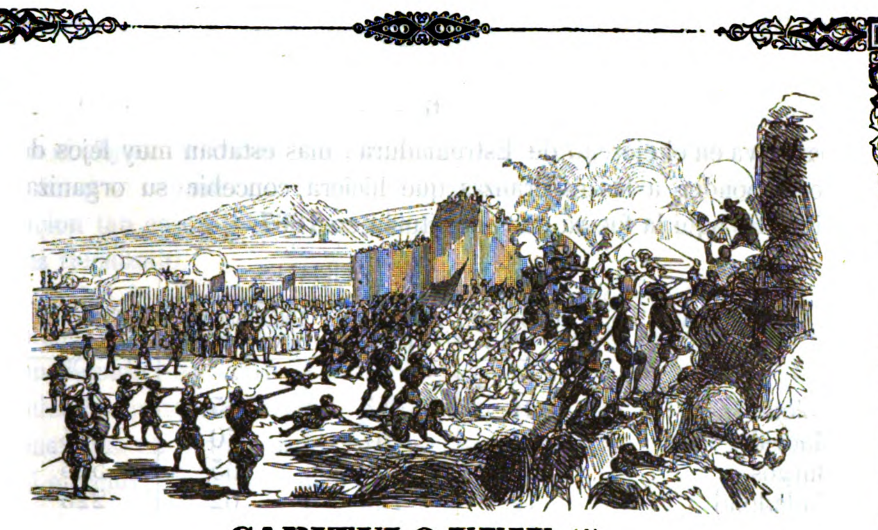
HISTORIA ORGÁNICA

DE LAS ARMAS

DE INFANTERIA Y CABALLERIA.

Madrid 1854.—Imp. del Boletin de Jurisprudencia,
á cargo de Castillo, calle del Rio, 6.

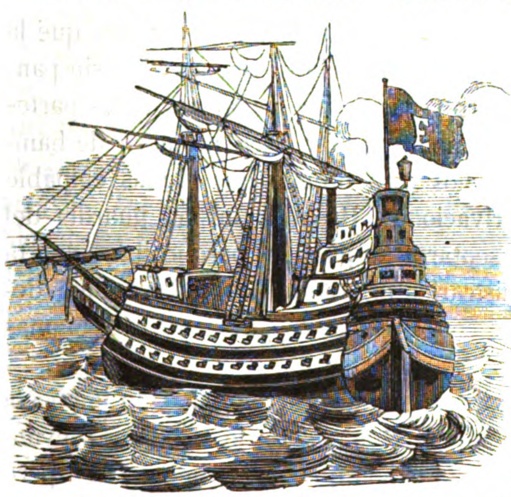

HISTORIA ORGANICA
DE LAS ARMAS
de
INFANTERIA Y CABALLERIA ESPAÑOLAS,
DESDE LA CREACION
DEL EJERCITO PERMANENTE HASTA EL DIA
por el Teniente General
Conde de Clonard,
individuo de número de la Real Academia de la Historia,
TOMO V.



CAPITULO XXIX (1).

1664.--1700.

FORMACION DE CINCO TERCIOS.—DEPLORABLE ESTADO DEL EJÉRCITO.—VESTUARIO.—NUEVO REGIMIENTO DE GUARDIAS.—SU EQUIPO.—MOTIVOS QUE DAN LUGAR A SU DISOLUCION.—CREACION DE LAS COMPAÑIAS DE GRANADEROS.—ADOPCION DEL FUSIL Y DE LA BAYONETA.—FUERZA DE LOS TERCIOS PROVINCIALES EN 1690.—NUEVO ALISTAMIENTO DE PROVINCIALES.—DISPOSICIONES RELATIVAS Á LA ORGANIZACION DE LA RESERVA.—FORMACION DE DIEZ TERCIOS.—JEFES NOMBRADOS PARA SU MANDO.—INSTRUCCIONES QUE SE LES DAN.—HABERES DE LAS CLASES DEL EJÉRCITO.



L pensamiento de D. Lope de los Rios se habia llevado á cabo. Los tercios, cuya formacion se habia decretado por Felipe IV en el año de 1664, se organizaron en el siguiente, y en 1666 hallá-

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XXV de id., pág. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo IV, página 154: XXIII de id., pág. 268; XXIII de id., pág. 392; XVIII de id., pág. 460.

banse ya en el ejército de Estremadura; mas estaban muy lejos de corresponder á las esperanzas que hiciera concebir su organizacion. Hé aquí la fuerza que constituian en 1667.

TERCIOS.	Número de compañías.	OFICIALES. De primeras planas.	OFICIALES. Reformados y aventajados.	TROPA.
Toledo.	21	143	65	493
Madrid.	21	137	70	515
Búrgos.	17	118	65	523
Valladolid.	17	125	62	223
Córdoba	16	113	70	368
	92	636	332	2122

De suerte que esta division modelo, que debia servir de base á la organizacion del arma, solo contaba 2122 individuos de tropa con 636 oficiales de primeras planas y 332 reformados y aventajados. Y no se diga que el hierro y las fatigas pudieron mermar sus filas; porque la campaña de 1666 fué insignificante, y en la de 1667 se ajustó la paz con el Portugal. La causa del estado de postracion y de nulidad en que se encontraban, no era otra que la espantosa miseria á que se veian reducidos. Sin sueldo, sin pan, sin ropa, no les quedaba otro recurso que vagar por todas partes y buscar por sí propios el alimento preciso para no morir de hambre, no recibiendo sus servicios otro premio que el mas culpable olvido y las mas duras privaciones. Hasta la misma guardia del rey se avergonzaba de presentarse en público, porque iba cubierta de andrajos, por no suministrarles el estado los haberes que devengaban, lo que hacia que con frecuencia carecieran de lo mas preciso para su sustento.

Y no es porque las provincias no llenasen la obligacion impuesta por Felipe IV con respecto al entretenimiento de los tercios levantados; las provincias pagaban el cánon que se les impuso (1); pero nunca llegaban á manos de los tercios los fondos que se mandaban

(1) Archivo de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajo 2162.

con el objeto de cubrir sus necesidades; lo que nada tenia de estraño si se considera el desórden y el despilfarro de una administracion tan corrompida y tan miserable como la del reinado del infeliz Hechizado.

Falto de capacidad y de carácter para hacer frente á las maquinaciones que se urdian en torno suyo, Cárlos II no podia llevar con dignidad un cetro que rindiera mas de una vez el robusto y poderoso brazo de Cárlos V y Felipe II; hubo de entregarse á personas que en todo pensaban menos en el bien del pais y el lustre del ejército, saqueando el tesoro y malversando los fondos destinados á la manutencion y equipo de los cuerpos que combatian en diferentes puntos de Europa.

Por decreto de 1668 tuvo lugar una reforma en el ejército, y en virtud de ella fué declarado tercio ordinario, el de la guardia real, cuyo cuadro pasó con este objeto á la capital de Andalucía, donde fué organizado, con la denominacion de Sevilla por el maestre de campo general, conde de Humanes (1).

En este tiempo llevaba el soldado en lugar del capotillo de dos haldas, la casaca francesa denominada *justa-cor*, cuyas mangas anchas se doblaban por su estremo hasta el codo asi como ambos delanteros, resultando de este modo una especie de solapa que bajaba desde el cuello hasta el estremo de la parte inferior. El justacor tenia en sus dos costados bolsillos con tres ojales y botones; la corbata de lienzo morlés habia reemplazado la golilla, continuando los gregüescos, calcetas y zapatos enlazados como en el reinado anterior. En lugar del talabarte se adoptó el tahalí para la espada. Llevábase el pelo mas largo que en tiempo de Felipe IV y con *crencha*, es decir, con una raya que lo partia en dos mitades que caian por ambos lados sobre los hombros y espaldas. Este peinado tomó despues el nombre de *Nazareno*.

A los piqueros se les quitó la armadura de los brazos y manos, quedándoles solo el peto y espaldar sin faldon.

Las casacas de los tambores y pífanos se guarnecian con la franja de la casa real de Austria, escaqueada de encarnado y blan-

(1) Archivo general de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajo 2162.



co, añadiéndose las mangas perdidas á la raiz de los hombros.

Véase la lámina 13.

Los números 1 y 2 representan un tambor y un pífano con el traje que acabamos de describir (1).

El número 3 es un alférez con igual vestido, pero sin franja y con bandera nacional.

En 1669 se formó otro regimiento de guardias. Motivóse la organizacion de este cuerpo con la necesidad de dar colocacion á tantos jefes y oficiales de mérito como habia dejado sin destino la última reforma; pero el verdadero móvil de este pensamiento fué la necesidad de reunir en un cuerpo preferente los mejores elementos de fuerza que reunia el ejército, á fin de oponer á las miras de D. Juan de Austria una barrera en que se estrellaran sus esfuerzos por dominar á la reina gobernadora y hacerse dueño de la situacion durante la menor edad de Cárlos II. El padre Nithart, el secretario del consejo de Aragon, D. Diego de Sada y el marqués de Aitona, fueron los autores de este proyecto (2) que fué aprobado por el consejo de la guerra (3), siendo objeto de un maduro exámen de parte del distinguido marqués de Buscayolo (4). Admitíale este ilustrado militar, como una base fija y bien entendida para la reforma de nuestra infantería. Tomó este cuerpo el nombre de *regimiento* al mando de un coronel, teniente coronel y sargento mayor; constaba de catorce compañías, compuesta cada una de ciento cincuenta mosqueteros con igual número de coseletes armados de picas. El vestuario que se le dió consistia en el justacor que ya hemos descrito, de paño amarillo, llamada comunmente *casaca*, guarnecida por sus costuras con franja de la casa real, escaqueada de blanco y rojo; un calzon gregüesco, media encarnada, zapato de becerro blanco con lazos rojos, corbata y sombrero denominado *chambergo* (5);

(1) Estan tomados de un grabado que representa los honores fúnebres de la duquesa de Osuna.

(2) Biblioteca real.—Est. H.—Cod. 12.

(3) Archivo de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajos 2165 y 2193.

(4) Opúsculos militares.

(5) Llamábase así por haberlo introducido el mariscal Schomberg cuando vino á auxiliar á los portugueses.



1 2 3

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris A de Bayalos lith

con un tahalí, sarta de cargas, frascos y el armamento correspondiente.

El vestuario completo del soldado de este regimiento, le constituian ademas de las prendas de que hemos hecho mérito, un jubon de bombasí doble, con mangas del mismo género, forrado de lienzo de Pueblas; dos camisas de lienzo de Pontarea de á vara y media de largo, y dos corbatas de bocadillo. Los zapatos eran de baqueta de Moscovia, de á cuatro suelas, y el sombrero entrefino, de Alcántara, siendo el valor total de este juego de prendas, ciento ochenta y siete reales de vellon (1).

La existencia de esta guardia no fué muy larga. Despues de muchos escándalos ocasionados por la ambicion de D. Juan de Austria, consiguió éste quedarse dueño de la voluntad y persona del rey, y tan pronto como se vió en esta posicion, hizo que se alejara de la córte el cuerpo de que se trata. El 28 de enero de 1677 salió de Getafe para Alicante, en cuyo puerto se embarcó para Sicilia, reducido á tercio ordinario de infantería, y poco despues se dictó la órden de su estincion y amalgama en los cuerpos del ejército de Italia.

Desde la invencion y uso de las granadas de mano en la infantería, elegíase para arrojarlas cierto número de soldados valientes y robustos; pero habiendo dado lugar en algunas naciones á la creacion de las compañías de granaderos, la consideracion de que estos hombres habian de formar una fuerza aparte, el rey consultó á su consejo de la guerra sobre el mérito de esta innovacion en 12 de abril de 1685, y habiéndola juzgado útil el cuerpo consultivo, espidióse el decreto siguiente:

«Teniéndose no solo por útil sino necesaria la introduccion de compañías de granaderos en mis ejércitos como se estilan en las de otros Príncipes á que da justo motivo la forma con que se sirven dellas los enemigos, para poderles hacer oposicion y ofensa con igualdad de armas en las operaciones, he resuelto que en cada uno de los ejércitos de Cataluña, Flandes y Milan se formen cuatro compañías de á cincuenta hombres cada una, soldados y reformados con

(1) Archivo de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajo 2194.

sus oficiales, escogiéndose los que fueren mas á propósito para este manejo y armándolas con *fusiles* (escopetas largas) y bayonetas que se puedan fijar en ellos de manera que despues de haber disparado les sirvan como chuzos ó medias picas, y cuando se ofrezca empleen estas compañías en partidas interpresas y en ocupar pasos y desfiladeros como lo pidiese la ocasion ó la necesidad, y que en los puestos, guardias y puertas de las plazas haya siempre granadas para lo que ocurriere entregándolas como las demás armas al capitan y sargento que mudaren á los que salen.

»Y para alentarlos á este servicio, en lugar de ventaja se les podria doblar la racion del pan por remuneracion y alivio de la fatiga que tuvieren en las correrías y otras facciones que se les recrescen, como en salir mezclados en mangas ó con caballería ó con tropillas pequeñas, cuando sea menester, para lo cual son mas á propósito los *fusilieros* (escopeteros de chispas) (sea con el saquillo de las granadas ó sin ellas) que los que llevan armas mas pesadas y de cuerda, de manera que en estas operaciones se logre la conveniencia de observarse lo mismo que usaren los enemigos y hallen siempre con iguales prevenciones ó la oposicion ó la ofensa.

»Y respecto de que no solo conviene que los granaderos esten armados de *fusiles* (escopetas) sino que como se ha estilado en otros tiempos los usen tambien los cabos de escuadra y algunos soldados reformados con llaves de chispa y cuerda, respecto de que en ataques, en partidas y otras faenas con dias de mucha agua suelen ser inútiles las mechas, será bien se vuelva á introducir esta disposicion en la forma que pareciere mas propia y conveniente al servicio.

»Tambien pide muy particular providencia el punto que toca á minadores que son igualmente necesarios en la defensa como en la espugnacion de las plazas. Y así he resuelto que tambien se forme compañía de ellos en cada uno de los tres ejércitos referidos.

»Sobre cuyos presupuestos os mando y encargo muy particularmente procureis ir disponiendo cuanto antes en ejecucion deste despacho, dándome cuenta de su observancia y de todo lo que obiere en su cumplimiento como lo fio de vuestras aplicaciones. De Madrid á 26 de abril de 1685 (1).»

(1) Archivo general de Simancas.—Estado, núm. 3911.

En 1686, D. Francisco Antonio de Agurto, gobernador y capitan general de los Paises Bajos, encareció la necesidad de reclutar una fuerza de cuarenta mil hombres para poner coto á las incursiones de los franceses, pudiendo en su concepto mantenerse con las rentas que S. M. tenia en Flandes y que ascendian á millon y medio de florines; con los ochocientos mil que pagaba el Bravante y los seiscientos mil que rendian las provincias de Güeldres, Hainaut, Limburgo y Namur, y con las entradas y salidas de los dominios del rey que no bajaban de un millon y quinientos mil florines. Asegurado de este modo su entretenimiento, era de parecer que se distribuyesen en veinte y cinco tercios de mil doscientos españoles y estranjeros, satisfaciendo á cada peon siete florines y el pan de municion.

El pensamiento de Agurto mereció la aprobacion del soberano, y en 3 de febrero del mismo año se verificó la reforma, quedando por ella en pié cinco tercios españoles. Pero los medios con que contaba para el entretenimiento de esta gente, no correspondieron á sus esperanzas; estos cuerpos, como los anteriores, como los de Flandes é Italia, se vieron sumidos en la mas completa miseria. Siempre hambrientos, siempre desnudos y descalzos, escitaban la compasion ó servian de blanco á los tiros de la malignidad (1).

Asi es que todo el mundo huia del servicio de las armas; que

(1) El caos y desórden en que tenian la administracion militar los asentistas y logreros, hizo esclamar á un poeta en estos términos:

¿Qué importa y qué daño ha procedido
por haberse perdido la Mamora?
Y si Alarache se ha perdido ahora,
¿qué presagio fatal puede haber sido?
Si Melilla se pierde, ¿qué hay perdido?
¿si este mismo riesgo Ceuta llora.
Si Orán tambien que el Evangelio adora,
al Alcoran se viese reducido?
¿Qué importa que las playas andaluzas,
de la ley evangélica enemigos,
inunden berberiscos tafetanes?
que resuciten los valientes *Muzas*;
Y faltando Witizas y Rodrigos,
¿qué importa que haya sobra de Julianes?

se tocaban cada dia mayores dificultades para verificar el reclutamiento, y que cada año los resultados eran menos favorables, porque no ingresaba en el ejército mas que gente perdida que aceptaba el servicio como único recurso para librarse de los rigores del hambre.

Hemos visto en otra parte (1) que el rey D. Felipe IV habia decretado la formacion de algunos tercios provinciales permanentes, que debian servir de base y de modelo para la reforma de la infantería. Estos cuerpos se formaron efectivamente, y aunque no dejaron de pasar por algunas vicisitudes, llenaron hasta cierto punto el objeto que motivó su creacion. Por el estado siguiente que hemos encontrado en el archivo general de Simancas, dedúcese la fuerza que tenian estos tercios en 1690.

Nombre primitivo	Nombre por el que se les conoce.	Gente que tienen segun la muestra de 28 de diciembre de 1690.	Número de las compañías que han salido de Madrid.	Gente que se ha enviado de Madrid.	Recrutas de las ciudades en dos compañías por cada tercio.	Total.
Toledo......	Azules.....	512	4	226	102	840
Madrid......	Colorados.	491	4	245	100	836
Sevilla......	Morados...	649	3	205	55	909
Búrgos......	Amarillos.	626	4	227	153	1006
(2) Cordoba.	Verdes.....	533	3	198	83	814
	Totales........	2811	18	1101	493	4405

Despues de la organizacion de que hemos hecho mérito, se habia establecido en las milicias una junta que entendia en todo lo relativo á este instituto, y en cada provincia se nombró un tesorero por la Corona, á propuesta de la junta, para recaudar el tributo de los esceptuados. Estas sumas se remitian al superintendente que las depositaba en la caja general, conocida con el nombre de *Bolsa de milicias*, y los pagamentos de los tercios provinciales se sacaban de este depósito de cuarenta y cinco en cuarenta y cinco dias.

En 1692 tratóse de hacer un nuevo alistamiento de los milicianos, que dió el resultado siguiente:

(1) Tom. 4.°—Cap. 26.—Pág. 420 y siguientes.

(2) Córdoba (que fué antes tercio viejo de la armada) volvió á la marina, y el tercio provincial de Valladolid, tomó el nombre de tercio provincial de Córdoba.

	PUEBLOS.	RESULTADO. Hombres.	Armas.
	Valladolid..	3,674	165
219	villas, lugares y partidos de su jurisdiccion.	21,044	1,303
	Toledo..	3,145	492
57	villas y lugares de su partido. . .	8,487	1,073
	Villanueva de la Serena..	519	79
15	villas y lugares de su jurisdiccion. .	3,059	476
	Olmedo..	299	11
4	lugares de su jurisdiccion. . . .	752	45
	Badajoz..	1,580	321
34	lugares de su jurisdiccion. . . .	6,569	1,639
	Coria..	230	70
14	lugares de su jurisdiccion. . . .	1,916	499
	Cáceres..	768	250
2	lugares de su jurisdiccion. . . .	811	163
	Cuenca.	960	101
2	lugares de su jurisdiccion. . . .	936	208
	Almagro..	1,532	238
46	lugares de su partido.	12,382	1,092
	Toro..	930	132
18	lugares de su jurisdiccion.. . . .	3,485	283
	Alcántara...	527	102
18	lugares de su jurisdiccion.. . . .	3,870	1,074
	Tordesillas..	417	29
9	lugares de su jurisdiccion.. . . .	608	28
	Medellin..	308	63
2	lugares de su jurisdiccion.. . . .	1,357	166
	Gata..	267	87
3	lugares de su jurisdiccion.	308	107
	Madrigal..	141	16
	Avila..	1,003	62
	Plasencia...	784	308
	Segovia..	1,965	137
101	lugares y partidos de su jurisdiccion.	13,263	946
	Zamora..	1,204	182
172	lugares de su jurisdiccion.	8,605	1,958
	Arévalo..	380	53
	Palencia..	1,828	415
23	lugares de su jurisdiccion.. . . .	5,574	461

	Medina del Campo...	875	37
23	lugares de su jurisdiccion..	2,218	108
	Leon..	1,037	369
14	lugares de su jurisdiccion..	3,868	523
	Llerena..	1,072	178
25	lugares de su jurisdiccion..	6,589	1,461
	Trujillo..	956	738
37	lugares de su jurisdiccion.. . . .	3,328	505
	Guadalajara..	734	34
301	lugares de su jurisdiccion..	11,924	1,370
	Ponferrada..	500	41
87	lugares de su jurisdiccion.. . . .	3,909	265
	Reinosa..	130	46
130	lugares de su jurisdiccion..	3,833	567
	La ciudad de Sevilla..	16,081	2,387
72	ciudades y villas de su jurisdiccion. .	25,164	4,083
	La ciudad de Córdoba...	6,097	1,107
59	ciudades y villas de su jurisdiccion. .	31,342	4,378
	La ciudad de Jaen..	3,499	624
10	villas y lugares de su jurisdiccion. .	3,169	377
	La ciudad de Carmona..	1,681	213
8	villas y lugares de su jurisdiccion. .	2,807	333
	La ciudad de Sanlúcar de Barrameda..	2,483	593
1	villa de su partido.	293	24
	La ciudad de Velez-Málaga.. . . .	1,228	312
11	villas y lugares de su distrito. . .	1,633	742
	La ciudad de Alcalá la Real.. . .	1,331	67
3	ciudades y villas de su distrito. . .	2,557	484
	La ciudad de Ronda..	1,849	333
18	villas y lugares de su jurisdiccion. .	3,063	1,020
	Las ciudades de Ubeda y Baeza.. . .	3,669	703
23	villas y lugares de su jurisdiccion. .	6,859	1,117
	La villa de Osuna..	1,945	169
7	villas y lugares de su jurisdiccion. .	3,850	673
	La ciudad de Andújar...	1,944	477
2	villas de su partido..	573	80
	Las cuatro villas de la Hoya de Málaga...	2,052	662
	La ciudad de Almería...	1,002	380
16	villas y lugares de su partido.. . .	3,873	1,218
	Las ciudades de Guadix y Baza.. . .	2,046	206

7	villas y lugares de su jurisdiccion. .	1,867	404
	La ciudad de Gibraltar..	932	582
	La ciudad de Tarifa..	1,047	270
	La ciudad de Lorca..	3,301	1,118
1	lugar de su jurisdiccion.	106	61
	La ciudad de Cádiz..	3,914	547
	La ciudad de Motril..	799	227
	La ciudad de Murcia y los vecinos de su campo y poblacion..	4,449	2,299
2	villas de su distrito.	804	343
	La ciudad de Chinchilla..	718	302
7	villas y lugares de su distrito. . . .	2,707	973
	La ciudad de Villena..	660	237
2	villas de su jurisdiccion.	949	251
	La villa de San Clemente. . . .	730	142
23	villas y lugares de su jurisdiccion. .	6,292	1,208
	La ciudad de Alcaraz..	515	97
26	lugares de su jurisdiccion. . . .	5,910	813
	La villa de Agreda..	724	137
16	villas y lugares de su distrito. . .	641	
	La villa de Molina...	520	115
62	villas y lugares de su jurisdiccion. .	3,895	585
	La ciudad de Soria...	812	183
100	villas y lugares de su jurisdiccion. .	6,493	1,003
	La ciudad de Logroño..	1,056	169
7	villas y lugares de su distrito. . . .	2,565	656
	La ciudad de Santo Domingo de la Calzada.	416	102
40	lugares de su distrito.	7,071	1,244
	La ciudad de Burgos..	1,867	371
23	villas y lugares de su jurisdiccion. .	4,466	292
	En el reino de Galicia segun la última muestra que se pasó de las milicias que en él se observan, se hallaron.	112,527	

RESUMEN GENERAL.

Hombres alistados. 465,307

Armas.	Mosquetes y arcabuces.	57,302	Total... 59,015 (1)
	Picas.	1,250	
	Alabardas.	402	
	Partesanas	61	

(1) Archivo general de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Leg. 2296.

La relacion que acabamos de publicar, manifiesta el triste estado en que se hallaba la fuerza pública en el tiempo á que nos referimos. El personal era numeroso, ¿pero de qué servia el poder disponer de muchos hombres, si no habia con qué armar sus brazos?

En diciembre de 1693 sometiéronse á la deliberacion y exámen del consejo de la guerra varias cuestiones de organizacion, y se resolvió entre otras cosas, que los cinco tercios provinciales constasen de mil plazas cada uno, distribuidas en quince compañías, inclusa la del maestre de campo. Los de la costa y casco de Granada debieron someterse á la misma disposicion, teniéndose dispuestos los 20,000 escudos que requeria su saca y formacion, para cuando conviniese realizarlas. Finalmente, el tercio de ciudades que mandaba el maestre de campo D. Diego del Manzano, se reunió de nuevo y fué declarado provincial.

Pocos dias despues volvió el gobierno á ocuparse sériamente de la importante cuestion de la reserva, que dió lugar á largas é interesantes discusiones.

Ya en 1691 habia mandado el rey, al arzobispo de Zaragoza, gobernador del consejo de Castilla, que conferenciase con el marqués de la Granja, sobre la forma de restablecer las milicias conforme á lo mandado por Felipe II, y que sobre el resultado de estas conferencias consultase á la junta que se formó para este efecto, y que se componia del condestable de Castilla, conde de Melgar, duque de Montalto, marqués de la Granja, y D. Juan de la Carrera. Esta junta trabajó sin levantar mano, como lo demuestran las consultas de 21 y 30 de julio de dicho año, y las de 19 de enero, 22 de marzo, 9 y 10 de abril, y 11 de octubre de 92, en que dieron tantas pruebas de su ilustracion y de su celo por el lustre del trono y el bien del pais. En la del 16 de febrero de 1693, formularon de nuevo sus ideas sobre este asunto con mas precision, y «se dió regla (1) al buen logro del restablecimiento de milicias, del diezmo del vecindario, en la forma que las mandó formar el Sr. D. Felipe II, destinadas solamente para defensa de las costas y fronteras, sin que en ningun tiempo se las pudiese obligar á otra cosa; y en esta conformidad, habiéndose hecho cómputo por las listas que se pidieron á

(1) Archivo general de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajo 2926.



los pueblos de sus vecindarios, pareció entonces habia 465,503 personas de tomar armas, sin los 4000 hombres que estan señalados en Navarra en cuatro tercios formados para la defensa de sus fronteras; que los 152,592 hombres de Galicia, estaban formados, habiéndose constituido aquel reino en la permanencia de ellas, desde las guerras con Portugal, que en las dos costas de Andalucía tambien las habia existentes y formadas de infantería y caballería.»

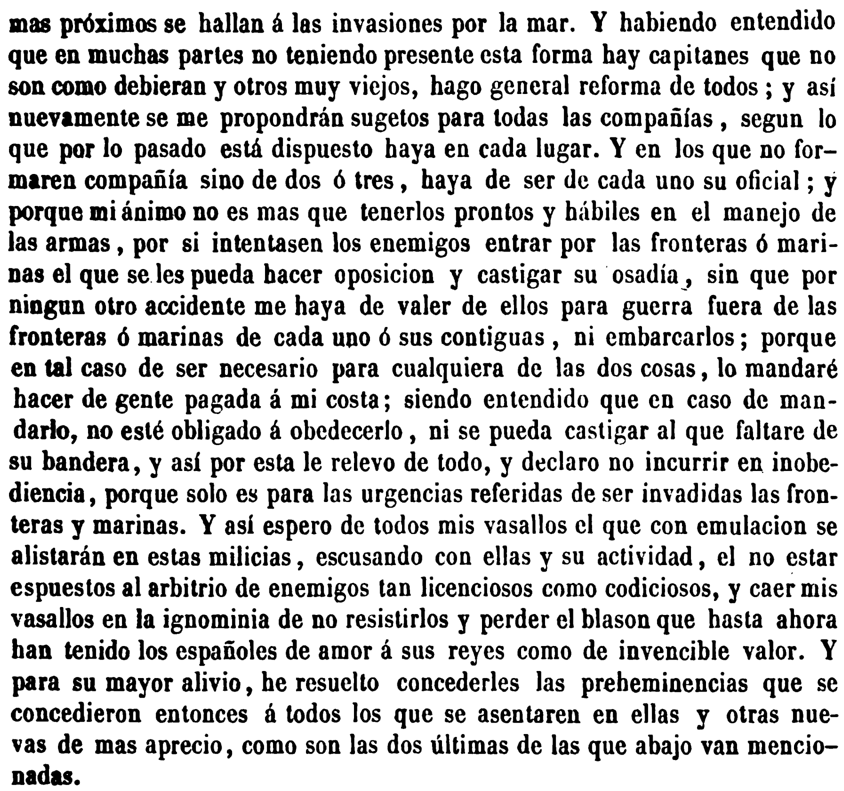
Eran de parecer estos ilustrados consejeros que en los puntos donde no habia tenido lugar la organizacion de las milicias, se verificase desde luego, formando compañías, y al efecto se dieron las órdenes convenientes en las dos Castillas y Andalucía alta y baja, añadiéndose nuevas preeminencias á las ya concedidas, y prescribiendo que se comprendieran en el alistamiento los hombres de veinte y cinco á cincuenta años, y que no hubiese «mas cabo que los sargentos mayores, independiente de conocer en las causas de ellos, porque para este fin se daba título de capitan á guerra á los gobernadores y corregidores con apelacion al consejo de guerra ó capitanes generales de aquel ó aquellos distritos.»

Para llevar á cabo esta disposicion se mandaron poner en Toledo 2000 armas de diferentes clases, en Burgos otras 2000; en Sevilla 3000; en Córdoba 2000; en Granada 2000; en Jaen otras tantas; en Murcia 1200; en Segovia 1700; en Valladolid 200; en Avila, Salamanca, Logroño, Ciudad Rodrigo, Cuenca, Guadalajara, Ecija, Osuna, Arcos, Lucena, Baeza y Montilla, á 1000; en Jerez de la Frontera 2000; en Madrid 4000, y en Molina de Aragon 1000. Se previno que estas armas se depositasen en uno de los castillos ó fortalezas que hubiese dentro de los partidos ó en las casas de ayuntamiento, donde debian ir á buscarlas los milicianos, para los alardes generales y ejercicios doctrinales que en dias determinados debian efectuarse, siendo de su cuenta la limpieza y conservacion del armamento. Para completar las que faltasen se ordenó al gobernador de Hacienda suministrase todos los meses tres mil escudos al capitan general de artillería para la fabricacion de aquellas, y con el objeto de saber á cuantos ascendia el nú-

mero de los desarmados, se previno terminantemente á los sargentos mayores, que cada uno de ellos remitiese sin tardanza una relacion de los milicianos que hubiese en su respectivo distrito.

Ademas de estas disposiciones, cuya importancia no podia ser desconocida, la junta indicó al gobierno algunas otras de tanto ó mas interés, y comprendiendo el rey lo que en ellas habia de razonable y ventajoso, dió el decreto siguiente en agosto de 1693.

El Rey.—Por cuanto se ha reconocido el grave inconveniente de que las milicias de estos reinos se hallen tan deshechas á causa del olvido de restablecerlas por lo pasado, y siendo tan justo como necesario no dejarlo del todo descaecer, ni olvidar el blason que en todos tiempos ha tenido la nacion en las armas, y lo que obliga hoy mas que nunca á cuidar de su fomento por los poderosos enemigos con que se hallan las fronteras; y habiéndolo mandado así, y ofreciéndose algunas dudas en su ejecucion, que ha considerado y consultádome la junta particular que he mandado formar para ello; he resuelto despachar esta cédula con toda distincion y claridad, de la forma que se ha de entender y ejecutar. Y aunque es obligacion de todos acudir á la propia defensa y estar habilitados en el manejo de las armas: mando que se establezcan por ahora las milicias que mandó formar mi visabuelo el señor Felipe Segundo del diezmo de las vecindades, haciéndolas voluntarias; y si así no las hubiere, que se sorteen en todo género de vecinos incluyéndose de edad de 20 á 50 años, con las limitaciones que al fin de esta mi cédula se espresarán; siendo los nobles de primera esfera y mas acomodados, capitanes y alféreces de las compañías, proponiendo tres para capitanes en cada una por mi Consejo de Guerra, para que yo elija el uno de ellos, y éste el alférez; y si no hubiere quien lo acete, los propondrá asímismo la ciudad ó lugar, y escusándose de admitir estos puestos, vendrá personalmente el que lo hiciere, dentro de veinte dias á dar los motivos que tuviere para ello; y en el lugar que no hubiere hijos dalgos, ó estos fuesen muy desacomodados, lo harán de la gente que lo fuere mas, como no sean de oficios viles; entendiéndose no es incluido en esta forma de milicias las marinas, porque en estas partes se ha de guardar la que está establecida desde entonces y hoy se practica, como son en toda la costa del reino de Murcia, Granada, Andalucía, reinado de Galicia, Asturias, Baston de las cuatro Villas, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra; adonde en todos los referidos reinos y provincias, se harán listas aclarando los que hoy son de tomar las armas, y se enviarán á poder del marqués de Villanueva mi secretario de guerra. Y asimismo se ejercitarán mas continuamente en el manejo de las armas y demas ejercicios militares, pues son los que

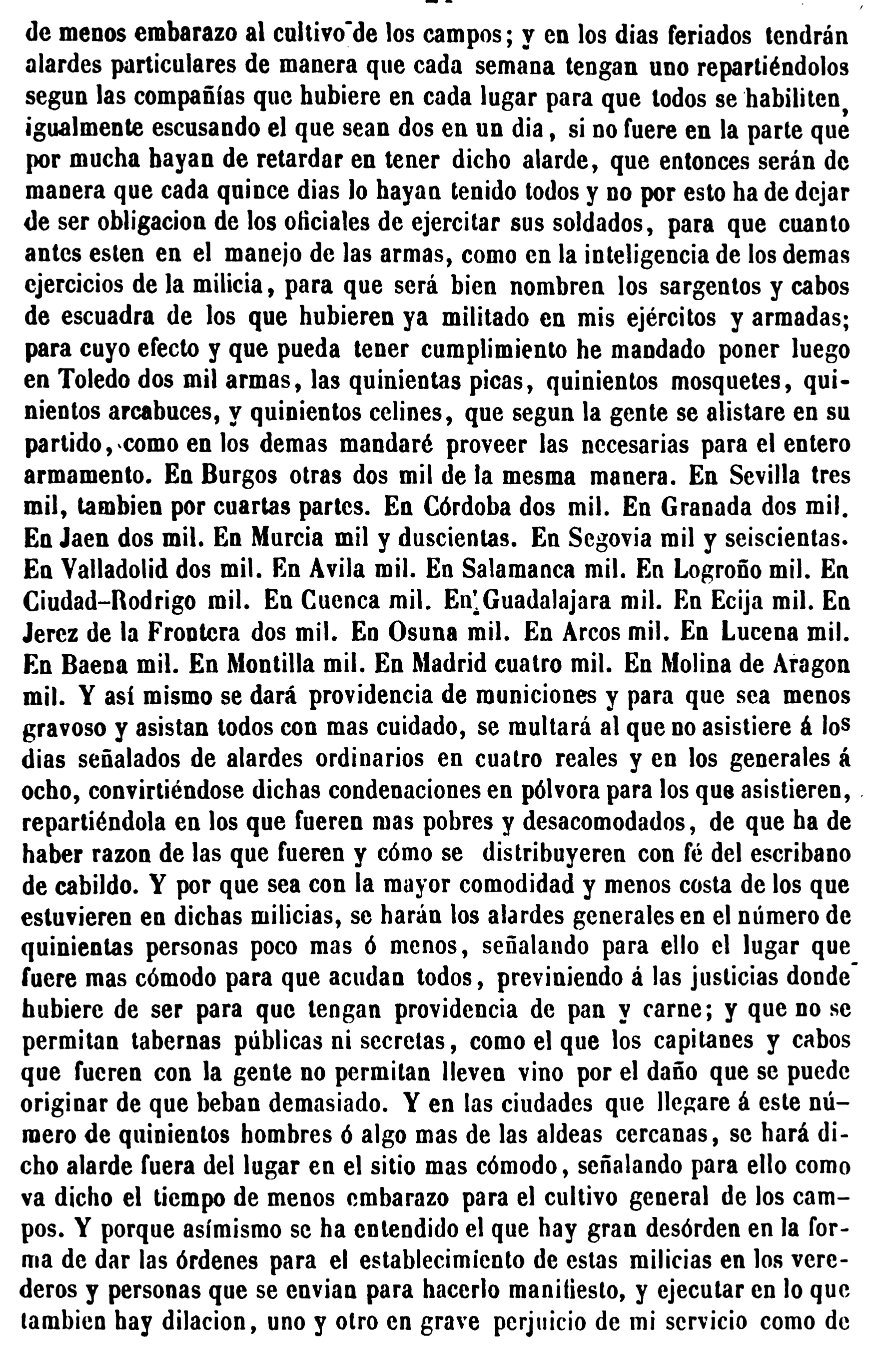


mas próximos se hallan á las invasiones por la mar. Y habiendo entendido que en muchas partes no teniendo presente esta forma hay capitanes que no son como debieran y otros muy viejos, hago general reforma de todos; y así nuevamente se me propondrán sugetos para todas las compañías, segun lo que por lo pasado está dispuesto haya en cada lugar. Y en los que no formaren compañía sino de dos ó tres, haya de ser de cada uno su oficial; y porque mi ánimo no es mas que tenerlos prontos y hábiles en el manejo de las armas, por si intentasen los enemigos entrar por las fronteras ó marinas el que se les pueda hacer oposicion y castigar su osadía, sin que por ningun otro accidente me haya de valer de ellos para guerra fuera de las fronteras ó marinas de cada uno ó sus contiguas, ni embarcarlos; porque en tal caso de ser necesario para cualquiera de las dos cosas, lo mandaré hacer de gente pagada á mi costa; siendo entendido que en caso de mandarlo, no esté obligado á obedecerlo, ni se pueda castigar al que faltare de su bandera, y así por esta le relevo de todo, y declaro no incurrir en inobediencia, porque solo es para las urgencias referidas de ser invadidas las fronteras y marinas. Y así espero de todos mis vasallos el que con emulacion se alistarán en estas milicias, escusando con ellas y su actividad, el no estar espuestos al arbitrio de enemigos tan licenciosos como codiciosos, y caer mis vasallos en la ignominia de no resistirlos y perder el blason que hasta ahora han tenido los españoles de amor á sus reyes como de invencible valor. Y para su mayor alivio, he resuelto concederles las preheminencias que se concedieron entonces á todos los que se asentaren en ellas y otras nuevas de mas aprecio, como son las dos últimas de las que abajo van mencionadas.

Primeramente, que los nobles é hijos dalgo que lo hicieren ademas de los oficiales, sean exentos de acudir á los llamamientos que les hiciere para salir á otras partes de las fronteras como tienen obligacion, y que les sea de mas honor estar en esta milicia, así para la distincion como para los demas actos de la nobleza. Que no se les pueda echar repartimiento de oficios que les sirvan de carga, ni tutelas contra su voluntad, como ni tampoco soldados ni bagajes. Que no puedan ser presos por deudas contraidas despues de haber sentado plaza, teniéndola corriente en sus muestras y alardes, salvo si no fueren por haberes de mi Real hacienda. Que asímismo no puedan ser ejecutados por ningunas deudas en sus armas, vestido suyo y de su mujer, ni cama. Que puedan traer espada de dos filos, ó angosta como mejor lo tuvieren, ni sea tampoco reparable el que sea mayor ó menor de marca. Que puedan traer daga sola si se les ofreciere salir sin espada como sea de media vara por lo menos, con puño y todo. Que no puedan ser desarmados, ni presos porque anden de noche fuera de la hora de la queda, sino fuere yendo en cuadrillas que pasen de tres. Que pueda tener y traer coleto de cualquiera



manera y calidad que fuere. Que no sean comprendidos en los bandos y pragmáticas de trajes, sino que en ello gocen de lo mismo que los de los ejércitos. Que si salieren á defensa de las fronteras, haya de gozar su mujer de todo el fuero militar civil y criminal, y si fuere hijo de familias que estuviere en casa de sus padres, haya de gozar del mismo fuero que las mujeres, el padre ó la madre. Que en todos los actos de ensayos, alardes y demas actos de la milicia, conozcan de las causas criminales los capitanes á guerra, ó los suyos propios, con apelacion al Consejo de Guerra. Que asímismo el que sirviere 20 años en esta milicia se pueda jubilar (si lo pidiese) quedando con las preheminencias. Entendiéndose gozan del fuero militar en todo los capitanes, alféreces y sargentos, mientras lo estuvieran ejerciendo, desde el dia que fueren nombrados y admitidos para el puesto y sentádoles las plazas en las listas. Y por mas favorecer á los que sirvieren en esta milicia, he resuelto hacerles merced de habilitar á los nobles con ocho años de existencia en ella de que se les pueda consultar en merced de hábito, como á los que sirven en los ejércitos con seis. Y asímismo habilito estos servicios á todos los que sirvieren en ella, para ser oficiales en mis ejércitos y presidios y armadas, siendo dos años mas que los que son menester para serlo en ellos. Siendo calidad espresa para gozar de dichos privilegios y fueros, el que han de asistir á todos los alardes, así generales como particulares, para ejercitarse en el manejo de todas armas, como en las demas cosas concernientes á la guerra y que se dé ejemplo y emulacion de unos á otros; habiendo de constar por fé del escribano del cabildo el que lo ha hecho, que es quien ha de correr con las listas donde no hubiere veedor. Siendo tambien calidad el que no ha de poder tener plaza en esta milicia ninguno que no tuviere diez y ocho años cumplidos. Y porque asímismo se ha reconocido falta de armas para el uso general de dichas milicias, he mandado proveerlas de mis armerías y fábricas á las cabezas de partido y ciudades principales de los reinos, en la conformidad que otras veces se ha ejecutado. Ordeno y mando hayan de estar en los castillos que hubiere en las ciudades á disposicion de los gobernadores y corregidores de las ciudades en que estuvieren y donde no los haya, en las casas de cabildo con cargo de tener persona que cuide de su aderezo y limpieza, siendo de primero y particular cargo en la residencia de recibirlas y entregarlas de uno á otro, limpias y listas, para que harán estantes en que tenerlas bien acondicionadas, uno y otro de los propios y arbitrios de las ciudades, pues es de su obligacion el tenerlas y conservarlas. Siendo calidad que han de dar de ellas algun corto número á los capitanes para el ejercicio de habilitar sus soldados en el manejo de ellas para que tambien han de tener obligacion de tenerlas limpias y bien acondicionadas. Los dias de alardes generales se repartirán segun los soldados que hubiere en cada lugar de su jurisdiccion (recogiéndolas luego al otro dia que se acabe) los cuales han de ser dos veces al año en los tiempos que fueren



de menos embarazo al cultivo de los campos; y en los dias feriados tendrán alardes particulares de manera que cada semana tengan uno repartiéndolos segun las compañías que hubiere en cada lugar para que todos se habiliten, igualmente escusando el que sean dos en un dia, si no fuere en la parte que por mucha hayan de retardar en tener dicho alarde, que entonces serán de manera que cada quince dias lo hayan tenido todos y no por esto ha de dejar de ser obligacion de los oficiales de ejercitar sus soldados, para que cuanto antes esten en el manejo de las armas, como en la inteligencia de los demas ejercicios de la milicia, para que será bien nombren los sargentos y cabos de escuadra de los que hubieren ya militado en mis ejércitos y armadas; para cuyo efecto y que pueda tener cumplimiento he mandado poner luego en Toledo dos mil armas, las quinientas picas, quinientos mosquetes, quinientos arcabuces, y quinientos celines, que segun la gente se alistare en su partido, como en los demas mandaré proveer las necesarias para el entero armamento. En Burgos otras dos mil de la mesma manera. En Sevilla tres mil, tambien por cuartas partes. En Córdoba dos mil. En Granada dos mil. En Jaen dos mil. En Murcia mil y duscientas. En Segovia mil y seiscientas. En Valladolid dos mil. En Avila mil. En Salamanca mil. En Logroño mil. En Ciudad-Rodrigo mil. En Cuenca mil. En Guadalajara mil. En Ecija mil. En Jerez de la Frontera dos mil. En Osuna mil. En Arcos mil. En Lucena mil. En Baena mil. En Montilla mil. En Madrid cuatro mil. En Molina de Aragon mil. Y así mismo se dará providencia de municiones y para que sea menos gravoso y asistan todos con mas cuidado, se multará al que no asistiere á los dias señalados de alardes ordinarios en cuatro reales y en los generales á ocho, convirtiéndose dichas condenaciones en pólvora para los que asistieren, repartiéndola en los que fueren mas pobres y desacomodados, de que ha de haber razon de las que fueren y cómo se distribuyeren con fé del escribano de cabildo. Y por que sea con la mayor comodidad y menos costa de los que estuvieren en dichas milicias, se harán los alardes generales en el número de quinientas personas poco mas ó menos, señalando para ello el lugar que fuere mas cómodo para que acudan todos, previniendo á las justicias donde hubiere de ser para que tengan providencia de pan y carne; y que no se permitan tabernas públicas ni secretas, como el que los capitanes y cabos que fueren con la gente no permitan lleven vino por el daño que se puede originar de que beban demasiado. Y en las ciudades que llegare á este número de quinientos hombres ó algo mas de las aldeas cercanas, se hará dicho alarde fuera del lugar en el sitio mas cómodo, señalando para ello como va dicho el tiempo de menos embarazo para el cultivo general de los campos. Y porque asímismo se ha entendido el que hay gran desórden en la forma de dar las órdenes para el establecimiento de estas milicias en los verederos y personas que se envian para hacerlo manifiesto, y ejecutar en lo que tambien hay dilacion, uno y otro en grave perjuicio de mi servicio como de

mis vasallos: ordeno el que no se pueda dar ni pedir mas de á razon de tres reales por legua yendo en derechura de un lugar á otro, por su mayor cercanía; y si hubiere media la mitad, y dejando el papel de la órden al alcalde, ó escribano ó cura, le despachen luego con el recibo de ella para que pueda pasar adelante y devengar salario que pueda costearse él y la cabalgadura en que fuere, entendiéndose que de cualquiera calidad que sea la persona que fuere al aviso no se le ha de dar mas que los dichos tres reales por legua considerando de la parte de donde vienen si lo hacen por la mayor cercanía; porque no siendo así no se le han de pagar las leguas mas que las que hubiere del lugar mas vecino, segun de la parte que viene como va dicho, por que mandaré castigar al que lo contrario hiciere como al que se señalare mal en las órdenes. Y por que no haya dilacion en la ejecucion, ni la muevan con dudas y disputas, dentro de veinte dias como sea manifiesto, tendrán hecho el repartimiento y listas en la conformidad que va referido, aunque no esten aprobados los capitanes por no haber tiempo para poderlo hacer, pena en las justicias que lo contrario hicieren que á su costa y no de los vecinos ni lugares se harán las diligencias que convinieren para su entero cumplimiento, como así mismo me será de sumo desagrado el que no lo observaren en la ejecucion de hacer luego las listas voluntarias, ó por repartimiento y las enviaren á la cabeza de partido, para que de allí las remitan luego á poder de mi secretario de Guerra el marqués de Villanueva, para que se vean en la parte que tengo mandado. Así mismo encargo y mando á todas las justicias y tribunales, guarden y hagan guardar las preheminencias y exenciones que van espresadas, pues la inobservancia de ellas ha sido quien mas las ha estinguido, y así me daré por deservido del que contraviniere á ello, como quien es motivo de deshacer lo que tanto conviene á la defensa de esta monarquía porque haré la demostracion condigna á tan perjudicial inobediencia y por lo que mira á las personas que se han de esceptuar para entrar al sorteo de milicias donde no los hubiere voluntarios, he resuelto declarar sean las siguientes.

Primeramente los nobles é hijos dalgo por la calidad que han de ser de ellos los Capitanes y Alféreces, ademas de estar todos obligados á acudir á los llamamientos que se les hicieren con sus armas y caballos.

De estudiantes uno en cada cien vecinos, y los matriculados en universidades.

De la inquisicion los que fueren del número, como no esceda de cuatro, menos en las ciudades donde hubiere inquisicion que allí serán hasta veinte.

De los labradores, los que fueren de dos arados de mulas ó bueyes.

De escribanos, el de cabildo y los del número.

Los que tuvieren cuatro hijos tambien, deben ser exentos.

Tambien los que estuvieren quebrados con rotura que llegue á hacer bolsa grande.

Los cojos y mancos que fuere manifiesto su achaque.

Los que no tuvieren cumplidos veinte años y los que pasaren de cincuenta.

Un maestro de escuela, y en las ciudades dos ó tres. Otro de gramática donde no hubiere colegio de ella.

Y en la casa que cayere un hijo de familia sin ser casado, ú el padre, han de salir de la suerte el padre y hermanos, porque en cada casa no ha de haber mas que uno; y si saliere el padre y el hijo quisiere sentar por él, sea el padre libre de ello.

Y si se ofreciere otra duda, sin dilatar la ejecucion de lo resuelto, se me dará cuenta para dar la providencia conveniente. Dada en Madrid á veinte y uno de agosto de mil seiscientos y noventa y tres.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Don Juan Antonio Lopez de Zárate.—Miguel de Esparza (1).

En este mismo tiempo sometióse á la junta de tenientes generales una cuestion de suma importancia, cuestion que en todas las naciones ha dado márgen á muchas deliberaciones y que probablemente será aun objeto de nuevas disposiciones, porque sea cual fuere la solucion que obtenga, ha de imponer siempre á los pueblos uno de los sacrificios mas penosos.

Tratábase de establecer las bases de la contribucion llamada de *sangre*. La junta estudió detenidamente el asunto, llamando en su auxilio la esperiencia y la ilustracion de los hombres mas distinguidos del pais, y en 5 de noviembre de 1693 espuso al rey que no veia mas que tres medios de resolver el problema, á saber: *el quintar, el repartimiento de gente por pilas ó vecindades y las levas voluntarias*.

El primero no lo conceptuaba admisible por ser demasiado violento y oneroso; el segundo no dejaba tampoco de llevar consigo muchos de los inconvenientes del anterior, y el tercero, si bien era menos duro para los pueblos, era muy lento en su realizacion y con dificultad podia proporcionar al ejército toda la gente que necesitase.

El gobierno anduvo perplejo é indeciso por la eleccion, y al fin sin atreverse á admitir ninguno de ellos, se resolvió por el vicioso sistema de la *garrama* de los árabes, y por él sacó en este año

(1) Archivo general de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.

quince mil cien hombres, que se repartieron en los cuerpos de infantería de los ejércitos de Cataluña, Italia y Flandes (1).

En el propio año, con arreglo al dictámen de la mencionada junta, se aprobó para la infantería el vestuario que presentó el comisionado D. Francisco de Villaveta y Ramirez, y que se componia de las prendas siguientes:

Casaca (justacor), calzon de paño de las Navas, aforrada la primera con bayeta de Palencia, y el segundo con lienzo de Pontarea.

Chupa de gerguilla de Toledo, forrada con el mismo lienzo.

Dos camisas de lienzo gallego ó estremeño.

Dos corbatas de bocadillo.

Un par de medias manchegas.

Un bredicu de Valladolid.

Sombrero blanco.

Un par de zapatos de baqüeta de Moscovia, de tres suelas.

Un par de alpargatas.

Tres varas de Colonia para sombreros y corbata.

La junta continuó ocupándose de las mejoras que podian realizarse en el arma de infantería, y entre otras propuso al abrirse la campaña de 1694, que se la armase por terceras partes: por ejemplo, en un ejército de 8000 hombres, 2500 debian ser mosqueteros, 3500 arcabuceros y 2000 piqueros.

Quiso tambien que el ejército de Cataluña constase de seis tercios provinciales, reclutándolos de modo que cada uno tuviese mil doscientas plazas en doce compañías, inclusa una de granaderos, y dándose á los arcabuceros bayonetas (2) en lugar de espadas; que

(1) Archivo general de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Leg. 2920.

(2) Unos atribuyen la invencion de esta arma á los franceses, y otros á los holandeses; sin decidirnos por unos ni por otros, espondremos sencillamente lo que dicen la mayor parte de los autores que se han ocupado de esta cuestion.

Segun Daniel, el regimiento de fusileros del rey de Francia, fué el primero que usó la bayoneta en 1670, y por la ordenanza de 1676, esta arma se generalizó en los demas cuerpos; pues dicho reglamento la prescribe á los dragones como un elemento de ataque y defensa que debe serles de grande utilidad.

En 1678 los granaderos estaban todos armados de fusil con bayoneta, y dice Puysegur que durante la guerra de 1688, Luis XIV presenció un ensayo de bayonetas con cubo, que no tuvo buen éxito por la falta de uniformidad de los mosquetes; pero si se ha de dar crédito á las juiciosas observaciones del sábio Meyer, el cubo es in-



se destinase á cada compañía un capitan reformado para tomar su mando en caso de ausencia del propietario, y sucederle por muerte; que cada tercio se dividiese en dos escuadrones, y que para su mejor manejo hubiese en cada uno de estos un sargento mayor, y que á fin de que los tercios provinciales fuesen bien asistidos, cada una de las provincias tuviese en el suyo respectivo un pagador encargado de hacer los correspondientes pagos, evitándose de este modo el que sus fondos ingresasen en las arcas de la pagaduría general del ejército.

El rey aprobó estas ideas, considerando su realizacion de mucha importancia; pero no todas ellas llegaron á descender al terreno de la práctica; el carácter naturalmente tímido y vacilante del sobera-

vencion del general inglés Mackai en 1689: hasta entonces la bayoneta fué una especie de daga con un mango de hierro que se clavaba en el fusil, siendo por consiguiente preciso envainarla para poder hacer fuego: mas tarde se creó el anillo que la asegura.

El nombre de esta arma proviene, segun dicen algunos autores, de Bayona, donde suponen se ha fabricado por primera vez. Segun varios historiadores vascongados, hay en los Pirineos una posicion llamada *Bayoneta*, que fué célebre por un combate que en ella tuvo lugar entre españoles y franceses, y en que los vascongados, habiéndoseles acabado las municiones, ataron sus navajas en la punta de sus fusiles y lograron triunfar de sus contrarios, arrojándose sobre ellos con el denuedo que distingue á este heróico é industrioso pueblo: de aquí habria derivado el nombre de que se trata en el concepto de estos escritores.

Lo que hay de cierto y de positivo, es que antes de la fabricacion de esta arma en Bayona, que segun Gassendi data del año 1671, ya Puysegur daba á sus partidarios en Flandes una hoja de un pié de largo, que se fijaba en la punta del mosquete: por tanto, la invencion de la bayoneta no puede referirse á Bayona, ni pertenece á la fecha que acabamos de citar.

En el mismo siglo XVII llevaban tambien bayonetas los dragones de la milicia austriaca.

Si damos crédito á lo que dice el Diario de las Ciencias en el tomo XXIX, página 337, la palabra bayoneta significaba ya una especie de daga en el año de 1578, y segun el Diario del Ejército (tomo III, pág. 150), las tropas holandesas conocieron en Madagascar el uso de las dagas ajustadas al fusil.

Por lo que llevamos espuesto, se vé muy claramente que hay tantas opiniones sobre el orígen del arma en cuestion, como autores que se han ocupado en investigarlo: en lo que todos convienen, y en que no cabe la menor duda, es que ha ejercido una influencia inmensa en el arte militar. Por ella cesó la caballería de ser el terror de los infantes: el fuego de las líneas de batalla no fué ya considerado como el único medio de combate, y la infantería llegó á constituir la principal base de los ejércitos.



no, lo esplotaron los enemigos de las reformas, y los tercios continuaron con sus quince compañías, iguales todas, inclusa la del maestre de campo (1).

Los cuerpos provinciales iban dando el resultado que de su organizacion se esperaba, no teniendo ya la península mas fuerza que la que ellos constituian, y eran atendidos con regularidad, prestándose las provincias á sostener los que llevaban su nombre. Sin embargo, en 1694 solo quedaban los cinco de primera creacion, pues el de *ciudades* fué eliminado de esta division, y éstos no se designaban ya con sus primeros nombres, porque el tiempo, con la adopcion del nuevo vestuario, fué sustituyendo sus primitivas denominaciones con las de los colores de sus trages.

Estas consideraciones hicieron comprender la necesidad de crear otros diez tercios de pié permanente, y al efecto se espidió el decreto siguiente:

«El Rey.—Hallándose como se hallan los ejércitos de Milan, Flandes y Cataluña, y las demas fronteras, tan exaustas y faltas de gente, y especialmente de españoles, como es notorio; y por este motivo espuestas á las contingencias que se dejan considerar, á vista del orgullo y gran poder de los enemigos de esta monarquía, y siendo preciso ocurrir al reparo de este tan justo recelo, por todos los medios y caminos que sean practicables, por el interés general que de esto resulta á todos mis vasallos, y ser conveniencia propia de los pueblos, pues de lo contrario se seguiria la poca seguridad que en ellos se tendria, faltando la defensa de las fronteras, he resuelto y mandado dar á este fin las mas eficaces y prontas providencias: y porque entre ellas es una la mas principal el que de todos los pueblos y vecindades de estos mis Reinos de ambas Castillas, se saquen dos hombres de cada cien vecinos, corriendo su disposicion y ejecucion por las justicias de cada lugar, para que sea con mayor igualdad y mas satisfaccion suya, esceptuando el reino de Galicia, y la costa y casco de Granada y provincia de Estremadura, donde se ha hecho aun mayor repartimiento, declarándose como los dichos dos soldados, que se reparten á cada cien vecinos, no han

(1) Archivo de Simancas.—Secretaría de guerra.—Parte de tierra.—Leg. 2917.



de tener menos de veinte años, ni han de pasar de cincuenta, que no sean casados, obligándose primeramente á que sienten plaza á los vagamundos, sediciosos, y mal entretenidos de las poblaciones, considerándose pues de esto ser de beneficio á los mismos lugares, cuando se consigue el echarlos de ellos, y los que hubieren de salir á un tan honrado empleo como el de la milicia que en todos tiempos ha sido tan apreciable, y cuando faltasen de este género se atenderá á que sean los sugetos que hagan menos falta, valiéndose de los que voluntariamente quieran salir á servir ó tengan menos reparo é inconveniente, y hagan menos falta en los pueblos, haciéndose por los Alcaldes, Regidores y demas personas que componen los ayuntamientos de las Villas y Pueblos, la eleccion de los sugetos en la forma referida y con la mayor justificacion como se lo ordeno y mando. Y en esta forma han de tener prontos y sin demora alguna todas las Ciudades, Villas y lugares para el dia último del mes de marzo próximo venidero, el número de soldados que les tocare, á razon de dos por ciento en esa Villa cabeza de Partido donde se tendrán para el dia señalado, prevenido el vestuario para la gente y proveidos los medios para su manutencion y juntamente los cabos y oficiales que la han de conducir á la parte donde se destinare. Y en los lugares donde no llegaren al número de cien vecinos ú de cincuenta, se ha de componer de dos, tres ó cuatro los mas inmediatos, para que se cumpla sin intermision de tiempo con lo que mando, ó bien sacándose de la parte donde haga menos falta ó por via de convenio entre sí mismos, declarando (como declaro) que á las poblaciones no se ha de seguir el menor gasto ni han de tener mas obligacion que presentar para el mencionado dia en la parte referida los soldados que les correspondiere. Y para que esta materia se logre con la puntualidad que conviene y se desea, os ordeno que asi que recibais este despacho dispongais enviar copias del á todas las Villas y lugares de esa Provincia, asi Realengos como de Señorío y Abadengo de vuestro alcabalatorio, de que se os envia relacion firmada de D. Juan Antonio Lopez de Zárate, marqués de Villanueva, mi infrascripto secretario de la Guerra, con espresion de los soldados que al respecto referido les corresponde, segun los vecindarios que de ellos ha-

beis enviado, á fin de que arreglándose cada una por su parte al tenor del entero cumplimiento que conviene segun los testimonios que se han remitido de sus vecindades, advirtiéndoos que los verederos que despacháreis con ellas no han de llevar maravedis algunos, ni hacer costa á los lugares, pues lo que importare su trabajo en esta diligencia se lo habeis de subministrar del caudal que para este fin pondrá á vuestra disposicion el gobernador de mi Real Hacienda; porque mi Real ánimo es y se encamina á que á los Pueblos se les alivie y no se les carguen ni aumenten costas por el amor que tengo á mis vasallos, velando mucho vuestro cuidado en esto, pues lo contrario seria muy de mi Real desagrado sino se guardase rectamente lo que mando: y si se ofreciere algun otro gasto preciso para esta disposicion, le suplireis vos, á quien se dará alguna ayuda de costa en su lugar. Y asi mismo os dareis la mano con los dichos cabos y oficiales que han de pasar á esa ciudad á conducir la gente en cuanto conduzca al mas breve éxito de este negocio; y espero de la fidelidad y lealtad de mis vasallos concurrirán con vivo celo y con la mayor celeridad á esta disposicion, venciendo y facilitando cualquier reparo que pueda ocurrir, por lo que conviene anticipar las prevenciones de la campaña y mas cuando es tan suave y de tan poco ó ningun perjuicio ni gasto esta mi deliberacion, de que estareis advertido para procurar por vuestra parte el debido cumplimiento en todas las Villas y lugares de esa Provincia, asi Realengos como de Señorío y Abadengo, dentro de vuestro alcabalatorio, para qué os concedo y doy todo el poder y facultad necesaria y me dareis cuenta de haberlo ejecutado. De Madrid á 20 de Enero de 1694.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey N. Sr.—D. Juan Antonio Lopez de Zárate.»

He aquí los puntos en que se formaron los nuevos tercios, las divisas que tomaron y los jefes á quienes se confirió su mando (1).

CIUDADES.	DIVISAS.	MAESTRES DE CAMPO.	SARGENTOS MAYORES.	NÚMERO DE PLAZAS.
Burgos...	Azul turquí.	D. José de Guevara.......	D. García Huidobro......	1200
Valladolid.......	Verde esmeralda...	D. Francisco Diaz Pimienta....................	D. Juan Fernandez de Aguirre..................	1100

(1) Archivo de Simancas.—Guerra.—Parte de tierra.—Legajos 2916 y 2917.

Cuenca...	Verde botella..........	D. Esteban de Olalla.....	D. Felipe Perez...........	1200
Leon.....	Amarillo....	D. Fran.co Argüelles (1).	D. José de Redonda......	1300
Murcia...	Azul celeste.	D. Luis Fernandez Daza.	D. Gaspar Huidobre......	1200
Sevilla...	Encarnado..	D. Rodrigo Venegas de Córdoba (2).............	D. Martin de la Estrella.........................	1200
Gibraltar.	Color de fuego..........	D. Gaspar de Osio........	D. Ambrosio Antolin....	1000
Jaen......	Pelo de rata.	D. Jacinto Spínola........	D. Juan Fernandez Pedroche....................	1000
Toledo...	Morado......	D. Antonio de Villarroel.	D. Manuel de Arbeira....	1000
Segovia..	Plateado....	D. Francisco de Luna (3).	D. Pedro de Castro Neira.	1000

A los maestres de campo se les remitió con su nombramiento la circular siguiente:

«Instruccion que deben guardar los maestres de campo de los diez tercios que se han de formar en las diez ciudades de Toledo, Sevilla, Jaen, Gibraltar, Valladolid, Leon, Burgos, Cuenca, Murcia y Segovia, como asimismo los corregidores de ellas.

Primeramente ha de procurar cada uno de los dichos maestres de campo en dándoseles órden para salir de la córte, hallarse el dia 20 de marzo en la ciudad que le tocare y donde se ha de formar su tercio precisamente, y en llegando á ella se abocará con el corregidor y discurrirán la mejor forma de prevenir los parages donde se arranche la gente, y de comun acuerdo se ejecutará todo lo que condugere á la mayor conveniencia y resguardo de que no se huya, y arreglándose con toda economía al menor gasto que se pueda ocasionar como se debe esperar de su celo.

Que como vaya entrando la gente de los pueblos en la ciudad, vayan formando las compañías y agregándolas á los capitanes para que los soldados conozcan sus oficiales, habiendo de ser todas de igual número, vistiéndolas luego para poderse encaminar á Cataluña

(1) Se varió este nombramiento por real título de 1.° de febrero de 1694, nombrando S. M. por maestre de campo á D. Velez de Osio, y por sargento mayor á don Juan Fernandez Aguirre, propuesto para el tercio de Valladolid.

(2) Le sucedió D. Miguel Gasco, á éste D. José de Redonda, despues D. Manuel de Silva y Meneses, conde de Galvez, y últimamente el marqués de Torremayor.

(3) Le sucedió D. Pedro de Castro y Neyra, viniendo despues sucesivamente don Juan Antonio de Guzman y Spínola, y D. José Mercado.



por los parages y en la forma que se previene por los itinerarios que á este efecto se han remitido á mano del corregidor, quien ha de dar noticia al señor duque de Jovenaso, virey de Aragon, del dia en que saliere la compañía ó compañías de la ciudad, y el que segun los tránsitos podrán estar en la raya de Aragon para que tenga prevenidos en ella comisarios que transiten la gente desde allí á Cataluña, pues se ha mandado á dicho virey lo haga.

Que para el socorro de esta gente se nombren pagadores por los corregidores, advirtiéndoseles ha de ser al respecto del presupuesto que se envia á manos de los corregidores el modo y cantidades en que lo han de hacer.

Que se tenga particular cuidado y se encargue á todos los oficiales de las compañías con especial el estar á la mira de que la gente no se huya, y que se ejerciten en el corto tiempo que se pueda en la enseñanza de los soldados.

Que para que pueda marchar todo el tercio con mas desahogo y alivio de los lugares, se vea y comunique el intermedio que pueda haber en despachar los cuerpos en que se hubiere de dividir.

Que respecto de haber resuelto S. M. que los corregidores entreguen mil y doscientos reales de vellon á cada maestre de campo para cajas y cuatro banderas de su tercio del dinero mandado prevenir, deben los maestres de campo solicitar su cumplimiento y los corregidores dar luego este dinero.

Y juntamente habiendo S. M. mandado á los diez prelados de las ciudades en que se han de formar los tercios, procuren con su celo y piedad disponer las capillas, que se ha de fomentar su logro por los corregidores y maestres de campo para que á instancia de sus diligencias se perfeccione esta obra.

Que los maestres de campo han de aprobar los nombramientos de los alféreces y demas oficiales inferiores que hicieren los capitanes, quienes han de hacer el asiento de sus plazas en las ciudades donde cada uno fuere, presentando dichos oficiales ante los maestres de campo los papeles de sus servicios, pues ha de ser teniendo los suficientes, ó suplemento de S. M., formándose las listas por el secretario ó escribanos de ayuntamiento de las ciudades, cuidando los corregidores de enviarlas al capitan general de Cataluña.

Que al pasar por Zaragoza reciban las armas con que se hubiere de armar la gente destos tercios, en conformidad de la órden que para ello se tendrá dada al virey de Aragon; á los tres tercios de Andalucía que han de ir embarcados, y al de Murcia que ha de ir con ellos ú por tierra encaminándose por Valencia, se prevendrá se armen estos tercios de las armas que hubiere en el ejército, enviándose para ello la órden del marqués de Villena.

Y habiendo resuelto asimismo S. M. que demas de los zapatos que se dan á los soldados de estos tercios con el vestuario, se compre por los corregidores un par de alpargatas para cada uno de los soldados segun el número de los que se compusiere cada tercio, deben tener cuidado los maestres de campo de su cumplimiento.

Para el reconocimiento de la gente que se fuere entregando por los pueblos de cada jurisdiccion, es muy preciso que de comun acuerdo asistan los corregidores y maestres de campo á fin de precaucionar y evitar los fraudes que en ello puede haber, y que los soldados esten aptos al manejo de las armas, ejecutándose lo referido con la mayor justificacion y dando la solucion que se tuviere por mas próvida en esta materia. De Madrid á catorce de Marzo de mil seiscientos y noventa y cuatro (1).»

En marzo del mismo año, como continuaran las quejas de todas las clases del ejército por la poca exactitud con que se atendia á sus necesidades, el gobierno hubo de pensar en poner remedio á un mal que la dilapidacion y usura hacian cada vez mas intolerable, y reformando con este motivo el reglamento vigente, se mandó que á las respectivas clases se les abonasen mensualmente sus haberes al tenor de la plantilla siguiente:

PLANA MAYOR.	Reales de plata.
Maestres de campo.	773 1/3
Sargento mayor.	433 1/3
Ayudante.	133 1/3
Capellan mayor.	166 2/3

(1) Archivo general de Simancas.—Negociado de guerra.—Mar y tierra.—Legajo 2967.

Furriel y Cirujano mayor. . . .	75
Capitan barrichel de campaña. . .	125
Tambor mayor	60

COMPANIA.

Capitan y page	217	15	mrs.
Alferez y abanderado.	88	12	
Sargento . . . . , .	40		
Tambor y pífano.	21	28	
Cabo de escuadra.	26	7	
Soldado mosquetero.	21	28	
Soldado de plaza sencilla.	17	15	

Véase la adjunta lámina 14. Los tipos que en ella figuran pertenecen á los cuerpos de que acabamos de hablar.

El número 1 y 2 representan un mosquetero y un arcabucero. Ambos llevan sarta de cargas, frasco y polvorin; en cuanto al armamento el primero lleva espada, mosquete y horquilla, y el segundo espada con arcabuz á mecha.

El número 3 es un piquero con peto, espaldar, bacinete y pica.

No es seguramente el reinado de Cárlos II el que menos ha abundado en buenas disposiciones; pero de nada sirven las mejores concepciones cuando no hay bastante resolucion y energía para llevarlas á cabo.

Así es que á pesar de los buenos deseos del gobierno; á pesar de sus repetidos mandatos para que con preferencia se cubrieran las necesidades del soldado, continuó este en la miseria, porque no sabia el rey hacerse obedecer; porque carecia de fuerza para evitar el despilfarro, el agio y el robo.

A la muerte de Cárlos II, ocurrida como hemos dicho en noviembre de 1700, el cuadro de nuestra infantería era el siguiente:



1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris A. de Bayalos lith.

ESPAÑA.

PROCEDENCIA.	PRIMITIVO NOMBRE.	EL QUE TENIAN EN 1700.	MAESTRES DE CAMPO.
Tercios provinciales españoles de antigua creacion.	Sevilla. . .	Morados viejos. .	D. Juan Antonio Diaz Pimienta.
	Madrid. . .	Colorados viejos.	D. Francisco Antonio Ibañez de Ibero.
	Valladolid. .	Verdes viejos. .	D. Francisco de Luna y y Cárcamo.
	Burgos. . .	Amarillos viejos.	D. Fernando Dávila.
	Toledo. . .	Azules viejos.. .	D. Diego de Alarcon.
Id. de nueva creacion.	Sevilla. . .	Gasco.	D. Miguel Gasco.
	Segovia. . .	Blancos.	D. Pedro de Castro y Neyra.
	Murcia. . .	Azules nuevos. .	D. Luis Fernando Daza.
	Burgos. . .	La Cerda.. . . .	D. Alonso Mesia de la Cerda.
	Valladolid. .	Verdes nuevos. .	D. Juan Fernandez de Aguirre.
	Gibraltar. .	Colorados nuevos.	D. Ambrosio Antolinez.
	Jaen.. . . .	Espinosa.. . . .	D. Jacinto Espinosa.
	Leon. . . .	Amarillos nuevos.	D. José Velez de Cosío (1).
Id. auxiliares del reino de Granada.	Casco de Granada..	Casco de Granada	D. Gonzalo Zegrí.
	Costa. . . .	Costa	D. Vicente Primo y Daza.
Id. ordinarios de Estremadura.	Estremadura viejo..	Estremadura viejo.	D. Marcelo de Robles.
	Estremadura nuevo.	Estremadura nuevo..	D. Juan Fernandez Pedroche.
Id. de la armada.	Armada viejo	Armada viejo. .	D. Alejandro Barriento.
	Armada.. .	Armada.	D. José de Villalonga, conde de la Cueva.
	Armada.. .	Armada.	D. Pedro de Castro.
	Armada nuevo. . . .	Armada nuevo.	D. Cárlos de San Gil y la Justicia.

(1) Los tercios provinciales de Cuenca y Toledo que mandaban los maestres de campo D. Estéban de Olalla y D. Antonio de Villarroel, perecieron en la rendicion de la plaza de Castell-follit, en Cataluña el 18 de agosto de 1694.



Id. italianos.	Armada viejo	Visconti.	D. Juan Bautista Visconti.
		Rivera.	Conde de la Ribera.
		Garofalo.	D. Pedro Garofalo.
		Aragon.	D. Luis Cayetano de Aragon.
		Spínola.	D. Francisco Spínola.
Id. irlandeses.		O-Lulla.	D. Esteban O-Lulla.
Id. walones.		Champs.	Marqués de Champs.
		Moore.	Vizconde de Moore.
Id. alemanes.		Tatembach. . . .	Conde de Tatembach.

PAISES BAJOS.

Id. departamentales españoles de antigua creacion.	Departamental de Flandes..	Amézaga.	D. Antonio Hurtado de Amézaga.
	Departamental de Holanda. . .	Ibañez.	D. Francisco Ibañez.
	Departamental de Bravante. . .	Zúñiga	D. Cárlos de Zúñiga.
Id. auxiliares españoles de moderna creacion.	Valle. . . .	Valle	D. Luis del Valle, marqués del Valle.
	Idiaquez. .	Idiaquez.	D. Juan de Idiaquez.
	Mancheño. .	Mancheño. . . .	D. Francisco Perez Mancheño.
Id. italianos.	Grimaldi. .	Grimaldi.. . . .	D. Marcelino Grimaldi.
	Magno . . .	Magno.	D. Pablo Magno.
	Grimaldi. .	Grimaldi.. . . .	D. Antonio Grimaldi.
Id. walones.	Wasterloo..	Wasterloo. . . .	Marqués de Wasterloo.
	Grouf. . . .	Grouf.	D. Francisco Grouf.
	Grovendont.	Grovendont. . .	Conde de Grovendont.
	Deinse. . .	Deinse..	Marqués Deinse.
	Nassau . . .	Nassau..	Príncipe Francisco de Nassau.
	Capres. . .	Capres.	Baron de Capres.
Id. alemanes.	Milan. . . .	Milan.	Conde de Milán.
	Uranghel. .	Uranghel.. . . .	Baron de Uranghel.
	Spínola. . .	Spínola	Príncipe Spínola.

LOMBARDIA.

Id. departamentales españoles de antigua creacion.	Departamental de Lombardía. . . .	Lombardía. . .	Conde de Aguilar.
	Departamental de Nápoles. . .	Mar de Nápoles.	D. Lncas de Spínola, marqués de Siruela.
	Departamental de Portugal. . .	Lisboa.	D. Diego de la Concha.
	Saboya. . .	Saboya.	Marqués de Mirabel.
Id. italianos.	Mandeli. . .	Mandeli.	Conde Galeazo Mandeli.
	Cigogna. . .	Cigogna.	Conde de Cigogna.
	Caracciolo..	Caracciolo. . . .	D. Tomas Caracciolo.
Id. alemanes.	Arteaga. . .	Arteaga.	D. José de Arteaga.
	Güey. . . .	Güey..	D. Francisco Güey.
Id. grisones.	Boet	Boet.	D. Cárlos Boet.

NAPOLES.

Id. españoles.	Fijo de Nápoles. . .	Fijo de Nápoles.	D. Juan Caro de Montenegro.
Id. italianos.	Caracciolo..	Caracciolo. . . .	D. Charleta Caraciolo.
	Mariconda..	Mariconda. . . .	D. José de Mariconda.
	Bonesana. .	Bonesana.. . . .	D. Diego Bonesana.
Id. alemanes.	D'Eguin . .	d'Eguin.	M. d'Eguin.
Id. grisones.	Albertino. .	Albertino. . . .	D. Jácome Albertino.

SICILIA.

Id. españoles.	Departamental de Sicilia . . .	Fijo de Sicilia. .	D. Nicolás Choven.

Ya lo hemos dicho, la ciencia y arte de la guerra, lejos de permanecer estacionarios en este reinado, ensancharon su dominio, realizando mejoras de reconocida importancia. La adopcion del fusil y de la bayoneta, la formacion de las compañías de granaderos y las indicaciones hechas acerca del sistema regimental y de la di-

vision de los tercios en dos escuadrones, asi como la creacion de los diez nuevos tercios y las medidas que se dictaron con respecto al haber y sueldo de las diferentes clases, prueban evidentemente la exactitud de nuestros asertos. Sin embargo, no bastaron estos progresos y estos esfuerzos para impedir la decadencia de la España militar.

Diversas causas produjeron este resultado. Una de ellas fué el empeño de conservar en Flandes un número considerable de plazas. Los estados no se defienden con muchas fortalezas, sino con grandes líneas apoyadas en puntos de primer órden; porque un torrente que arrastra entre sus espumosas avenidas las soberbias alquerías, no puede detenerse ante el frágil cimiento de una cabaña. Esparcidas las fuerzas en diversos recintos murados, muchas veces sin lazo alguno de proteccion ó por lo menos con comunicaciones muy efímeras, sucumbian con facilidad; cada capitulacion era un triunfo para el enemigo, y cada triunfo de éste un golpe para la moral de nuestros ejércitos. Es verdad que este era un error de la época, pero no por eso dejaba de contribuir á nuestras desgracias, porque el error ha tenido siempre el triste privilegio de conducir á la humanidad por las vias del infortunio.

Puede señalarse igualmente como causa el olvido ó desprecio de las cualidades militares de nuestras tropas. En vez de utilizar la gran virtud guerrera de los españoles, la perseverancia; en vez de mantenerse en campos atrincherados, sobre el flanco ó retaguardia del enemigo, dejando que éste se aniquilara mas bien con su miseria que con nuestros fuegos, se corria á su encuento con deplorable precipitacion, y se aventuraban batallas en que los franceses hacian prevalecer su ardiente y característica impetuosidad.

Para colmo de desventuras, nuestra infantería, honor de las armas españolas, tan pronto asociada á tropas de diferentes naciones, tan pronto supeditada á maniobras de caballería, no pudo desplegar sus brillantes facultades, ni aquellos principios tácticos que debia al genio del Gran Gonzalo.

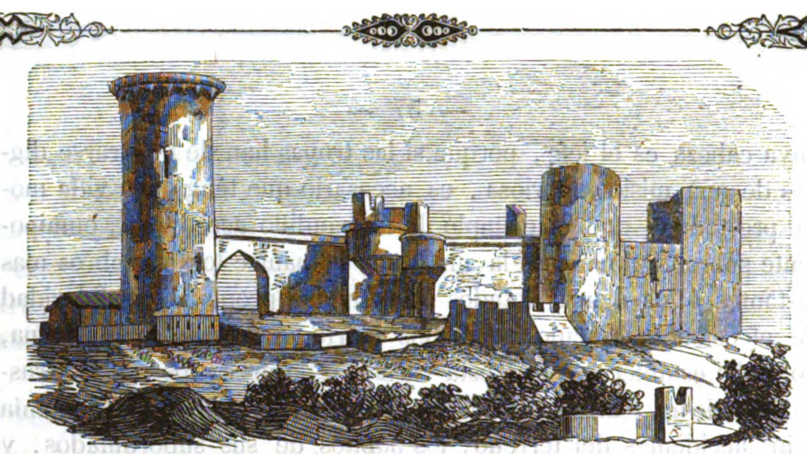
El frecuente cambio de generales debió tambien conmover profundamente el espíritu de nuestras tropas. Pocas metáforas son tan exactas como la que supone al ejército constituyendo un cuerpo



cuya cabeza es el jefe, porque si las tropas han de mostrarse dignas de una mision gloriosa, es necesario que tenga una vida moral prestada y que el ejemplo de un caudillo acreditado, omnipotente sobre el ánimo de la multitud, galbanice los miembros mas distantes ó los menos dotados de actividad propia. La solidaridad de afecciones, vínculo no menos fuerte que el de la disciplina, no podia establecerse con esta variacion de jefes, los cuales, trasladados de un teatro á otro de operaciones, ignoraban la fisonomía ó los accidentes del terreno, los hábitos de sus subordinados, y el carácter de los pueblos amigos y enemigos.

Por último, los pueblos que tienen dignidad y fuerza no son mas que el símbolo de las virtudes de sus gobernantes; y cuando la inmoralidad impera en las altas regiones del gobierno, no hay que esperar mas que abyeccion en los individuos.





Castillo de Belber en Palma.

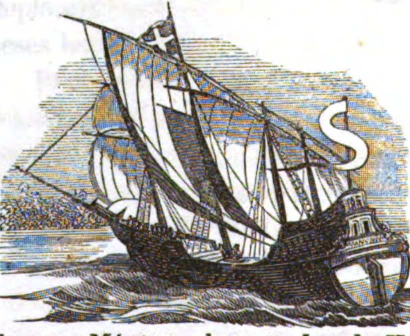
LIBRO III.

REINADO DE LOS BORBONES.

CAPITULO PRIMERO.

1701.--1716.

EL DUQUE DE ANJOU SUBE AL TRONO DE ESPAÑA.—LIGA DE VARIAS POTENCIAS DE EUROPA CONTRA ESPAÑA Y FRANCIA.—GUERRA DE ITALIA Y DE FLANDES.—FELIPE V SE PONE AL FRENTE DE LAS TROPAS FRANCO-HISPANAS EN ITALIA.—IMPORTANTES HECHOS DE ARMAS.—ESTALLA LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA.—EL ARCHIDUQUE DE AUSTRIA DISPUTA A FELIPE V LA CORONA DE ESPAÑA.—CATALUÑA Y VALENCIA SE DECLARAN POR EL PRETENDIENTE.—DESASTRES DE NUESTRAS ARMAS EN FLANDES É ITALIA.—LA FRANCIA ABANDONA Á FELIPE V Á SUS PROPIOS RECURSOS.—LOS ESPAÑOLES CONTINÚAN LA GUERRA CON CRECIENTE BRIO CONTRA LOS CONFEDERADOS.—LA BATALLA DE VILLAVICIOSA RESUELVE LA CUESTION DINÁSTICA EN FAVOR DE FELIPE V.—MEMORABLE SITIO DE BARCELONA.



Subió el duque de Anjou al trono de España bajo el nombre de Felipe V (1701), rodeado por el amor del pueblo y reconocido por el Pontífice, el rey de Inglaterra, el de Portugal, los duques de Saboya y Mántua, los estados de Holanda y la república de Venecia.

Solo el emperador de Austria, insistiendo en sus pretensiones, se propuso atacar el testamento de Cárlos II con las armas en la mano, y al efecto hizo poner en Italia un ejército de treinta mil hombres, mandado por el príncipe Eugenio, el mas ilustre de sus generales. Luis XIV, deseando sostener sobre las sienes de su nieto la corona de España, opuso al austriaco otro ejército dirigido por los mariscales Catinat y Villeroy, bajo las superiores órdenes del duque de Saboya.

La Italia presenta muchas y buenas líneas de operaciones, pero la del Adige, á juicio de un gran capitan de nuestros tiempos (1), es la que merece una preferencia de primer órden.

Los austriacos y franceses bordearon las opuestas márgenes de este rio, mas el príncipe Eugenio, por una maniobra tan bella como atrevida, logró forzar este paso, arrollando con la punta de su espada á un destacamento francés. En álas de este triunfo avanzó el príncipe hasta Chiari, donde se habia recogido el ejército coligado. Allí se dió una batalla (1.° setiembre 1701) menos célebre por sí misma que por sus consecuencias, pues sirvió de orígen á peligrosas vicisitudes, humillando á aquel ejército francés, favorito de la victoria. Reportóla el príncipe causando á sus enemigos una pérdida de tres mil hombres, é inutilizándoles por entonces para tomar la ofensiva.

Apenas se conocia en España y Francia la derrota de Chiari, cuando otra nueva mas funesta vino á conturbar los ánimos, conmoviendo el trono de Felipe V. La Inglaterra y la Holanda que veian con celosa ambicion el engrandecimiento de los Borbones, ofendidos ademas por la impolítica arrogancia de Luis XIV, se unieron estrechamente al emperador por un tratado concluido en la Haya el 7 de setiembre. El objeto aparente de los confederados era restablecer el equilibrio europeo, idea de paz que ha dado causa á las mas sangrientas guerras de Europa; pero sus verdaderas intenciones tendian á enriquecerse con las posesiones que lograran arrancar á la corona española, tanto en Flandes como en Italia y las Indias. Los príncipes alemanes, seducidos ó intimidados por el emperador, accedieron tambien á la liga. Toda la parte del continente europeo que se estiende desde el Volga hasta el canal de la Mancha, iba á arrojarse sobre la Francia y la España que se habian grangeado

(1) El general Bonaparte que acreditó su asercion con inmortales victorias.



con lisonjeras promesas la precaria alianza del rey de Portugal.

Los confederados pusieron en pié un ejército respetable (1702) y se encaminaron á los Paises Bajos, á las órdenes del duque de Malboroug, la gloria militar de la Inglaterra. Malboroug señaló sus primeros pasos con la conquista de Venlo, Ruremonde y Lieja, y Namur corrió peligro por la infidelidad de la guarnicion francesa que habian corrompido los holandeses. La acendrada lealtad de un oficial español, cuyo nombre omiten injustamente los historiadores, salvó la plaza, y en cierto modo el porvenir de la campaña.

Seguia ardiendo la guerra en el territorio italiano, y el príncipe Eugenio intentó una empresa que á haber sido feliz le hubiera colmado de gloria.

La ciudad de Cremona, como llave militar de la península italiana, tenia una gran importancia para cualquiera de los beligerantes. Guarnecíanla los españoles, y era su gobernador D. Diego de la Concha, buen oficial y soldado de un denuedo heróico. Deseaba vivamente el príncipe penetrar en esta plaza; pero el mariscal Villeroy que adivinaba sus intenciones, se arrojó en ella con buena parte del ejército francés. Un sitio en regla ofrecia obstáculos insuperables, y por otra parte absorvia toda la campaña. El oro austriaco halló en Cremona una mano venal, y Eugenio concibió la esperanza de realizar sus deseos con leve efusion de sangre.

Un sacerdote, cuyo nombre no se ha legado á la posteridad (1), dió al príncipe noticia de un acueducto que desde el campo venia á desembocar en su casa, situada cerca del muro. El general austriaco hizo sus preparativos con la sigilosa actividad que el caso requeria. A boca de noche (1.º de febrero), aproximó su ejército á Cremona, y escogiendo seiscientos granaderos con jefes de confianza, les mandó que avanzasen por aquella via subterránea. El trayecto fué breve y feliz. La columna de granaderos desembocó en la casa del confidente, y dirigiéndose desde allí á la puerta tapiada de Santa Margarita, derribaron en pocos minutos la endeble obra de mampostería y facilitaron una entrada ancha y segura á las demas tropas. Precipitóse por ella el príncipe Eugenio á la cabeza de una division, mientras el de Comerci avanzaba sobre los bordes

(1) Memorias del marqués de San Felipe, tomo I.



del Pó para dominar el puente de este rio y cortar la comunicacion entre la plaza y la ciudadela.

La fortuna favoreció en un principio á los audaces invasores. Ya se habian enseñoreado de los principales baluartes, matando á los centinelas, y se disponian á penetrar en el corazon de la plaza. Si el príncipe Eugenio lograba darse la mano con el de Comerci, todo estaba perdido; Cremona, con doce batallones, doce escuadrones y un inmenso material de guerra, caia en poder del enemigo, á quien este hecho hubiera rodeado con un ascendiente irresistible en el curso de las operaciones. Entretanto la guarnicion se hallaba entregada al descanso, bien distante de prever la suerte que le aguardaba; las calles desiertas, la noche oscura y nebulosa, y los gritos de agonía que lanzaban los sorprendidos centinelas, se perdian en el espacio sin hallar eco alguno.

Algunos tiros disparados por casualidad ó de propósito, esparcieron la primera alarma, y un ruido sordo semejante al mugido del océano cuando se engendra en su seno la tempestad, puso en movimiento á los jefes y soldados. Villeroy salió de su casa y muy luego le siguieron otros muchos oficiales; el mariscal fué envuelto por una avanzada austriaca que le amenazó darle allí mismo la muerte si pedia el menor socorro. Villeroy aceptó esta condicion salvando su existencia á trueque de su libertad; pero no se condujo del mismo modo el gobernador D. Diego de la Concha, quien rodeado por un enjambre de enemigos, siguió defendiéndose hasta que cayó traspasado de tantas heridas, que parecia imposible las hubiese recibido todas en vida (1).

Las tropas franco-hispanas salian aceleradamente de sus cuarteles medio desnudas y en la mayor confusion. Cada cuerpo se dividia en grupos, pero de estos unos quedaban inmóviles como heridos por un rayo, otros, tomando consejo solo de su valor, se arrojaban sobre el enemigo, al que se percibia al través de los primeros resplandores de la naciente aurora. El primer ejemplo es muy difícil; pero siempre decisivo en las ocasiones supremas. El denue–

(1) Memorias del marqués de San Felipe, tomo I.

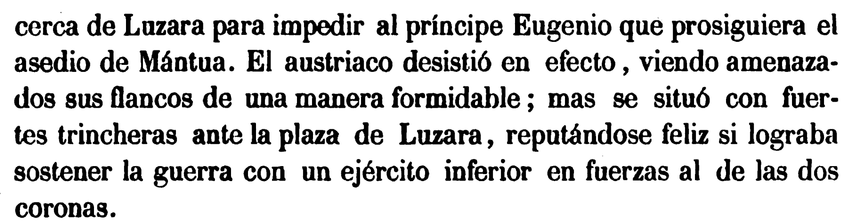


do de algunos escitó una noble emulacion en el espíritu de todos los demas, y á los pocos minutos la guarnicion entera se hallaba empeñada en el combate. Pero esta resistencia desordenada é inconexa, si era suficiente á sostener el ímpetu arrollador del enemigo, no bastaba sin duda para arrancarle la palma del triunfo, porque este pertenece siempre al órden y á la disciplina, sobre el valor ciego ó temerario. ¿Y cómo buscar una posicion central en presencia de los austriacos, cómo practicar movimientos generales bajo la voz de un jefe acreditado, si los principales habian caido muertos ó prisioneros, ni cómo en peligro tan ejecutivo contar con el tiempo que corre fatalmente para los desgraciados? Pudo reputarse por insigne beneficio de la fortuna el que el teniente de rey hubiera podido reunir algunos soldados. Este núcleo de fuerza organizada sirvió para atraer á las partidas dispersas que se fueron replegando sobre el estremo de la ciudad opuesto al que ya ocupaban los austriacos. Entonces se trabó el combate en regla y se sostuvo durante todo el dia con mucho ardor. El príncipe Eugenio se obstinaba en no abandonar aquella presa que tuvo al principio por segura; mas habiendo sabido que los franceses habian cortado el puente del Pó, que su comunicacion con el cuerpo de Comerci era ya imposible, y viendo muy reducida su valiente division, hubo de recogerse á la puerta de Santa Margarita, por la que salió, evitando con una pericia admirada por sus mismos enemigos, el que pudiesen causarle daño en su retirada. La pérdida de los austriacos fué de dos mil hombres; la de los franco-españoles algo menos considerable. La gloria fué igual, porque si los austriacos dieron pruebas de un denuedo estraordinario, arrojándose en corto número sobre el seno de una ciudad tan fuertemente guarnecida, no le mostraron menor los franceses y españoles, cuando sobreponiéndose á su sorpresa, supieron rescatar una plaza perdida.

Despues de este notable acontecimiento, el príncipe Eugenio se dedicó al bloqueo de Mántua, mientras el ejército de las dos coronas derrotaba al general Visconti, sobre las márgenes del Tesino, conquistaba á Reggio y daba la ley al duque de Mántua.

Por este tiempo ya habia llegado á Italia el rey Felipe V, y poniéndose á la cabeza de las tropas franco-hispanas, resolvió situarse





cerca de Luzara para impedir al príncipe Eugenio que prosiguiera el asedio de Mántua. El austriaco desistió en efecto, viendo amenazados sus flancos de una manera formidable; mas se situó con fuertes trincheras ante la plaza de Luzara, reputándose feliz si lograba sostener la guerra con un ejército inferior en fuerzas al de las dos coronas.

La derrota de dos mil ginetes alemanes en Santa Victoria, debida á la actividad y buena conducta del príncipe Vaudemont, produjo una alteracion total en los planes de esta campaña. D. Felipe y Vandoma se propusieron arrancar al austriaco de sus fronteras y apoderarse de Luzara, que sirviendo de base de operaciones y almacen de víveres al enemigo, tenia bajo estos dos conceptos una grande importancia. El príncipe Eugenio por su parte, temiendo que el de Vaudemont, dueño ya de Vasconcello se incorporase con el rey, en cuyo caso sucumbiria él mismo oprimido por una masa de ochenta mil hombres, trató de evitarlo aun al trance de una batalla. Dominado por este audaz pensamiento, saltó de sus trincheras y rompió la marcha en las altas horas de la noche. Ignoraban los dos beligerantes su movimiento recíprocamente progresivo; pero el príncipe Eugenio como hábil general llevaba su ejército formado en órden de combate. No asi Vandoma, quien creia hallar al enemigo encerrado en sus trincheras, y que avanzaba con sus tropas por un camino estrecho, bordeado de bosques y fatal para el desenvolvimiento de la caballería, en cuya arma éramos muy superiores á los austriacos. Al asomar los primeros resplandores de la aurora (15 de agosto) vinieron á las manos las avanzadas enemigas; este primer choque fué desfavorable á los franceses, que hubieran sido infaliblemente derrotados á no volar en su auxilio toda la caballería de la vanguardia; pero cuando podia creerse que unos y otros formalizaran la accion, se limitaron á ligeras escaramuzas, sostenidas siempre con alguna ventaja por los imperiales.

Brillaba el sol en medio de su carrera; el príncipe Eugenio arrancando su ála derecha de la posicion que ocupaba en el declive de una montaña, la arrojó sobre la izquierda de los franceses que se hallaban á la sazon embarazados con los accidentes del terreno, ca-



si inaccesible á la caballería. No podia haber elegido el austriaco ni momento mas propicio, ni situacion mas ventajosa para sus miras, porque alli solo peleaban las cabezas de columna, y la escelente infantería imperial mostró tal denuedo, que hizo inútil el de los franceses. Rompiéronse las primeras filas de estos; el terror iba ganando terreno á medida que lo perdian los franceses, y su numerosa caballería, forzada á la inaccion, podia cuando mas recoger bajo sus estensas álas á los que dispersaba la fuerza. Hasta este instante solo habian combatido las dos primeras subdivisiones de ambos lados, pero no tardó en estenderse á los centros el calor de la accion. El rey de España, recorriendo las filas y alentando á los suyos, estuvo espuesto á los mayores peligros; su noble ejemplo encendió en los corazones violenta ira, y ya se pensaba menos en reportar el lucro ó los laureles de la victoria, que en sacrificar honrosamente la vida. Los dos ejércitos, como movidos por un mismo resorte, se desprendieron de las colinas á cuya cresta estaban asidos, y se precipitaron en una hondonada estrecha y profunda. En este punto los fuegos eran inútiles y aun imposibles; solo se empleaba el sangriento juego de la bayoneta.

Perecieron gloriosamente á la cabeza de sus respectivos ejércitos, el marqués de Crequi y el príncipe de Comerci, ilustrados ambos con altas hazañas. Balanceaba el éxito de la batalla; el ála derecha de los franceses se habia rehabilitado, amparándola su caballería que logró por un movimiento de flanco mejorar su posicion, y los dos centros recibieron considerables refuerzos; pero el de los franceses, conducido por el mismo duque de Vandoma, era tan superior, que los alemanes hubieran sucumbido sin la ejemplar pericia del príncipe Eugenio. Este hábil caudillo, sosteniendo el ardor de la pelea con las primeras filas de su centro, fué escalonando las últimas sobre la colina que habian abandonado en un momento de irreflexiva intrepidez, y las enlazó tan vigorosamente con su derecha, hasta entonces inactiva, que formó con ellas un solo y compacto cuerpo. Nutriéndole cada vez mas y á espensas de las columnas empeñadas en el centro, hizo una pequeña conversion y se arrojó otra vez con furia indescriptible sobre la izquierda de los franceses. Acudió en su auxilio Vandoma, dividió su centro en dos

partes, y pudo, prolongándole, sostener á la izquierda que se desordenaba. Rayó en los límites del heroismo el denuedo que desplegaron los ejércitos; los imperiales no habian retrocedido ni un solo paso durante esta encarnizada funcion; los franceses estaban avergonzados de haberse visto repelidos dos veces, y el deseo de lavar la mancillada honra infundió un aliento tan estraordinario, que haciendo esfuerzos inauditos, no solo recobraron el terreno perdido, sí que tambien espulsaron á los austriacos de cuanto poseian en la derecha y centro. El príncipe, obstinándose en conservar las apariencias de su superioridad, mantuvo el combate durante la primera hora de la noche, y entonces, buscando el apoyo de su ála izquierda que no habia entrado en fuego, pernoctó en el campo de batalla y con las armas en la mano. Siguieron su ejemplo D. Felipe y el duque de Vandoma, circunstancia por la cual unos y otros se atribuyeron la victoria, y á la verdad que todos tenian razon. El príncipe Eugenio habia obtenido el triunfo moral, sosteniéndose con treinta mil hombres contra cincuenta mil, y D. Felipe las ventajas materiales, pues se halló en disposicion de conquistar á Luzara casi á vista del príncipe, que no se resolvió á moverse aunque conservó su fiera é imponente actitud.

Despues, los dos ejércitos se atrincheraron sobre las márgenes del Pó y del Tanaro para pasar el invierno.

No solo en Flandes é Italia se combatia con ardor; tambien en la orilla izquierda del Rhin, sobre el territorio aleman, los ejércitos enemigos habian venido á las manos.

Los austriacos, dirigidos por el rey de Romanos y el marqués de Baden, se apoderaron de Kenevert y Landau, plazas ambas que se defendieron denodadamente; pero en compensacion el duque de Baviera, parcial de las dos coronas, penetró por sorpresa en la fuerte Ulm, y el marqués de Villars, el último y acaso el mas grande genio militar de la Francia en aquella época de su desarrollo, acometió en Fridlinghen (4 octubre) al príncipe Luis de Baden, y arrebatándole tres mil hombres, le arrojó muy debilitado fuera de la Alsacia.

La Inglaterra y la Holanda quisieron hacer alarde de su prepotencia marítima, equipando una numerosa escuadra é impeliéndola hácia las costas de nuestra península. El almirante Rook que la man-



daba, hizo rumbo á Cádiz, en cuyas aguas desembarcó diez mil soldados á las órdenes del duque de Ormont. Esta fuerza podia hacer temblar á toda la Andalucía, desprovista á la sazon de tropas; pero la lealtad de sus habitantes y el activo celo del marqués de Villadarias, suministraron los primeros medios para resistir al torrente de los invasores. No obstante lograron éstos apoderarse de Rota, por la perfidia de su gobernador, penetrando poco despues en el Puerto de Santa María, donde se cebó la codicia de aquellos soldados estranjeros; mas fueron inútiles sus mas vigorosos esfuerzos para espugnar el castillo de Matagorda. El conde dirigió con tanto tino el fuego de nuestra escuadra, que obligó al enemigo á reembarcarse precipitadamente, con dos mil hombres menos y muchos de sus buques averiados. El intrépido Rook, no se intimidó con este primer infortunio. Resuelto, por el contrario, á repararle de una manera brillante, cruzó el océano espiando con vista de Aguila el arribo de un opulento convoy procedente de América. Sin embargo, éste, que venia escoltado por navíos franceses y españoles, burló un momento la vigilancia del inglés y entró sin obstáculo alguno en la rada de Vigo, que por desgracia ofrecia poca proteccion. Se dice (1) que el conde de Chateau-Renault, comandante de la escuadra combinada, propuso á los cabos españoles el que se refugiaran en algun puerto francés bien abrigado, y que solo la repulsa de estos le obligó á dirigirse hácia Vigo. ¡Error deplorable que nos produjo un grande infortunio!

Rook divisó por fin nuestra escuadra y la acometió sin vacilar. El comandante francés habia adoptado todas las precauciones posibles para evitar un desastre; pero nada resistió al furioso ímpetu de los agresores y á la habilidad de sus maniobras. Rompieron la cadena que cerraba el puerto; acallaron los fuegos de algunas baterías improvisadas; despreciaron el lento y estéril que les hacia la plaza, y envolviendo nuestros buques, redujeron sus tripulaciones á la última desesperacion. Defendíanse los nuestros con un valor heróico; el denso humo de la pólvora que anublaba los rayos del

(1) Compendio de los sucesos del reinado de Luis XIV el Grande, rey de Francia, por el P. Gabriel Daniel de la Compañía de Jesus.



sol, ocultó acaso proezas dignas de trasmitirse á la remota posteridad.

Pugnaban los franceses y españoles por venir al abordage; rehusábanlo los ingleses y holandeses fiando el éxito de la accion á la superioridad de sus fuegos y á la ligereza de sus buques. Muchos de los franceses se fueron á pique; otros quedaron desarbolados, desarmados y sin elementos para defenderse ni ofender. Perecieron de este modo las diez naves de guerra que cerraban la boca de la rada; mucha parte de las tripulaciones francesas se salvó á nado, con el comandante Mr. Ciaternon, que habia dado en aquel aciago dia pruebas insignes de pericia y fortaleza. El que lo era de la flota española, D. Manuel de Velasco, se distinguió de la manera mas sobresaliente, y viéndolo todo perdido, hizo incendiar sus naves para que los ingleses no se aprovecharan de ellas y de las ricas mercaderías que encerraban; los marineros españoles, á imitacion de los franceses, lograron ganar la orilla nadando, si bien no á todos favoreció la fortuna en este trance supremo, pues las olas y el fuego enemigo devoraron á dos mil hombres. Ochocientos muertos tuvieron los confederados con quinientos heridos; mas hicieron una opulenta presa, llevándose como en triunfo trece navíos, siete de guerra y seis de trasporte. De este modo la España, semejante á una elevada columna espuesta á la ira de los elementos, perdia una por una las partes constitutivas de su grandeza; en este desastroso combate quedó privada de todos aquellos soberbios buques que formaban el orgullo de los mares y nos traian los costosos tesoros de la América.

Alternaron las felicidades con los reveses en la campaña de los Paises Bajos (1703). El mariscal de Villeroy que habia sido rescatado, recuperó á Tongres sin mucho auge de su gloria, ni pérdida de su gente.

Mas adelante el ejército de las dos coronas, acaudillado por el marqués de Bedmar y el mariscal Bouflers, marchó contra el holandés Opdam, que intentaba espugnar la línea fortificada que ocupaban los españoles cerca de Ambéres. Opdam, fiado en su posicion llena de accidentes y apoyada en el fuerte de Lilló, aguardó á los confederados que le embistieron con suma impetuosidad. Este

combate, llamado de Eckeren por el sitio en que ocurrió (30 junio), trae á la memoria algúnas de aquellas lides de la época, que inmortalizaron á nuestras tropas en tiempo de Alejandro Farnesio. Los españoles, y á su imitacion los franceses, cruzaron pantanos, rompieron y dominaron diques, asaltaron atrincheramientos erizados de cañones, y sin que la noche pudiera moderar su bélico ardimiento, prosiguieron peleando en medio de la oscuridad, y arrojando al enemigo de una en otra posicion, le estrecharon entre la punta de sus bayonetas y un dique formidable. El heróico denuedo del general holandés Stagembourg, comunicándose á sus soldados, les dió aliento para forzar el dique y salvarse por entre mil peligros. Al mismo tiempo el cañon de Lilló tronó sobre el flanco de los galo-hispanos, y conteniendo su marcha victoriosa, hizo mas fácil la retirada del enemigo. Pero embestido éste por el gobernador de San Felipe, dejó trescientos prisioneros y el resto de un convoy considerable.

Dos mil novecientos hombres, seis cañones, cuarenta y dos morteros, todas las tiendas y equipajes, constituyeron la pérdida de los holandeses. No alcanzaron el triunfo las tropas combinadas sin efusion de sangre propia, pues dejaron tendidos en el campo quinientos cadáveres, recogiendo ochocientos cuarenta heridos, entre los cuales habia algunos jefes de sobresaliente reputacion.

El júbilo que produjo esta victoria, se disipó muy luego con los desastres que nos ocasionó Malboroug. La plaza de Huy que solo tenia una importancia de opinion; la de Limbourgo, apreciable por ser cabeza de la provincia de este nombre y servir como de articulacion á las comunicaciones entre el Artois y el Bravante, y la Güeldres mucho mas interesante que las otras dos, porque cubria como un escudo la entraña de la Flandes, contra las irrupciones de los holandeses, se entregaron sucesivamente al hábil y afortunado inglés. El valor de las guarniciones solo contribuyó á aumentar la brillantez de estas conquistas, porque generalmente la gloria del vencedor se funda sobre las virtudes del vencido.

En Alemania obtuvieron los franceses señaladas ventajas, si bien inauguraron sus operaciones con la pérdida de Rimberg, atacada por el enemigo con una constancia imponderable que mitigaron los rigores del invierno. El pensamiento culminante de los franceses

consistia en enlazar los dos cuerpos de ejército que mandaban los mariscales Villars y Vandoma, con el elector de Baviera adicto á la causa de los Borbones. Villars realizó su objeto apoderándose al paso de Offenburgo, Gemgembac, Zell, Weitet y Khel, desbaratando varias columnas enemigas y tendiendo en Dutlingert la mano al bávaro, que llegó á este punto adornado con los laureles que acababa de alcanzar en Passau sobre el general sajon Pjefs. Todos los esfuerzos del elector y del mariscal se dirigieron entonces á atraer al duque de Vandoma, que se desprendia audazmente del fondo de Italia. Si esta incorporacion llegaba á verificarse, la suerte de las operaciones estaba resuelta, porque Vandoma, arrojándose en el Trentino, y el bávaro, penetrando en el Tirol, cortaban todas las comunicaciones entre los ejércitos imperiales de Alemania y Lombardía, y dejaban á éste en el aire y espuesto al golpe de los españoles, de los saboyanos y de los franceses. En armonía con este plan tan diestramente combinado, rompieron su movimiento los franceses. Villars cayó sobre Delingen y humilló con el primer golpe de su espada la fortaleza de Cufftein, y empezó á observar de cerca al príncipe de Baden, general de los imperiales. Entretanto Vandoma avanzaba á paso de gigante por el Trentino, é introduciéndose con noble osadía en las ásperas gargantas del Tirol, tomó su capital, Inspruk sin disparar un tiro; pero cuando ya casi tocaba el término de sus deseos, supo que el duque de Saboya, infiel á sus compromisos, habia abrazado el partido del emperador. Este suceso dejaba la Italia espuesta á las mas peligrosas vicisitudes, y Vandoma debió reputarse feliz, porque el príncipe Eugenio no se atrevió ó no pudo embarazar su marcha retrógrada. Entre los franceses apoyados en Delinga y protegidos por la neutralidad de Auxburgo, y los imperiales, hubo un combate de caballería en que aquellos obtuvieron todos los honores del triunfo, si bien las pérdidas recíprocas fueron casi iguales. Reunidos despues etrechamente Villars y el elector, avanzaron sobre un ejército de veinte y cinco mil hombres, que dirigidos por el conde de Stirum, habian tomado posicion en Hochstet, colocándose en actitud de tender el brazo al príncipe de Baden por cima del Danubio. Verse y atacarse con encarnizamiento

los dos ejércitos enemigos (20 de setiembre), fué todo obra de pocos minutos. El ála derecha de los imperiales se replegó al primer choque; pero la izquierda se sostuvo con ínclita intrepidez y no cedió hasta que fué despedazada por las bayonetas francesas.

El conde Stirum buscó un asilo en Nuremberg, perdiendo en esta funcion de seis á siete mil hombres, con sus trenes y equipajes. Fruto inmediato fué de esta victoria, la rendicion de Landau, que los franceses estrechaban hacia algun tiempo.

Las intrigas de la córte francesa quitaron el mando al mariscal Villars y se lo dieron al de Marsin. Acreditóse el nuevo jefe con la conquista de Auxburgo, que rompiendo el velo de la neutralidad, se habia declarado por los imperiales, y que no obstante su fortaleza, capituló á los pocos dias de sitio.

No era menor la actividad de los beligerantes sobre los bordes del Rhin. Malboroug atravesó este rio y se arrojó sobre Bona. Defendióla briosamente el gobernador francés, pero arruinada la plaza por el fuego de ochenta cañones y noventa morteros, pidió y obtuvo una capitulacion decorosa.

Compensó ventajosamente esta pérdida el francés Tallard, quien puso sitio á Brisac, plaza fortificada con vigorosa inteligencia y guarnecida con cuatro mil hombres, y la tomó á los trece dias de trinchera abierta. Todo el honor de este asedio perteneció á monsieur Vauban, cuyos talentos constituyeron despues el orgullo y acaso la salvacion de la Francia.

El duque de Vandoma, remontando los desfiladeros del Tirol postró á sus piés algunos destacamentos enemigos, y obtuvo ventajas no despreciables sobre un cuerpo de tres mil ginetes imperiales que mandaba el italiano Visconti.

El ataque fué nocturno, saliendo los franceses con camisas puestas sobre el uniforme, segun hicieron los españoles en el mismo pais y en la grande época de nuestras glorias. De los tres mil caballos enemigos solo se salvaron quinientos con Visconti, su general; los restantes, ó perecieron en el calor del combate ó quedaron prisioneros.

En este año la guerra adquirió un desarrollo gigantesco (1704). Parecia que los beligerantes, cansados de estenuarse en choques



parciales sin gloria y sin porvenir, se habian propuesto aventurar el honor de sus armas al trance de una batalla decisiva. De todas partes afluian cuerpos de tropas sobre el territorio aleman. El príncipe Eugenio avanzaba desde el centro de Italia á la cabeza de un lucido cuerpo para establecerse sobre las márgenes del Danubio. Malboroug tomaba con sus ingleses la misma direccion, y la aspiracion de ambos era la de enlazarse estrechamente con el príncipe de Baden, á fin de humillar al bávaro asistido por Tallard y reforzado por trece ó catorce mil hombres.

El británico realizó su incorporacion sobre las trincheras de Schutemberg, de las que habia privado á los franceses ocasionándoles una pérdida considerable y empujándoles hácia el Rhin á fin de separarles del grande ejército que mandaban el elector y Tallard.

Avanzaba éste con rapidez y buen órden para impedir la reunion de sus enemigos cuando supo la derrota de Schutemberg, y se detuvo en los campos de Hochstet, todavía empapado en la sangre de los imperiales. No tardaron en presentarse Malboroug, Eugenio y el de Baden, acaudillando sus respectivas divisiones. Las fuerzas de los ejércitos eran casi iguales, y ciento veinte mil hombres chocaron unos contra otros al propio tiempo y con imponderable violencia. Regimientos enteros perecieron de una y otra parte antes que la fortuna inclinara su balanza. Pero la derecha de los franceses, conmovida desde un principio por la ausencia de Tallard, empezó á perder terreno cuando este mariscal cayó en poder de los enemigos por una casualidad deplorable. Malboroug que la atacaba, hizo asestar contra su flanco el fuego de dos formidables baterías, y envolviéndola despues con sus caballos, la arrojó derrotada y dispersa en la aldea de Benheim. Menos feliz al principio el príncipe Eugenio, fué rebatido por el elector; mas empeñando entonces en el fuego hasta el último soldado de su reserva, y recibiendo oportunos socorros de su izquierda y centro, se encarnizó de nuevo en los bávaros con una furia estraordinaria y les hizo perder sus posiciones, aunque no el bello órden de su retirada. Pero Malboroug, impaciente por completar su triunfo, rodeó con sus tropas á los franceses refugiados en Benheim, y les hizo deponer las ar-

mas en número de veinte y siete batallones y cuatro escuadrones. Este último golpe humilló mas á la soberbia francesa que la pérdida sufrida durante el calor de la batalla. Sin embargo, habia sido muy considerable, pues pasó de catorce mil hombres entre muertos y heridos. No fué menor la del enemigo; pero éste adquirió un ascendiente irresistible en el porvenir de la guerra. Ulm, Traerbac, Landau y casi todo el electorado de Baviera, cayeron en poder de los imperiales, que podian, por un movimiento audaz de flanco ó retaguardia, precipitarse sobre la Italia ó los Paises Bajos, y arrancar á la casa de Borbon todos los medios de influir en la suerte de Europa.

Mas venturosa estrella alumbraba los pasos del ejército francés en Italia. El duque de La Feullade privó al saboyano en una sola marcha de todo el pais que poseia en la falda de los Alpes, y este príncipe, lanzado en brazos de Vandoma, hubiera sucumbido completamente á no volar en su auxilio el general austriaco, conde de Staremberg. Este príncipe practicó sobre el ála derecha de Vandoma un movimiento tan hábil, que se reputó como una obra maestra del arte militar, y si bien con alguna pérdida de su gente, logró reunirse al saboyano sobre los bordes del Tánaro.

Sin embargo, esta incorporacion si bien fué suficiente á salvar la existencia política del duque de Saboya, no contuvo en gran parte los progresos de los franceses. Apoderóse La Feullade de la ciudad y castillo de Suza, y arrojándose despues impetuosamente sobre los fértiles valles que riegan el Tánaro y el Pó, estendió la dominacion francesa por una superficie de ciento cincuenta leguas. Estas rápidas conquistas eran mas brillantes que sólidas, y á fin de asegurarlas, intentó el francés cortar la comunicacion de la Saboya con los estados helvéticos, puso sitio á la ciudad de Augusta y la arrebató en poco tiempo.

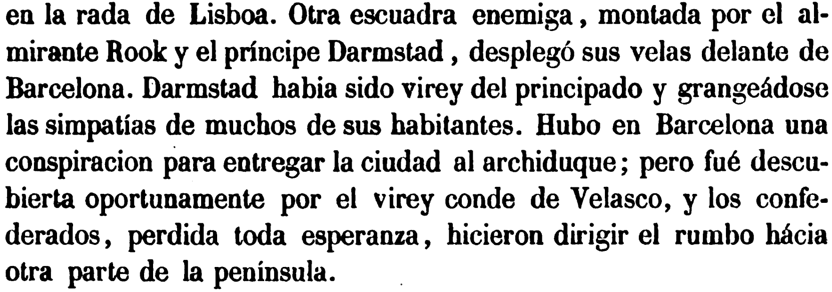
Vandoma por su parte plantó sus reales ante Vercelli, plaza de gran importancia, reputada como la primera del Piamonte despues de Turin. El sitio fué largo y dificil, y la sangre francesa y española corrió en abundancia al pié de las murallas de Vercelli; pero la guarnicion, considerablemente desmembrada, cedió al cabo obteniendo todos los honores militares.



Entretanto se habia encendido el fuego de la guerra en la península española (1704). El rey de Portugal D. Pedro, seducido por las magníficas promesas de los confederados, cometió la imprudencia de romper la alianza con los Borbones y engolfarse en una empresa que cualquiera que fuere su desenlace, solo podia producirle gastos y quebrantos. D. Felipe pensó desde luego en humillar á su inconstante vecino, y al efecto reunió un cuerpo considerable de tropas, que bien dirigido hubiera podido penetrar hasta los muros de Lisboa. Pero aquí se cometió la misma falta que en todas nuestras guerras con Portugal. Prefirióse á la invasion en grandes masas, pequeñas diversiones sobre los diversos puntos de la frontera, principio el mas funesto en las guerras ofensivas, porque al que se defiende hasta las piedras le ayudan. Una fuerte division, á cuya cabeza marchaba el mismo rey, traspasó las lindes portuguesas por el territorio de Alcántara; otra con el marqués de Villadarias, militar inteligente é intrépido, estaba destinada á operar por las Andalucías; el duque de Hijar ceñia parte de las fronteras de Galicia, y el marqués de Ronquillo debia tender sus brazos por cima de la frontera para auxiliar con su cuerpo volante, á la division que se hallara mas comprometida.

Operó D. Felipe con esa actividad enérgica que es la mejor prenda de la victoria. Varias plazas de la frontera, débilmente guarnecidas y sin comunicaciones recíprocas, se rindieron á las primeras embestidas del ejército galo-hispano, contándose en este número Salvatierra, Castelo-Branco y Portoalegre. Intentó D. Pedro contener el victorioso curso de los españoles, y al efecto salió de Lisboa para ponerse al frente de su ejército; mas conceptuando despues muy aventurado este paso, regresó á su capital no sin graves recelos de perder el reino en esta breve campaña. A la verdad, D. Felipe, no obstante el desacierto de su plan, se hallaba en una situacion tan próspera que hubiera podido hacer temblar bajo sus plantas, el antiguo territorio lusitano, si acontecimientos de la mayor importancia no hubieran llamado su atencion hácia Cataluña.

El archiduque, no bien se vió reconocido rey de España con el nombre de Cárlos III por las potencias que formaban la grande alianza, pasó á bordo de una escuadra holandesa y echó el áncora



en la rada de Lisboa. Otra escuadra enemiga, montada por el almirante Rook y el príncipe Darmstad, desplegó sus velas delante de Barcelona. Darmstad habia sido virey del principado y grangeádose las simpatías de muchos de sus habitantes. Hubo en Barcelona una conspiracion para entregar la ciudad al archiduque; pero fué descubierta oportunamente por el virey conde de Velasco, y los confederados, perdida toda esperanza, hicieron dirigir el rumbo hácia otra parte de la península.

Por desgracia, el almirante Rook que mandaba la escuadra inglesa, puso la vista en Gibraltar, á la sazon guarnecida con solos cien hombres de infantería y caballería, desprovista de víveres, municiones, y de casi todos los elementos de defensa. Opúsola al principio briosa su gobernador D. Diego de Salinas; mas no tuvo la gloriosa resolucion de abrirse la sepultura en la cima de aquella roca. Los restos de la guarnicion salieron con honrosas condiciones; pero en realidad, y en semejantes circunstancias, solo la muerte podia ser lisonjera. De este modo ondeó el pabellon inglés sobre aquella fortaleza llave del Estrecho y señora de los mares. En pocas horas habia perdido España mas que en siglo y medio de infortunios, y la Inglaterra habia alcanzado una ámplia compensacion de sus futuros sacrificios en esta sangrienta guerra. Felipe V conoció la inmensa importancia de esta pérdida cuando ya se habia consumado, y decidido á repararla, dispuso que el marqués de Villadarias marchase sobre Gibraltar, para formar con sus tropas el núcleo del ejército que debia allí reunirse. Parte la escuadra galo-hispana, mandada por el duque de Tolosa, mas antes de realizarlo fué acometida por la anglo-holandesa que cruzaba á la vista de Málaga. El empeño fué muy vivo y duró desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche (24 de febrero). Ambas partes se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que los anglo-holandeses abandonaron el sitio de la batalla con mil setecientos hombres menos y sus navíos muy averiados. Tambien fué muy sensible la pérdida de los franceses y españoles; pero sus buques quedaron en mejor estado. Al frente de trece de ellos, con tres mil hombres de desembarco, marchó Pointis al sitio de Gibraltar; mas su cooperacion fué precaria é infructuosa, pues no pudo sostenerse contra la

ira de los vientos y el fuego combinado de la plaza y de los buques ingleses. El mismo Villadarias se vió en la precision de convertir el sitio en bloqueo, y éste muy incompleto, porque solo se hacia por la parte de tierra.

El elector de Baviera, reorganizando su ejército, pasó á los Paises Bajos (1705); mas no fueron felices sus operaciones. La pequeña plaza de Huy fué conquistada y perdida en el breve término de doce dias, y habiéndose replegado el elector sobre las líneas fortificadas del Bravante, esperó al enemigo con mas denuedo que prudencia. No tardó en presentarse el ejército coaligado cuya superioridad númerica le aseguraba la victoria. Con efecto, la obtuvo forzando las líneas y espulsando al elector despues de un sangriento choque, padeciendo mayor quebranto material los vencedores que los vencidos. Precipitáronse en álas de este triunfo los aliados sobre Lenva, haciendo á la guarnicion prisionera. Pero el bávaro neutralizó este último golpe, apoderándose de Diest y de los mil quinientos hombres que la defendian.

Proyectó el duque de Malboroug invadir el territorio francés, mas fué detenido en Seix por la victoriosa espada de Villars. El inglés rindió en esta ocasion un brillante homenage á la pericia de su enemigo, pues siendo superior en fuerzas no se atrevió á acometerle; antes practicó un movimiento retrógrado sobre las márgenes del Rhin, dejando descubiertas las líneas de Weissembourgo, y á los franceses la facilidad de enseñorearse de ellas como lo verificaron. Hombourgo cayó en manos del francés Rauge, y Hagenau en las del imperial Thungen, no obstante la briosa defensa de su gobernador Peri, quien viéndolo todo perdido logró, por una marcha admirablemente audaz, salvarse con la guarnicion.

Conservaron los franceses en Italia la superioridad que habian adquirido en el año anterior. La plaza de Verrua, despues de un asedio de seis meses en que sitiados y sitiadores hicieron prodigios de intripidez, se rindió por fin al duque de Vandoma. Avanzó seguidamente este general contra la Mirándola, sometiéndola en veinte y dos dias de trinchera abierta. Entretanto el de La Feullade espugnaba á Chiva, y el de Saboya, circunscrito casi á su capital Turin,

no hubiera podido evitar una ruina completa sin la poderosa intervencion del príncipe Eugenio.

Este caudillo imperial pretendia cruzar el Adda para tender su mano protectora á los piamonteses; Vandoma, que espiaba sus menores movimientos, se apresuró á cerrarle el paso apostándose en Cassano. Aquí se dió una furiosa batalla (16 de agosto) que se mostró desde luego propicia á los imperiales, los cuales lograron envolver el ála izquierda de los franceses y ponerla en el mayor desórden. Pero el centro y la derecha permanecieron inmobles como una roca de granito. El príncipe Eugenio cansado de asaltar esta inflamada muralla de cuerpos humanos, se replegó con paso lento é imponente actitud sobre sus posiciones primitivas. La pérdida del príncipe fué de mucha entidad; pues dejó tendidos en el campo ó ahogados en el Naviglio cerca de seis mil hombres, y mil ochocientos prisioneros en poder de los franceses. Evalúóse la de estos en otros seis mil, mas su ascendiente en la campaña quedó tan reconocido, que pudieron hacerse dueños de la fuerte plaza de Montmelian, sin que el duque de Saboya ni el príncipe Eugenio se esforzaran á socorrerla.

Sólidamente escalonados sobre el territorio piamontés Vandoma y La Feullade, concibieron el atrevido pensamiento de poner sitio á Turin; mas no se llevó á cabo esta atrevida empresa hasta el siguiente año de 1706.

La guerra en España presentaba cada dia una faz mas siniestra á la causa de Felipe V. Tenia este príncipe grabada en lo íntimo de su corazon la deplorable pérdida de Gibraltar; aspiraba á recobrar esta plaza antes que los ingleses la hicieran inespugnable, y no obstante el fatal desenlace de su primera tentativa, pretendió hacer otra con mayores elementos aunque con menos cordura. El mariscal Tessé condujo un ejército hasta el pié de aquella formidable eminencia; el caballero Pointis se apostó en el Estrecho con una escuadra de doce navíos; mas no bien las baterías españolas empezaron á fulminar un impotente fuego sobre la plaza, cuando el almirante inglés Lak, que se habia anclado en la rada de Lisboa con treinta velas, se dirigió contra Pointis, resuelto á envolverle ó arrollarle segun lo permitieran las circunstancias. Fueron estas singularmente favorables al británico; una tempestad dispersó siete de los



Felipe V.

doce navíos que mandaba Pointis, y viéndose este atrevido náutico rodeado por toda la escuadra inglesa, se abrió paso á cañonazos por medio de ella, y fué á varar con sus cinco navíos cerca de Estepona, incendiándolos inmediatamente. El sitio de Gibraltar se hizo imposible segunda vez, quedando reducido á un bloqueo que solo servia para revelar nuestra impotencia.

Por sensible que fuera este acontecimiento á Felipe V, todavía le afectaron mas los que ocurrieron poco despues en Valencia y Cataluña. El orgulloso espíritu de nacionalidad que animaba á estos dos pueblos, no les permitia comprender cómo despues de tantos y tan dolorosos sacrificios hechos para refrenar la ambicion francesa, ésta se hubiera infiltrado en nuestro gobierno hasta el punto de decidir soberanamente los mas graves negocios de la monarquía española. Los emisarios del archiduque atizaron hábilmente las primeras centellas de discordia; muchos hombres turbulentos, desasosegados, verdaderos botafuegos de la guerra civil, hicieron por carácter lo que otros por conviccion; las ricas dádivas y magníficas promesas de los austriacos, alteraron la vacilante fidelidad de otros muchos.

Tal era el estado de los ánimos cuando se presentó á la vista de Alicante una escuadra inglesa, compuesta de cincuenta barcos mayores, llevando á su bordo doce mil hombres de escelentes tropas, al conde Petersborough, general muy reputado, al príncipe Darmstadt, y al mismo archiduque Cárlos que se adornaba con el pomposo título de rey de España. Intimó, en concepto de tal, la sumision á la ciudad de Alicante; pero fué contestado á cañonazos. Dirigió entonces la proa á Denia, ciudad muy trabajada por las intrigas de los agentes austriacos. Aclamaron, en efecto, los denienses por su rey, al archiduque con aquel júbilo ardiente é irreflexivo con que un pueblo saluda las grandes innovaciones. Bien hubiera podido el archiduque avanzar hasta la misma capital del antiguo reino valenciano, mas estimó debidamente el valor casi infinito del tiempo en las revoluciones, y se apresuró á sostener la que creia próxima á estallar en Barcelona. Hizo, pues, rumbo á las costas de Cataluña, y entretanto Juan Basset, aventurero diestro, intrépido

y activo, promovió tan bien la causa del austriaco en la provincia de Valencia, que logró arrancar á la dominacion de Felipe V la capital y otros muchos pueblos importantes.

El archiduque, sin hallar obstáculo alguno que embarazase su marcha, saltó á tierra en Palamós, y colocándose á la cabeza de su pequeño ejército, no se detuvo hasta la falda de Monjuich. El gobernador de este castillo, parcial del archiduque, habia ofrecido entregársele; pero descubierta oportunamente su inícua trama, pagó con la cabeza el no haber tomado bien sus medidas. Esta circunstancia desconcertó por un momento á los anglo-austriacos; no obstante, emprendieron el ataque de Monjuich, en cuya operacion cayó atravesado de una bala el príncipe Darmstadt. El castillo hubiera podido hacer mas briosa defensa, y acaso frustrar completamente los planes de los sitiadores, si la fortuna, propicia al archiduque, no hubiese postrado el ánimo de los nuestros. Una bomba disparada desde las baterías inglesas, prendió fuego en el almacen de pólvora del castillo, y saltando parte de este con horrible estrépito, dejó abierta una ancha brecha que convidaba al asalto. El nuevo gobernador, la mayor parte de los oficiales y algunos soldados, perecieron entre las ruinas; los demas, atemorizados con esta catástrofe y demasiado débiles para resistir á una espugnacion vigorosa, se rindieron estipulando su vida y su libertad.

Dueños de Monjuich los aliados, podian creer que lo eran tambien de Barcelona, mucho mas atendiendo á la situacion moral de esta plaza. Fermentaban en ella las pasiones con estraordinaria violencia; muchos se declaraban sin rebozo partidarios del archiduque; otros envolvian sus sentimientos en una inercia estudiada; pocos creian que la defensa de Barcelona fuera posible, menos eran los que la deseasen y ninguno cooperaba eficazmente á formarla. El virey Velasco se hallaba en medio de un pueblo desafecto con una guarnicion suficiente apenas para imponer á los revoltosos, cuando las primeras bombas del castillo, vinieron á introducir el incendio y la muerte en aquella hermosa ciudad. Sostúvose no obstante cuanto convenia á su honra; mas percibiendo los alaridos de la frenética muchedumbre, no quiso ser víctima de su insistencia y dar con su muerte mayor pábulo á la osadía de los amotinados. Ajustó, pues,



una capitulacion decorosa, y salió de la plaza con las fuerzas de su mando entre los insultos de aquel pueblo, que sin odiar al hombre, detestaba profundamente al poder, de que era representante y símbolo.

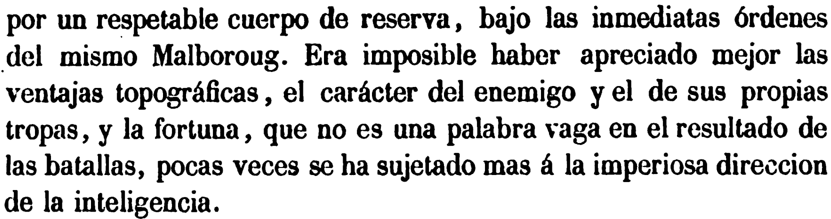
Nuestras desgracias hubieran podido ser mas lamentables si la plaza de Badajoz, sitiada por el ejército anglo-lusitano, hubiera sucumbido; mas acudió velozmente á su socorro el mariscal Tessé, y logró hacer levantar el cerco despues de un recio choque en que el enemigo llevó la peor parte, quedando herido gravemente su general Lord Galloway.

Este año (1706) fué copioso en desgracias para la dinastía borbónica. Principiaron estas en los Paises Bajos, y en la funesta batalla de Ramilliers, que abatió para siempre el orgullo de los conquistadores franceses, y nos privó de aquel apreciable territorio inmortalizado con tantas glorias españolas.

Esta célebre batalla se dió el dia 23 de mayo, el primero de la Pascua de Pentecostés. El mariscal Villeroy mandaba á los franceses, robustecido con algunas fuerzas españolas, formando un total de cincuenta mil hombres. Malboroug estaba á la cabeza del ejército inglés, fuerte de cuarenta y tantos mil guerreros. Inauguróse la accion con un fuerte y recíproco cañoneo que duró desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde. Los ingleses, muy incomodados por el fuego de la artillería, se lanzaron en lo estrecho del combate, que bien pronto se estendió por el frente de la línea francesa.

Todo el honor de esta batalla perteneció al general británico, cuyos grandes talentos le pusieron entonces al nivel de los mas famosos caudillos contemporáneos. Malboroug, temiendo que sus tropas cedieran á la furia de los franceses y á la ardiente intrepidez de los españoles, apoyó la estremidad de su ála derecha en obstáculos difíciles de superar, y la hizo inaccesible al enemigo. Puesta á cubierto de cualquier ataque, no vaciló en debilitarla, y sacando de ella numerosos escuadrones, formó en su izquierda y centro cuatro columnas profundas, perfectamente nutridas, y de todo punto impenetrables. Estas mismas columnas se hallaban sostenidas




por un respetable cuerpo de reserva, bajo las inmediatas órdenes del mismo Malboroug. Era imposible haber apreciado mejor las ventajas topográficas, el carácter del enemigo y el de sus propias tropas, y la fortuna, que no es una palabra vaga en el resultado de las batallas, pocas veces se ha sujetado mas á la imperiosa direccion de la inteligencia.

Villeroy, ni supo adivinar las hábiles maniobras de su adversario, ni acertó á neutralizarlas cuando las vió puestas en ejecucion. En vez de nutrir su derecha y centro á espensas de la izquierda que debia permanecer inmóvil, conservó en ésta una superabundancia inútil de fuerzas, y dejó la derecha tan débil como en circunstancias ordinarias. Malboroug se aprovechó con celeridad suma de este desacierto, y envolvió el ála comprometida de los franceses; sin embargo, éstos y los españoles se defendieron con un valor digno de mejor suerte. Penetraron las primeras columnas inglesas; pero estrechamente oprimidos por los brazos de aquellas robustas falanges, perecieron muchos y se salvaron algunos, haciendo prodigios de intrepidez. El centro, muy conmovido desde un principio, cedió fácilmente al impulso arrollador de los vencedores, y todo el ejército galo-hispano hubiera sucumbido en aquella sangrienta funcion, si no hubiera dejado á tiempo su posicion la izquierda francesa que permanecia intacta, y situádose sobre una colina. Este cuerpo contuvo por algun tiempo á la caballería inglesa, y bajo su proteccion se reunieron algunos otros para emprender la retirada. Pero los mas huyeron en la mas deplorable confusion, achuchillados fieramente por los ginetes británicos.

En veinte mil hombres se estimó la pérdida del ejército de las dos coronas; la de los ingleses fué poco notable por el bello órden con que combatieron. Desde el campo de batalla se derramaron los vencedores como un torrente por los Paises Bajos españoles. Las mas fuertes plazas ó les abrian espontáneamente las puertas, cediendo al influjo de la victoria, ó hacian una resistencia menguada por la discordia casi constante de las guarniciones españolas y francesas. Brujes, Louvayne, Gante y Bruselas, se entregaron sin disparar un cañonazo; la inespugnable Ostende solo resistió un sitio de doce dias; la misma Ambéres, el baluarte de Flandes, se sometió á las



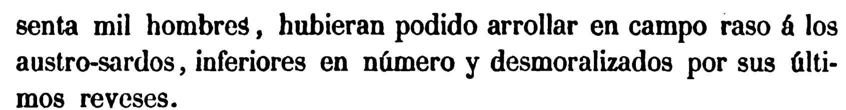
primeras intimaciones, y el enemigo, admirado de la rapidez de sus conquistas, no se resolvió á atacar la ciudadela. La vigorosa defensa de Menin no pudo libertarla de la suerte comun; la plaza de Ath, distinguida por sus grandes y modernas fortificaciones, capituló á los doce dias de trinchera abierta, y Dermonde no resistió mas que cinco á la presencia del enemigo ante sus muros. En el breve término de un mes, la España habia perdido irrevocablemente los ricos estados de Flandes, y con ellos su influencia internacional sobre el norte y mediodia de la Europa.

El cetro de la supremacía española, roto en las débiles manos de Cárlos II, acababa de desprenderse de las de Felipe V, mas enérgicas pero mas infortunadas. No se habia agotado con estas el tesoro de nuestras tribulaciones. El ilustre Vandoma habia abierto la campaña de Italia con la victoria de Calcinato, en la que los imperiales y saboyanos, acometidos en lo interior de sus líneas con una inteligencia y valor verdaderamente admirables, perdieron cerca de once mil hombres, la mayor parte prisioneros. Pero Vandoma no pudo recoger los frutos de esta brillante victoria, porque fué inmediatamente trasladado á los Paises Bajos para reorganizar las reliquias del ejército destrozado en Ramilliers. Reemplazáronle en el mando del de Italia el duque de Orleans y el mariscal Masin, y desde aquel momento se alteró fatalmente la fisonomía de la guerra.

Asediaba á Turin el duque de La Feullade, empleando durante cinco meses contra esta plaza todos los recursos del arte, y el valor de sus tropas inflamado con la reciente victoria de Calcinato. El imperial Daun, que mandaba la guarnicion, mostraba una perseverancia heróica, suficiente para desalentar cualquier otro ejército menos susceptible de entusiasmo.

El príncipe Eugenio que se hallaba en Alemania cuando tuvo lugar la batalla de Calcinato (19 de abril), voló de nuevo á ponerse al frente de sus tropas, y resuelto á reanimar su abatido espíritu con una accion brillante, avanzó en auxilio de Turin, enlazándose oportunamente con el duque de Saboya. Orleans y Marsin, previendo este movimiento progresivo, se arrojaron con todas sus fuerzas dentro de las líneas que habia abierto La Feullade alrededor de la plaza. Resolucion imprudente fué esta, porque los franceses, en número de se-





senta mil hombres, hubieran podido arrollar en campo raso á los austro-sardos, inferiores en número y desmoralizados por sus últimos reveses.

Se dice que el duque de Orleans opinaba en este sentido; pero el mariscal Marsin, ateniéndose á instrucciones secretas de su córte, sostuvo el opuesto dictámen y le hizo prevalecer.

De cualquier modo, el príncipe Eugenio, comprendiendo al punto la enorme falta que habian cometido sus enemigos, se apresuró á acometerles con un vigor é inteligencia ejemplares. Los franceses resistieron en un principio denodadamente, é hicieron sucumbir bajo sus esfuerzos á cuerpos enteros del ejército imperial; pero derramados en una línea estensa; encerrados en una trinchera irregularmente trazada; empeñados en un género de batalla tan poco conforme con su fogoso carácter; con sus álas despedazadas y arrolladas sobre el centro, tuvieron que ceder en el mismo instante las líneas cubiertas de cadáveres y la palma de la victoria, á su hábil adversario. Para colmo de desgracias, los franceses, en vez de buscar un asilo seguro bajo la artillería de Casal, emprendieron su retirada por la via de Pignerolo, donde cortados por el enemigo perdieron gran número de prisioneros. Ocho mil hombres, artillería, bagages, municiones y vituallas en considerable cantidad, constitu. tuyeron la pérdida de los franceses. La del enemigo no bajó de seis á siete mil combatientes.

La batalla de Ramilliers (23 de mayo) nos habia privado de la Flandes; la de Turin (7 de setiembre) nos arrebató el Milanés. Las esplendentes glorias de Farnesio y Pescara se eclipsaron en breves horas de grande infortunio. Milán, Novara, Pavía y Tortona, se rindieron al príncipe Eugenio sin ensayar apenas sus grandes elementos de resistencia. Pizzighitone sufrió un sitio de tres semanas; pero la fuerte Casal abrió sus puertas al primer dia de ataque; la defensa del castillo, aunque mas honrosa, no fué mas fecunda en resultados venturosos.

No pudo neutralizar el influjo casi omnipotente de estos acontecimientos la brillante victoria que alcanzó en Solfaria el conde de Medavi sobre el príncipe de Tessé, haciéndole levantar el cerco de Castel-Luis y arrebatándole mas de seis mil hombres.

Medavi en Italia, y Villars en Alemania, relevaron el honor de las armas francesas. Este mariscal, empleando una diestra maniobra, separó al príncipe de Baden de su verdadera línea de operaciones, y le condenó á permanecer en Drussenheim mientras los franceses se apoderaban de otra plaza fortificada con mucho esmero. Pero en Drussenheim estaba el príncipe como en el aire y espuesto á caer bajo un vigoroso golpe de mano; así que, abandonó este punto sin poner límites á su movimiento retrógrado hasta que tocó los de la Alsacia. Villars, dueño de Drussenheim y Hagenau, plantó sus reales ante Spira, colocó sus cañones al alcance de la isla de Marquesado, dejó espeditas todas las comunicaciones de Castel-Luis, y se puso en actitud de realizar los mas bellos y atrevidos pensamientos.

Entretanto la llama de la guerra civil consumia el corazon de la península española con mas voracidad que nunca. Ya hemos dicho que las provincias de Valencia y Cataluña estaban casi en plena insurreccion. Felipe V, deseando sobre todo restablecer su autoridad en estos importantes paises, equipó un buen ejército, y puesto á su cabeza, no se detuvo hasta los muros de Barcelona. La suerte de esta plaza debia decidir la de todo el territorio sublevado. Emprendióse el ataque bajo felices auspicios y en combinacion de una escuadra de veinte y seis velas que dirigia el conde de Tolosa. Monjuich, vigorosamente guarnecido, cedió sin embargo al segundo asalto, y la posesion de este fuerte hizo concebir las mas lisonjeras esperanzas á los castellanos. Sesenta piezas de grueso calibre vomitaron al mismo tiempo un fuego destructor contra la plaza; conmoviéronse las robustas murallas, y de un momento á otro se esperaba ver una brecha practicable. Treinta mil hombres aguerridos aguardaban con impaciencia la señal del asalto, y aunque los barceloneses estuvieran inflamados por su característico ardor marcial, era muy difícil que pudiesen resistir al golpe de fuerzas tan respetables. El archiduque, encerrándose en Barcelona, debia quedar prisionero, y la guerra se acababa radicalmente faltándola su gran personificacion.

Júzguese cuál seria la dolorosa sorpresa de los castellanos cuando percibieron sobre el mar á la escuadra anglo-holandesa, com-



puesta de cincuenta y tres navíos. El conde de Tolosa se retiró á Tolon, no queriendo empeñarse en un combate temerario; y el ejército de Felipe V, privado de sus comunicaciones marítimas y fascinado por una estratagema del almirante inglés, hubo de retirarse al Rosellon, dejando abandonada su numerosa artillería con gran cantidad de provisiones de guerra y boca.

Se atribuyó en gran parte este suceso al mariscal Tessé, quien mostró en las operaciones una lentitud estudiada. Su plan era reducir á Felipe V á que aceptase bajo el imperio de la necesidad el tratado propuesto por los ingleses, holandeses y alemanes, y en cuya virtud el duque de Anjou cederia el trono de España al archiduque, contentándose con los dominios que poseíamos en Italia, Milán, Nápoles y Sicilia. Pero D. Felipe, lejos de ceder á estas sugestiones, y de pasar á París segun le indicaba Tessé, contestó con una magnanimidad digna de un monarca español: «que estaba resuelto á vivir ó morir en medio de sus fieles españoles.» Y en efecto, apenas permaneció dos dias en Perpiñan, regresó á España seguido por sus tropas; las francesas, con el mariscal Tessé, quedaron en su propio territorio.

Parecia probable (1707) que Malboroug, prevaliéndose de la inmensa superioridad adquirida en Ramilliers, arrojara sus victoriosas fuerzas sobre algunas plazas de Flandes, donde tremolaban aun las deslucidas banderas españolas. Este pensamiento, sobre ser el mas fácil, era tambien el mas digno de la política inglesa y del genio de su general, porque dominando soberanamente los aliados en los Paises Bajos españoles, podian arrancar desde una base sólida porciones interesantes de la frontera francesa. ¿Pero cuándo la ambicion fomentada por la fortuna ha preferido la verdadera utilidad á la fascinadora brillantez? Malboroug, Eugenio y el duque de Saboya, concibieron el insensato proyecto de internarse en Francia con aire y voz de conquistadores; pero esta empresa precipitada tuvo el desenlace que merecia. Malboroug avanzó hasta los límites del Artois, y se vió detenido por Vandoma, que con inteligente actividad habia reorganizado su ejército; todos los esfuerzos del inglés solo sirvieron para acreditar su impotencia, y Malboroug tuvo que replegarse con no menos mengua de su gente que de su reputacion. No



fue mas feliz el príncipe Eugenio en su ataque contra Tolon; despues de muchas tentativas; despues de haber sacrificado un caudal de hombres y tiempo que hubiera podido invertir con mucha gloria propia y utilidad de su causa, cedió á las hábiles maniobras del mariscal Tessé y al espíritu nacional que se desarrolló en el pueblo francés hasta un grado heróico, bajo la influencia de este peligro supremo.

Pero la vigorosa defensiva de los franceses no pudo evitar nuestros desastres en Italia. Suza se rindió al duque de Saboya, y los imperiales, dueños de Milán, estrecharon el sitio del castillo. Mostró en su defensa el marqués de la Florida un denuedo y pericia ejemplares; mas Felipe V que no se hallaba en disposicion de enviarle un solo hombre de socorro, le mandó capitular, lo que efectuó el marqués, obteniendo honrosas condiciones.

No se habia llenado con esto la medida de nuestras calamidades. Los confederados estaban bien resueltos á desarraigar la dominacion española de todo el territorio italiano, y apenas conquistaron el Milanés, cuando volvieron la vista y el pensamiento hácia Nápoles y Sicilia. El imperial Daun, con nueve mil hombres escogidos, penetró en el primero de estos reinos, y se apoderó fácilmente de Sora, Cápua y San German, plazas en que habia enervado todos los elementos de resistencia, la discordia existente entre los habitantes y las guarniciones. Contaba el aleman mas que con sus propias fuerzas, con el espíritu versatil y levadizo de los napolitanos, y esta esperanza no quedó defraudada. Aquel pueblo que suspiraba en vano por una nacionalidad entonces ilusoria, y que se creia desventurado bajo la dominacion española, se arrojó con ardor en brazos de los austriacos, porque la novedad es un lenitivo momentáneo de la desgracia. Todos los medios que empleó el virey español, marqués de Villena, para sostenerse en la capital, resultaron ineficaces; los habitantes salieron con singular alborozo á ofrecer á Daun las llaves de su ciudad, y el virey se encerró en el castillo de San Telmo, donde se defendió intrépidamente; pero no pudo resistir al furioso asalto que dieron los imperiales y quedó prisionero con su escasa guarnicion. No fué mas venturosa la del Ovo, man-



dada por el oficial español D. Estéban Villot; aniquilada por el fuego enemigo y á punto de perecer bajo un bombardeo terrible, pidió y obtuvo una capitulacion decorosa.

Aunque dueños de la capital y de la mayor parte del reino, todavía no podian reputar los imperiales por segura su conquista, pues los españoles conservaban á la fuerte Gaeta, la gran llave militar de Nápoles. Desgraciamente la guarnicion, aunque numerosa, podia inspirar poca confianza; constituíanla fuerzas catalanas inficionadas del espíritu de insurreccion que tan violentamente habia estallado en su pais. Cultivó Daun estas disposiciones con tanta asiduidad como fortuna, y logró que se rindiese casi sin disparar un cañonazo, aquella plaza capaz de resistir las mas sérias tentativas de numerosos y aguerridos ejércitos. Mientras la España perdia todas sus grandes articulaciones con el corazon de la Europa, luchaba en el interior ventajosamente contra sus encarnizados enemigos.

Los dos ejércitos contrarios operaban sobre la provincia de Valencia; eran casi iguales en número, ascendiendo respectivamente á treinta mil hombres. Los franceses y españoles obedecian al duque de Berwick; los anglo-portugueses á los generales las Minas y Galloway. Procuraba Berwick evitar el combate, esperando nuevos refuerzos y al duque de Orleans; pero las Minas le previno situándose entre Alcaudete y Villena y amenazando con su espada al ejército de las dos coronas. Conoció el mariscal francés que la batalla era inevitable, y desplegó en buen órden sus tropas sobre los llanos de Almansa. El duque de Popoli regia la derecha, donde se hallaba la escelente caballería de los guardias; la infantería de esta ála seguia la voz de D. Antonio del Valle y la del caballero Asfeld. Berwick se puso en el centro con D. Miguel Pons, catalan de rara fidelidad y sobresaliente pericia; regia el estremo izquierdo el francés Lavare y el español D. Cárlos de San Egidio.

El marqués de las Minas, que mandaba en jefe al ejército coligado, hizo desde Caudete un movimiento rápidamente progresivo y se presentó á la vista de Almansa el dia 25 de abril. Falto de víveres, de comunicaciones, y con la honra mancillada, tenia el mas vivo interés en precipitar la batalla. Sirvió de preliminar el fuego estéril de la artillería, que Berwick, deseando todavía diferir el

momento decisivo, soportaba sin mover un solo hombre. Desbarató enteramente sus proyectos contemporizadores la impetuosidad de los ingleses, los cuales se arrojaron sobre nuestro ejército bajo la proteccion inmediata de su caballería. Lanzó entonces Popoli la suya contra la izquierda enemiga que mandaba Galloway; el choque fué muy violento; el ála de los confederados quedó desbordada, y hecha pedazos su primera línea; pero la segunda resistió con tanto vigor, que recobrando la ofensiva, lanzó á Popoli y á las guardias españolas sobre la infantería francesa dirigida por el caballero Asfeld. Este hábil oficial, previendo el suceso, habia colocado su segunda línea distante de la primera, y al percibir á los españoles que se replegaban con algun desórden, vivamente acosados por Galloway, dijo á sus soldados que aquel movimiento era ardid de los nuestros para atraer al enemigo, y que permaneciesen inmobles hasta que diese órden de acometer. En estos instantes supremos, las palabras de un jefe acreditado son como las de un oráculo, que se sienten pero no se analizan. Esta atinada disposicion fué el verdadero orígen de la victoria. Abalanzáronse irreflexiblemente los coligados en el ardor de la persecucion sobre nuestra segunda línea; recibióles ésta con estremada fortaleza; un regimiento que habia colocado Asfeld sobre el flanco izquierdo de Galloway, le abrasó con bien concertados fuegos, y cargando en aquella ocasion crítica la caballería de Popoli que se habia rehecho á la espalda de la infantería, quedó completamente derrotada la izquierda enemiga, pudiendo salvarse apenas Galloway y algunos soldados y oficiales que fueron á formar á espaldas de la última línea de su centro.

Combatíase aquí con la flor de los dos ejércitos y con una intrepidez imposible de apreciar. Habia dividido Berwich su centro en dos cuerpos, lo que facilitó al principio el avanzar de los confederados. Rompiéronse nuestra primera y segunda línea; precipitóse el enemigo en el interior como una catarata en el fondo de un gran rio, y se reputaba dueño decisivo de la victoria en el momento en que tocaba su última ruina. Los dos cuerpos de nuestro centro se dieron entonces vigorosamente la mano, y encerraron á sus contrarios en un círculo de fuego. Cayeron de ánimo los portugueses creyéndose irremisible-

mente perdidos, y cansados de sostener aquella guerra por su parte tan impolítica; no así los ingleses y alemanes; pero la fuerza de aquella situacion hizo que todos desplegasen una intrepidez desesperada, pugnando por abrirse paso al través de nuestras formidables falanges. ¡Sangriento é inutil empeño! La triple fila de bayonetas francesas y españolas, rechazaba aquellas masas enemigas que, cual olas agitadas, se agolpaban las unas sobre las otras para ir á estrellarse todas contra los escollos de la costa. El suelo estaba cubierto de cadáveres y empapado en sangre; los pocos enemigos que sobrevivieron á esta lucha terrible, estenuados física y moralmente se rindieron á discrecion. El marqués de las Minas y Galloway se salvaron como por milagro.

La victoria se habia declarado abiertamente en favor de los españoles; pero el conde de Donna habia conservado trece regimientos desprendidos del centro, que con la derecha, que permanecia intacta, formaban aun una fuerza respetable. Replegóse con ella las Minas sobre la altura de Alcaudete, aspirando á sostenerse en este punto hasta que la noche protegiera su retirada. Pero Berwick que queria completar su triunfo, descargó sobre este cuerpo todo el golpe de la izquierda española. El combate fué, no obstante, muy empeñado y dificil, y las Minas logró repeler dos veces á nuestra primera línea, pero cargado de nuevo y con creciente brio, hubo de ceder, huyendo á la cabeza de cinco mil caballos y ochocientos infantes, únicas reliquias de su floreciente ejército. El animoso Asfeld ciñó á Donna con tanta habilidad, que le obligó á entregar las armas al frente de sus trece regimientos. Con estos subió el número de prisioneros á doce mil, entre ellos muchos oficiales de primera distincion, siendo seis mil el de los muertos. Adquirieron los nuestros tan insigne victoria con la pérdida de tres mil quinientos hombres, incluyendo los heridos, pérdida escasa si se considera el escesivo ardor con que de una y otra parte se sostuvo la batalla. Habia sido perfectamente dispuesta y ejecutada de la manera mas plausible; las tropas españolas y francesas, estimuladas por una noble emulacion, se escedieron á sí mismas; pero los guardias del rey adquirieron entre aquellos valientes una reputacion distinguida, si bien derramaron mucha y preciosa sangre.

Esta victoria postró el ánimo de los adictos á la dinastía austriaca. Sometióse al vencedor casi toda la provincia de Valencia, y la misma capital abrió espontáneamente sus puertas. Mantuviéronse obstinadas en su rebelion Játiva, Alcoy y Alcira. Contra la primera marchó el caballero Asfeld; á las dos últimas sitió sucesivamente el duque de Berwick. La defensa fué desesperada, y el acero de los sitiadores se ensangrentó en personas de todas clases, sexos y edades. Principió entonces una guerra de esterminio; la espada destruia á los hombres, la llama devoraba á los edificios, y pueblos florecientes quedaron casi convertidos en montones de escombros.

El duque de Orleans, operando en las márgenes del Ebro, sometió á Zaragoza con algunos otros pueblos de importancia, y las armas de Felipe V se hicieron tambien respetar en el interior de la Navarra.

Las grandes fuerzas de los beligerantes se dirigieron el año siguiente (1708), á los Paises Bajos donde la guerra tomó rápido y levantado vuelo. Habian comprendido por fin los aliados que todos sus planes de invasion en Francia resultarian quiméricos, mientras no tuvieran en la Flandes una base de operaciones igualmente ancha, sólida y espedita. Esta conviccion, adquirida á la luz de una esperiencia amarga, hizo que el príncipe Eugenio descendiera con su ejército al Bravante, y se uniera íntimamente á Malboroug para sostener con honor la ofensiva, rechazando al ejército de Vandoma y al bávaro, que cruzaban el Rhin con estraordinaria celeridad á la cabeza de un buen cuerpo de tropas.

Abrieron la campaña los galo-hispanos, y ciertamente bajo lisonjeros auspicios. Penetró por sorpresa en Gante el brigadier español Tellez, haciendo á la guarnicion prisionera de guerra; el conde de La Mothe arrebató á Brujes por un vigoroso golpe de mano, y sin envainar la espada espugnó valerosamente á Plassendhal que aseguraba las comunicaciones entre Gante y Neuport. Un destacamento se hizo dueño, no sin efusion de sangre, del castillo Rouge, y otro forzó con ardiente intrepidez las líneas que habia construido el enemigo para cubrir la Flandes holandesa, devastando una gran estension de terreno.

Pero estas efímeras ventajas solo sirvieron para hacer mas sen-



sibles los desastres sucesivos. Malboroug y Eugenio avanzaron sobre Lila, firmemente resueltos á rendir esta importante plaza. En vano quiso impedirlo Vandoma empeñando un combate sobre los bordes del Scalda; la fortuna siguió protegiendo á los aliados, y el ejército de las dos coronas, muy inferior en número, hizo lo bastante para conservar su honra, mas no para destruir el plan del enemigo.

Realizóse éste en los últimos dias de julio. El príncipe Eugenio formó el cerco con los imperiales, y Malboroug, al frente de sus ingleses, se mantuvo en observacion. Algunas débiles tentativas que hizo Vandoma para arrancar al británico de sus posiciones, fueron inútiles y la plaza de Lila en que mandaba el mariscal Bouflers, se rindió á los cuatro meses, durante los cuales sitiados y sitiadores apuraron todos los recursos del arte y del valor.

Con esta conquista le fué fácil al enemigo recobrar á Gante y el fuerte Rouge, sin que Vandoma se hallara en disposicion de protejer estas plazas contra fuerzas tan numerosas, y alentadas por el influjo de la victoria.

Los progresos del bávaro, lentos y débiles desde un principio, se desvanecieron al fin completamente. Pasó sin obstáculo el Rhin; arrolló algunas partidas imperiales que le disputaban el paso al Bravante, y arrojándose sobre Bruselas puso á esta capital en la mayor consternacion. Pero la ocurrencia del príncipe Eugenio le obligó á levantar el cerco y á buscar de nuevo las márgenes del Rhin.

Constantes los aliados en el propósito de arrancarnos todas las posesiones de Italia, cayeron sobre la Toscana y sometieron en breve á Orbitello, Porto-Hercule y Piombino, y la España no hubiese conservado en aquel pais un solo palmo de terreno, si por una parte la actitud imponente del Mariscal Villars, apoyado en las líneas de Lezana, recientemente conquistadas, y por otra el temor de estender sus escasas fuerzas en una línea muy dilatada, no les hubieran retraido de seguir adelante.

Pero suspendiendo el vigor de las operaciones en el continente italiano, se volvieron contra las islas de Cerdeña y Sicilia. Una escuadra inglesa compuesta de cuarenta velas y mandada por el al-



mirante Lacke circuló á lo largo de las costas sardas, esperando que el espíritu del pais se pronunciase en contra de los españoles. Realizáronse tan completamente los deseos del británico, que aun los artilleros se negaron á hacer uso de sus piezas, despreciando en un mismo punto la autoridad, las órdenes y el ejemplo del virey español D. Pedro de Portugal. Perdióse Cerdeña, y los ingleses avanzaron hácia Sicilia en la confianza de un nuevo triunfo; mas frustráronsele las acertadas disposiciones del marqués de los Balbases y el buen espíritu de los habitantes.

En España las armas de Felipe V conservaron su superioridad. Sitió la ciudad de Alcoy el conde de Mahoni, y aunque los imperiales encerrados en ella opusieron una briosa resistencia, quedaron arrollados en el segundo asalto, operacion sangrienta y en la cual las tropas españolas mostraron rasgos de su antiguo y proverbial denuedo. Al ruido de esta conquista se sometieron sin dilacion muchos pueblos comarcanos; por manera que en la estensa provincia de Valencia solo quedaron fieles al archiduque las plazas de Denia, Alicante y Villajoyosa.

Marchó contra la primera el caballero Asfeld y la arrebató al primer asalto. Alicante solo resistió tres dias de trinchera abierta, y Villajoyosa capituló á las primeras intimaciones.

No eran menos felices las operaciones en Cataluña. La villa de Falset, vigorosamente guarnecida y atacada por D. Francisco Gaetano, opuso una defensa tan gloriosa para los sitiados como para los sitiadores que la redujeron á la obediencia de su soberano legítimo haciendo prisionera la guarnicion. Entretanto el duque de Orleans puso á Tortosa apretado cerco. Esta importante plaza rebatió durante un mes los mas desesperados esfuerzos del ejército galo-hispano. Solo cuando se vió medio devorada por el fuego enemigo, sin víveres, sin comunicaciones, sin esperanza alguna de socorro porque el ejército aleman, situado á poca distancia, permanecia en una inaccion forzada, pidió y obtuvo capitulacion bajo equitativas condiciones. El castillo de Arlés y el fuerte de San Juan en los Alfaques, siguieron la suerte de Tortosa.

En vano Guido Staremberg, general aleman de grande y merecida fama, intentó recobrar esta plaza; la vigilante guarnicion se

arrojó brevemente en el peligro, y arrancó á los imperiales algunas ventajosas posiciones que ocuparon en su primer ímpetu.

La Francia (1709) espiaba cruelmente en Flandes sus primeras conquistas, y envolvia á la España en el hondo abismo de sus infortunios. Eugenio y Malboroug ponen sitio á Tournay, la estrechan en un círculo de fuego, y aunque la guarnicion franco-española, mandada por el marqués de Surville hace prodigios de valor, cede al ascendiente del enemigo, y evacuando la plaza se encierra en la ciudadela. Aquí resistió un mes entero con brio incontrastable; pero la espada del hambre, mas poderosa que el hierro y plomo enemigos, derribó aquel baluarte conmovido ya profundamente por las minas y contraminas que habian abierto sitiados y sitiadores.

Irritado Luis XIV con estos reveses, y ardiendo en deseos de repararlos, puso en pié de guerra un ejército formidable. Cien mil hombres, mandados por los mariscales Villars y Boufiers, sobresalientes reputaciones militares, iban á arrancar á los anglo-austriacos los gloriosos laureles obtenidos en las últimas campañas. El príncipe Eugenio y el duque de Malboroug les salieron al encuentro, y en los campos de Malplaquet (11 de setiembre) se dió una de las mas sangrientas batallas que se refieren en la historia de este siglo belicoso. El ilustre Villars, alumno privilegiado de la victoria, la alcanzó tan completa sobre el ála derecha de los aliados, que la arrojó á larga distancia y en la mayor confusion. Vuela Malboroug á proteger los flancos del centro amenazado; Villars se obstina en romperle; los soldados le secundan con una intrepidez que raya en heroismo; pero el denodado mariscal cae gravemente herido en lo mas recio del combate, y los franceses, que tenian fundada toda la esperanza del triunfo en la pericia de su caudillo, empiezan á ceder el terreno. Boufiers, ocultando bajo el hielo de la vejez todo el ardor de la juventud lozana, por seis veces carga con su caballería el centro enemigo, pero este permanece inmóvil como una columna de fierro, y el príncipe Eugenio que la mandaba se cubre aquel dia de inmarcesible gloria, mostrando una presencia de espíritu admirable. Algunos cuerpos españoles que combatian en la izquierda francesa, se mostraron dignos de su antigua reputacion, rivalizando con los franceses en pericia é intrepidez. Mas la

pérdida de Villars era irreparable; Malboroug se habia apoderado del bosque de Sart, que aseguraba la retirada al ejército de las dos coronas. Bouflers, temiendo ser cortado y hallándose con tropas mas desmoralizadas que vencidas, hubo de replegarse en buen órden hácia Quesnoy, ligeramente interceptado por el enemigo. Los aliados quedaron dueños del campo y se atribuyeron el honor de la victoria. ¡Triste victoria sin embargo la que se obtenia sacrificando veinte y dos mil hombres, cuando el ejército de las dos coronas solo habia tenido la baja de ocho mil!

A pesar de tan horible pérdida, los confederados conservaron la ofensiva, y la fortísima plaza de Mons les abrió sus puertas á los veinte y un dias de sitio.

La campaña de Italia se redujo toda á encuentros y escaramuzas que no ejercieron el menor influjo en la suerte de nuestro pais.

Los quebrantos que habia sufrido la Francia en estas prolongadas discordias, el sentimiento que esperimentaba Luis al contemplar á su nacion flaca, empobrecida, menguada en hombres y recursos, víctima deplorable de un intempestivo furor de conquista, y mas que todo el despecho que le causó el haber pretendido Felipe V emanciparse de su ominosa tutela, hicieron que sacara de España todas sus fuerzas auxiliares, escepto doce mil hombres que quedaron á sueldo de nuestro gobierno. Felipe se vió reducido á solos sus recursos; mas no obstante este aislamiento, logró aun al través de tantas vicisitudes, triunfar definitivamente de todos sus enemigos. Nueva prueba de que el mejor escudo para la defensa de un trono, es el amor del pueblo hácia su soberano, y que no puede perecer institucion alguna querida por una nacion grande en su historia y tradiciones.

Los dos ejércitos enemigos bordeaban en Cataluña el rio Segre, guardando un continente amenazador. Los aliados, superiores en número y mandados por el célebre Staremberg, esperaban una coyuntura propicia para tomar la ofensiva. Los españoles, dirigidos por el conde de Aguilar, se sentian demasiado débiles despues de la separacion de los franceses para comprometerse en un lance decisivo; todas las operaciones se redugeron á refriegas con poca



gloria de ambos beligerantes y alguna utilidad de nuestras tropas.

No sucedia así en los confines de Estremadura donde los anglo-lusitanos sufrieron un desengaño terrible, aunque proporcionado á su arrogancia.

Mandaba á los españoles el marqués de Bay, hombre de mas resolucion que consejo; eran sus tropas en número de diez y seis mil hombres, ejercitados en los combates; formaba la cuarta parte de este pequeño ejército la caballería, cuerpo de grande y temible reputacion entre los enemigos.

Doce mil portugueses, sostenidos por ocho mil ingleses, mandados éstos simultáneamente por lord Galloway, y obedeciendo todos al marqués de Fronteira, ceñian á Yelves y estaban separados de los españoles por el rio Caya. Ensoberbecido el portugués con su superioridad numérica, trató de empeñar á los nuestros en la batalla; no la rehusaba Bay y la deseaban ardientemente los veteranos españoles; pero querian mantenerse al abrigo de Ebora esperando que el enemigo tomara la ofensiva. No tardó en verificarlo; el marqués de Fronteira arrojó nueve puentes sobre el Caya, atravesó este rio, y se presentó frente á los españoles al promediar el dia 7 de mayo. Bay, que conocia perfectamente al enemigo, colocó sus tropas de una manera muy singular, porque formó dos álas con la caballería y sin centro alguno dejó á su infantería á larga distancia. Sorprendidos los anglo-portugueses de un órden tan estraño, quisieron comprimir nuestras álas por un movimiento de flanco, mas retraíales la opinion de la caballería española, y titubeaban en el momento de desplegar el último grado de energía.

Bay, que los observaba, temió que retrocedieran sin pelear y dió órden al marqués de Aytona para que con el ála que mandaba, cayera sobre los ginetes portugueses. Opusieron estos menguada resistencia, mejor vencidos por el ascendiente moral de los nuestros, que por su fuerza material, y envolvieron en su derrota á toda la estremidad izquierda donde Galloway hizo vigorosos esfuerzos, aunque inútiles, para contenerla. El mismo británico cedió al impulso general, y si bien pretendió hacerse fuerte con sus tres regimientos ingleses en una alquería, hubo de comprender la inminencia del peligro, y obedeciendo mas á la voz de su seguridad que á la de su



honra, huyó casi solo dejando á sus tropas en la alquería. Rodeadas estas por los ginetes españoles se rindieron á discrecion. El ála derecha de los portugueses se desbandó sin soportar apenas una carga, y el centro, desamparado, emprendió su retirada con la mayor celeridad y desórden. El terror que infundian nuestros caballos, decidió esta impropiamente batalla llamada de Gudiña, en la que los españoles esperimentaron muy ligeras pérdidas, y los anglo-portugueses la de tres mil hombres con todos los trenes y artillería.

Continuaban siendo los Paises Bajos el gran teatro de la guerra continental (1710). Malboroug y el príncipe Eugenio atacaron á Duay el dia 2 de mayo con un ejército que pasaba de cien mil hombres y que ascendió á ciento treinta mil durante el sitio.

Era Duay plaza fortificada segun los últimos progresos del arte; báñala el rio Scarp, de álveo estraño y profundo, invadeable en larga distancia, pero que admite sin grandes dificultades la dominacion de un puente. El mariscal Villars, que repuesto de su herida se hallaba otra vez al frente de las tropas, adivinando el pensamiento de los aliados, habia arrojado dentro diez mil hombres escogidos con el italiano Albergotti, oficial de grandes prendas, brillantemente desarrolladas en esta solemne ocasion.

El sitio de Duay fué una de esas grandes operaciones que sirven para formar la reputacion de un ejército. Es difícil decidir de qué parte estuvo la mayor gloria, si de los sitiados ó de los sitiadores. Los primeros hicieron salidas con una intrepidez compañera de la fortuna; espugnaron trincheras; sembraron de cadáveres el campo enemigo; inutilizaron la mayor parte de sus municiones; resistieron con firmeza heróica el incesante fuego de sesenta cañones, é hicieron dudar á los sitiadores de su triunfo hasta el último momento. Solo el genio del general austriaco, los grandes talentos del inglés, la noble emulacion de las tropas pertenecientes á estas naciones, su inmensa constancia y su ardor marcial exaltado por la victoria, pudieron contrarestar la fecunda intrepidez del denodado Albergotti. Un mes habia durado el sitio sin que los confederados hubiesen podido asegurar su pié en el primer baluarte de la plaza; habian



sido rechazados en diferentes asaltos, y su pérdida ascendia ya á cuatro mil hombres.

El mariscal Villars, que tenia órden de su gobierno para no aventurar una batalla en obsequio de la plaza, hizo sin embargo un movimiento protector, acercándose á los flancos de los imperiales. Bien conocia el príncipe Eugenio que los franceses, muy inferiores en número, no se precipitarian á un combate serio, pero lo temia todo de la noble audacia de su caudillo, y á fin de prevenirle, divirtió las aguas del rio Scarp, cortó las avenidas de su campo con formidables trincheras y cortaduras, y se encerró en una posicion verdaderamente inaccesible. Pero Albergotti que vigilaba desde lo alto del muro todos los movimientos del austriaco, apenas vió debilitada su línea, se arrojó sobre ella con indescriptible impetuosidad; destruyó regimientos enteros de ingleses, y arrollando á los alemanes los puso al alcance del cañon de la plaza que fulminaba contra ellos un fuego destructor. Asi, mientras Eugenio fortificaba sus trincheras, perdia todas las ventajas obtenidas en un mes de sangrientos sacrificios, y se veian en la necesidad ó de retirarse ó de establecer el cerco sobre bases mas sólidas.

Optó el imperial por el partido mas honroso; renováronse las operaciones; Eugenio y Malboroug llevaron sus tropas al asalto; envueltos por la metralla enemiga, la posesion de cada baluarte les costaba millares de víctimas; pero al fin el número oprimió al valor; los franceses perdieron sus obras esteriores, y sobre ellas se erigieron las baterías contra el último recinto. A las pocas horas cayó un lienzo de la cortina interior; la brecha era dilatada y practicable, y aunque no le faltaba á Albergotti resolucion para enterrarse bajo los últimos escombros, tenia órden espresa de conservar los restos de aquella guarnicion heróica, y en este estremo propuso al príncipe Eugenio capitulacion, que el imperial, admirando su denuedo y pericia, le concedió en los términos mas honoríficos.

Ensoberbecidos con este difícil triunfo los aliados, se dirigieron contra la Plaza de Bethune, cuya resistencia, si bien no fué tan heróica como la de Duay, costó á los sitiadores no pequeño dispendio de sangre y de tiempo.

Sesenta dias detuvo el francés Guebriant á los enemigos al



pié de las murallas de Arras, y no penetraron en esta plaza sino sobre los cadáveres de doce mil de los suyos. Veinte y cinco mil hombres habian perdido los confederados en estos tres sitios; sin embargo, creian ellos y creian las potencias de Europa que tenian asegurado el porvenir de aquella guerra; pero se engañaban, porque el valor francés habia reaparecido bajo formas heróicas; solo necesitaba la luz del genio para colocarse en el camino de la victoria, y aun vivia el ilustre Villars.

Por este tiempo se dispuso en España una espedicion contra la isla de Cerdeña, que tuvo infeliz resultado, parte por la deslealtad del duque de Uceda (1), parte por la ira de los elementos que impidió á nuestras naves seguir su verdadero rumbo. Algunas de estas cayeron en poder del almirante inglés Norris, que cruzaba aquellos mares con una escuadra; las demas lograron ganar difícilmente los puertos de la península española.

Continuaban ocupando las opuestas orillas del Segre los ejércitos español y aleman. El ála derecha del primero se habia recogido un poco bajo el cañon de Lérida, estendiéndose las demas tropas en línea perpendicular hácia Terms y Balaguer; los imperiales permanecian fuertemente atrincherados, si bien uno de sus destacamentos formaba irregularmente el sitio de Arenys. Los dos príncipes que se disputaban el cetro de España, se habian colocado á la cabeza de sus respectivas tropas; todo al parecer anunciaba una funcion decisiva. Felipe V, que tenia vivo interés en apresurarla para impedir que el archiduque se robusteciese con nuevos y próximos socorros, hizo arrojar dos puentes de barcas sobre el Segre. Los imperiales practicaron un movimiento equívoco dirigiendo sus álas hácia Terms y Balaguer; pero como temian aventurarse, las replegaron bien pronto uniéndolas con vigor sobre sus formidables trincheras. Los españoles descercaron á Arenys, atravesaron el Segre, se colocaron á tiro de cañon sobre la trinchera enemiga, y brindaron eficazmente al enemigo con la batalla. Rehusóla el archidu-

(1) El marqués de San Felipe (*Comentarios de la guerra de España, tomo II*), que tuvo una parte principal en esta empresa, pinta con los mas negros colores la conducta del duque de Uceda, y describe con rasgos muy enérgicos las miserables intrigas, de que á la sazon era teatro la córte de Madrid, y que detuvieron tantas veces, con mengua de la hidalguía española, los progresos de nuestras armas.



que á instancias de Staremberg, quien previó con su sagacidad característica que el ardor de las tropas españolas, bisoñas en su mayor parte, se estinguiria fácilmente bajo los rigores de la campaña.

Realizó D. Felipe un movimiento de flanco, situándose en Suar, casi á caballo sobre el Noguera; aunque esta posicion tenia la ventaja de cubrir las principales comunicaciones del enemigo, sin embargo el ejército español se consumia en ella lentamente devorado por las enfermedades procedentes de una atmósfera mefetizada. Alta y grave fué esta falta porque D. Felipe, distante de su base de operaciones, en un terreno mal sano, no debia conservar la esperanza de aniquilar por la miseria al enemigo, y se esponia á que sus tropas, enfermas físicamente, lo estuviesen muy luego moralmente, pues la disciplina no habia podido arraigarse en el corazon de aquellos noveles soldados.

En la guerra, los errores se espían antes que los delitos. Reforzado el archiduque con cinco mil hombres, cruzó aceleradamente el Segre y el Noguera, sin que embarazaran su paso ni una lanza ni una bayoneta española. Cuando D. Felipe descubrió al ejército anglo-austriaco, ya estaba éste formado sobre las alturas de Almenara, amenazando enérgicamente el flanco izquierdo de los españoles. Avanzaban éstos con poca ligereza y mucha confusion; los soldados estaban descontentos de sus jefes; los oficiales se ocupaban mas en criticar los desaciertos de los generales que en repararlos con su intrepidez ó pericia; para colmo de infortunio, el marqués de Valdecañas y el príncipe de Tzerclaes, aunque militares distinguidos, conformaban poco en sus juicios, y el rey, que tenia todas las virtudes, pero no todos los talentos de un caudillo, fluctuaba entre sus opuestos dictámenes. Asi la vacilacion enervaba el espíritu guerrero de nuestras tropas, é iba á ser, como siempre, fuente abundante de amargas calamidades.

En esta situacion marchaban los españoles cuando sintieron el golpe de la caballería enemiga. La nuestra acudió brevemente al combate, y rechazó á los ginetes imperiales con tanto brio, que reputó por cierta su derrota, y aun el archiduque se retiró á Balaguer con aire de fuga. Pero la infantería alemana que constituia el





centro, á cuya cabeza se hallaba Staremberg, se sostuvo con una envidiable intrepidez.

La caballería, enardeciéndose en la persecucion, habia dejado descubierta nuestra ála izquierda, circunstancia que aprovechó hábilmente el general Stanhop, arrojándose sobre ella con sus ingleses. El combate fué al principio recio y encendido; mas abalanzándose Staremberg sobre los nuestros y comprimiéndolos con sus fuerzas, les precipitó en la fuga mas desordenada. La noche (27 de mayo) habia derramado sus sombras sobre el sitio de la accion, lo que hacia inútiles todos los esfuerzos de los jefes españoles para detener y reorganizar á sus fugitivos soldados; verdad es que el terror penetró como un dardo de hielo en el corazon de muchos oficiales, que sacrificaron su honra en aras de una existencia deplorable. Todavía se conservaba intacta la derecha, donde se hallaba la flor de nuestras tropas; mas acometida al mismo tiempo por todo el ejército enemigo, tuvo que ceder al número, aunque no sin vender cara la victoria. Algunos regimientos permanecieron cuatro horas en el campo del combate, y se retiraron con pausa y amenazadora actitud; jefes hubo tambien que supieron conservar el nombre de españoles. El marqués de San Felipe dice que no los cita por no desagradar á los que huyeron, delicadeza poco digna de la historia, cuyo norte supremo es la justicia distributiva, y que no puede cumplir su noble mision de moralizar al género humano, sin entregar al aplauso ó á la execracion de las generaciones, á los hombres que han figurado en la esfera pública.

El rey, que fué uno de los últimos en retirarse del sitio de la accion, se reunió con sus despavoridas tropas en Lérida. La presencia y el ejemplo del monarca infundieron un rayo de esperanza en el atribulado corazon del ejército, que siguió con buen órden su movimiento retrógrado hasta la orilla izquierda del Cinca. Pasaron este rio los enemigos, y en Peñalba atacaron furiosamente la retaguardia española; pero fueron repelidos con mucha gloria nuestra y no poca pérdida suya. Alentado el rey con este suceso, desplegó en batalla sobre un terreno despejado, cubriendo sus flancos con la caballería. Parecia probable que la aceptaran sin vacilar los aliados, cuya fuerza moral adquiria rápido incremento; mas re-

husóla el prudente Staremberg, porque las condiciones del terreno permitian maniobrar á nuestra escelente caballería.

D. Felipe, despues de haber conservado un dia entero esta imponente actitud, se fué replegando sobre Zaragoza, apoyando su espalda en esta ciudad y sus álas en los bordes del Ebro y del Gállego. Esta posicion, bien abrigada por dos rios, uno de los cuales es el primero de España, cubierta por una ciudad de primer órden, y con estensas comunicaciones por el Aragon y las feraces Castillas, era fácil de mantener, y manteniéndola se daba gloriosa cima á la campaña con poca efusion de sangre.

Mandaba á la sazon las tropas españolas el marqués de Bay; sus brillantes laureles adquiridos en Gudiña, le daban derecho á la confianza del ejército, pero la perdió de todo punto con sus imprudentes disposiciones. En vez de circunscribirse á disputar enérgicamente la gran línea del Ebro, obligando á los confederados á que permaneciesen en su terreno estéril, devastado, y sin recursos, ó que levantasen el campo retrocediendo sobre su base de operaciones, les permitió que cruzasen tranquilamente el rio por Pina, y que le comprometiesen á dar una batalla. Cuando se divulgó esta noticia por el campo español, conoció hasta el último soldado la imprudencia de su general. Entonces se formó una idea siniestra sugerida por los emisarios austriacos; la de que se queria sacrificar aquel ejército para hacer mas honrosa la fuga de Felipe V á Francia. El pánico penetró aun el corazon de algunos valientes; muchos oficiales se retiraron á Zaragoza bajo especiosos pretestos; este ejemplo acabó de atribular á las tropas que estaban vencidas antes de entrar en la accion (1).

La eleccion del sitio, lejos de desvanecer corroboraba estos tristes presentimientos. Tendió Bay todas sus tropas sobre el monte Torrero, terreno muy accidentado donde dificilmente podia evolucionar la caballería, nervio, segun hemos dicho, del ejército español. Habia en medio de la eminencia una profunda cortadura denominada el Barranco de la Muerte. Bordeábale el ála derecha de los españoles, en la cual consistia su fuerza principal.

(1) San Felipe, Comentarios de la guerra de España. Tomo II.



Cuando Staremberg tuvo perfectamente alineadas y dispuestas sus tropas, presentó la batalla á los españoles (20 de agosto de 1710). La inferioridad de estos no solo era moral, sí que tambien material, porque su ejército constaba de diez y nueve mil hombres y el contrario ascendia á veinte y cinco mil. Jugó desde luego la artillería tan fatalmente para los nuestros, que viendo Bay consumirse sus fuerzas en la inaccion, dió la señal del combate. Emprendióle la derecha con mas ardimiento que prudencia; pasó el barranco; arrolló á los portugueses y catalanes que se le opusieron, y se engolfó tanto en su seguimiento, que no pudo volver al campo de batalla. Esta efímera ventaja fué presagio de la derrota, porque privados los españoles de sus principales fuerzas, no tenian elementos hábiles para resistir al choque enemigo.

A este tiempo el británico Stanhop se dejó caer sobre nuestra izquierda y la hizo pedazos. Sin detenerse un instante para perseguir á los fugitivos, revuelve sobre el centro decidido á despedazarle; éste se hallaba á esta sazon dislocado; cediendo al impulso de la derecha, habia pasado el barranco y acometia con poco ardor á la infantería alemana. Así, este arranque intempestivo, contribuyó á desenlazar todos los cuerpos del ejército. ¡Y ojalá la intrepidez hubiera podido hacer honrosa esta imprudencia! Pero nuestros soldados, fatalmente influidos, se batian con desconfianza suma; cuando se hallaron al otro estremo del barranco, cuando vieron de cerca la formidable línea de los alemanes erizada de bayonetas, y cuando comprendieron que las estendidas álas del enemigo podian envolverlos con facilidad, descargaron una sola vez sus fusiles y se pronunciaron en la fuga mas desordenada. El barranco de la Muerte obtuvo entonces una triste compensacion de su lúgubre título; allí perecieron muchos españoles bajo el certero fuego de la infantería austriaca; otros que descendian en álas del miedo hácia la falda del monte, eran fieramente acuchillados por la caballería.

Sin embargo, este primer rigor duró solo el tiempo necesario para asegurar la victoria. Aplicáronse despues los aliados á hacer prisioneros, cuyo número subió al de cuatro mil seiscientos, siendo cuatrocientos los españoles tendidos en el campo de batalla.

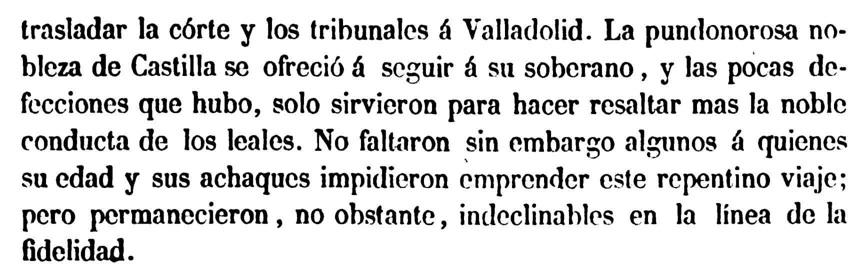


Tal fué la batalla de Zaragoza que dejó mancillada con igual grado la pericia de nuestros generales y la intrepidez de nuestras tropas. Era difícil haberla concebido peor y ejecutado de una manera mas desgraciada. Con ella quedaba abierto á los confederados el corazon de la península, pero se presentaba una cuestion muy grave. ¿Debia avanzar directamente hácia Madrid, capital de España, humillando á su paso las Castillas, ó era conveniente antes recobrar las provincias de Valencia, las plazas que aun conservaba Felipe V en Cataluña, sujetar el norte y revolviéndose sobre el occidente dar la ley á Galicia y tender los brazos sobre los bordes del Miño, al rey de Portugal, á quien habia hecho nuevos ultrajes la fortuna en esta campaña? El inglés Stanhop y los grandes españoles que acompañaban al príncipe austriaco, abrazaron con calor el primer estremo; Stanhop por egoismo y queriendo desprenderse cuanto antes de los empeños contraidos por la Inglaterra en esta guerra ruinosa; los españoles, por satisfacer su venganza, su ambicion personal y todas las viles pasiones que engendra la guerra civil en el corazon de hermanos. Este dictámen era digno de los sentimientos que le sostenian; porque ni Madrid era mas que la residencia ordinaria del monarca, ni las abiertas Castillas ofrecian mas medios para sostener la guerra que la lealtad de sus habitantes, la cual pertenecia hasta un estremo heróico á Felipe V.

El hábil Staremberg prefirió el segundo estremo que defendió con escelentes razones políticas y militares; al mismo se adheria el archiduque; mas prevaleció el voto del imperioso británico que declaró terminantemente que no tomaria con sus tropas otro camino que el de Madrid, porque su reina solo habia ofrecido colocar al príncipe austriaco sobre el trono de España, quedando á los alemanes el cuidado de conservarle.

Impuesta esta resolucion, se tomaron rápidamente las medidas para llevarla á cabo. Todo el Aragon se habia plegado bajo el ascendiente de la victoria de Zaragoza, y el ejército confederado rompió las lindes de Castilla endereсándose á la capital.

No se hallaba ya en ella D. Felipe. Terminada apenas la funcion del dia 20, se dirigió á Madrid, y sin disimular el deplorable estado de sus negocios, dió las órdenes mas apremiantes para



trasladar la córte y los tribunales á Valladolid. La pundonorosa nobleza de Castilla se ofreció á seguir á su soberano, y las pocas defecciones que hubo, solo sirvieron para hacer resaltar mas la noble conducta de los leales. No faltaron sin embargo algunos á quienes su edad y sus achaques impidieron emprender este repentino viaje; pero permanecieron, no obstante, indeclinables en la línea de la fidelidad.

La situacion de Felipe V era crítica en los últimos términos: sin capital, sin ejército, sin dinero, sin auxiliares, con todas las provincias orientales perdidas, amenazada Valencia donde los leales solo tenian de su parte la razon, débil escudo contra el furor de las pasiones, con el enemigo imperando en la entraña de sus dominios, y aun en aquel momento supremo trabajado por las intrigas cortesanas; mal crónico en su turbulento reinado. Pero las virtudes de los grandes pueblos se desarrollan siempre en las grandes calamidades, como el vigor de una constitucion robusta en medio de los sacudimientos de la fiebre; brilló entonces en el mas alto punto la proverbial hidalguía castellana; los estenuados pueblos ofrecian á su rey todos los recursos disponibles; la provincia de Soria, leal entre las leales, mantuvo á sus espensas las reliquias del ejército que iba reuniendo y reorganizando el marqués de Bay. Constaba al principio de siete mil hombres; pero se aumentaron rápidamente, ya con los prisioneros que se escapaban á bandadas del ejército austriaco, ya con voluntarios que acudian en álas de su entusiasmo, del norte, del centro, y del mediodia de la península.

Entretanto, los grandes que acompañaban á Felipe V, apreciando poco lisonjeramente el espíritu de la nacion, escribieron á Luis XIV una carta espresando su fidelidad en los términos mas inequívocos, y pidiéndole que enviase algunas tropas auxiliares. Solo el duque de Osuna se negó á firmar esta carta, considerándola como poco decorosa á los españoles, los cuales sabrian sostener en su trono al príncipe que habian elegido, contra el poder de la Europa conjurada. El éxito probó que estos nobles sentimientos eran exactos; porque si bien Luis envió catorce mil hombres con el duque de Noailles, estas tropas no influyeron directamente al desenla-

ce de la campaña, circunscribiendo sus operaciones al sitio de Gerona.

El archiduque llegó á Madrid, recibiendo en el camino pruebas bien ostensibles de la aversion de los pueblos. Esta capital, no teniendo elementos hábiles de defensa, abrió sus puertas sin dificultad; pero el sombrío silencio de sus moradores hizo comprender al príncipe austriaco que si él dominaba en los edificios, D. Felipe ejercia otro dominio mas sólido y apreciable en el corazon de los madrileños (1). Ni el rigor ni las mercedes pudieron doblar los ánimos, y fueron tantos los leales, que fué muy fácil distinguir y nombrar á los difidentes. Sin embargo, el ejército anglo-aleman permaneció en Madrid cincuenta dias, contento porque se le dejaba gozar de las delicias de una córte voluptuosa, aunque perecian muchos víctimas de sus escesos. Los jefes, y sobre todo Staremberg, apreciaban el valor del tiempo, pero reputaban perdido el que se invertia en esperar la incorporacion de los portugueses.

Mientras el ejército confederado se enervaba en la capital y en medio de los deleites, la autoridad de Felipe V se afirmaba en Valencia, merced á la actividad y energia de su virey D. Antonio del Valle. Quiso el que lo era nombrado por el archiduque, conde de Ceballa, enseñorearse de este territorio, y al efecto se presentó en las aguas de Valencia con una escuadra y dos ó tres mil hombres de desembarco; pero Valle, no solo frustró todos sus designios, sino que le obligó á reembarcarse con sus tropas muy desmembradas. Las guarniciones españolas de Mérida, Mequinenza y Monzon interceptaron todas las comunicaciones entre Aragon y Cataluña, por manera que en Barcelona se ignoraba si el archiduque habia encontrado en Castilla un trono ó un sepulcro.

Pero lo mas notable era que el ejército británico-imperial se ha-

(1) El marqués de San Felipe (Comentarios de la guerra de España, tomo II), refiere que habiendo proyectado el archiduque verificar su entrada pública en Madrid, la hizo por la puerta de Atocha; se dirigió al santuario de este nombre, y subió por la misma calle; pero que observando el profundo silencio de los habitantes, los cuales tenian cerradas sus puertas y ventanas, sin que les moviera á abrirlas ni aun el sentimiento de la curiosidad, dijo con espresion de acervo pesar «*que aquella era una córte sin gente*,» y volviendo las riendas á su caballo salió de la villa por la puerta de Alcalá.



llase en Madrid como bloqueado. Los intrépidos partidarios D. Feliciano Bracamonte y D. José Vallejo, con una actividad y arrojo de que solo son susceptibles los españoles en este género de guerras, interceptaban los víveres, destruian las partidas sueltas, asaltaban los convoyes que iban desde Madrid á Zaragoza, é hicieron ricas presas que Bracamonte, con una integridad todavía mas rara y mas plausible que su denuedo, envió al rey Felipe.

Tal era la situacion de los confederados cuando les sorprendió, como el imprevisto estallido de un incendio, la noticia de haber ocupado D. Felipe el puente de Almaráz sobre el Tajo. Esta operacion, conducida con un secreto y celeridad admirables, podia decidir la guerra, porque ni los portugueses podian darse la mano con el archiduque por este punto directo, ni por los puentes de Alcántara y Arzobispo, vigorosamente guarnecidos, ni por Galicia, cuyas fronteras cubria el marqués de Risbourgh con el ejército vencedor en Gudiña. Hicieron los portugueses una tentativa débil por Andalucía apoderándose de Jeréz, pero conociendo la imposibilidad de enlazarse con el archiduque al través de tan larga distancia y sobre un pais enemigo, retrocedieron espontáneamente.

¡Qué cambio tan notable se habia verificado en la fisonomía de la guerra!

Los que poco antes se consideraban árbitros de la monarquía española, veíanse ahora en el seno de un pueblo enemigo, amenazados por un ejército de veinte y dos mil hombres llenos de ardor y de marcial denuedo, sin mas línea de retirada que la que sirviera á su movimiento progresivo, espuestos á recibir sobre sus enervados brazos á los españoles de Almaráz, ó caer postrados sobre las márgenes del Ebro bajo las bayonetas de Noailles.

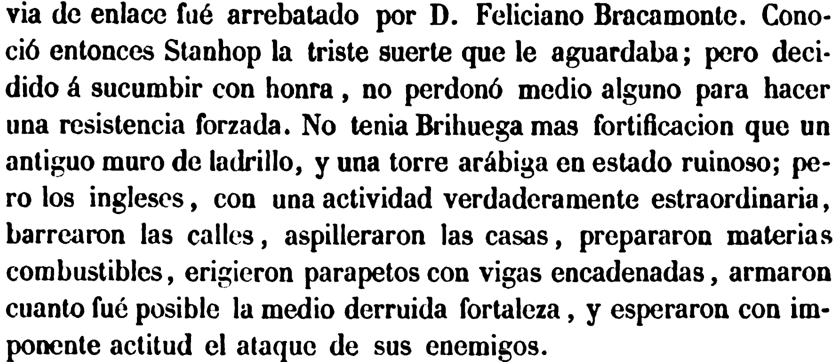
Mas como la inaccion solo podia aumentar estos males, salió el ejército combinado de Madrid, habiendo evitado en esta córte los últimos rigores de la guerra por la política generosidad de los ingleses. Dirigiéronse los confederados á Toledo, donde la lealtad castellana no pudo oponerles medio alguno de resistencia. Staremberg agotó su ingenio para fascinar á los españoles acerca de su verdadera intencion. El plan del austriaco era atraerles á Toledo, separándoles de Almaráz, en cuyo caso bastaba á los imperiales una



rápida maniobra de flanco para enlazarse con los portugueses, objeto constante de sus deseos. Pero el mariscal Vandoma que mandaba á los españoles, penetró al punto los verdaderos designios del enemigo, y permaneció inmóvil en Almaráz hasta que aquel continuó su marcha hácia las fronteras de Aragon. Esta marcha se dispuso de una manera poco conforme á la acreditada habilidad de los jefes confederados; las tropas de las diferentes naciones, alemanas, holandesas, portuguesas y catalanas, avanzaban en diferentes cuerpos; Stanhop, con sus ingleses, formaba la retaguardia, distante cinco ó seis leguas del cuerpo principal, y sin tener con éste otra articulacion que la de un regimiento, el cual podia ser arrebatado por los ginetes de Bracamonte y Vallejo, que revoloteaban alrededor de los flancos enemigos. Pudieron influir en esta disposicion, ya la falta de subsistencias, ya rivalidades entre los jefes de la liga, que unidos por el frágil vínculo de la prosperidad, se separaban ahora bajo el rudo golpe de la desgracia; pero de cualquier modo, fué la causa que precipitó la derrota de aquel ejército.

Cuando D. Felipe supo el movimiento poco concertado del archiduque, dió inmediatamente órden para que rompieran el suyo las tropas españolas. Ardian estas en deseos de lavar el feo borron adquirido en Torrero, é hicieron una marcha casi prodigiosa, pues llegaron en horas desde Almaráz á Guadalajara. Dirigió el movimiento el marqués de Valdecañas, jefe de alta y merecida nota, algun tiempo eclipsada por palaciegas intrigas, pero siempre digno de mandar un ejército español.

El rey D. Felipe y el mariscal de Vandoma que habian pasado á Madrid para recibir el sincero homenaje de sus habitantes, se reunieron á las tropas en Guadalajara. Llenóse de sobresalto Stanhop al divisar al ejército castellano sobre sus flancos y retaguardia, y no queriendo en esta situacion y á boca de noche atravesar el Tajo, se encerró en la villa de Brihuega, esperando que Staremberg acudiese en su socorro. Pero el activo marqués de Valdecañas, á la cabeza de la caballería y regimientos de granaderos, recorrió los bordes del Tajo durante la noche del 7 de diciembre, apoderándose de los puentes, y ocupando el camino de Torija, cerró al británico todas sus comunicaciones con los imperiales. El regimiento que ser-



via de enlace fué arrebatado por D. Feliciano Bracamonte. Conoció entonces Stanhop la triste suerte que le aguardaba; pero decidido á sucumbir con honra, no perdonó medio alguno para hacer una resistencia forzada. No tenia Brihuega mas fortificacion que un antiguo muro de ladrillo, y una torre arábiga en estado ruinoso; pero los ingleses, con una actividad verdaderamente estraordinaria, barrearon las calles, aspilleraron las casas, prepararon materias combustibles, erigieron parapetos con vigas encadenadas, armaron cuanto fué posible la medio derruida fortaleza, y esperaron con imponente actitud el ataque de sus enemigos.

No tardó este en verificarse. Antes de rayar el dia 9 de diciembre partió el grueso del ejército español de Guadalajara, y avanzó con tanta rapidez, que en seis horas anduvo ocho leguas llevando su artillería de campaña. Empezó esta á batir el muro con poco efecto, porque si bien la tapia era endeble de suyo, la misma falta de adherencia entre los materiales impedia que se desprendiesen en gran cantidad. Así, las balas que perforaban fácilmente el muro, no produjeron en mucho tiempo mas que una brecha alta y escabrosa . Pero la denodada impaciencia de los españoles podia salvar estas dificultades. Inflamóla mas la noticia de que se iba acercando Staremberg, avisado por algunos ingleses que en la noche anterior pasaron intrépidamente el rio á nado. Fué, pues, preciso acelerar el asalto. El verdadero, que debia darse por la puerta de San Felipe, se confió al marqués de Toy, D. Pedro de Zúñiga y conde de Merodi, oficiales los tres de acreditada reputacion. Otro simulaba por el lado opuesto el conde de Torres, y algunas bandas de caballería é infantería ciñeron estrechamente el muro para impedir que se escapasen los sitiados. Defendiéronse los ingleses con una perseverancia heróica; el general Carpentier, que mandaba en la brecha, sostenia á sus soldados con la voz y el ejemplo, y ocasion hubo en que, abandonado de todos los suyos y envuelto entre los españoles, se salvó haciendo prodigios de intrepidez. Acometian los nuestros con redoblado brio; la sangre de sitiados y sitiadores enrojecia los escombros del muro; muchos de los nuestros fueron muertos y heridos; esta última suerte alcanzó al marqués de Toy y de Torres Mayor.

Entretanto trascurrian las horas; la noche se acercaba, y la cruel pelea no fenecia. El conde de San Estéban de Gormaz, jefe de la guardia del rey, pidió permiso para precipitarse con su cuerpo en la inflamada brecha, y fué tan oportuno su socorro, que los enemigos, ya muy maltratados por el conde de Merodi y D. Pedro de Zúñiga, abandonaron el muro y se replegaron á la poblacion. Mas aquí se renovó el combate con mayor encarnizamiento; ni las sombras de la noche, ni el esfuerzo inaudito de los guardias y granaderos españoles, podian abatir la tenacidad de los ingleses. Stanhop mandó incendiar los combustibles que habia preparado; pero nuestras tropas seguian siempre por medio del fuego y de una lluvia de balas, sin que al aspecto de tantos y tan formidables peligros retrocedieran un solo paso. Por último, se rindieron los ingleses despues de haber disparado, dicen, el último cartucho (1). Los generales Stanhop, Hill y Carpentier, quedaron prisioneros de guerra con su division que ascendia á cuatro mil ochocientos hombres. De ella habian perecido en el combate quinientos con los mas arrojados oficiales. La pérdida de los españoles, espuestos durante muchas horas al fuego vivísimo, fué considerable; consistió en mil muertos y otros tantos heridos. Pero su gloria estaba al nivel de la utilidad que debia producirle este combate, porque privado Staremberg de cinco mil hombres escogidos, ó habia de seguir incesantemente su moviento retrógrado, ó se esponia, caso de pelear, á los mas duros desdenes de la fortuna. Reputóse como fruto, y muy ópimo, de esta victoria la determinacion que tomó el gobierno inglés de no enviar á España mas tropas, limitándose á solventar los empeños contraidos, con algunas cantidades pecuniarias.

No podia figurarse Staremberg que los mismos españoles fugitivos en Zaragoza, se hubiesen vigorizado hasta el punto de destruir en un solo dia á cinco mil veteranos atrincherados en una poblacion. Prueba clara de que el austriaco era mejor general que político.

Avanzaba el imperial con alguna lentitud al socorro del británico; de vez en cuando disparaba cañonazos para hacer comprender su proximidad; pero le sorprendió singularmente cuando al coro-

(1) Se creyó, no obstante, que Stanhop habia mandado arrojar parte de sus municiones en un pozo para hacer su rendicion mas honrosa.



nar con su ejército una eminencia cerca de Villaviciosa, descubrió al español formado en batalla y en disposicion de recibirle sobre sus brazos. Fué esta muda noticia la primera que tuvo de Stanhop, pero tan elocuente, que no le dejó duda alguna acerca de la suerte de su confederado. Pensó entonces Staremberg, y con él sus mas advertidos oficiales, en retirarse al territorio aragonés, sin venir á una funcion campal; mas aguardó el auxilio de la noche para emprender su moviento retrógrado, y entretanto puso en juego algunas baterías, con tanta habilidad, que incomodaban mucho á los españoles.

Firmemente decididos estos á aventurar la batalla, habíanse formado apenas brilló la aurora (10 de diciembre) en una estensa llanura al pié de Villaviciosa. Ofrecia el terreno de las inmediaciones no pocos accidentes favorables á la resistencia de la infantería; pero Vandoma, conociendo que la caballería era el verdadero nervio de nuestras tropas, atendió sobre todo á que pudiera desplegarse con absoluta libertad y evolucionar con entero desahogo.

Confióse el ála derecha, la mas fuerte por el número de los caballos, al marqués de Valdecañas; regia el centro el conde de las Torres, y gobernaba la izquierda el conde de Aguilar.

Los aliados presentaban tambien su línea de batalla. La izquierda, sostenida sobre los últimos estribos de una eminencia, se inclinaba hácia los españoles; constituíanla las tropas palatinas, y la caballería catalana y portuguesa, al mando del general Francherbergh; el centro, compuesto de ocho mil infantes escogidos, obedecia las inmediatas órdenes del español Villarroel, y se hallaba apoyado en la infantería alemana y holandesa, dirigida por Bel-Castell; finalmente, la derecha, á cuya cabeza se habia puesto el mismo Staremberg, se hallaba muy pegada al centro y protegida por la flor de sus ginetes. Esta ála amparaba á las baterías, cubiertas tambien por el fuego de dos regimientos. Las posiciones de ambos beligerantes eran iguales; pero los coligados tenian una gran ventaja numérica, pues su ejército consistia en diez y siete mil infantes y cinco mil caballos, cuando los españoles solo tenian diez mil de los primeros, la mayor parte de nueva leva, aun-



que los segundos llegaban á nueve mil. Se dudaba que dos mil ginetes destacados con Bracamonte y Vallejo, pudieran caer oportunamente sobre el campo de batalla.

Esta disparidad de fuerzas dió mayor realce al brillo de tan célebre batalla.

Inauguróla el marqués de Valdecañas acometiendo á los palatinos y portugueses de Francherbergh. Fué tan terible el ímpetu de los españoles, que en un momento quedó deshecha la primera línea enemiga, y queriendo Francherbergh reorganizarla sobre la segunda, faltó poco para que fuera envuelto y cayese prisionero. La segunda línea cedió al ascendiente de los vencedores, y el general holandés solo conservó bajo su mano algunos ginetes portugueses y catalanes.

En vano Staremberg, viendo el principio de esta derrota, arrojó en lo mas encendido del combate algunos regimientos; en vano Villarroel hizo una maniobra de flanco para sostener con el centro á la descompuesta ála; los españoles hicieron pedazos aquellos regimientos, y precisaron á Villarroel á recogerse sobre su primitiva y verdadera posicion. Esta primera ventaja hubiera podido ser decisiva si los vencedores, revolviendo sobre el costado del centro enemigo, le hubiera traspasado con sus lanzas y bayonetas; mas por desgracia cedieron al intempestivo impulso de perseguir á los fugitivos. Procuraba el marqués de Valdecañas, desplegando todos los resortes de su autoridad y los mas poderosos de su prestigio, templar el ardor de aquellas tropas; mas no pudo obtenerlo al pronto, circunstancia que inflamó el espíritu de los imperiales para mostrar en el centro una resistencia heróica.

En este punto se habia reconcentrado todo el calor del combate. Atacaron los españoles con mucho brio; pero Staremberg habia colocado tan hábilmente su caballería en la derecha, que lanzándose sobre nuestros flancos, los puso en el mayor desórden. Desconcertáronse desde luego los regimientos bisoños, y aunque los veteranos jamás volvieron la espalda, fuéles preciso replegarse abandonando la mitad del terreno que habian ocupado en su principio. La fortaleza de los imperiales y las diestras disposiciones de Staremberg, cambiaron en menos de una hora la fisonomía de la ac-

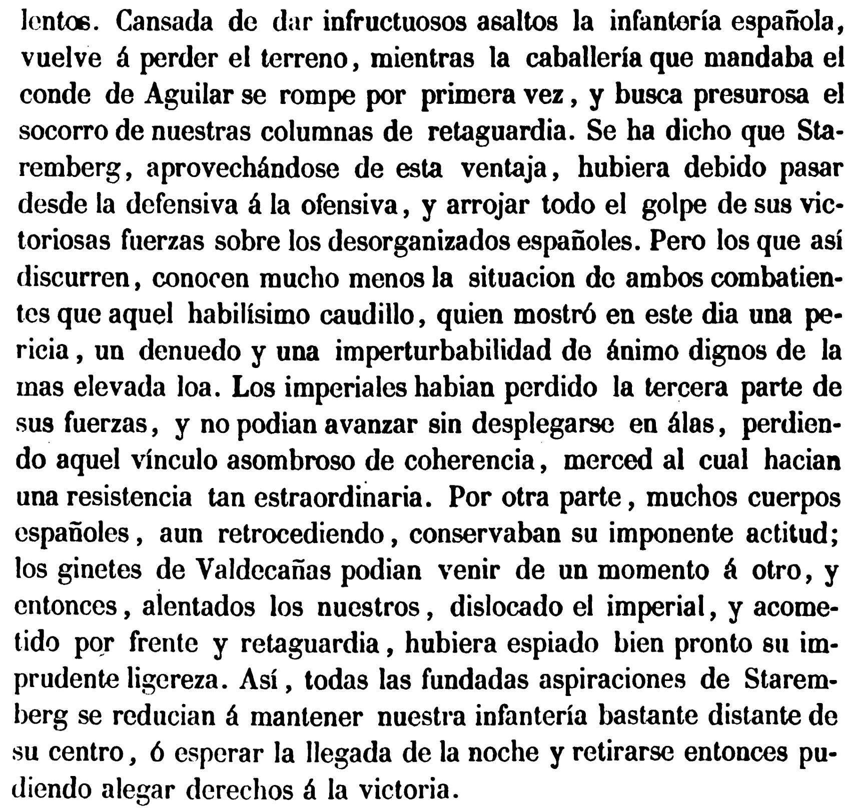


cion; la victoria tan feliz y audazmente anunciada por Valdecañas, tornábase ahora en derrota, porque la mitad de nuestra infantería huia dominada por un terror pánico, y la otra mitad habia cedido la mayor parte del campo de batalla. El conde de las Torres, aunque estraño á las funciones militares y solo familiarizado con las políticas, se condujo en esta ocasion con una intrepidez admirable; precipitándose en lo mas recio del peligro, procuraba atraer á los fugitivos con la autoridad del ejemplo, omnipotente para las masas; y si bien sus esfuerzos quedaron frustrados en parte porque el miedo daba álas á los soldados noveles, no obstante logró reorganizar la segunda línea y la empleó mas adelante con vigoroso acierto.

Al propio tiempo el duque de Vandoma, dirigiendo á los regimientos que permanecian formados, les hizo dar una pequeña conversion y les arrojó otra vez en medio del fuego. Los guardias walonas, españoles y granaderos, cuerpos todos de pundonor militar, ardiendo en deseos de reparar la última afrenta, se cebaron en el costado izquierdo del centro enemigo con encarnizamiento tal, que hubiera debido desbaratarle si le compusieran soldados menos firmes y generales menos esperimentados. Simultáneamente, y para hacer el golpe decisivo, el conde de Aguilar se dejó caer con nuestra izquierda sobre la derecha alemana, y pugnó por envolverla con una intrepidez ejemplar.

La esperanza brota en el pecho de los españoles creyendo que el enemigo iba á sucumbir bajo este esfuerzo poderoso. Y á la verdad, privado de sus álas, desmembrado su centro, y asaltado con tanto ardimiento, no parecia posible resistiese á los últimos ultrajes de la fortuna. Pero esta ilusion se desvaneció en breves minutos. Villarroel hace ejecutar una maniobra atrevida, verdadero prodigio táctico en aquellas circunstancias. Sus tropas, sin cesar de pelear un instante, forman un ángulo en cuyo vértice se colocó Villarroel, y cuyos dos lados fulminaban un fuego tan nutrido sobre las compactas filas españolas, que siembran el campo de cadáveres y moribundos. Los nuestros, constantes todavía en su empeño, llegan á lo estrecho de las armas, pero se detienen ante una doble línea de bayonetas que resiste, sin moverse, los choques mas vio-





lentos. Cansada de dar infructuosos asaltos la infantería española, vuelve á perder el terreno, mientras la caballería que mandaba el conde de Aguilar se rompe por primera vez, y busca presurosa el socorro de nuestras columnas de retaguardia. Se ha dicho que Staremberg, aprovechándose de esta ventaja, hubiera debido pasar desde la defensiva á la ofensiva, y arrojar todo el golpe de sus victoriosas fuerzas sobre los desorganizados españoles. Pero los que así discurren, conocen mucho menos la situacion de ambos combatientes que aquel habilísimo caudillo, quien mostró en este dia una pericia, un denuedo y una imperturbabilidad de ánimo dignos de la mas elevada loa. Los imperiales habian perdido la tercera parte de sus fuerzas, y no podian avanzar sin desplegarse en álas, perdiendo aquel vínculo asombroso de coherencia, merced al cual hacian una resistencia tan estraordinaria. Por otra parte, muchos cuerpos españoles, aun retrocediendo, conservaban su imponente actitud; los ginetes de Valdecañas podian venir de un momento á otro, y entonces, alentados los nuestros, dislocado el imperial, y acometido por frente y retaguardia, hubiera espiado bien pronto su imprudente ligereza. Así, todas las fundadas aspiraciones de Staremberg se reducian á mantener nuestra infantería bastante distante de su centro, ó esperar la llegada de la noche y retirarse entonces pudiendo alegar derechos á la victoria.

Pero los españoles, realizando en esta ocasion la espresiva fábula del antiguo Anteo, iban á desbaratar los sábios planes del general austriaco. Ya los guardias, obedeciendo á la voz de Vandoma, habian formado la primera línea del centro; ya el conde de las Torres habia reunido algunos regimientos, constituyendo con ellos la segunda línea. Merece citarse aquí el noble comportamiento de los oficiales españoles, quienes desesperando reunir á sus cuerpos fugitivos, se volvieron al campo de batalla á fin de pelear en las filas como simples soldados. Estos dignos oficiales, que eran en bastante número, sirvieron para completar la segunda línea un poco débil todavía.

Renúevase la lid con imponderable brio. El furor, el despecho, la venganza, el amor propio vulnerado, el orgullo nacional herido, todos los sentimientos, en fin, que pueden producir el heroismo,



agitan el corazon de los españoles. Pero el impasible Staremberg no se arredra ante esta violenta irrupcion. Forma con sus tropas la figura denominada de *puerco espin*, se coloca en el centro, encomienda las estremidades al español Villarroel y al holandés Bel-Castell, y se bate con un denuedo ejemplar. Villarroel le secunda admirablemente, tanto que, como dice el marqués de San Felipe, si se le hubiera podido quitar la nota de desertor, habria quedado glorioso. Bel-Castell cayó traspasado de heridas; muchos imperiales sufrieron la misma infausta suerte; pero Staremberg, sobreponiéndose á la última desgracia, tomó tan atinadas disposiciones que hizo retroceder á los nuestros hasta un tiro de fusil.

Este revés abatió el escelso ánimo de Vandoma. Juzgó que seria imposible conducir otra vez los regimientos al fuego, y dando por perdida la batalla, suplicó al rey que se retirase á Torija. Pero el magnánimo Felipe V contestó «que un rey no podia hallar en otra parte mejor sepultura que en un campo de batalla, y que permaneceria en él hasta que se viese abandonado por el último soldado.» Esta intrépida resolucion fué garantía de la victoria. El conde de Aguilar, que á costa de inauditos afanes habia reorganizado su izquierda, se precipitó á su cabeza sobre la derecha enemiga, donde se hallaba el golpe de sus ginetes. Temió Staremberg por la suerte de estos, é hizo con el centro un movimiento protector; mas nada pudo contener al denodado Aguilar, que rota la primera línea de la derecha alemana, revolvió sobre la segunda y arrojó sobre el centro sus destrozadas reliquias. Recogiólas cuidadosamente Staremberg y puso mil caballos al frente de aquel centro formidable, que sin perder una pulgada de terreno, continuaba defendiéndose y ofendiendo con un ardor siempre en incremento.

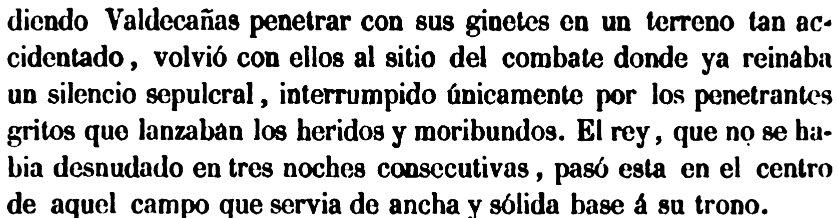
La noche vino á estender por la atmósfera su negro manto y á hacer mas horribles tan sangrientas escenas. Aguilar y Staremberg se disputaban noblemente la palma de la victoria; pero el centro imperial resistia siempre como una roca combatida por el furor de las olas, y el español empezaba á desesperar de sus esfuerzos. En este momento se percibe á la izquierda el ruido monótono de un cuerpo de caballería; era el de Bracamonte, que avisado por la voz de la artillería, se precipitaba á rienda suelta en el combate, lle-



vando á la cabeza á su bizarro jefe. Pocos minutos despues se presenta Valdecañas con su ála vencedora de la izquierda enemiga, y el aleman se vé asaltado por tres partes á la vez. Sin embargo, todavía conserva Staremberg el ánimo entero, y dicta sus órdenes con el mismo aplomo que pudiera hacerlo en una parada; y lo mas asombroso es que sus tropas, tan combatidas, tan desmembradas, despues de tantos choques y repercusiones, en medio de las tinieblas de la noche, y envueltos en una nube de enemigos, ejecutan las mas difíciles maniobras sin que se desconcertara un solo hombre. ¡Noble privilegio de la ciencia que sujeta á su soberano ascendiente las mas violentas manifestaciones de la fuerza material!

En pocos minutos quedaron deshechos los mil caballos enemigos; pero su infantería forma un cuadro y resiste las mas desesperadas cargas de Valdecañas y Bracamonte. El general español Amézaga recibe una herida; muchos de nuestros valientes ginetes ruedan por aquel campo empapado en sangre humana; Valdecañas forma líneas estrechas y profundas y las precipita una sobre otra sobre las bayonetas imperiales; Bracamonte, Mahoni, Amézaga, el conde de San Estéban de Gormaz y el marqués de Moya, le secundan maravillosamente, y la muerte solo puede causar infortunios porque no puede hacer mas gloriosas á sus víctimas. Por este tiempo el combate se sostenia entre la infantería alemana y la caballería española; nuestros regimientos veteranos se hallaban un poco distantes y como espectadores de la accion; pero casi todos los jefes y oficiales con trece soldados, peleaban á caballo ó á pié, siendo bien sensible que se haya defraudado el conocimiento de sus nombres á la admiracion de la posteridad.

Conoció, finalmente, Staremberg, que era inevitable su ruina, y queriendo conservar los restos de aquella admirable infantería, emprendió su retirada, y la hizo con tanto órden, que este solo movimiento hubiera podido proporcionarle una reputacion gloriosa si no la hubiera adquirido inmensa en el trance de la batalla. Obstinados Valdecañas y Bracamonte en destruir aquel nervio de ejército, siguieron acosándole con estraordinario valor; pero el caudillo imperial hizo inútiles sus mas sérios esfuerzos y ganó un bosque inmediato con los seis mil hombres que le quedaban. No pu-



diendo Valdecañas penetrar con sus ginetes en un terreno tan accidentado, volvió con ellos al sitio del combate donde ya reinaba un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por los penetrantes gritos que lanzaban los heridos y moribundos. El rey, que no se habia desnudado en tres noches consecutivas, pasó esta en el centro de aquel campo que servia de ancha y sólida base á su trono.

La batalla de Villaviciosa, considerada como operacion militar, es una de las mas bellas que ofrece la historia de este siglo, tanto por el infatigable denuedo que desplegaron las tropas, como por la pericia y ardimiento que mostraron los generales. Staremberg sobre todo se escedió á sí mismo, y aun despues de vencido pareció muy grande á sus mismos vencederos. La gloria de los españoles fué pura, inmensa, superior al mismo fallo de la fortuna, que tres veces pareció abandonarlos; es verdad que nuestra infantería fué rechazada; pero la veterana siempre permaneció en el campo, y estos reveses, lejos de abatir su reputacion, la enaltecieron mas; porque sorprende el que conservara en estas terribles vicisitudes bastante fuerza moral para lanzarse de nuevo en el combate con creciente brio y con tropas muy superiores en número, las mas maniobreras y las mas valientes de Europa. Nuestra caballería se condujo de un modo incomparable y adquirió los verdaderos laureles de la victoria. El mariscal Vandoma, cuyo nombre resonaba antes en boca de la fama, fué ahora considerado como el restaurador de la monarquía española, hipérbole muy natural del júbilo que no siempre es admisible en la severa jurisdiccion histórica. Indudablemente le pertenecian las disposiciones estratégicas, y aun la primera colocacion táctica de nuestras tropas; pero el triunfo no se debió á ellas, sino á la vigorosa habilidad del marqués de Valdecañas, que arrebató al primer ímpetu la derecha enemiga y volvió oportunamente para conmover el centro. Felipe V, buen apreciador del mérito y á cuya insigne fortaleza es preciso atribuir la desesperada obstinacion de los castellanos, declaró que la brillante conducta de Valdecañas era la principal causa de la victoria. Por fortuna, la gloria era tan grande, que podia dividirse entre muchos sin que ninguno dejara de parecer heróico.

Padecieron ambos combatientes pérdidas considerables. Que-

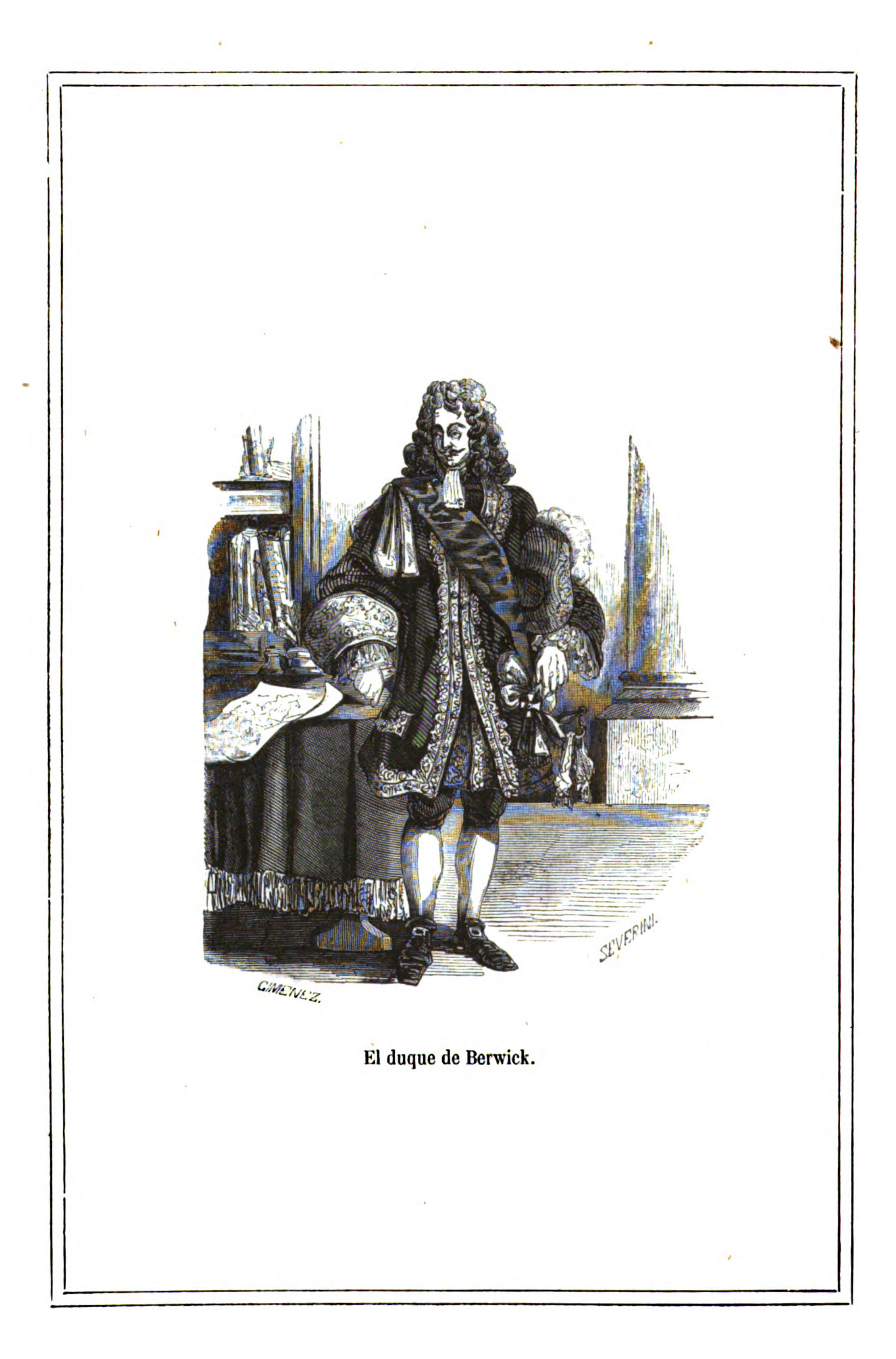


daron muertos tres mil españoles y mil heridos de gravedad; otros muchos sacaron heridas leves y fuertes contusiones. Pero el ejército confederado fué reducido casi á la nulidad. Cuatro mil cadáveres y nueve mil prisioneros, que con los seis mil ingleses arrebatados por nuestras partidas volantes, formaban una suma de veinte y cuatro mil hombres, constituian una pérdida superior á las mas lisonjeras esperanzas de los españoles, á los cálculos mas exagerados de los enemigos del Austria, y á cuanto se preveia en los círculos diplomáticos de Europa.

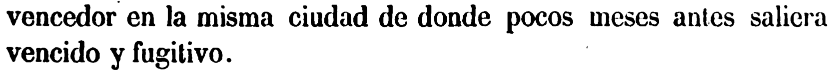
Pudieron haberse esterminado las reliquias del ejército coligado, si siguiendo el consejo del conde de Aguilar se hubiesen tomado todos los caminos por donde aquel podia retirarse. Opúsose el circunspecto Vandoma, alegando, que estando tan quebrantada la infantería española no parecia prudente esponerla á un nuevo combate. Razon especiosa era esta, porque si las sombras de la noche autorizaban á no continuar el combate, nada impedia el que se tomasen eficaces precauciones, mucho mas pudiendo atraer fácilmente á Vallejo, que con mil y tantos ginetes recorria aquellos alrededores, y que acababa de hacer tres mil prisioneros. No obstante, el rey se adhirió al parecer de Vandoma, y se pusieron al pie del monte dos mil caballos con Bracamonte, los cuales servian para observar, mas no para molestar al enemigo.

Temblaban los austriacos previendo verse rodeados por el ejército español, y casi todos sus oficiales opinaban por una capitulacion honrosa; pero la rechazaron noblemente Staremberg y Villarroel, diciendo que negocio tan grave debia decidirse á la luz del nuevo dia. Cuando brillaron los primeros albores en el horizonte, descubrió el hábil general aleman la tímida imprudencia de su enemigo, y resuelto á aprovecharse de ella, emprendió la marcha con rapidez y buen órden. Divulgó por el camino que habia derrotado al ejército de Felipe V, y aunque nadie podia comprender un movimiento retrógrado tan acelerado despues de una victoria, sin embargo, no le molestaron en el camino, que era lo único que deseaba, y entró con su valiente y reducida tropa en la populosa Barcelona.

D. Felipe se dirigió á Zaragoza entrando con toda la pompa de



El duque de Berwick.



vencedor en la misma ciudad de donde pocos meses antes saliera vencido y fugitivo.

La batalla de Villaviciosa fué decisiva para el porvenir de la guerra dinástica. Ninguno de los confederados creyó desde entonces que fuera posible arrancar al príncipe Borbon, aquella corona que defendia con tanto esfuerzo; y si bien todos convinieron en seguir algun tiempo la empeñada lucha, lo hicieron menos en la idea del objeto principal, que para obtener algunas ventajas parciales. La prediccion del duque de Osuna se habia realizado de la manera mas gloriosa; los castellanos habian asegurado sobre su trono, sin el auxilio estranjero, al monarca que aceptaran espontáneamente.

El genio perseverante del mariscal Villars, iba restableciendo la superioridad de los franceses en los Paises Bajos (1711). Formaban estos un estenso semicírculo, cuyas dos estremidades convergian sobre los bordes del Scarp, apoyándose en Monti-Preu y Dulssan. El Scarp formaba línea divisoria entre los dos ejércitos, pues el anglo-imperial, bajo Malboroug, se estendia paralelamente de Lieven á Hennin Lietar. Rehusaban los dos generales enemigos una funcion decisiva, infundiéndose recíprocamente respeto; mas el francés no perdonaba coyuntura para desmembrar el cuerpo de su contrario y arrebatarle algunas comunicaciones. Era muy importante la del rio Lis, y pendia de las esclusas de Harleber. Villars destacó al conde de Harling con fuerzas no despreciables con la mision de destruirlas; realizóla éste cumplidamente, saliendo airoso de un fuerte choque empeñado con las tropas que coronaban un reducto protector de las esclusas.

Poco despues intentaron los coligados dominar el dique de Arleux para enseñorearse completamente del curso del Scarp. Frustróse la primera tentativa, pero la renovó el general Hompens con fuerzas considerables, y arrollando la pequeña guarnicion francesa, espugnó el dique y empezó á fortificarle. Villars, impaciente por reparar esta desgracia, destacó al conde Gassion con treinta escuadrones, y combinó este atrevido pensamiento con otro de diversion que habia de practicar el conde de Broglie sobre la retaguardia enemiga. Ambas operaciones tuvieron el éxito mas feliz;



Gassion se arrojó con vigoroso ímpetu sobre los escuadrones enemigos, aniquilándolos mas bien que derrotándolos, y Broglie se cebó con tanta furia en la retaguardia, que Malboroug no pudo turbar la bella retirada que verificó Gassion sobre sus flancos. Continuaban sin embargo los enemigos fortificando á Arleux, pero el mariscal de Montesquieu cayó sobre ellos espada en mano, espugnó un pequeño castillo que habian levantado, y se incorporó al grueso de su ejército haciendo con singular pericia una marcha muy difícil.

Estos reveses exasperaron á Malboroug, quien viendo desmembrarse sus tropas sobre los bordes del Scarp, abandonó esta escelente línea y puso sitio á Bouchain. No podia Villars salvar la plaza sino aventurando una batalla; pero se hallaba inferior en fuerzas y no quería comprometer su ejército, la última esperanza de la atribulada Francia. Así, adoptó el sistema de quebrantar el poder de los enemigos con choques parciales; y le siguió con tanta perseverancia como fortuna. Defendióse Buchain gallardamente; mas como su ámbito era reducido y poco numerosa la guarnicion, capituló al mes de abierta la trinchera. Los franceses, en compensacion de esta pérdida, destruyeron las comunicaciones por agua que tenian las plazas de Lila, Duay y Tournay, é hicieron mas probable su conquista ó por lo menos mas crítica su situacion.

En el Rhin las operaciones ofrecieron poco interés, porque el bávaro, débilmente asistido por la Francia, no tenia caudal de tropas bastante para lanzarse á la ofensiva, y veia desvanecer una por una las esperanzas que habia formado de ocupar el solio imperial vacante por la muerte de José I.

Tampoco fué fecunda en grandes acontecimientos la guerra de Italia. El duque de Saboya formó, segun su costumbre, planes muy vastos; pero supo frustrarlos hábilmente el duque de Berwick, y lo mas que obtuvo aquel fué apoderarse del castillo de Miolans, no sin bastante dispendio de sangre y de tiempo.

La campaña de Cataluña se abrió con la conquista de Gerona, debida al esfuerzo y pericia del mariscal Noailles y al inflexible valor de sus tropas. La defensa fué recia y obstinada; los franceses se vieron rechazados en dos asaltos; al tercero dominaron to-



das las obras esteriores, gracias á la intrepidez del mariscal que se precipitó en medio de los fuegos enemigos. El gobernador, aun en esta estremidad, propuso condiciones altivas que fueron rechazadas; el aspecto del último peligro, abatió no obstante su ánimo, pero no hasta el punto en que no obtuviera para la guarnicion todos los honores militares.

Restituida Gerona al poder de Felipe V, lo fué en breve todo el principado, escepto las plazas de Tarragona y Barcelona, y el pequeño pueblo de Prast del Rey. Era la ocasion muy bella para acometer á Cardona, haciendo una marcha rápida é interponiendo nuestro ejército entre el de los alemanes, los que se reorganizaban con dificultad en la plaza. Este era el dictámen de Aguilar y Valdecañas, sostenido por el primero con todo el ardor de su carácter. Vandoma, en quien el indomable orgullo creado por la fortuna deslucia sus incontestables talentos militares, le combatió acaso sin otra causa que la de no haberle él concebido, y su voto prevaleció en el consejo con tibia oposicion de los demas oficiales españoles.

Rompió el ejército su marcha el 26 de setiembre; arrolló algunas partidas de miqueletes catalanes, y desplegó todo su marcial aparato ante los muros de Prast. Protegia Staremberg este pueblo, y fué bastante hábil para conservar en su poder una de las puertas, mientras situaba el grueso de sus tropas en un monte escabroso é inaccesible á la caballería. Algunas compañías de alemanes se arrojaron dentro del murado recinto, no con el objeto de defenderla, porque Prast no tenia importancia alguna para los beligerantes, sino con el de hacer mas sensible á los españoles su imprudente empresa. Tronó la artillería contra el pueblo, llovió sobre el muro toda clase de proyectiles, pero cuando los españoles llenos de ardor iban á precipitarse sobre la brecha, supieron que las derruidas casas habian sido oportunamente abandonadas por los moradores, y que Staremberg, cobijado en la entraña del monte, se hallaba bien resuelto á no aventurar una batalla intempestiva.

Prast, que no ofrecia ventaja estratégica alguna, y que se hallaba casi convertido en escombros, se dejó sin guarnecer. Conoció



entonces el mariscal francés el error que habia cometido, y se propuso enmendarle marchando inmediatamente sobre Cardona; pero con esto, como sucede siempre que se tiene por único consejero el amor propio, no hizo mas que convertir una falta poco grave en otra de mayores consecuencias. Opusiéronse Aguilar y Valdecañas, diciendo que habia pasado la oportunidad de este sitio, y que obstinándose en él, se corria ciegamente á buscar un desaire. En efecto, la estacion del invierno se hallaba muy próxima; el castillo de Cardona era una fortaleza de primer órden, bien avituallada y guarnecida, y los catalanes, á quienes se habia dejado mucho tiempo para recobrarse del abatimiento que produjeran en su espíritu la batalla de Villaviciosa y la toma de Gerona, hacian, con ardor febril, aprestos considerables. Pero lo que se oponia principalmente al plan de Vandoma, era la diversa situacion de Staremberg, quien establecido hábilmente en el monte de Prast, podia tender, por el flanco de los españoles, una mano protectora á los sitiados, cuando para realizar este fin le hubiera sido preciso antes penetrar todo el cuerpo de nuestras tropas. Espúsole Aguilar con energia estas consideraciones tan sólidas y luminosas; despreciólas Vandoma, y el noble español renunció todos sus cargos y honores. Nuestra corte, siempre atormentada por el espíritu de intriga, admitió esta renuncia, y dejó estinguirse en la oscuridad á una de nuestras mejores glorias militares de esta época. Valdecañas, mas flexible, atemperó con el francés, quien se dirigió aceleradamente contra Cardona. El ataque de la plaza se encargó á Mr. Muret, quien estableció el sitio en regla, haciendo doble línea de circumbalacion y contrabalacion, porque algunas bandas de ginetes catalanes infestaban aquellas inmediaciones. Abierta brecha, dió un asalto vigoroso y bien concertado; la guarnicion no opuso la resistencia que podia temerse; se retiró casi íntegra al castillo que constituia su verdadero elemento de defensa. Erigiéronse contra él algunas baterías mal situadas, porque se desoyeron las sábias observaciones del marqués de Valdecañas; empezaron los cañones á fulminar sus fuegos con poco fruto, pues no alcanzaban á la parte vulnerable de la fortaleza. Sin embargo, el dia 29 de noviembre apareció una brecha angosta y difícil; hízola practicable el valor de los franceses que montaron en ella, arrollan-

do á sus defensores. Esta ventaja fué brillante pero muy efímera. Desprendiose la guarnicion del castillo, cayó sobre los sitiadores, les desalojó de la brecha y les obligó á replegarse, muy maltratados, sobre el grueso de su ejército. Recurrió entonces Muret á la mina; la dureza del peñasco sobre que está asentado el castillo y el rigor del invierno, anularon el trabajo mas sostenido. Staremberg, que acechaba una ocasion propicia para socorrer á la plaza, practicó un movimiento en igual grado, rápido y sigiloso, y se avanzó sobre la línea de los sitiadores. Repelido dos veces, no decayó de ánimo, y coronando la fortuna su perseverancia, pudo introducir en el castillo un refuerzo tan considerable que hizo inútil la prolongacion del cerco. Levantáronle, en efecto, los galo-hispanos, y Vandoma no tuvo mas satisfaccion que la intrepidez de sus tropas, que fué imponderable sin que pudiera corregir los vicios de su plan.

Los ingleses, cansados de una guerra dispendiosa, y para ellos poco productiva, anunciaron altamente sus deseos por la paz Europea (1712), y convinieron con Luis XIV en un armisticio; tambien suspiraban por el reposo los holandeses, y aunque no dejaban las armas de la mano, preferian una guerra defensiva al vigor de las grandes operaciones. Pero el emperador (1) alma y cabeza de estas luchas, si bien comprendia la inutilidad de sus esfuerzos para ceñirse la corona de España, aspiraba á dar el tono al continente afianzándose en los Paises Bajos, llave política y militar de la Europa. Inspirábanle tan elevadas ideas el genio, la fortuna y las sugestiones del príncipe Eugenio, quien habiéndose adquirido una reputacion casi sin igual y gozando de una influencia sin límites en la córte de Viena, ni queria eclipsarse, ni descender en la frágil escalera de la opinion pública, lo cual forzosamente sucederia tan luego como envainase la espada. Eugenio se propuso contrarestar con los veteranos imperiales todo el poder militar de la Francia y de su ilustre caudillo. Iba, pues, á abrirse esta campaña sobre un teatro muy conocido entre ejércitos igualmente numerosos, constituyendo ambos la imponente suma de doscientos mil hombres, y entre generales célebres, la esperanza y el símbolo mas glo-

(1) Lo era ya en este período el archiduque Cárlos, competidor de Felipe V á la corona de España.

rioso de sus respectivas naciones. La estenuada Francia aventuraba ahora la integridad de su territorio; el emperador sus aspiraciones y su influjo en el congreso de Utreck.

Eugenio tomó la iniciativa asediando vigorosamente á Landresi. El mariscal Villars que observaba todos sus movimientos, fingió acudir al socorro de Landresi, y para deslumbrar de todo punto á su enemigo, hizo arrojar varios puentes sobre el Sambra, y lanzó algunos escuadrones hasta la vista de aquella plaza. Cayó el príncipe en el lazo que tan hábilmente le tendia su adversario. Dominado por la idea de proteger á Landresi, recogió sus álas sobre el Scalda, apoyando enérgicamente la derecha en su línea de circumbalacion, y dejando muy débil el campo atrincherado de Denain. Villars hizo una marcha prodigiosa en la noche del 24 de julio, y cruzando el Scalda por Neuville, cayó como un rayo sobre las trincheras de Denain, defendidas por diez y siete batallones. Estas estaban construidas en regla y su acceso era difícil; pero todo cedió á la furia francesa inflamada por la presencia de su ilustre caudillo. Cuando el príncipe supo este inopinado ataque, intentó volar al socorro de Denain; pero Villars, previendo este movimiento, habia apostado en el puente de Prouro veinte batallones con el italiano Albergotti, los cuales hicieron inútiles los mas recios ataques del imperial. Sublévase el orgullo de éste al considerarse víctima de un engaño, y queria comprometer todo su ejército en la funcion; mas disuadiéronle los oficiales holandeses de un empeño que hubiera hecho muy poco favor á su gloria. La conquista de Denain era de la mayor importancia, porque quedaba descubierta la plaza de Marchiene, donde el príncipe tenia sus almacenes de guerra.

Embistiéronla intrépidamente los franceses; defendióla con brio su guarnicion; pero amenazada del último asalto, se rindió á discrecion. Hallaron los vencedores en este punto mas de cien piezas de artillería, con muchos trenes é inmensa cantidad de municiones.

Bramaba de rabia el príncipe Eugenio, y queria provocar la reaccion de la fortuna con desesperadas acciones; mas contenido siempre por los holandeses, privado de siete mil hombres, y de sus comunicaciones mas importantes, tuvo, no solo que abandonar el



sitio de Landresi, sí que tambien condenarse á la inaccion y á ser espectador de los progresos de su enemigo. Escedieron estos á las esperanzas de los franceses; se ganaron con leve esfuerzo la bahía de Achen, y las pequeñas plazas de Mortara y St. Amant. Atacaron despues la plaza de Duay; la empresa era difícil, porque Duay gozaba de gran reputacion militar; sin embargo, los franceses la remataron felizmente, y Albergotti tuvo la satisfaccion de recibir las llaves de aquella plaza que él defendiera tan gallardamente. Quesnoy solo resistió quince dias de trinchera abierta, hallando los franceses en esta plaza de primer órden, ciento diez y seis piezas de artillería y pertrechos militares en grande abundancia. La conquista de Bouchain terminó esta campaña, la mas digna y acaso la mas brillante de cuantas habian sostenido los franceses en este siglo, y solo el rigor del invierno pudo detener el victorioso brazo de Villars.

Regia el ejército español en Cataluña el marques de Valdecañas, por muerte del mariscal Vandoma (1).

Las operaciones eran lentas, porque nadie tenia interés en activarlas; ni el rey Felipe que esperaba la conclusion de la paz, ni Staremberg que conocia todo lo precario de su existencia en el principado. Así, la guerra irregular predominaba sobre las grandes operaciones, porque las partidas de miqueletes se agitaban en todas partes, y vencidas ó vencedoras, siempre volvian á la escena, reparando sus pérdidas, ardientes voluntarios, cuyo celo político estaba inflamado por la perspectiva del brigandage. No obstante, Valdecañas, teniendo divertida la atencion de Staremberg por el lado de Cervera, pretendió poner sitio á Tarragona, mas no pudo realizar su pensamiento porque el rey, en términos muy honoríficos, le quitó el mando, confiriéndosele al príncipe Tzerclaes. No tenia este ni los grandes talentos militares del marqués, ni su fecunda actividad, ni el privilegio consiguiente á las últimas victorias; pero era un hombre prudente y esforzado amigo del acierto, y lleno de celo por su reputacion y por la gloria de las armas españolas. Pareció desde luego adoptar el pensamiento de Valdecañas dirigiéndose contra Tarragona; la ocasion, á la verdad, era muy propicia, porque Staremberg, privado del auxilio de los ingleses, y teniendo un fuerte

(1) Murió en Vinaroz, de un ataque apoplético.



destacamento empleado en el bloqueo de Gerona, no se hallaba en disposicion de empeñarse en ningun lance formal y decisivo. Pero Tzerclaes, despues de haber cruzado audazmente el Segre, se detuvo conservando una actitud defensiva, bien porque le impusiera la pericia de su enemigo, bien porque velara en obsequio de Gerona, ó bien, y es lo mas probable, porque esperase el movimiento combinado que Berwick debia hacer con las tropas francesas desde Perpiñan. Toda la atencion de los alemanes se dirigió entonces al sitio de Gerona. Habia estrechado tan vigorosamente el bloqueo el imperial Wessel, que ya solo se comia en la plaza carne de caballo; pero la constancia del gobernador Brancas, el denuedo de la guarnicion y la profunda resignacion de sus habitantes, ya sinceramente reconciliados con Felipe V, eran superiores á estos males. Seducido por las lisonjeras noticias de Wessel, Staremberg se presentó ante la plaza con el grueso de su ejército, y mandó dar un asalto tan recio y bien concertado, que Gerona hubiera sucumbido sin la brillante intrepidez de sus defensores. Fueron rebatidos los alemanes; pero Staremberg, que entre otras bellas prendas, tenia una perseverancia ejemplar, repitió su tentativa en las dos noches siguientes y obtuvo nuevos desaires. Tal vez se hubiera obstinado mas contra la plaza el caudillo imperial, si una diversion hábilmente dispuesta sobre Cervera por el príncipe Tzerclaes, y un movimiento progresivo del mariscal Berwick, no le hubiesen obligado á dirigirse á Barcelona dejando á Wessel en la línea de bloqueo.

En Portugal se habian renovado las hostilidades con mas fuerza que debia esperarse, brillando ya en el horizonte político los primeros albores de la paz. Bay, tomando la ofensiva, puso sitio á Campo-Mayor. Por desgracia, su línea de circumbalacion era muy incompleta, y los portugueses pudieron introducir en la plaza mil hombres escogidos. No obstante, Bay persistió en sus operaciones aunque tenia tambien por enemigo al tiempo, entonces estremadamente lluvioso. Se plantaron baterías con poca inteligencia; batióse el muro, y se abrió la brecha precisamente en la parte mas inaccesible. Bay lanzó sus columnas al asalto, y aunque estas hicieron prodigios de valor, no lograron vencer las dificultades de la posicion gallardamente defendida por los sitiados. Malogrado es-

te esfuerzo, Bay levantó el sitio y se retiró á la frontera.

Proseguia riguroso el bloqueo de Gerona (1713); la miseria hacia progresos mas crueles de dia en dia; los habitantes y la guarnicion se sustentaban con las carnes de animales inmundos, y aun estos iban escaseando; pero no declinaba la constancia de los sitiados. Sosteníanse con la esperanza de un socorro inmediato y esta vez no debian quedar defraudados. Amenazado Wessel de cerca por Berwick, se replegó al cuerpo de Staremberg, y el conde Fienes fué el primero en llevar al seno de la afligida ciudad la abundancia, y el júbilo al corazon de sus moradores que habian estado bloqueados durante siete meses.

El tratado de Utrech hizo caer las armas de la mano á casi todas las potencias beligerantes. Solo el emperador vacilaba al prestar su accesion; mas viendo invadidos sus propios estados por el ejército francés, y no teniendo elementos hábiles á detener la victoriosa espada de Villars, se plegó bajo el ascendiente de las circunstancias, quedando incluido en la paz general. Este tratado aseguraba á Felipe V la conquista de España y de las Indias; pero la España perdia por él Gibraltar, Mahon y todas sus posesiones en Italia y los Paises Bajos, es decir, todos los medios de figurar en el mundo como potencia de primer órden.

La conducta poco leal del emperador, y la pertinacia inaudita de los catalanes, hizo que continuase la guerra en este desgraciado pais. Habia prometido aquel príncipe que sus tropas evacuarian completamente á Cataluña, y en efecto, Staremberg entregó Tarragona y se embarcó con una gran parte de su ejército, pero no hizo la menor demostracion para devolvernos Barcelona, y aun permitió que varios cuerpos imperiales quedasen á sueldo de los barceloneses con el carácter de voluntários. No fué este el término de tan capciosas tergiversaciones. Los gobernadores de algunas plazas se hicieron un mérito de la inobediencia á las aparentes órdenes del emperador, y continuaron sosteniéndolas contra las armas de Felipe V.

Pero éstas, bien dirigidas, fueron combatiendo y dominando sucesivamente á Manresa, Solsona, Mataró y Hostalrich, mientras el

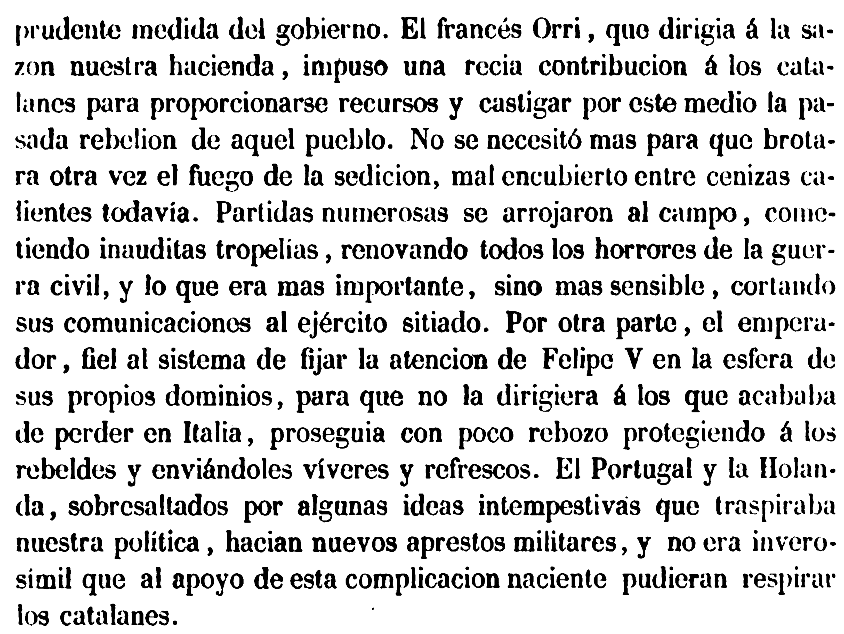


conde de Fienes mutilaba la rebelion en todo el territorio de Ampurias.

Los catalanes, reducidos á la situacion mas crítica, se defendian no obstante con una intrepidez digna de elogio, si no estuviera manchada por crueldades y escesos de todo linage; pero abatidos por los castellanos, rompieron todas las consideraciones, abandonándose al enagenamiento de una demencia política. Llevaron su delirio hasta el punto de implorar la proteccion de la Puerta Otomana, donde se despreciaron sus temerarias ofertas. El emperador, ligado por la paz de Utrech, no podia favorecerles abiertamente, y los escasos auxilios que les proporcionaba, mas servian para prolongar su agonia que para enaltecer su causa moribunda. Pero ni aun así desistieron; y tal como sucede en el cuerpo humano, en que el calor al abandonar los miembros, se refugia en el corazon, asi en Cataluña, sofocada la insurreccion en las estremidades, vino á reconcentrarse en Barcelona y á oponer aquí una resistencia mas que heróica, desesperada.

El duque de Popoli, que habia reemplazado á Staremberg en el mando de las tropas, estableció el bloqueo de Barcelona, auxiliándole una poderosa escuadra; mas como la lentitud de este medio ni convenia al decoro del monarca español, ni era digna de las imponentes fuerzas que podian reunirse contra la rebelde ciudad, le convirtió pronto en sitio, arrojándose, espada en mano, sobre Santa Matrona, y abriendo en este punto la primera trinchera. Los rigores del invierno y una fuerte avenida del rio Llobregat, paralizaron los trabajos; los barceloneses, inflamados por el aspecto del último peligro, hicieron al propio tiempo una salida impetuosa, y si bien la disciplina de las tropas reales triunfó de sus tumultuosos esfuerzos, hicieron conocer al enemigo toda la dificultad de la empresa, y conocieron ellos el valor de sus propias fuerzas que era la mayor dificultad del sitio.

El duque de Popoli se sostenia con dificultad delante de Barcelona (1714), porque su ejército, mal abastecido y peor pagado, no se hallaba en disposicion de operar vigorosamente. La audacia de los sitiados aumentaba en la misma proporcion que decaia el aliento de los sitiadores, y se exaltó en gran manera con una im-



prudente medida del gobierno. El francés Orri, que dirigia á la sazon nuestra hacienda, impuso una recia contribucion á los catalanes para proporcionarse recursos y castigar por este medio la pasada rebelion de aquel pueblo. No se necesitó mas para que brotara otra vez el fuego de la sedicion, mal encubierto entre cenizas calientes todavía. Partidas numerosas se arrojaron al campo, cometiendo inauditas tropelias, renovando todos los horrores de la guerra civil, y lo que era mas importante, sino mas sensible, cortando sus comunicaciones al ejército sitiado. Por otra parte, el emperador, fiel al sistema de fijar la atencion de Felipe V en la esfera de sus propios dominios, para que no la dirigiera á los que acababa de perder en Italia, proseguia con poco rebozo protegiendo á los rebeldes y enviándoles víveres y refrescos. El Portugal y la Holanda, sobresaltados por algunas ideas intempestivas que traspiraba nuestra política, hacian nuevos aprestos militares, y no era inverosímil que al apoyo de esta complicacion naciente pudieran respirar los catalanes.

La córte de España imploró entonces el auxilio de la francesa. Luis XIV, despues de muchas gestiones, envió por último un ejército á Cataluña bajo las órdenes de Berwick, nombre grato para los españoles por la ilustre victoria que habia obtenido en Almansa.

Entretanto el duque de Popoli se debilitaba enviando destacamentos á diversos puntos para reprimir la osadia de los rebeldes, cuyo número se aumentaba con deplorable rapidez. Sin embargo, la primera batería levantada por los sitiadores, continuaba los trabajos del sitio con bastante fruto contra el convento de Capuchinos que defendian cuatrocientos catalanes con acérrimo teson. Perdiéronle no obstante, y Popoli pudo asestar sus cañones contra la muralla y sus morteros contra el centro de la ciudad. Mientras se batia aquella en brecha, llovian las bombas sobre el seno de aquella poblacion, y los habitantes inermes, mugeres, niños y ancianos procuraban recogerse bajo el cañon del castillo; pero las naves españolas, fulminando un fuego terrible de flanco, los ahuyentaron tambien de este punto. Erigiéronse nuevas baterías contra el convento de Jesus y el bastion de la puerta del Angel; pero antes de ponerlas en juego,

dejó Popoli la direccion del sitio (30 de mayo). Reemplazóle el duque de Berwick que acababa de llegar con veinte mil franceses aguerridos, fuerzas que hacian subir las de los sitiadores á mas de cuarenta mil hombres.

Podia creerse que los barceloneses, viendo desvanecidas sus últimas esperanzas, arregladas las diferencias entre España, Holanda y Portugal, conjurado contra ellos el poder de dos grandes naciones, privados de algunas obras importantes, estrechados por mar y tierra, y amenazados por un ejército poderoso, depondrian su fatal obcecacion y se someterian á un príncipe que se vengaba de los agravios con un generoso olvido; pero sucedió todo lo contrario. El peligro, cada vez mas inminente, ejercia sobre ellos el triste privilegio de convertir en furor el espíritu de nacionalidad. Verdad es que existian muchos elementos para mantener viva la llama de la discordia civil. Los eclesiásticos, faltando á su mision dulce y conciliadora, hacian resonar los templos con vehementes escitaciones á la guerra; todos cuantos la habian sostenido hasta entonces, por temperamento, por cálculo ó por interés, temian la justicia del monarca, que si no descendia á las masas, heriria por lo menos las cabezas de la rebelion; se esforzaban en persuadir al pueblo que sus leyes iban á quedar para siempre holladas, y que era mas noble, mas digno de sus precedentes y de su carácter, envolverse entre las ruinas de la ciudad, que vivir para ser el oprobio de la España, y de la Europa entera. Estas sugestiones, autorizadas unas con el velo de la religion, y robustecidas otras con la apelacion á las libertades patrias, las dos ideas que tienen mas eco en el corazon de los pueblos, inflamaron en tales términos el ánimo de la multitud, que todas las clases, sexos y edades tenian un mismo sentimiento; la ciudad entera constituia un solo hombre dominado por la mas violenta cólera. Era el alma de la defensa, con el título de gobernador, D. Antonio Villarroel, hombre que habia dado sobresalientes pruebas de sus talentos militares y de una pertinacia indómita; los caudillos inferiores, salidos de la hez del pueblo, participaban de sus pasiones, y no esperando gracia de ningun género, desplegaban el valor infinito de la desesperacion.

Los progresos de Berwick fueron lentos al principio, y los sitia-

dos, á quienes alentaba estraordinariamente el menor vislumbre de esperanza, proyectaron hacer una salida sobre las trincheras de los sitiadores. Ejecutáronla el 13 de julio cuatro mil hombres y trescientos caballos; pero no obstante su indecible denuedo, quedaron rebatidos, siendo este choque, sangriento en igual grado, para los dos combatientes.

De pronto, los sitiadores que habian trabajado con infatigable actividad durante muchos dias, descubren una nueva paralela, y setenta piezas de grueso calibre vomitan un fuego certero y nutrido contra el baluarte de Oriente. Era este baluarte como el escudo de la plaza, porque protegia su lado mas flaco, y así fué indescriptible el empeño que mostraron los catalanes en conservarle y los sitiadores en espugnarle. Al fin, el dia 30 de agosto, se dió un violentísimo asalto. Derramóse allí mucha y estimada sangre; los defensores, menos vencidos que oprimidos, fueron cediendo el terreno, pero casi todos prefirieron morir á soportar la ignominia de la derrota.

Era imposible á los sitiadores dar un paso sin grande efusion de sangre; combinábase la accion de la artillería y de las minas; pero los sitiados mostraban una fecundidad de recursos y una intrepidez siempre en incremento.

El baluarte de Santa Clara fué embestido, ganado y vuelto á perder; los sitiadores abrieron nueva brecha; los sitiados la cubrieron con sus pechos mas duros que una roca; aquellos emplearon la mina; estos contraminaron, y no logró Berwick el triunfo definitivo sino perdiendo mil de sus mas valientes soldados.

Dueños, finalmente, los sitiadores de todas las obras esteriores, y teniendo en el muro las brechas practicables, se dispusieron para el asalto general. Berwick, previendo los horrores de que iba á ser teatro aquella infeliz ciudad, envió un parlamentario proponiendo las bases de una capitulacion decorosa; pero la rechazaron los soberbios catalanes en términos de tan desesperada energía, que fué preciso recurrir al último y mas deplorable estremo de la guerra.

La aurora del 11 de setiembre descubrió al ejército sitiador describiendo un semicírculo y abrazando á las formidables columnas destinadas al asalto. Estaban separadas las tropas de las dos nacio-



nes, porque el hábil Berwick queria emplear el poderoso resorte de la emulacion en el buen éxito de esta arriesgada empresa; los franceses debian embestir por el frente el bastion de Levante; los españoles por los dos lados el de Santa Clara, y la Puerta Nueva. Pocas veces se ha desplegado un aparato de fuerzas mas imponente para una operacion de esta clase; en pocas circunstancias análogas han mostrado los sitiadores un denuedo mas firme y brillante; casi nunca un pueblo se ha resistido con una obstinacion tan ciega.

Cincuenta compañías de granaderos se lanzaron al mismo tiempo y con asombroso ímpetu sobre los tres puntos que se les habian asignado; sosteníanles de cerca cuarenta batallones, con trescientos dragones desmontados. El resto del ejército, apoyándose en la trinchera, podia en el último trance darse la mano con estas fuerzas avanzadas.

No recejaron los catalanes ante esta violenta irrupcion; habian cubierto las brechas de cañones cargados con bala menuda, y disparándolos oportunamente, arrebataron filas enteras de los sitiadores. Pero eran tales la disciplina y denuedo de estos, que continuaron avanzando sobre los cadáveres de sus compañeros, y llegaron al estrecho del combate. La proximidad impedia á unos y otros valerse de proyectiles; empleaban únicamente el arma blanca con recíproca y horrible mortandad. Nuevos y abundantes refrescos robustecian á los enemigos y daban mayor pábulo á su ira; pero como el número de los sitiadores era mas considerable, y el vínculo de la disciplina sostenia su heróica intrepidez, arrollaron por fin á los sitiados y penetraron en las brechas. En el mismo instante, y como á una señal convenida, el pabellon español tremoló orgulloso sobre los bastiones de Santa Clara y Puerta Nueva, y el francés en el de Levante. Sin embargo, este primer triunfo no debia considerarse como decisivo.

Los catalanes habian barreado las calles, construido parapetos con vigas encadenadas, acumulado materiales inflamables, erigido baterías, aspillerado sus casas, acumulado, en suma, cuantos recursos puede ofrecer el arte de la guerra, ó sugerir la imaginacion en su mayor grado de exaltacion. Avanzaban con gran dificultad los franceses y españoles; mientras rellenaban los fosos de

las calles ó desencadenaban las vigas, caia sobre ellos una nube de fuego, y no lograban dar un paso sin dejar marcada la huella con su propia sangre; al fin, los primeros que seguian una línea mas recta, y por consiguiente mas corta, lograron arrollar al enemigo hasta la plaza Mayor. Creyendo asegurada la victoria, se entregaron al pillaje; pero los barceloneses, rehaciéndose en un momento, embistieron á los franceses con furia tan inaudita, que los arrojaron á su vez sobre la brecha. El noble denuedo de los oficiales, que clavando sus espadas en tierra, cubrieron con sus cuerpos el portillo de la muralla, impidió que las tropas fueran lanzadas al otro lado de la brecha, y que el triunfo de los barceloneses fuera completo. Los españoles, viéndose solos y en una posicion muy aventurada, verificaron, con bello órden, el mismo movimiento retrógrado.

Renovóse entonces el combate con doble encono y mayor esfuerzo, porque movia á los unos el despecho de haber sido arrollados, y á los otros la proximidad de la victoria. Las tropas recobraron muy luego su superioridad; sobre todo los españoles, arrostrando á pecho descubierto el fuego de la artillería colocada en las boca-calles, se apoderaron de las piezas y las volvieron contra los mismos barceloneses. Conturbóles algo este suceso, y mas la toma del baluarte de San Pedro, sobre el que sin órden de sus jefes se precipitaron los valientes castellanos.

Continuaba, no obstante, la pelea con una ferocidad sin ejemplo; nadie daba ni pedia cuartel; el placer de inmolarse recíprocamente, habia petrificado todos los corazones; parecia que hasta las víctimas retenian el último acento del dolor, para no hacer patente su debilidad. Villarroel, que en este dia terrible se elevó por su pericia y fortuna á una altura estraordinaria, conocia que era imposible rechazar á viva fuerza á los españoles; pero sabia tambien que estos no podian sostener su movimiento progresivo sin la cooperacion de los franceses. Reuniendo, pues, el nervio de su ejército, y haciendo un esfuerzo sobre humano, el indomable caudillo catalan se arrojó en medio de las columnas francesas y causó en ellas considerable estrago; pero mayor le padecieron los rebeldes y el mismo Villarroel quedó gravemente herido.

Doce horas de contínuo combate y tan duros reveses, habian



agotado las fuerzas de los sitiados; ya no se defendian, pero tampoco se entregaban; semejantes á un leon que acosado por los cazadores, estenuado de fatiga y debilitado por sus heridas, se detiene á la entrada de su caberna y espera allí con fiera actitud la flecha que ha de atravesarle el corazon, así los barceloneses permanecian inmovibles en sus posiciones, recibiendo en ellas la muerte que prodigaba el ardiente brazo del soldado.

Era á boca de noche; los últimos crepúsculos permitieron ver sobre la casa del magistrado una bandera blanca, símbolo de la paz; inmediatamente cesó la carnicería; vinieron algunos diputados á abocar con Berwick que se hallaba en la brecha principal defendida por una artillería formidable; formularon aquellos sus proposiciones con tanta altivez como si fueran vencedores; pedian, entre otras, un indulto general, y la conservacion de sus fueros y franquicias; el duque les contestó que si no se rendian antes de amanecer, perecerian todos al filo de la espada.

Aun duraba esta conferencia cuando salió de en medio del ejército una voz lúgubre é imperiosa que decia: «mata, quema.» No fué menester mas para que las tropas se abandonasen á los últimos estremos de la cólera. Barcelona hubiera cesado de existir aquella noche, envuelta en fuego y en sangre, sin los nobles esfuerzos que hizo Berwick para contener á sus soldados. Habiendo restablecido la calma en su ejército, le formó en órden de batalla, dispuestas las compañías de incendiarios y preparados todos los elementos hábiles á aniquilar, si no se podia someter la ciudad rebelde.

Los barceloneses, ciegos por su deplorable obstinacion, provocaban con nuevos desacatos este trágico desenlace.

Algunos historiadores dibujan con las tintas mas negras el cuadro horrible que presentaba Barcelona aquella noche (11 al 12 de setiembre). Mientras algunos destacamentos, por órden de Berwick, recogian los cadáveres y les daban sepultura, se desprendia de las casas una lluvia de proyectiles, de mixtos compuestos de azufre, betun, pez y cera ardiendo. Los objetos que antes servian al lujo, al placer ó á la utilidad de los habitantes, obstruian ahora las calles, porque todas las pasiones de una generacion estaban supedi-

tadas á la del momento, que era la venganza, y esta capaz de los mas sensibles sacrificios.

Rayó la aurora y espiró la tregua concedida á los catalanes por el duque; pero éste, siempre benigno, la prorogó por seis horas mas. Espirando el último término, y no dando los catalanes prueba alguna de sumision, mandó Berwick que se procediese al incendio de la ciudad. Sin embargo, queriendo templar este acto de severidad tan necesario, con la moderacion posible, prohibió al propio tiempo el saqueo; y su ejército, por un rasgo de disciplina todavía mas raro y admirable, obedeció religiosamente esta órden.

El lúgubre estallido de las llamas avisó á los catalanes de su última desdicha; los mas frenéticos querian sepultarse entre las cenizas, legando á la posteridad el ejemplo de una nueva Numancia; pero los mismos fautores de la sedicion retrocedieron ante la horrible suerte que aguardaba á tantos millares de familias, enarbolaron otra vez bandera blanca y pidieron la vida. Berwick, que mostró durante este sitio un talento privilegiado y un carácter heróico, les concedió ademas la hacienda. Las bases de esta especie de capitulacion, se cumplieron con una exactitud laudable; Villarroel y algunos otros jefes, perdieron únicamente la libertad; la masa del pueblo fué comprendida en un indulto tan político como generoso.

Muchos aconsejaban á Felipe V que arrasara la ciudad de Barcelona, y erigiese en medio una columna. A la verdad podia hacerlo, porque Berwick no habia prometido conservarla; pero el rey, magnánimo en esta circunstancia, como siempre que seguia los impulsos de su corazon, se limitó á abolir sus fueros, y á quemar los estandartes emblema de su independencia.

El castillo de Monjuich y la plaza de Cardona, se rindieron inmediatamente, y solo quedó todavía rebelde á Felipe V la isla de Mallorca. Doce mil personas perecieron en el asalto de Barcelona, siendo casi igual la pérdida de sitiados y sitiadores. La total, durante el sitio, subió á cerca de veinte mil almas. El fanatismo, ya político ya religioso, ha sido siempre la fuente de los males que han afligido á la humanidad; si esta verdad necesitara una nueva sancion, la ofreceria el terrible ejemplo de la infeliz Barcelona.




Voluntarios de Cataluña.

CAPITULO II.

1701.—1718 (1).

DISPOSICIONES DE FELIPE V PARA LA ORGANIZACION DE LA INFANTERÍA.—NUEVA ORDENANZA.—ORDEN DE PREFERENCIA DE LOS CUERPOS.—EL EMPLEO DE DIRECTOR SUSTITUYE EL DE COMISARIO GENERAL.—EL FUSIL Y LA BAYONETA REEMPLAZAN EL ARCABUZ, MOSQUETE Y PICA.—IMPORTE DEL VESTUARIO Y ARMAMENTO.—SEGUNDOS BATALLONES.—HABERES DE LAS DIFERENTES CLASES.—ADMISION DEL BASTON COMO DISTINTIVO.—ANTIGUEDAD Y NOMBRES DE LOS CUERPOS DE LA PENÍNSULA.—REVISTA GENERAL.—NUEVO REGLAMENTO.



L rey Felipe V comprendió su posicion desde el momento que llegó á sentarse en el trono de España. Para hacer frente á los sucesos que provocaban la honda division del pais, y la con-

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XV de id., pag. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo IV, pág. 154; XXIII de id., pág. 268; XXVI de id., pág. 392; XXVIII de id., pág. 460.

ducta poco política y prudente del gran número de proyectistas que vinieron trás de él, debia rodearse de una fuerza leal y bastante á hacer respetar su voluntad. Dió por base á esta fuerza (1701) el tercio viejo de los Morados, que hizo venir de Barcelona, donde se hallaba entonces. Procedia este cuerpo de la antigua guardia de Felipe IV, y se habian distinguido siempre por su lealtad é hidalguía, tanto los soldados como los oficiales que le constituian; razon por la cual se fijó en él desde luego la atencion del monarca. Propuso el marqués de Louville que constase esta division de seis mil hombres, distribuidos en dos regimientos de la guardia, el uno nacional y el otro walon, y que de estos se destinasen mil doscientos á reemplazar en la guardia del régio alcázar, á las compañías de archeros y alemanes, introducidas por Felipe I y Cárlos V.

Al propio tiempo, á fin de no dejarse sorprender por los acontecimientos que iba preparando sordamente la política austriaca en sus estados, Felipe V resolvió la formacion de un tercio de infantería ligera, cuyo mando fué confiado al maestre de campo D. Blas de Trinchería, y la de otro para el servicio de la artillería, con la denominacion de *fusileros reales*, poniendo á su frente al marqués de Villarocha.

Dió tambien órden al marqués de Bedmar, capitan general de los Paises Bajos, para que procediera á la organizacion de cinco tercios flamencos, que mandaron los maestres de campo conde de Montfort, caballero de Lede, Mr. de Vandergratht, príncipe de Simay y el baron de Mons. Asimismo dispuso que el príncipe de Vaudemont, gobernador general de Lombardía, y el virey de Nápoles, levantasen otros dos cuerpos, y dió su mando á los maestres de campo conde de Mariani y Frey D. Tomás Caracciolo. Completáronse al mismo tiempo los tercios del ejército de Cataluña, se pusieron al pié de guerra todos los cuerpos existentes, y se prohibió el dar licencias á los jefes y oficiales para venir á la córte. Solo en caso muy legítimo y muy apremiante podia darse autorizacion para venir á Madrid, y entonces, el que la obtuviese, habia de presentarse el tercer dia al comisario general de infantería, sopena de no ser oidas sus pretensiones. De este modo se descargaba á las

oficinas de una nube de pretendientes que embarazaban el curso de los negocios, en momentos que el tiempo era tan precioso.

El gobierno no se contentó con las disposiciones que acabamos de indicar; continuó sin levantar mano en introducir en el ejército todas las mejoras posibles. En 13 de setiembre decretó la reforma de las doce compañías de la marina, conocidas con la denominacion de *mar y tierra*, reduciendo á cinco los tercios de la armada. En 26 del propio mes se comunicó una real órden al capitan general de Andalucía sobre el modo de socorrer las tropas de aquel distrito, y en 14 de octubre se dió otra prohibiendo el escandaloso abuso que de tiempo atrás se venia cometiendo por oficiales y soldados, de variar de compañía y aun de cuerpo, sin la debida autorizacion. Imponíase á los primeros pena de privacion de sueldo y aun de sueldo y antigüedad, con obligacion de servir en clase de soldado un año ó dos en los presidios de Africa; y á los segundos la de muerte.

Palpábase la necesidad cada vez mas apremiante de variar la organizacion de nuestro peonage; pero ni el marqués de Louville, ni el mismo rey, se habian atrevido aun á hacerlo; deteníalos el temor de chocar con añejas preocupaciones, siendo probable que solo el intentarlo fuese causa de una reaccion violenta. En vista de tan grave inconveniente, resolvió el monarca ensayar esta reforma en los Paises Bajos, en presencia de sesenta mil franceses, dando al efecto las órdenes oportunas al elector de Baviera y al marqués de Bedmar; y consultado el caso al gran consejo de Flandes, éste, á nombre de S. M., espidió en 18 de diciembre un reglamento, que si no destruia de un golpe las prescripciones de la antigua ordenanza, echaba al menos las bases de una ámplia reforma para lo sucesivo.

Establecióse en los cuerpos el consejo de guerra ordinario para castigar prontamente los delitos de disciplina, abreviando las fórmulas moratorias de la vieja usanza, que hacian largos los procedimientos é ineficaces las penas; diéronse reglas para el buen órden y disciplina, y leyes penales para los desertores. Creáronse los comisarios de guerra; impusiéronse castigos para las plazas supuestas y asientos de hombres inútiles para el servicio; prohibié-

ronse los desafíos; y últimamente, se fijó la forma en que pudieran contraer matrimonio los militares.

En 1702 se dieron nuevas órdenes al marqués de Bedmar para que aumentase el número de tercios walones en los Paises Bajos, y en virtud de esta disposicion se crearon doce cuerpos que se dieron á mandar á los maestres de campo D. Felipe Caracciolo, marqués de Sars, baron de Courriers, baron de Brias, caballero de La Faille, D. Pedro Benavides, conde de Ruppelmonde, conde de Grimbergh, conde de Sauvage, conde de Hamal, conde de Pasfeuquiers, baron de Cerratani y caballero Morayken.

El virrey de Nápoles aumentó tambien las fuerzas de su mando, formando los tercios de D. Domingo Recco y príncipe del Valle.

En este mismo año tratóse de mejorar en Flandes la organizacion del ejército, y en 10 de abril se publicó con este objeto una nueva ordenanza que introducia en ella notables innovaciones. Surgian frecuentemente acaloradas disputas entre los jefes de los cuerpos, no existiendo una regla fija que determinara el órden de formacion y marcha, y regulara el mando en los diferentes casos que pudieran ocurrir, tanto en guarnicion como en campaña. Para remediar un mal de tanta trascendencia, é impedir que la disciplina viese lastimados sus fueros con tanta frecuencia, se dió á los cuerpos la numeracion siguiente:

TERCIOS ANTIGUOS DE INFANTERIA ESPAÑOLA.

—

1. D. Juan Antonio de Amezaga.
2. D. Francisco Ibañez.
3. D. Cárlos de Zúñiga.
4. El marqués del Valle.
5. D. Juan de Idiaquez.
6. D. Francisco Perez Mancheño.

TERCIOS ANTIGUOS DE INFANTERIA ITALIANA.

—

7. D. Marcelo Grimaldi.



8. D. Pablo Magno.
9. D. Antonio Grimaldi.

TERCIOS VIEJOS DE INFANTERIA WALONA.

—

10. El marqués de Westerlóo.
11. Mr. de Grouf.
12. El conde de Grovendont.
13. El príncipe Francisco de Nassau.
14. El marqués de Deinse.
15. El baron de Capres.

REGIMIENTOS ANTIGUOS REDUCIDOS DEL PIE DE ALEMANES AL DE WALONES.

—

16. El baron de Urangel.
17. El conde de Milán.
18. El príncipe de Spínola.

REGIMIENTOS NUEVOS DE INFANTERIA WALONA FORMADOS EN LOS AÑOS 1701 Y 1702.

—

19. El conde de Monfort.
20. El caballero de Lede.
21. Mr. de Vandergratht.
22. Arcabuceros de artillería.
23. El baron de Mons.
24. D. Felipe Caracciolo.
25. El marqués de Sars.
26. El baron de Courriers.
27. El conde de Brias.
28. Mr. de La Faille.
29. D. Pedro Benavides.
30. El conde de Ruppelmonde.
31. El conde de Grimbergh.
32. El conde de Sauvage.
33. El conde de Hamal.



34. El conde de Pasfeuqaiers.
35. El baron de Cerratani.
36. Mr. de Morayken.

Todos los cuerpos de infantería, fuese ésta española, italiana ó walona, debian formar entre ellos y marchar, segun el órden que se acaba de indicar, dando á los españoles el derecho de llevar la vanguardia; y todos los maestres de campo ó coroneles, tenientes de maestre de campo ó tenientes coroneles, capitanes y demas oficiales subalternos, habian de atenerse para el mando á esta misma disposicion; de suerte que todo jefe ú oficial mandaba á los individuos de igual clase de los cuerpos que siguiesen al suyo en el órden de preferencia, aunque su patente fuese mas moderna que la de los otros.

Como se vé, esta resolucion no dejaba de tener sus vicios; quedaba aun ancho campo al espíritu de insubordinacion y de indisciplina; sin embargo, no podia menos de considerarse como un adelanto en la carrera de la perfeccion; cerraba la puerta al desórden en una grande escala y robustecia considerablemente los principios de obediencia, respeto y subordinacion que constituyen la fuerza y vida de los ejércitos.

Por la misma ordenanza á que nos referimos, convirtióse cada tercio en un batallon de trece compañías, inclusa la de granaderos, debiendo constar cada una de ellas de capitan, primer teniente, segundo teniente, dos sargentos, tres caporales, tres lanspasadas, treinta y siete arcabuceros, diez piqueros y un tambor.

La plana mayor debia componerse de maestre de campo, teniente de maestre de campo, sargento mayor, ayudante, furriel, capellan y cirujano. El armamento quedó reducido al arcabuz del calibre de diez á doce balas en libra; suprimióse el mosquete, pasándose las instrucciones competentes á las fábricas reales, para que el armamento nuevo se construyese con sujecion al modelo que se remitió por el ministerio de la guerra. La sucesion del mando de los jefes se fijó por la escala desde el maestre de campo hasta la clase de capitan, entrando el sargento mayor por la fecha de su real título.

La obligacion de este jefe quedó limitada á dar conocimiento

del estado del cuerpo al maestre de campo general y al inspector general; distribuir el haber á los furrieles y á los sargentos para sus compañías, cada cinco dias en guarnicion y cada diez en campaña; ajustar los sueldos todos los meses á los oficiales, ó al menos cada trimestre; celar la disciplina, instruccion y policía, y nombrar el servicio; examinar la capacidad de los sargentos y caporales propuestos por los capitanes, debiendo tener los primeros ocho años de buenos servicios, y seis los segundos. El sargento mayor y el ayudante no tenian compañía.

Para la provision de las de granaderos se requerian capitanes que hubiesen militado con reputacion, y de edad que les permitiera marchar á pié para sobrellevar las fatigas de la guerra: iguales circunstancias se pedian para los oficiales subalternos. Las compañías de granaderos debian entretenerse por las sencillas, dando el capitan veinte y dos florines por cada saca, y por el vestuario del elegido veinte y cuatro, sin contar las armas, bandolera y cinturon, que quedaba del cargo del capitan el sacarlos de los almacenes del cuerpo.

Todos los años al salir á campaña se organizaban los batallones, y cuando habia mudanza de capitanes, siempre debia hacerse de modo que en cada cuerpo hubiese antiguos y modernos. Manteníanse las compañías de preferencia al completo, y en caso de morir alguno, haber heridos ó enfermos crónicos, eran inmediatamente reemplazados por arcabuceros agregados de las ordinarias.

Dióse á los capitanes comandantes de los batallones las mismas preeminencias que á los tenientes de maestres de campo, prohibiendo el ascenso de los capitanes de caballería, y de los demas oficiales de ella, para servir de jefes en la infantería, y él de los de esta arma para caballería, eligiendo para tenientes de maestre de campo á los capitanes mas antiguos, y quedando abolida la mudanza de subalternos en las compañías cada trienio, como se practicaba antiguamente y poco despues cada seis años. En suma, esta ordenanza comenzó á prevenir los toques de guerra, el modo de hacer el servicio, sistema de instruccion, formacion de brigadas, etc., (1).

(1) Coleccion de decretos de D. Antonio Portugués.



En octubre del propio año, por un decreto fechado en Milán, se mandó la formacion de dos regimientos de guardias de infantería española y walona, y en 2 de noviembre se señaló el órden de preferencia de los cuerpos del ejército de Lombardía en la forma siguiente:

1. El tercio de Lombardía.
2. El tercio de Saboya.
3. El tercio de la mar de Nápoles.
4. El tercio de Lisboa.
5. El tercio de Frey D. Tomás Caracciolo.
6. El tercio del conde de Bonesana.
7. El tercio de D. Charletta Caracciolo.

Cuando el rey pasó de Italia á Cataluña, vió con sentimiento que la junta de gobierno que se hallaba en guerra abierta con los secretarios del despacho, nada habia hecho para aumentar la fuerza pública, ni para vigorizar la organizacion de los cuerpos existentes.

Penetrado de la imprescindible necesidad de ocuparse sériamente de tan grave asunto, sin pasar del monasterio de Monserrat, dictó un decreto en 24 de diciembre, mandando que los diez y siete tercios viejos de infantería peninsular se pusieran al pié de mil plazas cada uno.

Mas una fuerza de diez y siete mil hombres que daba por resultado esta disposicion, estaba aun muy distante de poder cubrir todas las atenciones del servicio. Solo Ceuta necesitaba diez mil hombres para defenderse contra los moros, que la hostigaban constantemente, y tres mil Melilla. Ademas, una poderosa liga amenazaba la vasta línea del Miño y Guadiana, y la escuadra anglo-francesa estaba en jaque sobre nuestras costas. Estas consideraciones hicieron que en 29 del propio mes se espidiese otro real decreto pidiendo nuevos reclutas.

A los pocos dias (29 de enero de 1703), fué nombrado comisario general de la infantería D. Francisco Fernandez de Córdoba, persona no menos recomendable por su actividad que por su ilus-

tracion. Este entendido militar desterró el uso del mosquete, arcabuz y pica, y sustituyó estas armas con el fusil y la bayoneta. Cooperó tambien á que desde el 19 de febrero hasta el 27 de noviembre se crearan doce nuevos tercios de á seiscientas plazas cada uno, en doce compañías, con la denominacion siguiente:

Madrid.
Guipúzcoa.
Asturias.
Valencia.
Vitoria.
Salamanca.
Ceuta.
Jerez de la Frontera.
Osuna.
Triana.
Antequera.
Coria.
Cádiz.

En 8 de febrero de 1704 se publicó un reglamento para la organizacion de las milicias en batallones de á quinientas plazas, teniéndose presentes las reales cédulas de 21 de agosto de 1693 y 29 de febrero de 1696. Se crearon tambien en la misma época diez y seis regimientos de línea de la misma fuerza, destinándose los mas al relevo de los viejos en las guarniciones de las plazas y resguardo de las costas.

Al propio tiempo que se trabajaba en Castilla con tanta actividad para formar un ejército respetable, hacíanse tambien en otras provincias esfuerzos no menos notables para conseguir el mismo objeto. El duque de Hijar, capitan general de Galicia, convocó este reino á junta general, y en ella se acordó unánimemente la abolicion de las milicias, que ya se habian hecho inútiles, y la creacion de ocho tercios de á quinientas plazas que debian sostenerse en pié de guerra, todo el tiempo que durase ésta, con el impuesto de la sal. Estos cuerpos tomaron las siguientes denominaciones:

Santiago.
Compostela.
Orense.
Tuy.
Lugo.
Mondoñedo.
Coruña.
Betanzos.

Sin duda alguna faltaba aun mucho á nuestro ejército para llegar á la perfeccion. Compuesto de elementos heterogéneos y esparcido por toda la Europa, debia naturalmente resentirse de esa falta de unidad que se observa siempre entre cuerpos que no estan sujetos á un mismo pensamiento, á una misma accion. El gobierno de Felipe V, ya porque tratase de borrar hasta el último vestigio de la casa de Austria, ya porque en efecto comprendiese la importancia de ese principio uniforme y vivificador, á cuya aplicacion acompañan siempre resultados tan lisonjeros, quiso desterrar la diversidad que existia tanto en el espíritu como en la forma de las diferentes divisiones del ejército, y con este objeto publicó una nueva ordenanza en 28 de setiembre de 1704. En ella se estableció el principio de que para evitar los embarazos que habian ocurrido en los ejércitos de Italia y España por las diferentes naciones que en ellos servian, debia estinguirse el nombre de *tercio*, y todo el peonaje se organizó en regimientos de doce compañías, inclusa la de granaderos, constando cada una de estas de capitan, teniente, lugar-teniente, dos sargentos, tres cabos de escuadra, tres segundos, dos carabineros con fusil rayado, un tambor y treinta y nueve soldados; total cincuenta plazas con tres oficiales. Constó la P. M. de coronel, teniente coronel, sargento mayor y cirujano.

Hiciéronse tambien variaciones en el vestuario.

Véase la adjunta lámina 15, cuyos tipos pertenecen á esta época.

El número 1 representa un abanderado de la clase de subteniente, con casaca, chupa, corbata, guante de manopla, calzon,



medias, zapatos abotinados con hevilla, sombrero acandilado, ribeteado de galon de plata, peluca de tiros largos y bandera blanca, en cuyo centro campea la cruz de Borgoña, figurando en los cuatro claros leones y castillos de oro; lleva pendiente del hombro derecho un lazo de cintas que terminan con un flequillo de oro.

El número 2 y 3 son un tambor y un pífano con iguales prendas de vestuario, si bien en la forma y colores existen algunas diferencias. En los delanteros de la casaca llevan tres órdenes de franja de la casa real, asi como en las costuras, vueltas y carteras; sus medias son de lana roja, y de estambre del propio color el lazo de cintas que cuelga de su hombro derecho. Tienen el pelo en crencha, pero recogido en forma de castaña y metido en una bolsa de cuero negro cerrada con un lazo de cinta negra.

La misma ordenanza estableció para los haberes de las diferentes clases la plantilla siguiente:

PLANA MAYOR.	ESCUDOS.	
Coronel sin contar la paga que como capitan disfrutaba de cuarenta escudos mensuales.	92	5 reales.
Teniente coronel, id.	40	
Sargento mayor sin compañía.	65	
Ayudante.	30	
Capellan.	17	10 rs.
Cirujano.	15	
Tambor mayor	5	21 ctos.

COMPAÑÍA DE GRANADEROS.	ESCUDOS.	
Teniente.	33	7 rs. 1/2
Subteniente.	22	5 rs.

TROPA.	CUARTOS.	RACIONES DE PAN.
Sargento.	17	1
Cabo 1.°.	12	1
Cabo 2.°.	10	1
Carabinero.	9	1
Tambor.	9	1
Granadero.	8	1

COMPAÑIA DE FUSILEROS.	ESCUDOS.	
Capitan.	40	
Gratificacion para mantener la compañía al pié de cincuenta plazas.	17	5 rs.
Teniente.	22	10 rs.
Lugar-teniente.	15	

TROPA.	CUARTOS.	RACIONES DE PAN.
Sargento.	14	1
Cabo 1.°.	10	1
Cabo 2.°.	8	1
Carabinero.	7	1
Tambor.	7	1
Soldado.	6	1

Por decreto de 16 de octubre se sustituyó con el empleo de director general de infantería el de comisario general, que hasta entonces habia tenido á su cargo la organizacion é inspeccion del arma, y por esta autoridad se comunicaron instrucciones á los coroneles de los regimientos para el buen régimen y distribucion de los haberes, estableciéndose el uso del esponton (1) para los jefes y oficiales y la alabarda para los sargentos.

(1) Era una especie de lanza de poco mas de dos varas de largo, que tenia por remate un hierro en forma de corazon llamado moharra.

En el reino de Nápoles creáronse en este tiempo (28 de octubre) los regimientos del príncipe de Castel Ayrola y D. Pedro Vicco.

En el año siguiente continuóse desplegando la misma actividad en la organizacion y mejora del arma de infantería; se formaron como por encanto nueve regimientos nuevos, y en Sicilia se organizaron sobre el tercio departamental otros dos, cuyo mando fué conferido á los coroneles D. Nicolás Giovanni y D. Agustin de Vilches.

En 14 de diciembre dispuso S. M. que las doce compañías de cada regimiento constituyesen provisionalmente un solo batallon para poder hacer mejor el servicio de brigada con las tropas francesas auxiliares.

En 30 del propio mes se espidió la real adicion á la ordenanza de 28 de setiembre del año anterior, variando los sueldos de la infantería en esta forma:

REFORMADOS.	PLANA MAYOR.	ESCUDOS AL MES.
60	Coronel sin la paga que como capitan disfrutaba de cuarenta escudos.	100
50	Teniente coronel id.	40
40	Sargento mayor sin compañía.	65
10	Ayudante.	30
	Capellan.	17
	Cirujano.	15
	Tambor mayor.	7 5 rs.
7 1/2	Furriel mayor.	
5	Ayudante de id.	
	COMPAÑÍA DE GRANADEROS.	
15	Capitan.	60
7	Teniente.	35
6	Subteniente. . . . . , .	24

	TROPA.	Paga efectiva diaria.	Masita diaria.	Retencion para la masa.
5	Sargento.	15	2	3 1/2
	Cabo 1.°.	13	1	3 1/2
	Cabo 2.°.	11	1	3 1/2
	Carabinero.	10	1	3 1/2
	Tambor	12	1	3 1/2
	Granadero.	9	1	3 1/2

	COMPAÑÍA DE FUSILEROS.	ESCUDOS AL MES.
13	Capitan.	40
7	Teniente.	25
6	Subteniente.	15

	TROPA.	Paga efectiva diaria.	Masita diaria.	Retencion para la masa.
5	Sargento.	13	2	3 1/2
	Cabo 1.°.	11	1	3 1/2
	Cabo 2.°.	9	1	5 1/2
	Carabinero.	8	1	3 1/2
	Tambor	10	1	5 1/2
	Soldado	7	1	3 1/2

Se señaló á cada capitan de granaderos la gratificacion de diez plazas, teniendo su compañía al pié de cincuenta, comenzando á contar una plaza de gratificacion por cada granadero que tuviese desde el número de cuarenta y una inclusive, hasta cincuenta. Al de fusileros se le dió la de cinco plazas, teniendo su compañía completa de cuarenta soldados, empezando á contar cada plaza por los que tenia desde el número treinta y seis inclusive hasta cuarenta.

Al propio tiempo establecióse un almacen general en Madrid para el vestuario, equipo y armamento, con el objeto de surtir á los regimientos de lo que necesitaran, al precio que á continuacion se espresan, siendo de dos años la duracion de las prendas de vestuario.

	REALES.
Casaca.	80
Chupa.	25
Calzon.	20
Medias (par). .	11
Sombrero. . . .	11
Zapatos (par). .	15
Camisa.	10
Corbata	4
Cinturon. . . .	12
Porta-fusil . . .	3
Cartuchera. . .	8
Caja.	6
Cordon.	1
Espadin	15
Fusil sencillo. .	75
Fusil rayado. .	150
Bayoneta. . . .	10

	Rs.	Mrs.	Rs.	Mrs.
La retencion de tres cuartos y medio que se descontaba á cada soldado diariamente, importaba en los trescientos sesenta que se consideraban de paga en los doce meses al año, de treinta dias cada uno.			148	8
El vestuario completo importaba segun los precios espresados doscientos veinte reales, y siendo su duracion de dos años, correspondia á uno.	110		130	
El armamento importaba cien reales, el cual debia darse de cinco en cinco años y correspondia en cada uno.	20			
Sobraban.			18	8

Desde tiempo apartado habíanse barrenado los reglamentos es-

tablecidos para el utensilio de las tropas en los alojamientos: el real decreto de 31 de diciembre, los limitó á solo cama, luz, leña, aceite, vinagre, sal y pimienta, que debian suministrar los patrones á sus huéspedes; pero por si entre ellos cabia composicion amistosa, se estableció una tarifa por la cual el valor de estas especies se graduaba á un real por plaza. Y á fin de evitar toda disputa sobre este particular, señaláronse á las gerarquías militares la dotacion siguiente:

	PLAZAS.
Coronel	12
Teniente coronel	9
Sargento mayor	8
Capitan	6
Ayudante y teniente	4
Subteniente	3
Sargento	2
Cabo, soldado y tambor	1

Los recuerdos de la vieja dinastía, mantenian aun en la península esperanzas mas ó menos vivas entre personas de alto rango, y estas, ya con intrigas ocultas ya con abierta oposicion, tan acertados hacian andar á nuestro gobierno y al gabinete francés, que con intencion ó sin ella contribuian ambos á dificultar los adelantos de la organizacion de la infantería. Penetrada de esto la princesa de los Ursinos, en 6 de noviembre del año anterior, decia al marqués de Torcy: «Estas son las reflexiones y la opinion que se tiene aquí (Madrid), que la Francia ha dado lugar á unos y otros al estremo de inaccion en que veis se hallan los mas fieles: todos los demas pretestos no son sino arterías para encubrir lo que os anuncié, y para llegar mas cómodamente á cambiar de dueño sin ser acusados de infidencia; los consejos han destruido el año pasado, por un tratamiento bárbaro, todas las tropas; de forma, que no se encuentra casi ninguna persona que quiera servir en la infantería. Si de alguna cosa hay que hacer cargo al duque de

Gramont, es de no haber descubierto este misterio de iniquidad, y trabajado como los otros á reducir los negocios del rey de España al estado en que Mr. Amelot los encontró.»

El gobierno tambien pudo comprender que no habia sido muy acertado en algunas de sus disposiciones; mas para destruir el mal efecto producido por ellas, no hizo desde luego todo lo que aconsejaran las circunstancias. En 21 de enero de 1706, decretó un descuento de dos cuartos en escudo á los oficiales y tropa para las cajas de inválidos, y previno que fuese obligatorio en los capitanes el mantener en adelante sus compañías completas de hombres y de vestuario, concediendo un aumento en la gratificacion.

Desde principios de este año comenzaron á organizarse los segundos batallones, y el 22 y 25 de marzo se ordenó que de los seiscientos ochenta soldados y las diez compañías que componian las guarniciones fijas de las islas de Menorca y Mallorca, se formasen tres regimientos que dió el rey á mandar á los coroneles D. Diego Everardo Dávila, D. Gregorio Gual y Pueyo, y D. Juan Bautista Berlot, pasando los regimientos de Málaga y Victoria á Ceuta en relevo de su guarnicion.

A pesar de los esfuerzos que se hacian diariamente para crear nuevos cuerpos, la situacion de la monarquía era aun ciertamente precaria. La corona de Aragon habia arrojado completamente la máscara, y apenas los cuerpos volantes podian contener el fuego voraz de la insurreccion, avisado por el descalabro sufrido en el sitio de Barcelona, y la reunion de numerosas tropas en Portugal prontas á marchar sobre la metrópoli; solo quedaban fieles las coronas de Castilla y Navarra.

La reina, durante la ausencia de su augusto consorte, procuró desvanecer la desunion que dividia las altas clases de la sociedad y estimular su amor propio. Convocó el cuerpo de la grandeza, y en un discurso enérgico, le anunció que habia llegado el tiempo de dar pruebas de esa lealtad de que se preciaban las Castillas, y de ofrecer toda clase de sacrificios. Tomó la palabra el duque de Medinaceli y aseguró á S. M. que todos sabrian cumplir con su deber, y se comprometieron á sostener una masa armada de cuarenta mil hombres. Dado este paso, el aspecto de las cosas varió com-



pletamente: las arcas reales se llenaron de donativos voluntarios, y los mismos labradores y las gentes de todas condiciones presentaban sus hijos y sus caballos.

Puede asegurarse que jamás se habia conocido mayor entusiasmo por la causa de un rey, á quien apenas conocian los pueblos.

Véase lo que decia la princesa de los Ursinos desde Burgos á Mad. de Maintenon, en 15 de julio de 1706. «Las tropas españolas manifiestan tan buena voluntad, que comenzamos á creer que los enemigos abandonen á Madrid antes que nos hallemos en estado de atacarlos: si fuesen bastante atrevidos para arriesgar una batalla, el reinado del archiduque acabaria bien pronto en Castilla; pocos portugueses volverán á su pais, y Zaragoza no se mantendrá por mucho tiempo en rebelion. La Andalucía y demas provincias hacen esfuerzos considerables, y parece no debemos temer por esta parte ni por Cádiz. Valladolid, que parecia vacilar (quizá por la infidelidad de algunas autoridades), dió el 7 de este mes una muestra auténtica de su lealtad, pues todos salieron de su casa; hombres, mujeres y niños, tomaron las armas gritando con furor: «*Viva Felipe V y mueran los traidores.*» Es de notar que estas voces no fueron acompañadas de aquellos que sospechaban ser afectos á la casa de Austria. Estas provincias, á pesar de ser tan pobres, esfuérzanse en recoger dinero para dárselo al rey. Positivamente hay ya diez y seis mil duros, y aunque no los tengamos aun, he enviado gran parte hace tres dias al señor embajador, encontrando quien me los adelante sobre mi palabra.»

En 30 de diciembre, para premiar mejor los servicios del ejército, el gobierno resolvió aumentar los sueldos de las diferentes clases, estableciendo al efecto la regla siguiente:

PLANA MAYOR.	Escudos al mes.	Rs.	Mrs.
Coronel, ademas del sueldo, recluta, gratificacion, utensilio y todo lo demas que como capitan le corresponde.	140	6	16



Teniente coronel id.	124	2	12
Sargento mayor sin compañía.	94	2	12
Ayudante.	46	4	4
Capellan.	37	4	4
Cirujano mayor.	46	4	4
Tambor mayor.	7	»	»

COMPAÑÍA DE GRANADEROS.

	Haber al mes.			Recluta al mes.	Gratificacion al mes.	Utensilio al mes.	Prest diario sin retencion.	Masita. Descuento diario.	Gran masa. Descuento diario.	Raciones de pan.
Capitan.	64 esc.	2 rs.	12 m.	25 esc.	20 id	5 id.				
Teniente.	38	8	8	»	»	»				
Subteniente. . .	31	4	4	»	»	»				
Sargento.							16 cs	»	5 id.	1
Cabo de escuadra							10	2	4	1
Carabinero. . . .							9	2	4	1
Tambor.							9	2	4	1
Granadero. . . .							8	2	4	1

COMPAÑÍA DE FUSILEROS.

Capitan.	55	2	12	20	20	5				
Teniente.	32	8	8	»	»	»				
Subteniente. . .	25	4	4	»	»	»				
Sargento.							15	»	5	1
Cabo de escuadra							9	2	4	1
Carabinero. . . .							7	2	4	1
Tambor.							8	»	2	1
Soldado.							6	2	4	1

Por este tiempo se admitió el baston como distintivo en el arma de infantería.

«Habiendo hecho reflexion (dice el rey en la soberana dispo-

sicion dictada con este motivo) sobre el buen método de la distincion de los oficiales por sus insignias, y de las ventajas que de ello se pueden seguir á mi servicio, siendo asimismo este el estilo de mis tropas, he resuelto señalar á cada empleo las que aquí se ponen, pareciéndome las mas proporcionadas para la distincion, comodidad y conocimiento de los oficiales; mandando al director general de la infantería, inspectores, coroneles, tenientes coroneles y sargentos mayores, vigilen en que ninguno la pueda por caso alguno mudar.

Al coronel un baston con puño de oro ó dorado; al teniente coronel con pomo de plata blanca; al sargento mayor con casquete de plata blanca que guarnezca un dedo del baston, liso por arriba; al capitan el mismo que el sargento mayor; al ayudante con pomo de marfil; al teniente el mismo que al ayudante; al capellan el mismo que á los dos antecedentes; al furriel mayor con pomo de madera; al subteniente con casquillo de madera ó de cachumbo, que tenga al fin un arillo de plata blanca; al sargento un baston de madera que pliegue sin pomo ni casquillo alguno; al tambor mayor un baston de madera sin pomo ni casquillo.»

Hasta aquí, varios cuerpos habian venido designándose aun por los nombres de sus coroneles, y otros, á quienes se habia ya dado el que debian llevar, habian vuelto á tomar tambien el de sus jefes. Los inconvenientes que de ello resultaban eran demasiado palpables para que no llamasen la atencion del gobierno; asi que, en 28 de febrero de 1707, Felipe V dictó para los cuerpos de la península la disposicion siguiente:

«El Rey.—Por cuanto se han reconocido inconvenientes de que todos mis regimientos de infantería hayan perdido sus antiguos nombres, titulándose con los que tienen sus coroneles, ó de los colores con que se han vestido, de que ha seguido con la variedad, ignorarse su antigüedad y otros perjuicios, especialmente en casos de reforma; y conviniendo que cada uno de los regimientos que subsisten ó se puedan crear en España tengan un solo nombre perpétuamente, y que este no se varíe, aunque se muden los coroneles y sean de diferentes colores los vestidos; habiendo hecho para esto averiguacion cuanto ha sido posible del orígen de cada cuerpo, he resuelto que todos los que en esta mi real ordenanza van es-



presados por los nombres de los coroneles que actualmente tienen, se nombren en adelante y perpétuamente en la conformidad que sigue:

CORONELES.	NOMBRES.
El marqués de Santa Cruz.	Armada.
El marqués de Quintana.	Murcia.
D. Diego Dávila.	Córdoba.
D. Juan Fernandez Pedroche.	Estremadura.
D. Melchor de Montes.	Toledo.
D. Gregorio de la Puente y Herrera.	Cádiz.
D. Manuel Maldonado.	Zamora.
D. Pedro de Castro.	Toro.
El marqués de Valdesevilla.	Antequera.
D. Pedro Arias Ozores.	Granada.
El conde de Charni.	Castilla.
D. Blas Dragoneti.	Nápoles.
D. José de Riera.	Jaen.
El vizconde del Puerto.	Asturias.
D. Tomás Salgado.	Palencia.
D. José Chaves.	Salamanca.
D. Diego Herrera Dávila	Ecija.
El marqués de Casapavon.	Jerez.
D. Diego de Estrada.	Vitoria.
D. Francisco Lasso Palomino. . . .	Leon.
El marqués de Torrecuso.	Guadalajara.
D. Antonio del Castillo.	Búrgos.
D. Gregorio de Solís y Gante. . . .	Bajeles.
D. Antonio Lanzos y Taboada. . . .	Marina.
D. Juan de Medina.	Málaga.
D. Fernando Constanzo	Costa.
D. Francisco de Mencos.	Navarra.
El conde de Ripalda.	Pamplona.
D. Fernando Caracciolo.	Basilicata.
El marqués de Ordoño.	Trujillo.
D. Cárlos de Areizaga.	Guipúzcoa.
D. Antonio de Figueroa.	Osuna.

D. Baltasar del Prado.	Alcántara.
D. Juan Pacheco.	Coria.
D. Francisco del Castillo.	Velez.
D. Diego Antonio Manrique	Segovia.
D. Juan de Elguezabal.	Sevilla.
D. Antonio de Aranda.	Madrid.
D. Manuel Narvaez.	Valladolid.
D. Pedro Rubio.	Badajoz.
D. Jacinto Vazquez de Bargas. . . .	Santa Fé.
D. Pedro de Guevara Vasconcelos. .	Ceuta.
D. José de Espinar.	Africa.
D. José Maltés.	Ronda.
D. Felipe del Alcázar.	Ubeda.
D. Juan Belloto.	Molina.
D. Manuel de Quirós.	Santiago.
D. Baltasar Ramirez de Aldao. . . .	Compostela.
D. Pedro de Araujo.	Orense.
El marqués de Orani.	Tuy.
El marqués de San Miguel.	Lugo.
D. Alonso Correa.	Mondoñedo.
El conde de Maceda.	Coruña.
El conde de Fefiñanes.	Betanzos.
D. Manuel Felix Osorio.	Triana.
D. Martin Bonco	Utrera.
D. Juan de Figueroa.	Medina-Sidonia.
El marqués de las Dos-hermanas. . .	Sanlúcar.
D. Antonio Navarro.	Niebla.
D. Matías Flores.	Arcos.
D. Antonio Salcedo.	Lucena.
El marqués de Alcántara.	Estepa.
D. Bernardo Usel y Guimbarda. . .	Montilla.
D. Pedro Morales.	Baena.

Y es mi voluntad que cada cuerpo traiga la bandera coronela blanca, con la cruz de Borgoña, segun estilo de mis tropas, á que he mandado añadir dos castillos y dos leones, repartidos en los cuatro blancos; y cuatro coronas que cierren las puntas de las



aspas: y las otras banderas serán de tafetan, de los colores principales que tuvieren las armas de la provincia ó ciudad del nombre que yo señalo al regimiento, en el cual siempre que tenga mas de un batallon, las banderas de los demas batallones que tuvieren serán en esta forma, pues no debe haber mas que una coronela, que deberá estar siempre en el primer batallon, que es donde ha de estar siempre esta compañía.

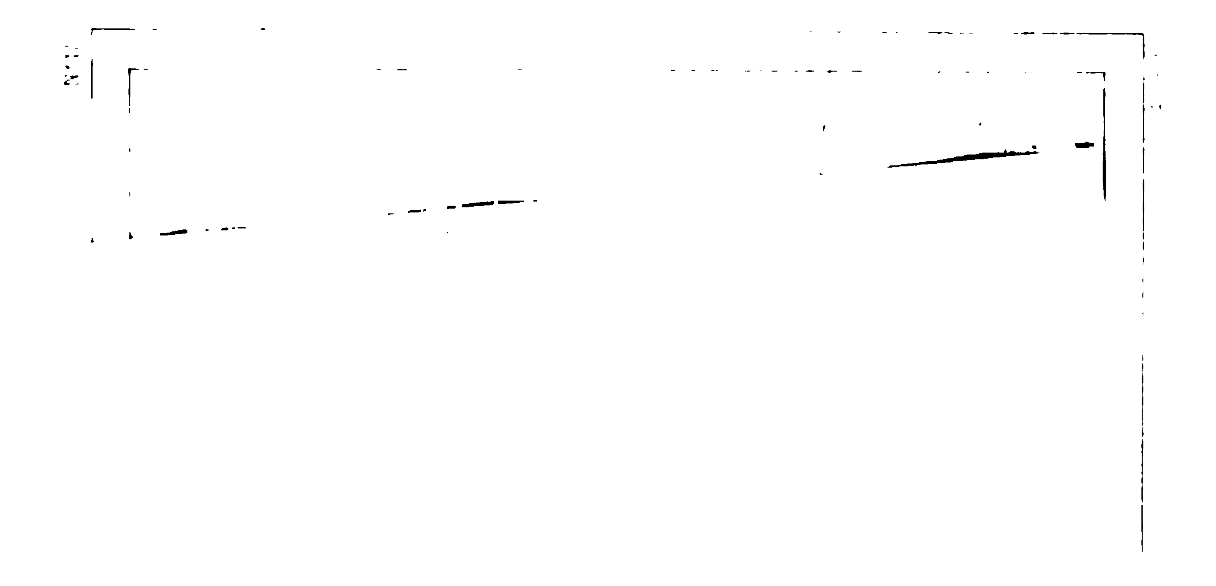
Todo lo cual mando al referido conde de Aguilar, lo haga ejecutar y observar, como director general de la infantería, y que sin la menor dilacion, haga envien luego los inspectores las mas distintas noticias que se puedan adquirir de la antigüedad de los cuerpos, como lo tengo mandado en mi última órden; sin la menor dilacion, habiendo para todo lo espresado querido establecer y hacer se publique ésta, firmada de mi mano y refrendada de D. José Grimaldo, mi secretario de estado y del despacho universal de la guerra.»

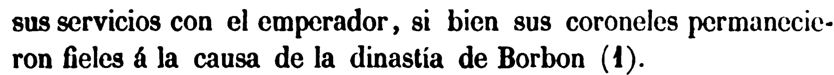
Por este decreto quedaron reformados todos los demas cuerpos de infantería y compañías sueltas que existian en la península, esceptuándose los dos regimientos italianos de D. Francisco Evoli y D. Pedro Vicco, conocidos despues por Milán y Sicilia, que se hallaban con el ejército del mariscal de Noailles, los que militaban en los ejércitos esteriores.

A fines de octubre llegaron á Navarra las tropas que habian evacuado el Milanés, acantonándose los regimientos españoles de Lombardía, Mar de Nápoles, Lisboa y Saboya; los italianos de don Tomás Caracciolo, D. Felix Alvarez de la Escalera y D. Caetano Golnio; los Tudescos del conde Pervenni y D. Nicolás Jubber, y los grisones de los coroneles Cápua y Boet. El antiguo tercio de Caracciolo, y los regimientos alemanes y suizos fueron inmediatamente estinguidos.

Los tercios provinciales nuevos, denominados Gibraltar (colorados nuevos), Segovia (blancos), Sevilla y fijo de Nápoles, que mandaban los coroneles D. Nicolás de Meneses, D. Juan Antonio de Guzman y Spínola, marqués de Torremayor y D. José Mercado, capitularon con los austriacos; el primero y tercero en Gaeta, el segundo en Pescara, y el cuarto en Nápoles, pasando á continuar







sus servicios con el emperador, si bien sus coroneles permanecieron fieles á la causa de la dinastía de Borbon (1).

El vestuario, á pesar de los muchos proyectos que se idearon para su reforma, continuó algunos años, sin notables variaciones. Componíase de una camisa, un par de medias blancas de estambre, dos corbatas, sombrero con galon de estambre, presilla y *pedrada*, esto es, escarapela; casaca, chupa y calzon. Consistia el correage en un cinturon de piel de buey curtida, llamado *bredicu*, una cartuchera con tapa de baqueta de Moscovia, y cierto embudo para colgar la bayoneta y el espadin, cosido en el lado izquierdo del cinturon; ademas estaba provisto el soldado de un frasco ó cebador de *madera del aire* ó de asta, con el cuello de cobre, para cebar la cazoleta, colgado de una correa que iba del hombro izquierdo al costado derecho; los granaderos llevaban la bolsa de cuero para resguardo de las granadas de mano, enganchada en la correa portadora y cierto mechero de laton para la cuerda-mecha, completando el equipo del infante el saco de lienzo ó mochila para llevar la ropa colocada á la espalda. El pelo largo en crencha que aun conservaba el soldado, se mandó recoger en una bolsa de cuero negro, y por último, su armamento se redujo al fusil, bayoneta y espadin. En los granaderos reemplazó al sombrero la *birretina* ó gorro con manga larga de paño, guarnecida por delante de una frontalera de piel de oso, cuyo centro ocupaba un escudete de metal con las armas reales.

Véase la adjunta lámina 17.

El número 1 representa un fusilero con el nuevo armamento, la cartuchera denominada *cartucho*, que lleva ceñida á la cintura, figurando en su tapa, hecha de piel de Moscovia, el escudo de las armas reales y la cruz de Borgoña, ambos de metal amarillo.

El número 2 es un sargento que en lugar de fusil lleva la alabarda.

El número 3 es un granadero con su birretina de piel de oso,

(1) Estos cuerpos se distinguieron en la toma de la plaza de Belgrado el 19 de agosto de 1717.



hecha en la forma que mas arriba hemos indicado; es decir, con frontalera de paño negro, ribeteada de badanilla.

Dejóse á los coroneles la facultad de vestir la banda de tambores con la librea de sus criados, permitiéndoles colocar en la banda del tambor mayor y en las cajas de guerra, las armas particulares de sus familias.

En medio del gran movimiento orgánico que se desplegaba en la monarquía para resistir las fuerzas de la coalicion anti-borbónica, la reserva no quedaba en olvido. El 5 de diciembre se decretó un nuevo empadronamiento en todas las ciudades, villas y lugares de la corona de Castilla, esceptuándose el reino de Galicia, para el perfecto alistamiento de las milicias, con sujecion al reglamento de 8 de febrero, esto es, observando las reales cédulas de 21 de agosto de 1693 y 29 de febrero de 1696, que fijaban el décimo de los mozos sorteables, quedando sujetos los designados por la suerte, á los coroneles y sargentos mayores de sus respectivos territorios para su regimentacion.

En 26 de setiembre de 1708, confirmó S. M. á las milicias las prerogativas que disfrutaban desde la anterior dinastía; en 8 de octubre dispuso que los oficiales de infantería obtuviesen el mando de sus clases respectivas por la antigüedad de sus reales despachos, y en 3 de diciembre se publicó el reglamento de equipajes para los mismos, en esta forma:

INFANTERIA.

CLASES.	EQUIPAJES.
Coronel.	8
Teniente coronel.	6
Sargento mayor.	4
Capitan	4
Teniente.	2
Alférez..	2
Capellan.	2
Cirujano.	2

Dióse en 9 de junio de 1709 otro decreto para aumentar diez

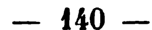
hombres por compañía, y se comisionaron jefes activos para levantar veinte y dos batallones y poner á dos los regimientos que no tuviesen aun mas que uno. Los que en este caso se hallaban, eran los de Castilla, Madrid, Palencia, Murcia, Armada, Toledo, Granada, Saboya, Guadalajara, Bajeles, Trujillo, Costa, Badajoz, Marina, Sicilia, Leon, Mar de Nápoles, Lombardía, Santa Fé, Velez-Málaga, Segovia, Milán, Estremadura y Nápoles. Procedióse á crear el regimiento de Almansa, por el coronel D. Juan Gonzalez, en Memoria de la victoria conseguida en sus campos, el año 1707: el de Carmona por D. Diego Prudencio Andres, con gente apronta-da por las villas de Morón, Parada y Arrabal; y volvió á reaparecer el de Cataluña con los restos que se salvaron del tercio del maestre de campo D. Blas de Trinchería. Las provincias de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, se encargaron tambien de levantar tres regimientos nuevos, y convocadas las córtes de Navarra el 20 de julio, acordaron la leva de los segundos batallones de los de Navarra y Pamplona. La súbita retirada de las tropas auxiliares de Francia, hizo comprender la necesidad de hacer aun mayores sacrificios, y el gobierno, al propio tiempo que empleaba todos los medios posibles para aumentar el número de voluntarios, contrató los cuerpos irlandeses que estaban al servicio de Luis XIV, procedentes del ejército vencido del desgraciado rey Jacobo II de Inglaterra.

Estos cuerpos estaban mandados por los coroneles marqués de Castelar, duque de Liria, D. Tadeo de Mac-Aulif y D. Juan de Comesford.

Como en el ejército del norte continuasen aun designándose los cuerpos por los apellidos de sus coroneles, el rey quiso comprenderlos en la regla establecida con respecto á los demas, disponiendo que tomaran los nombres que á continuacion se espresan:

NOMBRES DE LOS CORONELES.	NOMBRES FIJOS.
ESPAÑOLES.	
Marqués de Palomera.	Portugal.
D. Fermin de Veraiz.	Jaen.





D. Manuel de Solís (1.er batallon). Soria.
D. Felipe Freyre (1.er batallon). . Zamora.

ITALIANOS.

D. Antonio Grimaldi. . . . . . . Parma.

WALONES.

D. Juan Teodoro de Kessel. . . . Venlóo.
Marqués de Wemel. . . . . Gante.
D. Pedro Celestino Cano. . . . . Hainaut.
D. Bruno Cano. . . . . Ostende.
D. Francisco, Caballero de la Tour. Malinas.
Conde de Tilly. . . . . Charle-roy.
Mr. de Chambourg. . . . . Niewport.
D. José Dusmet. . . . . Fusileros de Flandes.
D. Cárlos Doethinghen. . . . . . Bruselas.
Conde de Dognaies. . . . . Güeldres.
D. Pedro Doye. . . . . Namur.
D. Antonio Clavijo. . . . . Bruges.
Conde de Saint Aldegonde. . . . . Courtray.
D. Juan Adam Metz. . . . . . . Bravante.
Conde de Lannois. . . . . Ambéres.

Restablecida la calma en nuestra España (1714), despues de cerca de quince años de verter arroyos de sangre, y habiendo ya regresado las tropas que militaran en el esterior, se mandó pasar una revista general á la infantería, resultando los cuerpos que figuran en el siguiente estado y cuya antigüedad debia justificarse en adelante.

INFANTERIA ESPAÑOLA.

NOMBRES.	FECHA DE SU CREACION.
Reales Guardias españolas..	1.° de mayo 1704.
Reales Guardias walonas. .	1.° de mayo 1704.

Fijo de Sicilia..	23 de octubre 1535.
Lombardia..	5 de noviembre 1536.
Mar de Nápoles.	27 de febrero 1566.
Sierra (marqués de la). . .	2 de junio 1567.
Lisboa.	6 de agosto 1579.
Bajeles.	30 de abril 1580.
Valois (D. Guillermo de la)..	30 de abril 1580.
Solís (D. Manuel de). . .	1.° de agosto 1591.
Castilla..	28 agosto 1632.
Saboya..	30 de marzo de 1633.
Verraiz (D. Fernando de). .	1.° de noviembre 1637.
Badajoz.	16 de agosto 1643.
Portugal.	6 de enero 1657.
Guadalajara.	2 de enero 1657.
Granada.	22 de abril 1657.
Sevilla.	12 de febrero 1658.
Costa.	22 de setiembre 1658.
Córdoba.	1.° de abril 1661.
Toledo..	1.° de mayo 1661.
Villescas (marqués de). . .	23 de abril 1663.
España..	1.° de abril 1665.
Armada.	13 de mayo 1682.
Toro.	20 de enero 1694.
Estremadura.	22 de enero 1694.
Valladolid.	1.° de marzo 1694.
Leon.	5 de abril 1694.
Búrgos..	26 de abril 1694.
Murcia..	6 de mayo 1694.
Cataluña.	30 de mayo 1701.
Lucena..	11 de agosto 1701.
Málaga..	13 de agosto 1701.
Barcelona..	1.° de marzo 1702.
Cádiz.	12 de enero 1703.
Triana..	19 de febrero 1703.
Salamanca..	3 de marzo 1703.
Madrid..	1.° de mayo 1703.
Guipúzcoa..	24 de marzo 1703.
Astúrias.	6 de julio 1703.
Coria.	9 de julio 1703.
Ceuta.	1.° de agosto 1703.
Victoria.	30 de octubre 1703.
Osuna.	27 de noviembre 1703.

Antequera.	27 de noviembre 1703.
Trujillo..	12 de febrero 1704.
Estepa.	19 de febrero 1704.
San Lucar la Mayor... . .	3 de marzo 1704.
Alcántara.	18 de marzo 1704.
Utrera.	21 de abril 1704.
Baena.	22 de abril 1704.
Medina-Sidonia.	24 de abril 1704.
Arcos de la Frontera. . .	6 de mayo 1704.
Valencia.	14 de mayo 1704.
Jeréz de la Frontera.. . .	25 de agosto 1704.
Ronda.	16 de octubre 1704.
Marina..	28 de octubre 1704.
Palencia.	31 de octubre 1704.
Ecija.	27 de noviembre 1704.
Niebla.	10 de diciembre 1704.
Velez-Málaga..	10 de diciembre 1704.
Málaga..	15 de diciembre 1704.
Molina..	1.° de enero 1705.
Santiago.	8 de julio 1705.
Santa Fé.	14 de julio 1705.
Orense..	21 de julio 1705.
Lugo.	21 de julio 1705.
Coruña..	21 de julio 1705.
Pamplona.	21 de julio 1705.
Tuy..	22 de julio 1705.
Mondoñedo.	22 de julio 1705.
Compostela.	22 de julio 1705.
Betanzos.	22 de julio 1705.
Navarra.	8 de setiembre 1705.
Montilla.	2 de octubre 1705.
Segovia.	3 de julio 1706.
Carmona.	29 de setiembre 1706.
Giovani (D. Nicolás). . .	1.° de junio 1707.
Vilches (D. Agustin). . .	1.° de junio 1707.
Almansa.	9 de julio 1709.
Alava.	9 de julio 1709.
Guipúzcoa nuevo.. . . .	9 de julio 1709.
Vizcaya.	19 de julio 1709.
Cataluña.	22 de julio 1709.
Aragon..	6 de julio 1711.
Sada (D. Manuel). . . .	6 de julio 1711.

Teruel.	22 de julio 1711.
Cervera.	1.º de julio 1715.
Marina de Sicilia..	Se ignora.

INFANTERÍA IRLANDESA.

Castelar (marqués de). . .	1.º de noviembre 1709.
Mac Aulif (D. Tadeo). .	1.º de noviembre 1709.
Liria (duque de). . . .	13 de noviembre 1709.
Comesford (D. Juan). . .	13 de diciembre 1709.

INFANTERÍA ITALIANA.

Nápoles.	1.º de setiembre 1572.
Basilicata.	29 de junio 1658.
Parma.	26 de junio 1680.
Caetano (D. Tomás). . .	Se ignora.
Lettiero (D. Alejandro). .	Se ignora.
Caraffa (D. Bernando). .	Se ignora.
Nortarbártulo (D. Pedro) .	Se ignora.
Calvo-Rosso (príncipe de).	Se ignora.
Milán.	10 de setiembre 1704.
Sicilia.	28 de octubre 1704.
Piamonte.	27 de marzo 1711.

INFANTERÍA WALONA.

Venlóo.	1568.
Gante.	18 de junio 1596.
Hainaut.	1.º de junio 1655.
Ostende.	14 de junio 1653.
Malinas	11 de noviembre 1667.
Charle-roy..	15 de febrero 1689.
Witemfeld (conde). . . .	28 de agosto 1689.
Niewport.	22 de marzo 1695.
Treffer (D. Claudio.). . .	8 de marzo 1699.
Bournonville (conde). . .	18 de diciembre 1701.
Coupigny (conde). . . .	18 de diciembre 1701.
Scepeaux (marqués). . .	18 de diciembre 1701.
Kerken (baron).	18 de diciembre 1701.
Storff (D. Pedro)	18 de diciembre 1701.
Fusileros de Flandes.. . .	18 de diciembre 1701.

Boure.	1.° de febrero 1702.
Bruselas.	
Boudenof.	
Güeldres.	
Namur.	
Bruges.	
Courtray.	
Bravante.	
Hainal (conde).	
Pasfeuquiers (conde). . . .	
Ambéres.	
Wiland (D. Adrian). . .	

De este número de regimientos se reformaron antes del decreto de 20 de abril, los que se hallaban en muy mal estado, á saber:

NOMBRES.	REGIMIENTOS EN QUE SE REFUNDIERON.	FECHA DE SU REFORMA.	
	ESPAÑOLES.		
Vizcaya.	Guipúzcoa viejo. . . .	28 de junio	1714.
Madrid.	Guadalajara	10 de enero	1715.
Medina-Sidonia.	Lombardía	9 de abril	1715.
	ITALIANOS.		
Mayoni (D. Luis).	Parma	11 de enero	1715.
Caetano (D. Tomás). . .	Nápoles	11 de abril	1715.
Lettiero (D. Alejandro). .	Nápoles.	11 de abril	1715.
Calvo-rosso (príncipe). .	Parma	11 de abril	1715.
Nortarbartulo (D. Pedro).	Basilicata	12 de abril	1715.
Carraffa (D. Bernardo). .	Milan.	13 de abril	1715.
	WALONES.		
Namur.	2.° batallon. Malinas.	30 de noviembre	1714.
	1.er batallon. Borgoña.	30 de noviembre	1714.
Treffer (D. Claudio). . . .	Ambéres	6 de febrero	1715.
Boudenoff.	Hainaut	18 de febrero	1715.
Kerken (baron).	Ostende	28 de febrero	1715.
Bruges.	Luxemburgo	28 de febrero	1715.
Bournonville (conde). . .	Venlóo	31 de marzo	1715.

Hainal (conde).	Venlóo	31 de marzo	1715.
Coupigny (conde).. . . .	Charle-roy	31 de marzo	1715.
Pasfeuquiers (conde). . .	Charle-roy	31 de marzo	1715.
Limburgo.	Toledo	31 de marzo	1715.

WALONES TOTALMENTE ESTINGUIDOS.

Wiland (conde).	11 de enero	1715.
Scepeaux (marqués). . .	22 de enero	1715.
Boure.. . . . . . , ...	28 de febrero	1715.
Storff (D. Pedro).	28 dè febrero	1715.

La política y la conveniencia aconsejaban la reforma de nuestros numerosos ejércitos (1715). No podia renacer la confianza entre las potencias europeas, mientras se mantuviesen en pié fuerzas de tanta consideracion; y por otra parte, no era posible que el erario pudiese cubrir todas las atenciones que sobre él pesaban. Estas consideraciones inclinaron á Felipe V á dictar las importantes medidas que verá el lector en el siguiente reglamento:

«D. Felipe etc. Deseando con el beneficio de la paz reducir mis tropas al número mas proporcionado al resguardo de las fronteras y costas, y establecer la paga de sus sueldos en pié, sobre el cual puedan subsistir, y los oficiales responder de sus compañías, de suerte que se eviten para siempre las quintas ó reclutas voluntarias, por haber motivado la esperiencia lo que con ellas se han fatigado los sueldos: he resuelto mantener por ahora cien batallones de infantería, inclusos en ellos los doce de mis guardias, y los tres de real artillería en los regimientos españoles y demas naciones que eligiere, y cada uno con los batallones que se esplicaren..... de que se ha de formar reglamento separado, ha consistir en lo siguiente:

INFANTERIA.

El primer batallon de cada regimiento, ó ya sea regimiento de un solo batallon, ha de tener trece compañías (inclusa la de granaderos, la coronela y la teniente-coronela) de á cuarenta hombres por compañía, distribuidos en dos sargentos, tambor, tres cabos, dos segundos, y treinta y seis soldados: de forma que cada primer batallon, ó regimiento de un solo batallon, se compondrá de trece capitanes, trece tenientes, trece subtenientes y qui-



nientos veinte hombres, comprendidos los veinte y seis sargentos y trece tambores. Y la plana mayor de un coronel, un teniente coronel, un sargento mayor, un ayudante, un capellan, un cirujano y un tambor mayor.

El segundo batallon ha de tener el propio número de trece compañías, inclusas la de granaderos y del comandante, con el mismo número de oficiales y soldados que el primer batallon: y su plana mayor se compondrá de un comandante, un ayudante, un capellan y un cirujano.

Sueldos de la infantería, gratificacion y gran masa.

A cada soldado de granaderos se ha de asistir con catorce cuartos al dia y una racion de pan; los ocho cuartos de ellos que deberá percibir con la racion de pan, por su socorro, y entregar los siete y medio al ranchero, conservando en sí el medio para recoserse, dos cuartos para la masita, que tambien deberán pagar diariamente los tesoreros, y el capitan de la compañía retenerlos para zapatos, ropa blanca, barba, descuento de inválidos y cualquiera otro menudo gasto que pueda ofrecerse al soldado; y los cuatro restantes, cumplimiento de los catorce cuartos, se le retendrán para su vestuario, que se dará de dos en dos años, y en el hueco de ellos un medio vestuario, que se compondrá de lo siguiente:

	Rs. vn.	
Un par de calzones. . .	20	71
Un par de medias. . . .	11	
Un sombrero	11	
Un par de zapatos. . . .	15	
Una camisa	10	
Una corbata.	4	

Y de la referida masa se sacará estos setenta y un reales por cada hombre de los cuarenta que debe retener esta compañía, para el dicho medio vestuario en el año que se hiciere, y se entregarán al capitan, á fin de que en el término de quince dias despues de recibir el importe se vea empleado en lo espresado, dando á los sargentos sus setenta y un reales á cada uno para que ellos por sí lo conviertan y hagan lo mismo.

A cada uno de los dos segundos cabos que debe tener esta compañía con fusiles rayados, se le ha de asistir con quince cuartos y la racion de pan al dia, por la razon que va declarada, nueve para su socorro con la racion de pan, reteniéndole, como se previene en la paga del soldado, dos cuartos para masita y cuatro para la masa.

Cada uno de los tres cabos de escuadra que ha de tener esta compañía, ha de gozar diez y seis cuartos de sueldo al dia y la racion de pan, que se darán diez para su socorro y retendrán dos para la masita y cuatro para la masa.



Cada sargento de los dos que ha de haber en esta compañía, ha de gozar veinte y un cuartos de sueldo y la racion de pan al dia, y percibir diez y seis por su socorro diario, reteniéndole cinco para la masa y nada por masita, pues el sargento que de por sí no supiere cuidar, no debe ser nombrado por tal; y si alguno encontrasen, el ministro de la guerra ó inspectores le harán mudar luego.

El tambor ha de gozar quince cuartos de sueldo y la racion de pan al dia; de los cuales se darán nueve por su socorro diario y se le retendrán dos para la masita y cuatro para la masa.

Oficiales de la compañía de granaderos.

El subteniente de esta compañía gozará veinte y cinco escudos de vellon de sueldo al mes; el teniente treinta escudos; el capitan cincuenta escudos.

Asimismo gozará este capitan quince escudos de vellon de gratificacion al mes; los cuales se le abonarán y pagarán enteramente demas de su sueldo en cada mes, desde 1.° de mayo de este año, que ha de empezar á observarse este reglamento, aunque su compañía no se halle completa, para que con este beneficio reclute los soldados que le faltaren; pero desde 1.° de setiembre de este año, solo se le abonarán los espresados quince escudos proporcionalmente, desde el número de treinta y un hombres inclusive hasta el de los cuarenta, comprendidos los dos sargentos y el tambor, á escudo y medio por cada uno; y si aun desde el dia citado primero de setiembre no se hallare la compañía con treinta hombres inclusos los sargentos y el tambor, es mi voluntad que no solo no reciba el capitan ninguna gratificacion, sino que se le baje y descuente de su sueldo el mismo escudo y medio de vellon por cada hombre que faltare hasta los treinta, así como se le ha de abonar desde el número treinta y uno en adelante.

En virtud de todo lo cual, el capitan de granaderos ha de responder y estar obligado á mantener su compañía completa en el número y forma espresada de cuarenta hombres, teniéndola vestida, armada y en estado de campar siempre que convenga á mi servicio, sin que por ocasion ni motivo alguno se le admita escusa sobre esto; pues en el caso de hacer pérdida considerable en mi servicio, que le parezca tal, el coronel dará cuenta de la que es y con qué motivos, al inspector, y éste al ministro de la guerra, á fin de que oyendo sus dictámenes pueda yo acordar al capitan aquella gratificacion que correspondiere á la pérdida, ó en suma contante, ó en órden al comisario, para bonificarle en las revistas las plazas que me pareciere, por el tiempo que fuere mi voluntad; é igualmente dará cuenta el coronel al inspector, y éste al ministro de la guerra, de los capitanes en quien se reconociere desaplicacion á conservar y tener sus compañías completas y en el buen estado que conviene, para separarlos del servicio, y que se provean en otros que atiendan mas al cumplimiento de su obligacion.



Compañías ordinarias inclusa la del coronel y teniente coronel en los primeros batallones, y la del comandante en los segundos.

Cada soldado de plaza sencilla ha de gozar doce cuartos de sueldo y la racion de pan al dia; á saber: los seis para su socorro diario, cinco y medio para el rancho y medio para recoserse, dos cuartos para la masita, que pagarán tambien diariamente los tesoreros como está prevenido, y los cuatro restantes se retendrán para la masa, en la misma forma que se espresa en la paga del soldado granadero.

Cada uno de los segundos cabos (que han de tener sus fusiles rayados), trece cuartos de sueldo y la racion de pan al dia; de los cuales se le darán siete para su socorro diario, y se retendrán dos para la masita y cuatro para la masa en la misma forma.

Cada uno de los tres cabos de escuadra, quince cuartos de sueldo y su racion de pan al dia, de los que se le darán nueve cuartos para su socorro diario, reteniéndole dos para la masita y cuatro para la masa.

Cada uno de los dos sargentos veinte cuartos de sueldo al dia y su racion de pan, de los que se le darán quince para su socorro diario, reteniéndole cinco para la masa y nada por masita, respecto de hallarse éste en el mismo caso que los de la compañía de granaderos.

El tambor catorce cuartos de sueldo y la racion de pan al dia; de los cuales se le darán ocho para su socorro diario, reteniéndole dos para la masita y cuatro por la masa.

Oficiales de las mismas compañías.

Un subteniente gozará veinte escudos de vellon de sueldo al mes; el teniente veinte y seis escudos; el capitan cuarenta escudos. Asimismo gozará el capitan quince escudos de vellon al mes de gratificacion, debajo de las mismas condiciones y obligaciones que el de granaderos.

Plana mayor de un regimiento.

El coronel gozará por razon de este empleo ciento y diez escudos de vellon al mes, demas del sueldo y gratificacion de capitan; el teniente coronel en la misma forma, ochenta escudos al mes; el sargento setenta y cinco escudos; el ayudante treinta y cinco escudos; el capellan treinta escudos; el cirujano treinta escudos; el tambor mayor siete escudos de sueldo al mes y una racion de pan al dia, los cuatro escudos y ocho reales para su socorro diario, siete reales pará la masita, reteniéndosele el un escudo y cinco reales restantes para la masa.

Segundo batallon.

El comandante cincuenta escudos, demas del sueldo y gratificacion de capitan; el ayudante treinta y cinco escudos; el capellan treinta escudos; el cirujano treinta escudos.



Reformados.

El coronel ó maestre de campo sesenta escudos; el teniente coronel cincuenta y cuatro escudos; el sargento mayor treinta y cinco escudos; el capitan treinta escudos; el ayudante veinte escudos; el teniente quince escudos; el subteniente doce escudos; el sargento seis escudos.

RESUMEN DE TODOS LOS SUELDOS.

COMPAÑIA DE GRANADEROS.

	Socorro diario del soldado.	Retencion para masita.	Retencion para masa.	Raciones de pan.
A cada granadero.	8 cuart.	2	4	1
A cada segundo cabo.	9	2	4	1
A cada cabo de escuadra. . . .	10	2	4	1
A cada sargento..	16	»	3	1
Al tambor.	9	2	4	1

OFICIALES.	ESCUDOS DE VN. AL MES.	
	Sueldo al mes.	Gratificacion.
El subteniente.	25	»
El teniente.	30	»
El capitan.	50	15

COMPAÑIA ORDINARIA.

A cada soldado..	6	2	4	1
A cada 2.° cabo.	7	2	4	1
A cada cabo de escuadra.	9	2	4	1
A cada sargento.	15	»	3	1
Al tambor.	8	2	4	1

OFICIALES.

El subteniente.	20	»
El teniente..	26	»
El capitan.	40	15

PLANA MAYOR.

PRIMER BATALLON.

	ESCUDOS DE VN. AL MES.
Coronel.	110
Teniente coronel.	80
Sargento mayor.	75
Ayudante.	35
Capellan..	30
Cirujano..	30
Tambor mayor..	9

SEGUNDO BATALLON.

Comandante..	50
Ayudante.	35
Capellan..	30
Cirujano..	30

OFICIALES REFORMADOS.

Coronel.	60
Teniente coronel.	54
Sargento mayor.	35
Capitan.	30
Ayudante..	20
Teniente.	15
Subteniente.	12
Sargento.	6

Precios de los vestuarios y armamento de la infantería en el almacen.

	Rs. vn
Casaca.	80
Chupa.	25
Calzones..	20
Medias.	11
Sombrero.	11
Zapatos	15

Dos camisas á 10.	20
Dos corbatas á 4.	8
Un cinturon.	12
Porta-fusil.	3
Cartucho.	8
Frasco.	6
Cordon.	1
Espada	15
Fusil.	75
Fusil rayado.	150
Bayoneta.	10

Cálculo de la distribucion de la masa de la infantería en los cuatro cuartos, que para ella se han de retener.

La retencion de cuatro cuartos cada dia que se han de hacer á cada soldado, importa en los 360 dias que se consideran de paga en los doce meses del año, á 30 dias cada uno.		169	14
El vestuario, compuesto de casaca, chupa, calzones, medias, sombrero, zapatos, dos camisas, dos corbatas, cinturon, porta-fusil, cartucho, frasco y cordon, montará segun los precios espresados 220 reales; y respecto de haberse de dar de dos en dos años, corresponde á cada uno.	110	165	17
Las armas, compuestas de espada, fusil y bayoneta, importan cien reales, los cuales se han de dar de cinco en cinco años, y toca á cada uno.	20		
El medio vestuario, compuesto de un par de calzones, un par de zapatos, una camisa y una corbata que tambien se ha de dar en cada año del hueco del vestuario importan 71 rs. y corresponde á cada uno.	31 17		
Sobran al año 3 rs. y 31 mrs., que han de servir para cuando llegue el caso del armamento, para el esceso del precio de los fusiles rayados á los otros, por no estar incluido en la cuenta precedente.		3	31

Y aunque los vestidos de los sargentos de la infantería, tambores, etc., se han de galonar en la forma y con las distinciones que hasta aquí, quiero que este gasto, en todo lo que escediese de su masa, se supla por mi real hacienda, y el que motivare la conduccion del propio vestuario y armamento desde esta córte á los parajes adonde se debiere encaminar.

Los tesoreros darán de diez en diez dias, ú de quince en quince dias,

siempre adelantados, el prest de solo los sargentos, soldados, tambores, etc., y por las revistas que pasarán, y les entregarán los comisarios de guerra en fin de cada mes, ajustarán precisamente y pagarán los sueldos de las tropas, incluyendo en los ajustamientos el importe de la gran masa, siguiéndose por los tesoreros en hacer los ajustes el método y regla que se comprenderá en este reglamento, para que en todas partes sea uniforme.

A los oficiales y soldados, tambores.... enfermos.... que se curaren en los hospitales que hubiere de cuenta de mi real hacienda, ya sea en administracion ó por asiento, solo se les descontará por cada dia que se mantuvieren en los hospitales, á los soldados, tambores sencillos y á los tambores mayores, lo que corresponde á su socorro diario, esclusa la masita; porque el importe de esta, ha de quedar en poder de los capitanes para los fines de su destinacion; y tambien para que del mismo importe, puedan hacerles el socorro que necesitaren durante su convalecencia, despues de haber salido de los hospitales hasta restablecerse; y á los sargentos.... y oficiales vivos y reformados de todos grados, se les descontará tambien por cada dia que estuvieren en el hospital, las dos tercias partes de sus sueldos, ejecutándose estos descuentos por baja, en la forma que se ha practicado hasta aquí.

Como en fin de agosto de este año, podrán hallarse las tropas vestidas y armadas, segun las providencias que estan dadas y se continuarán para ello, mando que hasta aquel mes inclusive, solo se retenga en los ajustamientos por razon de gran masa, lo que correspondiere al número de plazas efectivas en las revistas, así de la infantería, como de la caballería, para que los capitanes no padezcan esta disminucion en sus sueldos, pero desde 1.° de setiembre siguiente, estén ó no completos los batallones y regimientos, se ha de descontar la masa por entero, como si los cuerpos tuviesen el todo de las plazas, sobre cuyo pié han de hacer el servicio; para asegurar por este medio el fondo preciso del vestuario y armamento, y no dejar esta providencia espuesta á que falte, por ser una de las mas sustanciales á la conservacion de las tropas.

Si los oficiales de infantería y caballería tomaren pan y cebada de los proveedores de víveres hasta en la cantidad que dispone la ordenanza de 19 de octubre de 1712, de la cual no han de esceder, admitirán los tesoreros los recibos de los sargentos mayores, ayudantes mayores ú otro oficial que con facultad del cuerpo maneje sus intereses, y no de otros; y pagarán su valor á los proveedores, á los precios estipulados en sus contratos, inclusas mermas, dando el tesorero al regimiento en el ajuste de cuentas, sus recibos como dinero de contado y si con independencia de los precios hubieren capitulado los asentistas, se les han de abonar acémilas ú otros carruages para el movimiento de los víveres, se regulará lo que por este motivo aumentare el precio en cada racion, no para pagarlo el asentista, sí solo para que se baje su importe á favor de mi real hacienda, del haber de los regimientos.



Hechos por los tesoreros los ajustamientos de cada mes y deducidas las bajas y retencion de masa, se tomará á continuacion de ellos los recibos totales de su importe, que han de ser de los sargentos mayores, y en su ausencia, del ayudante; y á falta de los dos, del oficial que eligiere el cuerpo para el cobro de sus intereses. Y en caso de que por algun accidente, no tenga el tesorero bastante caudal á satisfacer el importe de todos los sueldos, tomará recibo en el mismo ajustamiento de lo que hubiere suministrado por prest y buena cuenta, y dará certificacion del resto á pagar como lo ha de hacer del primer dinero que entrare en su poder, prefiriendo antes la satisfaccion del prest para el mes sucesivo, porque este, por ninguna causa, ha de dejar de darse á las tropas, y en el propio ajustamiento pondrá su declaracion el sargento mayor de habérsele dado la certificacion del alcance; y si cuando el tesorero pagare el importe de ella, estuviere en su poder el ajustamiento de que procede, tomará en él el recibo, advirtiendo en él, que la certificacion se entrega, y queda original con el ajustamiento, previniéndose en ella estar satisfecha, para que si se estraviare, no pueda producir nuevo crédito; pero si el ajustamiento no estuviere en poder del tesorero, por haberle ya remitido á la tesorería mayor, se tomará el recibo en la misma certificacion y se unirá con el propio ajustamiento, previniéndose lo conveniente en él.

Los tesoreros podrán por sí y con solo la comunicacion de los superintendentes, distribuir el prest á las tropas, por ser esto un solo suplemento, en ínterin se ajustan; pero los recibos que deben tomar á continuacion de los ajustamientos, no se les admitirán en cuenta, sin haber puesto en ellos el superintendente su visto bueno y tambien en las certificaciones de alcance, y en las notas y recibos que en ella se pusieren y tomaren.

No se darán conocimientos de masa á las tropas hasta primeros de setiembre que (como queda referido), ha de empezar á hacerse el descuento de ella por entero, los cuales intervendrán tambien el superintendente; y cuando llegue el caso de que por cuenta de su importe, se entrega el medio vestuario ó el vestuario entero, se han de recoger por el veedor del almacen los mismos conocimientos originales.

Cuando marchen los regimientos de una provincia á otra tendrán obligacion los sargentos mayores á sacar certificacion del tesorero de la provincia desde adonde partan, del tiempo por qué van socorridos con el prest, para que al tesorero de la adonde lleven su destinacion le conste desde cuándo se le ha de continuar; y en estos casos remitirán los tesoreros de unos á otros los recibos con que se hallaren de los sargentos mayores para que los cuente el tesorero á quien tocare hacer el ajustamiento del propio mes.

Siguen á continuacion los estados de los haberes de las diferentes clases de la infantería por socorro diario, descuento de masita,



gran masa y tarifas para su ajustamiento, y concluye el reglamento de este modo.

Los conocimientos de masa se han de dar en la misma forma que está prevenido, por lo que toca á la infantería.

A los oficiales vivos y reformados y á los soldados, así de infantería como de caballería, se abonarán y pagarán los sueldos particulares sobre cualquier sueldo que les estuvieren concedidos por las funciones de batallas ó sitios en que se hubieren hallado.

Y se observará por regla general, que si las compañías vinieren á tal disminucion, que solo se hallen en ellas cinco soldados, se han de considerar y pagar en la infantería los tres primeros como cabos y los dos siguientes como segundos cabos.

Y dejando en su fuerza todo lo dispuesto en los reglamentos de la infantería y caballería de 30 de diciembre de 1706, escepto en lo que mira á la paga de sueldos, gratificaciones, remonta, recluta y utensilios ú otro cualquiera derecho que pueda pretender la infantería y caballería, porque solo se ha de pagar lo que por este reglamento y ordenanza se previene: mando á mi consejo de guerra y demas tribunales y ministros, á todos mis vireyes, capitanes generales, tenientes generales, mariscales de campo, etc., observen y guarden inviolablemente lo aquí espresado, sin interpretacion alguna y sin contravenir á esta disposicion ahora ni en tiempo alguno. Para todo lo cual he mandado despachar el presente, firmado de mi mano, sellado con el sello secreto y refrendado de mi infrascripto secretario de Estado y del despacho universal de la guerra. Dado en Buen Retiro á 20 de abril de 1715.— Yo el Rey.—D. Miguel Fernandez Durán.

Por este mismo reglamento se dieron nombres fijos á los regimientos que vinieren de Flandes en el año de 1713.

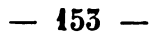
NOMBRE QUE TENIAN.	NOMBRE FIJO.
Sierra (marqués de la).	Galicia.
Valois (D. Guillermo).	Zamora.
Solís (D. Manuel de).	Soria.
Veraiz (D. Fernando de).	Jaen.
Villescas (marqués de).	Cuenca.

Y posteriormente se designaron los cuerpos que debian suprimirse del todo, los que habian de refundirse en los que quedaban en pié y la plantilla de la infantería permanente, á saber :

REGIMIENTOS ESTINGUIDOS DEL TODO.

Lucena.
Cádiz.
Baena.
Arcos de la frontera.





Madrid.	Ronda.
Antequera.	Ecija.
Trujillo.	Montilla.
Estepa.	Segovia.
San Lucar la Mayor.	Cervera.
Golino (D. Cayetano.)	Grimaldi (D. Marcelo.)
Medina Sidonia.	Estremadura.

Regimientos reformados y refundidos en otros permanentes.

NOMBRES.	REFUNDICION.	FECHA DE LA REFORMA.
Africa. Giovanni (D. Nicolás). Vilches (D. Agustin).	Fijo de Sicilia.	3 de junio 1715.
Coruña. Lugo. Orense.	Galicia.	16 de junio id.
Victoria 2.° batallon.	Lisboa.	22 de mayo id.
Jerez de la Frontera.	Bajeles.	7 de mayo id.
Mondoñedo. Compostela. Zamora nuevo.	Zamora.	30 de abril id.
Utrera.	Soria.	14 de junio id.
Victoria 1.er batallon.	Saboya.	16 de junio id.
Jaen nuevo.	Jaen.	15 de mayo id.
Arcos de la Frontera.	Badajoz.	8 de mayo id.
Santa Fé.	Granada.	31 de mayo id.
Velez Málaga.	Costa.	10 de mayo id.
Alcántara.	Córdoba.	8 de junio id.
Sada (D. Manuel).	Toledo.	1.° de junio id.
Triana.	Búrgos.	13 de mayo id.
Coria.	Murcia.	12 de junio id.
Carmona.	Badajoz.	29 de mayo id.
Guipúzcoa nuevo. Alava.	Guipúzcoa (antes Guipúzcoa viejo).	28 de junio id.
Salamanca.	Asturias.	31 de mayo id.
Niebla.	Valencia.	12 de mayo id.
Palencia. Marina de Sicilia.	Marina.	22 de mayo id.
Tuy. Betanzos.	Santiago.	30 de abril id.
Pamplona.	Navarra.	10 de junio id.
Molina. Teruel.	Aragon.	1.° de julio id.

ITALIANOS.

Piamonte. . . . . Sicilia. . . . . 10 de junio 1715.

Cuadro de los regimientos de infantería que quedaron despues de la reforma de 20 de abril.

ESPAÑOLES.

Reales guardias españolas.
Reales guardias walonas.

1.° Fijo de Sicilia.
2.° Lombardía.
3.° Mar de Nápoles.
4.° Galicia.
5.° Lisboa.
6.° Bajeles.
7.° Zamora.
8.° Soria.
9.° Castilla.
10 Saboya.
11 Jaen.
12 Badajoz.
13 Toro.
14 Guadalajara.
15 Granada.
16 Sevilla.
17 Costa.
18 Córdoba.
19 Toledo.
20 Cuenca.
21 Armada.
22 Burgos.
23 Valladolid.
24 Murcia.
25 Leon.
26 Cantabria.
27 Asturias.
28 Ceuta.
29 Osuna.
30 Valencia.
31 Marina.
32 Málaga.
33 Santiago.
34 Navarra.
35 Almansa.
36 Cataluña.
37 Aragon.

ITALIANOS.

1.° Nápoles.
2.° Parma.
3.° Milán.
4.° Sicilia.
5.° Basilicata.

IRLANDESES.

1.° Comesford (D. Juan).
2.° Macaulif (D. Demetrio).
3.° Vendome.
4.° Castelax (marqués).

WALONES.

1.° Venlóo.
2.° Gante.
3.° Hainaut.
4.° Ostende.
5.° Malinas.
6.° Charle-roy.
7.° Luxemburgo (antes Niewport).
8.° Fusileros de Flandes.
9.° Bruselas.
10 Güeldres.
11 Bruges.
12 Courtray.
13 Bravante.
14 Ambéres.



CAPITULO III.

1717.--1734.

EL CARDENAL ALBERONI.—PREPARATIVOS EN LOS PUEBLOS DE ESPAÑA.—ESPEDICION DE CERDEÑA.—LA EUROPA SE ALARMA EN VISTA DE NUESTROS APRESTOS MILITARES.—NUEVA LIGA CONTRA ESPAÑA.—TRIUNFOS DE NUESTRAS ARMAS EN SICILIA.—TOMA DE MESSINA.—SITIO DE MELAZZO.—COMBATE DE FRANCAVILLA.—SITIO DE GIBRALTAR.—ESPEDICION DE AFRICA.—TOMA DE ORÁN.—COMBATES ENCARNIZADOS.—ATAQUE DE CEUTA POR LOS MOROS.—GUERRA DE POLONIA Y DE ITALIA.



No bien restablecida la España de la guerra de sucesion (1717), se vió envuelta en otra que hubiera podido ser inmensamente fecunda en resultados, á proteger la suerte los designios de un grande hombre. Era este el cardenal Alberoni, espíritu fuerte, atrevido, capaz de las mas vastas concepciones y revestido con esa energía suprema que es inseparable del verdadero genio. Alberoni, nacido

en una de las clases mas humildes de la sociedad (1), habia logrado á fuerza de astucia y de perseverancia colocarse al frente de nuestro gobierno, y siguiendo el impulso constante de las organizaciones poderosas, proseguia su fin sin reparar en los medios. Aunque estranjero, concibió el noble proyecto de restituir á la España su pasado esplendor y grandeza, y como esto no podia verificarse sin recuperar los perdidos estados de Italia, Alberoni dirigió sobre ellos sus audaces miras.

Todas las potencias europeas se sobresaltaron al ver que en los puertos españoles se equipaba una poderosa escuadra; mas Alberoni supo deslumbrarlas con especiosos pretestos. Se creyó, en efecto, que nuestros buques tomarian el derrotero de levante, en cuyos mares habian prestado el año anterior un servicio muy distingo á la cristiandad ahuyentando á la escuadra turca que bloqueaba á Corfú. La escuadra española zarpó del puerto de Barcelona al finalizar el mes de junio. Constaba de doce navíos de guerra, cien naves de trasporte, é iba á cargo del marqués Estéban de Mari. Ocho mil hombres de escelentes tropas montaban estos buques y llevaban por jefe al marqués de Lede, oficial de mas pericia que resolucion. El secreto de la espedicion era tan profundo, que el emperador, contra quien se dirigia, no se apercibió de la tormenta hasta que vino á estallar en el seno de sus nuevos dominios.

Alberoni habia comprendido perfectamente que la mayor dificultad consistia en poner el pié en Italia, y que al efecto debia atacarse desde luego el punto menos defendido. Impelido por esta idea, asestó sus primeros tiros contra la isla de Cerdeña, que el emperador, en vísperas de trocarla por la Sicilia, custodiaba con poco esmero. Nuestras tropas desembarcaron en Cerdeña el dia 20 de agosto, y atacaron la ciudad de Cagliari, llave militar de la isla. La espugnacion y defensa fueron mas prolijas que sangrientas, y Cagliari capituló á los treinta y dos dias de abierta la trinchera.

Al ruido de este próspero suceso, los sardos, que aborrecian la opresora dominacion austriaca, y suspiraban por la española, mas dulce y benigna, se pronunciaron abiertamente en favor de nuestras armas. El marqués de Rubí, general imperial y gobernador

(1) Era hijo de un hortelano, y habia nacido en el ducado de Parma.

de Cerdeña, no tenia caudal de tropas suficientes para cubrir el pais donde pululaban partidas de descontentos, y hacer frente á las fuerzas invasoras. Limitóse, pues, á la defensa de Algieri, Sacer y Gallura; mas ni aun en este empeño salió airoso, y fué perdiendo sucesivamente los tres puntos en que se apoyaba su última esperanza. El vigor del proyecto, la intrepidez de nuestro pequeño ejército y la buena conducta de Lede, bastaron para reconquistar la Cerdeña en el breve término de dos meses, y para engarzar de nuevo en la corona de España aquella joya desprendida en la hora de nuestras grandes tribulaciones. El marqués de Lede dejó en Cerdeña tres mil hombres, y por gobernador á D. José Armendariz, verificado lo cual, hizo felizmente rumbo á España con el resto de sus tropas.

Si la rápida conquista de Cerdeña llenó de asombro á los príncipes europeos (1718), todavía se sorprendieron mas al saber la inaudita actividad que reinaba en España. Apenas podia concebirse que un pais al que se consideraba casi aniquilado bajo el peso de la pasada guerra, fuera susceptible de esfuerzos tan estraordinarios; pero los hechos tenian una elocuencia irresistible, y el escepticismo mas tenaz no hubiera podido sostenerse contra ellos. Los montes, los campos, los puertos, las ciudades, resonaban con el eco de grandes preparativos; en todos nuestros astilleros se construian naves con una asiduidad sin límites; en todas nuestras fábricas se fundian millares de balas y bombas, y centenares de cañones; los brazos obedecian al impulso febril de las imaginaciones, y la fermentacion, partiendo de la córte, se estendia por todas nuestras provincias. Alberoni llamaba á nuestra nacion á la reconquista de sus perdidas glorias, y la nacion, galvanizada por sus grandes recuerdos, respondia con un grito de entusiasmo y con actos de un vigor verdaderamente incomprensible. Jamás, dice un historiador de aquella época, se vieron aprestos tan formidables, ni en tiempos de Fernando el Católico, ni en los de Cárlos V, ni aun en los de Felipe II; pero lo que hace en esta coyuntura el elogio mas bello de Alberoni, es que tales prodigios de actividad y esfuerzos tan gigantescos, se hiciesen sin aumentar los tributos y sin gravar al erario con empréstitos onerosos.



¿Pero á dónde ó contra quién pensaba dirigir el ministro español armamentos tan considerables? Tal fué la pregunta que se dirigieron recíprocamente todos los potentados europeos. Todos temieron, ó aparentaron temer; porque ninguno podia penetrar en el misterioso sistema de Alberoni. El rey de Inglaterra, que veia con celos cuanto tendiese á aumentar nuestra prepotencia marítima, supuso que nuestro gobierno pretendia patrocinar la causa de los Stuardos y llevar á la Gran Bretaña el fuego de la guerra civil. Este pensamiento que hubiera sido el mas acertado, porque la España, abatiendo á la Inglaterra hubiera podido arrebatarla el cetro de los mares, no era precisamente el de Alberoni. Sin embargo, Jorge I, se armó precipitadamente y equipó una escuadra numerosa, confiándola al almirante Bings, verdadero náutico inglés, por su pericia y carácter. Tambien se alarmó el duque de Orleans, regente de Francia, y á la verdad, conservaba con nuestra corte cierta enemiga procedente de algunos sinsabores ocurridos, mientras aquel fué generalísimo del ejército español. Las sospechas del duque no eran de todo punto infundadas, porque Alberoni minaba con gran secreto los cimientos de su poder. Fluctuaban los príncipes italianos en vísperas de una nueva tormenta; los mas de ellos tenian oculta inclinacion hácia los españoles; pero el fiero continente de los imperiales les obligó á observar una neutralidad violenta. Solo el pontífice Clemente IX manifestó sin rebozo sus intenciones hostiles á la córte de España, y aunque el poder temporal de la Santa Sede era ya poco temible, podia aun lanzar con éxito los rayos espirituales, y jugar con no poco fruto los resortes de su política. Pero quien se agitaba con mas energía, porque tenia mas razones para ello, era el emperador. Embarazado á la sazon en una guerra con los turcos, y no dudando que los españoles se aprovecharian de esta coyuntura, arrebatándole sus recientes adquisiciones en Italia, trató de conjurar el peligro convidando con una alianza ofensiva y defensiva á la Inglaterra y la Francia. El duque de Orleans y el rey Jorge, acogieron con calor esta propuesta, y se confederaron para resistir al impulso de una nacion que, como el gigante de Cadmo, parecia multiplicar sus fuerzas despues de haber recibido golpes que se reputaron mortales.

Enorgullecido Alberoni con la idea de haber puesto en conmocion á toda la Europa, desnaturalizó su pensamiento primitivo, que era noble, grande y factible, tirando sus líneas hasta una altura verdaderamente utópica. En vez de relajar los vínculos de aquella triple alianza, seduciendo con promesas á la Inglaterra y la Francia, ó divorciando sus intereses de los del imperio, lo cual era bien fácil porque tenian entre sí pocos puntos de relacion homogénea, rechazó todo pensamiento de contemporizacion y se propuso hacer frente á las tres mayores potencias del mundo. Entonces traspiró todo su plan, aunque estaba envuelto por el velo del misterio mas profundo. Queria destituir de la regencia al duque de Orleans, conferírsela á Felipe V como primer príncipe de la sangre, acercar á este príncipe á las gradas del sólio francés para ascender á él caso verosímil de que falleciese el niño enfermizo que le ocupaba; queria al propio tiempo mantener á respeto á la Inglaterra, amenazándola con la guerra civil, y en medio de estas convulsiones arrojar á nuestros ejércitos en Italia para revindicar nuestros antiguos dominios. Por mas colosales y aun quiméricos que apareciesen estos proyectos, faltó poco para realizarlos, y con una fortuna algo mas propicia, Alberoni se hubiera grangeado el glorioso título de restaurador de la grandeza española.

Es verdad que puso en juego cuantos medios pudo sugerir una imaginacion ardiente y fecunda, y un carácter singularmente audaz. Él dió pábulo al descontento de algunos nobles franceses contra el duque de Orleans, viéndose al efecto con el príncipe Chelamar diplomático muy diestro; fomentó las esperanzas de los Jacobitas en Inglaterra; exaltó el humor belicoso del príncipe Ragotzi, protegido por los turcos; practicó sérias é inútiles diligencias para mover al Czar contra el emperador de Alemania; concitó la ambicion inestinguible de Cárlos XII, rey de Suecia, y esperó lanzar este rayo de la guerra sobre el norte de Alemania. De este modo el emperador, acosado en la parte septentrional por los húngaros, turcos y rusos, y embestido hácia el mediodia por los españoles, podia verse en el mayor conflicto, y aunque contase con numerosas tropas y escelentes generales, su triunfo estaba muy lejos de parecer probable.

El infatigable Alberoni mandó que levase anclas la armada española surta en el puerto de Barcelona. Cuatrocientas velas se desplegaron á la vez con magnífico aparato; entre ellas habia veinte y dos navíos de línea, cuatro mercantiles armados en guerra, varias galeras, constituyendo el resto los buques de transporte. Iban á bordo treinta mil hombres, el nervio de los ejércitos españoles, y aun puede decirse que la flor de los de Europa, porque eran soldados educados en los campos de batalla durante muchos años, y cuya intrepidez estaba acrisolada por multitud de acciones gloriosas. Cien cañones, cuarenta morteros, una inmensa cantidad de municiones, compañías selectas de artilleros y minadores, mil quinientos mulos para la conduccion de los trenes, faginas, instrumentos, todos los útiles necesarios para una guerra de campaña y de sitios, estaban allí preparados con una providencia admirable. No faltaba mas á esta escuadra y á este ejército para hacerlos en último grado temibles, que la reputacion y grandes talentos de los jefes. Por desgracia no concurrian en estos aquella suma de circunstancias que reduce la fortuna á una condicion negativa de la guerra, que mata al poder de un principio ó de un sentimiento elevado, las mas violentas convulsiones de la fuerza material. El marqués de Lede, nombrado generalísimo del ejército y virey de Sicilia, era un oficial perito, alentado, nutrido con vastos conocimientos tácticos, y susceptible de hacer el sacrificio de su vida en aras de su patria y auge de su fama; pero carecia de la feliz audacia del genio, y su prudencia, degenerando en una circunspeccion exagerada, no le permitia obtener el fruto de sus buenas disposiciones.

Escelente para conservar un ejército en los mayores apuros, no tenia el osado espíritu que se necesita para conquistar. El conde de Montemar que iba en la espedicion, y quien mas adelante logró adquirir un nombre muy glorioso, hubiera sido mas idóneo para conducir esta difícil empresa; pero teniendo un carácter subordinado, solo podia emitir su voto que pocas veces prevaleció para mengua de nuestra prosperidad. El almirante D. Anton Gastañeta, viejo marino y esperimentado piloto, pero poco práctico en las operaciones militares, mostraba mas aptitud para combatir el ímpetu de las olas que para luchar contra su diestro y embozado enemigo el británico.

Esta grande armada tocó en el puerto de Cagliari y continuó su rumbo hácia las costas de Sicilia, echando el áncora el dia 30 de junio en la rada de San Vitor. Verificóse el desembarco sin oposicion alguna.

Las primeras operaciones de nuestro ejército fueron felices, dando márgen á las mas halagüeñas esperanzas. El pueblo siciliano, fiel siempre á la dominacion española, apenas vió ondear sobre su territorio nuestras conocidas banderas, las saludó con gritos de entusiasmo, y se dispuso á seguirlas y á cooperar á su triunfo. Los habitantes mas notables de la capital de Palermo, salieron á recibir al marqués de Lede, ofreciéndole en términos inequívocos el testimonio de su sincera adhesion. Este paso desalentó al conde de Maffey, gobernador de aquella ciudad por el duque de Saboya y rey de Sicilia, en virtud del tratado de Utreck, y se apresuró á evacuarla, dejando, sin embargo, en la ciudadela competente guarnicion. Este obstáculo no podia retraer á Lede de su movimiento progresivo; Castelo-á-Mare, embestido vigorosamente por los nuestros, se defendió con gran teson, y no capituló hasta que la brecha estuvo abierta y practicable para un asalto decisivo. Entretanto se rindió la ciudadela de Palermo, menos exenta de fuerzas que de recursos materiales para sostenerlas. Estimulado Lede con estos prósperos sucesos, hizo que el conde de Montemar amenazase á Catánea, Términi y Trápani, mientras él, con el grueso de las tropas, amenazaba á Messina. Por este tiempo, el afecto de los sicilianos estalló en ruidosas manifestaciones; en diferentes puntos se organizaron partidas de naturales, poco útiles para las grandes operaciones de la guerra regular, pero que nos prestaban servicios bien apreciables acosando á los piamonteses, cortando sus comunicaciones, y enervando sus elementos de resistencia.

Asi sucedió en Catánea; quiso cumplir con su deber la guarnicion piamontesa; pero el pueblo, sublevándose en masa, la espulsó de la ciudad y del castillo, y celebró como el primer dia de su libertad el que solo era el último de una dominacion estranjera.

Pero la principal atencion de los españoles se dirigia sobre Messina, plaza, que siendo de suyo muy fuerte, se hallaba guarnecida



por dos mil quinientos piamonteses, y tenia una ciudadela, obra que debia mas al arte que á la naturaleza. La ciudadela, á su vez, se hallaba protegida por los castillos del Monte y de San Salvador. Estas circunstancias la daban una importancia de primer órden, y la hacian considerar como el escudo de la Sicilia. Sin embargo, los mesinenses, á uso de los catánicos, se arrojaron sobre las tropas piamontesas y las obligaron á encerrarse en la ciudadela y en los fuertes del Monte y San Salvador.

Lede, recibido benévolamente en la ciudad, emprendió el sitio de la ciudadela el dia 28 de junio.

Sus disposiciones fueron muy cuerdas y coronadas por un resultado venturoso; abrióse la trinchera, se erigió una batería de cañones, y tirando hábilmente una paralela que ceñia el baluarte de Villarroel, se rompió el fuego y se rindió la guarnicion, compuesta de trescientos hombres. Tan rápidas ventajas infundieron nuevo aliento en los españoles; mas vino á contristarles la derrota padecida por nuestra escuadra el dia 11 de agosto en el golfo de Araich.

Habíase esta disminuido considerablemente con un destacamento enviado á Malta, bajo las órdenes de D. Antonio Guevara, y cinglaba á la vista del faro de Messina. Esto, á la verdad, era una imprudencia, porque la escuadra, verificado ya el desembarco de las tropas y hallándose estas bien abastecidas, solo podia esperar allí un combate con los ingleses, estéril si era propicio y funestísimo si nos resultaba adverso.

A esta falta del gobierno añadió otra mas grave el almirante Gastañeta, porque sabiendo que bordeaba aquella costa el almirante Bings, permaneció á la capa en el cabo de Spartivento, sin tomar medida alguna eficaz, ni para eludir la batalla, ni para recibirla dignamente caso de ser inevitable. Verdad que la capciosa conducta del británico pudo deslumbrar al español, pero nunca hasta el punto de impedirle tomar las precauciones generales. Bings se aprovechó de esta negligencia con la intrépida habilidad de un gran marino. Acometió en el momento en que nuestra retaguardia, mandada por el marqués de Mari, hacia inútiles esfuerzos para reunirse con el cuerpo de batalla. Mari, oprimido y envuelto por fuerzas muy superiores, varó de propósito en la costa de Abola, y

aunque perdió todas sus naves, pudo salvar los equipages. Bings revolvió entonces con toda la fuerza de sus velas sobre el cuerpo principal que dirigia Gastañeta. Pugnaba este por formar su escuadra en línea sobre el *Almirante*, nave escelente, dotada con noventa piezas; pero esta maniobra tardía, é imposible con viento contrario, solo sirvió para empeñar á los buques en un movimiento peligroso. Bings, acometió á su placer, rodeando á cada uno de nuestros buques con cuatro, cinco y aun seis de los suyos; en estas circunstancias nuestro triunfo era imposible, pero no la resistencia, y ésta fué digna y heróica. Gastañeta espió su error con una intrepidez admirable; aunque gravemente herido, continuó dando órdenes, hasta que la falta de sangre le privó del conocimiento. Entonces se rindió él con todas sus jarcias despedazadas, con el casco acribillado á metrallazos, y todos sus palos hechos pedazos; no tuvo que arriar bandera porque la arrebató una bala del cañon enemigo. Habia combatido durante tres horas contra siete navíos ingleses y un brulote incendiado; de su tripulacion faltaban mas de doscientos hombres. Todos los demas buques siguieron su noble ejemplo, y el capitan D. Antonio Escudero, que lo era de la fragata *Volante*, viendo que esta nave hacia agua en gran cantidad, escogió irse á fondo antes de rendirse; la tripulacion impidió que se consumase este acto de elevado heroismo. Los valerosos españoles querian llegar al abordage, pero lo evitaban cuidadosamente los ingleses, prefiriendo deber la victoria á la superioridad de sus fuegos. Toda nuestra armada hubiera perecido en este aciago dia sin la llegada de don Baltasar de Guevara, con dos navíos de línea, procedentes de Malta, y sin la proteccion mas eficaz de la noche. El mismo desórden con que peleó nuestra escuadra, contribuyó á salvar parte de ella, pues la vanguardia, compuesta de seis navíos, pudo retirarse sin disparar un cañonazo; lo mismo hicieron las galeras mandadas por Grimau. La suma de nuestra pérdida, muy abultada por los ingleses, consistió en once buques incendiados ó presos; el enemigo, no obstante sus grandes ventajas, quedó tan averiado que necesitó emplear cuatro dias en repararse, entrando despues con aire de triunfo en el puerto de Siracusa.

Lede y sus valientes soldados continuaron los trabajos contra



la ciudadela de Messina. Pero esta empresa, muy difícil desde un principio, presentó entonces obstáculos capaces de arredrar al ánimo mas intrépido. El duque de Saboya, conociendo su impotencia para defender la Sicilia, se habia arrojado decididamente en brazos del Austria implorando su proteccion. El emperador, que tenia el mas vivo interés en lanzar su espada en la balanza de la guerra, acogió con calor la propuesta y se dispuso á sostener la ciudadela mientras reunia un ejército suficiente á espulsar á los españoles de toda la isla. Este empeño parecia fácil en las circunstancias dominantes, porque dueños los ingleses del mar, podian proteger cómodamente la conduccion de las tropas austriacas desde Rijoles á Messina. En efecto, lograron penetrar en la ciudadela mil quinientos alemanes, no obstante haber construido Lede una línea de contrabalacion por la parte del mar.

No se desalentaron los españoles; antes se aumentó su brio en igual grado que la resistencia; el dia 12 de julio acabaron la paralela; el 18 dieron el asalto al camino cubierto, y le ganaron con poca efusion de sangre. Trabajaban con indecible ardor en la construccion de nuevas baterías, aunque envueltos por el frente en el fuego de las contrarias, y abrasados de flanco por el cañon de cuatro naves inglesas. Practicaron los sitiados dos salidas en las noches del 20 al 22; la segunda fué sangrienta; pero el enemigo sufrió mayor quebranto y el desaire de la fortuna.

Al alborear el dia 24, jugaron con horrible estrépito sesenta piezas de grueso calibre montadas en batería; el blanco de sus disparos era el rebellin, que quedó casi reducido á escombros; los sitiadores para dominarle, le atacaron por el mar, avanzando las columnas de asalto sobre puentes apoyados en cubas vacías, y arrostrando á pecho descubierto el fuego mortífero de la ciudadela y de San Salvador.

La recompensa de esta arriesgada operacion, fué el pleno dominio del rebellin y del foso. Ya solo faltaba el ataque de las trincheras para combatir el cuerpo de la fortaleza; pero este era tan difícil, que podia hacer ilusorias todas las ventajas adquiridas. Acometiéronlas nuestras tropas el dia 29; seiscientos granaderos imperiales, el nervio de la guarnicion, se arrojaron á defenderlas; pero los



españoles, combinando su ataque por mar y tierra, envolvieron por todas partes á los enemigos, cuyos prodigios de valor solo sirvieron para hacer su muerte mas honrosa.

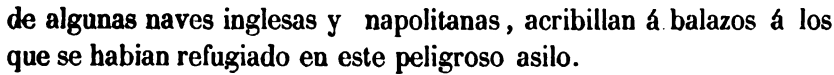
Merece referirse en este lance el rasgo de intrepidez de algunos soldados españoles que se introdujeron en la ciudadela, aprovechándose del instante en que salia un refuerzo para sostener á los granaderos ya empeñados. Quedaron prisioneros; pero admirando el gobernador, marqués del Adorno, un denuedo tan inaudito, les concedió la libertad, con palabras que añadian nuevos quilates á este beneficio.

Despues de esta pérdida, y viendo desvanecidas todas las esperanzas de inmediato auxilio, el marqués del Adorno solo pensó en salvar los restos de la guarnicion, capitulando el dia 30 de setiembre bajo decorosas condiciones.

Pero la conquista de Messina no tenia ya la suma importancia que se la adjudicó fundadamente en un principio. La intervencion de los alemanes habia cambiadó la fisonomía de la guerra, y se esperaba que Melazzo opondria una resistencia formidable. Sufria esta plaza un bloqueo en lo posible riguroso, desde el mes de julio, mas las tropas españolas encargadas de sostenerle eran insuficientes para estenderse sobre la línea angular que comprende Melazzo hácia la parte del mediterráneo. Asi que los imperiales pudieron desembarcar tres mil hombres, destinados desde luego á guarnecer la ciudad y el castillo, y ocho mil mas, que á las órdenes del general Caraffa, formaron un campo sobre la lengua de tierra que desde el muro va á concluir en las aguas. El marqués de Lede, sin embargo se apresuró á formalizar el sitio, porque el tiempo corria desfavorablemente para los españoles. El 14 de octubre se presentó á la vista de Melazzo con algunos cuerpos ligeros, dejando órden para que le siguieran con la mayor celeridad los restantes. Todos los españoles reunidos ante la plaza, formaban un total de seis mil hombres. Caraffa tenia siete mil infantes y mil caballos, y creyó que la ocasion era muy propicia para batir á los españoles antes que se reuniera el grueso de sus tropas. Con el dia 15 empezó el combate, próspero al principio para los imperiales, porque arrojando todo el golpe de su gente, le hicieron retroceder á pesar del brio

con que pelearon nuestros regimientos. El imperial Veterani, jefe de la caballería, creyó que terminaria gloriosamente el combate, arrojando trescientos ginetes sobre la espalda de la derecha española. Este movimiento podia ser ciertamente decisivo; pero le impidieron nuestros infantes oponiendo un muro de bayonetas á los caballos piamonteses. Mas Caraffa, seducido por el primer suceso, cometió la imprudencia de empeñar sus mejores tropas contra nuestro centro, sin haber destruido completamente nuestra izquierda. Lede esperaba con viva impaciencia este momento para castigar la osadia de su adversario. Los brillantes regimientos de guardias españolas y walonas que habian permanecido hasta aquí inactivos en la otra estremidad de la izquierda, avanzaron sostenidos por la brigada irlandesa y por dos escuadrones de caballería. Siguieron con el arma al brazo hasta ocupar los puestos avanzados de la izquierda, y revolviendo inmediatamente con un vigor incomparable, colocaron al enemigo entre dos fuegos. Entonces comprendieron los imperiales que su situacion era insostenible; pero como solo podian salvarse por medio de las lanzas y bayonetas españolas, resolviéronse á vender cara la victoria, y á espiar con honor la falta que habian cometido sus jefes.

Las nutridas descargas de los alemanes derramaron la muerte en las filas de la caballería española; pero ésta, obstinada en reportar el triunfo, se lanzaba sobre el enemigo con un ardor que con el peligro se iba acrecentando. Entretanto se rehacian los regimientos españoles que formaban la estremidad izquierda; practicaron con singular rapidez un movimiento de flanco, y despedazaron implacablemente el derecho de los alemanes. Por un instante conciben éstos la esperanza de salvarse, porque se estingue el fuego de nuestra infantería, falta de municiones; pero los intrépidos guardias se precipitan á la bayoneta sobre aquel enemigo, le ciñen, le acosan, é introducen el terror en su seno. Los imperiales se abandonan á la fuga; pero los ardientes españoles les persiguen hasta las puertas de la ciudad y logran cortarles otra vez á parte de aquellos la retirada. Estos, creyéndose siempre envueltos en una nube de enemigos, buscan la última salvacion en las aguas; mientras que bandas de diestros tiradores, despreciando heróicamente el fuego



de algunas naves inglesas y napolitanas, acribillan á balazos á los que se habian refugiado en este peligroso asilo.

La accion duró tres horas, y en ellas perecieron tres mil infantes alemanes. Mil mas quedaron prisioneros con los trescientos caballos veteranos á quien cupo tambien esta suerte. De los nuestros faltaron mil setecientos hombres. Apenas fenecido el combate, llegaron al campo español numerosos regimientos, con cuyo oportuno concurso no se hubiera salvado un solo aleman.

El marqués de Lede, que habia mostrado durante la batalla una habilidad y denuedo ejemplares, deslució sus laureles con su conducta posterior. Aconsejábanle los oficiales mas reputados que acometiera inmediatamente las trincheras enemigas, cuya posesion era de la última importancia, porque se impedia al enemigo que pusiera el pié sólidamente en la isla y se perfeccionaba la línea de circumbalacion. Este ataque ofrecia resultados fáciles, seguros y brillantes, porque veinte mil hombres embistiendo á cuatro mil desmoralizados y abatidos por la última derrota, apenas podian dudar de su victoria.

El marqués de Lede vaciló al principio; pareció adherirse despues á este dictámen, pero antes de que se resolviera, ya habian desembarcado doce mil imperiales con los que su número subió á diez y seis mil, escluyendo la guarnicion de Melazzo. El baron de Zuminghen, reemplazó al general Caraffa en el mando de estas tropas, y dictó las disposiciones mas vigorosas para cerrar las trincheras, que en efecto quedaron casi inespugnables.

Las órdenes de nuestro gobierno aumentaron la perplegidad del marqués de Lede (1719). El cardenal Alberoni le previno que conservase todo lo posible el ejército, y por una contradiccion fácil de concebir cuando se prescriben operaciones lejos del teatro en que han de verificarse, dispuso que se espugnaran las trincheras enemigas, lo cual era casi impracticable dentro de los límites de la prudencia.

Y no obstante, solo podia optarse entre este estremo peligroso y el mas sensible de levantar el cerco, cuya inutilidad se hacia por momentos mas patente, conservando abiertas el enemigo sus co-

municaciones marítimas. El sacrificio de su propia gloria es siempre muy dolorosa aun para los hombres mas circunspectos. Lede, aun conociendo la esterilidad de sus esfuerzos contra Melazzo, permanecia asido á sus trincheras; pero las abandonó al saber que un nuevo ejército de imperiales acababa de desembarcar en Olivieri. La retirada de los españoles se hizo con órden, aunque no exenta de precipitacion, pues dejaron en el campo todos sus enfermos, heridos, y gran cantidad de provisiones. Lede se detuvo en Rodi con ademan imponente; mas sabiendo que iba á su alcance el enemigo y no reputando buena aquella posicion, fué replegándose lentamente sobre Francavilla.

El nuevo ejército imperial constaba de doce mil infantes y dos mil caballos. Mandábale el conde de Merci, general de reputacion, quien atrayendo hácia sí el cuerpo de Zuminghen, logró formar una masa de veinte y cuatro mil hombres, número superior al de los españoles. Deseaba avistarles Merci, y al efecto rompió su marcha el 17 de junio, cruzando el rio Rofolino y enderezándose á Francavilla, sobre tres grandes columnas. Lede se formó en batalla, y le esperó apercibido al último trance; la posicion de los españoles era buena, cubierta con un ligero atrincheramiento, pero demasiado accidentada para que pudiese maniobrar nuestra caballería que llevaba grandes ventajas á la contraria. Lede tenia cubierto su frente por el Rio de Francavilla, apoyada la izquierda en el pueblo de este nombre; el centro y la derecha se enlazaban al través de un convento de capuchinos, bien presidiado y artillado. Una montaña con varios desfiladeros y desiguales crestas, se elevaba al otro lado de nuestra posicion, formando una estension de dos millas y un semicírculo cuya cuerda era, con bastante exactitud, el rio Francavilla.

Los alemanes desembocaron por esta montaña en la mañana del 19. Venian tambien en órden de batalla, agitando violentamente su ála derecha hácia el pueblo de Francavilla. El general Schendorf que la dirigia, cruzó intrépidamente el rio y atacó nuestra izquierda que dirigia el brigadier Tancour. El choque fué recio; la resistencia empeñada; Lede reforzó oportunamente á Tancour, con lo que el combate se hizo en estremo vivo y encarnizado. Tres veces fueron lanzados los nuestros de sus posiciones; tres veces las recobra-

ron con estraordinaria intrepidez; el número de los alemanes se aumentaba; su valor no se disminuia, y nuestra izquierda, para sostenerse, desplegaba esfuerzos sobrehumanos. La muerte de Tancour, que pereció noblemente animando á sus tropas, produjo en éstas profunda y dolorosa sensacion. Oprimido por los imperiales, replegóse al mismo tiempo el coronel Eslaba, y este movimiento determinó el de toda nuestra izquierda para articularse estrechamente con el centro. No obstante, el general Caracciolo, se obstinaba en mantener algunos puestos avanzados, mas este heróico ardimiento tuvo por recompensa una muerte gloriosa, aunque funesta para las tropas que conducia. Pegada nuestra ála izquierda al centro, su posicion se hacia casi inabordable. Pero Merci, en lugar de acometer el flanco de nuestra derecha, se empeñó en romper el centro, robustecido ahora tan considerablemente. Este pensamiento era temerario, porque nuestro centro, apoyado en Capuchinos, sostenido por la flor de las tropas españolas, no ofrecia lado alguno accesible. No obstante, la infantería imperial se condujo como si hubiera estado segura del triunfo. Inflamábala el mismo Merci con su presencia, buscando ávidamente el peligro, hasta que le halló en una bala que, hiriéndole gravemente, le obligó á retirarse. Ni esta desgracia pudo mitigar el ardor inaudito de los imperiales; cargaban á nuestra línea con ciego teson, y si eran rebatidos, sentian el contacto inmediato de los auxilios, que Merci, superior á sus dolores, y presente siempre su espíritu en el campo de batalla, enviaba sin cesar. Las columnas de ataque austriacas se iban nutriendo á espensas de sus estremidades, y momentos hubo en que casi todo el ejército imperial, conducido por los generales Zuminghen y Schendorf, vino á caer sobre nuestro centro. ¡Vanos y sangrientos esfuerzos! Los guardias españolas, colocados en aquella parte de la línea, y á las órdenes de Armendariz y marqués de Villadarias, jamás cedieron una pulgada de terreno; en aquel dia hubieran podido grangearse una reputacion de primer órden si ya no la tuvieran tan grande y esplendente. Sostenian esta invencible línea los guardias walones, y los regimientos de Utreck y Borgoña, cuerpos todos selectos y veteranos.

Una muy hábil disposicion de Lede aumentababa el quebranto

de los imperiales. A medida que estos eran repelidos por el centro, caian en brazos de los granaderos y dragones de á caballo, que apostados en la márgen del rio, acuchillaban fieramente á los alemanes. La noche, protegiendo la retirada de Merci, impidió que su destruccion fuera completa; sin embargo, dejaba tendidos en el campo mas de cinco mil hombres, y arrastraba penosamente mil quinientos heridos. Lede, que habia cometido una falta grave colocándose en una posicion que impedia el juego de su escelente caballería, pero que la habia compensado ventajosamente dirigiendo con una habilidad admirable la batalla, no supo sacar el gran fruto que de ella podia resultar á la causa española. Aconsejábanle sus mejores oficiales Montemar y Spínola, que persiguiese sin descanso al enemigo hasta arrojarle en el mar ó aconcharle en las costas de Melazzo. Ciertamente esta enérgica determinacion hubiera radicado el dominio de Felipe V en aquella isla, tal vez para siempre.

El ascendiente moral que adquirieron los españoles sobre su enemigo, hacia infalibles los resultados de esta maniobra. En efecto, se refiere que la presencia de algunos infantes nuestros llenó de pánico á batallones enteros de los alemanes, hecho que se concibe perfectamente, porque aquellos marchaban rodeados por la luz de tantas victorias cuantos habian sido sus marciales empeños.

A pesar de todo, Lede permaneció constantemente asido á su posicion de Francavilla; los imperiales se atrincheraron al principio en las gargantas de las montañas inmediatas, robusteciéronse despues con oportunos refrescos, y recobrando audazmente la ofensiva, conquistaron á Taormina con poca sangre, embistieron el castillo de la Mola, y aunque la guarnicion de la fortaleza, mayor que la de los muros, hizo inútiles sus esfuerzos, siguieron adelante y plantaron sus reales ante los muros de Messina.

Emprendióse el sitio de esta plaza en toda regla, y la defensa, encomendada al general español D. Lucas Spínola, fué singularmente heróica. Lede hizo un movimiento vacilante hasta Rameta, observó las posiciones del enemigo, creyólas inespugnables, y aunque el animoso Montaner le propuso un plan muy hábil para penetrarlas, no quiso aceptarle el marqués, perseverante siempre en su sistema de tibia contemporizacion. Mientras Lede deliberaba len-



tamente, aportó á Sicilia otro cuerpo de imperiales, consistente en ocho mil hombres, que dirigia el general Bonneval. Renovóse entonces el rigor contra Messina; la ciudad se rindió el 19 de agosto; pero Spínola, encerrándose en la ciudadela, se sostuvo allí cuanto cabia en la humana posibilidad. Rechazaron los españoles nueve asaltos; inmolaron á su furor un número considerable de enemigos, y solo cuando algunas brechas estaban ya tan practicables que podia avanzar por ellas todo el ejército enemigo, pidieron y obtuvieron una capitulacion de las mas honrosas. El sitio de la ciudad duró tres meses, concluyendo el 18 de octubre; los imperiales perdieron en él de doce á trece mil hombres; es decir, la mitad de su ejército. Se dijo que Spínola habia ofrecido sostenerse un mes mas si en este tiempo se le prometia competente auxilio; era poco probable sostener semejante oferta, porque la guarnicion habia perdido mil quinientos hombres, y el resto se hallaba estenuado por la fatiga; pero bien merecia que se hiciera un esfuerzo vigoroso para intentar el socorro.

Lede, sin embargo, no se movió hasta que sometidas la ciudad y la ciudadela, levantó su campo de la Rameta y fué á recogerse en la posicion de Francavilla.

Entretanto la fortuna parecia complacerse en destruir los gigantescos planes de Alberoni. La oculta trama que este dirigia contra el regente de Francia, duque de Orleans, se descubrió contra todas las probabilidades; una espedicion que habia mandado á Inglaterra para fomentar el partido de los jacobitas, fué en parte juguete de las olas y en parte de la impericia de los subalternos. Otra que estaba preparada en Santander para levantar ancla contra el duque de Orleans, quedó inmóvil por la apatía de su comandante Lezo, y el ardor guerrero de Cárlos XII se estinguió con su vida entre los hielos de Frederischat; y los turcos, atemorizados por la invencible espada del príncipe Eugenio, habian solicitado una paz para ellos mas util que honorífica. Así el emperador, libre de otros enemigos, podia arrojar todas sus fuerzas en Italia, mientras la Inglaterra y la Francia, desembozando completamente su enemistad, amenazaban invadir nuestro territorio.

No tardó esto en verificarse; un poderoso ejército francés, man-

dado por el duque de Berwick, puso sitio á Pasages, y aunque esta plaza se consideraba como llave sólida de aquella frontera, no opuso una defensa digna de su reputacion y del nombre español. Mas resistieron San Sebastian y Fuenterrabía, no tanto sin embargo como lo permitian sus recursos, capitulando la segunda cuando ya se hallaba poco distante el ejército español, á cuya cabeza marchaba Felipe V. No llegó, sin embargo, el caso de venir á las manos, porque nuestro ejército era inferior en número y calidad al de los franceses, ni queria el príncipe Pio ni el cardenal Alberoni aventurar la persona del rey al trance de una batalla desventajosa.

Toda la provincia de Guipúzcoa siguió la fortuna de los franceses; temíase que Berwick llevase sus armas hasta la línea del Ebro; pero éste que solo pretendia intimidar á nuestra córte sin empeñarse en conquistas impolíticas y casi imposibles de sostener, abandonó aquel teatro de operaciones y se trasladó con el nervio de su ejército á los pirineos orientales. Menos venturoso fué Berwick en este punto, pues si bien logró apoderarse de Urgel y atraer hácia sí varias partidas de miqueletes catalanes, no pudo penetrar en el corazon de Cataluña, faltándole las subsistencias y amenazándole de cerca el príncipe Pio con el ejército español procedente de Navarra.

Mientras estas tristes noticias circulaban por España, otra nueva tan infausta llegaba á oidos del gobierno.

Los ingleses, irreconciliables enemigos de nuestra prosperidad marítima, poco satisfechos con el estrago que los franceses hicieron en nuestras plazas marítimas, Pasages y Santoña, el cual no obstante se evaluó en setenta millones de reales, pretendieron destruir mas completamente los recursos que habia descubierto y reunido el luminoso genio de Alberoni, y al efecto se presentaron en las aguas de Vigo con una respetable armada, y cuatro mil hombres de desembarco. La escasa guarnicion de Vigo se recogió á la ciudadela, resuelta á defenderse con briosa constancia; mas abatióla el fuego de los morteros enemigos, y capituló el 21 de octubre. Los ingleses hicieron una rica presa, especialmente en armas y objetos de construccion naval, y se volvieron á sus puertos gozosos con tan breve y poco sangriento triunfo.

Estas desgracias precipitaron la caida del cardenal Alberoni. Ciertamente su sistema de guerra continental era tan insostenible y utópico, como brillante, fecundo y práctico el pensamiento de revindicar la Italia. Sin embargo, Alberoni con todos sus desaciertos hizo un gran servicio á la España, la de hacerla conocer sus inmensos recursos y dotarla de una consideracion bastante á estremecer las principales potencias de Europa. El mejor elogio que se puede hacer de Alberoni es esta juiciosa observacion, comun á todos los españoles sensatos de aquella época; que si Alberoni hubiera labrado la infelicidad de nuestra patria, no se habrian conjurado tenazmente para derribarle el Czar, el rey de Inglaterra y el regente de Francia, todos ellos, entonces, acérrimos enemigos del nombre español.

Derribado Alberoni (1720), alma y personificacion de la guerra, era consiguiente é inmediata la paz. Propúsola Felipe V con altivas condiciones, mas habiéndolas repelido la grande alianza, se adhirió el monarca español al tratado de la Haya. Este tratado nos arrebataba la Cerdeña y la parte que aun conservábamos en Sicilia. ¡Triste fruto de tantos y tan nobles sacrificios!

Durante este tiempo, Lede se habia resuelto á una batalla decisiva para proteger á Palermo que amenazaban sériamente los austriacos. Ocupaban éstos las posiciones de Santa-Ninfa; los españoles se estendian en semicírculo bajo el cañon de Palermo: ya habia ocurrido un choque violento entre los dos puestos avanzados, con ventaja y gloria de los nuestros; ya se movian las álas para formalizar el combate, cuando Lede recibió un pliego con la noticia de la paz. Inmediatamente lo participó al imperial Merci, quien mostró tan mayor júbilo, cuanto mas fundados eran sus rerecelos de recibir un nuevo desaire. El ejército español con toda su artillería, pertrechos y enseres, fué trasladado á nuestra península sobre buques ingleses.

Quiso el rey Católico utilizar estas escelentes tropas, y ninguna empresa era mas digna de su gloria que la de libertar la plaza de Ceuta asediada por los moros marroquíes hacia veinte y seis años. Habia en su campo una especie de poblacion bordeada por el mar y cubierta con muchas paralelas, en cuyas obras brillaba, mas que



la grosera inteligencia de los mahometanos, el genio científico de los ingenieros ingleses y holandeses.

Estos obstáculos no retrajeron, sin embargo, al marqués de Lede, jefe de la espedicion; llevaba diez y seis mil hombres, los mejores soldados de Europa, y aunque los moros tenian veinte mil en sus soberbios atrincheramientos, dirigió un ataque tan vigoroso y bien combinado con los fuegos de la escuadra, que los marroquíes, lanzados de una en otra posicion, se replegaron por último en la estremidad de su campo. Aquí sostuvieron todo el honor y peso del combate dos mil negros escogidos; pero su esfuerzo sirvió mas para proteger la retirada que para impedir fuese completa la victoria de los españoles. En los veinte y seis años que habia durado el sitio de Ceuta, habian perecido mas de cien mil moros, y en este último combate dos mil quinientos á tres mil, con pérdida de doscientos españoles entre muertos y heridos.

En tanto que las demas potencias se entregaban á profundas combinaciones diplomáticas para sostener el decantado equilibrio europeo, palabra capciosa que ocultaba en esta época mas convicciones reales que todos los proyectos de conquista en los siglos XVI y XVII, la corte española pensaba sériamente (1727) en espulsar á los ingleses de Gibraltar, arrancando esta espina clavada en la parte mas sensible de nuestros dominios.

El pensamiento era osado, sin duda, y mucho mas si se considera que ni dominábamos en el estrecho ni pretendíamos dirigir operacion alguna por la parte del mar. Hubo españoles muy acreditados que rechazaron como quimérica é irrealizable esta idea y aun el mismo rey la combatía; pero prevaleció el partido mas ardiente favorecido por el embajador imperial conde de Komigreg, cuyos grandes talentos fueron en esta ocasion fatales para nuestra patria.

Acordada definitivamente la empresa, se hicieron preparativos no despreciables, aunque insuficientes para llevarla venturosamente á cabo. Reunióse un ejército de diez y seis mil hombres, veteranos los mas, y se le dotó con la artillería necesaria, no escaseándole tampoco las subsistencias y demas recursos que requería sitio tan difícil y arriesgado. El conde de las Torres, designado por general



en jefe, vino de Nápoles donde á la sazon desempeñaba el cargo de virey, y dió todo el calor posible á los preparativos. Ignórase si el favor influyó algo en el nombramiento de Torres; pero ciertamente la eleccion habiera podido ser mas acertada. El conde de las Torres, militar de esperiencia y de sobresaliente denuedo, buen táctico y amante de la disciplina, tenia sin embargo un entendimiento opaco que no le permitia ver nada mas allá de las reglas aprendidas en los libros, y que por una desgracia confundia la omnipotencia del genio con los auxiliares que suministra la ciencia militar. Su presuncion, por otra parte, le hacia desdeñar los consejos agenos, y aun despreciar los favores de la fortuna, creyendo que eclipsaban la gloria de sus planes y concepciones. Torres, tan pronto como llegó á la córte, ofreció apoderarse de Gibraltar, y lo mas singular es, que repetia despues esta misma oferta cuando hasta el último soldado conocia que era mas que inverosímil.

Estimulado Torres por tan lisonjeras esperanzas, se presentó con su ejército á vista de Gibraltar el 13 de febrero. El ataque, segun la opinion mas ilustrada y dominante, debia dirigirse por la punta de Europa, mas vulnerable que otro alguno; mas Torres se propuso empezarle por el lado opuesto y se adhirió á esta idea con su inflexibilidad característica.

Aunque el sitio se emprendiera sin declarar préviamente la guerra á la Gran Bretaña, no estaba el gobierno inglés desapercibido, y como la conservacion de esta plaza afectaba al honor, á la gloria y al interés nacional, las tres fibras mas poderosas de un pueblo cualquiera, se enviaron desde luego respetables refuerzos á la guarnicion, y el pensamiento de arrostrar todas las eventualidades de una guerra antes de sucumbir en este empeño, descendió rápidamente desde el trono hasta las últimas clases de la sociedad inglesa.

El conde de las Torres tiró sus primeras paralelas sin que le molestase el enemigo; pero al intentar abrir las trincheras (22 de febrero), el gobernador de la plaza fulminó un fuego terrible de artillería sobre nuestros trabajadores que le soportaron con una intrepidez mas fácil de admirar que de apreciar. En los dias si-



guientes el fuego de la plaza se combinó con el de algunos buques ingleses anclados en la bahía. Sin embargo, los trabajos no se interrumpieron, aunque la duda empezó á brotar en algunos corazones.

En esta situacion, una casualidad inesperada pudo facilitar el logro de aquella empresa bien árdua. Algunos desertores españoles que estaban de guardia en la puerta de la plaza, ofrecieron su cooperacion á los marqueses Bay y Castelar (1), si se realizaba un golpe de mano con el sigilo y fuerzas competentes. Estos nobles y esforzados caballeros participaron al de Torres esta noticia, y solicitaron la honrosa comision de conducir las columnas al primero y mas fuerte peligro. Pero Torres, dominado por su presuncion ordinaria, respondió secamente: «que no queria mancillar el honor de las armas españolas, alcanzando el triunfo á costa de una traicion;» y ni todas las reflexiones, súplicas y promesas, pudieron alterar su dictámen. Prosiguióse, pues, el asedio, pero con mucha lentitud y grave daño de nuestras tropas. Precisamente el sitio elegido por el marqués de las Torres era muy estrecho, y no permitia estender los ramales de las trincheras hasta el punto suficiente á cubrir el flanco de los sitiadores.

La guarnicion, reforzada de dia en dia é inflamada con la palabra y el ejemplo del gobernador, jefe inteligente y soldado intrépido que en los setenta años conservaba todo el marcial ardor de la juventud, apercibió los impotentes esfuerzos de los españoles, y en vez de ceñirse á la defensa de los muros, abrió sobre el cuerpo del peñasco algunas pequeñas plazas de armas que se elevaban gradualmente en forma de anfiteatro y se protegian con sus fuegos. El que desde estas plazas dirigian los ingleses sobre nuestras tropas era tan nutrido y certero, que nuestros valientes soldados perecian á centenares, sin la esperanza de que su muerte fuera vengada noblemente, esperanza que dulcifica la agonía de un guerrero. Torres puso en juego numerosas baterías, y empezó á batir la plaza con indecible furia; pero como los disparos no alcanzaban á la cresta del

(1) Para comprender bien esto, es necesario advertir que por un rasgo de recíproca urbanidad caballeresca, se permitia á los oficiales españoles é ingleses recorrer el campo y la plaza siempre que se presentáran de dos en dos, y tomando las convenientes precauciones.



peñon, y era por lo tanto imposible demoler las baterías enemigas, solo produjeron un gasto inútil é inmenso de municiones y la destruccion de casi todas las fuerzas.

Convencido por fin de cuan infrnctuoso eran estos medios de ataque, viendo aniquilarse su ejército, víctima de las enfermedades, y del plomo enemigo, y atormentado por las justas reclamaciones de los jefes, el conde de las Torres concibió la quimérica idea de minar el peñon sobre el que se encuentra Gibraltar, esperando envolver á esta plaza entre las ruinas de su colosal cimiento. Los ingleses, que comprendieron al punto todo lo irrealizable de semejante proyecto, dejaron al conde que emprendiese y siguiese tranquilamente los trabajos, en los cuales se desplegó la misma actividad que si se hubiera tratado de una empresa digna de inmortal memoria.

Cuando los ramales estuvieron bastante adelantados, en el juicio de los ingenieros, jugó la mina con horrible estrépito; pero sin otro resultado que el abrir una profunda concabidad en el corazon de la roca, bastante, como dice no sin oportunidad y chiste un escritor de aquel tiempo, para remover el recuerdo de la cueva de Montesinos.

Todas las demas operaciones del sitio se redujeron á reparar los estragos que hacia en nuestras trincheras el fuego de la plaza, á contestar con otro estéril de artillería, sufriendo nuevas y considerables pérdidas, sin que el enemigo padeciese el menor quebranto. Por fortuna, para la reputacion del conde de Torres, y para la existencia de nuestro ejército, se formaron á principios de julio los preliminares de la paz, y á su tenor se suspendieron todas las hostilidades. Este malhadado sitio enjendró en los españoles la conviccion triste, como bien poco fundada, de que aquella plaza era inconquistable: y esta conviccion, que el tiempo y otras amargas esperiencias han robustecido, es el mas fuerte escudo que para su defensa tienen los ingleses.

Como desde principios del siglo el rayo de la guerra habia partido de España, y como la paz del continente se hallaba entonces (1732) mejor escrita en los tratados que grabada en los corazones,



las potencias europeas se alarmaron vivamente al saber que en nuestros puertos se equipaba una escuadra considerable. El invariable secreto que guardó el gobierno acerca de estos preparativos, aumentaron la inquietud general; ya la Inglaterra, la Holanda y el emperador volvian los ojos á Italia creyendo que descargaria en su seno esta nueva tempestad, cuando las positivas seguridades de los embajadores españoles calmaron ó disiparon sus recelos.

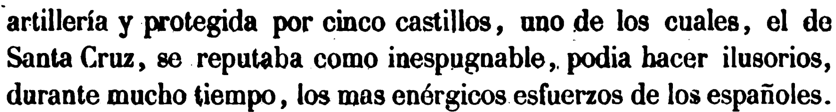
A la verdad, la espedicion tenia un objeto mas noble y glorioso, estaba destinada á la reconquista de Orán, plaza de que se habian apoderado los africanos, con el auxilio de los ingleses, durante nuestras convulsiones civiles (1708).

El conde de Montemar, distinguido ya por sus talentos y su carácter, fué el destinado para dar gloriosa cima á empresa tan importante. Veinte y seis mil hombres de escelentes tropas navegaban bajo sus órdenes á bordo de una escuadra compuesta de mas de sesenta embarcaciones, y escoltadas por doce navíos de guerra y siete galeras.

Este formidable armamento zarpó del puerto de Alicante el dia 15 de junio; pero contrariado por la fuerza del viento, tuvo que permanecer algun tiempo á la capa en Palos, y no surcó las aguas africanas hasta fines de este mes. No estaban desprevenidos los moros; temiendo que la espedicion española se dirigiese contra sus costas, habian discurrido varios espedientes para divertir ó inutilizar las tentativas de nuestro ejército, ya apretando rigurosamente el sitio de Ceuta, ya invocando en beneficio de Orán el socorro de los argelinos. El primer proyecto concebido por el renegado Riperdá (1) hubiera podido tener la última eficacia, porque nuestras tropas en vez de combatir á Orán habrian volado á la proteccion de Ceuta, plaza todavía mas interesante. Pero el emperador marroquí, despues de haberle aceptado con ardor, le repelió al cabo sin otro fundamento que la inconstancia característica de los moros. Desvanecido este pensamiento, solo quedaba á los moros el recurso de defenderse en Orán; mas la fortaleza de esta plaza, bien dotada de

(1) Habia sido primer ministro, duque y grande de España, y despues de muchas aventuras, dignas de una novela, pasó á Marruecos y logró captarse la confianza del emperador.





artillería y protegida por cinco castillos, uno de los cuales, el de Santa Cruz, se reputaba como inespugnable, podia hacer ilusorios, durante mucho tiempo, los mas enérgicos esfuerzos de los españoles.

El conde de Montemar, como hábil caudillo, se propuso desorientar al enemigo acerca del verdadero punto de desembarco, y vencerle moralmente antes de llegar al trance de las armas. Para realizar este doble objeto, dispuso que algunos buques hicieran rumbo hácia la cala de Arcés; el grueso de la escuadra, desfilando á la vista de Orán, desplegaba en majestuosa pompa sus flámulas y gallardetes, y las banderas correspondientes á diversas naciones (1). Al ver los moros esta armada, que el asombro calificó de inmensa, al ver tantas y tan diferentes banderas, creyeron que toda la cristiandad se habia levantado contra ellos, y que se realizaba entonces en el Africa la famosa prediccion del tiempo de las Cruzadas. Esta primera impresion influyó poderosamente en el éxito de la conquista.

Verificóse el desembarco el 29 de junio en la cala de las Aguadas, con todo el órden y precauciones que requiere operacion tan espuesta.

Los moros, conociendo el grave error que habian cometido no embarazando poderosamente el desembarco de nuestras tropas, pretendieron repelerle apoderándose de una fuente de agua dulce que habia á algunas leguas de distancia, y cuya posesion era de la última importancia en un clima ardiente y en el rigor del estío.

El conde de Montemar, que seguia con mirada de águila todos sus movimientos, trató de prevenirlos, y al efecto dispuso que algunas compañías de granaderos con una fuerte columna de caballería, mandados aquellos y ésta por D. Luis Patiño y el marqués de la Mina, ciñesen los flancos y retaguardia del enemigo, empujándole hácia el grueso de nuestras tropas. Si esta hábil operacion hubiera podido realizarse en todas sus partes, indudablemente los moros, cuyo número ascendia á dos mil ginetes y algunos infantes, habrian sucumbido completamente aconchados entre los bordes del mar y la falda de las eminencias que se levantan allí presen-

(1) Se habian embargado preventivamente gran número de buques mercantes de las naciones que hacian el comercio con España; circunstancia que esplica bien la diversidad de banderas.



tando un caprichoso panorama. La precipitacion de un cuerpo que hizo fuego inoportunamente sobre el enemigo, impidió que se consumara tan bella maniobra, porque los moros, adivinando la suerte que les esperaba, volvieron grupa, huyendo á todo el poder de sus veloces corceles.

Fenecida esta refriega, y habiendo ocupado nuestras tropas algunas montañas inmediatas, entre ellas la del Santo, que dominaba á Mazalquivir, esperaban los españoles que el enemigo se recogeria al recinto de esta plaza y de Orán, porque su muro hacia casi ilusorias las ventajas de la disciplina sobre el valor frio y obstinado. Pero esta esperanza se desvaneció á los pocos minutos. Una compañía de escopeteros de Tarifa, que impelida por su belicoso ardor se habia destacado algo de la línea que ocupaba el ejército, hizo fuego sobre algunos ginetes moros, mas intrépidos ó menos ágiles para retirarse. Al ver los moros el corto número de los que les seguian, cargaron sobre ellos, y si bien los nuestros resistieron desde luego y acertadamente, la falta de municiones les obligó á replegarse en demanda de eficaces auxilios. En efecto, volaron á contenerlos cincuenta dragones con un capitan. Pero aumentándose considerablemente el número de los enemigos, el conde de Montemar temió, y con fundamento, que los moros adquiriesen nuevos brios con la retirada de las tropas españolas, y para evitarlo dispuso que todo el ejército sostuviera el empeñado choque. La ejecucion de esta órden era muy árdua; lo accidentado del terreno, la fatiga é intensa sed que esperimentaban los nuestros, y el aspecto de veinte mil moros con dos mil turcos pertenecientes á la guarnicion de Mazalquivir, podia retraer á los ánimos mas determinados. Sin embargo, nuestros heróicos soldados se lanzaron al combate con ejemplar decision. La izquierda, mandada por el conde de Marcillac, hizo un pequeño rodeo para dominar el flanco de la montaña y cortar al enemigo en retirada sobre el Mazalquivir; el centro y la derecha avanzaron por el frente de la misma montaña con paso lento y seguro para hacer completa la combinacion. El cuerpo de Marcillac alcanzó todo el honor y gloria de este dia; ni el fuego vivísimo de los moros, ni el choque irresistible de aquellos africanos rápidos é impetuosos como el viento de su abrasada zona, pudieron resistir á nues-

tros soldados. Marcillac, que no podia subir la montaña á caballo ni á pié, por su escesiva obesidad, iba sobre los hombros de cuatro granaderos distribuyendo dinero á los guardias walonas, que mas estímulados por el noble ejemplo de su jefe que por aquel interés, hicieron prodigios de valor. Sosteníanlos vigorosamente el marqués de Villadarias y D. Alejandro La Mothe, quien haciendo un esfuerzo estraordinario, logró enseñorearse completamente de la montaña del Santo, donde al principio habia fijado algunas fuerzas españolas, aunque con poca solidez. Los moros fueron repelidos de una en otra eminencia y arrojados al fin en la fuga mas desordenada; los dos mil turcos que guarnecian á Mazalquivir intentaron recogerse á esta plaza; pero viendo cortada la comunicacion, siguieron el cobarde ejemplo de los demas. Mazalquivir se rindió á las primeras intimaciones, pues por una imprevision singular, solo habian quedado en ella noventa hombres incapaces de manejar lar armas.

Esta accion, aunque larga y penosa, no fué sangrienta, porque los turcos y los moros, malos tiradores de ordinario, mostraron entonces mayor ineptitud, ya por el terror de que se hallaban poseidos, ya tambien por las desigualdades del terreno. Treinta muertos y ciento cincuenta heridos formaron la pérdida total de los españoles; la del enemigo debió ser mucho mas considerable, pues en nuestras veteranas tropas concurrian circunstancias opuestas; mas no pudo saberse por la costumbre que tienen los mahometanos de ocultar sus cadáveres.

Fué tan profunda la consternacion de los moros, que lejos de encerrarse en Orán y esperar allí el auxilio de las tropas argelinas, evacuaron presurosamente su recinto, llevándose los enseres mas preciosos, pero dejando en él mas de ciento treinta piezas de artillería con una cantidad considerable de víveres y municiones. Al dia siguiente (1.° de julio) entró el ejército en aquella plaza, una de las mejores llaves del Mediterráneo, plantando sus triunfantes banderas sobre los mismos muros bendecidos por Cisneros.

Un grande pensamiento surgió entonces en la guerrera imaginacion de Montemar, mas útil sin duda para la verdadera grandeza de España, que cuantos se plantearon en la época de nuestra re-

generacion. Creyó que esta coyuntura era propicia para llevar el fuego de la guerra hasta los muros de Argel, y aun introducirle en el seno de esta orgullosa república que tenia los mares infestados de piratas con mengua del comercio y vergüenza de la humanidad civilizada. Todos los elementos materiales y morales que tenia á su disposicion Montemar, convidaban á la realizacion de esta feliz idea: una escuadra poderosa y bien equipada, un ejército valiente, disciplinado y entusiasta, víveres y municiones en abundancia, la estacion oportuna para vogar sobre aquellas procelosas aguas; las comunicaciones con España fáciles, breves y bien aseguradas; el nervio de las fuerzas argelinas fuera de aquella plaza con el objeto de acudir al socorro de Orán, y la consternacion de los moros tal y tan profunda, que muchos comerciantes se habian salido de Argel para no esponerse á los horrores de un asalto ó de un saqueo. ¿Qué mayores incentivos necesitaba el genio y el calor para lanzarse en un porvenir de gloria y de fortuna? Pero Montemar, retenido por sus limitadas instrucciones, no se atrevió á dar un paso de tanta trascendencia, y aunque se ignora si llegó su proyecto á noticia del gobierno, lo cierto es que no se resolvió á ponerle en planta. Un pueblo ligero, voluble, impresionable como el africano, pasa de uno á otro sentimiento opuesto, y en el mismo grado que se mostró abatido durante los primeros esfuerzos de la invasion española, así mostró nuevo aliento al ver á nuestras victoriosas tropas sumergidas en la inaccion. Un cuerpo de quinientos caballos se arrojó sobre nuestros forrajeadores con aquel ímpetu brioso de los númidas que hacia confundir á veces la amenaza con el golpe. Dirigióse á sostenerlos el duque de San Blas á la cabeza de un pequeño destacamento; pero los moros, singularmente diestros en la guerra de emboscadas, atrageron á una al duque y le rodearon con otros dos mil ginetes. San Blas murió peleando esforzadamente; mas de cien soldados españoles con algunos oficiales de distincion, perecieron en la retirada; algunos otros quedaron prisioneros, y se reputaron felices los que, aun perdiendo la honra, pudieron salvar su vida por medio de una fuga precipitada.

Este rasgo de audacia hizo conocer á Montemar que su enemigo era menos débil que denodado, y resuelto á escarmentarle, dispuso

en los dias siguientes 21 y 23 de julio, dos salidas que se efectuaron con poco fruto, porque los moros huyeron conservando la integridad de sus fuerzas. Queria tambien el conde espeler de Mostagan al bey Hasem-Mustafá, y para lograrlo ordenó que la escuadra española remontase el Mediterráneo, mientras el marqués de Villadarias, con su grueso, avanzaba por tierra en consecucion del mismo objeto, no tan difícil como importante. Pero la escuadra, contrariada por los vientos, no pudo llegar á su destino; y Villadarias, sin apoyo, se vió precisado á volver con sus tropas á Orán.

Tal vez Montemar hubiera insistido en sus proyectos, á no haber recibido órden terminante de la córte para reembarcarse sin demora. Verificólo el 1.º de agosto, llevando la mayor parte de su ejército, y dejando en Orán ocho mil hombres, bajo la conducta del marqués de Santa Cruz, oficial de eminentes cualidades que, dotado de un talento poderoso, habia sabido unir con el áspero ejercicio de las armas el suavo cultivo de las letras.

Bien se necesitaban sus cualidades para sostener aquella conquista. Los moros, inflamado su ánimo por la ausencia de nuestro ejército y escuadra, se propusieron arrebatarnos la plaza, ó por lo menos alguno de los castillos que la circundaban y protegian. Engreido por esta idea, el bey Mustafá avanzó á la cabeza de doce mil hombres y atacó con obstinada furia el de San Andrés; pero el nutrido fuego que hizo la guarnicion sobre aquella masa que combatia al descubierto, causó en ella considerable estrago, y al fin, la fuga mas desconcertada. Dejaron los moros en el campo dos mil cadáveres; y el bey Mustafá, movido por su piadoso celo, envió un mensajero al gobernador suplicando que les diera sepultura.

Mustafá, tan duramente escarmentado, no repitió sus ataques; pero los argelinos, mejor disciplinados, endurecidos en una vida llena de arriesgadas aventuras, y mandados por jefes intrépidos, podian inspirar mas sérios temores. Ya en los primeros dias de octubre se presentaron ante la plaza con fuerzas respetables, alguna artillería y una escuadra protectora. El castillo de Santa Cruz fué desde luego el blanco de sus esfuerzos, y aunque la guarnicion hizo prodigios de intrepidez, rechazando cuantos asaltos intentaron,

no desistieron sin embargo, firmemente persuadidos que el tiempo siempre concede ventajas al número sobre el valor.

Tambien lo comprendió así el marqués de Santa Cruz; asistido por los refuerzos que acababan de llegar de España, se propuso hacer una vigorosa salida para escarmentar recientemente al enemigo, incapacitándole para cualquier tentativa ulterior.

El dia 21 de noviembre, despues de haber asegurado completamente la plaza y los castillos, avanzó el marqués sobre el campo contrario, á la cabeza de ocho mil hombres. El plan de ataque era muy hábil y acomodado á las circunstancias, naturaleza del terreno y á la índole de los enemigos.

Los marqueses de Valdecañas y Bay marcharon por la derecha é izquierda comprimiendo los flancos de los argelinos, mientras que el gobernador con seis batallones, formados en cuadro, y cuatro piezas de campaña, despedazaba su frente embistiéndole con imponderable brio. El choque fué sangriento, y obstinados los moros, demostraron una tenacidad estraordinaria y no cedieron el terreno hasta que esperimentaron pérdidas muy considerables. Siguieron los nuestros el alcance con ardor mas que prudente, cebándose en la retaguardia enemiga y sembrando aquel campo de muertos y moribundos.

Pero no tardó en alterarse la fisonomía de la accion. Rehiciéronse los moros en el borde de un profundo barranco, abierto en la falda de una eminencia, y desde allí lanzaron su caballería, que secundó rápida y enérgicamente la infantería. Los españoles, inflamados por el cebo de la persecucion, habian roto sus filas, y cargados en esta coyuntura peligrosa, vacilaron al principio, abandonándose despues á la fuga. Allí se hubiera perdido la mayor parte de la guarnicion española, y con ella la plaza de Orán, sin el denuedo heróico de Santa Cruz, que se precipitó en medio del torrente enemigo con algunas tropas de refresco. Este golpe imprevisto desconcertó á los moros, quienes se detuvieron en su victoriosa marcha, dando lugar á los españoles para que se reorganizasen; pero el ilustre marqués perdió la vida en lo mas recio de la pelea, terminando con gloriosa muerte una existencia que servia de orgullo á su patria.

Aunque el combate se hubiese restablecido, todavía era muy crítica la situacion de los españoles; porque los enemigos, hallándose sobre una llanura ancha y despejada, podian hacer jugar con grandes resultados su numerosa caballería. Con efecto, ya habian destinado un cuerpo de mil quinientos ginetes para cortar la retirada de los nuestros; maniobra audaz, pero cuya realizacion habria adjudicado la victoria á los argelinos. Por fortuna, algunos refuerzos españoles pertenecientes á los regimientos de Ultonia y Aragon, que acababan de desembarcar atraidos por las detonaciones, volaron al campo de batalla y se hallaron frente de los mil quinientos caballos moros que habian descrito una curva bastante estensa para ocultarse á la vigilancia de los nuestros. Verlos, acometerlos con admirable ardimiento, y derrotarlos, fué todo obra de pocos instantes; los moros, repelidos, se abrigaron sobre el cuerpo principal de sus columnas, é introdujeron en ellas algun desórden. Al mismo tiempo, los refuerzos se enlazan enérgicamente con la guarnicion, y recobrando esta la ofensiva, encierra al enemigo en sus trincheras, penetra en ellas y le precipita en la fuga mas tumultuosa.

No obstante, renovaron los moros al dia siguiente su tentativa, restituyéndoles su perdido aliento la muerte del gobernador marqués de Santa Cruz; pero solo lograron aumentar sus pérdidas y su ignominia. Se calculó en diez mil el número de los moros que perecieron en estos diferentes combates, y en mil seiscientos el de los españoles que fueron muertos ó cayeron prisioneros, cabiendo esta última desgracia al marqués de Valdecañas, digno por su generosa intrepidez de llevar un apellido que tanto habia ilustrado su padre.

Casi simultáneamente (el 16 de octubre) un ejército marroquí, compuesto de treinta y seis mil hombres, bajo la direccion de Ripperdá y á las inmediatas órdenes del renegado francés Alí-Bey, se echó sobre Ceuta resuelto á penetrar en su recinto. Noticioso de este designio el gobernador D. Antonio Manso, trató de prevenirle saliendo de la plaza en la alborada del 17, con cinco mil hombres de línea y quinientos presidarios. Avistóse pronto con la vanguardia

enemiga, la atacó con furor, y sin dejarla respirar un instante, pudo arrollarla sobre el grueso de su ejército. Hallábase este protejido por una pequeña trinchera; pero este obstáculo solo sirvió para exaltar el denuedo de los españoles, que penetraron hasta el Serrallo de donde huyó en camisa el general Alí-Bey. El resto de la accion fué mas bien carnicería que combate; la mayor parte de los moros debieron su salvacion á su agilidad y al conocimiento práctico del terreno, dejando en el campo cerca de tres mil cadáveres. Los españoles alcanzaron este triunfo con la insignificante pérdida de quince hombres muertos y ciento cincuenta heridos.

El sosiego aparente que se observaba en Europa despues de los tratados de Utreck, Lóndres y el Haya, era mas bien un largo armisticio que una verdadera paz. Nadie creia que fuese sólida porque habia dos grandes intereses, enemigos naturales, el de la España y el del imperio, y dos grandes ambiciones prontas siempre á inflamarse con el contacto de las circunstancias, la de la Francia y la de las potencias marítimas Inglaterra y Holanda. Se esperaba generalmente que el principio de la guerra brotaria del corazon de Italia. ¡Triste privilegio de este desgraciado pais donde el infante español D. Cárlos habia adquirido la soberanía de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, no obstante la oposicion, aunque indirecta que le habia hecho el emperador! Sin embargo, y contra la comun espectativa, el fuego de las hostilidades se encendió en el norte y en el seno de Polonia (1733). Este pequeño pais, con una constitucion viciosa y con vecinos poderosos, atormentado á la vez por el espíritu de discordia intestina y por la influencia estranjera, habia colocado sobre su trono á Estanislao Leszczynski, protegido por Cárlos XII rey de Suecia. La fortuna del polaco estaba íntimamente ligada á la del sueco, y cuando este cayó prisionero en la batalla de Pultowa, Estanislao descendió del sólio para dejarle á su competidor Augusto de Sajonia, que marchaba precedido por las bayonetas rusas. La muerte de Augusto y la circunstancia de ser Estanislao yerno del rey cristianísimo, hicieron surgir una conflagracion europea. Como la corona era electiva, la Francia y el Austria presentaron sus candidatos, el uno era Estanislao, á quien asistian la justicia y el voto de muchos nobles polacos; el segundo, Augusto,

elector tambien de Sajonia, é hijo del último rey, quien tenia en su abono grandes parciales y la influencia inmediata y poderosa del emperador. Hubo, en efecto, dos elecciones en las que fué declarado Estanislao rey de Polonia y gran duque de Lituania; mas la parcialidad opuesta la calificó de precipitada y confirió los mismos títulos al elector Augusto. El rey de Francia sacó la espada resuelto á sostener los derechos de su suegro; el emperador se armó fuertemente y el estrépito de los aparatos militares se dejó oir desde los bordes del Sena hasta los del Vístula. El rey de Cerdeña no tenia interés alguno para adherirse á esta guerra dinástica; pero ardia en deseos de vengar los agravios recibidos de la córte de Viena, y nunca podia hacerlo mejor que bajo el amparo de los franceses. Tampoco Felipe V llevaba sus miras á la cuestion del norte; mas como le importaba arrancar parte de los estados eclesiásticos al emperador, se lanzó resueltamente á la carrera de las conquistas. Bajo estos auspicios se formó una triple alianza entre el rey cristianísimo, el católico y el sardo, cuyo objeto era restablecer á Estanislao en su trono. Espulsada de todas las posesiones de Italia, la Inglaterra adoptó la neutralidad armada, pronta á volar en socorro del emperador si este príncipe se hallaba muy oprimido. Venecia siguió la misma línea de conducta; mas el Papa, sin mostrar una actitud decididamente hostil hácia los imperiales, protegió las operaciones de los españoles, sabiendo por esperiencia que nuestro establecimiento en Italia era menos despresivo del esplendor pontificio que el de los austriacos. Los galo-sardos abrieron la campaña con los mas ruidosos y sorprendentes triunfos. Su ejército, compuesto de sesenta mil hombres y acaudillado por el rey de Cerdeña y el eminente Villers, se apoderó del Milanesado en menos de dos meses, rindiéndose hasta la ciudadela de Milan, cuyo gobernador, conde de Rugh, hizo una bella y vigorosa defensa. Al mismo tiempo Berwick espugnó el fuerte de Kell, abriéndose una puerta para penetrar en Alemania.

Entretanto la flota española habia llegado á Liorna conduciendo un ejército de veinte y seis mil hombres, á las órdenes del conde de Montemar. El príncipe D. Cárlos, gran duque de Parma y Toscana, fué nombrado por su padre generalísimo de estas tropas.

El pensamiento de nuestra córte era el de recobrar los reinos de Nápoles y Sicilia; pero mientras llegaba la estacion propicia para las grandes operaciones, el conde de Montemar lanzó algunos destacamentos sobre los ducados de la Mirándola y Massa, y el principado de Piombino; éste y la Mirándola se sometieron con breve resistencia, y la duquesa de Massa admitió en su capital una guarnicion española.

Emprendióse la conquista de Nápoles (1734) bajo los auspicios mas lisonjeros. Una escuadra española mandada por el conde de Clavijo, se presentó en las aguas de Nápoles, á cuyo aspecto los habitantes de esta populosa capital dieron las pruebas mas inequívocas de júbilo. Todos los corazones napolitanos respiraban ódio hácia la dominacion alemana; á la verdad se habia hecho opresora, pero este pueblo, como todos los oprimidos, solo podia dejar de ser versátil cuando recobrara su independencia. Alarmado el virey imperial, marqués de Visconti, y no conceptuando prudente permanecer en el seno de una poblacion desafecta, salió de Nápoles, dejando bien guarnecidos los castillos. Todas las fuerzas alemanas existentes á la sazon en este reino, consistian en doce ó catorce mil hombres, número insuficiente para contrarrestar á los españoles en campo abierto, pero bastante para entorpecer su marcha, bien al abrigo de una línea atrincherada, ó ya encerrándose en algunas plazas fuertes. En esta idea guarneció poderosamente á Pescara, Cápua y Gaeta, y situó al general Traun con cinco mil soldados, en la escelente línea de San German inmortalizada por el genio de Gonzalo.

El ejército español, reforzado hasta el número de cuarenta mil hombres, descendió á paso de gigante por los estados pontificios y se presentó en Truchione el dia 25 de marzo. Cuando el infante llegó á este punto, salieron á recibirle los diputados de muchas ciudades, ofreciéndole el homenaje de su lealtad. Nunca habian sido tan sinceros los napolitanos como en esta ocasion, porque D. Cárlos habia sido nombrado por su padre rey de Nápoles y de Sicilia, y saludando á este príncipe saludaban la aurora de su independencia, oprimida por mas de dos siglos. El nuevo rey acabó de grangearse las voluntades con algunos actos de política magnánima, en términos, que á

los mas resueltos parciales de la casa de Austria se les cayeron las armas de la mano.

La marcha de D. Cárlos á la capital fué una verdadera ovacion. Ni una sola bayoneta enemiga se cruzó en su camino, porque Traun, sintiéndose demasiado débil en la avanzada posicion de San German, se replegó lentamente bajo el cañon de Gaeta. El nuevo monarca recibió en Anversa las llaves de Nápoles, é hizo su entrada en esta capital el 10 de mayo rodeado por una multitud ébria de júbilo y de esperanza.

Los cinco castillos denominados el Ovo, Nuovo, San Telmo, San Vicencio y Toncon de Carmelitanos, que conservaban todavía los imperiales, destituidos de todo socorro, se rindieron sucesivamente, no sin oponer antes una resistencia gallarda.

A pesar de estos rápidos progresos no debia creerse asegurada la conquista de Nápoles. El virey imperial Visconti permanecia siempre en el territorio de Bari, tendiendo sus dos brazos para recibir y sostener los refuerzos que esperaba de Sicilia y Alemania. Su cuerpo de ejército, que bajo Traun solo constaba de cinco mil hombres, habia ya ascendido á nueve, y se acrecentaba sucesivamente con las guarniciones que evacuaban algunas ciudades y fortalezas.

Bien conocia D. Cárlos que sin destruir este núcleo de resistencia, quedaba otra vez en litigio su corona; pero como las tropas de España se habian derramado en todas direcciones á fin de someter algunos puntos en que ondeaba el estandarte imperial, era bien difícil reunir al pronto un caudal de fuerzas suficiente para dar feliz cima á empresa tan importante.

La actividad y talentos del conde de Montemar superaron estas dificultades, y colocándose á la cabeza de doce mil hombres, se dirigió audazmente en busca del enemigo.

Noticioso Visconti de su marcha, abandonó á Tarento y se atrincheró en Bitonto, en una posicion que se creia inespugnable. La cabeza del ejército austriaco estaba apoyada en Bitonto, y su frente cubierto por cuatro órdenes de tapias semicirculares y muy sólidas, cuya elevacion era de cinco piés. La caballería alemana cerraba la estremidad izquierda de esta línea, estendida en la distancia de un

cuarto de legua, y podia evolucionar fácil y ventajosamente sobre las faldas de la eminencia, centro de la posicion; en la derecha el semicírculo de tapias se enlazaba enérgicamente con la cresta de la colina y no permitia acceso alguno.

Cuando los marqueses de Pozoblanco y Castelar, persiguiendo con la caballería española á algunas partidas enemigas, descubrieron esta formidable posicion, volvieron grupa para anunciar al de Montemar las numerosas ventajas que Visconti habia logrado descubrir en aquel terreno privilegiado.

Pero Montemar no se intimidó con estas noticias; sabia que no hay nada imposible al verdadero valor; conocia el de sus tropas y fiaba en su fecunda esperiencia. Decidido el ataque, avanzó todo nuestro ejército, dividido en seis columnas, sobre las trincheras imperiales. Precedíanle los gastadores armados competentemente para derribar las tapias, yendo todo el golpe de la caballería á la izquierda á fin de dar sobre el flanco de los alemanes.

Nuestros ginetes, en efecto, empezaron la accion; su primera carga fué tan terrible, que la caballería imperial se desbandó, lanzándose fuera del campo en el mayor desorden y huyendo perseguida ardientemente por la nuestra, que no la abandonó hasta que pudo encerrarla en la ciudad de Bari.

La fuga de la caballería dejó sin apoyo el centro de los alemanes, sobre el que se arrojó con denuedo heróico el conde de Maceda á la cabeza de una columna. Pero la infantería alemana se mantuvo por algun tiempo fiel á su grande reputacion, y solo la tenaz intrepidez del conde de Maceda pudo comprimir aquel centro erizado de bayonetas y rodeado por una columna de fuego. Cuando Montemar advirtió que vacilaba el centro enemigo, dió la órden para un ataque general. Los ágiles españoles trepan por aquellas tapias sobreponiéndose á los lentos trabajos de los gastadores. Los alemanes, mas bien heridos de terror que debilitados por sus pérdidas, pretendieron retirarse con cierto órden; pero acometidos de nuevo con ímpetu incomparable, envueltos, desorganizados, rindieron muchos las armas, y los demas se refugiaron con su jefe Radoschi en la ciudad de Bitonto. Montemar, que no queria dejar su triunfo incompleto, marchó al punto sobre Bitonto. Radoschi ensayó de-



fenderse al abrigo de la muralla; mas destituido de toda esperanza se entregó prisionero con sus tropas. No fueron mas felices los ginetes encerrados en Bari. Amenazados vigorosamente por Montemar, y sobrecogidos por la impresion de su reciente derrota, se sometieron estipulando únicamente la conservacion de su vida.

Mil doscientos imperiales la perdieron en el sitio de la accion; ocho mil quedaron prisioneros, y por un fenómeno bastante raro en la historia militar, de todo el ejército enemigo solo se salvó el general Visconti con dos ó tres oficiales. Alcanzaron los españoles triunfo tan inaudito con la ligera pérdida de ochocientos hombres entre muertos y heridos. Su gloria fué tan inmensa como estraordinario habia sido el suceso, y su caudillo Montemar, á cuya feliz audacia y atinadas disposiciones se debia principalmente la victoria, recibió de los reyes de España y Nápoles el título de duque, con otras relevantes mercedes y gruesas pensiones.

La batalla de Bitonto decidió la suerte de Nápoles. Si se hubiera diferido algunos dias mas, podia haberse alterado profundamente la fisonomía de la campaña, porque seis mil enemigos estaban para desembarcar en Trieste.

El ascendiente de esta victoria se hizo sentir en toda la estension del reino. Cortona, Gallípolli, Brindis y Aquila, sujetos todavía al dominio imperial, se sometieron despues de breve resistencia; no asi Pescara que opuso una muy briosa aunque igualmente inútil. La fuerte Gaeta, el baluarte de Nápoles, capituló á los siete dias de haberse abierto la trinchera; y Cápua, donde el general Traun habia sostenido cuatro meses de bloqueo, desplegando sumo valor é industriosa actividad, siguió al fin el ejemplo de las otras plazas.

La conquista de Sicilia fué obra de dos meses. Coadyuvaron á ella poderosamente los mismos naturales, cuyo afecto al nombre español era bien conocido; los duques de Montemar y Liria, rivalizando en pericia y denuedo, lograron mantener siempre en auge la primera impresion favorable. El virey imperial de Sicilia, conde de Sástago, mas bien por sostener su honor militar que la obediencia austriaca en aquella isla, se esforzó á conservar algun



tiempo la ciudadela de Messina y la plaza de Siracusa; mas hubo finalmente de entregarlas salvando las guarniciones que habia en ellas.

De este modo, y en una sola campaña, revindicó Felipe V los reinos de Nápoles y Sicilia. La dinastía borbónica adquirió una nueva corona; pero la España no ganó una sola pulgada de terreno.

No hay paz alguna sólida cuando no se funda en la armonía de intereses recíprocos.

Subsistian en deplorable antagonismo los de España é Inglaterra, porque la una no podia ver sin disgusto algunas de sus principales plazas en manos de su insidioso y perseverante enemigo, ni la otra soportar el menor indicio de competencia por toda la estension de los mares. Artículos mal definidos en el último tratado, dieron lugar á violentas interpretaciones; las negociaciones diplomáticas adquirieron cada dia mas acritud, y fué preciso apelar á la fuerza, última sancion de los derechos controvertibles. El gabinete de Saint-James arrojó el guante, y el de Madrid se apresuró á recogerle con avidez.

Creyeron los ingleses con fundamento que los golpes mas sensibles para España debian descargarse sobre sus posesiones de América, y al efecto equiparon dos escuadras mandadas respectivamente por el almirante Vernon y el comodoro Anson. Vogó el primero á vela tendida por el golfo Mejicano, puso el pié en la isla de Antigoa, y reembarcándose con celeridad, amenazó vigorosa, pero inútilmente, al puerto de la Guayra.

Hizo seguidamente rumbo hácia Portobelo, cuya plaza, abandonada por casi todos sus habitantes, se entregó á las primeras intimaciones.

Ensoberbecido con este fácil y estéril triunfo, el inglés se volvió á la Jamaica (1741) para darse la mano con el almirante Wentworth, que conducia una escuadra de veinte y un navíos, montada por nueve mil hombres. Fuerzas tan imponentes, fomentaron en tales términos el orgullo del británico, que Vernon y Wentworth concibieron el audaz proyecto de penetrar en Cartagena, plaza de la mayor consideracion y llave de la América española por aquella parte. La empresa era tan árdua como importante, porque Carta-

gena, bien fortificada, bien artillada y protegida por los castillos de Bocachica, San Lázaro y Santa Cruz, podia hacer ilusorios los mas sérios esfuerzos de los sitiadores. Era su gobernador D. Sebastian Eslaba, militar probado en lances muy críticos, asistido de un valor frio é impasible, y de una tenacidad á prueba de los mas duros acontecimientos. La guarnicion, aunque débil al principio, recibió un refuerzo poderoso y oportuno por la diligencia esquisita de D. Blas Lezo. No obstante, fué tan brioso y bien concertado el ataque que los sitiadores dirigieron contra Bocachica, que lograron apoderarse de esta interesante fortaleza, inutilizando tres de nuestras mejores baterías. Vernon, olvidando ó desconociendo el carácter de sus enemigos, creyó segura la conquista de la plaza, y aun cometió la arrebatada imprudencia de participárselo asi á su gobierno.

Bien pronto hubo de conocer, sin embargo, que la fortuna se complace en abatir á los presuntuosos. Despues de un cañoneo vivo y prolongado, apareció una brecha practicable en el castillo de San Lázaro; abalanzáronse los ingleses sobre ella con imponderable intrepidez, pero detenidos por la contraescarpa y abrasados por el fuego de los españoles, perecieron allí muchos y los que lograron salvarse emprendieron una retirada laboriosa y difícil. Pero saliendo en este instante de la plaza un cuerpo de tropas españolas, acometió por el flanco á los despavoridos ingleses y precipitó sus quebrantadas reliquias en las naves de donde habian salido. Todavía intentó Vernon otros dos ataques con fuerzas de refresco; pero duramente escarmentado tuvo por fin que retirarse con grave mengua de su gente y mayor aun de su reputacion. No fué mas feliz delante de la isla de Cuba, y estos repetidos descalabros le obligaron á refugiarse aceleradamente en las aguas de la Jamaica.

Tampoco obtuvo prósperos resultados el comodoro Anson. Repelido vigorosamente de la Carolina por D. Manuel de Montran, gobernador de San Agustin, enderezó la proa hácia el estrecho de Mayre cuando supo que el español Pizarro le perseguia á toda vela. Rehusaba Anson obstinadamente el combate, pero no hubiera podido evitarle sin una tempestad que dispersó los buques españoles y

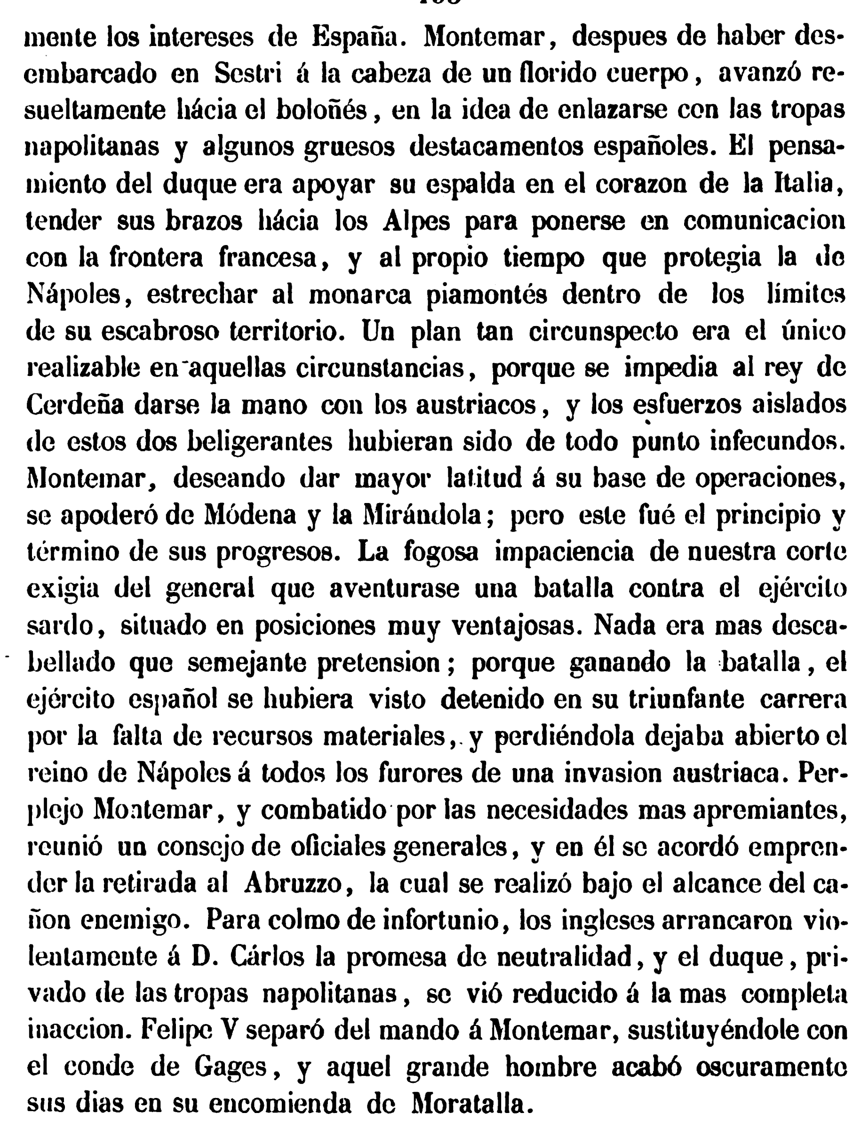
le dejó al mismo sin mas que un solo navio de linea. Esta terrible circunstancia tan funesta á los intereses de Inglaterra, redundó en gloria del comodoro, quien se acreditó de hábil marino dando con aquel solo navío una vuelta alrededor del globo y llegando incólume á Europa al cabo de tres años.

Sucesos de mas bulto ofrecia la guerra europea (1742) conocida generalmente con el nombre de pragmática sancion.

Acababa de ceñirse la diadema imperial María Teresa, princesa de singulares dotes, honra de su sexo y de su siglo, y aunque sus derechos se hallaban, al parecer, garantidos por una pragmática de su padre Cárlos VI, no por eso dejaron de estallar súbitamente poderosas rivalidades. La desagradable sensacion que debia producir en los varoniles pechos alemanes el ver sentada á una mujer sobre el sólio de los Césares, y mas que todo los grandes recursos con que contaban sus competidores, dieron pábulo á una de las mas memorables guerras que figuran en esta época turbulenta. Declaráronse desde luego como tales el elector de Baviera y el rey de Polonia; el de Prusia, por su parte, aspiraba á redondear sus dominios á espensas del combatido imperio, y Felipe V, que sabia por una amarga esperiencia cuán difícil es sostener un trono ilegítimamente adquirido, no vaciló, sin embargo, en resucitar sus pretensiones sobre Italia, aprestándose á la lid con toda la actividad que permitian sus medios. El rey de Nápoles se adhirió espontáneamente á la causa española; la Inglaterra y la Francia, muy reservadas al principio, y obedeciendo por fin á su natural antagonismo, se armaron con toda la ostentacion de su poder; esta como aliada del bávaro, y aquella como auxiliar ardiente de la emperatriz reina. Por último, el rey de Cerdeña, vacilante entre los dos partidos, cedió á las sugestiones del gabinete británico, y amenazó cerrarnos el camino de la alta Italia.

El célebre duque de Montemar era el destinado á sostener el honor de nuestras armas. Sus relevantes cualidades y su merecida reputacion, le hacian sin duda muy idóneo para realizar una empresa tan difícil como delicada; pero desgraciadamente la divergencia que desde el principio estalló entre él y el ministro de la guerra Campillo, vino á comprometer la honra del caudillo y mas grave-





mente los intereses de España. Montemar, despues de haber desembarcado en Sestri á la cabeza de un florido cuerpo, avanzó resueltamente hácia el boloñés, en la idea de enlazarse con las tropas napolitanas y algunos gruesos destacamentos españoles. El pensamiento del duque era apoyar su espalda en el corazon de la Italia, tender sus brazos hácia los Alpes para ponerse en comunicacion con la frontera francesa, y al propio tiempo que protegia la de Nápoles, estrechar al monarca piamontés dentro de los límites de su escabroso territorio. Un plan tan circunspecto era el único realizable en aquellas circunstancias, porque se impedia al rey de Cerdeña darse la mano con los austriacos, y los esfuerzos aislados de estos dos beligerantes hubieran sido de todo punto infecundos. Montemar, deseando dar mayor latitud á su base de operaciones, se apoderó de Módena y la Mirándola; pero este fué el principio y término de sus progresos. La fogosa impaciencia de nuestra corte exigia del general que aventurase una batalla contra el ejército sardo, situado en posiciones muy ventajosas. Nada era mas descabellado que semejante pretension; porque ganando la batalla, el ejército español se hubiera visto detenido en su triunfante carrera por la falta de recursos materiales, y perdiéndola dejaba abierto el reino de Nápoles á todos los furores de una invasion austriaca. Perplejo Montemar, y combatido por las necesidades mas apremiantes, reunió un consejo de oficiales generales, y en él se acordó emprender la retirada al Abruzzo, la cual se realizó bajo el alcance del cañon enemigo. Para colmo de infortunio, los ingleses arrancaron violentamente á D. Cárlos la promesa de neutralidad, y el duque, privado de las tropas napolitanas, se vió reducido á la mas completa inaccion. Felipe V separó del mando á Montemar, sustituyéndole con el conde de Gages, y aquel grande hombre acabó oscuramente sus dias en su encomienda de Moratalla.

La campaña siguiente (1743) se abrió con mayores elementos, pero no bajo un plan mas luminoso. El infante D. Felipe, destinado por su padre á poseer los paises que se conquistaran en Italia, debia internarse en ella, combinando sus movimientos con los del francés Conti. Mas para esto era preciso penetrar el cuerpo del aleman Traun, que tendido entre el Tánaro y el Pó, y en comunicacion

franca con el rey de Cerdeña, podia hacer ilusorias cuantas tentativas se practicasen con este objeto. Para vencer un inconveniente tan poderoso, Gages habia de avanzar por el flanco de los austriacos, cortando con el filo de su espada las relaciones que sostenian con el monarca sardo. Este plan tenia un vicio importante, porque en el instante de emprender Gages su movimiento, quedaba en el aire y espuesto, con fuerzas muy inferiores, á perecer bajo los reiterados golpes de sus enemigos.

Oprimido Gages, D. Felipe, que no contaba con base sólida de operaciones, corria los mayores riesgos, pudiendo á su vez sucumbir estrechado en las gargantas de los Alpes, ó aconchado sobre las riberas del mar. Fiábase el buen éxito de este plan en el de una sorpresa intentada por Gages, olvidando desgraciadamente que las sorpresas en la guerra, como obra de la casualidad, no deben figurar nunca en el pensamiento general de una campaña.

Gages, en efecto, avanzó con tanto sigilo como audacia hácia los bordes del Tanaro, pero el vigilante Traun se apercibió al momento de nuestra marcha y se puso en actitud de combatir. Vinieron los dos ejércitos á las manos en Campo-Santo; la accion fué viva, larga y sangrienta, y las sombras de la noche añadieron algo á los horrores de aquella escena terrible. Gages, aunque muy maltratado, se retiró en buen órden á Bolonia; pero Traun, que recibia nuevos y abundantes refrescos, le fué empujando con su espada hasta las puertas de Rímini. La pérdida de cuatro mil hombres, la mas sensible todavía de nuestro ascendiente en Italia y la nulidad á que quedó reducido Gages en el resto de aquel año, fueron las consecuencias inmediatas de la batalla de Campo-Santo y del imprudente plan que la habia hecho necesaria. Por fortuna el circunspecto Traun no se atrevió á destacarse de su verdadera línea y D. Felipe pudo esperar sobre la falda de los Alpes dias mas bonancibles y mayores refuerzos.

Dependian estos en gran parte (1744) del arribo á las costas de Italia de una escuadra combinada francesa y española que dirigia el almirante La Cour. Cerraba esmeradamente el golfo de Génova el inglés Mathews con una flota poderosa, y era forzoso por consiguiente que los aliados abrieran á cañonazos un camino por la ancha su-

perficie del Mediterráneo. Empeñóse el combate el 24 de febrero; ambos beligerantes mostraron mas valor que inteligencia y concierto, seperándose al advenimiento de la noche con iguales pérdidas y las mismas pretensiones al triunfo. Pero lo cierto es que Mathews se vió en la precision de abandonar aquella posicion importante, retirándose á Mahon para reparar sus maltratados buques ; los españoles alcanzaron todo el honor y peligros en aquel dia , logrando desembarcar despues los socorros que con tanta impaciencia esperaba D. Felipe para dar un impulso vigoroso á las operaciones.

Las circunstancias eran favorables: el rey de Nápoles , rompiendo el vergonzoso compromiso que le habia impuesto la tiranía británica, arrojó de nuevo la guerra con todo el ardor de la venganza , y su concurrencia era entonces tanto mas interesante cuanto que servia para proteger la espalda del ejército hispano-francés. Constaba este ejército de cuarenta mil hombres ; obedecia las superiores órdenes del infante D. Felipe, aunque los cuerpos franceses dependieran inmediatamente del príncipe de Conti, y tenia el pié apoyado sobre el Var, rio ancho y profundo que separa el condado de Niza del territorio francés.

De este modo se hallaban nuestras tropas en actitud de penetrar en el Piamonte, escalando la gigantesca mole de los Alpes; pero se equivocaron los medios para que un pensamiento tan atrevido fuese fecundo en resultados. Si el infante D. Felipe hubiera atraido enérgicamente hácia sí el cuerpo de Gages, la campaña hubiera podido terminarse de la manera mas breve y gloriosa para las armas españolas. En efecto, arrojándose sobre el rey de Cerdeña una masa de setenta mil hombres, y viéndose este obligado á cubrir su estensa línea, sembrada de plazas mas ó menos fuertes, se le hubiera aterrado con facilidad, cortando todas sus comunicaciones con los austriacos. Victoriosos los galo-hispanos en las frias regiones del Piamonte, podian haber descendido á paso de gigante hácia los fértiles llanos de la Lombardia, comprometiendo á los alemanes á sostener un combate desesperado sobre las líneas del Pó , ó á estrellarse contra las bayonetas del rey de Nápoles, que debian asomar oportunamente por la frontera de este reino. Pero nuestra córte prefirió á este plan otro diametralmente opuesto, disponiendo que D. Felipe y Gages

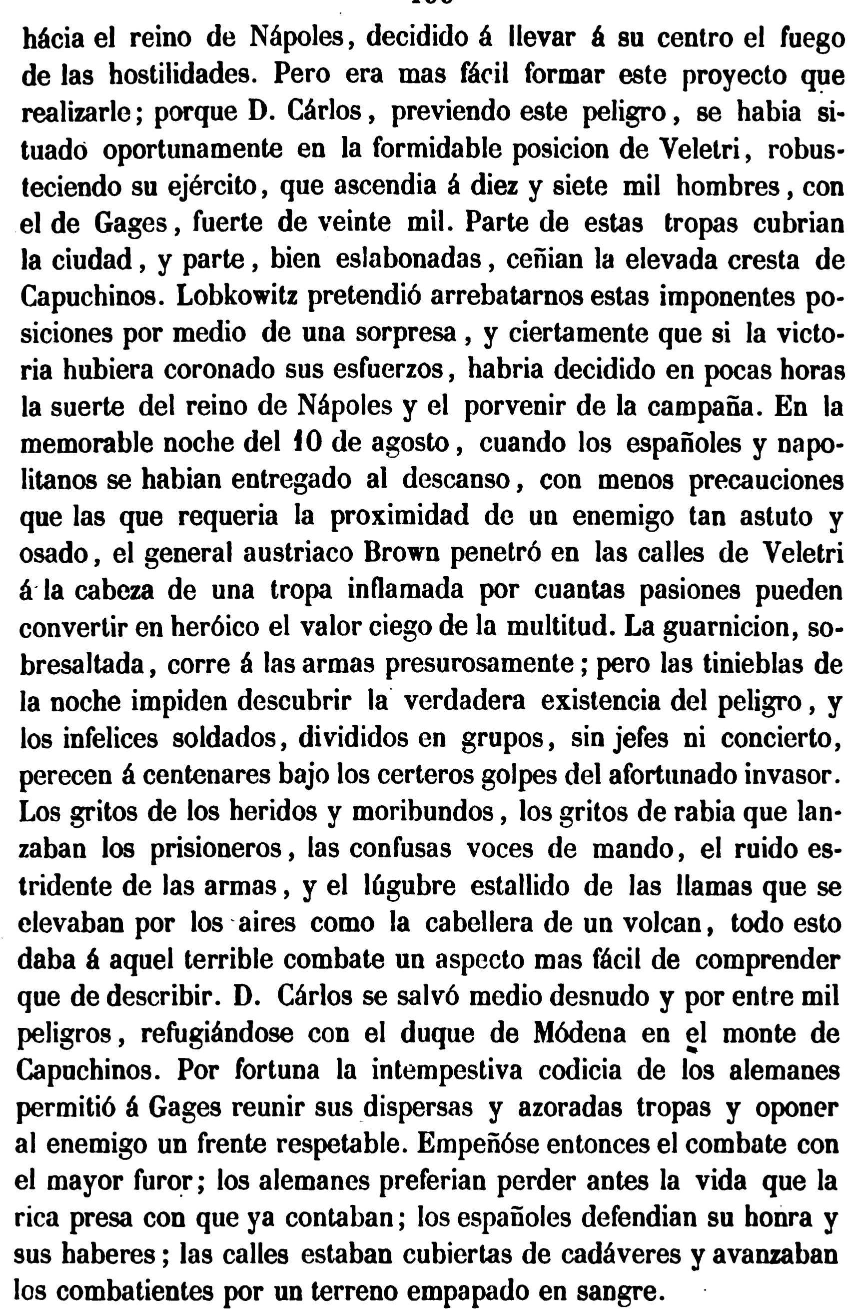
maniobraran con absoluta independencia, el primero por la cima de los Alpes y el segundo por los estados pontificios.

Era la causa móvil de esta medida el deseo de que Gages pudiera enlazarse, caso de necesidad, con los napolitanos y proteger su reino contra una invasion austriaca; pero este deseo aparecia en sí mismo una imprudencia y una infraccion de la antigua y eterna máxima que la llave militar de Italia debe buscarse siempre en el fondo de la Lombardía.

Los sucesos pusieron en relieve todos los vicios de este plan. El ejército combinado, dirigido por D. Felipe, hizo prodigios de valor y de perseverancia; arrojándose sobre el condado de Niza, sometió en breve todo aquel territorio con la capital de que recibe su nombre. En vano el rey de Cerdeña trató de disputarnos el paso, porque viendo sus álas desbordadas y á punto de ser envueltas, hubo de recogerlas aceleradamente sobre la posicion estratégica y bien atrincherada de Coní. D. Felipe, resuelto á no dejar entibiar el primer ardimiento, se lanzó al Piamonte por la helada y escabrosa garganta del valle de Stura; las tropas españolas y francesas, arrostrando con admirable heroismo los rigores del clima y el furor de sus enemigos, espugnaron los puntos culminantes de Castellpont y Bellini, haciendo pedazos á dos mil cuatrocientos sardos que los defendian, y enseñoreándose de Montecavallo, altura la mas eminente que hay en los Alpes centrales, arrebataron á Castell-Delfin y Demont.

Triunfos tan rápidos y brillantes anunciaban los mas prósperos resultados; pero se desvanecieron ante los muros de Coní. Nuestro ejército, debilitado con sus colosales esfuerzos, puso sitio á esta plaza; pero despues de muchas y bellas hazañas por una y otra parte, D. Felipe mandó levantar el cerco y emprender una marcha retrógrada hácia los confines del Delfinado.

El general Lobkowitz, sucesor de Traun en el mando de las tropas austriacas, se propuso esplotar en beneficio propio la falta que habian cometido los españoles, acometiendo una de las empresas mas audaces que se refieren en la historia de esta guerra. Recogido en la falda de los Alpes el ejército de D. Felipe, Lobkowitz, que ya nada podia temer por el Milanesado, dirigió todas sus miras



hácia el reino de Nápoles, decidido á llevar á su centro el fuego de las hostilidades. Pero era mas fácil formar este proyecto que realizarle; porque D. Cárlos, previendo este peligro, se habia situado oportunamente en la formidable posicion de Veletri, robusteciendo su ejército, que ascendia á diez y siete mil hombres, con el de Gages, fuerte de veinte mil. Parte de estas tropas cubrian la ciudad, y parte, bien eslabonadas, ceñian la elevada cresta de Capuchinos. Lobkowitz pretendió arrebatarnos estas imponentes posiciones por medio de una sorpresa, y ciertamente que si la victoria hubiera coronado sus esfuerzos, habria decidido en pocas horas la suerte del reino de Nápoles y el porvenir de la campaña. En la memorable noche del 10 de agosto, cuando los españoles y napolitanos se habian entregado al descanso, con menos precauciones que las que requeria la proximidad de un enemigo tan astuto y osado, el general austriaco Brown penetró en las calles de Veletri á la cabeza de una tropa inflamada por cuantas pasiones pueden convertir en heróico el valor ciego de la multitud. La guarnicion, sobresaltada, corre á las armas presurosamente; pero las tinieblas de la noche impiden descubrir la verdadera existencia del peligro, y los infelices soldados, divididos en grupos, sin jefes ni concierto, perecen á centenares bajo los certeros golpes del afortunado invasor. Los gritos de los heridos y moribundos, los gritos de rabia que lanzaban los prisioneros, las confusas voces de mando, el ruido estridente de las armas, y el lúgubre estallido de las llamas que se elevaban por los aires como la cabellera de un volcan, todo esto daba á aquel terrible combate un aspecto mas fácil de comprender que de describir. D. Cárlos se salvó medio desnudo y por entre mil peligros, refugiándose con el duque de Módena en el monte de Capuchinos. Por fortuna la intempestiva codicia de los alemanes permitió á Gages reunir sus dispersas y azoradas tropas y oponer al enemigo un frente respetable. Empeñóse entonces el combate con el mayor furor; los alemanes preferian perder antes la vida que la rica presa con que ya contaban; los españoles defendian su honra y sus haberes; las calles estaban cubiertas de cadáveres y avanzaban los combatientes por un terreno empapado en sangre.

Por fin la energía española triunfó de la tenacidad alemana; los invasores fueron vigorosamente repelidos y precipitados desde aquellas alturas que creyeron en un principio teatro de sus glorias.

No fué mas feliz el ataque simultáneo que Lobkowitz dió al monte de Capuchinos. Rechazado con imponderable denuedo, y habiendo perdido la flor de sus tropas, hubo de replegarse á sus primitivas posiciones oprimido por el dolor de tan sangriento desengaño. Pero ni aun aquí pudo sostenerse y le fué preciso continuar el movimiento retrógrado, llevando sobre su retaguardia á Gages hasta los confines del Modenés.

La corte de España quiso reparar (1743) el desacierto que habia cometido en la anterior campaña, disponiendo la incorporacion de Gages con el infante D. Felipe. Nada era á la verdad mas atinado y preciso que este pensamiento, pero se habia de realizar sobre terreno que pudiera servir de base sólida á las futuras operaciones. Los habia escelentes en toda la cordillera de los Alpes Julianos y Centrales, pues de este modo tenia el infante apoyada su espalda sobre el camino de Francia; mas obstáculos insuperables se oponian á que se verificase la reconcentracion de fuerzas por este lado. El rey de Cerdeña, firme en su inabordable posicion de Coni, atalayaba desde allí las direcciones que pudieran seguir nuestros ejércitos, y estaba pronto á arrojarse sobre el primero que rompiera su marcha progresiva. La reunion del Genovesado, mas lenta y mas larga, no ofrecia sin embargo tantas dificultades, porque D. Felipe podia avanzar por la orilla del mediterráneo, asido á los Alpes marítimos y á cubierto de cualquier repulsa por parte del rey de Cerdeña. Mas comprometido se hallaba Gages, quien desprendiéndose bruscamente del Modenés podia arrastrar sobre sus flancos al ejército austriaco, y sufrir en el aire los mas recios golpes del enemigo. Prefirióse, no obstante, esta segunda via; una hábil negociacion diplomática unió la suerte de Génova á la de España y Francia, y diez mil hombres de aquella república se incorporaron á los españoles. Gages, encargado de la parte mas árdua y difícil de este plan, mostró al realizarle las prendas y talentos de un gran caudillo; despues que con sus hábiles evoluciones logró fascinar al general Schulemberg, sucesor de Lobkowitz, rompió denodadamente su movi-



miento por la falda mas occidental del Apenino; los mas fuertes rigores del frio y la aspereza de los caminos, no pudieron detener un instante á nuestros soldados, que en álas de su entusiasmo heróico, arrebataron á Castelnouvo y otras plazas. Recibido con gritos de júbilo en Sestri y Génova, avanzaron despues sobre la Bocheta, y venciendo la viva pero breve resistencia que aquí les opuso el enemigo, esperaron con el arma al brazo la llegada del infante D. Felipe. No tardó este príncipe en concurrir con su ejército sobre el mismo punto, y entonces se dió principio á las operaciones. Ochenta mil hombres, españoles, franceses y genoveses, dirigidos por un general como Gages, podian dar la ley al monarca sardo y enseñorearse de la Lombardía; pero Schulemberg, previendo oportunamente el peligro, avanzó á marchas forzadas para proteger el Milanés, situándose fuertemente en Novi. El rey de Cerdeña ocupaba buenas posiciones en el Monferrato, y nuestras tropas tenian que penetrar estos dos cuerpos enemigos para llevar á cabo su proyectado ataque contra Alejandría.

El dia 16 de junio se trabó un combate general sobre la línea austro-sarda. Gages desalojó á Schulemberg de sus formidables atrincheramientos, y le empujó con la punta de su espada hasta la frontera del Piamonte. No menos feliz D. Felipe puso al rey de Cerdeña en la precision de repasar el Bórmida con grave quebranto. Desgraciadamente ni Gages ni D. Felipe pudieron interponerse entre los dos cuerpos enemigos, los cuales se dieron la mano en la confluencia del Tánaro y del Pó. Sin embargo el ejército combinado de españoles y franceses avanzó con ánimo decidido contra Alejandría; mas como era preciso ante todo arrancar á los austro-sardos de sus privilegiadas posiciones, Gages concibió un pensamiento tan hábil como eficaz. Fuerzas imponentes, destacadas de nuestro ejército, describieron un semicírculo sobre la márgen derecha del Pó, y apoderándose al paso de Provera, Tortona, Bobbio, Parma y Plasencia, cruzaron el gran rio y amenazaron vigorosamente á Milán. Voló Schulemberg al auxilio de esta plaza; quedaron por consiguiente diseminadas las fuerzas sardas y austriacas, y aprovechando este momento propicio Gages y D. Felipe,

se arrojaron sobre el rey de Cerdeña, que demasiado debil para soportar él solo todo el peso de la masa combinada, se refugió aceleradamente en el corazon de su reino. Schulemberg, viéndose aislado, hubo de seguir el mismo movimiento retrógrado, y el infante, dueño de la campaña, dominó todo el Milanés inclusa su capital.

A tan prósperos principios debia corresponder un fin digno de las antiguas glorias españolas (1746); mas desgraciadamente los lazos de la diplomacia detuvieron el victorioso curso de nuestras armas. Luis, bien que se hallara estenuado por los dispendios de tan prolongada guerra, bien que le inspirase celos el súbito engrandecimiento de los españoles, lo cierto es que prestó oidos á las insidiosas proposiciones de paz que le hizo el rey de Cerdeña, y convino en un armisticio tan perjudicial á sus intereses como á su reputacion. Por otra parte, María Teresa hizo refluir desde las márgenes del Vístula á las del Pó un cuerpo de treinta mil veteranos, que habian sostenido sin desdoro inmortales campañas contra Federico II. Estos sucesos cambiaron repentinamente la fisonomia de la guerra. El rey de Cerdeña, saliendo de sus atrincheramientos, se lanzó con indecible ímpetu sobre los desapercibidos franceses, y sorprendiéndolos en Acqui y Asti, los destrozó á su placer. Destruido el nervio de los auxiliares, las tropas españolas, diseminadas por la necesidad de mantener sus nuevas conquistas, empezaron un movimiento de reconcentracion sobre el Tánaro. Asomó entonces el ejército austriaco por las fronteras del Milanesado; D. Felipe y Gages, pensando verse envueltos entre dos fuegos, evacuaron á Milan y todas las demas ciudades de la alta Italia que habian ocupado en nombre de la victoria. Al sentimiento de una retirada tan rápida se unia el de dejar abandonado al marqués de Castelar con ocho mil hombres en el fondo del Parmesano, los cuales habian de sucumbir si no se les tendia una mano fuerte y poderosa.

Gages, con el golpe de vista propio de un gran general (1), divisó al punto la línea del Plasentino como la única á propósito

(1) El mejor elogio de este jefe español está formulado en las siguientes palabras que pronunció Federico II, el gran capitan de su siglo: «Yo hubiera querido, dijo

para atraer á Castelar y recoger las reliquias del ejército francés.

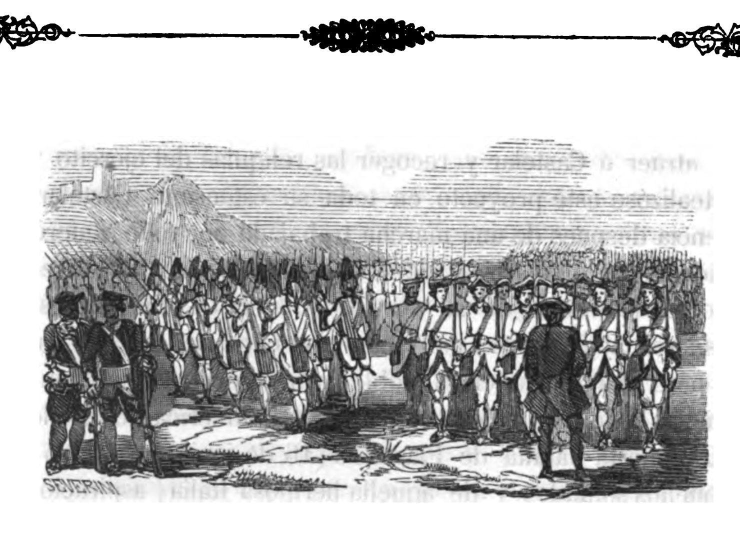
Realizóse este proyecto en toda su estension. Castelar llegó á Plasencia despues de una marcha trabajada por todo género de adversidades, y el mariscal de Maillebois se presentó en el mismo punto con los restos de su destrozado ejército. Entonces se pensó en esperar al enemigo; ciertamente el combate era una imprudencia, pero una imprudencia noble y necesaria. El heroismo de los españoles sucumbió bajo la superioridad númerica de los alemanes.

La funesta batalla de Plasencia (16 de junio) nos privó de siete mil buenos soldados y de aquella hermosa Italia, aspiracion de los monarcas españoles por el largo espacio de tres siglos.

La noticia de este gran desastre apresuró la muerte de Felipe V, acaecida el 9 de julio y á la edad de sesenta y seis años. Los historiadores que han examinado su fase política, han hallado en ella algunos lunares que eclipsan un tanto sus sobresalientes é incontestables virtudes; pero considerado solo su aspecto belicoso, no puede ponerse en tela de duda que los grandes principios militares, encerrados en el seno de nuestra nacion y abatidos bajo los últimos vástagos de la dinastía austriaca, adquirieron entonces un desarrollo estraordinario, principio de una fuerte regeneracion.

en cierta ocasion el monarca prusiano, hacer lo menos una campaña bajo las órdenes de Gages.» (*Violet, histoire des Bourbons.*)



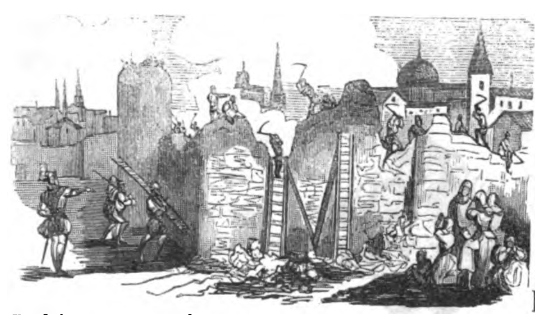


CAPITULO IV (1).

1717.—1746.

ORGANIZACION.

ADICION Á LOS REGLAMENTOS VIGENTES. — ESTABLECIMIENTO DE CAJAS DE INVÁLIDOS. — DISPOSICION RELATIVA Á LAS PRENDAS DE VESTUARIO. — CUERPOS DE LA ARMADA. — NOMBRES QUE SE DIERON Á LOS REGIMIENTOS. — CREACION DE NUEVOS CUERPOS. — ACUARTELAMIENTO. — ORGANIZACION DE LA RESERVA. — REFORMA DE VARIOS CUERPOS. — CREACION DEL REGIMIENTO DE LA REINA Y DEL DE LOS FUSILEROS DE MONTAÑA. — ADICION Á LA ORDENANZA DE MILICIAS. — CADETES. — CUERPOS EXISTENTES EN 1739. — ÓRDEN DE ANTIGUEDAD. — NUEVA ORDENANZA DE MILICIAS.



MUY dificil era que Felipe V se conformara con la pérdida de las ricas posesiones de que le despojó el tratado de Utreck. Debia aprovechar la primera coyuntura que se le ofreciese para

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo II, pág. 259; XV de id., pág. 515; VI del tomo III, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo IV, pág. 154; XXIII de id., pág. 268; XXVI id., pág. 392; XXVIII de id., pág. 460; XXIX del tomo V, pág. 5; II del libro 3.°, tomo V, pág. 114.

recobrarlas, y al efecto continuó mejorando la organizacion de sus tropas y aumentando los elementos de fuerza que requeria la campaña que iba á emprender.

Ya á principios de 1716 habia aprobado la capitulacion del regimiento de infantería irlandesa, de D. Francisco Wachop, á quien dió el nombre de *Príncipe de Asturias*; dictado al propio tiempo muy acertadas disposiciones con respecto á las guarniciones de los presidios de Africa y otros puntos, y hecho una importante adicion, en 14 de junio, á los reglamentos vigentes. Segun las disposiciones en ella contenidas, quedaba al arbitrio de los inspectores de distrito la formacion y reunion de los batallones cuando lo requiriesen las circunstancias, asi como el licenciar los soldados inútiles. Debian repartirse en los cuerpos las carabinas rayadas para darlas á los tiradores, y ser proporcionalmente distribuidos en los cuerpos los oficiales reformados, suprimiéndose los furrieles mayores, y dándose sus atribuciones á los sargentos mayores. Los regimientos habian de relevarse cada seis meses, y se imponia la pena de privacion de empleo al oficial que sobornase la tropa de otro cuerpo para llevársela al suyo. Prescribíase tambien que los ayudantes de los generales se eligiesen entre los oficiales reformados, y se mandaba terminantemente que los jefes y oficiales vistiesen rigurosa y constantemente el uniforme prescrito.

El ministro de Estado, cardenal Alberoni, que tenia aun muy presentes los estragos de la última guerra, y á quien ademas no podia ocultarse el triste estado de la hacienda pública, combatió con energía el pensamiento de emprender una nueva lucha; pero hubo de sacrificar su conviccion ante la voluntad esplícita é irrevocable de su soberano, y desde este momento se dedicó con admirable actividad á aumentar los medios de accion y de fuerza.

El 27 de febrero de 1717, se mandó que á los cuerpos de infantería irlandesa se les guardaran los privilegios acordados, considerándoseles como españoles en la alternativa con estos, y poniéndoseles al pié de guerra con una recluta de tres mil hombres que permitió en Irlanda el gobierno británico.

En Játiva y en San Lucar de Barrameda, se establecieron cajas de inválidos para la clase de tropa inutilizada en el servicio, y es-



pidióse en 15 de diciembre un reglamento é instrucciones para los inspectores de distrito, capitanes generales y corregidores, á fin de que se procediera á una gran leva entre los hombres de 18 á 45 años, para poner á los batallones al pié de seiscientas cincuenta plazas, permitiéndose por primera vez que se cubrieran con ella las bajas de los regimientos italianos y walones.

Hasta esta fecha, en lo que iba del reinado de Felipe V, el vestuario de nuestras tropas se habia construido en Francia, con gran detrimento de la industria española; lo cual motivó repetidas y muy justas reclamaciones de parte de sus súbditos, que no podian ver con indiferencia el que se enriquecieran los contratistas estranjeros á espensas del comercio español.

El rey atendió al fin estas quejas y trató de hacer justicia, como lo demuestra el adjunto documento, al propio tiempo que da una idea exacta de las prendas de vestuario que usaba entonces el ejército.

«D. Antonio Lopez Salces, del consejo y contaduría mayor de Hacienda de S. M., y su contador general de la distribucion de ella—Certifico: que en los libros y papeles de la intervencion de la tesorería mayor de mi cargo, se halla un pliego dado por D. José García de Asarta, vecino de esta córte, sobre encargarse por via de asiento de la provision de vestuario de los regimientos de infantería de los ejércitos de S. M. (esclusas sus reales guardias), por tiempo de cuatro años, desde 1.° de julio próximo pasado hasta fin de junio de 1721, abonado por D. Juan de Goyeneche, y firmado del Sr. D. Miguel Fernandez Duran, secretario del despacho universal, por lo tocante á guerra y marina, y por el mismo D. José García de Asarta, que con el decreto de S. M. de 20 de julio de este dicho año, aprobando el referido pliego, se remitió al señor D. Nicolás de Hinojosa, del dicho consejo, en el tribunal de la contaduría mayor de cuentas, y su tesorero mayor, cuyo tenor del citado pliego con un allanamiento, abono y decreto, es el siguiente:

Señor: D. José García de Asarta, vecino de esta córte, dice: Que por servir á V. M. se encargará por via de asiento de proveer los vestuarios de que necesiten las tropas de V. M. en el térmi-





no de cuatro años, en las formas y en las calidades siguientes:

1.ª Primeramente se obliga á proveer todos los vestuarios que segun ordenanzas y reglamentos se deben dar á los regimientos de infantería..... de los ejércitos de V. M. (esclusos guardias), en dicho término de cuatro años, contados desde 1.° del presente mes de julio hasta fin del de 1721.

2.ª Los paños para dichos vestuarios han de ser de fábricas de España, y señaladamente para casacas, ventidocenos, y para chupas y calzones ventioncenos; unos y otros á siete cuartas de ancho, de los hilos que previenen las leyes y como se entregaban en el almacen de cuenta de V. M., por los cuales se le han de pagar los precios siguientes: Por cada vara de paño ventidoceno blanco, á 25 rs.; por el azul, verde y pajizo, 27 rs. y medio; y por el encarnado 30 rs.: y por los ventioncenos 18 rs. y medio el blanco; 22 y medio el azul, verde y pajizo; y 24 rs. el encarnado: y por los demas géneros que incluye este trabajo, se le han de abonar por su real hacienda los precios que se espresan en la condicion siguiente en que se hace demostracion de lo que monta cada vestuario y sus hechuras.

Las piezas de que se ha de componer cada vestuario y precio de cada una de ellas con distincion de costas y sus hechuras, en esta forma:

VESTUARIO DE INFANTERIA.

PARA CASACA.	COSTE Y HECHURA.
Una casaca y once dozavos de paño blanco ventidoceno, al precio señalado, cuarenta y siete rs. y treinta y un maravedís de vn.	47 31
Una cuarta de paño ventidoceno azul, verde ó pajizo, para vuelta de manga, seis rs. y veinte y nueve maravedís, y tres cuartas partes de otro.	6 29 3/4



Tres varas y dos tercias de gergilla para forro, á cinco rs., diez y ocho reales y once maravedís.	18	11
Dos docenas y media de botones de estaño á real cada una, dos reales y diez y siete maravedís.	2	17
	75	20 3/4
Hechura de esta casaca, nueve rs. y tres cuartilos	9	25 2/4
	85	12 1/4

PARA CHUPA.

Una vara y media de paño blanco ventionceno, al precio señalado de diez y ocho rs. y medio, veinte y siete rs. y veinte y cinco maravedís y medio.	27	25 1/2
Tres varas de lienzo cerron para forro, á tres rs., nueve rs.	9	
Dos docenas de botones de estaño, á medio real.	1	
	37	25 1/2
Sus hechuras.	3	
	40	25 1/2

PARA CALZONES.

Tres cuartas de paño blanco ventionceno, trece rs. y veinte y nueve maravedís y tres cuartos de otro.	13	29 3/4
Una vara y dos tercias de lienzo,		

cinco rs.	5		
	18	29 3/4	
Su hechura y faldriqueras, dos rs. y cuartillo.	2	8 2/4	
	21	4 1/4	
Ocho varas de lienzo de Lorenzana ó creciente de á tres cuartas, para dos camisas, por las cuales se han de abonar veinte y tres rs. y medio, inclusas hechuras.	23		17
Dos corbatas, cada una de vara y cinco sesmas de largo, y una cuarta y dos dedos de ancho para que se necesita de siete dozavos de vara cumplidos, de lienzo de Bocadillo ó Morlés, para cada una, que á cinco rs. y medio cada vara, monta tres rs. y seis mrs., y otros seis de su hechura, sale cada corbata á tres rs. y doce mrs., y por ambas seis rs. y veinte y cuatro maravedís.	6		24
Un par de medias en blanco de estambre, de á tres hilos y doce onzas de peso, diez rs.	10		
Un par de zapatos en la forma que hoy se dan, diez y seis reales y medio.	16	17	
Un sombrero de catorce onzas de peso, con su borde y cordoncillo de hilo, trece rs.	13		
Un cinturon, siete rs. y veinte y cinco mrs. y medio.	7	25 1/2	

Un cartucho, cuatro rs. y treinta mrs.	4	30
Un frasco en la forma que hoy se dan, dos rs. y tres cuartillos, así para la infantería como para dragones.	2	25 1/2
Una correa para el frasco, dos rs. .	2	
Otra de fusil, dos rs. y veinte y cinco mrs. y medio.	2	25 1/2
	89	28 1/2
Importe total.	237	2 1/2

De forma que un vestido de infantería compuesto de las piezas espresadas, y siendo de paño blanco con vueltas de mangas de color azul, verde ó pajizo, y á los precios referidos, monta su coste doscientos veinte rs. y dos mrs. y medio, y las hechuras diez y siete rs.; y ambas partidas doscientos treinta y siete rs. y dos mrs. y medio de vellon: y si el mismo vestuario fuese con chupas de los referidos tres colores, tendrá de mas coste seis rs. por la diferencia de su precio, y proporcionadamente si fuese encarnado.

5.ª Asimismo se declara que para cada casaca de tambor ó pífano se ha de dar diez y nueve varas de franja ancha, doce de mediana y ocho de ribete, que á los dichos precios importa 95 rs. y 7 mrs., y la costa de su guarnicion 20 rs. sobre la hechura.

6.ª Tamben se obliga á entregar las bolsas que se necesiten para granaderos, abonándose por cada una al precio de 19 rs. de vn., y asimismo las cajas para tambores al precio de 55 rs. cada una.

7.ª Previene, que si demas de los géneros espresados ocurriere al proveedor otros que no se hayan tenido presentes, se ha de abonar por ellos el precio que al presente tienen de costa á la real hacienda, segun certificacion del veedor ó ministro, que de cuenta de ella ha entendido en esto, como tambien el aumento correspondiente á proporcion de los precios señalados, si se variase de colores ú otra circunstancia, el impuesto hecho en la demostracion antecedente.

8.ª Si por V. M. se tuviere por conveniente que en alguno de los géneros que incluyen dichos vestuarios y quedan mencionados,

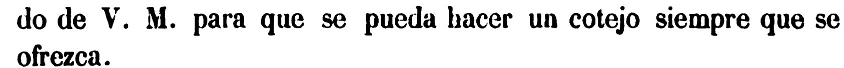
se mejore la calidad ó colorido, se entregará por el suplicante en la forma que se le ordenare, abonándole la verdadera y efectiva costa que por esto se adelantare á los precios señalados.

9.ª Todas las veces que se haya de dar vestuario ha de preceder órden de V. M. por la secretaría del despacho universal, ó primer ministro de la guerra, dándose de un año para otro, espresando el número de vestuarios, sus colores, y los equipajes que se hubieren de dar para la caballería, especificando número y calidad de piezas y el almacen en que de los cuatro que se obliga el suplicante á establecer se haya de hacer la entrega, de modo que con esta anticipacion se arreglen y tengan prontos, y no pueda ofrecer duda ni controversia con los que tengan que recibirlos, ni en lo que por su importe se deba abonar conforme á este asiento; y por lo tocante á este año entregará el suplicante el mayor número que le sea posible, segun las órdenes que se le dieren.

10.ª Adviértese que todos los vestuarios en caso de entregarse hechos, han de ser de las medidas siguientes. Las casacas de infanteria han de tener, la mitad de su número, vara y tercia de largo, y la otra mitad vara y cuarta; las chupas, unas á vara y sesma de largo, y otras á vara y un octavo; y los calzones, á tres cuartas y tres dedos los unos, y tres cuartas y dos dedos los otros. Y los de caballería tambien por mitad, una casaca de vara y tercia y dos dedos de largo, y otra de vara y cuarta y un dedo; y las chupas y calzones como la infantería; y las capas generalmente de una vara y tercia y cuatro dedos de caida, con advertencia, de que si se hubiese de entregar de una medida mas vestidos que de otra, se ha de prevenir por espresa órden anticipada.

11.ª Todos los géneros de que se han de componer dichos vestuarios y equipages, han de ser de fábricas de España, escepto algunas menudencias que se necesiten de fuera del reino, y las baquetas para botas y zapatos y rendajes, aunque para esto se solicitará tambien aplicar cuanto sea posible de las que se labran en España, y de cada uno de los géneros que incluyen los vestuarios, se le ha de dar una muestra sellada, para que segun ella sean las calidades de todo lo que se proveyere, quedando otra en la misma forma en poder de la persona que fuere del agra-





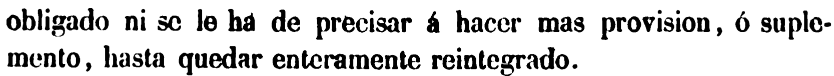
do de V. M. para que se pueda hacer un cotejo siempre que se ofrezca.

12.ª Se obliga á establecer tres almacenes, uno en Madrid, que ha de ser el mismo que al presente sirve á este fin, pagando el suplicante la mitad de su alquiler, por cuanto la otra mitad debe ser de cuenta de la real hacienda, por servir para la artillería. Otro almacen en Zaragoza y otro en Mérida, y ademas de estos, otro en Sevilla, y en su defecto conducirá él á sus espensas hasta dicha ciudad los vestuarios que se deben entregar á las tropas de Andalucía, en cuyos almacenes se han de hacer las entregas de los vestuarios, conformes á las órdenes que se hubieren dado; y para el tiempo de las entregas ha de preceder otra órden particular de V. M., declarando el mes, el dia y el regimiento á quien se hubieren de hacer, con toda la distincion conveniente.

13.ª Los vestuarios se han de dar á dichos regimientos en géneros, en pieza, y para las hechuras de los de infantería treinta y un reales que montan en la forma espresada, incluso el lienzo para forros de chupa y calzones, y el precio de botones de estaño para casaca y chupa, sino es en caso que V. M. mande que se entreguen hechos; porque en este se ejecutará así, abonando al asentista las mismas cantidades señaladas; y la entrega ha de ser al sargento mayor ó cabo diputado por cada regimiento, trayendo habilitacion del inspector á quien tocare, al pié de la cual ha de dar el dicho oficial nombrado el recibo de lo que se le entregare con individual espresion de todo, y si hán sido los vestidos en piezas ó hechos, y la cantidad que se le hubiere dado para sus hechuras.

14.ª El recibo que así dieren los dichos sargentos mayores ú oficiales nombrados, ha de ser recado único y absoluto de data para el suplicante, en cuya virtud se le pague por la tesorería mayor pronta y efectivamente su importe, en dinero de contado. Y si se librare alguna cantidad fuera de Madrid, ha de ser con el aumento de la conduccion concedida al recaudador ó persona que la deba pagar; porque de lo que montare el haber de esta provision no ha de haber baja ni descuento alguno, sino es el de ocho mrs. por escudo para inválidos. Y en caso de justificar el suplicante con recibos debérsele dos mil quinientos vestuarios, no ha de estar





obligado ni se le ha de precisar á hacer mas provision, ó suplemento, hasta quedar enteramente reintegrado.

15.ª Es condicion de este tratado, que todas las personas que se ocuparen en esta dependencia, y las fábricas que comprende, no han de poder ser quintados, ni darse alojamiento alguno en sus casas durante este asiento.

16.ª A las villas y lugares donde al presente se hallan, y en adelante se establecieren fábricas, por ser de tanta utilidad, no han de poder los superintendentes de rentas ni arrendadores, molestar á que paguen mas cantidad de la que actualmente pagan por los tributos hasta ahora establecidos, y como en dicho lugar haya ocho telares de paño de los que sirven para vestuarios.

17.ª Si para los trasportes y conducciones se necesitare de hacer embargo de cualesquiera bagajes, pagándose lo que fuere justo, se han de dar á este fin las órdenes convenientes, de modo que tenga cumplido y pronto efecto.

18.ª Todas las tarimas y demas menaje que al presente hay en el actual almacen de cuenta de V. M., se le ha de entregar por inventario y tasacion, para que al tiempo de cumplir este asiento se le abone el precio que entonces tuvieren, con el aumento ó diminucion que entonces se hallaren.

19.ª Asimismo recibirá por inventario los vestuarios y equipajes que existan en dicho almacen, y comprenden los de este tratado, segun cuyos precios á que se le debe abonar por lo prevenido, se le hará el cargo de lo que esto importare, descontándolo en el haber de lo proveido en las doce mesadas del año que viene de mil setecientos y diez y ocho.

20.ª Por razon de tránsitos, entradas y salidas en los parajes y territorios donde se fabricaren y condujeren cualesquiera de los géneros que incluye este tratado, hasta ponerlos en los cuatro referidos almacenes, no se ha de pedir ni cargar derecho alguno, y si se intentare por cualquier ministro ó persona, queda de cargo de la real hacienda el reintegrarlo á quien pertenezca, y el suplicante exento de responder á estas demasías; con declaracion de que esto debe entenderse en los géneros y fábricas de España, y no en los que fueren precisos de reinos estraños, porque de estos pagará



los derechos de aduanas, y solo será de cuenta de V. M. el darle el pasaporte en caso de necesitarle para la introduccion.

21.ª Si (lo que Dios no permita) sucediera el caso de guerra, y que por este motivo, apresaren enemigos cualesquiera géneros de los que incluye este tratado en los tránsitos, ó almacenes señalados, en que se obliga á ponerlos el suplicante, se ha de abonar por la real hacienda, lo que esto motivare como si fuera efectivamente proveido, bastando para su justificacion la que se hiciere ante la justicia ordinaria mas inmediata, ó el jefe militar mas próximo.

22.ª En caso de juzgarse conveniente que haya juez conservador particular de esta dependencia, se propondrá por el asentista, y siendo de la satisfaccion de V. M. se ha de servir aprobarle, y mandar se le despache el título de que necesitare, para proceder con inhibicion de los demas tribunales y juzgados.

23.ª Es condicion de este asiento que V. M. se ha de servir mandar que se despache título de director general de este asiento, para que cuide de todo lo tocante á él en favor de la persona que el suplicante señalare, sin que por razon de este título deba pagar cantidad alguna al derecho de la media annata.

24.ª Asimismo es condiccion de este asiento, que respecto de debérsele á D. Juan de Goyeneche algunas cantidades de paño, entregados en las fábricas de la Olmeda, en el almacen real, de que tiene boletines, se le han de pagar luego al referido por la tesorería mayor.

A todo lo cual se obliga, con calidad que V. M. se sirva mandar aprobar este pliego sin dilacion, y no en otra forma. Madrid veinte de julio de mil setecientos y diez y siete. D. Joseph García de Asarta.—Abono este pliego en todo y por todo como en él se contiene, y á su cumplimiento me obligo en forma. Madrid veinte de julio de mil setecientos y diez y siete. D. Juan de Goyeneche. D. Miguel Fernandez Duran.»

La organizacion de las fuerzas de tierra, no impidió que el gobierno se ocupase tambien del aumento de la armada. Encargó al general D. José de Vicaria de la formacion de cinco batallones que se crearon en Andalucía, tomando los nombres de *Armada*, *Bajeles*, *Oceano*, *Marina* y *Mediterráneo*.



Alcanzada la conquista de Cerdeña (1718), se proyectó inmediatamente la de Sicilia, y para realizarla se hicieron grandes aprestos en todos los puntos de la península. Se buscaron buques en el pais y en el estranjero para transportar las tropas; se estableció en Pamplona una fábrica de fundicion para armar las plazas de la frontera; se remesaron grandes cantidades de dinero á las fábricas de Vizcaya para la construccion de armamento, y á los arsenales de Pasages, Santoña, Coruña, Cádiz y Cartagena, se les facilitó igualmente cuanto necesitaban para disponer los aparejos navales. Así que, secundado con eficacia por el patriotismo y lealtad de sus súbditos, el rey vió reunidos en muy poco tiempo considerables recursos de todo género para lanzar de sus puertos una imponente armada sobre las cóstas de Italia.

En este mismo tiempo se espidió un nuevo reglamento para los sueldos, vestuario, armamento, gratificaciones, y forma de pagar y ajustar los cuerpos.

Pocos dias despues (19 de febrero) se dictó esta disposicion:

«Por cuanto por la ordenanza de 28 de febrero de 1707 establecí los nombres perpétuos que habian de tener mis regimientos de infantería que entonces habia en España, y se han variado despues algunos, con ocasion de las reducciones y las incorporaciones que se han hecho de unos regimientos en otros; y conviniendo á mi servicio que se restablezca esta regla, y sea general para todos los cuerpos de infantería que me sirven en mis dominios de Europa y Africa, sin que los referidos nombres se varíen, aunque se muden los coroneles, ni por otros motivos: he resuelto que todos los regimientos que se incluyen en esta ordenanza se nombren perpétuamente en adelante en la conformidad que sigue:

INFANTERIA ESPAÑOLA.

CORONELES.	NOMBRES QUE TENIAN.	NOMBRES QUE TENDRÁN EN ADELANTE.
D. Juan Atarés.	Fijo de Sicilia. . .	Africa.
Marqués de Villahermosa. .	Lombardía.	Lombardía.

D. Juan de Carvajal. . . .	Mar de Nápoles . .	Corona.
D. Pedro de Castro y Neira.	Galicia	Galicia.
Conde de Taboada.	Lisboa.	Lisboa.
D. Gerónimo de Solís y Gante.	Bajeles	Córdoba.
D. Guillermo de Valois. . .	Zamora.	Zamora.
D. Manuel de Solís y Gante.	Soria.	Soria.
D. Francisco Manuel Pueyo.	Castilla	Castilla.
Marqués de Moya.	Saboya	Saboya.
D. Fermin de Veraiz. . . .	Jaen.	Jaen.
D. José Lucio y Mejía. . .	Badajoz.	Badajoz.
D. Pedro Vico.	Toro . . . . . , . .	Portugal.
Marqués de Torrecusa. . . .	Guadalajara. . . .	Guadalajara.
D. Juan Francisco Orcasitas.	Granada.	Granada.
D. Pedro de Bargas.	Sevilla.	Sevilla.
D. Gregorio Gual y Pueyo.	Costa.	Vitoria.
Marqués de Torremayor. . .	Córdoba.	España.
Marqués de Villasegura. . .	Toledo.	Toledo.
Marqués de Villescas	Cuenca	Cuenca.
D. José de Córdoba.	Armada.	Mallorca.
D. Isidro Usel de Guimbarda.	Burgos	Burgos.
D. Francisco Gutierrez del Mazo.	Valladolid.	Valladolid.
D. Juan Pacheco Portocarrero.	Murcia.	Murcia.
D. Francisco Laso Palomino.	Leon	Leon.
D. Cárlos de Areizaga. . . .	Cantabria	Cantabria.
Vizconde del Puerto.	Asturias.	Asturias.
D. Isidoro Vicente Ferrer. .	Ceuta.	Ceuta.
D. Francisco Galiano. . . .	Osuna.	Madrid.
D. Francisco de Mora. . . .	Valencia.	Valencia.
D. Dionisio Martinez de la Vega.	Marina	Palencia.
D. Juan Perez y Dosante. .	Málaga	Málaga.
D. Manuel Rodriguez Carbonell.	Santiago.	Santiago.

D. Manuel de Navarra. . .	Navarra.	Navarra.
D. Juan Gonzalez.	Almansa.	Almansa.
D. Blas de Trinchería. . . .	Cataluña.	Cataluña.
D. Manuel de Sada.	Aragon	Aragon.

INFANTERIA ITALIANA.

—

D. Andrés Aflitto	Nápoles.	Nápoles.
D. Nicolás Giovenni.	Basilicata	Córcega.
D. Alejandro Lettiero. . . .	Parma.	Parma.
D. Francisco Evoli.	Milán.	Milán.
D. Luis Mayoni.	Sicilia.	Sicilia.

INFANTERIA IRLANDESA.

—

D. Francisco Wachop. . . .	Príncipe de Asturias.	Irlanda.
D. Lucas Patiño	Castelar.	Hibernia.
D. Tadeo Mac-aulif.	Mac-aulif	Ultonia.
D. Juan de Comesford. . .	Comesford.	Waterford.
D. Cornelio O-Driscol. . . .	Vendome	Limerick.

INFANTERIA WALONA.

—

Conde de Pasfeuquiers. . . .	Venlóo	Namur.
Marqués de Bay.	Gante.	Flandes.
Conde de Bournonville. . .	Hainaut.	Hainaut.
D. Francisco Bruno Cano. .	Ostende.	Zelanda.
D. Claudio Treffer.	Malinas.	Limburgo.
D. Nicolás Brodotz.	Charle-roy.	Utreck.
D. José Dusmet.	Fusileros de Flandes.	Mons.
D. Cárlos Doetinghen. . . .	Bruselas.	Borgoña.
Conde de Beauflers.	Güeldres.	Güeldres.
D. Cárlos Vandernot. . . .	Bruges	Artesia.
D. Pedro Cano de Boulers.	Courtray.	Cambressy.
Marqués de Scepeaux. . . .	Bravante.	Bravante.

Marqués de Franclieu. . . .	Luxemburgo. . . .	Luxemburgo.
Baron de Cerratani.	Ambéres.	Ambéres.

Es mi ánimo, que el órden y la antelacion con que estan puestos los regimientos, no pejudiquen á la preeminencia y antigüedad que tuviere cada uno, pues han de gozar de una y otra, segun se hubiere practicado por lo pasado, hasta que con mayor conocimiento del orígen y antigüedad de cada cuerpo, determine yo y establezca lo que tuviere por mas conveniente en este punto. Por tanto, órdeno, etc..... Dado en Madrid á 10 de febrero de 1718.—Yo el Rey.—D. Miguel Fernandez Duran.»

El mismo dia en que se dictó esta disposicion, salió un decreto mandando la organizacion de nuevos cuerpos, y en virtud de este mandato se crearon los que á continuacion se espresan:

PUNTOS EN QUE SE FORMARON.	NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION.
Pamplona.	Navarra nuevo.	D. Eugenio Zabaza.	
Oñate. . .	Vizcaya	D. Ignacio de Aranda y Salcedo . . .	10 febrero 1718.
Barcelona.	Barcelona . . .	D. Ramon Juniet y Bargas.	
	Grisones. . . .	D. Pedro Solís. . .	30 mayo 1718.
	Esguizaros. . .	D. Francisco Mayor.	

Al propio tiempo, á los regimientos de Badajoz, Corona, Waterford, Flandes, Luxemburgo y Artesia, que solo tenian un batallon, se les aumentó el segundo, y se crearon tambien los terceros de los dos de artillería, y los cuartos de los de guardias.

Mientras se trabajaba con tanta actividad en la organizacion de la infantería, vino un reglamento, en 10 de abril, á establecer las reglas á que habia de someterse su acuartelamiento, prescribiendo se dispusieran locales cómodos, con el objeto de evitar el que se alojaran las tropas en las casas, porque esta costumbre, al paso que imponia una pesada carga á los pueblos, redundaba en grave



daño de la disciplina y de la policía, siendo imposible ejercer toda la vigilancia precisa para la conservacion de tan importantes principios. Como consecuencia de esta disposicion, se hizo de las fuerzas de dicha arma la distribucion siguiente:

PUNTOS Á QUE FUERON DESTINADOS.	NÚMERO DE BATALLONES.
Cataluña.	24
Aragon.	8
Valencia.	6
Murcia.	2
Mallorca.	4
Costa de Granada y presidios menores.	4
Costa de Andalucía inclusos los batallones de la armada.. .	15
Estremadura.	12
Frontera de Castilla.	6
Galicia.	4
Navarra.	2
Guipúzcoa.	2
Ceuta..	4
Madrid.	2
Cerdeña.	5
Porto-longone.	2

Llegada la hora de intentar de nuevo la conquista de Sicilia, confióse al marqués de Lede la realizacion de esta empresa, y este general se dió á la vela en 18 de junio, llevando consigo las fuerzas siguientes:

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reales guardias españolas. . .	4
Reales guardias walonas. . . .	4
Córdoba.	2
Castilla.	2
Saboya.	2
Guadalajara.	2

Valladolid.	1
Cantabria.	2
Madrid.	1
Navarra.	2
Aragon.	1
Nápoles.	2
Milán.	2
Irlanda.	2
Hibernia	1
Ultonia.	1
Utreck.	1
Borgoña	1
Artesia.	2
Esguizaros	1
Grisones.	1
Total. . .	36

El marqués de Lede llevó tambien facultades para levantar nuevas fuerzas en aquella parte de Italia, y los comisionados que eligió al efecto lograron formar los cuerpos siguientes:

PUNTOS EN QUE SE FORMARON.	NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION.
Mesina . .	Mesina.	Príncipe de S. Pedro.	30 agosto 1718.
Palermo. .	Palermo. . . .	D. Juan Bautista Gravina.	
	Valdemasara. .	Marqués de Sambuca.	
	Valdenoto . . .	D. Francisco Javier Gravina.	
	Valdemone. . .	D. Ignacio de Términi	
Liorna . .	Toscana. . . .	D. Juan Miguel Roncali.	

Génova.	Helvecia. . . .	D. Juan Francisco Richieri.	27 noviembre id.
Isla de Elba	Liguria	D. Oracio Landini.	30 enero id.

Asimismo se levantaron en España con igual motivo, con reclutas italianos, los que siguen:

Pamplona.	Cerdeña. . . .	D. José de Lima Masones.	10 febrero 1718.
	Italia	D. Antonio de Araciel.	13 diciembre id.

Como lo hemos ya indicado en otra parte, todos los proyectos del gabinete de Madrid fueron descubiertos y sufrió grandes desastres nuestra infantería, que valerosa y sufrida, mereció los elogios de sus propios enemigos. Deploró el rey estos males que pudo haber evitado, y resignóse á suscribir al tratado de la cuádruple alianza el 26 de enero de 1720.

Para hacer olvidar de algun modo los desgraciados sucesos de Sicilia, Escocia y Navarra, se dieron órdenes para la creacion de algunos regimientos.

PUNTOS EN QUE SE CREARON.	NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION.
Génova.	Munster. . . .	D.	31 julio 1720.
	Baviera	D.	
	Augusta. . . .	D. Mariano Nassely.	

Pero los de grisones y esguizaros fueron licenciados por no haberse espresado en las capitulaciones la calidad de ser católicos, siendo la mayor parte protestantes.

Aquellos cuerpos debian reforzar las guarniciones de Italia, al paso que el marqués de Lede marchaba á Africa con los que á continuacion se espresan, para hacer levantar el sitio que habia puesto á Ceuta, desde el año de 1694, el emperador de Marruecos:

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reales guardias españolas. .	2
Reales guardias walonas. .	2
Corona.	1
Badajoz.	1
Granada.	2
Toledo..	2
Mallorca.	2
Leon..	2
Palencia.	2
Barcelona.	1
Flandes.	2
Zelanda.	1
Cambressis.	1
Luxemburgo..	2
Córcega.	2
Total. . . .	25

Conseguida felizmente la libertad de Ceuta, y de regreso el ejército al continente, relevóse la guarnicion de Porto-longone en el año siguiente de 1721, y se procedió á reformar algunos cuerpos del arma en 15 de noviembre.

NOMBRES DE LOS CUERPOS ESTINGUIDOS.	IDEM DE LOS EN QUE SE REFUNDIERON.
Almansa.	España.
Artesia..	Zelanda.
Helvecia.	Nápoles.
Toscana (1.er batallon). .	Nápoles.
Toscana (2.º batallon). . .	Córcega.
Valdemotto..	Nápoles.



Augusta.	Distribuidos en diferentes regimientos.
Baviera.	
Barcelona (los tres últimos batallones)	
Cerdeña.	
Valencia.	
Vizcaya.	
Valdemone.	
Valdemassara.	

Por este tiempo los marroquies emprendieron otra vez el sitio de Ceuta, y reforzaron la plaza los regimientos de Africa, Lisboa, Portugal, Barcelona, Vitoria, Leon, Murcia y España.

En 1723 se reformó el de Cambressis, quedando reducida en 1725 la infantería á ochenta y ocho batallones. En este mismo año, y por resolucion de 1.° de mayo, se previno que los regimientos rindieran, como de tiempo inmemorial, las banderas al pasar el Santísimo Sacramento.

Gran deseo tenia el rey de ver á la plaza de Gibraltar reincorporada á la corona de España; y era á la verdad una ignominia para nosotros el que dentro del propio territorio se consintiera una factoría estranjera en perjuicio de nuestra industria. Pero el marqués de Villadarias se negó respetuosamente á encargarse de su reconquista, representando la imposibilidad de conseguirlo, mientras los ingleses dominaran la mar. Llamóse al marqués de las Torres, que, con celo indiscreto, aceptó el compromiso, ofreciendo al rey que en seis semanas pondria á los piés del trono las llaves de la plaza. Para esta empresa se nombraron los cuerpos siguientes, que inmediatamente se pusieron en marcha.

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reales guardias españolas. .	6
Reales guardias walonas. . .	6
Vitoria.	2

Granada	2
Saboya	2
España	2
Cantabria	1
Badajoz	1
Hibernia	2
Limerick	1
Ultonia	2
Nápoles	2
Córcega	1
Sicilia	2
Bravante	1
Flandes	1
Ambéres	1
Mons	1
Nideritz (suizos)	1
Total	36

El vaticinio de Villadarias se cumplió; nuestras tropas abandonaron el campo el 6 de marzo de 1728.

Por capitulacion aprobada por S. M. creóse en 7 de noviembre de 1727 el regimiento walon de Commerie, y levantado el sitio de Gibraltar, fueron reformados los que siguen:

CUERPOS REFORMADOS.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.
Bravante	Borgoña.
Utreck	Namur.
Mons	Ambéres.
Güeldres	Hainaut.
Luxemburgo	Zelanda.

El regimiento de Commerie heredó el nombre de Bravante.

En 1731 se pusieron las compañías al pié de 53 plazas, y se concedió una gratificacion de veinte y cinco escudos á todo capitan

cuya fuerza ascendiese á 50 plazas. Los regimientos estranjeros se redujeron al pié de 520 hombres, y el de Córcega quedó suprimido. El de Palermo se refundió en el de Milán, y se restauró el de Cataluña, confiándose su organizacion al coronel D. Mena Sentmanat.

El 18 de febrero de 1732 se dió nueva forma á los inválidos de Andalucía, acuartelados en Sanlúcar de Barrameda, formándose dos batallones de á seis compañías; el primero permaneció en el mismo destino y el segundo pasó á Estremadura. Lo propio se hizo en Castilla, Galicia y Valencia con las antiguas cajas ó depósitos.

Ya desde el año anterior se habia dispuesto que muchos regimientos de infantería, dejando sus cuarteles, se acantonaran en las provincias litorales del mediterráneo, por cuanto la voluntad del rey era reconquistar la plaza de Orán, perdida en el año 1708. Dióse el mando del ejército al conde de Montemar, y se embarcaron en veinte y cinco navíos y cuatrocientos seis transportes, al comenzar el mes de junio de 1732, los regimientos que á continuacion se anotan.

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reales guardias españolas.	4
Reales guardias walonas. .	4
Cantabria.	2
España	2
Soria	2
Vitoria.	2
Aragon	2
Asturias.	2
Irlanda.	1
Ultonia.	1
Flandes.	2
Hainaut.	2
Namur.	1

Ambéres..	2
Nideritz (suizos)..	3
Total. . . .	32

En 9 de enero de 1733, el regimiento infantería de Cuenca tomó el nombre de Fijo de Orán, confiriendo su mando al coronel D. Juan de Villalba.

En este mismo año, habiéndose ligado España contra el Austria con Francia y Cerdeña, mientras el ejército francés pasaba el Rhin con el duque de Berwick, y otro cuerpo numeroso, en combinacion con los sardos, bajo las órdenes del mariscal de Villars, franqueaba los Alpes, se embarcaron para la costa de Génova, á bordo de veinte navíos y transportes competentes, los siguientes cuerpos:

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reales guardias españoles. .	5
Reales guardias walonas. ·	5
Córdoba.	2
Portugal.	2
Africa.	1
Mallorca.	2
Sevilla.	2
Soria..	2
Parma.	1
Limerick.	1
Total. . . .	23

Por este tiempo las mal organizadas milicias recibieron por fin su arreglo definitivo por una ordenanza espedida en 31 de enero de 1734. Verificado con proporcion el reparto del personal, y asi-



milada en lo posible su disciplina á la de los cuerpos de línea, fueron formados treinta y tres regimientos de á 700 plazas, señalándoles en su vestuario las correspondientes divisas.

NOMBRES.	DIVISAS.
Jaen.	Blanco, azul.
Badajoz.	id. encarnado.
Sevilla.	id. encarnado.
Burgos..	id. encarnado.
Lugo.	id. amarillo.
Granada.	id. verde.
Leon..	id. verde.
Oviedo	id. azul.
Córdoba.	id. verde.
Murcia..	id. encarnado.
Trujillo	id. azul.
Jerez	id. encarnado.
Carmona	id. verde.
Niebla.	id. amarillo.
Ecija..	id. azul.
Ciudad-Rodrigo.	id. encarnado.
Palencia.	id. verde.
Logroño.	id. verde.
Sigüenza..	id. amarillo.
Toro..	id. azul.
Soria	id. azul.
Santander. . . .	id. amarillo.
Orense	id. amarillo.
Santiago..	id. encarnado.
Pontevedra. . .	id. azul.
Tuy.	id. encarnado.
Betanzos..	id. verde.
Antequera. . . .	id. encarnado.
Málaga..	id. verde.
Guadix	id. amarillo.

Ronda. . . . . . id. amarillo.
Alpujarras. . . . id. azul.
Bujalance. . . . id. amarillo.

Esta reserva, que montaba á veinte y tres mil cien hombres, se reunia en sus respectivas capitales tres dias por cada trimestre para ser revistada y adiestrarse en el manejo del arma y evoluciones; confirióse el fuero criminal á oficiales y soldados.

En 17 de abril del propio año se hizo una leva de siete mil ciento cincuenta y tres hombres: tomáronse sérias providencias para poner coto á la desercion, que desde la conclusion de la guerra dinástica se habia hecho frecuente en las filas, y que apadrinaban impunemente las mismas justicias de los lugares. Ni la determinacion que tomó el rey de enviar los tránsfugas aprehendidos con iglesia á los regimientos fijos de Africa, ni las amonestaciones hechas á la jurisdiccion civil, habian sido bastantes para contenerla: vióse precisado el rey á espedir en 28 de abril un decreto en que se prescribian severas penas contra los ayuntamientos. Imponíase la privacion de empleo á los corregidores que no observasen las instrucciones del gobierno, con la circunstancia de no volver á ser admitidos en el Real servicio.

Por la capitulacion que hizo en 11 de febrero D. Pedro Galisano, restauróse de nuevo en Andalucía, en 1.° de abril, el regimiento de Toscana: por otra contrata se admitió al servicio el de suizos de Arregger, y en 18 de mayo volvió á crearse en Barcelona el de Córcega, al mando del coronel D. Bartolomé de Santa Vastelica. Los regimientos walones de Ambéres, Borgoña, Hainaut y Nemur, con el irlandés de Limerick, fueron dados de baja en el ejército español, por haber pasado al servicio del rey de Nápoles; por último, por decreto de 23 de octubre quedaron reformados y se refundieron en otros regimientos los que á continuacion se anotan:

CUERPOS REFORMADOS.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.
Badajoz. . .	Galicia.
Barcelona. .	Aragon.



Jaen.	Corona.
Mesina.. . .	Nápoles.
Valladolid. .	Navarra.
Waterford. .	Irlanda.
	Hibernia.
	Ultonia.

Deseando el rey honrar á su augusta esposa con la formacion de un cuerpo que llevase este regio nombre, dispuso en 1.° de abril de 1735 lo crease en Guadalajara el coronel D. Francisco Alvarez, el cual desempeñó cumplidamente su mision, sirviendo de cuadro los destacamentos enviados por los de Toledo, Lisboa, Murcia y Toscana, compuesto cada uno de ellos de un capitan, un teniente, un subteniente, dos sargentos, un tambor y diez soldados. Este regimiento, lujosamente vestido, tomó puesto entre los regimientos de la guardia y los demas de infantería.

Habiendo caido prisionero en Africa el regimiento de Arregger, admitióse por capitulacion el de D. José Antonio Sury de Busy: en 6 de agosto tuvo lugar la creacion del de miqueletes catalanes bajo el nombre de *Fusileros de montaña*.

Rotas las amistades con el Austria, mandó el rey, en 15 de mayo, la reunion de un ejército en el distrito de Estremadura, bajo las órdenes del general conde de Roy-de-ville, y en virtud de esta soberana disposicion, se concentraron en esta provincia los cuerpos que á continuacion se espresan, prontos á embarcarse ó á pasar la frontera:

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Real de la Reina.	2
Lisboa.	2
España..	2
Toledo.	2
Aragon	2
Cantabria	2
Vitoria.	1

Irlanda	1
Bravante.	2
Bezler.	2
Sury.	2
Total . . .	20

Estas tropas, que en 1736 continuaron en la misma provincia, se emplearon en grandes maniobras é hicieron considerables adelantos en la esfera de los principios tácticos.

El gobierno se ocupó tambien en mejorar la organizacion de las milicias provinciales. En 28 de febrero hizo una adicion á su ordenanza, esclareciendo en sus noventa y un artículos las dudas consultadas por los coroneles, y sometiendo á un rigoroso sorteo el órden de antigüedad que debian observar cuando se juntasen los treinta y tres regimientos que la constituian, sin perjuicio de la preferencia que pudieran reclamar y justificar las provincias.

El duque de Montemar relevó en 16 de marzo de 1737 al marqués de Bedmar en el ministerio de la guerra, y durante el tiempo que estuvo al frente de este departamento, el ejército mejoró en todos sus ramos; pero especialmente en el de reclutamiento y disciplina. Prohibióse entonces el dar á las bandas de tambores la librea de los criados de los coroneles, previniendo que llevasen en su traje la divisa y distintivos propios de los respectivos cuerpos, y que las armas reales sustituyesen á las de los coroneles en las cajas de guerra y banda de los tambores mayores.

Limitóse igualmente la admision en clase de cadetes á los hermanos é hijos de títulos, caballeros notorios, cruzados en las órdenes militares, hermanos ó hijos de éstos, á los de los hijo-dalgos que presentasen justificaciones del goce de tales en sus lugares, y á los hijos de capitanes y oficiales de mayor grado, previniendo que los declarados por cadetes usaran el vestuario en igual forma que el soldado, si bien mejorando el género y llevando en el hombro izquierdo un cordon de plata, y que solo desempeñasen el servicio de armas con esclusion del mecánico.

En 5 de setiembre de 1738 volvió á suprimirse el regimiento de Santiago, pasando á formar el segundo batallon del de Ultonia.

El de Santiago se refundió en el de Galicia; el de Córcega pasó á componer parte de la infantería walona, al mando de D. Angel Alberto de Vander-Belde, trocando su nombre en el de Bruselas. Hechas estas reformas, despues del regreso de las tropas de Italia con arreglo al tratado de paz de 12 de abril de 1739, el ministro Montemar ordenó, á nombre de S. M., se pasára una escrupulosa revista de inspeccion, cuyo resultado reveló la existencia de los siguientes cuerpos:

INFANTERIA ESPAÑOLA.

NOMBRES.	BATALLONES.	CORONELES.
Reales guardias españolas.	6	
Reales guardias walonas. .	6	
Africa..	2	Marqués de Gravina.
Lombardía	2	Conde de Fuensalida.
Corona.	2	D. Nicolás de Carvajal.
Galicia.	2	D. José de Lima.
Lisboa	2	Conde de Saldueña.
Córdoba	2	D. Manuel de Leon.
Zamora.	2	D. Fernando de Levant.
Soria.	2	D. Manuel de Solís.
Castilla.	2	Conde de Aranda.
Saboya.	2	Marqués de Castell-dos-rius.
Portugal	2	D. Miguel de Estrada.
España.	2	Vacante.
Guadalajara.	2	Conde de Peralada.
Granada	2	D. Francisco Baños.
Sevilla.	2	Marqués de Torrecusa.
Vitoria.	2	D. Fernando Cagigal.
Toledo.	2	D. Simon Aspárren.
Fijo de Orán.	2	D. Juan de Villalba.

Mallorca.	2	Conde de Galvez.
Leon.	2	D. Francisco Osorio.
Burgos.	2	D. Miguel Agustin Carreño.
Murcia.	2	D. Juan Palafox.
Cantabria.	2	Marqués de la Motilla.
Asturias..	2	D. José María Martí.
Fijo de Ceuta.	2	D. Manuel de Palma.
Valencia.	2	D. Manuel de Nava Bolaño.
Navarra..	2	Marqués de Mortara.
Cataluña.	2	D. Mena Sentmanat.
Aragon.	2	D. Manuel de Blancas.
Reina.	2	D. Juan Pacheco.

INFANTERIA IRLANDESA.

—

Irlanda.	2	D. Eduardo Burck.
Hibernia..	2	D. Antonio Patiño.
Ultonia.	2	D. Guillermo Lacy.

INFANTERIA ITALIANA.

—

Nápoles..	2	Marqués de Tripuzzi.
Bravante.	2	Conde de Bocelli.
Bruselas..	2	Conde de Borromeo.

INFANTERIA WALONA.

—

Flandes..	2	Marqués de Croix.
Parma.	2	D. Gaspar de la Tour.
Milán..	2	D. Alberto Vander-Belde.

INFANTERIA SUIZA.

—

Wirtz..	1	D. Ignacio Wirtz.
Beztler.	2	D. Cárlos Beztler.
Sury.	2	D. José Sury.
Arregger.	2	Caballero Arregger.

La fuerza que constituian estos cuerpos ascendia á sesenta y siete mil cuatrocientos veinte y cuatro hombres.

En 1740 quedó estinguido el regimiento de Valencia.

En el año siguiente el gobierno dictó una medida que reclamaban imperiosamente la disciplina y ese espíritu de fraternidad que indispensablemente ha de reinar entre cuerpos de un mismo ejército. En virtud de la disposicion soberana de 1714 acerca del orden de antigüedad de los regimientos de infantería, habíanse suscitado entre ellos acaloradas disensiones, que sobre distraer la atencion del gobierno, contribuian á relajar los lazos que los unieran.

El rey trató de cortar un litigio tan enojoso, y despues de coordinar y examinar los datos que pudo reunir el tribunal supremo de la guerra, espidió la real ordenanza siguiente:

«D. Felipe, etc. Por cuanto habiéndose suscitado diversas controversias sobre la antigüedad y preferencia de los regimientos del ejército, y especialmente entre los de Galicia, Toledo y Corona, con los batallones de marina, en grave perjuicio de mi real servicio: y conviniendo atajar los inconvenientes que resultan de ello, dando regla fija en este asunto, tuve á bien de mandar se viese en mi consejo de guerra, y que en él dedujesen los regimientos sus antigüedades y derechos de preferencia; en cuya inteligencia, y de lo que el consejo me representó en consulta de 28 de abril del año pasado de 1749, he resuelto que desde el dia de la fecha de este despacho en adelante, se observe y guarde inviolablemente por todos los regimientos de infantería española, irlandesa, walona y suiza..... el reglamento de antigüedad y preferencia, segun el órden con que se espresará; y es como sigue:

REGIMIENTOS DE INFANTERIA ESPAÑOLA.

El de la Reina preferirá á todos en conformidad de la resolucion que tomé en. .	5 de julio de 1733.
La compañía de Ballesteros	:



de Baza por antigüedad y privilegios reales.	
El regimiento de Castilla tambien por su antigüedad. .	
El de Lombardía ha de gozar de ella desde el año de	1537.
El de Galicia desde el. . . .	1537.
El de Saboya desde el. . . .	1537.
El de la Corona desde el . .	1537.
El de Africa desde el. . . .	1559.
El de Zamora desde el.. . .	1580.
El de Soria desde el.. . . .	1591.
El de Córdoba..	1650.
El de Portugal desde el. . .	6 de enero de 1657.
El de Guadalajara desde el .	2 de febrero de 1657.
El de Sevilla desde el. . . .	20 de febrero de 1657.
El de Granada desde el. . .	22 de abril de 1657.
El de Vitoria.	22 de setiembre de 1658.
El de Lisboa desde el. . . .	1660.
El de España desde el.. . .	1660.
El de Toledo desde el. . . .	1.° de mayo de 1661.
El de Mallorca desde el. . .	18 de junio de 1682.
El de Burgos desde el. . . .	2 de mayo de 1694.
El de Murcia desde el. . . .	23 de mayo de 1694.
El de Leon desde el	10 de junio de 1694.
El de Irlanda desde el . . .	1698.
El de Cantabria desde el. . .	16 de mayo de 1703.
El de Asturias desde el. . .	6 de junio de 1703.
El de Ceuta fijo desde el. . .	1.° de agosto de 1703.
El de Navarra desde el. . .	setiembre de 1705.
El de Hibernia desde el. . .	3 de diciembre de 1709.
El de Ultonia desde el. . . .	3 de diciembre de 1709.
El de Aragon desde el.. . .	1711.
El de Orán fijo desde el. . .	10 de setiembre de 1733.
El de Cataluña desde el. . .	29 de enero de 1735.
Fusileros de Montaña desde el	6 de agosto de 1735.

INFANTERIA ITALIANA.

El regimiento de Nápoles desde el año de.	1572.
El de Parma desde el de.. .	1680.
El de Milán desde el de. . .	1704.

INFANTERIA WALONA.

El regimiento de Flandes desde el	18 de julio de 1596.
El de Bravante desde el. . .	28 de junio de 1719.
El de Bruselas desde el. . .	18 de mayo de 1734.

SUIZOS.

El regimiento de Wirtz desde el.	1.° de diciembre de 1724.
El de Besztler desde el. . . .	24 de mayo de 1725.
El de Arregger desde el. . .	9 de diciembre de 1733.
El de Sury desde el.	23 de mayo de 1734.

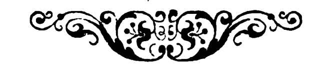
Todo lo cual es mi voluntad se publique y guarde, como va espresado en el presente reglamento, sin que por ningun acontecimiento se altere: y con la calidad de que el regimiento que de él se sintiere agraviado, haya de seguir en el consejo de guerra su recurso en juicio contradictorio de aquel ó aquellos á quienes le pareciere debe preferir, y ejecutoriar su justicia antes de mudar el lugar que por el presente reglamento se les señale. Por tanto: ordeno y mando á mi consejo de guerra, y á los demas consejos y tribunáles, al ministro de la guerra, á mis vireyes, capitanes generales y comandantes generales de mis ejércitos y provincias, al director general de la infantería, á los inspectores de infantería, etc., guarden inviolablemente lo que va referido, sin interpretacion alguna, y sin contravenir á ello, ni alterar esta disposicion en tiempo alguno. Para todo lo cual he mandado despachar la presente, fir-

mada de mi mano, y sellada con el sello secreto, y refrendada de mi infrascrito secretario de estado y guerra. Dado en Aranjuez á 16 de abril de 1741.—Yo el rey.—D. Casimiro de Oztariz.»

Como se vé en esta soberana disposicion, no quedaba aun definitivamente resuelta la cuestion de antigüedad de los cuerpos. Al que no se conformara con el lugar que se le señalaba en la escala general, se le dejaba el derecho de reclamar el que le correspondiese, siguiendo su curso en el consejo de la guerra. Y efectivamente, varios regimientos continuaron sus trabajos de investigacion, y acudieron al tribunal citado en demanda de mayor antigüedad ó de mejor puesto en la escala.

Nosotros, que hemos reconocido prolijamente estos trabajos, que hemos visto ademas todos los que se hicieron en el tribunal supremo de guerra y marina, y que hemos examinado igualmente cuanto sobre este particular existe en el archivo general de Simancas, creemos que la clasificacion publicada por el gobierno no estaba exenta de errores; pero tambien estamos firmemente convencidos de que carecian de fundamento muchas de las pretensiones formuladas por los cuerpos. El estudio detenido y concienzudo de los referidos datos, no puede señalarles otro puesto que el que ocupan en el estado que llevamos ya publicado en la página 140 (1).

(1) Al dar la relacion de los cuerpos que resultaban existentes en 1714, segun la revista pasada en este tiempo, los colocamos desde luego en su respectivo puesto para evitar una repeticion que considerábamos supérflua. Las razones en que se funda el órden en que los pusimos, se verán estensamente en la historia de los regimientos.





CAPITULO V.

1747.--1788.

FERNANDO VI.—TRATADO DE AIX-LA-CHAPELLE.—CARLOS III.—PACTO DE FAMILIA.—GUERRA DE PORTUGAL.—LOS INGLESES ATACAN LA HABANA Y MANILA.—GUERRA DE MARRUECOS.—COMBATE NAVAL EN EL CABO DE SAN VICENTE ENTRE ESPAÑOLES É INGLESES.—ATAQUE DE GIBRALTAR.—TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS EN LA FLORIDA OCCIDENTAL.—CRILLON SE ENCARGA DEL SITIO DE GIBRALTAR.—BATERIAS FLOTANTES.—LA PLAZA RECIBE REFUERZOS.—SE LEVANTA EL SITIO.—ESPEDICION DE AFRICA.—TRATADO DE PAZ.—MUERTE DE CÁRLOS III.



La política belicosa de Felipe V, descendió al sepulcro con este monarca, y su hijo y sucesor, Fernando VI, procuró con ahinco imperturbable que la España se restableciera de sus pasados quebrantos á la sombra de una paz decorosa. Sin embargo, no era posible conciliar en breve tiempo intereses tan encontrados como los que entonces se debatian; la Europa se hallaba en un estado de

tremenda conflagracion; desde los Alpes hasta el Danubio, y desde el Mosa hasta el Rhin, resonaba el estrépito de las armas; y nuestra alianza con la Francia nos encadenaba á seguir la imprudente guerra de la pragmática sancion. El conde de Gages, sucesor de Castelar, continuaba en Italia á la cabeza de un florido ejército; pero sus operaciones, aunque bien concertadas, fueron estériles en resultados propicios, porque el francés Belle-isle, cuyo auxilio era tan perentorio como indispensable, quedó destrozado en la sangrienta batalla de Assieta.

Todavía brilló el valor de los españoles en la defensa de Voltri, impetuosamente atacada por el austriaco Nadasti, quien solo obtuvo en compensacion de su arrojada empresa una pérdida considerable y la vergüenza de una retirada en igual grado rápida y peligrosa.

Por último, el cansancio, ó mas bien la necesidad de los beligerantes, dió un impulso vigoroso á las lentas y capciosas formalidades diplomáticas, y con fecha 18 de octubre de 1748, se concluyó el tratado de Aquisgram ó Aix-la-Chapelle, por el que la convulsa Europa recobró su perdida tranquilidad.

Desde este punto, Fernando VI se propuso permanecer estraño á las agitaciones que pudieran sobrevenir en el ser político ó militar de las demas naciones. Ni las mas brillantes ofertas del monarca francés, ni las hábiles sugestiones de la Inglaterra, ni los mas activos resortes diplomáticos, pudieron alterar la generosa é ilustrada conducta del príncipe español. La gloria de Fernando VI apareceria sin mancha, si no hubiera confundido á veces la energía de un gran pensamiento con la ciega obstinacion de un sistema. Se cree que hubiera podido obtener á Gibraltar arrancando una sola hoja á la oliva de la paz. Este hecho es ciertamente deplorable, porque la recuperacion de Gibraltar valia mas entonces que los gastos y peligros de una campaña.

Cuando Cárlos III subió al trono de España, no era príncipe estraño á las artes del gobierno ni ageno á los negocios militares. Acababa de desceñirse la corona de Nápoles, sostenida con sus esfuerzos y realzada con su política sábia y vigorosa. Los historiadores que han trazado la fisonomía moral de este monarca, apenas

presentan un rasgo que no sea digno de admiracion y aun de aplauso.

Sus virtudes privadas se reflejaban sobre su vida pública como la luz de un foco eléctrico se refleja en un plano sobrepuesto sin perder nada de su intensidad ni su brillo. Buen padre, esposo tierno, afable sin debilidad, familiar sin bajeza, generoso y magnánimo, reunia felizmente y al alcance de las circunstancias, el valor pasivo para resistir los grandes infortunios, y el valor activo para acometer las grandes empresas. Solo tenia un defecto comun á todos los hombres privilegiados; obedecia mas á su corazon que á su cabeza, y rompiendo los estrechos límites del cálculo, abrazaba cuantos proyectos tuviesen algo de noble y elevado. Este defecto, comprometiendo su tranquilidad y el bienestar de sus pueblos, le empeñó imprudentemente en la guerra de los siete años (1).

Batallaban, efectivamente, la Inglaterra y la Francia en la longitud de los mares y sobre los opuestos continentes de América y Europa. Cárlos III, impelido á la vez por las dulces afecciones del parentesco y por ultrajes que recibiera anteriormente del poderío británico, tendió su mano á Luis XV, brindándole con una alianza ofensiva y defensiva. Tal fué el orígen del célebre pacto de familia, concluido en 1761, vínculo poderoso que asociaba la España á todos los infortunios de la Francia en el periodo de su declinacion militar. Debió considerarse como un desacierto inmenso, porque ni la España era entonces bastante fuerte para relevar á un poder abatido, ni bastante débil para temer la ruptura violenta de su neutralidad.

Dióse principio á las hostilidades sobre las lindes portuguesas.
(2671) La política arrolladora del gabinete británico, habia lanzado al monarca lusitano en una guerra para él ni útil, ni conveniente, ni gloriosa. Un brillante cuerpo de tropas españolas, dirigido por el

(1) Se llamó así por el tiempo de su duracion. El primer destello de esta guerra brotó en el norte de Europa, donde el gran Federico II anunció sin rebozo sus deseos de conquista. La Francia, la Rusia, el Austria, la Suecia, la Sajonia y la Polonia, se armaron precipitadamente para contener los progresos del ambicioso prusiano; pero éste, sostenido por la Inglaterra y algunos pequeños estados de Alemania, supo hacer frente á todos sus enemigos y adquirir una gloria sin igual en aquel siglo.

marqués de Sarria, recorrió las márgenes del Duero, y sometió, casi sin quemar un cartucho, á Miranda, Braganza y otros pueblos de menor nombre é importancia.

Alentado por estos prósperos resultados el conde de Aranda, sucesor de Sarria, avanzó audazmente sobre Almeida, plaza muy reputada y que contenia muy buenos elementos de defensa. No fueron suficientes, sin embargo á contrarestar la pericia del general español y la intrepidez de sus soldados, los cuales entraron en Almeida precediendo una capitulacion decorosa. Las hábiles evoluciones del general austriaco Lipp; los fuertes reveses que sufrieron dos destacamentos españoles en Valencia de Alcántara y Vilhavelha, y la escasez de municiones, obligaron al conde de Aranda á renunciar la ofensiva replegándose en buena actitud sobre la provincia de Estremadura.

La suerte nos reservaba duras compensaciones de esta gloria estéril y precaria. Como generalmente una imprudencia nunca va sola, Cárlos III al declarar la guerra á una potencia marítima como la gran Bretaña, habia descuidado poner nuestras islas á cubierto de cualquier insulto. Apercibiéronse muy luego de omision tan trascendental los prevenidos ingleses, y resolvieron aprovecharse de ella con la rapidez enérgica que producen los grandes resultados.

Una escuadra respetable, dirigida por el almirante Pocok, y montada por veinte mil hombres, zarpó de las aguas de Plimouth é hizo rumbo á la isla de Cuba. Esta importante antilla se hallaba entonces en una situacion bien poco lisonjera; dos mil hombres constituian toda su guarnicion, y ningun elemento naval podia contener el ímpetu de la poderosa escuadra enemiga.

El gobernador de la isla, D. Juan de Prado, militar pundonoroso é intrépido, procuró reunir todos los medios posibles de resistencia; pero ante peligro tan ejecutivo é imprevisto, todas las determinaciones debian resentirse de una precipitacion deplorable. Algunos millares de indígenas volaron á las armas en álas de un generoso entusiasmo; mas su corto número y su falta de instruccion les inhacian hábiles para resistir á las aguerridas tropas británicas.

Desembarcaron éstas el 17 de junio (1762) en la parte E. de la Habana, y al punto se dispusieron para atacar el castillo de



Morro, llave de aquella importante capital. Defendióle con brio é inteligencia D. Luis de Velasco; los artilleros españoles sobresalieron allí por su denuedo y destreza ejemplares, y hubo un momento en que, horriblemente maltratado el enemigo é incendiadas sus baterías de tierra, esperaron alcanzar la dificil palma de la victoria. Pero el refuerzo de cuatro mil hombres que recibieron los sitiadores, fomentó su ardimiento en el mismo grado que entibió el de los españoles. Jugaron de nuevo y con mayor violencia las baterías enemigas; quedó aportillado el muro, y los ingleses se lanzaron al asalto el 30 de julio, con el valor frenético que escita el doble incentivo de la gloria y de la codicia. Sostuvieron dignamente al principio su reputacion nuestros soldados; Velasco pereció combatiendo con singular denuedo, y la pérdida de este jefe introdujo entre los nuestros la confusion y el desaliento. Dueños los ingleses del Morro, asestaron sus fuegos contra la ciudad y el fuerte de Puntales; nueve dias duró la espugnacion, al cabo de los cuales salieron de la plaza, al amparo de una capitulacion decorosa, los nuevecientos hombres que la guarnecian.

El fruto inmediato de esta conquista fué para los ingleses muy considerable, pues consistió en trescientos millones de reales, gran cantidad de pertrechos de guerra, nueve navíos de línea y tres fragatas.

Aun deploraban los españoles tan sensible desgracia, cuando se contristaron de nuevo al saber que Manila habia sido tambien presa de los afortunados británicos. Con efecto, el inglés Drapper asomó al frente de una escuadra por la isla de Luzon, y sin dar tiempo á que los desprevenidos españoles pudieran reunirse y organizarse, rompió su derrotero hácia la capital.

El arzobispo de Abanila, que ejercia interinamente el cargo de gobernador, se propuso disputar la victoria á los audaces invasores; mas por desgracia sus medios no correspondian á su entereza, y los ingleses, despues de un brevísimo asedio, penetraron en la plaza con la espada desnuda, abandonándose á todos los desórdenes de un saqueo. Recogióse el prelado á la ciudadela, donde hizo una resistencia digna de mejor suerte, pero falto de víveres,

de municiones, y de toda esperanza de auxilio, hubo de capitular salvando su propia honra y la vida de sus soldados. Evaluóse la pérdida que entonces se esperimentó en ochenta millones de reales, sin incluir en ella dos buques de alto bordo y algunos barcos menores anclados en la rada.

La paz de Fontainebleau cortó esta cadena de desastres, y si bien recobramos por ella las perdidas posesiones de la Habana y Manila, fuénos preciso reconocer la supremacia del británico, cediéndole la Florida y la bahía de Panzacola. Cárlos III comprendió entonces que las guerras innecesarias son siempre las mas funestas, y si bien esta dura leccion no fué bastante á estinguir su ardor belicoso, le sirvió de mucho en lo sucesivo para madurar sus planes antes de ponerlos en ejecucion.

La paz benéfica que disfrutó nuestra nacion en el feliz período de diez años, fué perturbada súbitamente (1744) por el emperador de Marruecos. Hollando el derecho de gentes, y las mas solemnes estipulaciones, el príncipe africano nos declaró la guerra, cebándose desde luego en los presidios de Melilla y del Peñon de los Velez. Reputaba el marroquí como garantías ciertas de su triunfo el número de combatientes, que ascendia á cincuenta mil hombres, el poder de su artillería, la cooperacion clandestina de algunos oficiales ingleses, y la corta defensa de ambas plazas, á la sazon mal guarnecidas, no obstante su importancia innegable. Repelidos briosamente del Peñon por el esfuerzo y atinadas disposiciones de don Florencio Moreno, encarnizáronse mas los marroquíes contra Melilla, pensando, con fundamento, que la conquista de esta plaza les daria un ascendiente poderoso sobre toda la costa del mediterráneo. Mandaba en ella D. Juan Scherlok, aleman de orígen, español por sentimientos, y gran soldado por educacion y carácter. La guarnicion constaba apenas de dos mil hombres, y las fortificaciones, aunque bien construidas, habian padecido con el trascurso del tiempo sensible deterioro. Los sitiadores, en vez de conducirse con su ardiente y desorganizada impetuosidad, condujeron los ataques con vigor y concierto; pero el animoso Scherlok, volando á todos los puntos donde el peligro era mas perentorio, destruyó la paciencia de los sitiadores, mermó considerablemente sus fi-

las y les puso en la precision de emprender una rápida retirada.

El entusiasmo que produjo en nuestro pais esta breve y brillante victoria escitó generalmente la idea de reprimir con un golpe terrible la audaz codicia de los argelinos. Estos piratas infestaban los mares, sorprendian las costas, atacaban los buques mercantes, y aun los de guerra, porque tan ágiles como valientes, hallaban siempre medios para burlar nuestras superiores fuerzas y regresar á su fuerte guarida cargados de un rico botin. Sin mas ley que la fuerza, sin otro freno que el terror, inconstantes como las olas del mar que surcaban, los argelinos no se creian ligados á la obediencia de los tratados sino en tanto que se sentian débiles para romperlos. Los intereses de sus súbditos, la voz de la civilizacion y de la humanidad, imponian, en efecto, á Cárlos III el deber de escarmentar severamente á los corsarios; este príncipe lo comprendió así; pero no acertó con los medios de llevar á cabo su pensamiento. El gran Cisneros y el brillante Pedro Navarro, habian dejado abierto el camino para conquistar á Argel; en efecto, solo dominando en la dilatada costa de Berbería, puede un ejército español asegurar sus operaciones contra aquella plaza.

Cárlos III pensó, sin embargo, que una fuerte espedicion marítima podria realizar mas pronto los apetecidos fines; pero olvidó que una escuadra en un mar tan bravío y proceloso como el que ciñe las inmediaciones de Argel, y en un surgidero difícil, quedaba espuesta á los mayores riesgos. Organizóse, no obstante, la escuadra tal como lo exigia la importancia de la empresa. Cuatrocientas velas se desplegaron á la vez el 22 de junio de 1775 en el puerto de Cartagena Dirigíanlas D. Pedro de Castejon y D. José Mazarredo, ambos náuticos muy distinguidos; y las tropas de desembarco, en número de veinte y dos mil hombres, iban á las órdenes del general O-Reilly. Impelida por un viento próspero, la armada se presentó á la vista de Argel el 1.° de julio. Desde luego se trató de poner en tierra las fuerzas que venian á bordo; mas esta operacion, que bien ejecutada hubiera podido arrojar los resultados mas felices, se hizo con una lentitud deplorable, pues tardó seis dias en romper su marcha la primera division. Los argelinos, fieles á su antigua táctica, se presentaron formando esas bandas movi-

bles y levadizas como la arena de sus desiertos. Al primer avance que practicaron los nuestros, desaparecieron, dando á su capciosa retirada todas las apariencias de una fuga completa. Los soldados españoles que tenian el ardor belicoso sin la pericia de sus hermanos en los siglos XV y XVI, se avalanzaron sobre el disperso enemigo, fomentando su temeraria imprudencia las voces y exhortaciones de un gefe llamado Navarro, poco semejante al grande hombre que ilustró este apellido. Vióse muy luego envuelta la vanguardia en un laberinto de cercas, empalizadas y fosos; revuelven entonces sobre ella los argelinos con su ordinaria impetuosidad, y los españoles, rotos y diseminados, saben mejor morir que defenderse y ofender. La retirada, indispensable en aquellos momentos de suprema tribulacion, debia ser, y fué en efecto, tumultuosa. La segunda division que acababa de poner el pié en tierra, combatida por el choque de los fugitivos y trabada por las ágiles maniobras de los berberiscos, se conmovió mas de lo que convenia á su honor y á su seguridad.

Dió mayor auge á esta desgracia la imprevision de O-Reilly, quien dispuso erigir apresuradamente una trinchera, pero al alcance de la artillería enemiga. Cubrieron los berberiscos con una lluvia de fuego este improvisado reducto, haciendo horrible destrozo en nuestras quebrantadas filas. Allí hubieran perecido las dos divisiones desembarcadas si mas audaz, mas táctico ó mas ingenioso el enemigo hubiera intentado un violento asalto sobre la línea española; mas los argelinos, tan ardientes en la pelea, sabian mejor vencer que recoger el fruto de la victoria. Por otra parte, nuestros generales y oficiales hicieron prodigios de pericia é intrepidez, que si bien fueron insuficientes para compensar los primeros errores, sirvieron al menos para evitar que aquel desastre tuviese consecuencias mas deplorables. Merced á estas circunstancias, se pudieron salvar los heridos en número de tres mil, sin que el enemigo pudiera adornar su triunfo con ningun prisionero español. Reembarcáronse del mismo modo todos los cañones y demas enseres militares, quedando solo en aquel funesto sitio por triste trofeo de tan lamentable suceso, cuatrocientos setenta cadáveres. La armada regresó á los puertos de Cartagena y Alicante, en los últimos dias



del mes de agosto. Tal fué el éxito de una empresa acometida con poca premeditacion y realizada bajo un plan conocidamente vicioso.

En 1779, las colonias inglesas de América sostenian una lucha desesperada contra su metrópoli. La enconada rivalidad de Francia sobresalió en esta coyuntura, y Luis XVI arrojó resueltamente su espada en la balanza de aquella guerra. Quizás monarca francés obedecia á un sentimiento noble y elevado; pero cometia un error inmenso, porque en política el corazon es siempre mal consejero. Patrocinando á los americanos, Luis formaba el proceso de su monarquía absoluta, y relajaba, sin advertirlo, el vínculo de subordinacion entre sus propias colonias. El penetrante espíritu de Cárlos III comprendió al pronto estos mismos inconvenientes; mas deseaba con imponderable vehemencia abatir el orgullo de la Gran Bretaña é indemnizarse gloriosamente de las pérdidas que habia esperimentado en la última guerra con esta nacion. Las circunstancias eran muy favorables á este doble objeto; el nervio de las fuerzas inglesas se consumia en las pantanosas llanuras del Canadá; sus escuadras ceñian el continente americano, y apenas existian en los mares de Europa buques suficientes á proteger la integridad de las costas británicas. Las armadas de España y Francia, combinando sus movimientos, podian dar la ley desde las aguas de Cádiz hasta el canal de la Mancha, y acaso romper para siempre el cetro de los mares que por tanto tiempo habia conservado aquella aborrecida rival. De modo, que esta guerra, impolítica en su orígen y consecuencias, ofrecia para la España un porvenir brillante bajo el aspecto militar.

Un gran genio y una gran fortuna, hubiera podido cambiar entonces los destinos del mundo civilizado. Casi todas las potencias marítimas son invencibles hasta que se las ataca en su mismo corazon (1). Todos los hombres privilegiados desde Felipe VI hasta Napoleon Bonaparte, han concebido el pensamiento mas imponente que difícil, de combatir á la Inglaterra en su seno.

(1) *La suerte de Cartago se ha de decidir en Cartago,* era la gran máxima de los romanos, los cuales contestaban siempre á la invasion de un enemigo con otra invasion recíproca. Hasta los pequeños estados marítimos de Italia han conservado su esplendor y poderío, al través de las vicisitudes de la suerte, mientras han podido agitar sus fuerzas fuera del círculo de la ciudad en que estaba arraigada su existencia.



Las córtes de Madrid y Paris entrevieron tambien este plan seductor y decisivo; mas no acertaron á desplegar aquella energía suprema que se necesitaba en una invasion de esta naturaleza. La escuadra francesa, dirigida por el caballero Orvilliers, salió del puerto de Brest al promediar el mes de junio; las españolas, que se hallaban en Cádiz y el Ferrol, debian incorporársele inmediatamente; pero cuestiones de preferencia en el mando, que hubieran debido resolverse antes de este momento crítico, hicieron perder á la escuadra del Ferrol un tiempo precioso é irreparable. Reunidas por último las tres escuadras, formaron un conjunto de sesenta y ocho navíos de línea, es decir, la armada mas formidable que se hubiera dado á la vela en el espacio de dos siglos. El almirante inglés Hardy, que con treinta y ocho navíos cerraba el estrecho de Calais, no quiso comprometerse en un combate temerario, pero se situó tan hábilmente, que hizo inaccesible su posicion. Era, sin embargo, este armamento entonces el único escudo de la Inglaterra, de modo que los aliados podian efectuar su desembarco en el punto mas favorable de las costas británicas. Las enérgicas reclamaciones de nuestros generales, el ardiente entusiasmo de las tropas, el influjo benéfico de la estacion, y la gloriosa importancia de esta empresa, fueron insuficientes á disipar la tímida circunspeccion de Orvilliers. A la verdad, Hardy guardaba una actitud fiera é imponente, y habria podido cebarse en nuestros buques durante la complicada operacion del desembarco; el sentimiento de la independencia hubiera escitado en los ingleses arranques de heroismo, y las costas se hallaban erizadas de cañones. ¿Pero cuándo se han realizado grandes cosas sin vencer grandes dificultades? En compensacion, la Irlanda, pronta siempre á sacudir el yugo que la oprimia, podia tendernos una mano protectora; la España, vigorizada por su actual soberano, y la Francia estimulada por su odio, hubieran enviado prontos y poderosos socorros, y si no se verificaba la improbable idea de arruinar á la Inglaterra, se podia recoger, sobre terreno conquistado, el caduceo de una paz útil y brillante. Orvilliers se limitó, no obstante, á practicar estériles maniobras delante de la escuadra inglesa, brindándole eficazmente con un combate que Hardy se obstinó en no aceptar. Así transcur-

rió un mes entero; pasó la buena estacion, sobrevinieron recios temporales, y la grande armada no pudo permanecer en el canal y hubo de regresar al puerto de Brest.

Con menos medios obteníamos mas abundantes frutos en América. D. Bernardo Galvez, á la cabeza de una pequeña escuadra, arrebató á los ingleses los importantes puntos de Panmure, Baton Rouge y Misilimakinac, sin que en los diferentes choques que sostuvo con el enemigo quedase una vez desairado el pabellon español. Tan intrépido como venturoso D. Roberto Rivas, se enseñoreó de la costa de Campeche, y sabiendo que los ingleses habian penetrado en San Fernando de Omoa, marchó en su seguimiento, fiando mas que en el número, en la calidad de la gente que conducia. Rehusó el enemigo avistarse con nuestras tropas; pero el infatigable Rivas, persiguiéndole sin descanso, recobró á San Fernando de Omoa, y lo que era mas dificil, la rica presa que los ingleses habian hecho en esta plaza.

La España puede ser rica y poderosa materialmente, sin Gibraltar; pero su grandeza moral depende de la reconquista de esta plaza. Durante doce siglos se ha desconocido la importancia de este colosal peñasco (1), y en los dos últimos solo se ha pensado ó en deplorar su pérdida ó en repararla. Este último estremo cautivaba principalmente la atencion de Cárlos III, quien deseaba arrancar aquella espina clavada en el corazon de sus dominios, con toda la vehemencia de un monarca ofendido y con todo el ardiente entusiasmo de un español. Ya desde el principio de la guerra se habia bloqueado á Gibraltar, esperando que el tiempo y la espada del hambre abatirian la noble entereza de su guarnicion. Esta esperanza parecia fundada. Porque ¿cómo podia creerse que la Inglaterra, amenazada de una manera tan formidable, recobrase de repente la ofensiva y volara al auxilio de su combatida colonia? Sin embargo, los sucesos acreditaron lo contrario y sancionaron la

(1) Antes de penetrar los ingleses en Gibraltar, habia sido esta plaza perdida y recobrada catorce veces por los españoles, lo que prueba el poco interés que inspiraba á sus dominadores, pues desplegaban tan escasos medios y tan ténues esfuerzos para conservarse en ella.



eterna máxima de que el beligerante que desconoce el poder de sus fuerzas, está vencido antes de entrar en la lucha.

Ya hemos dicho que Orvilliers se habia retirado á Brest con la escuadra combinada; esta escuadra habia sufrido una desmembracion considerable para formar una segunda línea en los cabos de Espartel y San Vicente. No obstante quedaban en Brest cuarenta navíos, número por otra parte mas que suficiente para dominar en el canal de la Mancha, y hacer ilusoria cualquiera maniobra audaz que intentasen los ingleses.

En estas circunstancias salió de sus puertos el almirante británico Rodney (1780), con una escuadra que no pasaba de veinte velas, protegiendo un gran convoy de víveres y municiones. Llevaba la mision difícil, y al parecer irrealizable, de introducir en Gibraltar socorros prontos y eficaces. El gobierno inglés, con ese instinto poderoso que desarrolla un gran deseo ó un peligro inminente, habia encomendado á Rodney esta empresa á que iban enlazados el honor y los intereses mercantiles de la Gran Bretaña. No podia haber hecho eleccion mejor. A un espíritu culto y poderoso, reunia un valor frio, tenaz, indomable, una instruccion esquisita en el difícil arte de la náutica, y un carácter mas grande que la fortuna. Tan hábil marino como esperimentado general, sabia conducir sus buques al través de las tempestades, y escitar en sus soldados un ardor inestinguible por la prosperidad y gloria de su pais. Era uno de esos hombres que jamás retroceden ante una órden temeraria, pero que saben con sus disposiciones convertir la temeridad en heroismo.

Sin arredrarse por la actitud imponente que ofrecia la escuadra de Brest, Rodney se dió á la vela vogando hasta la altura en que debian encontrarle sus enemigos. Pero Orvilliers permaneció en el puerto sin disparar un cañonazo. La mano de la desgracia, que rompe los mas fuertes vínculos, habia alterado la armonía entre los gabinetes de Madrid y de Versalles. Quejábase el primero del mal resultado que habia tenido la espedicion contra Inglaterra, y pedia que su aliado cooperase con todo el lleno de sus fuerzas á la reconquista de Gibraltar. Rehusaron los franceses acceder á esta demanda, alegando el especioso pretesto que ante

todo debia sostener la independencia de los americanos. Pero la guerra de América, ademas de impolítica, era secundaria, y la Inglaterra, herida en sus fibras mas vitales, hubiera aflojado en su empeño por recobrar aquellos paises ya casi completamente emancipados. No se pueden esplicar estas tergiversaciones y subterfugios del gobierno francés sino por el celoso temor de que la España, recuperando á Gibraltar y Menorca, adquiriese un ascendiente de primer órden en el sistema político europeo. Lo cierto es, que la escuadra combinada conservó una inmovilidad humillante, y que Rodney pudo seguir sin obstáculos su derrotero hasta el cabo de Finisterre, en el que la fortuna le preparaba un presente bien apreciable. Cruzaba, en mal hora, por aquel punto, un convoy español que desde San Sebastian se dirigia á Cádiz, conduciendo un cuantioso repuesto de municiones. Verle el inglés, y darle caza, fué todo obra de pocos minutos. La escolta del convoy, reducida á un navío y siete fragatas, hizo leve resistencia, y Rodney siguió avanzando, menos orgulloso con tan fácil triunfo que alegre con la rica presa que habia adquirido.

Aun pudieran los españoles oponer al británico fuerzas considerables y arrebatarle sus últimos laureles, á haber reinado en nuestro gabinete la concordia necesaria para llevar á cabo un pensamientó felizmente concebido. Segun hemos indicado, quince navíos desprendidos de la escuadra de Brest, debian unirse á la española, que formaba el bloqueo de Gibraltar, y presentar un frente de veinte y ocho buques de línea á los veinte y uno que llevaba Rodney. Dirigia esta escuadra auxiliar D. Luis de Córdova, oficial valiente é instruido, pero demasiado circunspecto é incapaz de suplir con un gran golpe de audacia las frecuentes vicisitudes de la fortuna. Hizo rumbo Córdova hácia las costas de Galicia, dejó en el Ferrol cuatro de sus navíos que maniobraban dificilmente, y con los once restantes se embocó en el mediterráneo hasta colocarse bajo el cañon de Cádiz. Desde aquí debia dirigir su proa sobre la bahía de Gibraltar, darse la mano con Lángara, jefe de la otra escuadra, y unidos ambos, cerrar esta garganta al intrépido inglés. Pero en el momento de tender las velas supo que habia sido arro-

jado del mediterráneo por el furor de las tempestades, y se limitó á formar un crucero, no solo estéril, sí que tambien pernicioso en la boca misma del estrecho. Lo mas estraño es que el ministerio de marina, olvidando ó despreciando las primeras y escelentes disposiciones del gobierno, aprobó esta determinacion de Córdova. Sobrevinieron entretanto los recios temporales de diciembre: la escuadra de Córdova padeció sumo quebranto, y él mismo corrió peligro de estrellarse en la costa de Africa con el navío *Trinidad* que montaba. Quedó por consiguiente abandonado el crucero, á tiempo en que Lángara, repuestos sus buques, pretendia efectuar la proyectada incorporacion. Una nueva desgracia vino á complicar la situacion de Lángara, ya de por sí tan delicada y difícil. D. Ignacio Ponce, que á remo y vela avanzaba desde el Ferrol con los cuatro navíos que habia dejado Córdova, sufrió tales contratiempos, que hubo de regresar al puerto con sus buques destrozados por la furia del océano.

Así, por una complicacion fatal de accidentes naturales, de imprudencias gubernativas, y de infidelidades diplomáticas, se halló Lángara entregado á sus propias fuerzas, muy inferiores en número á las que pudiera presentarle el enemigo.

No rechazó Rodney ocasion tan seductura; marchó al alcance de nuestra escuadra, y habiéndola descubierto cerca del cabo de San Vicente, la ofreció el combate con la mayor eficacia. Langara, tan prudente en el consejo como valeroso en la pelea, no quiso empeñarse en un choque temerario, y trató de emprender su retirada bajo el amparo de una densa niebla. El viento, que protegia á los ingleses, hizo inútiles las oportunas precauciones del español, obligándolo á formar en linea. Los ingleses, superiores en el número de sus buques y en la habilidad de sus maniobras, entraron en la accion casi con la certidumbre de la victoria; pero si bien lograron reportarla, fué á costa de inauditos esfuerzos y sangrientos sacrificios. Lángara llenó sus deberes hasta un estremo heróico; cercado el navío almirante *Fénix* por cuatro enemigos, desarbolado é imposibilitado de maniobrar, siguió no obstante defendiéndose hasta que, acribillado á balazos y á punto de sumergirse, aceptó de Rodney una capitulacion que salvaba la existencia de Lángara y

su equipage, sin poderles arrebatar la honra. Nuestros marinos hicieron prodigios de intrepidez; los mas prefirieron buscar la muerte en el seno de las olas, antes que doblar su cerviz ante la garra del leopardo inglés. Esta funesta batalla nos privó de nueve buques, librándose únicamente cuatro. Habíamos peleado casi con una mitad de fuerzas, y sin embargo, balanceamos durante nueve horas el éxito del combate, contra la formidable marina inglesa. Asi puede decirse, en términos de la mas ámplia verdad, que esta accion nos fué gloriosa, pero tristemente gloriosa, como la inscripcion que se pone sobre el sepulcro de un héroe. Entró Rodney triunfante en Gibraltar, de donde salió á los pocos dias para dirigirse á América, sin que los franceses hicieran una tentativa séria para disputarle el paso en esta audaz escursion.

Estrella mas propicia guiaba nuestros pasos sobre los paises ilustrados por el genio de Colon. D. Bernardo Galvez, no satisfecho con sus anteriores triunfos, se propuso arrancar á los ingleses la plaza de Mobila. Escasos eran los medios con que contaba el animoso español para llevar á cabo una empresa rodeada de dificultades; pero tenia fé en las fuerzas de su espíritu activo, fecundo é inflexible, bajo el mas rudo golpe de la desgracia. Puesto de acuerdo con el gobernador de la Habana, Galvez rompió osadamente su movimiento á la cabeza de una pequeña escuadra. La Providencia, que en las ocasiones difíciles quiere evidenciar el carácter de los grandes hombres, suscitó una tempestad en la que quedaron averiados los buques de Galvez, sumergida la artilleria y ahogados ochocientos de los dos mil soldados que formaban la espedicion. Un ánimo menos resuelto hubiera desmayado ante estas calamidades; pero el de Galvez se enalteció con el peligro, y por un rasgo profundamente característico, viendo que no podia combatir la plaza por el lado del mar, formó escalas con las reliquias de los destrozados buques, y se propuso tomarla por asalto. Los trescientos ingleses que la guarnecian temieron el valor indomable de su enemigo, y se entregaron por capitulacion á las primeras intimaciones.

Otro golpe sensible padecieron los intereses de la Gran Bretaña frente á las Azores. El célebre ministro español, conde de Floridablanca, cuya perspicacia penetraba al través del misterio con que

cubria sus determinaciones el gabinete de Saint-James, supo que este habia enviado á la India un grueso convoy de hombres, víveres, municiones y dinero. Inmediatamente se dió órden á Córdova para que volara al encuentro del mencionado convoy; avistóle, en efecto, á la altura de los Azores, y dispersando á cañonazos el navío y fragata que le custodiaban, se apoderó de cincuenta y cinco barcos, en los que iban bastantes prisioneros franceses y españoles, dos mil soldados ingleses, y efectos por valor de ciento cincuenta millones. Pero lo que sobresaltó mas á la Inglaterra fué una hábil negociacion diplomática, concebida y llevada á cabo por el ministro Floridablanca, y que dió por fruto el tratado de la neutralidad armada. Este tratado tenia por objeto proteger á todos los buques cubiertos con pabellon neutral, que condujeran mercancías á Francia y España, los cuales, hasta entonces, no se habian libertado de la violenta rapacidad inglesa. La emperatriz de Rusia, halagada en su orgullo y en sus intereses, se declaró garante del tratado, y el Austria, la Prusia, la Holanda, Portugal, Francia y España, se adhirieron á él con toda la plenitud de sus deseos. De este modo la Inglaterra se encontró sola ante la Europa que habia tomado una actitud amenazadora, y en guerra abierta con la España y la Francia. Jamás su posicion habia sido tan crítica, porque si observaba religiosamente el tratado, perdia el gran recurso del corso, y el medio de herir á sus rivales en la fibra mas sensible, y si le quebrantaba, iba á atraer sobre sus brazos todas las fuerzas irresistibles de esta imponente liga.

El gobierno inglés creyó que el único modo de desvanecer esta tormenta, era el de interesar á la czarina ofreciéndola como prenda de una alianza sólida la isla de Menorca. Catalina, que bajo el esplendor de un gran genio encubria todas las pasiones de una muger, acogió fácilmente esta propuesta seductora, olvidando el compromiso que habia contraido ante la faz de la Europa entera. Por fortuna, Floridablanca llegó á traslucir este pacto misterioso, y la reserva y actividad con que se condujo para frustrarle, forman uno de los mas bellos timbres en la vida de este distinguido político.

Preparábase una escuadra en el puerto de Cádiz (1781), cuyo destino se ignoraba, si bien se creyó generalmente que tenia por



objeto renovar el malhadado bloqueo de Gibraltar. La córte de Madrid dió hábilmente vuelo á esta opinion, de modo que todas las miras de la Inglaterra se dirigieron sobre el estrecho. Equipada ya y provista, levantó el áncora el 22, haciendo efectivamente rumbo hácia el estrecho. Constaba de cincuenta y dos velas y otros muchos buques menores que llevaban á bordo ocho mil hombres, bajo las órdenes del duque de Crillon, hombre lleno de una intrepidez reflexiva, frio, taciturno, y el mas idóneo sin duda para conducir una empresa en la que el secreto era la primera, quizás la única garantía del éxito. A fin de desorientar completamente al enemigo, se dividieron la escuadra y convoy, y tomando direcciones convergentes, vinieron á confluir en un mismo dia, casi en una misma hora, sobre las aguas de Menorca. Ni una bala enemiga habia detenido su veloz y bien corcertada marcha.

Un rayo desprendido de la atmósfera en medio de un dia despejado y tranquilo, no puede producir mas terror que el que causó al enemigo la vista de aquella escuadra como brotada de los profundos senos del mar. Crillon se aprovecha de estos felices momentos, desembarca su gente con celeridad estraordinaria, y cruza con la espada desnuda toda la isla sin divisar mas que ingleses fugitivos que corrian á buscar un refugio en el fuerte castillo de San Felipe. Encerróse tambien con ellos el gobernador Murray, y rechazando altivamente las proposiciones de una capitulacion, se preparó á resistir los rigores del asedio.

Crillon carecia de algunos elementos para establecerle en regla; pero vino oportunamente un cuerpo de cuatro mil franceses con pertrechos considerables, y desde este instante se desplegó en el ataque una actividad sin límites. No obstante, Murray seguia defendiéndose con una constancia heróica; sus soldados, vueltos de la sorpresa, aspiraban á conservar su honor y aquel punto tan importante; lograron lo primero, mas San Felipe sucumbió por fin ante los poderosos esfuerzos de los franco-hispanos. Ciento cincuenta bocas vomitaron á un tiempo un fuego espantoso sobre aquella fortaleza, abatiendo sus erguidas crestas y torreones; sin embargo, fué preciso que se incendiara el almacen de pólvora que habia en el castillo, para que Murray aceptara las bases de una capitulacion

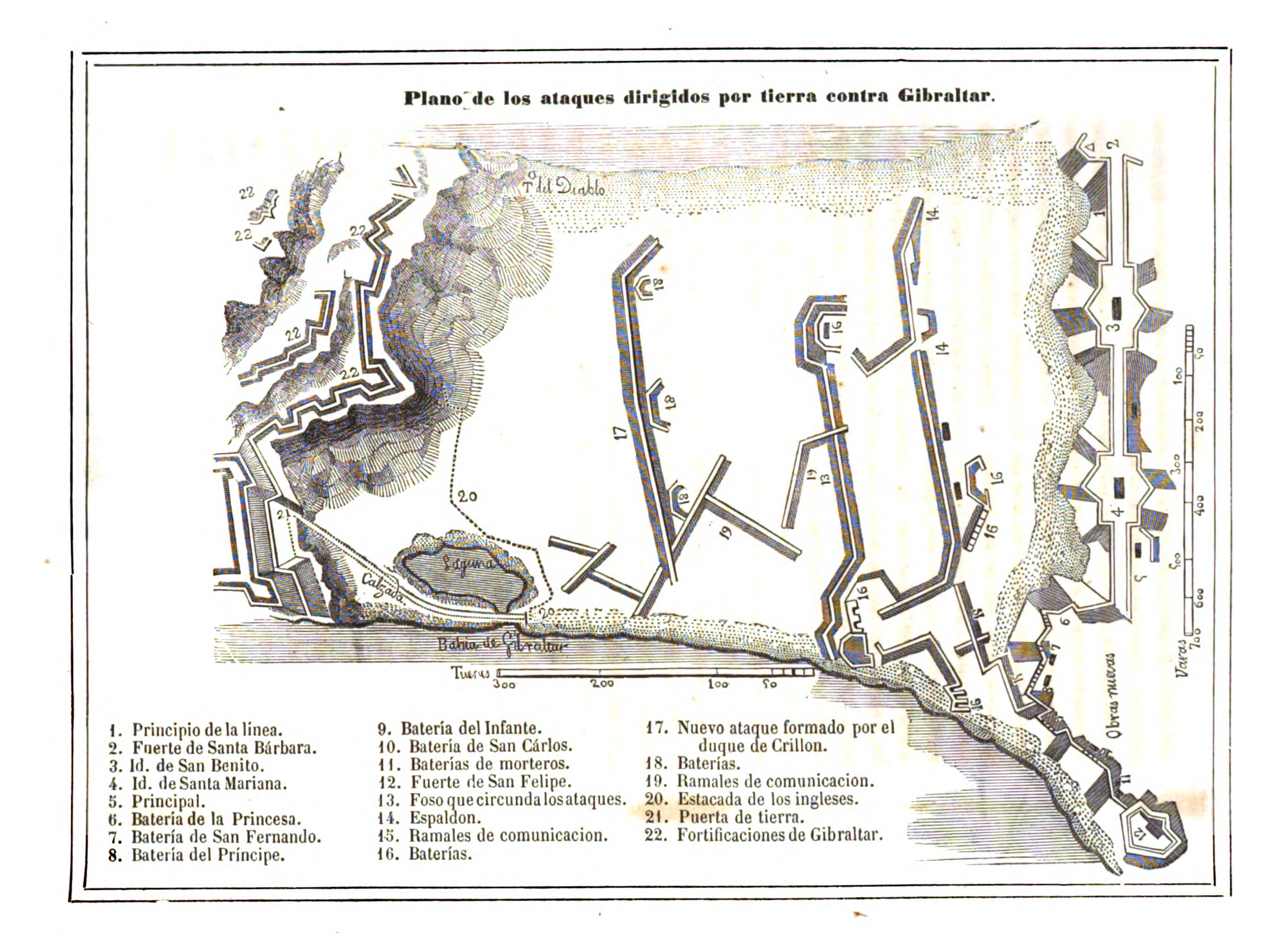


decorosa. Rendido San Felipe y reparados los destrozos, quedó allí una guarnicion española de dos mil hombres.

Menos ruidosos, pero muy importantes eran los triunfos que obteníamos en la Florida occidental. El genio emprendedor de Galvez habia concebido el proyecto de espulsar á los ingleses de esta provincia, que constituia una de las mejores escalas del comercio británico en el continente americano. Tan activo como perseverante, Galvez equipó una escuadra, á cuyo bordo iban ocho mil hombres, y se lanzó en medio de aquel océano que parecia dispuesto á contrariar sus esfuerzos con las fuerzas invencibles de la naturaleza. En efecto, apenas empezaron á bogar los buques españoles, se declaró un temporal furioso que amenazaba con una catástrofe tremenda. Fuélo sin duda muy sensible, pues la mitad de las embarcaciones quedaron destrozadas, sumerjiéndose dos mil hombres de la tripulacion. El carácter de Galvez no se desmintió en estas terribles circunstancias; su voz y su ejemplo devolvieron la esperanza al abatido corazon de los marinos, quienes redoblando su energía, lograron por fin salvar el resto de la escuadra de un naufragio completo. Sin embargo, fué preciso renunciar al movimiento progresivo hasta que se recibieran algunos auxilios de Solana; cuya escuadra asomó oportunamente por aquellas aguas. Tomó entonces Galvez veinte buques, puso á su bordo cinco mil hombres, y rompió otra vez su derrotero; llegó sin nuevas contrariedades á la vista de Panzacola, capital de la Florida.

Ochocientos ingleses y una multitud desorganizada, pero valiente, sostuvieron por algun tiempo el fuego horroroso y simultáneo que fulminaban nuestros buques y algunas baterías de tierra. Un incidente igual al que apresuró la capitulacion de San Felipe, decidió la de esta plaza. Incendióse el almacen de pólvora que tenian los sitiados, los cuales, intimidados por el destrozo que causó la esplosion, y faltos de municiones, hubieron de implorar la clemencia del general español. Toda la isla siguió el ejemplo de la capital, completándose en menos de quince dias una conquista de elevado interés. Las almas que no se doblan bajo el golpe de la desgracia, alcanzan siempre en último término los favores de la fortuna, porque estos no son realmente otra cosa que el fruto de la constancia humana.

Plano de los ataques dirigidos por tierra contra Gibraltar.



1. Principio de la línea.
2. Fuerte de Santa Bárbara.
3. Id. de San Benito.
4. Id. de Santa Mariana.
5. Principal.
6. Batería de la Princesa.
7. Batería de San Fernando.
8. Batería del Príncipe.
9. Batería del Infante.
10. Batería de San Cárlos.
11. Baterías de morteros.
12. Fuerte de San Felipe.
13. Foso que circunda los ataques.
14. Espaldon.
15. Ramales de comunicacion.
16. Baterías.
17. Nuevo ataque formado por el duque de Crillon.
18. Baterías.
19. Ramales de comunicacion.
20. Estacada de los ingleses.
21. Puerta de tierra.
22. Fortificaciones de Gibraltar.

Pero al lado de estos prósperos sucesos sobrevino otro que cortó los vuelos á la ambicion de las córtes aliadas. Francia y España creyeron en un momento de entusiasmo, que seria posible espeler á los ingleses de toda la india occidental, suscitándoles al propio tiempo graves conflictos en la oriental. La realizacion de este estraordinario pensamiento debia empezar en la Jamaica, colonia célebre por los infortunios del gran marino (1), y sometida de tiempo atrás al poderío de la Inglaterra. Los fecundos talentos de Galvez y su carácter privilegiado, le valieron la honra de concurrir á esta célebre espedicion al frente de la escuadra española, si bien las brillantes cualidades de nuestro jefe quedaban eclipsadas por la superioridad de mando que ejercia el almirante francés Grasse. Los buques españoles, en número de once, salieron de la Habana, hicieron una travesía rápida y feliz, y se reunieron á Grasse que con cuarenta y ocho navíos y trece fragatas esperaba su incorporacion en las aguas de Santo Domingo.

La Inglaterra, vivamente alarmada por peligro de tanta trascendencia, hizo un esfuerzo inaudito por salir airosa en la lucha. Rodney, que despues de haber salido de Gibraltar y evitado la persecucion de una poderosa escuadra hispano-francesa, se constituyó con sus veinte buques en núcleo de una armada suficiente para combatir á la de los aliados.

La batalla ocurrida el 12 de abril, aseguró la prepotencia inglesa, desvaneciendo los quiméricos proyectos de sus rivales. No concurrió á este choque la escuadra española, ni la mayor parte de la francesa, que iban sosteniendo el convoy, y así, Grasse se halló comprometido ante un adversario que le aventajaba en número, y mas todavía en táctica naval. El almirante francés cometió desde luego la imprudencia de acortar sus velas para dar tiempo á que entrasen en línea. Rodney, que abarcaba con vista de águila todas las maniobras de su enemigo, se aprovechó con atinada rapidez de esta falta, carga con todos sus buques divididos en dos líneas paralelas el frente de los franceses, y como estos no se habian establecido aun sólidamente en su posicion, rompe sin grande

(1) Colon.



dificultad sus álas, las separa del centro, y coloca á éste entre todos los fuegos de la armada británica. No fué menester mas para decidir la victoria; el navío almirante quedó prisionero, cinco se fueron á pique, otros, en igual número, se refugiaron muy maltratados y á favor del viento, en la bahía de San Eustaquio, y el contralmirante Vaudreuil, que con mas resolucion hubiera podido neutralizar la atrevida maniobra de su enemigo, recogió diez y nueve buques que casi habian permanecido inactivos, y pronunció su derrotero á Santo Domingo.

Galvez, incapaz de sostenerse en aquellas aguas contra la formidable escuadra enemiga, viró de proa y se lanzó, como sobre presa segura, en las islas de Bahama. La breve conquista de este pais dió algun lustre á nuestre pabellon; pero no pudo alterar en lo mas mínimo la siniestra fisonomía de la guerra marítima. El mundo civilizado creyó desde entonces que la Inglaterra tenia fuerzas, recursos y voluntad para retener la soberanía de los mares.

Vituperóse, no obstante, á Rodney el que por cebarse esclusivamente en la escuadra francesa, abandonase el interesante convoy que conducian los españoles, y esta imputacion, fundada en su esencia, aunque violenta en sus formas, perjudicó mucho á la reputacion del almirante inglés. A pesar de este revés no recejaron España y Francia en su proyectado ataque contra Gibraltar. Suponian, fundadamente, que rescatada esta plaza y menguadas las posiciones de la Inglaterra en la India occidental, esta potencia quedaba herida en sus fibras mas vitales, y necesitaba desplegar esfuerzos inauditos para abrir nuevos mercados á su industria, elemento de su existencia y prosperidad. ¿Qué importaba una victoria naval debida á circunstancias especiales, ó á la feliz inspiracion de un distinguido marino, si la Inglaterra perdia á Gibraltar que representaba para ella tantos intereses materiales y la fuerza de aquella sangrienta lucha? Gibraltar era, en efecto, el gran símbolo de la guerra, y el beligerante que en definitiva quedara dueño de este punto, podia proclamarse solemnemente vencedor (1).

(1) Cárlos III y su ministro Floridablanca se habian adherido tan fuertemente á este pensamiento, que brindaron á la Inglaterra con la paz, pero estableciendo como artículo preliminar y *sine qua non*, la restitucion de Gibraltar. El gabinete de



España qué principalmente se habia lanzado á la guerra movida por este resorte, no omitia gasto ni diligencia alguna para obtener la recuperacion de aquella plaza. Ni la feliz maniobra de Rodney, ni el subsiguiente quebranto de nuestras escuadras, ni el deseo de estender el calor de sus operaciones hácia puntos mas distantes, habian podido apartarla del bloqueo de Gibraltar. Un cuerpo de tropas españolas, con algunas auxiliares francesas, cubria los puestos avanzados de San Roque; y dos flotillas, mandadas una por D. Juan de Lángara, y la otra por D. Antonio Barceló, y embozadas respectivamente en el océano y mediterráneo, pugnaban valerosa, y muchas veces felizmente, por impedir el arribo de los auxilios ingleses. Quien conozca la situacion de aquellas mares, las contrariedades de los vientos, los rudos embates de las olas que parecen agitarse en aquella garganta estrecha y profunda para hacer mas laboriosa y mas digna la civilizacion del mundo, comprenderá la dificultad inmensa, casi invencible de sostener una línea de sitio por aquella parte.

Ni eran menores los obstáculos por el lado de tierra. La fortaleza del peñon sobre que se asienta la plaza, habia sido realzada con todos los recursos del arte, y aun mejor dicho, con toda la omnipotencia del genio militar. Se habia tajado á pico la enorme roca por aquellos puntos en que parecia accesible; se habian abierto baterías en el cuerpo de la misma, y utilizado grandemente hasta los mas pequeños recursos topográficos de una plaza que los tiene mayores que otra alguna de Europa. Como prueba de la importancia que tenia Gibraltar para la Inglaterra, baste decir que esta potencia habia invertido en las fortificaciones de aquella plaza mas de cuarenta millones de reales.

Siete mil hombres escogidos guarnecian á Gibraltar. Oficiales

Saint-James, que soportaba dificilmente el peso de esta guerra, vaciló en un principio, pero al fin prevalecieron los dictámenes de la opinion pública, sobre las ventajas que por via de equivalente ofrecia la córte española. Refiérese que lord Stormont dijo con este motivo al agente español Husseyo, «Que si España le ponia ante la vista el mapa de sus estados para que buscase un equivalente de Gibraltar, fijando tres semanas para la decision, no podria en tan largo plazo hallar entre todos ellos nada que bastase á compensar la cesion de aquella plaza.» *Memorias de Cumberland.*



y soldados, poseidos por el noble sentimiento de sostener la gloria de su pais contra el poder de dos grandes y belicosas naciones de Europa, se creian susceptibles de cuantos esfuerzos, sacrificios y privaciones pudiera acarrearles aquel terrible sitio. Los que comprendan la sensacion eléctrica y omnipotente que los grandes sucesos escitan en el espíritu de la multitud, concebirán fácilmente que no habia en aquella plaza un solo inglés que no desease arriesgar su vida en obsequio de la alta mision que le habia sido confiada. Las almas vulgares repelen las ideas abstractas, pero acogen con un fervor sin límites los sentimientos nobles y elevados.

Sin embargo, el nervio de esta defensa y el principal escudo de la plaza, era su gobernador Lord Elliot. Frio, taciturno, solo tenia la elocuencia de los hechos y de la ley, tan propia para el carácter severo de su nacion; mandaba con su ejemplo mas bien que con sus palabras, y los peligros, lejos de abatirle, redoblaban la energia de su organizacion y le hacian descubrir nuevos recursos en el fondo de las situaciones mas desesperadas. Su actividad no tenia otro límite que la conciencia de sus deberes; y atendia siempre, y siempre oportunamente, á las operaciones del enemigo, á la disciplina de la guarnicion, á las maniobras, rara vez interrumpidas, del ataque y defensa, á las negociaciones diplomáticas, y á la mayor comodidad posible de los habitantes de la plaza.

A un hombre de estas cualidades era necesario oponer una gran reputacion y un mérito sabresaliente. Las brillantes prendas que concurrian en el duque de Crillon, y el prestigio europeo que le habia grangeado su reciente conquista de Menorca, le hacian sin duda acreedor á la honrosa confianza de dirigir aquel sitio memorable. Mas por una deplorable equivocacion, ó por consideraciones subalternas, hubo de fraccionarse el mando, y mientras Crillon lo ejercia sobre el ejército de tierra, las maniobras marítimas quedaron confiadas á D. Ventura de Córdova, buen oficial, valiente, hábil y lleno de celo por el triunfo de la causa española; pero que ni tenia un nombre imponente, ni esa fuerza de voluntad que solo puede inspirar el genio acompañado de la fortuna. Esta falta de unidad en las operaciones contribuyó mucho á su infeliz desenlace.

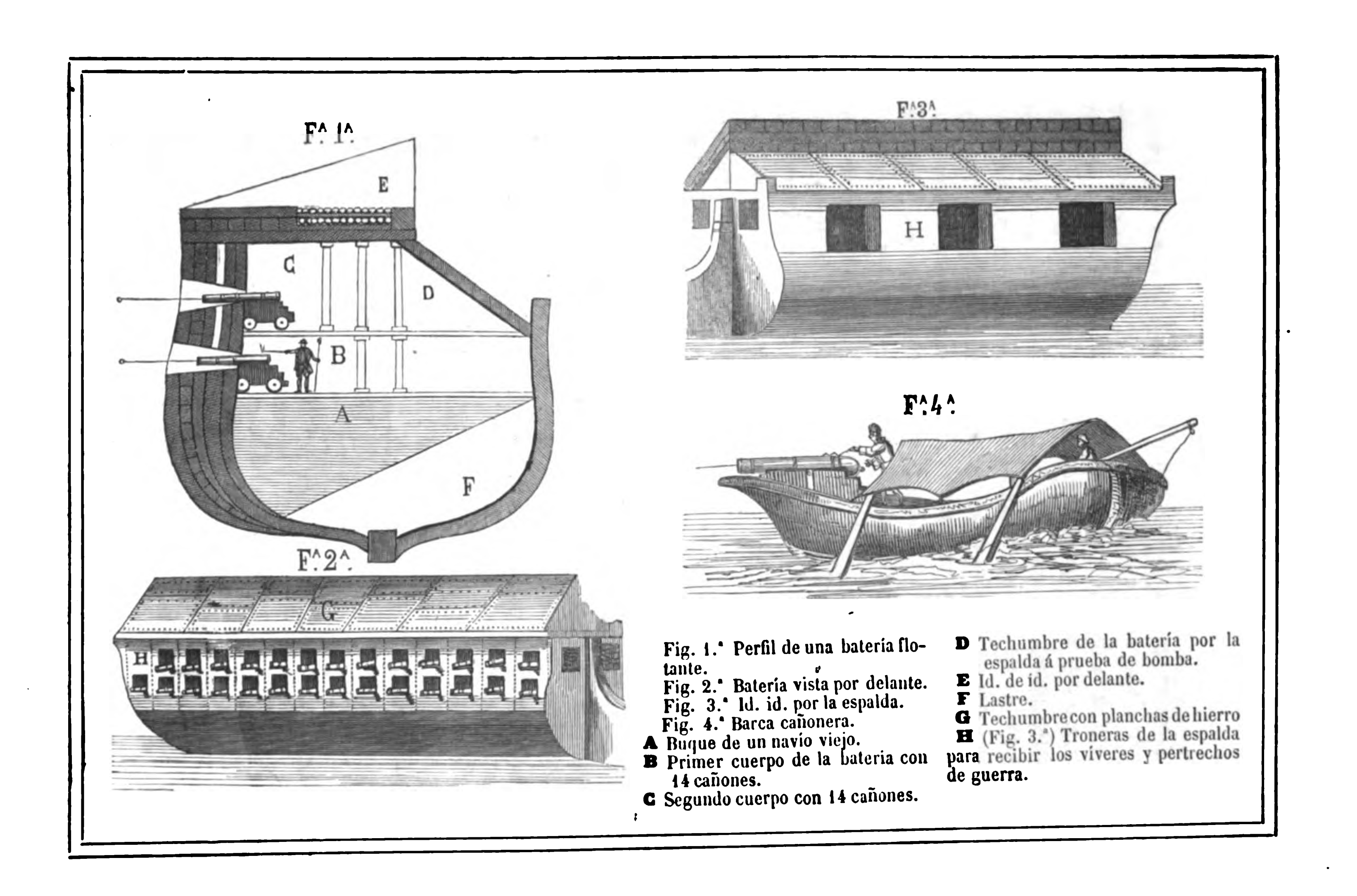


Fig. 1.ª Perfil de una batería flotante.
Fig. 2.ª Batería vista por delante.
Fig. 3.ª Id. id. por la espalda.
Fig. 4.ª Barca cañonera.
A Buque de un navío viejo.
B Primer cuerpo de la batería con 14 cañones.
C Segundo cuerpo con 14 cañones.
D Techumbre de la batería por la espalda á prueba de bomba.
E Id. de id. por delante.
F Lastre.
G Techumbre con planchas de hierro
H (Fig. 3.ª) Troneras de la espalda para recibir los víveres y pertrechos de guerra.

Mas al pronto, la presencia de Crillon escitó en el campo una actividad y ardor estraordinarios. Las tropas españolas, vanagloriándose de servir á las órdenes de un jefe tan distinguido, y las francesas, movidas por el resorte de una noble emulacion, hicieron prodigios de laboriosidad é intrepidez rematando bajo el fuego enemigo tres paralelas, que se coronaron muy luego con ciento cincuenta y tres cañones.

Hallábanse á punto de terminarse estas obras en los primeros dias de setiembre, y se esperaba sorprender al enemigo con su fuego. Pero todas las precauciones de los aliados no fueron suficientes á fascinar la vigilancia del lord Elliot. Este hombre infatigable descubrió muy luego los sigilosos progresos que habian hecho los confederados, y fulminó un fuego horrible sobre todo el frente de nuestra línea. Las carcasas y bombas incendiarias llegaron á producir grandes destrozos en dos de nuestras principales baterías, denominadas de San Martin y el Reducto, quedando en pocas horas convertidos en humo y polvo los trabajos de muchos dias é inmensos materiales. Sin embargo, aun estaba en pié una paralela tirada con singular audacia á mil toesas de las fortificaciones enemigas, desde la cual se podian lanzar las bombas y granadas hasta el corazon de la plaza sitiada. Bien hubiera querido el duque de Crillon mantener intactas sus baterías avanzadas hasta el punto en que estuviesen hechos todos los preparativos para el último ataque; mas previó fundadamente que estendiendo su línea, debilitaba la energía y necesaria concentracion de sus fuegos.

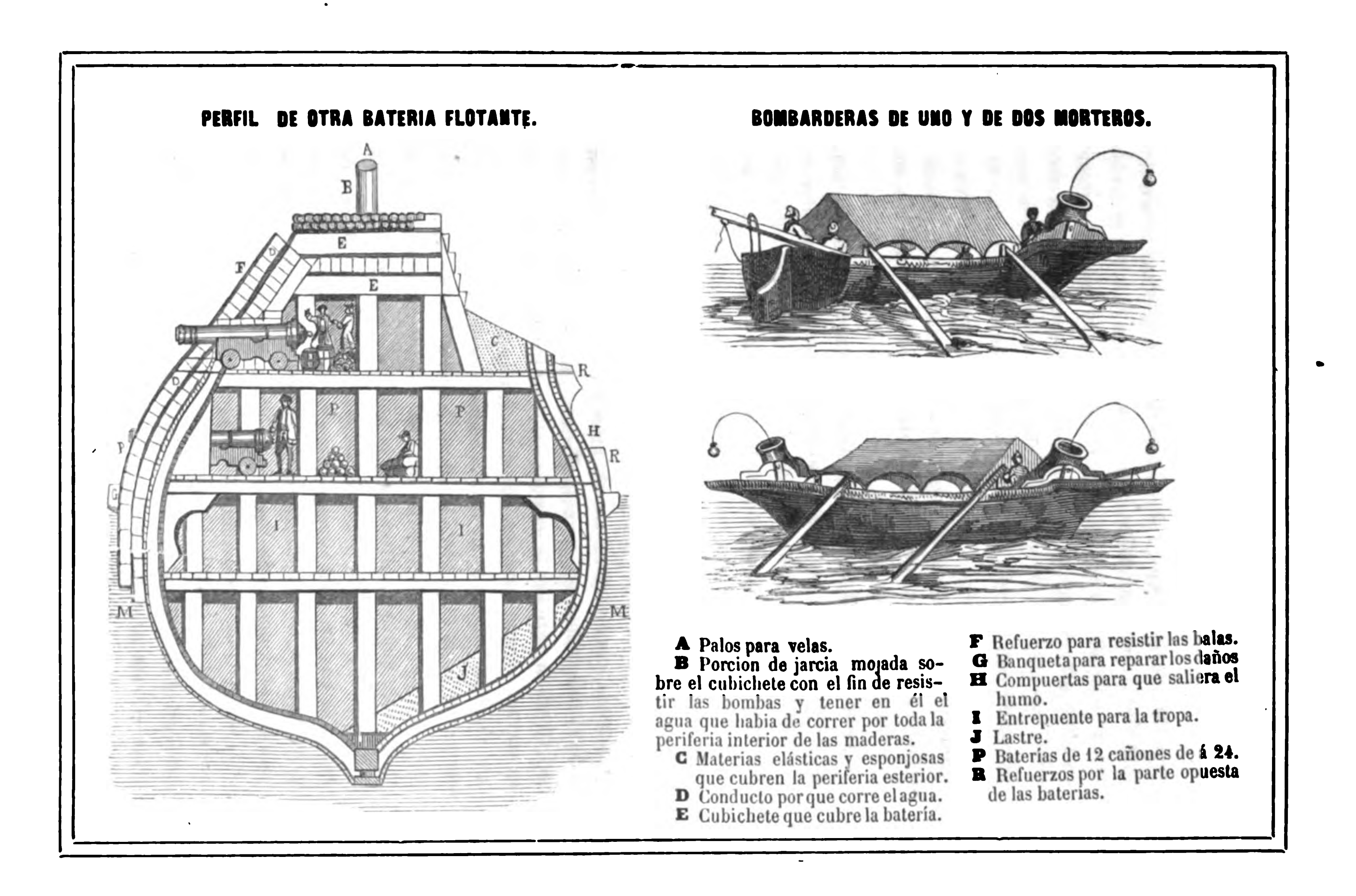
Eran estos intensos, y al parecer irresistibles; la actividad de las tropas indeclinable, suma la pericia de los jefes y digno de aplauso el concierto que reinaba en el campamento aliado. Pero no obstante estas ventajosas circunstancias, los progresos de los sitiadores eran casi nulos, porque el fuego principal se estrellaba en el peñasco con ligero detrimento de los edificios que comprendia la plaza. Ya el desaliento iba penetrando en el corazon de los hombres pensadores, cuando un ingeniero francés, llamado Mr. D'Arzon, propuso un nuevo medio de ataque que hizo nacer las mas lisonjeras esperanzas.

Consistia este en combatir el espacio comprendido entre los

muelles nuevo y viejo, lado el mas flaco de la plaza, y sin duda el mas vulnerable, valiéndose para ello de unas baterías flotantes. Estas baterías debian colocarse sobre buques gruesos de comercio, en cuyo interior habria una circulacion constante de agua para evitar el incendio. El proyecto fué altamente aplaudido, y se puso en ejecucion con un celo digno del objeto que lo escitaba. Al propio tiempo se trabajaba asíduamente en el campo; se levantaban nuevas baterías, y multitud de lanchas cañoneras estaban aparejadas para surcar el estrecho y proporcionar al anemigo una diversion favorable al ataque.

Llegó el dia 12 en que las baterías flotantes, desprendiéndose del puerto de Aljeciras, descendieron á Matagorda, donde esperaron al ancla que se diese la señal de partir. «Toda la Europa, dice un historiador, tenia fija la atencion en este terrible ataque; se discutia con estraordinario calor sobre la eficacia de estas baterías y la imaginacion, arrastrada hácia todo lo que presenta algo de nuevo y de maravilloso, se pronunciaba por la probable victoria de los aliados.

Pero la febril impaciencia de estos hizo abortar un medio en que se fundaban tantas esperanzas. Deseaba Mr. D'Arzon que las baterías tuvieran siempre la circulacion interior de agua para sofocar un incendio, que tuviesen ademas cables dobles para colocarse caso de una catástrofe fuera del cañon enemigo, y que se hiciera antes en una de ellas prueba de su solidez. Mas no se apreciaron estas sensatas proposiciones, alegando como escusas, ya el inconveniente de que se humedeceria la pólvora, ya la falta de tiempo, ya el temor que podria producir el mal éxito de la prueba. Al rayar el dia 13, las diez famosas baterías fueron á dar cala en frente de los muelles, sobre un fondo de cuatro piés de agua. Abrió el derrotero la denominada Pastora, á las órdenes de D. Ventura Moreno, la cual se situó con una intrepidez admirable á ciento cincuenta toesas de las fortificaciones enemigas. Esta arriesgada operacion se hizo bajo un fuego horroroso de las baterías de tierra. Rompieron poco despues el suyo las flotantes con tan buen éxito, que el robusto lienzo de la muralla empezó á quebrantarse y estaba á punto de abrirse brecha cuando los ingleses lanzaron sobre ellas



A Palos para velas.
B Porcion de jarcia mojada sobre el cubichete con el fin de resistir las bombas y tener en él el agua que habia de correr por toda la periferia interior de las maderas.
C Materias elásticas y esponjosas que cubren la periferia esterior.
D Conducto por que corre el agua.
E Cubichete que cubre la batería.
F Refuerzo para resistir las balas.
G Banqueta para reparar los daños
H Compuertas para que saliera el humo.
I Entrepuente para la tropa.
J Lastre.
P Baterías de 12 cañones de á 24.
R Refuerzos por la parte opuesta de las baterías.

una cantidad estraordinaria de balas rojas, algunas de ellas del calibre de cuarenta y dos. Estalló el incendio en la flotante de Nacsan; se pudo sofocar al principio, pero renovándose despues y estendiéndose á las demas baterías, convirtió en poco tiempo en livianas pavesas aquella creacion titánica de la ciencia militar.

Este deplorable suceso destruyó el porvenir de aquel célebre sitio. Para colmo de infortunio, una escuadra inglesa, aprovechándose de una borrasca y de un movimiento mal calculado de Córdova, introdujo víveres en la plaza é hizo tambien estéril la continuacion del bloqueo.

Cinco años de guerra habian afectado profundamente el ser de las tres naciones, Francia, España é Inglaterra. Esta última, mas conmovida que sus rivales, se apresuró, bajo la influencia del último triunfo, á convidar eficazmente con la paz que los gabinetes de Madrid y Versalles aceptaron despues de inútiles tergiversaciones diplomáticas. Cárlos III renunció á Gibraltar, pero en recompensa obtuvo las dos Floridas y la importante isla de Menorca. La Francia alcanzó tambien otras ventajas, aunque menos considerables, y la emancipacion política de las colonias inglesas fué reconocida por su metrópoli. Esta era la satisfaccion de un orgullo imprudente, pero al fin acreditaba el ascendiente de las dos potencias coaligadas.

El celo vigilante de Cárlos III (1783), no le permitia ver con indiferencia los quebrantos que esperimentaba el comercio español por las frecuentes agresiones de los argelinos. Estos audaces piratas, ensoberbecidos con el buen éxito de su primera defensa, continuaban insultando á nuestro pabellon en términos, que á la vez y en igual grado que los intereses, se resentia el decoro nacional. D. Antonio Barceló, tan célebre ya por su bella conducta en el sitio de Gibraltar, recibió órden para escarmentarlos, obligándoles á admitir las condiciones de una paz útil para ellos y beneficiosa para nuestro pais.

Al frente de una escuadra compuesta de seis navíos y doce fragatas, se dirigió Barceló hácia las costas africanas. No se pensó entonces en un desembarco ni en renovar la frustrada idea de conquista; la escuadra española debia, barriendo el mar con sus



fuegos y arrollando los buques piratas, presentarse delante de Argel y esparcir el terror en esta plaza empleando el bombardeo.

Por desgracia, la contrariedad de los elementos impidió que Barceló llegara oportunamente al punto de su destino, demora que aprovecharon hábil y activamente los argelinos para ponerse sobre el pié de una defensa respetable. No contentos con bordear las fortificaciones de tierra con artillería y bandas de arcabuceros, aprestaron en el mar una flota suficiente para impedir la aproximacion de nuestros buques. Efectivamente, el fuego que estos hicieron fué estéril por lo lejano, y Barceló hubo de regresar á nuestras costas previendo que al número y poder de su enemigo, se agregasen las tempestades del otoño tan temibles en aquellas procelosas aguas.

Este contratiempo, ni abatió el espíritu de nuestra córte, ni enalteció el de los argelinos, porque Cárlos III anunció de la manera mas elevada y solemne su pensamiento de dirigir todos los años una escuadra contra Argel, hasta que lograse destruir aquel nido de infames piratas. Podia y debia hacerlo; todas las naciones de Europa se habian grangeado el afecto de España, por medio de tratados decorosos; por primera vez la sublime Puerta se habia abierto á nuestros embajadores; el emperador de Marruecos habia solicitado nuestra amistad, aun á trueque de algunas humillaciones; la altiva regencia de Trípoli acababa de deponer su salvaje independencia, ofreciendo respetar el pabellon de Castilla, y tanto en Europa como en Africa, no habia potencia alguna que se nos mostrase ni encubierta ni desembozadamente enemiga. Por otra parte, la marina española se hallaba en un estado floreciente; náuticos distinguidos, ávidos de gloria, esperaban la menor señal del gobierno para lanzarse á nuevas y peligrosas empresas; el pais, bajo la salvaguardia de una administracion hábil, respiraba desahogadamente no bien fenecida la última guerra, y los tributos públicos, regularizados bajo buena luz económica, confluian sin violencia en las arcas del tesoro. Con hombres, con buques y con recursos, ¿cómo podia vacilar el monarca español en hacer efectivas sus amenazas? ¿Y cómo podia permanecer impasible la regencia de Argel al frente de un monarca que si no habia sido feliz en sus primeras tentativas lo seria, á no dudarlo, en las posteriores, pues las



Luis I.

contrariedades que habia esperimentado hasta entonces procedian, mas bien que del esfuerzo de los hombres, de la fuerza de las circunstancias? Ajustóse por fin un tratado en el que, á trueque de algunas concesiones hechas á la codicia argelina, quedaron libres nuestras costas y nuestros mares del azote que antes les amenazaba.

Cuatro años despues (1788) falleció Cárlos III con la reputacion de haber sido uno de los príncipes que honraron el solio español, dejando estampadas en las artes, en las ciencias, en la marina y en el ejército profundas huellas de una organizacion poderosamente enérgica, dirigida hácia el fin siempre fácil y siempre noble de mejorar la suerte de una gran nacion.





CAPITULO V.

Organizacion (1).

1746.--1788.

CUERPOS QUE CONSTITUIAN LA INFANTERÍA EN EL REINADO DE FERNANDO VI.—DICTÁMEN DEL MARQUES DE LA ENSENADA SOBRE EL AUMENTO DE ESTA ARMA.—TRAGES.—ARMAMENTO.—DISPOSICIONES DE CÁRLOS III ACERCA DE LA INFANTERÍA.—REGLAMENTO RELATIVO Á LOS CUERPOS LIGEROS.—ORDEN Y SUCESION DE MANDO EN LOS CUERPOS.—REGIMIENTOS PROVINCIALES.—NUEVA ORDENANZA.—ESTADO GENERAL DEL HABER MENSUAL DE LA INFANTERÍA POR PAGA, PREST Y GRATIFICACIONES.—DISPOSICIONES RELATIVAS AL UNIFORME.



Don Fernando el VI, príncipe de una honradez proverbial, de un corazon recto y compasivo, y de luces no tan escasas como se ha supuesto, cuando empuñó el cetro que le habia legado su padre, formó desde luego la resolucion de evitar á toda costa el derramamiento de sangre, y de proporcionar á sus súbditos

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo 2.°, pág. 359; XV de id., pág. 515; VI del tomo 3.°, pág. 135; X de id., pág. 521; XIV de id., pág. 425; XX del tomo 4.°, página 154; XXIII de id., pág. 268; XVI de id., pág. 392; XX de id., pág., 460; XXIX del tomo V, pág. 5, II del libro 3.°, tomó 5.°, pág., 114; IV de id., pág. 204.

la paz que era ya para ellos una necesidad imprescindible. Por eso no se ocupó el gobierno de la fuerza pública tanto como en los anteriores reinados. Sin embargo, llegaron á dictarse algunas medidas que no dejaban de tener su importancia, y que por lo mismo merecen que nos ocupemos de ellas.

Una de las primeras providencias de D. Fernando, fué que en los cuerpos de la infantería no se admitiesen los reclutas hasta despues de haber cumplido los diez y ocho años. Tenia por objeto esta medida evitar que se enervara la juventud violentando su desarrollo moral y físico.

Terminadas las hostilidades en Italia por el tratado de Aquisgram, firmado en 18 de octubre, nuestro peonage espedicionario regresó al patrio suelo, y dispuso S. M. se pasara á toda la infantería, como en el año 1739, una minuciosa revista de inspeccion que dió por resultado la supresion de los regimientos españoles de Cataluña y Fusileros de montaña, y el italiano de Parma pasó al servicio del Infante D. Felipe. Data esta disposicion de 18 de noviembre de 1748.

Por Real resolucion de 11 de enero del año siguiente, nuestra infantería quedó organizada del modo siguiente:

INFANTERIA ORDINARIA.

REGIMIENTOS.	BATALLONES.
Reina	2
Castilla	2
Lombardía	2
Galicia	2
Saboya	2
Portugal	2
Corona	2
Africa	2
Zamora	2
Soria	2
Córdoba	2

Guadalajara.	2
Sevilla	2
Granada	2
Vitoria.	2
Lisboa	2
España.	2
Toledo.	2
Mallorca	2
Burgos.	2
Murcia.	2
Leon.	2
Cantabria.	2
Fijo de Ceuta.	2
Asturias..	2
Navarra..	2
Aragon.	2
Fijo de Orán	2

IRLANDESES.

Irlanda.	2
Hibernia..	2
Ultonia.	2

ITALIANOS.

Nápoles..	3
Milán.	3

WALONES.

Flandes.	2
Bravante.	2
Bruselas..	2
Suizos.	6

«En los regimientos fijos de Ceuta y Orán, añade la citada real órden, no se hace por ahora novedad alguna.

Los restantes veinte y cinco españoles, tres irlandeses y tres walones, quedan de á diez compañías por batallon; las nueve sencillas en su pié actual de cincuenta y tres plazas, y una de granaderos reducida al de cuarenta y tres, porque solo á estas se bajan diez soldados en cada una (1).

Los italianos, reducidos al mismo espresado nuevo pié, se aumentan de un tercer batallon cada uno, iguales á los segundos, para suplir los del regimiento de Parma que han pasado al servicio del infante D. Felipe.

En todas las compañías de granaderos las gratificaciones se han de bajar á la correspondencia de las cuarenta y tres plazas con que quedan; y estas y las sencillas, se han de satisfacer por regla de ordenanza, cesando la del abono por prorata, que se ha permitido en la próxima guerra.

Se debe estinguir por reforma en la infantería, el regimiento de Cataluña.»

Por medida general, se ordenó la liquidacion de todos los créditos anteriores al advenimiento al trono del Rey D. Fernando VI, mandando se satisfacieran á medida que lo permitiera el estado del Tesoro. Señalóse á cuenta de vestuario que debian recibir los cuerpos de á dos batallones, 6,080 rs., 8 mrs. y $^1/_2$ en cada mes.

El celo y la justificacion de este religioso monarca, se estendieron á otras medidas saludables para asegurar la disciplina y buen órden. En este mismo año, los alojamientos de los jefes y oficiales se distribuyeron por el mayor grado de cada uno (2): las instancias que elevasen estos debian dirigirse por conducto de los jefes respectivos (3): los cuerpos percibirán la gran masa en los puntos donde les fuese conveniente para la construccion del vestuario (4): en las filiaciones de los reclutas se espresó, ademas de la patria, el lugar donde sentaban plaza, con especificacion del corregimiento

(1) La Real órden no incluye el regimiento de Portugal por estar este sirviendo en Ultramar: este cuerpo á su regreso á la Península fué reformado en Betanzos. Real órden de 23 de julio de 1749.

(2) Real órden de 6 de julio.

(3) Id. de 30 de id.

(4) Id. de 3 de octubre.



de que dependia (1), y se concedió la franquicia de todos los géneros para la construccion del vestuario (2).

Se dispuso que los cuerpos de infantería fuesen puntualmente ajustados, previniendo á los tesoreros de provincia que dieran conocimiento de los caudales que suministrasen á los habilitados (3). Se prohibió que los sacerdotes regulares ejercieran las funciones de capellanes párrocos castrenses (4): se aumentó un cuarto maravedís al prest de la tropa, ascendiendo con esto el presupuesto en toda la infantería á 329,430 rs. mensuales, y quedó terminantemente prohibido que se emplearan los soldados en el servicio de asistentes (5).

En 1751 el arma de infantería no habia llegado aun á constituirse bajo el pié que estaba prescrito por disposiciones anteriores. El marqués de la Ensenada, que creia ser muy importante el completarla, informó al rey en estos términos sobre el medio de conseguirlo:

«He dicho que faltan para tener el ejército al completo cuarenta y un batallones y cincuenta y siete escuadrones. V. M. verá cómo se podrá hacer este aumento.....

El aumento de la infantería ofrece dificultades; pero no tocan en lo imposible: lo que importa es caminar sobre bases sólidas y no dar lugar á que la alarma haga inútil el plan, teniendo listos los fondos. La España se halla con poca poblacion á causa de las guerras estranjeras, y la América ha consumido muchos hombres: ademas, el español no tiene aficion á la infantería. Por todos estos motivos es necesario que haya los menos batallones nacionales posibles.

En las dos Castillas hay poco mas ó menos el número de batallones que puede soportar la poblacion, y no es difícil establecerlos en la misma proporcion en la corona de Aragon. Tenemos veinte y ocho batallones estranjeros. Los demas príncipes de Europa no

(1) Real órden de 20 de octubre.
(2) Id. de 14 de diciembre.
(3) Id. de 4 de febrero.
(4) Id. de 11 de abril.
(5) Id. de 14 de junio.





1 2 3

Imp Lemercier, Paris

V Adam lith

de que dependia (1), y se concedió la franquicia de todos los géneros para la construccion del vestuario (2). [illegible]

[illegible] previniendo á los [illegible] que dieran [illegible] de los caudales que [illegible] á los habilitados (3). Se prohibió que los [illegible] regulares [illegible] las funciones de capellanes [illegible] cuarto maravedís al prest [illegible] en toda [illegible]

[illegible]

He dicho que faltan para tener el ejército al completo cuarenta y un batallones y [illegible] y siete escuadrones. V. M. verá como se podrá hacer este aumento.

El aumento de la [illegible]

[illegible] motivos [illegible] posibles.

En los dos [illegible] el número de batallones [illegible] y no es difícil [illegible]

[illegible]



Imp. Lemercier, Paris

V. Adam lith.

tienen á su servicio un número tan considerable con respecto á sus fuerzas respectivas; pero se debe considerar que la España es poco poblada y se halla en el caso de emplearlos con ventaja.

Vea V. M. cómo completaria los cuarenta y un batallones: nueve de tropas de línea españolas, dos de milicias de Castilla, diez de milicias y cazadores de la corona de Aragon, y los otros veinte de estranjeros católicos de todas naciones.

No hay inconveniente en levantar seguidamente los batallones de milicia, porque los soldados estarán en su propio pais. Los catalanes se convendrán en que se formen de ellos cuatro batallones de cazadores á pié, como lo ha manifestado el capitan general de esta provincia, y serán útiles para el servicio interior del pais.

Para levantar los nueve batallones españoles de tropas de línea, es preciso restablecer inmediatamente las compañías reformadas y organizar luego los terceros batallones de los regimientos mas antiguos, para que puedan emplearse algunos de sus oficiales, evitándose por esto los estados mayores.

El gran negocio será levantar los veinte batallones estranjeros, teniendo siempre un número conveniente de reclutas para mantenerlos al completo como existen al presente, pues de otro modo tendríamos muchos oficiales sin soldados.»

El rey, aunque apreció en su justo valor el dictámen del marqués, no lo realizó en todas sus partes. Mas no dejó de dictar algunas disposiciones de reconocida utilidad, robusteciendo los principios en que descansan la fuerza y vida de los ejércitos.

Las compañías de los regimientos estranjeros se pusieron al pié de setenta y tres plazas (1). Se anatematizó en el ejército á los que se afiliaran en la sociedad secreta de la franc-masonería, que presentándose bajo el velo de una congregacion filantrópica, comenzaba á trastornar las cabezas volcánicas de algunos jóvenes (2). En el año de 1752 se encargó á los coroneles que residieran en el punto donde se hallasen sus regimientos (3): se dispuso que los ci-

(1) Real órden de 11 de mayo.
(2) Id. de 2 de julio.
(3) Id. de 27 de marzo.

rujanos castrenses no se admitieran sin preceder antes el exámen y aprobacion de aptitud correspondientes, por el jefe principal de la sanidad militar (1). Publicóse en 26 de mayo el nuevo manejo del fusil; se ordenó que los batallones de un mismo regimiento estuviesen siempre reunidos, y en caso de separacion fortuita, se alejaran unos de otros lo menos posible (2); se cuidó asimismo con el mayor esmero del aprovechamiento de las tropas en los ejercicios doctrinales y prácticos con fuego y sin él, mandando no se escaseasen las municiones. En 1753 se previno se diesen oticia al ministerio de la guerra del número de gente que asistiese en las asambleas (3). Declaróse en 1754 que la bayoneta no se reputase como arma prohibida en los soldados de infantería, por ser propia de su instituto, y que la justicia ordinaria se abstuviese de proceder contra los militares de la clase espresada (4). Dispusose que á todo recluta se le abonase su haber como plaza efectiva desde el dia en que fuese filiado (5). Retrotrayendo la real órden que hemos citado de 6 de agosto de 1748 sobre la edad de los reclutas, esceptuóse á los cadetes hijos de oficiales, concediéndoles la gracia de que fuesen admitidos á los 16 años (6): volvieron los batallones á ponerse bajo el pié de trece compañías, comprendida la de granaderos, con cincuenta y tres plazas cada una (7). En el año de 1755 se prohibió que sirviesen en estas compañías los que hubiesen sido desertores (8): se restablecieron los cinco inspectores en la infantería con el objeto de revistar las tropas en sus respectivos distritos (9), y en 1756 se resolvió esplícitamente que ningun recluta fuese protestante (10), decretando en 17 de octubre la consignacion de 50,000 rs. anuales para el pago de los créditos liquidados.

El armamento que usaba la infantería desde el advenimiento al

(1) Real órden de 26 de abril.
(2) Id. de 23 de julio.
(3) Id. de 1.° de abril.
(4) Id. de 26 de julio.
(5) Id. de 2 de agosto.
(6) Id. de 13 de setiembre.
(7) Id. de 10 de octubre.
(8) Id. de 11 de enero.
(9) Id. de 12 de setiembre.
(10) Id. de 21 de diciembre.

Pl. 18.

1 2 3

V. Adam lith.

Imp. Lemercier Paris.

trono del rey D. Felipe V, era del calibre de á 16, con la baqueta de madera, sosteniéndose la vaina de la bayoneta en el cinturon por medio de un gancho de fierro: si la hoja ajustaba demasiado, salia la vaina con ella al tirar de esta arma para colocarla en el fusil; así que, al propio tiempo que se adoptó la baqueta de hierro y se dispuso que la cazoleta fuese en lo sucesivo convexa, se sustituyó dicho gancho con un boton. El precio de cada fusil, segun la real cédula de 23 de diciembre de 1732, era de 58 rs. y 6 el de la bayoneta.

En los últimos años del reinado de Felipe V, se habian hecho en el uniforme algunas variaciones de consideracion, como puede verse en la lámina 16, que representa un abanderado, un sargento y un coronel. Se habia dispuesto que se llevara la casaca abierta, con collarin vuelto, chupa abotonada y sombrero acandilado, cuyo galon era de oro ó plata en los jefes y oficiales, y de estambre amarillo ó blanco en los soldados, segun los cabos del regimiento. La corbata, cuyos estremos pendian hasta la mitad del pecho, fué sustituida con un corbatin de cinta y lazada de seda negra; y en lugar de las medias encarnadas se adoptó el botin alto de lienzo con *jarretiera* de cuero negro que se aseguraba con una hevilla dorada. Los jefes ú oficiales llevaban gola; el coronel tenia por distintivo una bengala con puño de oro, y por armas el esponton, con el espadin pendiente del bridicú.

La bandera, como lo demuestra la indicada lámina, era de tafetan blanco, con la cruz de Borgoña bordada de seda encarnada, figurando en los estremos de dicha cruz las armas particulares de cada regimiento.

Posteriormente volvióse á la costumbre de llevar abrochado el uniforme y recogidas las puntas de ambos faldones por medio de un corchete. El fusilero tenia la cartuchera al costado derecho, pendiente del hombro izquierdo, y se ceñia con un cinturon, del que colgaba el espadin ó sable, y el frasco cebador.

La casaca del granadero no se diferenciaba casi de la del fusilero, pero su birretina con frontalera de piel de oso y manga vivoteada



llegó á adquirir proporciones mas elegantes que las que tenia esta prenda la primera vez que se adoptó.

A la infantería ligera se le habia detallado un uniforme especial y muy á propósito para la clase de servicio á que estaba destinada. Tenia en vez de casaca una chupa con mangas, y vestia calzon ancho, con calcetas y alpargata. Llevaba un pañuelo en el cuello y el capote llamado *gambeto*, pendiente del hombro izquierdo. Sus armas eran la escopeta y bayoneta, y tenia una bocina de metal para comunicarse y entenderse con sus compañeros y jefes, en los movimientos que aisladamente habian de practicar, como lo requeria la índole especial de su instituto.

Véase la adjunta lámina 18.

El número 1, 2 y 3 representan un soldado ligero, un granadero y un fusilero con el uniforme que acabamos de describir.

Fernando VI en los primeros dias de su reinado no introdujo en él variaciones de grande importancia.

El soldado continuó con la casaca de *tontillo*, recogidos los faldones por las puntas, solo se mandó llevara el pelo con cuatro órdenes de bucles con coleta y polvos. Se comprende muy bien, que al dictar esta disposicion no se habian tenido muy presentes los principios de economía y de comodidad que merecen ser consultados en cuestiones de esta naturaleza.

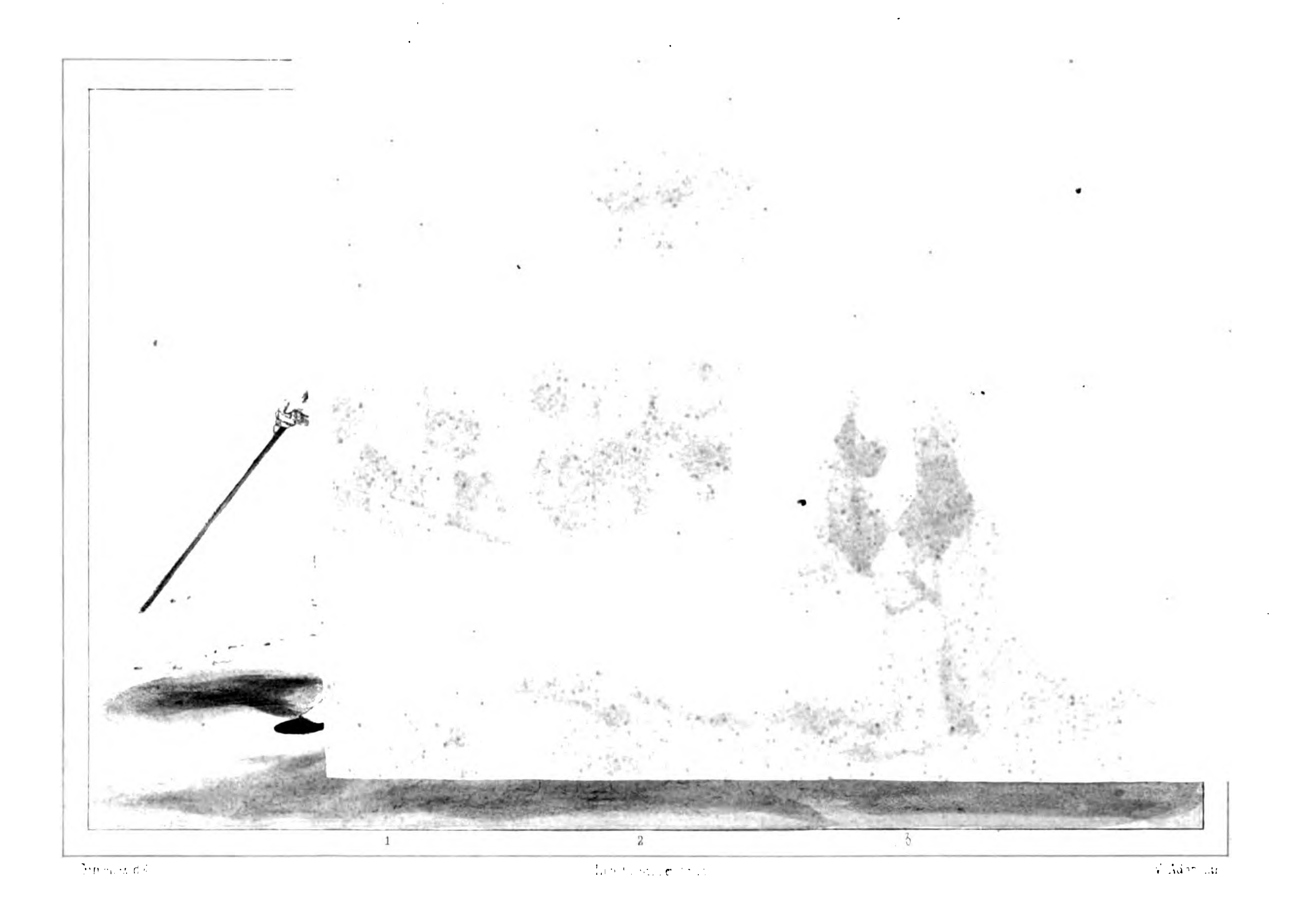
Véase la lámina 19.

El número 1 representa un coronel, el 2 un sargento y el 3 un granadero.

Sin duda no dejaba de tener sus inconvenientes la bolsa en que hasta entonces se recogia el pelo; pero los tenian mayores la cinta negra con que se la sustituyó, y los bucles de que hemos hecho mencion. Cada soldado habia de tener con precision un *camarada de peine*, porque no podia manejar por sí los canutos de hoja de lata de que se valia para formar sus bucles; y el sebo y la harina con que emblanquecia su cabeza no eran muy buenos auxiliares para la conservacion del vestuario y de la policía.

Cuando toda la nacion bendecia el gobierno paternal de Fernando VI, la reina pagó su tributo á la naturaleza (27 de agosto de 1758), y el rey abandonó en el mismo dia la capital de la mo-




1
2
3

lle

p'

lata

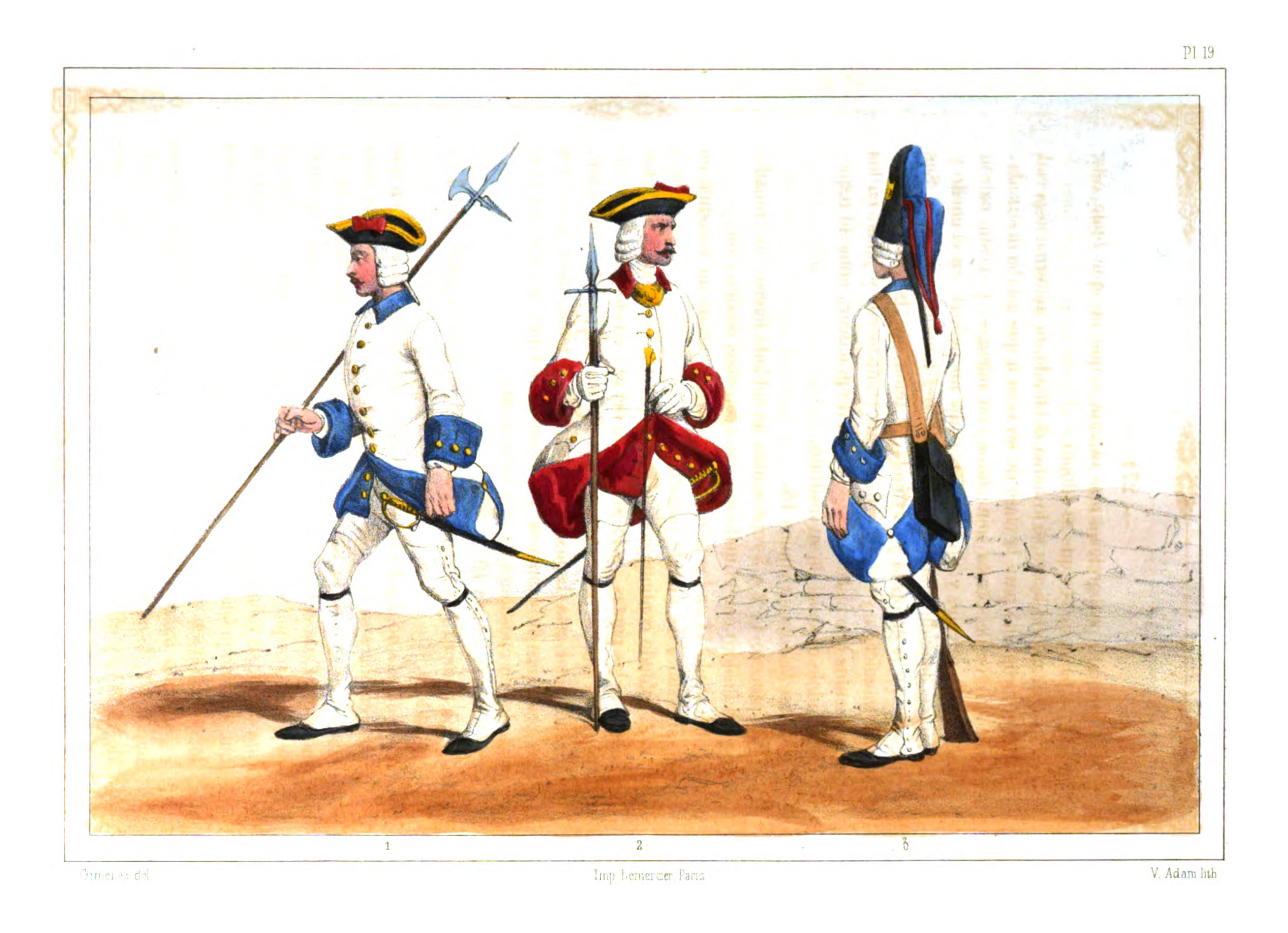
que emblan

la conservacion del

Cuando toda la nacion

nando VI, la reina pagó su tributo a

de 1758), y el rey abandonó en el mismo dia



1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris V. Adam lith

narquía para llorar su pérdida en Villaviciosa de Odon. D. Fernando era profundamente místico, pero no pudo hacerse superior á la falta de su compañera; devorado por una profunda melancolía, bajó al sepulcro, como lo llevamos dicho, en agosto del año inmediato.

El cuadro de nuestra infantería en esta época era como sigue:

NOMBRES.	BATALLONES.	FUERZA.
Reales guardias españolas.	6	3180
Reales guardias walonas. .	6	3180
Africa.	2	1168
Lombardía.	2	1168
Corona.	2	1168
Galicia.	2	1168
Lisboa.	2	1168
Córdoba.	2	1168
Zamora.	2	1168
Soria.	2	1168
Castilla.	2	1168
Saboya.	2	1168
España.	2	1168
Guadalajara.	2	1168
Granada.	2	1168
Sevilla.	2	1168
Vitoria.	2	1168
Toledo.	2	1168
Fijo de Orán.	2	1168
Mallorca.	2	1168
Leon.	2	1168
Burgos.	2	1168
Murcia.	2	1168
Cantabria.	2	1168
Asturias.	2	1168
Fijo de Ceuta.	2	1168

Navarra.	2	1168
Aragon.	2	1168
Reina.	2	1168

INFANTERIA ITALIANA.

Nápoles.	3	2100
Milán.	3	2100

INFANTERIA IRLANDESA.

Irlanda.	2	1400
Hibernia.	2	1400
Ultonia.	2	1400

INFANTERIA WALONA.

Flandes.	2	1400
Bravante.	2	1400
Bruselas.	2	1400

INFANTERIA SUIZA.

Buck.	2	1410
Dunant.	2	1400
Joven Reding.	2	1400

El armamento en este reinado no sufrió en su esencia variacion alguna; no hubo en él mas que ligeras modificaciones que no alteraban las concepciones mas ó menos acertadas que se habian realizado los años anteriores. Lo demuestra palpablemente la adjunta lámina 20.

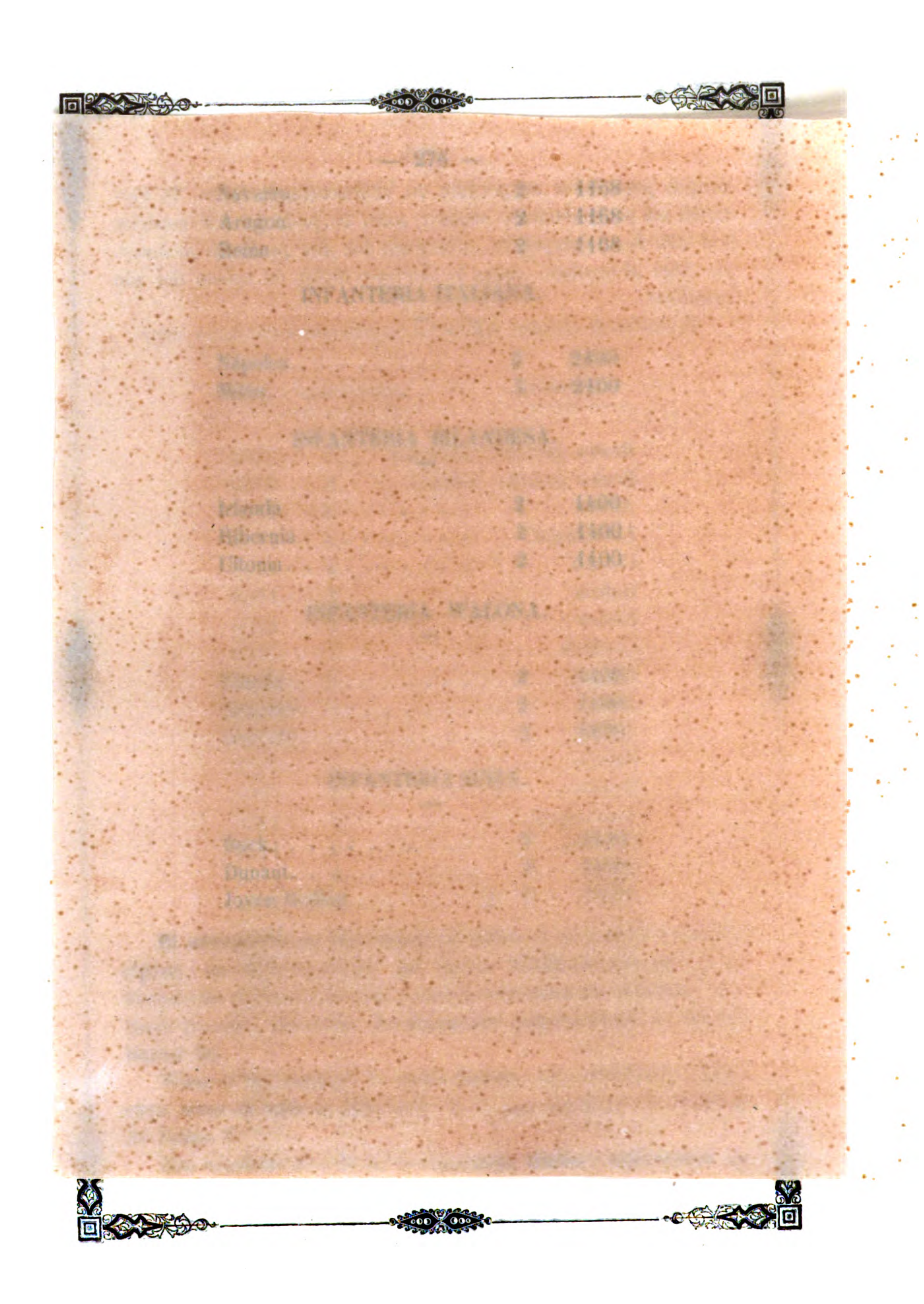
Véase el tipo número 1; es un fusilero con cartuchera ceñida, cuya arma en nada se diferencia de la que llevaban los fusileros de Felipe V.

Los números 2 y 3 de la espresada lámina, representan un



Gumer[...]

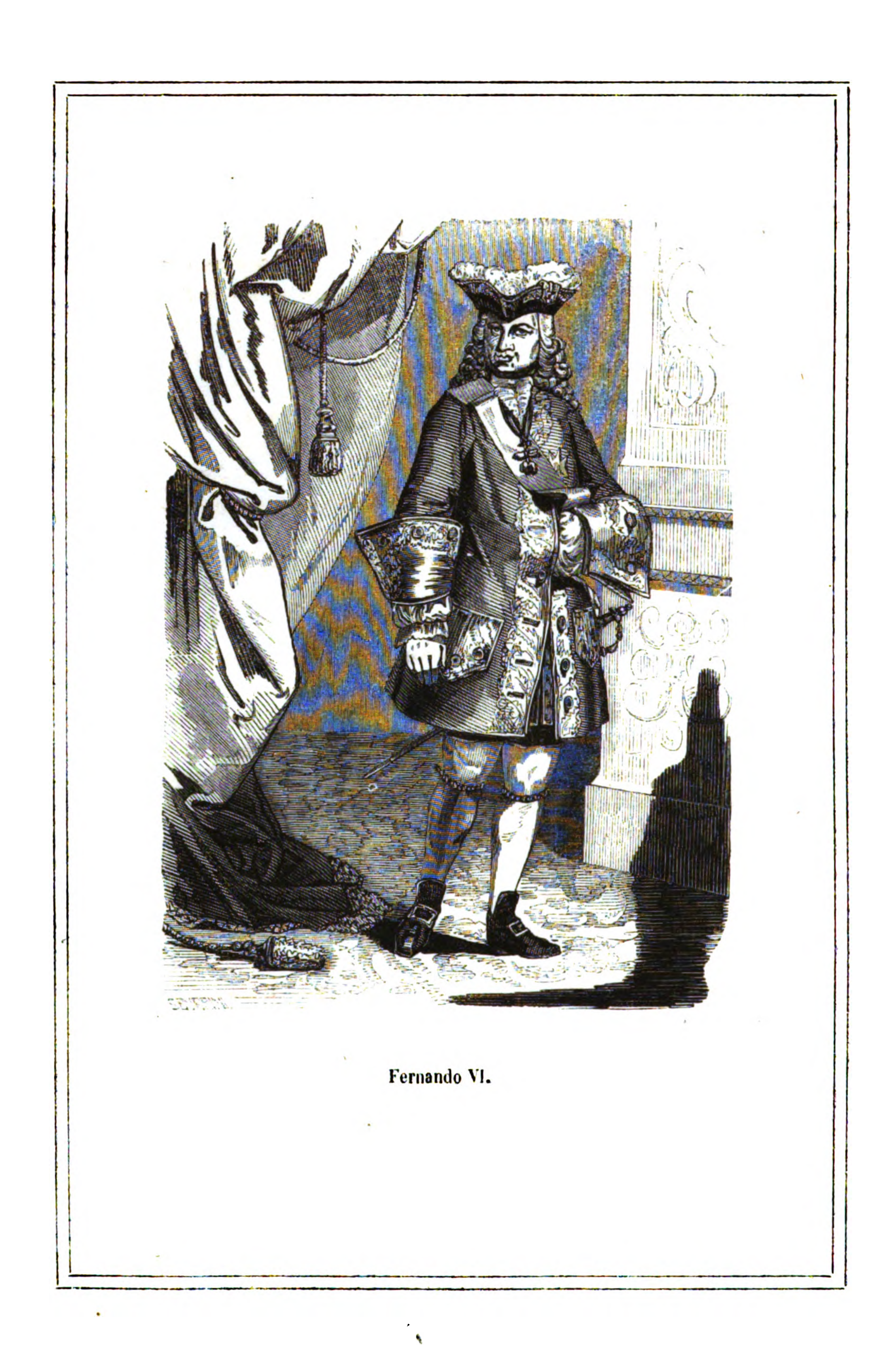
Imp. Lemercier, Paris





1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris



Fernando VI.

tambor y un pífano; llevan por distintivo la franja de la casa real por todas las costuras y cantos de la casaca y chupa.

Cárlos III trató, desde su advenimiento al trono, de simplificar la organizacion del arma de infantería, y entre las disposiciones que dictó con este objeto, cuéntanse la supresion (1760) de cuatro compañías de fusileros en cada regimiento, quedando cada uno de los dos batallones que lo constituian con nueve compañías, inclusa la de granaderos; la del empleo de comandante, la reduccion de los inspectores generales á dos, disponiendo al propio tiempo que hubiese en cada cuerpo dos subtenientes de bandera.

En 1761 introdujo nuevas reformas en el arma de que se trata. Prohibió en real órden de 1.° de enero que el coronel y teniente coronel tuviesen compañía señalada, para desterrar el espíritu de parcialidad que fomentaba naturalmente esta práctica, y redujo cada batallon á siete compañías de fusileros y una de granaderos.

En el año siguiente, el gobierno se ocupó de la formacion de tropas ligeras, y con el nombre de *Voluntarios de Aragon y de Cataluña*, se formaron dos regimientos de ligeros en estas provincias. No eran estos la primera creacion de esta especie. Los fusileros de montaña creados en agosto de 1735, y reformados en 1748, eran verdaderos cazadores; pero no pasaban de ser un cuerpo franco, cuya existencia debia concluir, como concluyó en efecto, con la necesidad que motivó su formacion.

Constaban estos cuerpos de dos batallones, y cada uno de ellos de seis compañías. El cuadro de la compañía lo formaban el capitan, primer teniente, segundo teniente, subteniente, cuatro sargentos, seis cabos primeros, seis segundos y tres tambores; y completaban su fuerza ochenta y cinco voluntarios.

La plana mayor del primer batallon se componia de coronel, sargento mayor, ayudante mayor, dos abanderados, capellan, cirujano, el tambor mayor y un armero; y la del segundo, del teniente coronel, un ayudante, dos abanderados, capellan, cirujano y armero. Armóse á esta tropa con escopeta del calibre de veinte balas en libra, bayoneta, pistola y canana; su vestuario le cons-



tituian la chupa en lugar de la casaca, y el *gambeto* ó gaban que usaban los catalanes y aragoneses.

Hé aquí el reglamento á que en febrero de 1763 fueron sometidos estos cuerpos:

«El Rey.—Por cuanto habiendo merecido mi real agrado y estimacion, el honor con que han acreditado su conducta, celo y valor en mi ejército en la última campaña de Portugal los varios cuerpos de tropas ligeras de infantería..... creadas con este objeto en Aragon y Cataluña..... sobre el pié y método que prescribe el reglamento espedido en 19 de febrero de 1762, no obstante que cesó el motivo de su formacion; He tenido por mas conveniente á mi servicio conservarla en él en la forma siguiente:

INFANTERIA LIGERA DE ARAGON.

Art. 1.° El batallon, que se llamará de Voluntarios de Aragon, constará de seis compañías, y cada una de

	NÚMERO DE PLAZAS.	HABER MENSUAL DE CADA UNA EN RS. VN.	
Capitan.	1	500	
Teniente	1	320	
Subteniente. . .	1	250	
Sargentos. . . .	3	112	32
Cabos	6	79	2
Tambor.. . . .	1	84	24
Soldados. . . .	58	56	16

Art. 2.° La plana mayor se compondrá de las clases siguientes:

Teniente coronel sin compañía.. . .	1400
Ayudante mayor.	450
Dos subtenientes de bandera á 250.	500
Capellan.	300
Cirujano.	300
Tambor mayor.	120

Destino y servicio del referido batallon.

Art. 3.° Se establecerá en la plaza de Jaca; cubrirá los pasos principales á Francia, desde la raya de Navarra hasta la de Cataluña; impedirá la desercion, y auxiliará las rentas, con todo lo demas en que tuviere por conveniente al servicio emplearle el capitan general del ejército y reino de Aragon.

INFANTERIA LIGERA DE CATALUÑA.

Art. 4.° Los dos regimientos de á dos batallones han de distinguirse con el nombre de primer regimiento de infantería ligera de Cataluña, que ha de ser el de la proposicion del coronel don Miguel Boix, y segundo el de la del coronel D. José Veciana.

Art. 5.° Constará cada regimiento de doce compañías, y cada una sobre el mismo pié y fuerza que las del batallon de Aragon.

Art. 6.° La plana mayor del primer batallon se compondrá de

	REALES.
Coronel sin compañía.	2000
Sargento mayor	850
Ayudante mayor.	450
Dos subtenientes de bandera á 250.	500
Capellan.	300
Cirujano.	300
Tambor mayor.	120

Art. 7.° La del segundo batallon de

Teniente coronel sin compañía. . . .	1400
Ayudante mayor.	450
Capellan.	300
Cirujano.	300

Destino y servicios de estos dos regimientos.

Art. 8.° El primero ha de establecerse en Cataluña; un batallon en Seo de Urgel, Cardona ó donde sea punto céntrico de la raya de Francia, y el otro en parage que mejor cubra la costa;

ambos para impedir la desercion, el desembarco de los moros y auxiliar las rentas.

Art. 9.° Un batallon del segundo regimiento ha de residir en la plaza de Pamplona para cubrir todos los puertos de la frontera hasta Guipúzcoa y Aragon, y el otro en las de Fuente-Rabía y San Sebastian, para lo mismo, hasta Navarra, y con igual objeto que los del primero.

Art. 10. Los citados cuatro batallones, servirán en los espresados destinos en la forma referida, á la órden de los respectivos capitanes generales y comandante general.

Art. 11. Para que esta tropa disfrute recíprocamente de la conveniencia y gusto de estar en su pais, alternará el destino cada tres años.

ADVERTENCIAS.

1.ª A los espresados cinco batallones se les pasará una revista de inspeccion para establecerlos sobre este pié, en que han de subsistir.

2.ª Por esta disposicion quedará suprimido el empleo de segundo teniente en cada compañía de las de los cinco batallones de infantería ligera, y los que lo obtienen gozarán su sueldo actual en calidad de agregados á las mismas compañías, hasta su reemplazo, que deberá verificarse en las primeras vacantes.

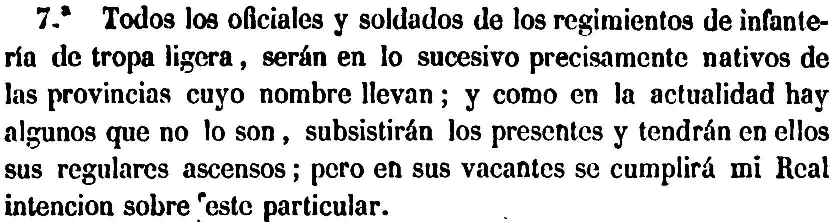
3.ª A los treinta sargentos, treinta tambores y novecientos soldados en la infantería, les dará el que pase la citada revista sus honradas licencias, y á todo el que quiera pasar á continuar el servicio en otro cuerpo, se le concederá el tiempo que ha estado en este.

4.ª El batallon de Aragon gozará la alternativa con la infantería española del ejército, y la antelacion á la ligera de Cataluña.

5.ª . . . .

6.ª Los coroneles de ambos regimientos de infantería de Cataluña, teniente coronel y comandante del batallon de voluntarios de Aragon, dirijirán las propuestas de empleos, sus representaciones ó instancias por los inspectores generales de infantería, á cuyos jefes han de estar en todo subordinados, bajo las reglas de ordenanza, como la demas infantería y caballería del ejército.





7.ª Todos los oficiales y soldados de los regimientos de infantería de tropa ligera, serán en lo sucesivo precisamente nativos de las provincias cuyo nombre llevan; y como en la actualidad hay algunos que no lo son, subsistirán los presentes y tendrán en ellos sus regulares ascensos; pero en sus vacantes se cumplirá mi Real intencion sobre este particular.

8.ª . . . .

9.ª No obstante los destinos que provincialmente doy por ahora á los batallones de tropas ligeras, deben estar siempre prontos á mudarse en cuerpo entero ó por destacamentos, á cualquiera paraje que conviniese á mi Real servicio: debiendo tener presente que el instituto de tropas ligeras exige una interior voluntad y una esterior disposicion mas movibles que en los demas cuerpos de mi ejército.

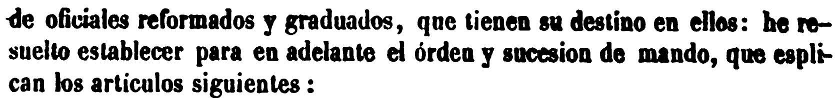
10. Tendrá igualmente fuerza de ley para su observancia y cumplimiento, todo lo que espresa el citado reglamento de 19 de febrero de 1762 en cuanto á este no lo altere. Por tanto, mando, etc.... Dado en el Pardo á 10 de marzo de 1763.—Yo el Rey. —D. Ricardo Wall.

Levantóse por este tiempo en Alicante, con destino al reino de Nueva-España, el regimiento de infantería *Real América*, que pasó su primera revista, despues de su completa organizacion, en 1.º de agosto de 1764, embarcándose el mes siguiente para Vera-Cruz con el regimiento de la Reina.

Tuvo tambien lugar entonces la formacion del de Buenos-Aires, que dió á la vela el 23 de octubre, siguiéndole Mallorca en febrero de 1765, con el primer batallon de la Corona.

A la par que crecia el número de regimientos, urgia fijar de un modo terminante el órden y sucesion de mando en los cuerpos, pues eran muchas las quejas que se formulaban, motivadas por continuas disputas, y todas ellas redundaban en daño de la disciplina y del buen régimen. Cárlos III comprendió la necesidad de remediar un mal de tanta trascendencia, y con este objeto publicó la ordenanza que sigue:

El Rey.—Para evitar las disputas que se han suscitado en los cuerpos de mi ejército, así en guarnicion y cuarteles como en campaña, sobre el mando



de oficiales reformados y graduados, que tienen su destino en ellos: he resuelto establecer para en adelante el órden y sucesion de mando, que esplican los artículos siguientes:

Art. 1.° El mando de un regimiento, sea en propiedad, interino ó accidental, ha de tener unidas todas las partes de armas, disciplina, economía y demas de que se compone, sin que en ningun caso pueda pretenderse la division de armas y mecánica, que se ha practicado hasta ahora, pues el mando entero ha de residir y depender de un solo jefe en el cuerpo, por el órden que irá esplicado en esta ordenanza.

Art. 2.° El coronel con ejercicio de un regimiento, no podrá ser mandado dentro de él por brigadier alguno que tenga su destino en el mismo cuerpo, pues como á jefe principal le concedo esta preferencia y distincion, tanto en lo militar como en lo económico.

Art. 3.° En ausencia ó vacante del coronel propietario, si hubiese en el regimiento algun brigadier, tomará éste (por consideracion á su carácter) el mando entero del cuerpo; y si sucediere que haya dos de este grado, preferirá el mas antiguo en él, sin que sea circunstancia para alterar la preferencia el tener empleo ó sola agregacion.

Art. 4.° No habiendo brigadier en el regimiento, recaerá el mando por naturaleza (en ausencia ó vacante del coronel) en el teniente coronel con ejercicio; y en falta de éste, en el sargento mayor, á cuyo empleo he venido en declarar la calidad de tercer jefe; sin que el teniente coronel sin ejercicio, ni el sargento mayor, cada uno en su caso, puedan ser mandados dentro del regimiento, tanto en las armas como en la mecánica, por reformado ni graduado alguno que tenga su destino en el mismo cuerpo, pues esta distincion se ha de entender limitada al solo grado de brigadier.

5.° En los regimientos fijos de Ceuta y Orán, y en los de suizos, en que por no estar aun uniformes con los demas de mi infantería se conserva el empleo de comandante del segundo batallon, seguirá éste al teniente coronel en el órden de mando, y precederá al sargento mayor, que en estos cuerpos se reputará por cuarto jefe, teniendo el comandante del segundo batallon la misma preferencia sobre los sargentos mayores de otros regimientos en concurrencia con ellos.

Art. 6.° Despues del último jefe propietario de un regimiento, que es el sargento mayor, y antes de todo capitan sin mas grado, optarán al mando unido de armas y mecánica, como suplemento de los jefes naturales del cuerpo, los reformados y graduados que tengan en él su destino por este órden:

1.° Los coroneles reformados.
2.° Los coroneles graduados.
3.° Los tenientes coroneles reformados.
4.° Los tenientes coroneles graduados.





3.° Los sargentos mayores agregados.

De suerte, que prefiriendo siempre en cada clase el reformado al graduado, no ha de haber mas distincion respectiva en cada una para entrar al mando, que la mayor antigüedad; pues el que tenga empleos ó esten agregados, no ha de ser circunstancia para pretender antelacion.

Art. 7.° Cuando no haya coronel ó teniente coronel reformado ó graduado, ni sargento mayor agregado para tomar el mando, en falta del teniente coronel con ejercicio, y del sargento mayor en propiedad, como esplica el artículo antecedente, entrará el mando unido del regimiento en la clase de capitanes con ejercicio que no tengan mas grado, por el órden de su antigüedad, y despues de los vivos seguirá á los capitanes agregados, con la misma preferencia de reformados á graduados, y asi sucesivamente (si llegase á ofrecerse) en las demas clases de oficiales del regimiento.

Art. 8.° En la separacion de batallones ó escuadrones, si no hubiere jefe natural á la cabeza, tomará el mando unido provisional (consiguiente á lo determinado para el todo del regimiento) el oficial de mayor graduacion, y en igualdad el mas antiguo entre los que tengan allí su compañía ó destino, aunque en el empleo de ejercicio sea el mas moderno; y lo mismo se observará así en los piquetes ó destacamentos que no lleven comandante señalado, como en la distribucion de compañías por cuarteles, en donde no residiese alguno de los jefes propietarios.

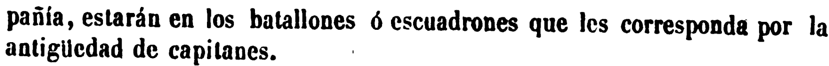
Art. 9.° El brigadier que tomare el mando en ausencia ó vacante del coronel con ejercicio, los reformados y graduados que optáran á él en falta del teniente coronel y sargento mayor, y el capitan en quien recayere en defecto de todos, no podrán alterar las de mecánica, ó interior gobierno, que esten establecidas en el regimiento, y cuando alguna ocurrencia persuadiese á hacer novedad, precederá junta de capitanes. Y así en esta clase como en todas las demas que por ordenanza, instrucciones ó práctica deben celebrarse en los cuerpos para recluta, remonta, vestuario, armamento, manejo de caudales y demas puntos de gobierno, tendrán intervencion y presidirán el brigadier, como si fuese el coronel, y el reformado, graduado ó capitan, cuando tenga el mando, como si fuere uno de los jefes propietarios, dando cuenta al inspector general del mismo modo que ellos lo ejecutan.

Art. 10. Por el mismo órden que queda establecido para la sucesion del mando en un regimiento, se reglará el de los alojamientos de los oficiales reformados y graduados.

Art. 11. Los brigadieres, los coroneles, tenientes coroneles y sargentos mayores reformados, no tendrán compañía y estarán en los primeros batallones ó escuadrones, y en los mismos tendrán igualmente su destino los coroneles y tenientes coroneles graduados que no tuvieren compañía.

Art. 12. Los coroneles y tenientes coroneles graduados que tengan com-

pañía, estarán en los batallones ó escuadrones que les corresponda por la antigüedad de capitanes.



Art. 13. El órden establecido para el mando de los regimientos, no ha de alterar el regular de las escalas del servicio de ejército, pues en estas se han de colocar por sus respectivas antigüedades los brigadieres, sin distincion de agregados, los coroneles vivos, los coroneles reformados, los coroneles graduados, tengan ó no compañía, y por el mismo órden los tenientes coroneles vivos, reformados y graduados, con compañía ó sin ella.

Art. 14. Lo mismo que se previene para las escalas de ejército, se entenderá para el servicio de plaza de armas en Ceuta, de la línea de Gibraltar ú otra semejante.

Art. 15. Los coroneles y tenientes coroneles con ejercicio de los regimientos, si tuvieren grado superior al de su empleo, solo harán en el ejército el servicio de su grado, segun la escala de él.

Art. 16 Los sargentos mayores que tengan grado superior, harán por una sola vez el servicio de ejército correspondiente á su grado, y despues atenderán solamente al ejercicio de las funciones de su empleo.

Art. 17. Los brigadieres, los coroneles, tenientes coroneles y sargentos mayores reformados, y los coroneles y tenientes coroneles graduados que tuvieren agregacion á los regimientos, harán únicamente el servicio del ejército, y cuando éste les toque, les comunicará la órden el ayudante de semana; pero la diaria en el cuerpo (cuando no lo esten mandando segun el método establecido) bastará que se la lleve un abanderado ó porta-estandarte, y en su defecto el cadete que haga sus funciones.

Art. 18. Los brigadieres, coroneles y tenientes coroneles graduados, que tengan compañía, harán por la escala del ejército el servicio de su grado, y por la del regimiento la de su empleo, prefiriendo siempre el de éste si sucediere tocarle los dos servicios á un tiempo. Para el del grado les llevará la órden el ayudante de semana, y la diaria, que solo les corresponde saberla como capitanes, se la comunicarán sus sargentos como á los demas de su clase.

Art. 19. Los capitanes y subalternos que tuviesen agregacion á los cuerpos, harán el servicio de sus grados despues de los de ejercicio (prefiriendo los reformados á los graduados), y los sargentos y cabos de las compañías á que el coronel ó comandante del regimiento los agregare provisionalmente, les llevarán la órden.

Art. 20. Ultimamente, para no dejar motivo á disputas, si sucediere que diversos cuerpos (aunque unos sean de infantería y otros de caballería ó dragones) se junten en un mismo parage y en él no hubiere gobernador, ó comandante militar establecido, ni tampoco oficial general á quien reconocer para el mando, declaro que el mando de armas solamente, que corresponderia sobre todos aquellos cuerpos á un gobernador ó comandante de plaza,





Cárlos III.

si estuviesen dentro de ella deben recaer en el oficial de mayor graduacion que estuviere presente en los cuerpos que se hayan juntado, bien sea jefe propietario, ó interino de alguno de ellos, tenga empleo ó agregacion, pues indistintamente se ha de atender solo al mayor grado, y en igualdad al mas antiguo, sin que este mando tenga trascendencia ni conexion con el de cada regimiento en particular, porque en él se ha de seguir inviolablemente el órden que prescribe esta ordenanza.

Por tanto, mando á los capitanes generales, tenientes generales, mariscales de campo, inspectores, brigadieres, gobernadores de plaza, jefes de cuerpo y demas oficiales de mis ejércitos, cumplan, y hagan cumplir y observar, cada una en la parte que le toque, cuanto previene esta ordenanza firmada de mi mano, sellada con el sello secreto de mis Reales armas y refrendada del infrascrito mi secretario de Estado y del despacho de la guerra.— El Pardo á 16 de marzo de 1765.—Yo el Rey.—D. Leopoldo de Gregorio.

El 19 de diciembre se decretó la organizacion del regimiento de la Princesa ; trocó su nombre el de Castilla por el de *Inmemorial del Rey* en 28 de enero de 1776; creóse en 15 de marzo el fijo de Badajoz, que tomó poco despues la denominacion de Estremadura, y el 20 de mayo tuvo lugar la formacion definitiva de los del Príncipe y Real Estranjero ; de suerte que quedó cubierto superabundantemente el vacío que dejaran en el ejército los cuerpos que marcharon á Ultramar.

Suscitáronse por este tiempo acaloradas disputas acerca del color de la divisa que habia de distinguir á los nuevos cuerpos ; el rey, que comprendia muy bien que de estas disidencias podia resentirse el espíritu de fraternidad que debe animar á todos los cuerpos de un ejército, se apresuró á dirimirlas, mandando formar al dibujante D. Marcos de la Fuente, un cuadro sinóptico con que se detalló á cada uno el distintivo que le correspondia.

Los cuerpos de la reserva recibieron tambien un aumento, é introdujo en su organismo algunas modificaciones, el reglamento de 18 de noviembre. Cuarenta y dos regimientos de un batallon cada uno, constituyeron esta arma. Constaba el regimiento de ocho compañías, inclusas las de granaderos y cazadores, y su fuerza era de 840 plazas. El vestuario se componia de calzon azul y casaca



con vuelta, solapa y collarin encarnados, y boton dorado. Hé aquí los nombres que á estos cuerpos se dieron:

REGIMIENTOS.	COMPAÑIAS.	FUERZA TOTAL.
Jaen.	8 á 106	848
Badajoz.	id.	id.
Sevilla..	id.	id.
Burgos.	id.	id.
Lugo.	id.	id.
Granada..	id.	id.
Leon.	id.	id.
Oviedo.	id.	id.
Córdoba	id.	id.
Murcia..	id.	id.
Trujillo.	id.	id.
Jeréz.	id.	id.
Ecija..	id.	id.
Ciudad-Rodrigo. . .	id.	id.
Logroño..	id.	id.
Sigüenza..	id.	id.
Toro.	id.	id.
Soria.	id.	id.
Laredo.	id.	id.
Orense.	id.	id.
Santiago..	id.	id.
Pontevedra.	id.	id.
Tuy.	id.	id.
Betanzos..	id.	id.
Málaga.	id.	id.
Guadix.	id.	id.
Ronda..	id.	id.
Bujalance.	id.	id.
Cuenca.	id.	id.
Salamanca.	id.	id.
Alcázar de San Juan.	id.	id.

Chinchilla.	id.	id.
Lorca.	id.	id.
Valladolid.	id.	id.
Mondoñedo	id.	id.
Toledo	id.	id.
Ciudad-Real.	id.	id.
Avila.	id.	id.
Plasencia	id.	id.
Segovia.	id.	id.
Monte-rey.	id.	id.
Compostela	id.	id.

En 30 de mayo de 1767 espidió S. M. una real órden aclaratoria sobre puntos esenciales de la ordenanza de milicias provinciales, mientras se radactaba el reglamento que debiera regir definitivamente, y las disposiciones que en ella se dictaron favorecieron grandemente la disciplina y administracion interior de los cuerpos.

Eran tantas las adiciones que se llevaban hechas al código á que se habia sometido el arma de infantería, tantas ya las modificaciones en él introducidas, que habia dejado de regir en la mayor parte de sus disposiciones. Esta circunstancia, que no se podia menos de tomar en cuenta, hizo que el gobierno se ocupara de ella sériamente, y en 22 de octubre de 1768, vino una nueva ordenanza á relevar la de 12 de setiembre de 1728.

El reglamento orgánico comprendido en esta nueva ordenanza, confirmó la organizacion de los regimientos en dos batallones, quedando en nueve el número de compañías de cada batallon, una de granaderos y ocho de fusileros, numerándolas desde la primera hasta la octava, y destruyendo por lo mismo la costumbre de distinguirlas por los nombres y apellidos de sus respectivos capitanes. Cada una de las de preferencia debia constár de capitan, teniente, subteniente, un sargento de primera clase, otro de segunda, tambor, tres cabos primeros, tres segundos y cincuenta y cuatro granaderos; y las de fusileros de igual número de oficiales, un sargento de primera clase, dos de segunda, dos tambores, cuatro cabos primeros, cuatro segundos y sesenta y cuatro soldados.

La plana mayor del primer batallon la constituian el coronel, sargento mayor, ayudante mayor, dos subtenientes de bandera, capellan, cirujano, un cabo con seis gastadores, maestro armero, tambor mayor y dos pífanos. La del segundo se componia del teniente coronel, ayudante mayor, dos subtenientes de bandera, capellan, cirujano, un cabo con seis gastadores, maestro armero, y dos pífanos. Cada batallon habia de llevar dos banderas. Eran estas de tafetan blanco, y de siete cuartas en cuadro. La primera del primer batallon llevaba bordadas en su centro las armas reales, y las tres restantes la cruz de Borgoña, figurando en sus cuatro ángulos las armas de la provincia ó ciudad de que tomaba el regimiento su nombre, con el distintivo particular que le hubiese concedido el rey. El asta bandera tenia ocho piés y seis pulgadas de longitud, comprendidos el regaton y moharra, y las corbatas eran de tafetan color rojo.

Los tres primeros jefes no llevaban mas armas que la espada; el capitan y demas oficiales llevaban el fusil con bayoneta, correaje, gola y espadin. El sargento conservó su alabarda, el gastador su hacha, y los granaderos, cabos, tambor mayor, tambores sencillos, pífanos y gastadores, la espada. El coste del fusil se fijó en 90 rs. 8 mrs., inclusa la bayoneta, y se abonaban mensualmente para su entretenimiento 1205 rs. 21 mrs., debiendo durar en buen uso ocho años. El coste de la espada era de 32 rs., su duracion seis años, y el abono mensual para su entretenimiento de 133 rs. 6 mrs. y cuatro novenos. Conservó el cabo de escuadra la vara de un dedo de grueso, siendo preciso que fuese flexible para no lastimar al soldado cuando fuese castigado con ella.

Los soldados que se eligiesen para gastadores habian de ser de complexion robusta y buena talla, ágiles, bien formados, y diestros en el manejo del hacha. Para granaderos se exigian que fuesen robustos, bizarros, ágiles de honrado proceder y buenas costumbres.

Conservóse el peinado de coleta con dos solos bucles, siendo obligacion del barbero, ademas de rasurar la barba, el cortar de vez en cuando las caidas del pelo, y en las revistas de policía habia de presentarse el soldado con el pelo suelto y la cabeza limpia, en-

volviendo despues en la cinta cada camarada la cabellera á su compañero. En lugar del corbatin blanco se adoptó el negro.

La policía estendió sus mejoras hasta las cuadras, donde se colocaron las correspondientes jofainas, tohallas y cepillos, con los bruñidores, martillos, desarmadores, baquetones, y mazos de madera que se necesitaran.

En los distintivos se hicieron notables variaciones. Se adoptaron para el coronel los tres galones mosqueteros de cinco hilos, paralelamente colocados en las vueltas de las mangas, dos para el teniente coronel en la misma forma, y uno para el sargento mayor. Los capitanes llevaban en los hombros dos alamares compuestos de un galon de tres dedos de ancho, de cuyo estremo pendia un flequillo, el teniente uno en el hombro derecho, y el subteniente otro en el izquierdo, siendo de advertir que estas divisas eran de oro ó plata segun los cabos de los respectivos regimientos. El uso del baston quedó limitado á los jefes y ayudantes vivos y efectivos, con esclusion de los reformados y graduados.

Como esta ordenanza fué la última espedida y la que determinó el cuadro de organizacion de la infanteria, nos ha parecido conveniente dar un Estado general del haber mensual del ejército por paga, prest y gratificacion, y número de plazas de que constan los regimientos.

Haber del regimiento de guardias españolas, compuesto de seis batallones de á siete compañías y un estado mayor.

UNA COMPAÑIA DE GRANADEROS.

		Reales.	
	Capitan	1600	3220
	Primer Teniente	740	
	Segundo Teniente	500	
	Alferez	380	
	Plazas de gratificacion.		
100	Sargento primero	131	5356
	Tres id. segundos á 116 rs.	348	
	Tres tambores á 54 rs.	162	
	Un cabo de gastadores	64	
	Seis cabos primeros á 64 rs.	384	
	Diez id. segundos á 54 rs.	540	
	Setenta y seis granaderos á 49 rs.	3727	
			8576

500	El haber mensual de las cinco compañías restantes de granaderos, iguales á la antecedente, importa..		42880
600	Importan las seis compañías.		51456

Una compañía de fusileros.

	Capitan.	1300	2420
	Primer teniente..	460	
	Segundo teniente.	380	
	Alferez..	280	
100	Sargento primero.	115	4769
	Tres sargentos segundos á 100 rs.	300	
	Tres tambores á 46 rs.	138	
	Seis cabos primeros á 54 rs..	324	
	Diez cabos segundos á 49 rs.	490	
	Un gastador..	58	
	Setenta y seis soldados á 44 rs.	3344	
3500	El haber mensual de otras 35 compañías de fusileros iguales en todo á la antecedente, importan..		251615
3600	Importan las 42 compañías.		310260

Estado mayor.

	Coronel con compañía.	5000	27158
	Teniente coronel con id.	1500	
	Sargento mayor.	3800	
	Siete ayudantes á 900 rs..	6300	
	Siete segundos ayudantes á 600 rs.	4200	
	Furriel mayor.	488	
	Abogado fiscal.	300	
	Capellan mayor.	400	
	Cinco capellanes á 350 rs..	1750	
	Dos cirujanos mayores á 750 rs.	1500	
	Cuatro id. menores á 300 rs.	1200	
	Seis armeros á 120 rs..	720	
27	Un tambor mayor..	120	2525
	Trece pífanos de primera clase á 100 rs..	1300	
	Trece pífanos de segunda clase á 85 rs..	1105	
	Por la gratificacion de recluta, se abonan mensualmente á razon de 9 rs. y 24 ms. por cada plaza y sobre el pié de completo, corresponde á las 4227 de su total fuerza..		41036 26
	Para vestuario y armamento..		64000
	A la música.		4500
	Haber con descuento.		449479 26

Baja.

Por el descuento de 8 mrs. en escudo para inválidos corresponde rebajarse.	10563 27
Líquido haber de este regimiento.	438915 33

Nota. Previénese que los coroneles de los regimientos de guardias Españolas y Walonas ademas de sus sueldos de tales coroneles gozan los de oficiales generales empleados segun su graduacion: y que otros individuos de estos cuerpos que son oficiales generales gozan los sueldos correspondientes al grado que disfrutan en calidad de cuartel, en lugar de los que les pertenecen por sus empleos en estos cuerpos.

Haber de lo que por razon de alojamiento corresponde á cada uno de los oficiales que hacen el servicio en la córte.

	Rs.	Mrs.	
Capitan.	83	11	189 32
Primer Teniente.	41	22	
Segundo Teniente.	33	11	
Alferez.	31	22	
El haber de otras seis compañías restantes de este batallon importa mensualmente. . . .			1139 22
Importan las 7 compañías.			1329 20

ESTADO MAYOR.

	Rs.	Mrs.	
Sargento mayor.	125		329 30
Primer ayudante.	66	22	
Id. el habilitado.	66	22	
Segundo ayudante.	41	20	
Furriel mayor.	30		
Total de alojamiento.			1659 16

Previénese que el abono de este haber se hace sin descuento y considerándose los meses por 30 dias, y que de alferez abajo ninguno lo disfruta.

HABER DE FRANQUICIA.

Una compañía.

Capitan.	180	540
Primer teniente.	150	
Segundo.	120	
Alferez.	90	
El haber de franquicia de los oficiales de las seis compañías importa mensualmente.		3240
Importan las siete compañías. .		3780

28 sargentos á 21 rs. 6 ms..	592 32	10657 32
21 tambores á 15 rs.	315	
42 cabos primeros á 15 rs.	630	
70 segundos á 15 rs.	1050	
6 gastadores á 15 rs.	90	
532 soldados á 15 rs.	7980	

ESTADO MAYOR.

Coronel..	600	1815
Teniente coronel.	360	
Sargento mayor.	240	
Ayudante mayor.	150	
Habilitado.	150	
Segundo ayudante.	120	
Furriel.	60	
Capellan.	75	
Cirujano.	60	
Total de franquicia.		16252 32
Importe total del regimiento de guardias Españolas.		467389 8
Id. guardias Walonas.		467389 8
Los dos regimientos.		934778 16

Notas.

El haber de franquicia se abona líquido y segun los dias de cada mes, por lo que podrá variar su importe segun los mas ó menos dias que traiga el mes.

Igualmente se advierte que la espresada franquicia la gozan solamente los oficiales y soldados que sirven en Madrid y sitios Reales.

Haber del regimiento Inmemorial del Rey, uno de los 27 españoles de infantería sencilla, compuesto de dos batallones de á 9 compañías y la plana mayor.

PRIMER BATALLON.

Compañía de granaderos.

Capitan.	600	1280
Teniente.	380	
Subteniente.	300	

Plazas de gratificacion.

63	1 primer sargento.	100	3056 19
	1 segundo..	90	
	1 tambor.	50	
	3 cabos primeros á 78 rs. y 13 mrs. . .	236 19	
	3 segundos á 50 rs.	150	
	54 granaderos á 45 rs.	2430	
			4336 19

Compañía de fusileros.

	Capitan.	500	1070
	Teniente.	320	
	Subteniente.	250	
77	1 sargento de primera clase.	94	3336 4
	2 sargentos de segunda clase.	158	
	2 tambores á 45 rs.	90	
	4 cabos primeros á 65 rs. y 18 mrs. . .	254 4	
	4 segundos á 45 rs.	180	
	64 soldados á 40 rs.	2560	
539	El haber mensual de las otras siete compañías de fusileros iguales en todo á la antecedente. . . .		30982 28
679	Importan las 9 compañías.		39705 17

PLANA MAYOR DEL 1.er BATALLON.

	Coronel sin compañía.	2000	3800
	Sargento mayor.	850	
	Ayudante mayor.	450	
	2 subtenientes de bandera á 250 rs.	500	
10	Capellan.	300	1265
	Cirujano.	300	
	Armero.	120	
	6 gastadores á 45.	270	
	1 primer pífano.	75	
	1 segundo pífano.	60	
	1 tambor mayor.	90	
	1 cabo de gastadores.	50	
			44770 17
689	Importa el primer batallon.		44770 17

SEGUNDO BATALLON.

679	El haber mensual del 2.º batallon, igual en un todo al antecedente, importa.		39705 17

PLANA MAYOR DEL 2.º BATALLON.

	Teniente coronel sin compañía.	1350	3020
	Ayudante mayor.	450	
	2 subtenientes de bandera á 250 rs.	500	
	Capellan.	300	
	Cirujano.	300	
	Armero.	120	
9	1 cabo de gastadores.	50	464
	6 gastadores á 45 rs.	270	
	1 primer pífano.	75	
	1 segundo pífano.	69	
1377	Importan los dos batallones.		87960

Para entretenimiento y conservacion de armas se consideran mensualmente á todo el regimiento.		832

Auxilio á los oficiales para manutencion de criados.

Al coronel para dos criados.	90	
Al teniente coronel, id.	90	
Al sargento mayor para un criado.	45	
A los dos ayudantes mayores, á uno.	90	
A diez y ocho capitanes, id.	810	2025
A diez y ocho tenientes á uno para dos subalternos..	405	
A diez y ocho subtenientes de compañia, id.	405	
A cuatro subalternos de bandera, id.	45	
Haber con descuento.		90817

Baja.

Por el descuento de 8 mrs. en escudo para inválidos, se rebajan.	1668

	Total legítimo haber de este regimiento.	89,149
1377	Regimiento del Príncipe.. . . .	89,149
1377	Galicia.	89,149
1377	Saboya.	89,149
1377	Corona.	89,149
1377	Africa.	89,149
1377	Zamora.	89,149
1377	Soria.	89,149
1377	Córdoba..	89,149
1377	Guadalajara.	89,149
1377	Sevilla.	89,149
1377	Granada..	89,149
1377	Victoria.	89,149
1377	Lisboa..	89,149
1377	España.	89,149
1377	Toledo.	89,149
1377	Mallorca.	89,149
1377	Búrgos.	89,149
1377	Murcia.	89,149
1377	Leon.	89,149
1377	Cantabria..	89,149
1377	Asturias..	89,149
1377	Navarra..	89,149
1377	Aragon.	89,149
1377	América..	89,149
1377	Princesa.	89,149
1377	Estremadura.	89,149
37179	Importan los 27 regimientos.. .	2.407,023

Haber de los regimientos estranjeros iguales á los españoles.

1377	Regimiento de Irlanda.	89,149
1377	Hibernia.	89,149
1377	Ultonia..	89,149
1377	Nápoles.	89,149
1377	Milan.	89,149
1377	Flandes.	89,149
1377	Brabante..	89,149
1377	Bruselas.	89,149
11016	plazas.	713,192
	Importan los 8 regimientos estranjeros.	713,192

PRIMER REGIMIENTO DE CATALUNA.

PRIMER BATALLON.

Una compañía.

	Capitan..	500	1070
	Teniente.	320	
	Alferez.	250	
68	3 sargentos á 112 rs. 12 mrs.	337 2	4172 16
	6 cabos á 79 rs. 12 mrs..	476 4	
	1 tambor.	84	
	58 soldados á 56 rs. 16 mrs..	3275 10	
	Una compañía..		5242 16
340	El haber mensual de otras 5 compañías al propio respecto que la antecedente, importan.		26212 22
408			31455

PLANA MAYOR DEL PRIMER BATALLON.

	Coronel sin compañía.	2000	3800
	Sargento mayor..	850	
	Ayudante mayor.	450	
	Dos subtenientes de bandera á 250.	500	
	Capellan.	300	720
	Cirujano.	300	
1	Tambor mayor.	120	
409 plazas.	Importa el primer batallon. . .		33975 4

Segundo batallon.

408	El haber mensual de las seis compañías del 2.º batallon, iguales en todo á las del primer batallon, importan.	31455 4

PLANA MAYOR DEL 2.° BATALLON.

	Teniente coronel sin compañía.	1400	2450
	Ayudante mayor.	450	
	Capellan.	300	
	Cirujano.	300	
817	plazas. Los dos batallones.		69880 8
	Por la gratificacion para recluta de gente al respecto de 3 rs. 18 mrs. por cada una.		2883 13
	Por la de armas á 20 mrs. cada plaza.		480 20
			73244 7

Auxilios á los oficiales para manutencion de criados.

Coronel, para dos criados.	90	1170
Teniente coronel id.	90	
Sargento mayor, para uno.	45	
Dos ayudantes mayores á uno.	90	
12 capitanes á lo mismo.	540	
12 tenientes á razon de medio.	270	
Dos subtenientes de bandera á id.	45	

	Haber con descuento.	74414 7

Baja.

	Por el descuento de 8 mrs. en escudo para inválidos, se rebajan.	1757 15
	Importe total de este primer regimiento de Cataluña.	72656 26
817	plazas. Segundo regimiento de Cataluña..	72656 26
1634	Importan los dos regimientos.	145313 18

HABER DEL BATALLON DE VOLUNTARIOS DE ARAGON.

Una compañía.

Capitan.	500	1070
Teniente.	320	
Subteniente.	250	

Plazas de gratificacion.

68	3 sargentos á 112 rs. 32 mrs.	338 28	4288 16
	6 cabos á 79 rs. 2 mrs..	474 12	
	Un tambor.	84	
	58 soldados á 58 rs. 16 mrs..	3391 10	

	Una compañía.	5358 16
340	El haber mensual de otras 5 compañías iguales.	26792 12
408	Las seis compañías.	32150 28

PLANA MAYOR.

	Teniente coronel	1400	3270	
	Ayudante mayor	450		
	2 subtenientes á 250	500		
	Capellan	500		
	Cirujano	300		
1	Tambor mayor	120		
			35420	28
409	Por la gratificacion de reclutas se abonan		1443	18

Auxilio á los oficiales.

Teniente coronel	90	720	
Ayudante	45		
6 capitanes á 45 rs.	270		
6 tenientes á 22 1/2 rs.	135		
6 subtenientes	135		
2 id. de bandera	45		
Haber con descuento		37584	12
Por descuento de inválidos se rebajan á razon de 8 mrs. en escudo		698	
Importe total del batallon de voluntarios		36886	12

Haber del regimiento Fijo de Ceuta de dos batallones de á trece compañías.

Capitan de una compañía	550	1230
Teniente	380	
Subteniente	300	

Plazas con gratificacion.

53	2 sargentos á 2 rs. diarios	120		2131	26
	3 cabos primeros á 45 rs. 30 mrs.	137	22		
	2 segundos á 42 rs. 12 mrs.	84	24		
	1 tambor	42	12		
	18 soldados voluntarios á 38 rs. 28 mrs.	698	28		
	27 soldados desterrados voluntarios id.	1048	8		
	Por la gratificacion para recluta de gente se considera á cada una de las plazas á razon de 3 rs., 28 mrs. y $^{10}/_{31}$ y se abona mensualmente			600	
	Importa una compañía de granaderos			3961	26

Compañía de fusileros.

Capitan	450	1020
Teniente	320	
Subteniente	250	

53	2 sargentos á 36 rs. 16 mrs......	112 32	1778 26
	3 cabos primeros á 42 rs. 12 mrs....	127 2	
	2 segundos ó carabineros á 35rs. 10 mrs.	70 20	
	1 tambor................	38 26	
	18 soldados voluntarios á 31 rs. 26 mrs.	571 26	
	27 id. voluntarios desterrados......	857 22	
	Por la gratificacion de recluta en los mismos términos que la compañia de granaderos......		100
583	El haber mensual de otras once compañías restantes importan...............		31887 2
689			38747 22

PLANA MAYOR DEL PRIMER BATALLON.

	Coronel á mas de el sueldo de capitan..	1100	3708 18
	Teniente coronel............	800	
	Sargento moyor............	730	
	Ayudante..............	400	
	Capellan...............	300	
	Cirujano...............	300	
	Un tambor mayor...........	58 18	
	Por la gratificacion de armas de este batallon...		390
	Importa el primer batallon......		42846 4
689	El haber de las 13 compañías del segundo batallon inclusa la gratificacion de armas, importa....		39137 20

PLANA MAYOR DEL SEGUNDO BATALLON.

	Comandante...............	500	1150
	Ayudante...............	350	
	Capellan...............	300	
1378	Los dos batallones.......		83123 30
	Por el descuento de 8 mrs. en escudo para inválidos....................		1932 6
1378	Importe total del Fijo de Ceuta.....		81191 24
1378	Id. del regimiento de Orán.......		81191 24
2756	Importan los regimientos fijos.		162383 14

REGIMIENTO DE BUCH, UNO DE LOS CUATRO SUIZOS.

PRIMER BATALLON.

Compañia de granaderos.

Capitan.................	730	1490
Teniente................	410	
Alférez.................	350	

38	2 sargentos á 90 rs.	180	5220
	4 cabos á 90.	360	
	1 tambor.	90	
	1 pífano.	90	
	50 granaderos á 90 rs.	4500	
			6710

Compañía de fusileros.

	Capitan	735	2250
	Capitan teniente.	525	
	Teniente.	390	
	Subteniente.	330	
	Alférez.	270	
161	6 sargentos á 90 rs.	540	14490
	1 cabo de granaderos.	90	
	8 cabos sencillos id.	720	
	12 granaderos á 90 rs.	1080	
	1 clarinete.	90	
	3 tambores á 90 rs.	270	
	130 soldados á 90 rs.	11700	
			23450
483	El haber mensual de otras tres compañías de fusileros importa.		50220

PLANA MAYOR.

	Coronel con compañía.	»	720
	Teniente coronel id.	»	
	Sargento mayor	90	
	Ayudante.	90	
	Un oficial supernumerario.	90	
	Capellan.	90	
	Cirujano.	90	
	Secretario español.	90	
1	Tambor mayor.	90	
	Preboste.	90	
	Importa el primer batallon. . . .		74590

SEGUNDO BATALLON.

703	El haber mensual del segundo batallon, igual en todo á las cinco compañías del primero, importa. . .		70670

PLANA MAYOR DEL 2.º BATALLON.

	Comandante con compañía.	»	360
	Ayudante.	90	
	Capellan.	90	
	Cirujano.	90	
	Preboste.	90	
1325			

	Por las gratificaciones de 960 rs. al mes, que segun el art. 6.º de la capitulacion, deben abonarse de cuenta de S. M. á cada compañía sencilla de las ocho de que consta cada regimiento por razon de estado mayor para el coronel, con cuya gratificacion está obligado á satisfacer de su cuenta los sueldos de las planas mayores de ambos batallones, se acreditan mensualmente..	7680
	Haber con descuento.	153040
	Por el descuento de mrs. en escudo para inválidos, que en conformidad de la citada capitulacion se ejecuta á este cuerpo, corresponde retenerse.. .	2397
1325	Importe total de Buch.	150643
1325	Regimiento de S. Gall.	150643
1325	Regimiento de Reding.	150643
1325	1 Betschart.	150643
5300	Los cuatro regimientos.	602572

Noticia de las pagas y prest que está obligado á satisfacer el coronel de cada regimiento de suizos, con el importe del haber que arriba se demuestra.

A los oficiales de compañías lo señalado.	
A un sargento 1.º se le deben dar.	160
A un sargento 2.º.	135
Al sargento 3.º.	120
Al cuarto.	110
Al quinto.	105
Al último id.	105
A un cabo de granaderos.	80
A cada uno de los primeros cabos sencillos. .	75
A cada uno de los segundos.	70
A cada granadero..	70
A cada soldado.	65
A cada clarinete.	75
A cada tambor.	75

A la plana mayor del primer batallon.

Al teniente coronel.	890
Al sargento mayor.	990
Al ayudante.	420
Al capellan..	330
Al tambor mayor..	150

A la plana mayor del segundo batallon.

Comandante.	490
Ayudante.	420
Capellan..	330



MILICIAS PROVINCIALES.

HABER DEL REGIMIENTO DE MILICIAS DE BURGOS CON EL AUMENTO.

Compañía de granaderos.

Plazas.				
	Capitan.	150	315	
	Teniente.	90		
	Subteniente.	75		
75	1 sargento 1.°	80	905	
	1 sargento 2.°	65		
	1 tambor.	44		
	4 cabos primeros á 48 rs.	192		
	4 segundos á 44 rs.	176		
	64 granaderos á 6 rs.	348		
			1220	
75	El haber de la compañía de cazadores es igual en todo á la de granaderos.		1220	
	Compañía de fusileros.			
77	1 sargento 1.°	70	486	
	2 segundos á 60 rs.	120		
	4 cabos primeros á 44 rs.	176		
	4 segundos á 10 rs.	40		
	2 tambores á 40 rs.	80		
	64 soldados sin goce.			
539	El haber de otras siete compañías de fusileros, iguales á la antecedente, importa.		3422	
766	Importan las diez compañías.		6348	
	Por las 7,710 raciones de pan correspondientes á 527 plazas de abono se consideran mensualmente á razon de 20 mrs. cada una.		4535	10
	PLANA MAYOR.			
	Sargento mayor.	750	1845	
	2 ayudantes á 400 rs.	800		
	Armero.	90		
3	1 tambor.	80		
	1 pífano de 1.ª clase.	70		
	1 pífano de 2.ª clase.	55		
769			12728	10
	Por el descuento de 8 mrs. en escudo para inválidos, se retienen.		194	
	Legítimo haber de este regimiento.		12534	10

Plazas.				
31529	El haber de los 41 regimientos de milicias restantes, iguales en todo al demostrado, importa. . .		13906	2
32298	Importan los 42 regimientos.		326440	12

Milicias de Mallorca de dos batallones de nueve compañías y su plana mayor.

PRIMER BATALLON.

Compañía de granaderos.

Plazas.				
9	1 sargento de primera clase.	56 16		
	1 sargento de segunda.	56 16		
	1 tambor.	38 28	393	10
	3 cabos primeros á 42 rs. y 12 mrs. . . .	127 2		
	3 segundos á 38 con 28	116 16		

Compañía de fusileros.

13	1 Sargento primero.	52 32		
	2 id. segundos á 52 rs., 32 mrs.	105 30		
	2 tambores á 35 rs. 10 mrs.	70 20	511	26
	4 cabos primeros á 38 rs. 28 mrs.	155 10		
	4 id. segundos á 31 rs. 26 mrs.	127 2		
	El haber de otras 7 compañías iguales á la de fusileros.		3582	12

Plana mayor del primer batallon.

	Sargento mayor.	750		
	Ayudante mayor.	400	1205	
1	tambor mayor.	55		
114	Importe del primer batallon.		5694	14

Segundo batallon.

113	El haber del segundo batallon, compuesto de 9 compañías, la una de granaderos y las 8 restantes de fusileros.	4094	11

PLANA MAYOR DEL SEGUNDO BATALLON.

	Ayudante mayor.	400	
1132	Plazas sin goce, las 108 de granaderos y las 1024 de fusileros.		
1359		10188	25
	Por el descuento de inválidos se rebajan..	239	24
	Importe del regimiento de milicias de Mallorca.	9949	1



RESUMEN GENERAL.

Infantería.

FUERZAS.		RS. VN. AL MES.	
8534	2 regimientos de guardias Españolas y Walonas..	934,778	16
37179	27 regimientos de infantería sencilla..	2,407,023	
11016	8 regimientos estranjeros.	713,192	
1634	2 regimientos de tropa ligera de Cataluña. . .	145,313	18
409	1 batallon de voluntarios de Aragon.	36,886	12
3156	2 regimientos fijos de Ceuta y Orán.	162,383	14
32298	42 regimientos de Milicias provinciales.. . . .	526,440	12
1539	1 regimiento provincial de Mallorca.	9,949	1
5300	4 regimientos de tropa suiza.	602,372	
101,065			
	Importe total del ejército de España..	5.538,538	5

En 11 de marzo de 1769 se previno que los coroneles del ejército, con mando de regimiento, que fuesen brigadieres, usaran en la bocamanga los tres galones y encima el bordado de plata respectiva.

La imperiosa necesidad de disminuir los gastos del Estado, hizo que en 1771 la mitad de la infantería usase cuatro meses de licencia temporal; y en 25 de noviembre se decretó la reduccion de las compañías de granaderos á cuarenta y tres plazas, asi como la de las de línea á cincuenta y tres. En cambio fueron elevadas á ciento y cuatro las de tropa ligera; pero poco tiempo estuvo en vigor esta medida, pues el año siguiente fué reducida su fuerza á sesenta y cuatro hombres.

La reserva esperimentó tambien los efectos del estado poco satisfactorio del Tesoro; en agosto de 1772 se mandó que en tiempo de paz no pasase de cuotrocientas plazas el número de las de cada cuerpo, reservándose S. M. determinar el que habia de tener en tiempo de guerra.

En 1775 O-Reylly, que á la sazon era inspector general de in-

fantería, se dedicó despues de su regreso de Africa, á mejorar el arma de su cargo: suprimió en los uniformes la solapa que se habia añadido en el año de 1767, quitó la cacerina ó cartucho que el soldado llevaba al símil de la canana, adoptando el correaje cruzado sobre el pecho y colocando en la correa de la cartuchera un mechero de laton para los granaderos: sustituyó el sombrero con un casco mixto parecido al antiguo griego, y á la birretina de granadero hecho de fieltro negro, con cimera de laton, puso una frontalera de piel de oso con cierto escudo con las armas reales en el frente y un plumero de lana en el costado izquierdo; arregló ademas las compañías con la competente autorizacion, bajo la plantilla siguiente:

GRANADEROS.		FUSILEROS.	
Capitan.	1	Capitan.	1
Teniente.	1	Teniente.	1
Subteniente.	1	Subteniente.	1
Sargento de primera clase.	1	Sargento de primera clase.	1
Id. de segunda.	1	Id. de segunda.	2
Tambores.	1	Tambores.	2
Cabos primeros.	3	Cabos primeros.	4
Id. segundos.	3	Cabos segundos.	4
Granaderos.	54	Soldados.	64
Total.	66	Total.	80

Era práctica antigua en nuestro ejército el rendir las banderas al Santísimo Sacramento de la Eucaristía; práctica que habian sancionado los últimos monarcas y que era observada fielmente. Mas en 1777, el dia de la procesion del Corpus, habiendo tratado de desentenderse de ella el coronel de un cuerpo que se hallaba de guarnicion en la Coruña, el rey, tan pronto como tuvo conocimiento del proceder de este jefe, que estuvo á pique de ocasionar un conflicto entre el pueblo y la tropa, previno terminantemente (1) *que cuando la tropa estuviese formada ó debiese formarse con banderas, y pasara pública y procesionalmente entre filas ó á su frente el Santísi-*

(1) Real órden de 18 de enero de 1778.

mo Sacramento de la Eucaristía, se avanzaran y rindieran las banderas, tendiendo sus tafetanes para que, situado sobre ellas el sacerdote ó preste, echara su bendicion á las armas.

En 1783, hecha la paz con los ingleses, dictáronse algunas disposiciones con el objeto de disminuir las cargas del Estado. Las compañías de línea fueron reducidas á cincuenta y tres plazas, y las ligeras á sesenta y ocho.

A poco tiempo se tomaron tambien algunas disposiciones respecto del vestuario de los cuerpos que constituian el ejército (1). Hé aquí las prendas que se detallaron á la infantería. Casaca, chupa y dos pares de calzones; vuelta y cuello de paño dieciocheno de Alcoy que corresponde á cada regimiento: boton de estaño ó laton con la divisa correspondiente, y galon de estambre en las casacas de los cabos y granaderos. Dos camisas de lienzo, un sombrero de lana con galon de estambre amarillo ó blanco y escarapela encarnada de lo mismo; dos corbatines, un par de medias de hilo, un gorro de cuartel de paño blanco. El uniforme de la infantería ligera se asimiló tambien al de la de línea, diferenciándose únicamente por el color.

Al mismo tiempo que se dictaban estas providencias en obsequio del principio de uniformidad, cuya importancia no puede ser desconocida, el gobierno fijó su mente en otras disposiciones que no eran menos precisas que aquellas. Cítanse entre ellas la real órden de 15 de abril de 1785, relativa al lujo introducido en la clase de gefes y oficiales. Palpándose la imposibilidad de que los militares pudieran hacer los gastos que requerian *adornos tan impropios de su profesion*, sin contraer deudas y atrasos que no les era posible satisfacer, se mandó que todo oficial hasta la clase de brigadier inclusive, usara precisamente el uniforme que estaba prescrito, sin que pudiese alterar en su forma y sus detalles la mas pequeña circunstancia. Desterráronse los espadines y hevillas de lujo, debiendo ser unas y otras conforme al modelo existente, de laton dorado y liso; habian de ser tambien lisas con un dobladillo ancho las vueltas de las camisolas, prohibiéndose absolutamente el uso

(1) Reglamento de 20 de abril de 1774.

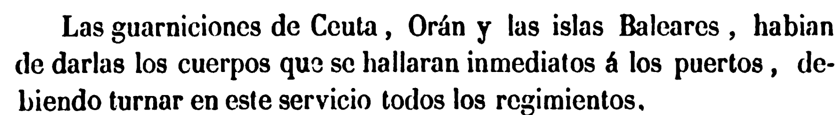


de encages bordados y demas clases de vueltas, toda pedrería fina ó falsa, asi como el traer dos ó mas relojes, sortijas y otras alhajas que desdicen de la gravedad de la profesion militar. Considerando que el crecido é insoportable gasto de los oficiales, que el rey queria evitar por medio de esta reforma, dependia en mucha parte del escesivo lujo de sus mujeres, quiso tambien S. M. que se hiciera saber á estas que *confiaba se ciñesen á las facultades y empleo de sus maridos, conservándose cada una en el lugar que le correspondia, y fijando su mayor lustre y decencia en la moderacion del trage, por cuyo medio aliviarian notablemente á los maridos y lograrian el mejor establecimiento de sus hijos*. Los capitanes generales eran responsables de la menor condescendencia ó disimulo en materia tan grave; y los que faltaran á esta soberana disposicion, habian de ser castigados con el mayor rigor como insubordinados y desobedientes, incurriendo en el real desagrado el oficial general que tolerase la menor falta en este particular.

En 1786 se crearon dos inspecciones generales de infantería, nombrándose para estos puestos en el lugar del conde O-Reylly, á quien se hallaba confiado este ramo, los generales D. Félix O-Reille y D. Ventura Caro.

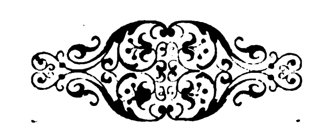
Los nuevos inspectores dieron al arma grande impulso, tanto en la parte moral como en la material. De este tiempo data (22 de octubre) la creacion de los terceros batallones en los regimientos. Es tambien de esta época un importante reglamento acerca de los destinos que debian ocupar los cuerpos del ejército, de sus guarniciones y cuarteles en tiempo de paz, y del órden que habia de observarse en su relevo.

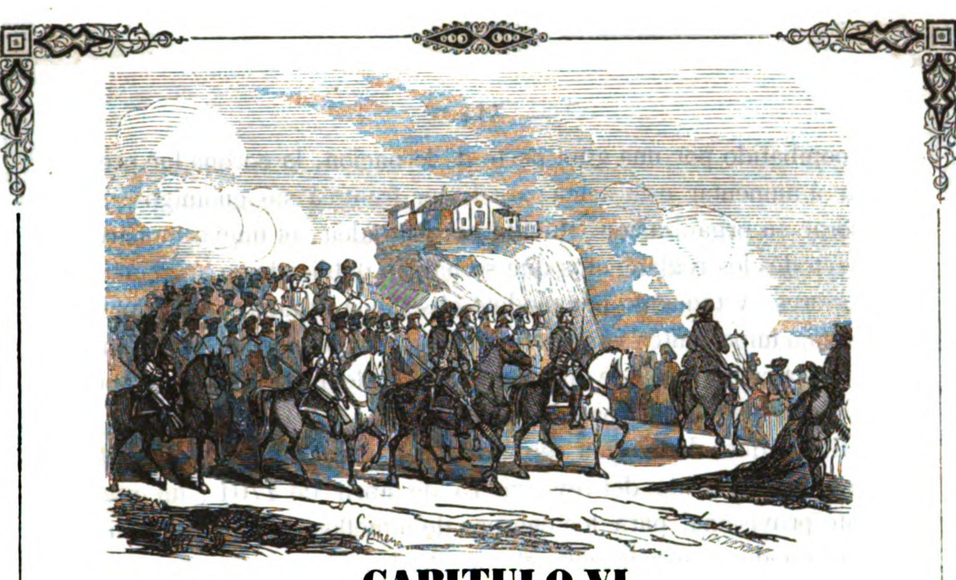
Todos los cuerpos habian de estar, segun este reglamento, en los distritos que se les habian señalado, para el 1.° de mayo del citado año, y en lo sucesivo debian relevarse cada tres años, los de infantería en los meses de abril y mayo, y los de caballería en los de setiembre y octubre, pasando los que se hallaran en el distrito de Andalucía, al campo de Gibraltar, Granada y Valencia, y continuando despues por Aragon, Cataluña, Navarra, Guipúzcoa, Galicia, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y Estremadura, hasta volver otra vez á Andalucía.



Las guarniciones de Ceuta, Orán y las islas Baleares, habian de darlas los cuerpos que se hallaran inmediatos á los puertos, debiendo turnar en este servicio todos los regimientos.

A nadie puede ocultarse la importancia de esta disposicion. Era muy conveniente que los cuerpos no estuvieran en contínuo movimiento, porque sabido es que una traslacion de un punto á otro lleva consigo gastos de consideracion, prescindiendo de las molestias que ocasiona á la provincia en que se verifica; y al mismo tiempo mediaban razones de no escaso valor para que su estancia en un mismo distrito no fuese demasiado larga. El reglamento de que se trata concilió ambos estremos, disponiendo que cada tres años se verificase su relevo. Por otra parte, recorriendo sucesivamente todas las provincias, participaban todos de lo bueno y de lo malo, y se evitaban los funestos efectos del favoritismo, fuente perenne de disgustos, murmuraciones y ataques á la disciplina.



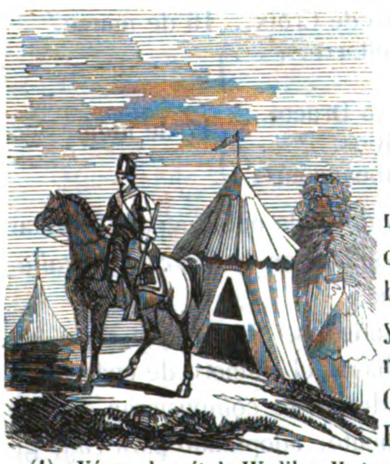


CAPITULO VI.

1701.--1788.

Disposiciones relativas al arma de caballería (1).

REGLAMENTO DE 1701.—FORMACION DE NUEVOS REGIMIENTOS.—VESTUARIO.—SUELDOS.—REORGANIZACION DE LOS DRAGONES.—AUMENTO DE ESTA ARMA.—SU UNIFORME.—CUERPOS PROCEDENTES DE ITALIA Y DE LOS PAISES BAJOS.—REFORMA QUE EN ELLOS SE HACE.—NOMBRES FIJOS DE LOS REGIMIENTOS.—VARIACION EN EL UNIFORME Y EN LA ADMINISTRACION.—REDUCCION.—NUEVO UNIFORME.



L fenecer el último soberano de la dinastía austriaca, estaba nuestra caballería muy lejos de poseer la fuerza y el brillo que la distinguieron en los reinados de los reyes Católicos y de Cárlos I; y como el advenimiento de Felipe V al trono de San Fernando,

(1) Véase el capítulo IV, libro II, tomo I, pág. 189; IV del libro III, tomo I, página 276; III del libro IV, tomo I, pág. 381; XIV del libro I, tomo II, pág. 259; XXV del tomo II, pág. 515; X del tomo III, pág. 321; XX del tomo IV, pág. 153 y XVIII del tomo IV, pág. 460.

fué combatido por una gran parte de la nacion, la corona fué precisada á aumentar esta arma para hacer frente á sus enemigos y á mejorar su organizacion. Movido por esta idea, el nuevo monarca, anuló todos los reglamentos que se habian publicado en los reinados anteriores, y tomando por modelo el sistema orgánico de Francia, introdujo importantes variaciones en nuestra caballería, tanto en la península como fuera de ella, usándose desde luego en la escarapela castellana los colores rojo y blanco.

El marqués de Bedmar, gobernador general de los Paises-Bajos, formó por mandato del rey, en 13 de abril de 1701, un reglamento provisional para los cuerpos de aquellos estados, que en su virtud quedaron organizados al pié de los regimientos franceses, constando la plana mayor de coronel, teniente coronel, sargento mayor, capellan y cirujano, y subdividiéndose cada regimiento en cuatro escuadrones de á cuatro compañías, compuestas de capitan, teniente, corneta, mariscal de logis, trompeta y treinta y cinco caporales y soldados. Procedióse tambien á la creacion de los regimientos que á continuacion se espresan.

NOMBRES.	CORONELES.	FECHA.
Croix.	Príncipe Alejandro de Croix..	16 de marzo.
Apelterre. . . .	D. Alejandro Apelterre.... .	17 de idem.
Dupuy..	D. Felipe Dupuy...	17 de idem.
Frerin.	D. Antonio Jacinto Drucot. .	17 de idem.
Rios.	D. Diego de los Rios... . . .	17 de idem.
Fleaubeaucourt.	Marqués de Fleaubeaucourt...	17 de idem.

En Italia se congregó lo mas florido de la nobleza para levantar á su costa un regimiento, con la denominacion de *Guardia de Italia*, al mando de D. Francisco de Aragon.

Por la ordenanza, llamada de Flandes, se dispuso que si se aumentase la fuerza de las compañías hasta el número de cuarenta y cinco á cincuenta plazas, los escuadrones se compusieran solo de tres compañías, y se varió su armamento, adoptando para cada ginete el mosquete, dos pistolas y una espada larga, ancha y de dos filos, con porta-mosqueton, cartuchera ó cacerina ceñida á la cintura, bandolera de ante y un frasco de asta para cebar, pendiente de

una correa. Quedó en vigor el uso del *viricú*, así como el de la mantilla y tapafundas en la silla del caballo.

El vestuario desde esta resolucion, fué uniforme, y se clasificaron por colores las divisas de los regimientos; mandóse recoger el pelo que antes se llevaba suelto, en una bolsa de baqueta, y se señaló á cada soldado, casaca, chupa, calzon, medias, botas con espuelas, bocabotin, corbata, dos camisas, maleta, guantes de ante, sombrero apuntado con galon al canto, presilla y escarapela ó *cucarda*; por esta misma ordenanza se señalaron los sueldos siguientes:

PLANA MAYOR DE UN REGIMIENTO.	AL MES FLORINES.	PLACAS.
Coronel	53	»
Gratificacion	100	»
Teniente coronel	40	»
Gratificacion	20	»
Sargento mayor	144	»
Gratificacion	33	»
Ayudante	72	»
Capellan mayor	36	»
Cirujano mayor	16	12
COMPAÑIA.		
Capitan	120	»
Teniente	60	»
Alférez	15	»
Mariscal de logis, furriel	52	»
Dos brigadieres, cabos de escuadra á 9 florines 12 placas	19	4
Treinta y tres soldados con un trompeta á 8 florines 8 placas	277	4

En 17 de octubre tuvo lugar la formacion del regimiento real de España, cuyo mando fué conferido al cardenal arzobispo de Toledo D. Luis Manuel Portocarrero, y en 21 del propio mes, la primera compañía de mosqueteros de la Guardia, compuesta de nobles flamencos, se dió al capitan conde de Ussel.

En la Península se desplegó la misma actividad para mejorar

el arma de que se trata; por real decreto de 24 de diciembre del mismo año, se resolvió que los ocho trozos de caballos corazas que habia en España se pusieran al pié de quinientos caballos. Ademas el rey autorizó á su gobierno para formar el número conveniente de cuerpos, y en virtud de esta autorizacion se crearon en 1703 los que siguen:

NOMBRES.	CORONELES.	FECHA.
Gironella.. . . .	Marqués de Gironella.	2 enero
Mendivil.	D. Rafael Diaz de Mendivil.	16 abril.
Montenegro. . .	D. Juan Antonio Montenegro.	17 abril.
Moscoso.	D. Baltasar de Moscoso.	4 mayo.
Narvaez.	D. Alonso Perez de Saavedra Narvaez.	4 mayo.
Reina.	Duque de Veraguas.	22 junio.
Real de Asturias.	D. Francisco Ronquillo..	22 junio.
Villavicencio. . .	D. Rodrigo de Villavicencio y Negron.	2 junio.
Castilla.	D. Juan de Tovar y Castilla.	15 junio.
Estrella.	Conde del Real.	15 junio.

El de la costa de Andalucía, llamado Cuantiosos, de quien fué comisario general el marqués de Villadarias, quedó estinguido.

Con respecto á los tercios de dragones, se pusieron igualmente al pié de los de Francia, entrando en su constitucion tres escuadrones de á cuatro compañías, y siendo la fuerza de cada una de estas de treinta y cinco caballos. La plana mayor del tercio se componia de maestre de campo, sargento mayor, capellan, cirujano y guion. Creóse al mismo tiempo un nuevo tercio cuyo mando se confirió á D. Diego Pastour.

Esta organizacion la hizo comun á los dragones de los estados de Italia, la ordenanza de 18 de diciembre de 1702.

Los tercios de dragones fueron declarados segundos cuerpos de la caballería é infantería para la alternativa con estas armas. Su puesto en campaña, era á vanguardia de la infantería. Los arcabuces, de que estaban armados, eran de marca vizcaina y de diez á doce balas en libra, con llave de piedra. Su espada era de hoja ancha y de dos filos. Se ejercitaban en tirar de vez en cuando al blanco, para lo cual se les daba pólvora en determinados tiempos, y no tenian

mas gabela que el descuento de tres dineros por libra para inválidos. En el órden de parada llevaban el arcabuz, descansando la culata en el muslo derecho, y cogida el arma por su primer tercio. El número de compañías subió en la península hasta diez con la fuerza de cincuenta plazas cada una, y el tercio se compuso de cinco escuadrones de dos compañías.

Considerando S. M. demasiado reducida esta fuerza, decretó en 1703 la recluta de otros tres tercios, dos españoles y uno irlandés, debiéndose á esta disposicion la existencia de los que á continuacion se espresan.

JEFES QUE LOS ORGANIZARON.	FECHA DE LA CREACION.
D. Miguel Pons de Mendoza.	2 de junio.
D. José de Camprodon.	9 de idem.
Conde de Mahony.	17 de idem.

En este mismo año acabó de desaparecer todo el armamento y equipo de la casa de Austria. Los tercios de dragones se vistieron y armaron á la francesa, en esta forma:

Casaca verde, chupa y calzon segun la divisa señalada á cada uno: un gorro de paño que consistia en cierto casquete en figura de media esfera de paño verde, y en su parte superior una borla blanca de seda floja; desde la frente subia una frontalera de carton ó pergamino fuerte, revestida de paño del color de la divisa, y guarnecida de un galon de seda blanca: el pelo recogido en una bolsa de cuero; en lugar de botas botin de cuero flexible con trabillas, bandolera de ante amarillo, cruzada del hombro izquierdo al costado derecho, de dos tercios de palmo de ancha con su correspondiente gancho para asegurar el fusil; corbata blanca, y en el hombro derecho una dragona de cordon de estambre amarillo con cabetes de metal. Componíase la montura de silla con borrenes, cubierta de una piel de carnero que era negra, en todas las compañías, escepto la de granaderos, que la usaba blanca, sirviendo esta piel para cubrir las pistoleras y dormir en los campos; mantilla y tapafundas del color de la divisa con galon de paño, del color de la casaca y maleta. El armamento constaba del fusil que se acomodaba al lado derecho, la boca arriba, y apoyado por la culata en una za-



patilla de cuero, asegurándole una correa por la segunda abrazadera al borren trasero; bayoneta de dos cortes, parecida al cuchillo de monte con mango de madera, y vaina adherida al cinturon, en el que se hallaba asimismo el *cartucho* ó cacerina, un poco inclinado hácia la cadera derecha; frasco de asta para cebar, pendiente de un cordon; sable corvo, con la vaina guarnecida y una pistola en la funda izquierda. Los tambores y pífanos usaron el color del vestuario trocado, con la cruz de Borgoña en el pecho y espalda, colgándoles de las mangas de la casaca otras perdidas y sueltas. Distinguíanse los capitanes con una faja de hilo de plata ceñida en la cintura, cayendo sus estremos sobre los pliegues de la casaca; los adornos y cabos de la oficialidad eran tambien de plata, menos las dragonas del hombro que estaban construidas de hilo de oro. Cada tercio solo llevaba un guion.

Véase la adjunta lámina (1).

El número 1 es un soldado de caballería de línea, armado con espada de dos filos con gabilanes, pendiente de un cinturon ceñido con hevilla por encima de la casaca; carabina rayada y dos pistolas; un frasco cebador, cartucho ó cacerina por delante; lleva sombrero acandilado con galon, pedrada y escarapela.

El número 2 representa un dragon con el vestuario y armamento que acabamos de describir mas arriba.

El tambor que figura en segundo término, es tambien de esta arma; no hay mas diferencia en su trage que la de llevar trocados los colores.

En febrero del espresado año y se elevó á doce el número de compañías de cada regimiento de caballería, constando cada una de estas de capitan, teniente, corneta, mariscal de logis, dos brigadieres, tres carabineros, veinte y cinco soldados y un trompeta. Fué motivada esta disposicion por el gran número de voluntarios que se presentaron ofreciendo sus servicios. El prest que se señaló entonces al soldado de caballería es el siguiente:

Correspondíanle diariamente catorce cuartos y una racion de

(1) Estos tipos estan tomados de un cuadro original que se conserva en la casa hospital de los venerables de Sevilla, y representa la batalla de Brihuega ó Villaviciosa; y de otro de la de Almansa que estaba en la primera secretaría de Estado.



(1702)



Gme... Imp. Lemercier, Paris Adam lith

patilla de cuero, [illegible] por la segunda [illegible] al borren[illegible], parecida al [illegible] de monte con [illegible] que se [illegible] hácia la [illegible] guarnecida y una [illegible] Los [illegible] y pífanos usaron el color del [illegible] en el pecho y espalda, [illegible] y sueltas. Distinguian- [illegible] de plata ceñida en la cintura, [illegible] los picques de la casaca; los adornos [illegible] de plata [illegible]

[illegible] la adjunta lámina (1).

El número 1 es un soldado de caballería de línea, armado con espada de dos filos con [illegible], pendiente de un cinturon ceñido con hevilla por encima de la casaca; [illegible] y dos pistolas; un frasco cebador, cartucho ó [illegible] por delante; lleva sombrero acandilado con galon, pedrada y [illegible].

El número 2 representa un dragon con el vestuario y armamento que acabamos de describir mas arriba.

El tambor que figura en segundo término, es tambien de esta arma; no hay mas diferencia en su traje que la de llevar [illegible] los colores.

En febrero del [illegible] se elevó á doce el número de compañías de cada regimiento de caballería, constando cada una de estas de capitan, teniente, alferez, mariscal de logis, dos brigadieres, tres carabineros, [illegible] soldados y un trompeta. Fué [illegible] presentaron [illegible] al soldado de caballería es el siguiente:

Correspondíanle diariamente catorce cuartos y una racion de

(1) Estos tipos estan tomados de un cuadro original que se conserva en la casa hospital de los venerables de Sevilla, y representa la batalla de Brihuega ó Villaviciosa; y de otro de la de Almansa que estaba en la primera secretaría de Estado.

(1702)



1 2

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris V Adam lith

pan, pero habia de detenerle el capitan dos cuartos para recomposicion de la silla, husas y armas, curar el caballo y darle un sombrero al año. Los doce cuartos restantes los percibia para su rancho, reparar la ropa, calzado, botas y herrar el caballo. Lo que de los dos cuartos sobrase, despues de ajustada su cuenta, se le devolvia. El carabinero gozaba diez y siete cuartos al dia y la racion de pan; y el brigadier y el trompeta diez y nueve con la racion de pan. A todas estas clases se les retenian los dos cuartos diarios para el mismo objeto que al soldado. El mariscal de logis tenia al mes diez y siete escudos y cinco reales de vellon, cou una racion de pan diaria; dábasele ademas forrage para su caballo, que debia ser suyo propio.

De cuenta del rey se suministraban cada año para la remonta y reparacion entera de compañía, ocho caballos, diez sillas con sus frenos, fundas de pistolas y todo el aderezo completo; quince casacas y chupas, diez capas, ocho pares de pistolas, ocho mosquetes; y con la paga que se señalaba á cada capitan, quedaba este obligado á tener su compañía completa de hombres, caballos y equipo.

En 21 de junio de 1704 se creó el Real cuerpo de *Guardias de Corps*, supriméndose el regimiento real de España, así como las compañías de mosqueteros; en el de 1705 se organizaron los siguientes:

NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION.
Estado de Nápoles. .	D. Juan de Povar.. .	1.° enero.
Nebot.	D. Rafael Nebot.. . .	22 febrero.
La Muerte.	Marqùés de Caltojar..	1.° junio.

Publicóse en 30 de diciembre de 1705 una adicion á la ordenanza de 28 de setiembre del año anterior, por la cual tuvo á bien S. M. establecer en la caballería y dragones una masa proporcionada y equivalente, ademas de la existente, para costear cada dos años un vestuario completo; cada uno, treinta caballos; cada dos, sillas y demas equipo; cada cuatro, capas y mantillas; y un juego de armas, de seis en seis años, acreditándose en revista á cada soldado sencillo veinticinco cuartos y medio, una racion de pan y otra de cebada por todo el tiempo que estaba montado; de esta cantidad se

le detenian nueve y medio para masa, y se le pagaban catorce; los doce para su manutencion, y dos para la masita, con obligacion de reparar la silla y demas equipo del caballo, curarle, limpiarle y componer las armas, con otras menudencias; á cada carabinero se le señalaron veinte y siete cuartos y medio; al brigadier y trompeta veinte y ocho y medio, reteniendo á todas estas clases, lo mismo que al soldado para masa y masita.

Despues de muchos debates sostenidos en pro y en contra, la real órden de 17 de febrero de 1706, prohibió terminantemente el pase de los soldados de infantería á la caballería, y se crearon los siguientes regimientos.

NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION.
Ordenes nuevo.	Duque de Aveyro.	10 febrero.
Galindo.. . . .	D. Luis Galindo.	
Sanguinetto.. .	D. Antonio Sanguinetto y Zayas.	11 junio.
Córdova. . . .	D. Jorge Blasco..	5 julio.
Orense.	D. José Benito del Prado. . . .	
Sevilla.	D. Felipe Ramirez de Arellano. .	19 agosto.
II de Granada..	D. Juan Fernandez de Guzman y Bazan.	6 setiembre.
Jaen.	D. Juan Pacheco de Padilla. . .	2 octubre.
Ubeda y Baeza.	Marqués de la Rambla.	
Málaga.. . . .	D. José de Cea Salvatierra.. . .	4 diciembre.
Santiago. . . .	Marqués de Lanzarote.	14 diciembre.

Por real ordenanza de 30 de diciembre de 1706, las compañías corrieron por cuenta de los capitanes desde 1.° de enero de 1707, asignándose á cada soldado veinte y tres cuartos y tres y medio maravedís diarios: á los carabineros veinte y siete cuartos y tres y medio maravedís, y á los cabos de escuadra veinte y ocho cuartos tres y medio maravedís. Reteníanse á cada uno de estos diariamente para masa, nueve cuartos y tres y medio maravedís, y dos para masita.

Todas estas disposiciones pusieron á la caballería bajo un pié respetable. Al dar principio á la campaña del año 1707, la fuerza de esta arma era de cuarenta y seis regimientos, que á trescientos ochenta y cuatro caballos cada uno, constituian la suma de diez y siete mil seiscientas sesenta y cuatro plazas.

Ademas, á muy poco tiempo se organizaron los que á continuacion se espresan.

NOMBRES.	CORONELES.	FECHA DE LA CREACION. AÑO.	MES.
Cuantiosos de Estremadura.	Marqués de Lorenzana.	1707.	5 de abril.
Pastor.	D. José Pastor.	1709.	9 de diciembre.
Vendome.	D. Francisco de Rivera.		
III de Granada.	Conde de Torreplana. .	1710.	14 de noviembre.

En este último año evacuaron los Paises Bajos, y vinieron á la Península los siguientes:

NOMBRES.	CORONELES.
D. Luis de Acosta. .	
D. Alejandro Cecile.	D. Lorenzo del Corral.
Conde de Beaumont.	D. Gabriel Cano.

Dióse tambien órden en 1713, para que vinieran de los mismos estados, á los regimientos de

D. Juan de Povar (1).
D. Gregorio Pimentel.
Marqués de Habocourt.
D. Felipe Dupui.
D. Diego de los Rios.
D. Luis de Saa y Rengel.
D. Diego Pastour.
D. Antonio Jacinto Drucot.
Compañía de caballos negros del príncipe de Berghen.
Compañía de guardias de caballos grises del marqués de Sars.

Llegaron tambien, procedentes de Sicilia, los de

D. Domingo Luchesi.
D. Miguel de Sada y Gonzalez.
D. Spíritu Paschaly.
Compañía de guias.
Compañía del preboste general.

(1) Se estinguió en Nápoles, por lo que no vino á España.



La organizacion de los cuerpos de dragones sufrió alguna alteracion en 1704. En la ordenanza de 28 de setiembre del citado año, se prescribió que cada regimiento se compusiera de doce compañías, y que cada una de estas constase de capitan, teniente, alférez, mariscal de logis, dos brigadieres, un tambor, un pífano y veinte y ocho dragones montados. Para dar cumplimiento á esta disposicion, se reclutaron cuatro compañías de soldados irlandeses.

Desde la llegada del nuevo rey de la casa de Borbon, se venia encareciendo mas y mas la importancia de los cuerpos de dragones, y el estado comprendia ya la necesidad de hacer algunos sacrificios para formarlos. Así que, en 1.° y 25 de junio, y 15 de julio de 1705, se crearon los de D. José Vallejo, D. Enrique Grafton y don Bernardo Antonio Ferrari, á quienes se dieron reales despachos de coroneles; en 20 de mayo de 1706, el de D. Melchor Enrique Fitz-Harry; y en 3 de abril de 1707, el de D. Diego Gonzalez, levantado á costa del Duque de Osuna. De suerte que en la revista de mayo de 1707, existian diez y siete regimientos de esta arma; ocho en España; cuatro en Italia, y cinco en los Paises-bajos.

A la llegada á la península del viejo de Schaldon, procedente del Milanés, que venia gobernando el marqués de Caylus, tratándose de dar nueva vida á esta arma, se reformaron algunos regimientos para completar los demas, quedando estinguidos los de

D. Francisco Valvalet..	Viejo Sicilia. .	7 junio.	1707.
D. Bartolomé Bosselly.	Viejo Bataglia.		
D. José Armendariz. .	Viejo Villareal.	6 agosto	

En 21 de diciembre de 1709 creóse el del conde Pezuela de las Torres; y por la evacuacion de los Paises Bajos, llegaron á Cataluña procedentes del ejército de Flandes el 10 de junio de 1710, los tres mas antiguos, que venian mandando los coroneles conde de Melun, D. Juan Francisco Brochoven, y D. Pedro Chateaufort.

El 29 de junio de 1711, tuvo lugar la formacion de otro regimiento que se dió á mandar á D. Pedro Alejandro de Cevallos, y en 1713, acabaron de evacuar el Bravante y la Sicilia los de don Diego Pastour, y el del conde Mahoni, que fué de Grafton.

Despues de haber desocupado nuestras tropas los Paises Bajos y la Italia, se formó en 16 de julio de 1714 una relacion general de los

cuerpos de caballería, resultando, ademas de los dragones, los que á continuacion vienen:

NOMBRES.	CORONELES.	ESCUADRONES.
Reales Guardias de Corps.. . .	El Rey nuestro Señor.	8
Reina.	Marqués de Crevecœur.	4
Real de Asturias.	D. Vicente Fuenbuena..	4
Rosellon viejo.. .	D. Diego de Villaplana.	4
Ordenes viejo.. .	D. Melchor Colon de Portugal. . .	4
Rosellon nuevo. .	D. Juan de Cereceda.	4
Santiago.	D. Ginés Hermosa Espejo.	3
Milan.	D. Manuel de Bustillos..	3
Armendariz.. . .	D. Juan Francisco Armendariz. .	3
Arduino.	D. Antonio Arduino..	3
Urive.	D. José Urive.	3
Fantaguzi. . . .	Conde de Fantaguzi.	3
Pozo-blanco. . .	Marqués de Pozo-blanco.	4
Estremadura. . .	Marqués de Paterna.	3
II de Granada.. .	D. Juan Fernando de Guzman. . .	4
Ordenes nuevo. .	D. Gaspar de Venegas..	3
Jaen.	D. Agustin de Venero.	3
Bravante.. . . .	D. Gregorio Pimentel.	2
Flandes.	D. Luis de Saa y Rangel..	2
Dupuy	D. Felipe Dupuy.	2
Frerin.	D. Antonio Jacinto Drucot.	2
Rios.	D. Diego de los Rios..	2
Coraceros. . . .	D. Domingo Luchesi..	2
Pastour.	D. Diego Pastour.	3
III de Granada. .	D. José Ruiz Calzado.	3
Cecille.	D. Alejandro Cecille..	2
Beaumont. . . .	Conde de Beaumont.	2
Estrella.	Conde del Real.	3
I de Granada.. .	D. Lope de Hoces y Córdova. . . .	3
Corral.	D. Lorenzo del Corral	2
Cano..	D. Gabriel Cano..	2
Acosta..	D. Luis de Acosta..	2
Vendome.. . . .	D. Francisco Rivera.	3
Sevilla.	D. Felipe Ramirez de Arellano. . .	4
Zayas.	D. Juan de Zayas.	3
Raja.	D. Vicente Raja.	4

Colonna.	D. Virginio Colonna.	3
Carvajal.	D. Francisco Baltasar de Carvajal.	4
Málaga..	D. José de Cea Salvatierra.	3
Velasco.	D. Diego Velasco.	3
Orense.	D. José Benito de Prado.	3
San Severino. . .	D. Nicolás de San Severino.	3
Lorenzana. . . .	Marqués de Lorenzana.	4
Pastor.	D. José Pastor..	3
Quevedo..	D. Juan de Quevedo..	3
Pignatelli.. . . .	D. Francisco Pignatelli..	3
La Muerte. . . .	Marqués de Villalegre.	3
Cuantiosos de la Costa.	D. Gerónimo del Castillo..	5

COMPAÑIAS SUELTAS.

Guias.	D. Miguel de Sada Gonzalez.
Preboste general.. . . .	D. Spíritu Paschali.
Guardias caballos negros.	Príncipe de Berghen.
Guardias caballos grises.	Marqués de Sars.
Húsares..	D. Juan Greck.
Húsares..	D. Bernardo Ventura de Cápoa.
Archeros del Preboste. .	D. Juan de Quirós y Vitoria.
Aljameles de Cádiz.. . .	

Esto es, cuarenta y siete regimientos, que sin contar los guardias de Corps y las ocho compañias sueltas, puestos al pie del último reglamento, daban la respetable suma de diez y ocho mil quinientos veinte y ocho caballos.

El 20 de abril de 1715, se previno que los escuadrones se formasen de cuatro compañias, sin alterar el número de las doce por regimiento, ni la fuerza de estas; pero consideraciones de que no era posible prescindir, exigieron la reforma y estincion de algunos, quedando en pié solo los que siguen:

NOMBRES.	CORONELES.
Real de Asturias.. .	D. Vicente Fuenbuena.
Reina.	Marqués de Crevecœur.
Cano.	D. Gabriel Cano.
Granada viejo. . . .	D. Felipe Ramirez de Arellano.
Flandes.	D. Luis de Saa y Rangel.

Estremadura.. . . .	D. Virginio Colonna.
Corral.	D. Lorenzo del Corral.
Rios..	D. Diego de los Rios.
Bravante.	D. Gregorio Pimentel.
Rosellon viejo. . . .	Marqués de Villalegre.
Real.	D. Jimen Perez de Zapata y Calatayud, conde del Real.
Urive.	D. José Urive.
Santiago..	D. Ginés Hermosá y Espejo.
Sevilla viejo.. . . .	D. Juan Fernando de Guzman.
Milan.	D. Manuel Bustillos.
Ordenes viejo. . . .	D. Melchor de Portugal.
Armendariz.	D. Juan Francisco Armendariz.
Pozo-blanco.	Marqués de Pozo-blanco.
Cecille.	D. Alejandro Cecille.
Lafarina..	D. Francisco Lafarina.
Zayas..	D. Juan de Zayas.
Rosellon nuevo. . .	D. Juan de Cereceda.
Carvajal.	D. Gonzalo de Carvajal.
Pignatelli..	D. Fernando Pignatelli.
Fantaguzi.	Conde de Fantaguzi.

COMPAÑIAS SUELTAS.

Guardias de Flandes. . .	Caballos negros.	Príncipe de Berghen.
	Caballos grises..	Marqués de Sars.
	Preboste de Cataluña.. . .	D. Spíritu Paschali.
	Preboste de Estremadura..	D. Juan Quirós.

En virtud de estas disposiciones quedaban en pié veinte y cuatro regimientos, que formaban un total de 9216 caballos, y cuatro compañías cuya fuerza ascendia á doscientos caballos.

De los dragones fueron tambien suprimidos los siguientes:

D. Melchor Enrique Fitz-Hary.
D. Pedro Alejandro de Cevallos.
D. José Vallejo.
D. Diego Pastour.
D. Bernardo Antonio Ferrari.
Duque de Sesto.

Los regimientos de esta arma quedaron con las mismas doce compañías con tres oficiales y treinta y dos caballos; mas por Real órden

de 28 de setiembre de 1716, se redujeron á solos veinte y cinco.

El reglamento del año 15 alteró los haberes de la tropa, rebajando el de cada soldado sencillo, á veinte y un cuarto tres y medio maravedis al dia, una racion de pan y otra de cebada para el caballo si estaba montado: el del carabinero á veinte y cuatro cuartos tres y medio maravedís: el del cabo á veinte y seis cuartos, tres y medio maravedis; y á cada uno de estos se retenia nueve cuartos tres y medio maravedis para masa, y dos para masita, con aplicacion á reparar la silla y demas equipo del caballo, curarle, componer el armamento, y demas menudos gastos.

Por real órden de 26 de setiembre de 1716, resolvió S. M. que los regimientos de caballería se redujeran á veinte y cinco hombres por compañía inclusos el sargento y trompeta, en lugar de los treinta y dos que tenian, y se estinguieron los que siguen:

CUERPOS.	CORONELES.	Fecha de la estincion. DIA	MES.
Pignatelli.	D. Fernando Pignatelli.	15	febrero.
Fantaguzi.	Conde de Fantaguzi. .	28	febrero.
Zayas.	D Juan de Zayas. . . .	31	diciembre.
Rios.	D. Diego de los Rios. .	31	diciembre.
Rosellon nuevo.	D. Juan de Cereceda. .	31	diciembre.

COMPAÑIAS SUELTAS.

Guardias de Flandes.	Caballos negros.	Príncipe de Berghen.	23 febrero.
Guardias de Flandes.	Caballos grises.	Marqués de Sars. . .	23 febrero.
	Preboste de Estremadura.	D. Juan de Quirós.	22 mayo.
	Preboste de Cataluña. . .	D. Spíritu Paschali.	31 diciembre.

Por esta medida quedaron solo diez y nueve regimientos de á doscientas plazas montadas, y consiguientemente la fuerza de esta arma, prescindiendo de los dragones, quedó limitada á tres mil ochocientos caballos.

El número de trompetas se redujo á seis, por resolucion de 16 de enero de 1717, agregándose los demas para remplazar las vacantes á las mismas compañias.

Obligóse á los capitanes en 10 de enero de 1718 á mantener sus compañías armadas, vestidas y bien equipadas, facilitándoles por el tesoro mensualmente quince escudos por razon de remonta. Los sueldos descendieron al tenor de esta tarifa. Tenia cada soldado sencillo diez y ocho cuartos, tres maravedís y tres cuartos diarios: el carabinero veinte y un cuartos, tres maravedís y tres cuartos: el cabo veinte y tres cuartos, tres maravedís y tres cuartos, reteniéndose á todos para masa seis cuartos, tres maravedís y tres cuartos; y por cuenta de masita, dos cuartos destinados á la reparacion de la silla, equipo del caballo, etc. Gozaba el trompeta veinte y cinco cuartos, tres y medio maravedís, y se le retenian ocho cuartos tres y medio maravedís, y dos cuartos para masita. Disfrutaba el sargento cuarenta escudos al mes, una racion de pan y otra de cebada diaria si estaba montado, con la obligacion de tener caballo propio y equiparse de todo.

A los regimientos en sus ajustes se les rebajó por la tesoreria lo que correspondia á la gran masa para construir cada dos años el vestuario: segun la contrata aprobada por el inspector general, el oficial comisionado acudia á percibir su importe del tesoro, dejando al tesorero los conocimientos originales; pero respecto á no concluir el asiento del vestuario que estaba estipulado por cuatro años hasta junio de 1721, dispuso el Rey tomasen las tropas los paños y forros de los almacenes del asentista D. José Garcia Asarta.

Como por la última resolucion, el manejo de la gran masa quedó á cargo de los regimientos, declaró S. M. debian tener este crédito en la conformidad siguiente: Que á los regimientos que se hubiesen vestido de nuevo desde 1.° de junio de 1716, se les abonase su masa desde 1.° del mes que se distribuyó entre los soldados el vestuario de que habia de constar, por certificacion del inspector general; y que si hubiesen recibido despues de los almacenes algunos vestidos ó menajes, á mas del completo, se les cargasen por cuenta de la referida masa.

Por la ordenanza de 10 de febrero de 1718 los regimientos de caballería quedaron en tres escuadrones de á cuatro compañias, y estas constaban de capitan, teniente, alferez, un sargento, dos cabos, tres carabineros, diez y ocho soldados, y un trompeta para dos

compañías; la plana mayor siguió conforme el reglamento de 1715. Por la misma ordenanza se pusieron nombres fijos á los regimientos, en esta forma.

Nombres que tenian.	Nombres que tomaron.	Nombres de los coroneles.	Escuadrones.
Reina.	Reina	D. José Moscoso.	3
Asturias.. . . .	Príncipe. . .	D. Vicente Fuen-buena. .	3
Rosellon viejo. .	Borbon.. . .	Marqués de Villalegre.. .	3
Atri.	Farnesio. . .	Duque de Atri.	3
Ordenes viejo. .	Ordenes. . .	D. Francisco Pignatelli. .	3
Milan.	Milan.. . . .	D. Manuel de Bustillos. .	3
Dupuy..	Barcelona.. .	D. Felipe Dupuy.	3
Cecille.	Alcántara.. .	D. Alejandro Cecille.. . .	3
Santiago.. . . .	Santiago. . .	D. Ginés de Espejo. . . .	3
La Farina. . . .	Malta.. . . .	D. Francisco de La Farina.	3
Zayas.	Calatrava.. .	D. Juan de Zayas.	3
Pozo-blanco.. .	Montesa. . .	Marqués de Pozo-blanco. .	3
Sevilla.	Sevilla. . . .	D. Juan Francisco de Guzman.	3
Granada.. . . .	Granada. . .	D. Felipe Ramirez.. . . .	3
Bravante. . . .	Bravante. . .	Conde de Altomonte. . .	3
Flandes.. . . .	Flandes.. . .	D. Diego Corada.	3
Armendariz.. .	Andalucía. .	D. Juan Francisco Armendariz.	3
Conde del Real.	Algarve. . .	Conde del Real.	3
Rosellon nuevo.	Rosellon. . .	D. Juan de Cereceda. . .	3
Estremadura. .	Estremedura.	D. Virginio Collona. . . .	3
Uribe.	Salamanca. .	D. José Uribe..	3
			63

Hay que añadir á estos cuerpos otros dos que se crearon en 18 de febrero del mismo año, á saber: Orán y Sicilia, mandados el primero por D. José Pastor, y el segundo por el duque de San Blas.

Por una nueva disposicion del 20 de abril, se mandó que cada dos ó tres regimientos formasen brigada, y que todos los jefes y oficiales usaran los uniformes, mantillas y tapafundas del color de la divisa del regimiento.

Se prescribió tambien que los alféreces llevaran bandoleras de terciopelo del mismo color, guarnecidas de galon de oro ó plata se-

gun el cuerpo en que servian, y se la habian de poner siempre que llevaran los estandartes ó estuvieran de ordenanza en la casa de los capitanes generales.

Estas providencias, de que llevamos ya hecha mencion, dejaron el arma mista en solo diez regimientos, sin que en ella ocurriese ninguna alteracion hasta que resuelta la reconquista de las islas de Cerdeña y Sicilia, fué preciso aumentar los dragones. Entonces se conoció tambien la necesidad de dar nombres fijos á los regimientos, y al paso que se creaban diez nuevos, se señaló á los existentes por la ordenanza de 10 de febrero de 1718, los que á continuacion se espresan.

Coroneles.	Nombres que tenian.	Los que tomaron.
Conde de Itre.	Viejo Verloo.. . .	Belgia.
D. Bartolomé Boselly.	Viejo Hartmand. .	Batavia.
El marqués de Caylus..	Viejo Schaldon. .	Pavía.
D. Pedro Chateaufort..	Viejo Stenhuissen.	Frisia.
D. José Grimau.	Viejo Mendoza.. .	Tarragona.
D. Bernardino Marimon.. . . .	Viejo Camprodon.	Sagunto.
El conde de Mahony.	Viejo Mahony. . .	Edimburgo
D. Julian de O-calagan.	Viejo Grafton. . .	Dublin.
D. José Vallejo	Viejo Gonzalez.. .	Numancia.
Conde de Pezuela de las Torres.		Lusitania.

El mando de los diez regimientos nuevos se confió á los coroneles siguientes:

Ampurdan.	D. Isidro Pou de Zafra..	2 agosto 1719.
Rivagorza..	D. Pedro Miguel..	
Zaragoza. .	D. Domingo Traggia..	
Francia.. .	D. Pedro Zacarías S.t Maurin.. . .	
Mérida. . .	Marqués de Rianzuela.	
Palma. . .	Marqués de Arian..	
Llerena.. .	D. Diego Ponce.	
Cartajena. .	D. José Caro.	
Jeréz. . . .	D. Bartolomé Francisco Ramos. .	
Caller.. . .	D. Gavino Olivés.	

Trocóse el color del uniforme, y se ordenó que en lugar de verde, usaran en adelante el amarillo, añadiendo unas grandes solapas en el pecho, pero distinguiéndose cada regimiento por el color de la divisa: quitáronse los gorros, que fueron sustituidos con el sombre-

ro apuntado galoneado de blanco. Tanto la oficialidad como la tropa calzaban el botin, habiéndose prohibido el uso de la bota.

En 19 de setiembre de 1721, se quitaron los cordones del hombro á los dragones, reemplazándolos con otra dragona de galon de estambre blanco para la tropa, y de plata para los oficiales, desaparecieron tambien las fajas de red del propio metal.

Hecha la paz con la Francia, y de regreso ya el ejército espedicionario de Africa, se verificó otra reforma en el cuerpo de dragones, quedando estinguidos en 1722 los siguientes:

Ampurdan.	Rivagorza.	Llerena.	Jeréz.
Caller.	Berwick.	Cartajena.	

En virtud de real órden de 12 de mayo de 1722, se estableció en el arma de caballería la clase de cadetes para los caballeros notorios, los cruzados, hijos ó hermanos de estos, títulos, sus hijos ó hermanos, los de los hidalgos que presentasen justificaciones del goce de tales, y los hijos de los capitanes y oficiales de mayor grado; previniendo que usaran el vestuario como el soldado, y un cordon de plata en el hombro izquierdo, quedando relevados solo de los actos y servicio mecánico.

Poco despues se ordenó entre otras cosas que en vista de los inconvenientes que resultaban al servicio, de que los sargentos mayores no asistiesen á los regimientos por estar empleados en atender á sus intereses, se nombrase y habilitase por cada cuerpo un oficial á quien se diera este encargo. Ultimamente por otra disposicion de 15 de agosto, se previno que ejecutada la reduccion de los regimientos de caballería á trece compañías de á treinta hombres, doce sencillas y una de carabineros, era la voluntad de S. M. que cada regimiento se considerase como los dragones sobre el pié de tres escuadrones de á cuatro compañías, sin tomar en cuenta las de carabineros, destinadas á hacer el servicio por separado: las compañías quedaron bajo el pié de veinte y nueve hombres y un sargento, abonándose la gratificacion de veinte y cuatro escudos de vellon al mes, que percibian sobre el pié de cuarenta, incluso el sargento. Si la compañía estaba al completo, pagábase la gratificacion por entero, y por los caballos que fueren faltando del número de veinte y nueve, se rebajaban seis escudos hasta el número de veinte y seis esclusive.





(1744)



1

2

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.

En enero de 1728 se resolvió que desde esta fecha no se abonase ni descontase á las tropas la gran masa, quedando el gobierno en suministrar oportunamente el vestuario entero y medio á los cuerpos, si bien dejaba en su fuerza y vigor lo que correspondia al abono y descuento de la gratificacion, con arreglo á lo que estaba prevenido.

Segun la ordenanza de 12 de julio del mismo año, cada regimiento de caballería debia subdividirse en dos, tres, ó cuatro escuadrones: las compañías constaban de capitan, teniente, alférez, mariscal de logis, veinte y nueve ó treinta y cuatro soldados, y dos trompetas por escuadron.

Las compañías de que debian componerse los escuadrones eran cuatro, siempre que constasen de treinta á cuarenta caballos, mediante que un escuadron debia ser ordinariamente de ciento treinta ó cuarenta, á ciento cincuenta caballos; cada regimiento continuó con las mismas trece, comprendida la de carabineros. Dióse á cada escuadron un estandarte, cuya asta tenia nueve piés y once pulgadas de largo incluso el regaton y la moharra. El fondo del paño del estandarte era encarnado; por una cara figuraban las armas reales, y por la otra el emblema de guerra con el nombre del regimiento. Se quitó el nombre de corneta á los últimos subalternos, y se restableció el de alférez, para reemplazarlo. En los cuerpos de dragones, tanto el alférez como el teniente y sargentos, llevaron en lo sucesivo el fusil, bayoneta, frasco y cartuchera.

En general el vestuario sufrió en este tiempo algunas ligeras modificaciones.

Véase la adjunta lámina.

El número 1 es un soldado de caballería de línea y el 2 un porta-estandarte. Su traje en su esencia es el mismo que el descrito mas arriba; pero en sus detalles tiene algunas variaciones que vamos á indicar. Se observará desde luego que el corbatin redondo habia reemplazado al blanco que se llevaba anteriormente con lazada, y que la cacerina, la sustituyó la cartuchera pendiente de una correa del mismo ancho de la bandolera. Los faldones de la casaca no tienen tampoco la misma forma; antes se llevaban caidos naturalmente, y



aqui van abrochados por los ángulos. Esta reforma tenia quizás en su favor ademas de la elegancia, consideraciones de policia y de comodidad. El estandarte es de terciopelo carmesí galoneado de plata; es tambien del mismo metal la dragona que lleva el alférez en el hombro derecho (1).

La casaca del dragon recibió en sus faldones la misma modificacion que la de los cuerpos de línea. La cartuchera se llevaba tambien en esta arma de la misma manera que en los regimientos de línea; es decir, pendiente de una correa igual á la bandolera. La gorra era baja y de piel de oso, con manga caida á la espalda; la dragona era de cintas que pendian del hombro derecho.

Véase la lámina adjunta.

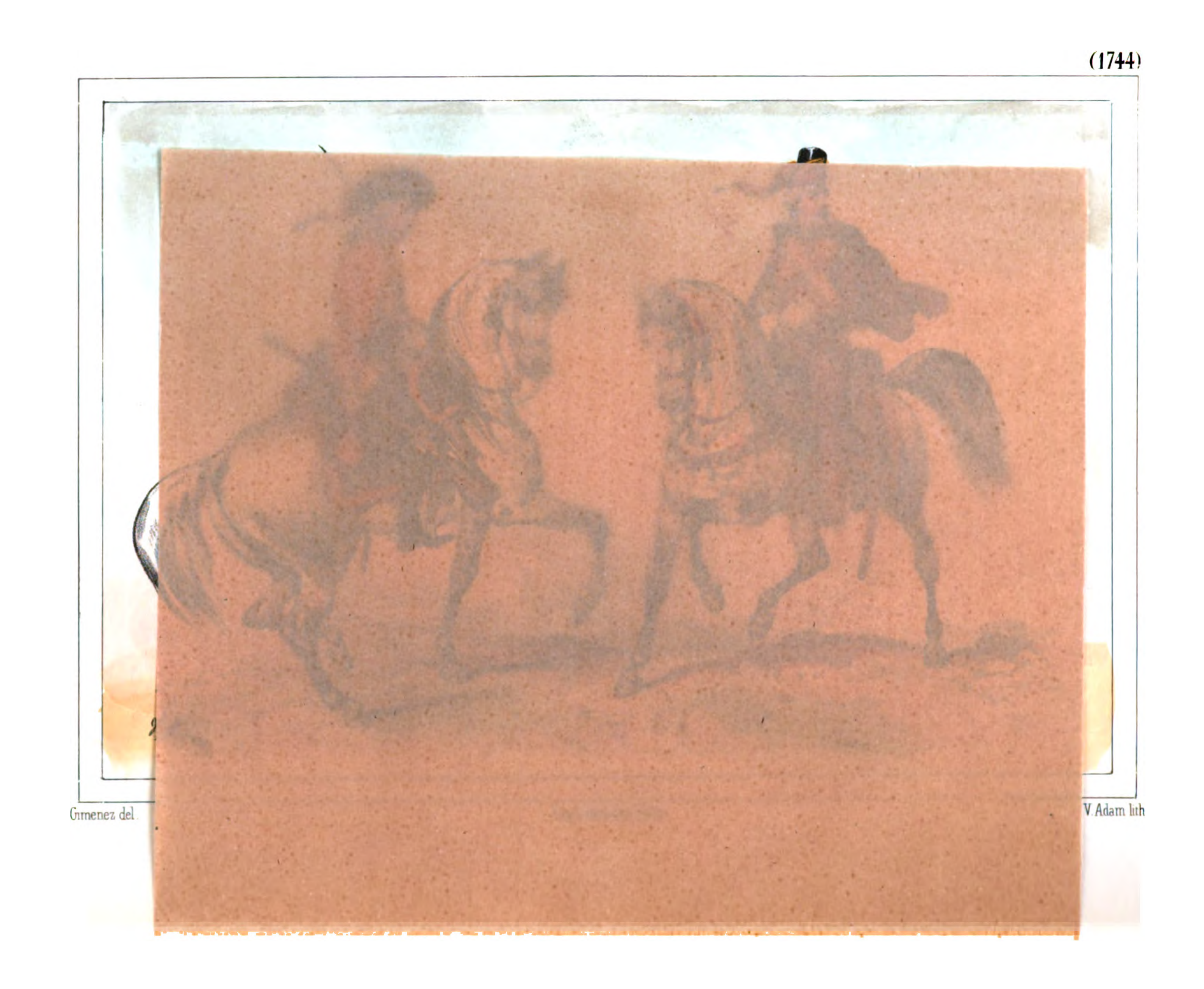
El número 1 es un dragon con el uniforme que acabamos de indicar. El número 2 es un húsar con dolman, pelliza y pantalon ceñido; gorra cónica con manga á medio desplegar y borcegui de ante amarillo (2). El primer cuerpo formal de esta clase no se creó en la península hasta 1742; pues las dos compañías sueltas que en 1713 vinieron de Nápoles, se habian estinguido dos años despues.

En 1730 se despojó á la caballería de las compañías de carabineros para formar una brigada titulada *Carabineros reales*, y se procedió despues á formar otra de granaderos reales sacando el personal de los dragones de Belgia, Sagunto, Numancia y Lusitania. Se aumentaron cinco hombres por compañía, y en 13 de octubre de 1733, hubo un nuevo aumento de otros cuatro que quedaron en la clase de desmontados.

Para llenar el vacío que habia dejado la disposicion relativa á los carabineros de que acaba de hacerse mencion, resolvió el rey en 9 de abril y 7 de mayo de 1734, que en cada una de las compañías se creasen cuatro plazas de la misma clase, ocupándolas los soldados mas valientes y bizarros, ascendiendo la fuerza total á cuarenta y ocho hombres. Estas plazas estaban destinadas á hacer el servicio propio de su arma, y formaban compañía separada en campaña, cuando el general en jefe del ejército lo disponia. Por último, en 26

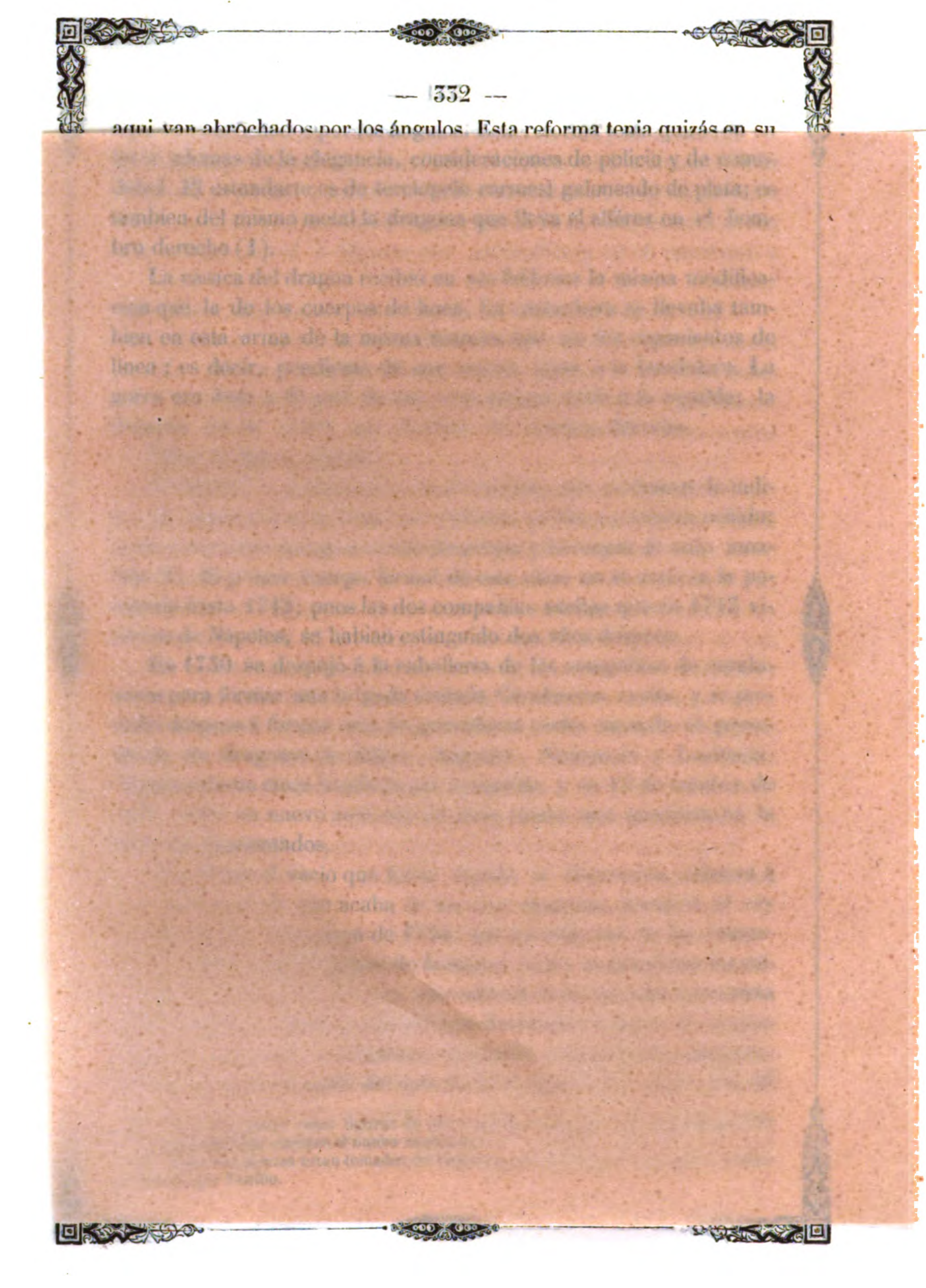
(1) Se han tomado estas figuras de una coleccion dibujada é iluminada en 1737 para representar por cuerpos el nuevo vestuario.

(2) Estas dos figuras estan tomadas del séquito que rodea al rey D. Felipe V á caballo pintado por Venlóo.



Gimenez del. V. Adam lith

aqui van abrochados por los ángulos. Esta reforma tenia quizás en su



(1744)



Gimenez del

Imp Lemercier, Paris

V Adam lith

de octubre, se aumentaron diez hombres por compañía, quedando cada una de las doce en cuarenta montados y un desmontado; y en el año de 1735 tuvo lugar la creacion de los cuerpos siguientes:

Nombres.	Coroneles.	Fecha de la creacion.
Costa de Granada....	Marqués de Iniza....	9 febrero.
Coraceros Real Aleman.	D. Francisco Kiberberg.	6 abril.

A los regimientos que servian en Italia se les dieron en 20 de diciembre de 1736, seis trompetas que habian de unirse á los carabineros cuando estos se reunieren en un solo cuerpo, y en 1737 se prohibió que usaran las libreas de los criados de los coroneles, previniendo que la casaca fuese del color de la divisa de cada regimiento y las vueltas del mismo paño de que se hiciera el uniforme de cada cuerpo.

Al terminar la guerra de Italia constaba nuestra caballería de veinte y cinco regimientos y tres compañias sueltas que constituian en ochenta y un escuadrones una fuerza de diez mil trescientos cuarenta y cinco caballos.

Suprimiéronse los terceros escuadrones por real órden de 18 de noviembre de 1748, y en los últimos años del reinado de Fernando VI, no pasaba nuestra caballería, no contando con los dragones, de cuarenta y dos escuadrones.

En el año de 1744 se estinguieron los regimientos de dragones de Palma y Villaviciosa; en el de 1748 los de Estremadura, Orán é Italia, y en el siguiente el de Almansa. En este mismo año se mandó quitar de los guiones la imágen de la patrona, que era la santísima virgen María, para poder rendirlos al rey en los saludos. Se suprimió tambien la bandolera, y el cartucho ó cacerina fué sustituido por la cartuchera de correa de ante amarillo con tapa de baqueta de Moscovia en que figuraban las armas reales. En lugar del cordon para colgar el frasco de pólvora, se adoptó otra correa de ante: conservóse el sable en la misma forma, esto es, algo corvo, desde el último tercio de la hoja; y el resto del armamento, á saber: fusil, bayoneta y pistolas, no tuvo variacion alguna. Las prendas que constituian el vestuario, no se alteraron en su corte, pero añadióse en el canto á la chupa un galon de estambre blan-



có: el botin se hizo en adelante de piel de becerro negra, con presillas del mismo género encadenadas para abrocharlo á la pierna; la dragona de la tropa era de galon de estambre listado de amarillo, blanco y del color de la divisa en el centro ; lo mismo se hacia en las mantillas, tapafundas de la silla, y el lazo ó cucarda que llevaba el caballo bajo la oreja izquierda entre la frontalera y la quijera. La de los sargentos era de plata con listas de seda del color de la divisa.

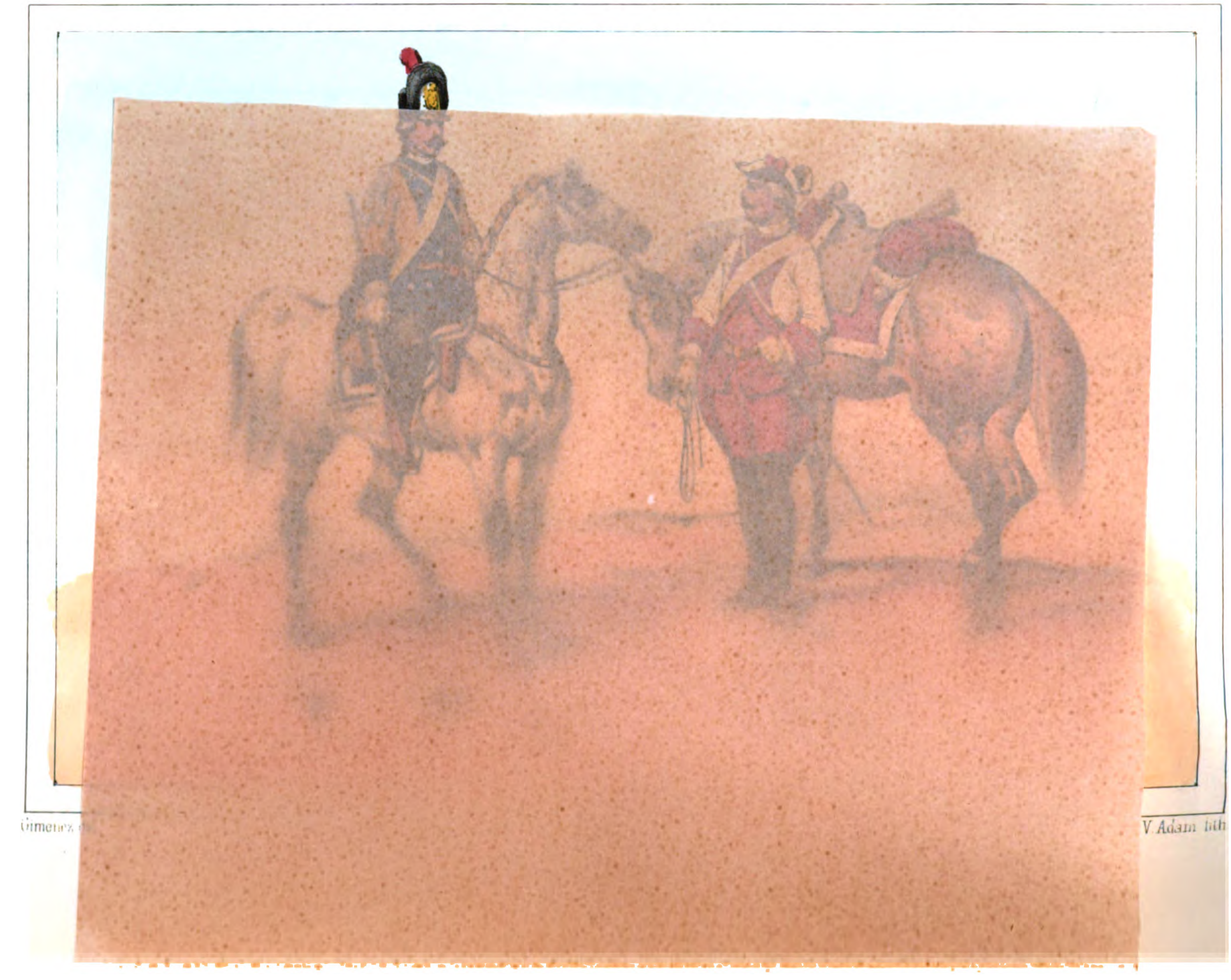
Adoptóse para los granaderos una gorra de piel de oso con manga de paño del color de la divisa: esta gorra tenia media vara de altura, y terminaba en semicírculo: en la parte anterior de la piel, se colocaba una frontalera de paño, asimismo del color de la divisa, bordeada de galon de estambre blanco; y en el centro una granada de metal blanco con la llama de la espoleta esmaltada de color de fuego: la manga de la gorra caia á la espalda; tenia tres cuartas de longitud, y terminaba con una borla de estambre blanco; la manga, tanto en las costuras, como alrededor de la parte posterior de la gorra, se guarnecia con tres galones estrechos. Los granaderos se distinguian por un galon de plata al canto de las vueltas de las mangas; en lugar de cartucheras, usaban cierta bolsa de cuero negro para guardar las granadas de mano; y en el cinturon del sable llevaban la cacerina para las municiones del fusil. Escusado es advertir que las guarniciones de los oficiales eran de plata, y las de los sargentos de plata y seda del color de la divisa. Aquellos estaban provistos del mismo armamento y correage que la tropa, con la diferencia de que este último en lugar de ser de ante era de paño del color de la divisa, galoneado de plata.

Despues de la llegada de Nápoles del rey D. Cárlos III, se modificó algun tanto el corte del vestuario, quedando las puntas de los faldones de la casaca recogidos; pusiéronse en ella las solapas, y se quitó á los dragones la gorra de pelo; dejóse á la tropa un solo bucle con la coleta, y la bota fué sustituida por el botin de cuero de buey con campana y bocabotin.

Véase la lámina que sigue. Los tipos (1) que en ella figuran, dan una exacta idea del uniforme de este tiempo.

(1) Estan tomados de un cuadro que representa los uniformes de todos los cuerpos





Gimenez [illegible]

V Adam lith

[illegible] de piel de becerro negra, con [illegible] [illegible] para abrocharlo á la [illegible] de galon de estambre [illegible] [illegible] y del [illegible] de la divisa en el centro; lo mismo se [illegible] en las mantillas [illegible] de la silla, y el [illegible] que llevaba el caballo bajo la oreja izquierda [illegible]. La de los sargentos [illegible] de plata [illegible] del color de la divisa.

Adoptóse [illegible] ga de paño del [illegible] para [illegible] de albara, y [illegible] de la piel, se colocaba una [illegible] de la divisa; bordada [illegible] una granada de [illegible] de color de [illegible] de la gorra [illegible] de [illegible] con una [illegible] la manga, [illegible] alrededor de la [illegible] de la gorra, se [illegible]. Los [illegible] se distinguian por [illegible] de los mangos; en lugar de [illegible] negro para [illegible] llevaban la [illegible] del [illegible] que [illegible] color de la [illegible] y correaje [illegible] la diferencia de que [illegible] un lugar de ser [illegible] de paño [illegible], galoneada de plata.

Despues de la [illegible] se modificó algun tanto el corte del [illegible] de los faldones de la casaca [illegible] se quitó á los dragones la gorra de [illegible] con la coleta, y la bota fué [illegible] por el [illegible] con [illegible].

Véase [illegible] que sigue. [illegible] dan [illegible] del uniforme de [illegible].

[illegible]

(1752)



1 2

Gimenez fec. Imp. Lemercier, Paris V. Adam lith.

Al entronizarse en España la casa de Borbon, los institutos de la caballería se redujeron á lo que llamaban en un principio caballería ligera y dragones; poco despues vinieron los húsares y coraceros; pero estos fueron de corta duracion, volviendo á quedar en caballería de línea la conocida por ligera y los dragones. No se tardó en conocer la necesidad de cuerpos verdaderamente ligeros para ciertas atenciones del servicio impuesto á la caballería, y el reglamento de 19 de febrero de 1762, llenó este vacío creando cuatro compañías de esta arma en Castilla, dos en Aragon, otras dos en Navarra, cuatro en Estremadura y otras cuatro en Andalucia.

Otro reglamento publicado el año siguiente, organizó la caballería ligera en escuadrones, formando el primero las cuatro compañías de Castilla, el segundo las de Navarra y Aragon, el tercero las de Andalucia y el cuarto las de Estremadura. Estos cuerpos tomaron el nombre de *voluntarios á caballo de Castilla, de Aragon, de Andalucia y de Estremadura.*

En 10 de marzo de 1766 estos escuadrones formaron un regimiento con la denominacion de *Voluntarios de España*, conservando no obstante, cada uno de ellos, su preferencia y su nombre. Tomó su mando el coronel D. José Parada.

Los regimientos de caballería de línea, que ascendian á 19, se redujeron á 12 en 24 de mayo de 1763, refundiéndose los demas en estos. Hé aquí cómo se espresa la soberana disposicion en que se decretó esta reforma.

Artículo 1.° Cada regimiento ha de constar de cuatro escuadrones, cada escuadron de cuatro compañías, y cada una de estas de capitan, teniente, alférez, dos sargentos, cuatro cabos, cuatro carabineros, y treinta y dos soldados, componiendo el todo del regimiento cuatrocientas ochenta plazas y veinte y cuatro sargentos.

Artículo. 4.° La plana mayor se compondrá de coronel, teniente coronel, sargento mayor, dos ayudantes, cuatro porta-estandartes, capellan, cirujano, mariscal mayor, timbalero, y doce trompetas, uno en cada compañía.

Artículo. 9.° Se declara por terceros jefes á los sargentos mayores.

Artículo. 12. Los regimientos que han de subsistir, tendrán los nombres siguientes:

del ejército, dibujado é iluminado en San Lucar de Barrameda, el año de 1767 por el sargento del regimiento de Sevilla, Juan Alvarez Ganopin.

Rey.	Reina.	Príncipe.	Infante.
Borbon.	Farnesio.	Alcántara.	España.
Algarve.	Calatrava.	Santiago.	Montesa.

El primero tendrá antigüedad sobre todos, así como el Infante seguirá á la Reina y Príncipe, que la tendrá igualmente sobre los restantes por privilegio que les concedo desde el dia de la incorporacion; y siendo el mas antiguo de justicia el de Milan, le destino para pié del Rey.

Artículo 13. Se incorporarán en los citados doce regimientos, los siete restantes hasta diez y nueve que hoy subsisten, y son los siguientes:

Barcelona.	Malta.	Bravante.	Flandes.
Granada.	Andalucía.	Sevilla.	

Al fallecimiento de Cárlos III, estos doce regimientos, con el de voluntarios de España, y del de la costa de Granada, constituian una fuerza de cuatro mil ochenta caballos.

A esto hay que agregar los ocho regimientos de dragones en que dejó este instituto el reglamento de 20 de setiembre de 1765, á saber:

Rey.	Reina.	Almansa.	Pavía.
Villaviciosa.	Sagunto.	Numancia.	Lusitania.

Estos ocho regimientos constaban de tres escuadrones de á cuatro compañías, componiéndose cada una de estas de capitan, teniente y alferez; dos sargentos, un tambor, cuatro cabos, cuatro granaderos y treinta y nueve dragones con treinta y tres caballos, inclusos los de los oficiales, y veinte plazas desmontadas.

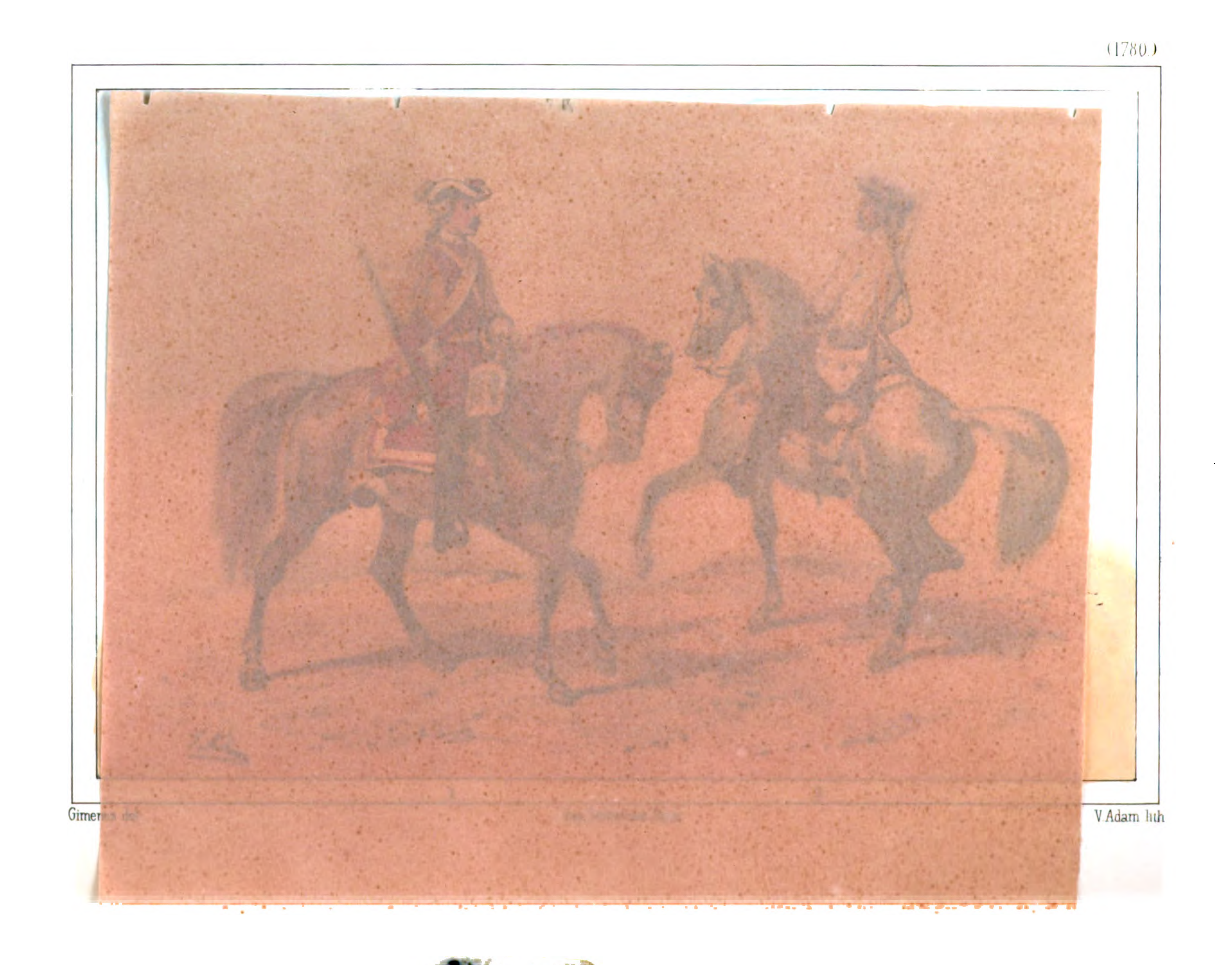
Hasta 1780 continuó sin variacion notable el uniforme de la caballería; pero entonces se hicieron algunas innovaciones especialmente en el vestuario de los dragones; en lugar del sombrero se les dió la *gorra de parada*, que consistia en una copa de fieltro negro en figura de cilindro con una frontalera de felpa negra en cuyo centro se llevaba un escudo de metal amarillo con las armas reales, adornadas de trofeos que circundaba un dístico ó nota peculiar de cada regimiento.

La gorra de parada tenia una visera con ribete de oro ó estambre y dejaba caer sobre la espalda un faldon de badana para resguardo del cuello. Adornábasela con un plumero de estambre rojo colocado sobre la izquierda.

Véase la adjunta lámina.

El número 1 es un dragon con la gorra que acaba de describirse.

El número 2 es un soldado de caballería de línea.



Gimenez del.

V. Adam lith

[illegible]	Reina.	Príncipe.	Infante.
[illegible]	Farnesio.	Alcántara.	España.
Sigarre.	Calatrava.	Santiago.	Montesa.

El primero tendrá antigüedad sobre todos, [illegible] la Reina y Príncipe, que la tendrá [illegible] los restantes por privilegio que ha obtenido [illegible], y siendo [illegible] Rey.

[illegible] los siete [illegible] los siguientes:

[illegible]	[illegible]	[illegible]	Flandes.
[illegible]	[illegible]	[illegible]	

[illegible] III, estos [illegible], con el de [illegible] y [illegible] de la [illegible], constituian [illegible] caballo.

[illegible] en que [illegible] el reglamento [illegible] de 1765, á saber:

[illegible]	Reina.	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	Lusitania.

Estos ocho [illegible] de cuatro compañías, [illegible] de capitan, teniente y alférez, [illegible] tambor, [illegible], cuatro granaderos y [illegible] dragones con [illegible] caballos, incluso [illegible] y [illegible].

[illegible] sin variacion [illegible] uniforme de la [illegible] se hicieron [illegible] especial [illegible] de los dragones, [illegible] del sombrero se les [illegible] *de parada*, que consistia en una [illegible] de fieltro negro [illegible] de cilindro con una [illegible] cuyo centro se llevaba un [illegible] con las armas reales, adornado de [illegible] un distico ó nota peculiar de cada [illegible].

[illegible] de parada tenia una [illegible] con ribete de oro ó estambre [illegible] sobre la espalda un faldon de badana para [illegible] con un plumero de estambre rojo [illegible].

Véase la adjunta [illegible]

El número 1 es un dragon con la gorra que acaba de describirse.

El número 2 es un soldado de caballería de línea.

(1780)



1 2

Gimenez del Imp Lemercier, Paris V Adam lith



CAPITULO VII.

1793.--1795.

GUERRA CONTRA LA FRANCIA.—PLAN DE CAMPAÑA.—ATAQUES DE LOS CAMPOS DE THUIR Y MAS DEU.—TOMA DE VARIOS PUNTOS FUERTES POR LOS ESPAÑOLES.—BATALLA DE TRULLÁS.—ACCION DE CAMPRODON.—BATALLA DE PALAU DEL VIDRE.—BATALLA DE MONTESQUIEU.—DESASTRES DE NUESTRAS ARMAS.—SITIO DE FIGUERAS Y DE ROSAS.—ATAQUE DE SARA Y DE BAIGORRY POR LOS ESPAÑOLES.—COMBATES EN LOS VALLES DEL RONCAL Y BASTAN.—LOS FRANCESES PENETRAN EN NAVARRA Y GUIPÚZCOA.—PAZ DE BASILEA.



la madura edad de cuarenta años, con un temperamento claro, un juicio recto y sanas intenciones, llegaba Cárlos IV á empuñar el cetro de la monarquía española, nunca tan floreciente en el espacio de tres siglos. ¿Cómo habia de preverse que este mismo príncipe despeñado desde la cumbre del poder á un abismo de hu-

millaciones, habia de buscar un refugio para su ancianidad, en territorio estranjero, no pudiendo ni aun mitigar los dolores de su ulcerado corazon, con la conciencia de haber obrado bien, último escudo que le queda al hombre para resistir los golpes de la desgracia? ¿Cómo podia presumirse que la dinastía borbónica, defendida á costa de tan inauditos esfuerzos contra el poder enemigo de la Europa, y realzada por las raras cualidades de Cárlos III, cediera su puesto á otra dinastía, sin lucha, sin resistencia, sin mas que las convulsiones que escitan en todo cuerpo físico y moral los últimos momentos de la agonía? ¿Y cómo podia suponerse que la España, indomable en las fases mas críticas de su existencia histórica, se dejara aherrojar un momento por la mano audaz de un brillante conquistador, en la época en que parecia emprender con paso firme y constitucion robusta, el camino de sus adelantos y el mas arriesgado y esplendoroso de las conquistas? Pues estos tres rasgos son los contornos del cuadro que abraza el reinado de Cárlos IV.

Los historiadores que han consagrado sus talentos á este período tan digno de estudio y de honda meditacion, han pintado con colorido sobresaliente las intrigas de la córte, la debilidad del rey, el predominio de la reina, la influencia omnipotente de un favorito (1), la relajacion de todos los resortes administrativos, el olvido de las sólidas máximas que habia planteado Cárlos III, y los estravíos de una ambicion imprudente y desapoderada á fuerza de ser irreflexiva.

Nuestra mision, mucho mas circunscrita, nos coloca en el caso de articular breve y someramente los sucesos políticos para detener la atencion y la pluma en los acontecimientos militares que entonces fueron adquiriendo importancia bajo el nuevo y luminoso aspecto que tomaba el arte de la guerra.

Cuando Cárlos IV subió al sólio de sus mayores, resonaba ya en la vecina Francia el grito de la revolucion, fuerte y tremendo como la voz del huracan, precursor de largas y recias tempestades. Algunas ideas filosóficas combinadas con las ardientes pasiones de la multitud, y fomentadas por las calamidades públicas, hicieron que la nacion mas monárquica del mundo por espacio de diez y

(1) D. Manuel Godoy.



siete siglos, derribara aquella institucion en un momento de delirio y se precipitara en los estremos de una demagogia que hubieran avergonzado á las mas turbulentas repúblicas de la antigüedad griega. Pero una nacion grande y tan numerosa como la Francia, no podia conservar por mucho tiempo esta violenta tension, ni dejar de reconciliarse con sus brillantes recuerdos; entonces surgieron algunos hombres como los gigantes de Cadmo del fondo de aquella sociedad convulsa, y fanatizados los mas por su ambicion, pocos por los nuevos principios, y todos por pasiones llevadas al último grado de efervescencia, reemplazaron todos los resortes naturales de su actividad con el resorte precario, pero omnipotente, mientras se conserva, del terror. Aquellos fieros republicanos, resueltos á no retroceder un paso en la lóbrega senda que se habian abierto, arrojaron á la faz de la Europa monárquica, como un guante de desafío, la cabeza del infortunado Luis XVI.

La córte de España habia contemplado por algun tiempo en silencio aquel horrible drama, mostrándose perpleja entre el partido que el honor y la prudencia aconsejaban.

El conde de Aranda, célebre diplomático de su tiempo, opinaba enérgicamente porque España sostuviera la neutralidad: idea profunda que podia favorecer grandemente los intereses de la nacion mas occidental de Europa, cuando todo el continente temblaba con el estrépito de las armas, pero que no convenia ni á nuestro decoro, ni al espíritu noble y caballeresco de nuestro pais, ni á los principios monárquicos bajo los cuales se regia. Cárlos IV, como monarca, como español y como Borbon, debia declarar la guerra, y no haciéndolo abdicaba moralmente su autoridad soberana, sin quedarle el consuelo de haber cumplido con los deberes de un hombre honrado.

La declaracion de guerra apareció en efecto el 23 de marzo de 1793. Todas las clases de la sociedad la recibieron con marcadas muestras de entusiasmo: depusiéronse ante las gradas del trono cuantiosos donativos, y nuestra juventud, que podia hallarse enervada por los ocios de una larga paz, manifestó no obstante su belicoso ardimiento al defender las instituciones de sus padres.

Un gobierno hábil en estas circunstancias, hubiera podido im-

pulsar el sentimiento de la nacion hasta el horoismo, y plantear las hostilidades bajo un pié formidable. Por desgracia se habia confiado el timon del Estado á un favorito, que levantado súbitamente desde el polvo hasta la cumbre del poder supremo, carecia, suponiéndole las mejores intenciones, de la popularidad que solo grangea una carrera brillante, del tacto que únicamente se adquiere con la larga práctica en los negocios, y del genio que hubiera podido suplir con sus bellas creaciones, la falta del tiempo y de los precedentes.

No obstante, declarada la guerra, era preciso pensar en los medios de ejecutarla. Adoptóse entonces un plan, cuyo defecto demostró mas tarde la esperiencia, reflejo fiel de todas las concepciones. Tres cuerpos de ejército debian maniobrar en diferentes puntos; dos, sosteniendo la ofensiva, habian de proteger las fronteras de Navarra y Aragon; y otro, penetrando por el Rosellon, tomaria la ofensiva manteniendo el mas fuerte calor de la guerra.

La línea sobre la cual iban á desenvolverse las operaciones, es fecunda, como pocas, en accidentes y dificultades; pero ofrece, sin embargo, firme y seguro apoyo á un sistema general de hostilidades. Nosotros vamos á describirla con alguna detencion, no menos en obsequio de esta guerra, que de las importantes maniobras á que sirvió de base en el siglo siguiente.

La Francia, separada de la Italia por los Alpes, lo está de España por los Pirineos. Esta colosal cadena de montaña se estiende en una estension de mas de doscientas leguas, desde el cabo de Finisterre en el océano, hasta el de Creeus sobre el mediterráneo. Una distancia tan larga corresponde á varios puntos del horizonte, lo que ha creado la division de *Pirineos Occidentales*, *Centrales*, y *Orientales*.

Los Pirineos orientales forman casi toda la frontera del Rosellon, sobre Cataluña, introduciéndose un tanto en el territorio aragonés. Los centrales elevan sus enormes crestas de granito al norte de Canfranc, protegiendo en su mayor parte la frontera de Aragon. Por último, los Pirineos occidentales van rodeando como el brazo de un gigante casi todo el pais Vasco, para buscar su natural enlace con las montañas cantábricas.

Cada uno de estos tres trozos de una misma cadena, ofrece, sin embargo distinta fisonomía bajo el aspecto militar. Los Pirineos orientales, mas aplanados y con declives menos escarpados, permiten maniobrar con fuerzas mas concentradas, lo que les da una gran ventaja para la guerra ofensiva. Los occidentales, con sus nevadas crestas, lóbregas gargantas y ruinosos desfiladeros, se prestan á la guerra defensiva, que puede mantenerse cómodamente por medio de puestos avanzados y al abrigo de los terribles accidentes que envuelve el terreno. Lo mismo puede decirse de los Pirineos centrales, cuyas gigantescas cimas, las mas eminentes de la cadena, bajan casi perpendicularmente sobre las orillas del mar. Por el lado de Francia, las pendientes son mas dulces; pero esta ventaja queda neutralizada por las dificultades del descenso que solo puede hacerse por medio de profundos valles, bordeados por escabrosas eminencias.

Ya hemos dicho que la córte de Madrid habia adoptado un plan de campaña, reducido á la division del ejército en tres cuerpos que debian funcionar sobre diferentes líneas. Uno de estos cuerpos, compuesto de ocho mil hombres de tropas regladas, estaba destinado á cubrir las fronteras vascas, sobre el pié de los Pirineos occidentales. Dirigíale D. Ventura Caro, militar activo, resuelto, buen táctico y acendrado español, pero que no tenia aquel golpe feliz y privilegiado de inteligencia estratégica para comprender el súbito desarrollo que iba á adquirir el arte de la guerra. Ademas, Caro era una víctima sacrificada al orgullo ó á los intereses de nuestro gobierno; pues colocado con ocho mil hombres sobre una línea estensa y difícil, ni podia sostenerse con firmeza, ni replegarse con seguridad, habiendo de cubrir en este último caso líneas de mayor estension. Caro, segun el plan concebido, debia limitarse á mantener la defensiva. Cuatro ó cinco mil hombres derramados por el Aragon, tenian menos por objeto el proteger aquella frontera, que el de servir de eslabon entre los cuerpos que operasen sobre las dos estremidades del Pirineo.

El cuerpo destinado al Rosellon era el mas importante, ya por su número, ya por su mision mas difícil y brillante, ya por el general que se hallaba á su frente. Elevóse este cuerpo desde diez y

ocho á veinte y cuatro mil hombres; debia tomar vigorosamente la ofensiva sobre el Rosellon, y arrancar á la Francia este pais desmembrado de nuestro territorio, bajo el calamitoso reinado de Felipe IV. Su general, D. Antonio Ricardos, simboliza una de las mas bellas glorias españolas. Activo, perseverante, intrépido, sagaz, con un espíritu profundamente creador, y una energía de primer órden, Ricardos solo necesitaba otra época para colocar su nombre al lado del de nuestros mas ilustres capitanes. ¿Pero de qué sirven el valor de un caudillo ni la intrepidez de sus tropas, cuando unos y otros funcionan bajo un pensamiento erróneo?

El plan, en efecto, tenia dos vicios capitales; uno respecto á la índole de la guerra, y otro respecto á las localidades en que debia verificarse. Una guerra de invasion como la que entonces se proyectaba, debia hacerse siempre con todo el vigor posible, sobre un punto decisivo, y con una masa de fuerzas suficiente para destruir cuantos obstáculos surjan á su paso. El estado del enemigo hacia en aquel período mas oportuna la aplicacion de estas consideraciones generales y eternas. La Francia, acometida impetuosamente por los ejércitos austriacos y prusianos, consumiéndose en su interior con el fuego de las discordias civiles, y sin recursos para sostener una lucha tan colosal, habia desplegado muy pocas fuerzas sobre las fronteras del Pirineo, y aun estas carecian en su mayor parte de instruccion y disciplina. Si un general como Ricardos, á la cabeza de un ejército de cincuenta ó sesenta mil hombres hubiera penetrado en el territorio enemigo, habria podido fácilmente quebrantar su línea, adelantarse con la espada desnuda hasta el corazon del pais, y fomentando las desavenencias intestinas, obtener, en vez de dilatadas y perjudiciales conquistas, una paz en igual grado útil y decorosa. Pero veinte y cuatro mil hombres constituian un número mezquino, incapaz de cubrir las comunicaciones, de proteger la base de operaciones en una marcha progresiva, y que aun obteniendo los mayores triunfos, se hubiera disipado entre el humo de sus victorias. Aun en el caso de creerse indispensable la ofensiva con tan corto caudal de gente, debian haberse preferido los Pirineos occidentales, cuyas ventajas para este género de guerra hemos espuesto ya.

Nuestro gobierno, al acometer la invasion por el punto mas difícil, tuvo por único móvil el deseo de sorprender al enemigo, que no podia esperar ser atacado violentamente sobre las ásperas entrañas del Rosellon (1); pero esta causa era en sí misma un error, porque la sorpresa, segun hemos indicado en otra parte, considerada como un puro accidente de fortuna, jamás debe figurar como elemento constituyente en el plan general de una campaña.

Ricardos rompió las operaciones con un movimiento tan atrevido como feliz. Los franceses, aunque bien mandados, habian cometido desde luego la imprudencia de debilitarse, derramando pequeños destacamentos en los valles del Tech y del Tet, sus dos líneas defensivas, en vez de reconcentrarlos en una masa imponente sobre Perpiñan, la cabeza del Rosellon. Ricardos se propuso penetrar esta débil línea, cuyo punto céntrico era aquella plaza, y cuyas dos estremidades se apoyaban en la fortaleza de Bellegarde. Es verdad que esta operacion podia descubrir sus flancos y dejarlos espuestos á los golpes del enemigo, sobre un terreno muy accidentado, pero la situacion dislocada de los franceses hacia poco probable este riesgo, y por otra parte, los grandes rasgos de audacia nunca brotan sino en medio de los peligros. El general español emprende su marcha el 15 de abril, y en vez de dirigirse sobre el centro de la línea enemiga, amenaza vigorosamente las fortalezas de Bellegarde y los Baños. Este ataque simulado desorienta á los franceses, que bajo las órdenes del general Villot, avanzan intrépidamente á rechazar á los españoles. Villot quiere, en efecto, proteger los fuertes amenazados; pero mientras que corre en pos de un peligro imaginario, viene á ser víctima de otro real y positivo; porque Ricardos, replegando diestramente sus álas, envuelve á los franceses y arrebata á cuantos no pueden salvarse por medio de una fuga precipitada. El terror habia enervado la intrepidez característica de los franceses, y la plaza de Perpiñan no hubiera podido resistir á un ataque sério; pero Ricardos se hallaba sin los medios mas precisos para verificarlo, y este hábil general debió deplorar, en medio de su triunfo, la imprevision del gobierno que le

(1) Memorias del Príncipe de la Paz, tomo I.

privaba de una conquista fácil, útil, brillante, y cuyas consecuencias hàbrian sido incalculables.

Ricardos no reposó á la sombra de sus primeros laureles. En la alborada del 19 de mayo empezó otro ataque general contra toda la línea enemiga. Deflers, que habia tomado el mando del ejército francés en los Pirineos orientales, recogió los fugitivos del último combate, los incorporó á tropas de refresco, y formó con todos un campo fortificado delante de Perpiñan, apoyando sólidamente sus álas en las posiciones de Thuir y Mas Deu.

Esta actitud era muy estratégica, porque permitia á los franceses cubrir á Perpiñan, plaza la mas importante de su primera línea y les proporcionaba el medio de socorrer los fuertes de la Garda y los Baños, asi como las villas de Elna y Argelés, llaves á la verdad poco seguras, pero muy útiles para conservar abierta su segunda línea.

Bien conocia Ricardos que los frutos de su primera victoria se volverian estériles si no desalojaba al enemigo de este punto importante. ¿Pero cómo forzar una posicion escelente, bien atrincherada, y defendida por diez y seis mil hombres electrizados por el amor de la patria, por una emulacion entusiasta, y por el deseo de reparar sus últimos reveses?

Ricardos confiaba demasiado en sus grandes talentos y en la intrepidez de sus tropas para retroceder ante estas dificultades. En las altas horas de la noche (18 de mayo), rompe su marcha á la cabeza de doce mil hombres, y se aproxima con sigilosa rapidez al campamento enemigo. Nuestro pequeño ejército iba dividido en cuatro columnas, con órden de atacar simultáneamente el frente y los costados de la posicion enemiga, cebándose principalmente en la derecha de los franceses. La aurora del 19 permitió á Deflers observar nuestras tropas que aguardaban impacientes, y con el arma al brazo, la señal del ataque. Con un aplomo y serenidad envidiables, forma su ejército en tres columnas, y hace ademan de arrojarse resueltamente sobre nuestra izquierda. Esta hábil disposicion cambiaba de todo punto el aspecto del combate, y podia dar á los franceses una superioridad decidida, porque nuestra izquierda, segun el plan convenido, era justamente el punto mas débil y vul-



nerable. Brillaron en aquel momento crítico las privilegiadas dotes de Ricardos y la táctica de sus tropas; sin dar tiempo á que el enemigo desenvuelva su feliz pensamiento, Ricardos manda practicar una inversion completa en toda su línea, y este movimiento tan difícil, aun en un dia de parada, se verifica bajo los ojos del enemigo, sin que un solo hombre pierda el lugar que le corresponde en la fila. Terminada esta audaz maniobra, se rompe el fuego de artillería sobre el frente enemigo, mientras que las columnas, perfectamente localizadas ya, marchan á realizar los fines que se les habian prescrito. Pero el frente contrario estaba asegurado con tanto esmero, que muy luego conoce Ricardos la ineficacia de este ataque por vivo y enérgico que fuese. No habia, á la verdad, otro medio decisivo que el de dislocar las dos álas enemigas, arrollándolas confusamente sobre su centro. El intrépido duque de Osuna avanza con nuestra izquierda, da la vuelta á la aldea de Comte, y amenaza el flanco derecho que los franceses apoyaban vigorosamente en Mas-Deu.

Ricardos mismo, á la cabeza de la caballería, avanza por un desfiladero bajo el fuego mortífero del cañon enemigo. Fué este tan violento, que nuestros ginetes se vieron obligados á replegarse; pero el efecto moral de esta bella maniobra se habia ya conseguido. Los franceses, creyéndose envueltos empiezan á vacilar, y el vigilante Osuna que advierte sus oscilaciones, se lanza sobre ellos con un ímpetu irresistible. Desde este instante quedó resuelta la batalla; el fuego superior de nuestras baterías de frente, habia hecho enmudecer á las piezas enemigas que jugaron hasta entonces con mucha actividad; la izquierda de los republicanos se doblegaba ante la espada de Osuna, y Ricardos, ganando otra vez terreno con su caballería, amenazaba despedazar el flanco derecho de aquellos. En esta situacion, Deflers forma un cuadro con las tropas que pudo recoger, y se retiró con celeridad, buscando la proteccion de un bosque inmediato. Pero muchos cuerpos franceses se desbandaron completamente, introduciéndose en Perpiñan, donde el desórden fué tan grande, que la guarnicion disparó sobre sus compañeros teniéndoles por españoles.



Ricardos no se obstinó en perseguir al enemigo; sus heróicas tropas estaban oprimidas por la fatiga; habian andado durante cinco horas, combatido nueve, sin probar alimento en todo este tiempo, y luchando con las dificultades de una topografía ingrata. El soldado español se habia conducido como en los mas hermosos dias de nuestras glorias; su triunfo no era un favor indiscreto y precario de la fortuna, sino el premio que la Providencia concede al ejercicio de las grandes virtudes. Artillería, bagages, municiones y tres campos atrincherados, quedaron á merced del vencedor que se fué á pernoctar en el pueblo del Boulou, dos leguas y media de Mas-Deu.

A consecuencia de esta victoria quedó abierta para los españoles la línea del Tech. Los fuertes de los Baños y la Garda en que se apoyaba el enemigo, se rindieron despues de breve resistencia; Argelés abrió sus puertas espontáneamente, y el duque de Osuna entró en las villas de Elna y Cornellás, sin quemar un cartucho.

Se ha censurado la circunspeccion de Ricardos que no le permitió aprovecharse de la favorable coyuntura con que las circunstancias le brindaban por segunda vez, para abalanzarse resueltamente sobre Perpiñan, y terminar en pocos dias, quizá en pocas horas, la conquista del Rosellon. Esta censura parece poco meditada, no obstante haber salido de la pluma de un crítico sobresaliente (1). Ricardos no debia salir de la esfera á que le tenian reducido sus escasas fuerzas. Con veinte mil hombres le era imposible formar á un mismo tiempo el sitio de Perpiñan y de Bellegarde, sin debilitarse con esfuerzos parciales en presencia de un enemigo que podia fácilmente reconcentrar su ejército, apoyándole en la escelente línea del Tet. Ni debia tampoco consagrar toda su atencion y medios á la conquista de la primera plaza despreciando la segunda, porque esta, ademas de su importancia, era cabeza de toda una línea y permitia á los franceses dirigir un vigoroso movimiento de flanco contra Ricardos, cebado en Perpiñan. Y aun en el caso poco verosímil de que Ricardos arrebatara á Perpiñan por un golpe de mano, ¿podria sostenerse en flecha sobre el territorio enemigo, teniendo sobre su flanco á los franceses, colocados bajo la proteccion de Bellegarde?

(1) Thiers, Historia de la revolucion.



Ricardos, pues, escuchando los consejos de una prudencia oportuna, puso sitio á Bellegarde. La empresa, no obstante, ofrecia sérias dificultades. Esta pequeña villa, colocada sobre una eminencia, domina un pintoresco paisaje, ceñido en algunos puntos por colosales montañas, y terminado en otros sobre hondas grietas y ásperas gargantas. La plaza tenia un muro robusto y elevado que circundaba un foso ancho y profundo. Pero la principal defensa de Bellegarde estaba formada por la naturaleza misma. Cubríala, en efecto, una roca gigantesca, inaccesible, por el lado en que se hallaban los españoles, protegiéndola á la vez contra la ira de los hombres y el furor de los elementos. Los fuertes de los Baños y la Garda, situados tambien al amparo del Peñasco, servian á la plaza como de puntos avanzados. La guarnicion no escedia de novecientos hombres; pero eran soldados á quienes electrizaba la idea de defender su territorio, y que empapados, por decirlo así, en el espíritu de conquista que guiaba entonces á la nacion francesa, se hallaban dispuestos á mostrarse dignos émulos de los franceses que habian combatido con tanta gloria sobre los bordes del Scalda y la falda de los Alpes.

Sumo trabajo y diligencia desplegó Ricardos para establecer sus obras de aproche y organizar las baterías. Solo el que haya examinado de cerca aquella imponente topografía, puede comprender cuán dificil seria la marcha de nuestras tropas y nuestros trenes sobre las montañas mas altas que hay en los Pirineos orientales. La constancia española, que como todas las virtudes nacionales siempre brilla en los momentos supremos, dominó por fin estos obstáculos y se levantaron dos baterías, una en el Coll del Porteill y la otra en la Junquera. Despreciando el terrible fuego de la plaza, Ricardos dirigió el suyo contra algunas obras esteriores. Defendiéronse en ellas los franceses con singular denuedo; pero habiéndose abierto brecha y hallándose amenazados de un asalto, hubieron de abandonarlas y replegarse á la plaza en buen órden aunque con celeridad.

Dueño de estas obras, Ricardos trazó una paralela á poca distancia de las fortificaciones de Bellegarde. Durante cuarenta dias, sitiados y sitiadores se fulminaron recíprocamente un fuego intenso

y destructor. En el transcurso de este tiempo lanzaron los nuestros dos mil trescientas sesenta y tres balas de cañon, cuatro mil veinte y una bombas, y tres mil doscientas cincuenta y una granadas. La plaza, por su parte, habia contestado con un número casi igual de proyectiles. Pero la situacion de Bellegarde era ya insostenible. La brecha abierta y practicable, convidaba con el asalto á los ardientes españoles; las ruinas de los parapetos cegaban el foso por muchos parajes; las baterías de la plaza habian sido desmontadas, y solo la desesperacion podia hallar en la muerte, un asilo contra la ignominia del vencimiento. No faltó quien propusiera este medio terrible en el consejo de oficiales; pero los mas prudentes rechazaron un sacrificio estéril y aceptaron la capitulacion que les habia ofrecido el generoso Ricardos. En su consecuencia, la guarnicion salió de la plaza, á tambor batiente, y pasando por delante de los españoles, fué á rendir las armas en un sitio convenido, quedando prisionera de guerra.

El noble Ricardos, temiendo que el sentimiento de rivalidad y el antagonismo de los principios políticos que existia entre sitiados y sitiadores, precipitasen á estos en algun esceso, publicó la siguiente proclama, que bien merece conservarse en la historia, porque es uno de los documentos que mas honran á su siglo y á la nacion española, grande en la prosperidad como en el infortunio.

«Soldados: ¡Debeis respetar la desgracia! Este principio que dicta la humanidad, es propio de la generosidad española; espera, pues, el general, que no habrá persona alguna que insulte con el gesto, el ademan, la palabra, ó de otro modo á los prisioneros franceses, en su salida, tránsito ó estancia, y que no reflexione que las contingencias de la guerra puede conducirlos á igual estado; pero si contra toda esperanza hubiese algun soldado, paisano, arriero ú otro individuo que se propasase en lo mas leve, será inmediatamente preso y sufrirá sin dilacion seis carreras de baquetas.

«No puede presumirse jamás el general, que incurra en semejante falta de generosidad y educacion ningun oficial ni otra clase de sugetos condecorados; pero en el remotísimo caso que sucediere, tomará el partido correspondiente y severo, segun el hecho y las personas.»

Cuando se usa de este modo de la victoria, se tiene derecho á los favores de la fortuna, porque solo las almas fuertes saben elevarse sobre las pasiones vulgares de la venganza y la codicia. Si la guerra se hiciese siempre bajo la luz de estos principios, seria la justicia en accion de las naciones, mas bien que el azote de la humanidad.

La pérdida de Bellegarde habia obligado á los franceses á retirarse en demanda del Tet, cubriendo no obstante las plazas de Perpiñan y Coll-Lliure.

Ricardos, despues de asegurar sólidamente su posicion del Mas-Deu, desplegó otra vez la ofensiva con todo el vigor de que eran susceptibles sus fuerzas, y empezó el sitio de Coll-Lliure. Mandaba á esta villa la elevada montaña de Oriol, coronada por fuertes baterías que hacian su espugnacion casi imposible, y sin embargo era esta indispensable para adelantar los trabajos contra Coll-Lliure. Ricardos, siempre fértil en recursos, fió á la sorpresa esta operacion arriesgada. Al efecto dispuso que el general Oquendo con un cuerpo escogido diese vuelta á las baterías, mientras que D. Juan Crespo divertia la atencion de los franceses con un ataque simulado. Oquendo avanza rápidamente con la vanguardia por medio de un camino erizado de rocas, y ordena que el resto de su columna apoye enérgicamente este movimiento. El intempestivo ardor de los voluntarios catalanes que dispararon antes del momento crítico, hizo conocer á los franceses la existencia del verdadero peligro. Robusteciéronse al punto con un refuerzo de dos mil hombres, y poniendo en juego todos sus cañones, destruyeron la flor de nuestra valiente é incauta vanguardia. Resplandeció en este dia como en pocos, la intrepidez de nuestros soldados, que viéndose cargados por fuerzas muy superiores, tuvieron la fortuna y la audacia de hacer algunos prisioneros casi á la boca del cañon enemigo, y conservarles en medio de su laboriosa retirada. Pero la operacion habia fracasado, y Crespo sin poder atraerse á los franceses, siguió el mismo movimiento retrógrado que habia emprendido Oquendo. Sin duda halaga mas la imaginacion y enaltece el interés de una historia militar la relacion de aquellos hechos, emprendidos y rematados por grandes masas de hombres bajo el pensamiento sintético de un ilustre caudillo, pero son quizá mas dignas de consignar-

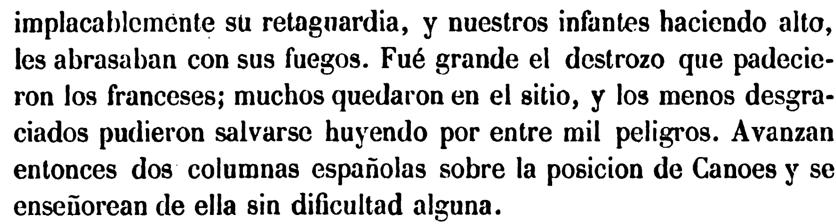


se las bellas maniobras que un general distinguido pone en accion para suplir con ellas la tenuidad de sus medios materiales. El noble privilegio del genio consiste en hacer grandes cosas con débiles recursos. Examinada á la luz de este principio, la conducta de Ricardos es sin duda sobresaliente, y sus operaciones valen acaso mas que las que entonces se desplegaban sobre el centro de la Europa. Su plan tenia por objeto arrancar á los franceses las dos líneas del Tech y del Tet; en la primera dominaba ya casi completamente, y si lograba clavar su espada en los bordes del Tet, el Rosellon volvia á formar parte de los dominios españoles. Esta conquista en aquellas circunstancias habria sido tan gloriosa como la mas relevante que hubiéramos alcanzado en los siglos XVI y XVII.

Los franceses estaban resueltos á disputarnos esta gloria hasta el último estremo de la posibilidad. En pueblos débiles y caducos, los reveses abaten el espíritu nacional, pero en pueblos que se regeneran solo sirven para desenvolver una energía irresistible. Esta energía feroz, pero noble siempre en los campos de batalla, dió á la Francia un ascendiente estraordinario sobre la Europa conjurada contra ella. En los Pirineos se desarrolla el mismo espíritu nacional; las desgracias, lejos de intimidar á los franceses, inflamaban su valor; disputaban el terreno palmo á palmo, y cada posicion costaba un sangriento combate.

Frente á frente se hallaban la vanguardia francesa y la española, el dia 7 de julio, en los respectivos puntos de Canoes y Pontellás.

Indignóse Deflers al ver que Ricardos circunscribia incesantemente la órbita de sus operaciones, y pretendió arrancarnos á Pontellás por medio de un ataque brusco. Cuatro mil franceses cayeron con ciego ímpetu sobre nuestra vanguardia, lisonjeándose con la esperanza de conmoverla, y efectivamente, los españoles se retiraron con estudiada celeridad. El hábil Ricardos habia previsto los intentos del enemigo y habia ordenado esta retirada tan rápida á fin de atraerle al lazo que tenia preparado. Coronó el éxito mas cabal esta estratajema, porque los franceses se abandonaron á la persecucion hasta que sintieron sobre sus espaldas las lanzas de nuestra caballería. Quisieron entonces volver sobre sus pasos replegándose concertadamente, pero ya era tarde: nuestros ginetes despedazaban



implacablemente su retaguardia, y nuestros infantes haciendo alto, les abrasaban con sus fuegos. Fué grande el destrozo que padecieron los franceses; muchos quedaron en el sitio, y los menos desgraciados pudieron salvarse huyendo por entre mil peligros. Avanzan entonces dos columnas españolas sobre la posicion de Canoes y se enseñorean de ella sin dificultad alguna.

Esta pérdida afectó al enemigo como si hubiera sido la de una gran batalla. Ciertamente la plaza de Perpiñan estaba muy comprometida, y si caia en nuestro poder Coll-Lliure, aquella no se sostendria contra el medio lento pero infalible del bloqueo. Las disposiciones que tomó el general francés para impedir esta desgracia, fueron en igual grado prudentes y oportunas. Renunciando al pensamiento estéril de recobrar con ataques parciales las márgenes del Tech, recogió el nervio de sus tropas delante de Perpiñan, estableciendo tres campos atrincherados, en Ortés, Cabestany y en la carretera de España. De este modo cubrian á Perpiñan y se colocaban en estado de barrer con sus fuegos las tres vias que podian tomar los españoles para continuar su movimiento progresivo. Conservaban ademas espedita é intacta la sólida línea del Tech y podian recibir cuantos refuerzos vinieran del interior de Francia.

Pero como es imposible verificar una reconcentracion rápida en presencia del enemigo sin dejar algun flanco descubierto, la actitud de los franceses sugirió á Ricardos una idea atrevida que realizada hubiera dado los mas ópimos frutos, pero á la que tuvo que renunciar por lo incompetente de sus medios.

Consistia en imponer á los franceses por medio de un ataque simulado de frente y destacando entretanto un buen cuerpo de la izquierda española, arrojarle con brioso ímpetu sobre las orillas del Tech. Si esta maniobra se hubiese verificado, los franceses, envueltos entre dos fuegos, hubieran temido perder su segunda linea, y habrian desamparado quizás á Perpiñan por correr en demanda de posiciones mas sólidas y estables. Aunque Deflers se hubiera afanado por cerrar todos los pasos, siempre quedaban algunos abiertos y practicables sobre su flanco derecho, y la operacion por esta parte no ofrecia obstáculos invencibles.

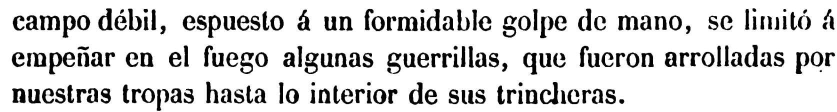
La verdadera dificultad estribaba en la escasez de nuestras fuer-



zas, porque como una operacion tan atrevida solo podia efectuarse con una desmembracion considerable de nuestro campo, la debilidad que resultaba en éste podia inducir al enemigo á un combate sangriento y proporcionarnos una derrota que nos hiciese perder todo el lauro é importancia de aquella inmortal campaña. Pero como la posicion del enemigo era inabordable, renunciando á este pensamiento Ricardos, cifró todos sus conatos en arrancar á Deflers de sus atrincheramientos. El ataque del 16 de julio que tenia este objeto, no fué completamente feliz. El general D. Manuel Cagigal, que llevaba órden de cortar las comunicaciones entre el campo francés y la plaza de Perpiñan, se adelantó con mucha intrepidez y aun hizo oscilar la izquierda enemiga, pero aspirando á introducirse entre ésta y el glasis de la plaza, esperimentó una resistencia tan viva, que tuvo que replegarse en buen órden. Abalanzáronse sobre él algunos destacamentos franceses con varias piezas de artillería, y la posicion de Cagigal era bien crítica, cuando el vigilante Ricardos advirtiendo su peligro, le envió un poderoso refuerzo, que no solo pudo repeler al enemigo, si que tambien arrebatarle algunos cañones que se condujeron á nuestro campo.

La impetuosidad francesa no podia apenas contenerse en los estrechos límites de la defensiva, y acaso el prudente sistema de Deflers hubiera venido á tierra, si este jefe no hubiera sabido dirigir hácia un objeto digno y al parecer fácil, el irreflexivo ardor de sus tropas.

Ya hemos dicho que los españoles formaban el cerco de Coll-Lliure. El general Crespo, que dirigia inmediatamente estas operaciones, habia obtenido algunas ventajas importantes, mas los sitiados conservaban aun el medio de enlazarse con la derecha francesa. Aprovechándose Deflers de esta circunstancia, pensó en dirigirse á Coll-Lliure con un cuerpo escogido, reunirse á la guarnicion, hacer una salida y oprimir á Crespo antes que Ricardos pudiese venir en su auxilio. Postrado Crespo, Ricardos quedaba reducido casi á la mitad de su fuerza activa, y su posicion se hacia estremadamente difícil. El dia 14 de julio estaba destinado para el ataque. Por fortuna Ricardos penetró á tiempo los designios del francés y se desplegó en ademan tan imponente, que el general enemigo, temiendo dejar su



campo débil, espuesto á un formidable golpe de mano, se limitó á empeñar en el fuego algunas guerrillas, que fueron arrolladas por nuestras tropas hasta lo interior de sus trincheras.

Cada paso que daban los españoles, alarmaba vivamente al general francés. Creia fundadamente cometer una grave imprudencia desprendiéndose de sus posiciones, mas al mismo tiempo se llenaba de zozobra é inquietud al observar los progresos lentos pero seguros que hacia Ricardos. En efecto, este jefe elaboraba un proyecto sobre otro para dilatar la esfera de sus operaciones, estrechando la del enemigo. No contento con cubrir con sus álas la posicion de Trullás, mandó á Crespo que se apoderase de Villafranca y su castillo, mientras Adorno aseguraba el lado un poco vulnerable del Conflans. Ambos generales llenaron venturosamente su cometido. Crespo, enseñoreándose de una altura gigantesca, á cuya cúspide llevaron piezas de grueso calibre los vigorosos brazos de nuestros soldados, obtuvo en breve tiempo de la guarnicion intimidada, la entrega de la plaza y su castillo. Adorno barrió con sus fuegos todas las inmediaciones de Conflans, ahuyentando á las partidas francesas, desembarazando despues á Millás de enemigos y sosteniendo en la elevada cresta de Nasiach un choque mas glorioso que sangriento.

Escaramuzas, encuentros y repercusiones mas ó menos violentos sostenian casi diariamente la actividad de los ejércitos enemigos; pero sobre estos esfuerzos aislados del valor ó del orgullo, descuella la combinacion que preparó Ricardos para desencastillar á los franceses de sus posiciones sobre Perpiñan. Tender enérgicamente nuestra línea sobre el Tech, limpiando de enemigos la Cerdaña, era una de las concepciones mas bellas y mas fértiles en resultados. Realizándola dominábamos plenamente en el llano de Rosellon; podiamos interceptar los convoyes enemigos y dejar á Deflers en el aire, únicamente asido á las montañas que rodean á Perpiñan, situacion dificil porque tenia en contra suya el azote del hambre ó un vigoroso movimiento de flanco por parte de los españoles.

Crespo y el marqués de las Amarillas debian llevar á cabo este plan tan luminoso. La mision de Crespo consistia en forzar el puesto de Montalbá y hacer profundo hincapié en la montaña de Monferrall,



precipitando desde la cumbre á los franceses que la ocupaban. La maniobra de Amarillas era mas brillante, pues debia cruzar el Tech entre Soler y San Felioes, y acometer á Lemoine, que con cuatro mil seiscientos hombres custodiaba la estratégica posicion de Cornellá. Mientras el marqués evolucionaba sobre el frente de Cornellá, nuestra caballería habia de situarse sobre la izquierda enemiga, á fin de cortar la retirada á los franceses. El ataque, diferido por un temporal deshecho de aguas, principió al abocarse la noche del 30 de julio. Crespo escaló, con heróico aliento, la escarpada montaña de Monferrall, y despedazando un cuerpo francés á la bayoneta, quedó dueño del Conflans y de la Cerdaña. Amarillas, atravesando el rio, cargó tambien á los franceses con teson inaudito, mas deslució un tanto su gloria la breve resistencia de Lemoine, quien temiendo verse envuelto por nuestros ginetes, abandonó á Cornellá con algunos cañones puestos en batería.

Solo un golpe de atinada energía podia salvar á Deflers en aquellas circunstancias. Los españoles le iban encerrando en un círculo de acero, y para debilitar su ofensiva pensó en hacer una diversion poderosa sobre la orilla del Segre en la frontera de Cataluña. La plaza de Puigcerdá sirve de llave al principado por esta parte y la protegia D. Diego de la Peña con escasas fuerzas. El anciano general Dagobert, que al decir de un historiador célebre, reunió en su persona todo el fuego de la juventud con la esperiencia de la edad madura, se dejó caer impetuosamente sobre la Peña, obligándole despues de un encarnizado choque, á retirarse hácia Urgel con algupérdida de su gente y la de toda su artillería.

Esta retirada nos podia ser muy fatal porque nos privaba en un solo golpe de la Cerdaña, escepto Villafranca, de una plaza importante sobre los lindes del principado y de todo el fruto de las últimas operaciones. Deflers, apreciando bien la importancia de este triunfo empujó sus columnas sobre Oseja y Llibia y esperó comprometer sériamente la retaguardia de Ricardos. En vano este diligente caudillo envió algunas tropas bajo las órdenes de D. Rafal Velasco, para espulsar á los franceses de Oleta, Oseja y Llibia, porque Velasco, despues de haber reportado una ventaja gloriosa sobre el enemigo, fué á su vez cargado por Dagobert, y se vió en la precision de em-

prender su retirada con mucho quebranto y deplorable desórden.

Empero Ricardos no se amilanó con estos reveses. Penetrando el pensamiento de Deflers, conoció que una débil diversion en el Conflans no podia ejercer una influencia poderosa en el porvenir de la campaña si él se obstinaba en aferrarse sobre Perpiñan. Un cálculo tan preciso le indujo á redoblar sus tentativas para completar la conquista del Rosellon. Ahuyentado Deflers de este territorio, Dagobert quedaba irremisiblemente cortado, y el brillo deslumbrador de sus últimas victorias solo serviria para hacer mas ostensibles su derrota y postracion.

Como los franceses solo conservaban el Rosellon, su campamento alrededor de Perpiñan y la posicion de Peyrestortes, Ricardos dispuso flanquear el último de estos puntos y atacar el primero con una violencia irresistible. En los primeros dias de setiembre el ejército español rompe su movimiento desde Thuir, Trullás y Masdeu y marcha á obtener los fines que se le habian prescrito. El marqués de las Amarillas ocupa á Rivesaltes y cubre con sus fuegos al cuerpo español que debia atacar á Peyrestortes.

Los brigadieres Bally é Iturgaray reciben la órden de lanzarse sobre los atrincheramientos de Orlés y Cabestany en que se apoyaba el centro y la derecha de los franceses. Al brillar la aurora del dia 3, rompen sus fuegos Bally é Iturgaray. Las disposiciones tácticas de los jefes compiten con el ardor de los soldados que parecen comprender toda la importancia de esta jornada. Los franceses oponen primero un círculo de fuego y despues un muro de bayonetas á los progresos de las dos columnas. Esta resistencia fué sin embargo inútil. El valor triunfó del valor, y las tropas españolas que atacaban los atrincheramientos de Orlés, se apoderaron de la principal batería, enclavaron los cañones é hicieron muchos prisioneros, entre ellos el general Frecheville. No menos feliz Iturgaray, se precipitó sobre el enemigo, que ocupaba á Cabestany, y despues de una accion muy viva en la que ambas partes sufrieron pérdidas de entidad, los franceses evacuaron su posicion, dejando bastantes prisioneros y algunos cañones.

Este dia hubiera sido completo si se hubiese podido verificar el



ataque de Peyrestortes, porque las álas de Deflers, mutiladas y destrozadas á un tiempo, habrian sufrido mucho antes de hallar nuevos puntos de apoyo.

Desgraciadamente no pudo verificarse hasta el dia 8, y aunque nuestras tropas hicieron prodigios de intrepidez, apoderándose de las baterías y del campo enemigo, los franceses que habian podido procurarse abundantes refrescos, acometieron á los españoles en el siguiente dia con duplicadas fuerzas y les empujaron violentamente hasta su primitiva posicion de Masdeu. Tambien Courten se batia heróicamente en Vernet á la cabeza de cinco mil hombres contra veinte y cuatro mil, que arrojó sobre sus brazos, el general Dagobert. El éxito de una lucha empeñada entre fuerzas tan desiguales, no podia ser dudoso, y sin embargo se sostuvo durante diez y siete horas, recogiéndose en fin los españoles con buen órden y bélico continente, en el campo de Trullás.

Pocos dias despues esperimentamos un fuerte descalabro en el Conflans, perdiendo los puestos avanzados de Vasca y Oletta y la facultad importante de enlazarnos con el destacamento de Monferrall.

Parecia que la fortuna nos habia vuelto el rostro y que debíamos perder por prematuras, las ventajas obtenidas en esta campaña. Repelidos de Peyrestortes, arrojados de Vernet y humillados en Vasca, nuestra izquierda y nuestro centro quedaban reengolfados en la primera línea; nuestra retaguardia se hallaba gravemente comprometida y nuestro flanco derecho colocado en Flecha entre Pontellá y Canoés, podia correr los mayores peligros.

Dagobert, que habia reemplazado á Deflers en el mando en jefe de las tropas francesas, concibió el atrevido proyecto de formar en una sola masa, los dos campos de Salses y Perpiñan, y atacar poderosamente nuestra línea angular de Thuir, Masdeu y Pontellá. Para hacer mas decisiva esta maniobra, un fuerte destacamento francés debia abrazar nuestra retaguardia y correrse despues velozmente por toda la frontera de Cataluña á fin de cortar la retirada de los españoles. No hay duda en que un proyecto tan vasto exigia mucha resolucion y un caudal de fuerzas competente; pero ya hemos dicho que el espíritu enérgico de Dagobert era susceptible de las mas au-

daces empresas, y el gobierno republicano, avergonzándose de haber recibido en el Rosellon duros desaires, cuando en todas las demas fronteras alcanzaba triunfos inauditos, enviaba á aquel punto socorros considerables y frecuentes.

Por el contrario, el gobierno español, aletargándose con una confianza intempestiva, parecia olvidar que en la guerra los reveses siguen generalmente á las felicidades y que la ley de la reaccion, tan absoluta en el mundo físico y moral, lo es mucho mas en las operaciones militares que representan la última energía de las sociedades políticas. Asi es que los refuerzos que enviaba fueron siempre lentos y escasos; Ricardos apenas llegó á tener bajo sus órdenes mas de treinta mil hombres, en tanto que la masa enemiga constaba de cincuenta mil.

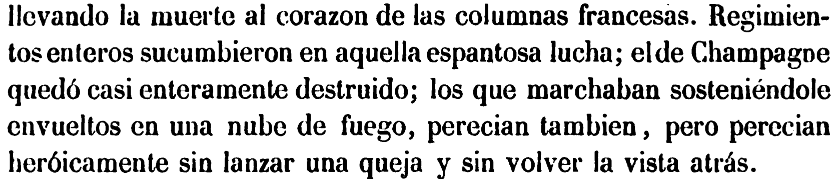
Veinte y cuatro mil franceses dirigidos inmediatamente por el intrépido Dagobert, se presentaron el 22 de setiembre ante la posicion de Thuir que ocupaba la izquierda española. Otra division enemiga maniobraba al propio tiempo para envolver nuestra retaguardia mientras que un cuerpo de cinco mil hombres amenazaba cebarse en nuestra derecha, tendida en las alturas de Reart. Habia llegado el momento en que los franceses pusieran en ejecucion su plan favorito de humillar nuestro frente y cortarnos la retirada.

Ricardos no se dejó fascinar por esta ostentacion de fuerzas enemigas. Despreciando hábilmente las demostraciones sobre Reart y sobre su retaguardia, se apresuró á robustecer la posicion de Thuir, atrincherando algunas de las estremidades de su línea y confiando su custodia al denodado duque de Osuna. Este era en efecto el punto principal del ataque. Los franceses se abalanzaron sobre él con su impetuosidad ordinaria, nuestras tropas inflamadas con la presencia del enemigo, quieren precipitarse en el combate, pero el noble duque las contuvo y permaneció con los brazos cruzados, sin permitirles que dieran dos pasos adelante ni quemaran un solo cebo. Los franceses creen que el terror ha petrificado á nuestras tropas y llegan con sorprendente intrepidez á tiro de pistola de nuestras baterías.

En aquel momento una horrible detonacion turba los aires y parece conmover los profundos senos de la tierra; el fuego de las baterías y de la línea española se habian roto á una misma señal,



llevando la muerte al corazon de las columnas francesas. Regimientos enteros sucumbieron en aquella espantosa lucha; el de Champagne quedó casi enteramente destruido; los que marchaban sosteniéndole envueltos en una nube de fuego, perecian tambien, pero perecian heróicamente sin lanzar una queja y sin volver la vista atrás.



Mientras que los enemigos combatian con teson tan estraordinario el frente de nuestra posicion, otra columna francesa en número de cuatro mil hombres, procuraba estrechar nuestro flanco derecho. Dueños de un reducto y de un pequeño bosque que le cubrian, los enemigos, se adelantan para escalar una eminencia en que se habian recogido algunas tropas españolas, pero el conde de la Union que advierte este movimiento, se precipita al encuentro de los franceses y les provoca á combatir. La intrépida columna hace alto en aquel instante y se dispone á penetrar el cuerpo del conde, sin advertir que su flanco iba á ser abrasado por las baterías de Thuir. Union y Osuna rompen simultáneamente sus fuegos sobre el temerario enemigo, que viéndose estrechado por todas partes, se defiende con las fuerzas infinitas de la desesperacion. No se sabe hasta qué punto la terrible columna hubiera llevado su resistencia ejemplar, si Ricardos no se hubiera lanzado en la pelea á la cabeza de un brillante cuerpo de caballería. El combate se convirtió entonces en horrible carnicería; el suelo estaba cubierto de cadáveres enemigos, en tales términos, que nuestros caballos apenas podian andar; y aquella columna francesa, digna por su firmeza heróica de suerte mas favorable, quedó casi completamente esterminada. Los muy pocos que pudieron salvarse abriéndose paso con la punta de sus bayonetas, debieron deplorar aquel dia, que aunque les colmaba de gloria, acababa con la flor de su ejército.

Dagobert no se habia limitado al ataque de nuestra izquierda. Satisfecho con haber fijado la atencion de Ricardos sobre este punto, dejó perecer algunos millares de sus mejores soldados, arrojó algunas masas sobre nuestra derecha, y fué decididamente á oprimir á Courten que con escasas fuerzas sostenia en Trullás el centro. Esta combinacion, ó mas bien estratagema, no era digna de los talentos del general francés. Dejar incólumes nuestras álas, permitir que Ricardos alcanzara una victoria brillante en la izquierda y hacer él



mismo una prolongada marcha de flanco desde el frente de Thuir hasta Trullás, sin mas aspiracion que la de sorprender nuestro centro, era una maniobra que ofrecia poca generosidad para la columna destrozada en Thuir, mucha complicacion para los demas cuerpos que tenian que caminar rozándose con el fuego de nuestra línea, y sumo peligro, si como era de suponer, Ricardos hacia refluir parte de sus tropas victoriosas en la izquierda, sobre el centro. Aun en el caso poco verosímil que lograra penetrar á Courten, quedando nuestras álas bien afianzadas en su línea, el centro podria reconstituirse muy pronto bajo su proteccion, y Dagobert cortado en el fondo de la Cerdaña, hubiera perdido Perpiñan y acaso la gran línea del Tech.

La briosa resistencia de Courten dió tiempo á Ricardos para concebir y plantear una de las mas felices maniobras. Sacó de la izquierda cuatro regimientos de caballería, y dividiéndolos en dos trozos á las órdenes del baron de Kesel y D. Diego Godoy, encajonó entre ellos todo el cuerpo de los enemigos. No advirtió probablemente Dagobert la rápida evolucion de los nuestros, y se halló de improviso acometido por Courten por su frente y amenazado en sus flancos derecho é izquierdo por la caballería de Kesel y Godoy. Muy pronto coronaron los resultados mas felices estas atinadas disposiciones.

Godoy, desplegándose con suma rapidez y tendiendo enérgicamente su mano á un destacamento de infantería española, rodeó en breves instantes á la izquierda francesa que constaba de tres batallones. El jefe de estos batallones, no pudiendo desenvolverse de la masa que le oprimia y oyendo la intimacion de rendirse que le hacia Godoy, pidió veinte minutos para recibir las últimas órdenes de su general en jefe.

Otorgóle quince Godoy, previniéndole que permaneciese inmóvil, mas Dagobert, que guiaba la retaguardia, se obstinó en salvar á los tres batallones haciendo fuego sobre nosotros.

Inútil fué sin embargo esta tentativa; los generales españoles soportaron heróicamente las descargas enemigas, y los tres batallones rindieron las armas, escepto unos pocos soldados que pretendieron abrirse paso á viva fuerza y que pagaron con la vida su temeridad.



Dagobert, sintiéndose muy débil para sostener el ataque, abandonó el campo de batalla replegándose lentamente sobre las alturas que circuyen á Santa Coloma. Ricardos lanzó al conde de la Union en seguimiento de los franceses, disponiendo que el duque de Montellano fuera sosteniéndole con una fuerte columna; pero Montellano retardó su marcha por los accidentes del terreno, y la Union hubo de limitarse por el momento á buscar una posicion abrigada contra el vivo fuego del enemigo. Esta demora, si no pudo arrebatarnos el triunfo que estaba completamente pronunciado, nos impidió recoger frutos muy abundantes, porque Dagobert, cargado incesantemente, no hubiera podido sostener, con el débil vínculo de la disciplina, á sus tropas desmoralizadas, y la dispersion de estas nos hubiera dejado dueños absolutos de la campaña. Es verdad que la Union, reforzado por Montellano y combinado con Courten, despejó de enemigos todas las alturas inmediatas, pero el golpe principal se habia frustrado y Dagobert retrocedia ordenadamente con el grueso de su ejército en demanda de otra línea mas sólida.

Tal fué la batalla de Trullás, tan gloriosa para el general que la habia dispuesto como para las tropas que la habian realizado, pero que por no haber sido completa, vino á convertirse en estéril efusion de sangre.

Ciertamente las diversas circunstancias de ambos beligerantes, neutralizaban el efecto de nuestras mas brillantes victorias. En tanto que Ricardos consumia sus heróicas tropas en los campos de batalla sin recibir apenas un batallon de refuerzos, confluian en la línea francesa auxilios muy considerables. Asi es que Dagobert, robustecido con un cuerpo de quince mil hombres, se hallaba al dia siguiente de su derrota en disposicion de recobrar la ofensiva. Ricardos podia temer que esta masa de fuerzas enemigas, prolongándose alrededor de sus flancos le pusiera en la situacion mas crítica, y para evitarlo se apresuró á retrogradar sobre las posiciones de Buló y Bellegarde. Dagobert, aprovechándose de esta coyuntura, hizo los mas sérios esfuerzos para penetrar en nuestro campamento de Thuir. Lo consiguió en efecto el dia 26, y no obstante, Ricardos hizo su retirada de la manera mas imponente, conduciendo un numeroso convoy y cien piezas de artillería. Este movimiento retró-



grado, emprendido y consumado bajo los ojos de un enemigo muy superior, valia tanto como una de nuestras mejores victorias.

La posicion del Buló ofrecia grandes ventajas estratégicas. Por ella asegurábamos nuestras comunicaciones con Cataluña, protegíamos el bloqueo de Coll-lliure, Portvendres y Santelmo, garantizábamos la posicion de Bellegarde y dominábamos sólidamente todavía en el ángulo mas fuerte que presentara la línea del Tet y en toda la derecha del Tech. Era imposible haber hecho eleccion mas acertada, porque si bien perdíamos terreno, conservábamos todas las ventajas de la ofensiva. Por otra parte, la situacion topográfica de Buló era escelente, pues nuestro campo estaba protegido al frente por un barranco ancho y profundo, por cuyo fondo deslizaba sus aguas el riachuelo Vallmañá que se une al Tech y cuyos bordes se erizaron de cañones. Algunas pequeñas colinas en forma de anfiteatro se levantan sobre la orilla izquierda del barranco y estaban coronadas de baterías que podian fulminar fuegos cruzados. Nuestro flanco se apoyaba poderosamente en otra cadena de alturas y cubria la carretera de España; el derecho descansaba sobre las orillas del Tech, reclinando su estremidad en otra série de colinas que rodean el pueblo de Montesquieu.

Esta posicion, aunque muy fuerte, no era por desgracia inabordable. Los vicios que se advertian en ella no consistian ciertamente en su estructura táctica y geográfica, sino en la necesidad de cubrir atenciones escesivas para las escasas fuerzas españolas. Nuestra izquierda, precisada á enlazarse con los puestos avanzados sobre el Tet, quedaba muy comprometida, con su flanco descubierto por el lado de las montañas.

Siempre es muy duro á un general sacrificar de un golpe el fruto de largos afanes y heróicos esfuerzos, pero solo los grandes sacrificios revelan las almas de temple privilegiado. Si Ricardos que hasta aqui habia mostrado un carácter y unos talentos sobresalientes, hubiera abandonado completamente la linea del Tet ciñéndose á la del Tech, su actitud vigorosa habria impuesto al enemigo tanto tiempo como necesitaba para recibir los socorros que el gobierno español preparaba con mano indolente, mas prolongándose tanto, quedaba



flaco en muchas partes y escitaba á los franceses para que acometiesen las empresas mas decisivas.

Al rayar el dia 3 de octubre se desplegaron diez y seis mil enemigos delante del campamento español. En los primeros momentos amenazaron briosamente la derecha; pero el previsor Ricardos, que conocia bien que su izquierda era el punto mas vulnerable y el que mas debia llamar la atencion de Dagobert, se apresuró á reforzarla, desdeñando las demostraciones hostiles sobre la derecha. Esta precaucion fué tan oportuna como plausible. Ya los franceses trepaban por una montaña para deslizarse por nuestra izquierda y atacar nuestra retaguardia, cuando el coronel Solano corrió á disputarles el paso. Empeñóse un choque vivo y sangriento, mas los nuestros quedaron finalmente dueños de la altura, y el enemigo, que no habia sido mas feliz en sus demas embates contra la izquierda, se retiró del campo al mismo tiempo que el sol del horizonte.

En el mismo dia que los franceses atacaban el destacamento del Buló, un cuerpo suyo, fuerte de cinco mil hombres, se dirigió contra Camprodon, villa situada casi á la raya de Cataluña. No tenian otro objeto que el de proporcionar á los españoles una diversion sobre su retaguardia, y se lisonjeaban fácilmente con la esperanza de entrar en un pueblo mal murado y sin otra guarnicion que la de los vecinos.

Hicieron estos no obstante una valerosa defensa, y como el general francés, reiterándoles la intimacion de rendirse les exigiese rehenes, contestó con noble entereza el alcalde D. Manuel Gutierrez: «Yo enviaré balas por rehenes y cerraré las puertas de la villa con cadáveres franceses.» La impetuosidad republicana triunfó un momento del valor intrépido pero indisciplinado de los camprodeses; mas como los sitiadores que entraron en la villa se cebasen intempestivamente en el saqueo, los vecinos que la habian evacuado para buscar socorro en las inmediaciones, se precipitaron ardiendo en ira sobre los agresores, espulsáronlos de su villa ignominiosamente y recobraron la posesion de aquellos goces domésticos, cuyo valor no se conoce sino cuando se está á punto de perderlos.

El pensamiento constante de los dos generales enemigos consistia en dominar sin contradiccion la áspera cordillera de los Pirineos

orientales, arrojando á su adversario ó sobre la frontera de Cataluña ó sobre la línea del Tet respectivamente. Dagobert, que se hallaba en estado de continuar la ofensiva, se adhirió á esta idea con una tenacidad asombrosa. No pasaba dia sin que sus tropas molestasen á los españoles con ataques parciales ó con un fuego muy nutrido de artillería. En uno de estos combates (6 de octubre) estuvo á punto de sucumbir el conde de Castrillo, pues acometido por frente y flancos y estenuado por una lucha prolongada, iba ya á rendir las armas, cuando apercibió el socorro que le enviaba Solano. Rehízose entonces con tanta felicidad y brio, que forzó á los franceses, muy superiores en número, á emprender la retirada.

Veinte y cuatro dias de continua alarma y una enfermedad epidémica que devoraba nuestro ejército, deberian haber triunfado aun de la estóica perseverancia española. Creyólo asi el general enemigo Dagobert y se dispuso á dar el golpe de gracia á nuestras valientes y desventuradas tropas. Sin embargo, como si recordase que nuestros soldados eran los descendientes de aquellos héroes que triunfaron en muchos puntos del globo, quiso cubrirse con las sombras de la noche á fin de hacer el ataque mas seguro y decisivo.

El siniestro fulgor de las descargas enemigas anunció el principio del combate á las diez de la noche (14 de octubre.) Los franceses, fieles al plan que habian seguido en otra ocasion, amenazaron simultáneamente la derecha y el centro, pero sus principales conatos los dirigieron contra la izquierda.

Mas no era fácil engañar al sagaz Ricardos, quien en medio de las tinieblas, comprendió los intentos del enemigo y se decidió á robustecer poderosamente su izquierda. Esta era la consecuencia precisa del error que habia cometido Dagobert, renovando el ataque bajo un pensamiento ensayado, comprendido y frustrado anteriormente. Todo general que intente realizar un plan conocido de su adversario, debe fundar únicamente la esperanza de la victoria en el influjo inconstante y falible de la fuerza física.

Al promediar la noche se precipitaron seis mil franceses sobre la llanura, denominada Pla del Rey, sobre la que se estendia buscando el apoyo de las montañas, nuestra estremidad izquierda,

y donde habian colocado los españoles una batería bajo la proteccion de mil quinientos granaderos mandados por el coronel Taranco. Empeñóse allí una lucha horrible en que sobresalieron por igual la obstinacion de los franceses y la noble constancia de los españoles. Siete veces marcharon aquellos al asalto de la batería, y siete veces fueron repelidos por la invencible espada de Taranco. Pero no por eso aflojó el ímpetu de los enemigos, que penetraron por fin en la batería marchando por cima de los muertos y moribundos. El heróico Taranco, falto de municiones, emplea la bayoneta, y esta lucha tremenda y encarnizada se sostiene por ambas partes durante el trascurso de hora y media. El número predomina sobre aquella intrepidez ejemplar, ¡y los valientes granaderos españoles reducidos á seiscientos hombres, tienen aun bastantes fuerzas para efectuar su retirada con serenidad y aplomo!

Pero esta retirada, aunque tan honrosa é indispensable, hacia inútil el heroismo de nuestros soldados. Perdida la izquierda, los enemigos podian envolver la retaguardia de nuestro centro; Dagobert, en el colmo de sus deseos, podia arrojar por aquel portillo masas imponentes, y nos esponíamos á perder en aquella funcion nocturna, no solo el campamento del Buló, sí que tambien todo el porvenir de la campaña. Ricardos lo comprende asi y lanza arrebatadamente en la izquierda una columna de trescientos hombres que acababa de arrancar á Courten. Estas fuerzas, aunque parecieran escasas para alterar la fisonomía del combate, se creyeron sin embargo suficientes para entretener á los franceses mientras llegaban mayores refuerzos del centro ó de la derecha.

Estos trescientos hombres pertenecian al regimiento de guardias walonas, cuerpo muy digno de su gloriosa reputacion, y los mandaba D. Francisco Kraiwinkel, oficial lleno de un valor ardiente y de una pericia consumada. La bizarría del jefe y de los soldados escedió las mas lisonjeras esperanzas de Ricardos. Llegan al pié de las baterías, y aunque muchos caen envueltos en un fuego mortífero, los demas se arrojan con agilidad sorprendente sobre la boca de los cañones; traban cuerpo á cuerpo una lucha con los franceses, y despues de esfuerzos sobrehumanos, obtienen la victoria despeñando al enemigo desde aquella eminencia. Denominóse esta batería en lo su-



cesivo, *batería de la sangre*, lúgubre denominacion que indicaba bien aquel teatro cubierto de cadáveres palpitantes.

Los ataques de la derecha y del centro se redujeron, segun habia previsto perfectamente Ricardos, á un fuego estéril de fusilería, y terminaron con la retirada de los franceses.

Desesperanzado Dagobert de penetrar nuestra izquierda, concibió el audaz proyecto de flanquear la derecha encaminando una division por las sierras de Albarés. Era á la verdad un pensamiento osado que podia tener por consecuencia el cortar á nuestro ejército sus comunicaciones y su línea de retirada, y aconcharnos hambrientos y estenuados sobre los bordes del Tet. Pero tenia dos inconvenientos muy graves; si arrojaba fuerzas considerables á la falda opuesta del Pirineo, dejaba descubierto á Perpiñan y quedaba sin base sólida alguna de operaciones, encajonado entre nuestro ejército y la belicosa Cataluña. Si, por el contrario, intentaba esta diversion con poco caudal de gente, venia á hacerla infructuosa ó quizás funesta para las tropas que la emprendieran. Ningun plan de invasion en nuestro territorio podia llevarse á cabo mientras no se arrollase al ejército español, desencajándole de sus posiciones del Buló. Dagobert optó por aquel último partido y dispuso que un cuerpo poco numeroso se deslizase por entre Bellegarde y el Ampurdan. Este cuerpo pasó impunemente las montañas, saqueó á Cantollops y se dirigió sobre Espollá, pero vino á estrellarse aqui contra la columna de Arias, que en los dias 26 y 28 hizo, defendiéndose y ofendiendo, las mas bellas proezas.

Mal escarmentados los enemigos y reforzados considerablemente hasta el número de diez mil hombres, renovaron el dia 30 su ataque contra Espollá, mas despues de muchas horas de lucha solo obtuvieron un sangriento desengaño, replegándose en desórden sobre el Coll de Banyuls.

El infatigable anhelo de Dagobert por cortarnos la retirada, le hizo ensayar otro ataque sobre el centro español, juzgando atinadamente que si lograba apoderarse de Ceret y de la carretera, podia descoyuntar nuestras alas y arrojarlas en las montañas. Tampoco este ataque tuvo un éxito completo, pero no obstante colocó á los franceses sobre nuestro flanco, permitiéndoles establecer baterías



que enfilaban el puente de Ceret y dificultaban nuestras comunicaciones con el interior por el camino real.

En estas circunstancias Ricardos adoptó una resolucion digna de su genio y de la intrepidéz de sus tropas. Aunque se hallara muy inferior en fuerzas al enemigo, se propuso atacarle en toda la estension de su línea. Ya estaban planteadas todas las disposiciones conducentes al buen resultado de esta audaz empresa, ya los diferentes cuerpos con el arma al brazo esperaban la señal de partir, cuando sobrevino una de esas terribles tempestades que son tan frecuentes en aquel rígido clima y especialmente á la declinacion del otoño. El agua, cayendo á torrentes, arrastró las tiendas, interceptó los caminos, destruyó los puentes y nos dejó en pocas horas sin campamento, sin víveres y sin comunicaciones.

Un golpe frustrado en la guerra, siempre dá al enemigo medios de procurarse una reaccion favorable á sus intentos. Dagobert se aferró mas y mas en el proyecto cardinal de impedirnos la retirada. El reducto que Ricardos habia establecido en Ceret, y cuya posesion envolvia la del camino real, era ahora el blanco de todos sus deseos. Guarnecíalo una division portuguesa mandada por su general Forbes. Atacaron los enemigos el reducto con tanto ardor como fortuna. Los portugueses, olvidando su antigua reputacion, opusieron una resistencia menguada y abandonaron aquel punto cuya pérdida podia acarrear sin embargo la de toda nuestra línea. Felizmente el marqués de la Union, á quien la caida de las aguas y otros obstáculos insuperables habian detenido el dia anterior, se halló en estos momentos críticos cerca de Ceret y en disposicion de abalanzarse sobre el enemigo. El regimiento de Guardias españolas ayudado por algunos otros cuerpos, tuvo el peligroso honor de reconquistar la posicion perdida. Habíanla robustecido los franceses con dos baterías y varios espaldones mas imponentes que sólidos. Nuestros valientes soldados, con sus uniformes empapados en agua, con sus miembros entumecidos por el frio, hambrientos y estenuados por cinco dias de alarma, avanzan no obstante con imponderable intrepidez por medio de la metralla enemiga, trepan por la áspera cima en que se hallaba colocado el reducto, y despedazan el frente enemigo con la punta de sus bayonetas. Los franceses que so-

brevivieron al primer choque, incapaces de resistir á un ataque tan brioso, se derrumbaron por el revés de aquella eminencia y fueron á reunirse con otros cuerpos de la misma nacion, que se adelantaban tarde para sostener el reducto, pero á tiempo para espugnarle de nuevo. Mas el intrépido La Union conoce el valor moral de las primeras ventajas; cae espada en mano sobre los franceses recien-venidos, les arrolla de una en otra posicion, y logra enseñorearse de la ermita de S. Ferriol, punto muy importante porque cubria la carretera y villa de Ceret. Quedaron en poder de los vencedores ocho piezas de artillería y gran cantidad de otros efectos militares, débil recompensa sin embargo si se compara con la brillante conducta que observaron nuestras tropas en esta série de combates.

Desembarazados de enemigos nuestro centro y nuestra izquierda, Ricardos pensó en dilatar la órbita de su derecha por todo el flanco de las montañas. Esta empresa ofrecia sérias dificultades. Los franceses ocupaban, sobre la derecha española, el pueblo de Vilallonga, posicion culminante, cuyo pié ciñen los dos brazos de un rio que va á desembocar en el Tech, y cuya cresta aparecia coronada por cinco baterías. Realizada esta operacion, la izquierda francesa quedaba en el aire y ámpliamente despejadas nuestras comunicaciones con Coll-lliure y Portvendres.

El general Courten, encargado de este ataque, dividió sus tropas en cuatro columnas, que siguiendo rádios convergentes, debian caer sobre la falda de la altura en que está situada Vilallonga. Las columnas, en efecto, avanzan con sigilósa rapidez, llegan al punto que se las habia designado; Courten examina de cerca la posicion enemiga, y dispone un asalto á la bayoneta, furioso y simultáneo por cuatro puntos, contra las baterías enemigas.

El ronco estampido de los cañones que teníamos en Montesquieu anuncia la señal del combate. Era el momento en que desaparecia del horizonte el último crepúsculo del dia (6 de diciembre).

A un tiempo, y como si fuesen impelidos por un torrente de electricidad, las columnas españolas caen, con la cabeza baja, sobre las cinco baterías enemigas.

Fué tan vigoroso el impulso de los nuestros, que los franceses no pudieron hacer mas que una descarga, si bien no por esto aflojó

su resistencia, batiéndose unos y otros con grande encarnizamiento. Espulsados por fin los enemigos de Vilallonga y la Rosa, pronunciaron su retirada en demanda de algunos refuerzos, mas les sorprendió en las llanuras del Tech nuestra caballería y acabó por desorganizarlos, haciéndoles bastantes prisioneros. Treinta y cuatro cañones, tres morteros, un obús y seis pedreros con dos estandartes y un inmenso material de campaña, indemnizaron á los españoles de sus heróicos esfuerzos; pero lo que mas debió lisonjearles y lo que tiene en efecto un valor mas real y permanente, era la ocupacion de Vilallonga, La Rosa y Saint-Genis, pues les proporcionaba el medio de recobrar la ofensiva en toda la estension de la línea.

Ricardos sabe aprovechar estos instantes preciosos, y coloca á Courten en la carrera de nuevos y brillantes triunfos. Apoderarse del Coll de Banyuls, tener, por decirlo asi, en la mano el auxilio que une la gran cadena de los Pirineos orientales y centrales, proteger al Rosellon y al Ampurdan contra cualquiera invasion enemiga, y ponerse en aptitud de dominar las tan anheladas plazas de Collliure y Portvendres era una de las maniobras mas bellas y mas decisivas de esta campaña. El vencedor de Vilallonga recibe la órden de penetrar en Banyuls. Courten rompe su marcha el 12 de diciembre y combina su plan de ataque con tan feliz precision, que diferentes columnas en que habia dividido su cuerpo, coronan en un mismo dia (13) y cuasi á la misma hora, las culminantes posiciones del Coll de Suro, Ballery, Puig de la Calma y Plá de las Eras. Cada una de estas posiciones habia costado un combate, y las asperezas del terreno realzaban aun mas que el denuedo la constancia de nuestros soldados. Privado de la proteccion que le dispensaban estos puntos elevados, el Coll de Banyuls no podia sostenerse, y efectivamente un vigoroso movimiento de la columna Solano, bastó para que los franceses evacuaran á Banyuls, dejando en nuestro poder trescientos de los suyos y veinte y tres piezas de artillería.

Entretanto D. José Iturgaray evolucionaba por la izquierda á fin de enseñorearse de Argelés; los franceses pretendieron disputarle el paso situándose al amparo de un reducto bien artillado, pero dos récios golpes de la caballería española descargados sobre sus dos



flancos, les conmovieron en términos que abandonaron el pueblo y un número considerable de prisioneros.

La conquista de Portvendres y Coll-lliure debia servir de cima y corona á esta célebre campaña. Nunca las circunstancias habian sido mas propicias para emprenderla con vigor, porque despejado nuestro frente de enemigos, aquellas dos plazas quedaban muy mal protegidas. No obstante, tenia aun como antemural las gigantescas rocas de Banyuls-los-Aspres, fuertemente ligadas con atrincheramientos y defendidas por cinco baterías y un grueso destacamento enemigo. Aun despues de vencido este obstáculo mas natural que artificial, quedaba el fuerte de San Telmo que cubre como un escudo á Portvendres por la parte de España, y que estaba regularmente fortificado.

Ricardos no vacila ante estas dificultades, arroja una de sus divisiones con el general Cuesta á la cabeza sobre los desfiladeros de los Aspres, y hace que su derecha, describiendo un semicírculo por las márgenes del Tech, se presente á la vista de Coll-lliure. Este movimiento tan hábilmente preparado tuvo el éxito mas feliz. Las tropas de Cuesta, desplegando una intrepidez sin límites, penetraron el corazon de la montaña, arrollaron á los franceses que la defendian, se apoderaron de sus cañones y fueron á desembocar en la llanura sobre que estaba situada la villa de Portvendres.

Ya hemos dicho que esta villa se halla protegida por el fuerte de San Telmo, cuya artillería contuvo un instante á los españoles, mas rehaciéndose estos, cruzan por entre una nube de fuego, y vienen á las manos con los franceses que defendian á Portvendres. Aquel ataque fué terrible, y de una y otra parte mordieron el polvo muchos combatientes, mas los franceses, viendo su flanco amenazado por otra columna que habia descendido de la montaña de la Vigia, se pronunciaron en rápida retirada abandonándonos en una misma hora la villa y la victoria. Pero el cañon de San Telmo continuaba tronando sobre nuestra retaguardia y era muy peligroso dejar al enemigo este punto de apoyo donde podia reponerse y revindicar la ofensiva. El fuerte se halla establecido sobre un peñasco casi tajado, y cuyo acceso es estremadamente dificil.



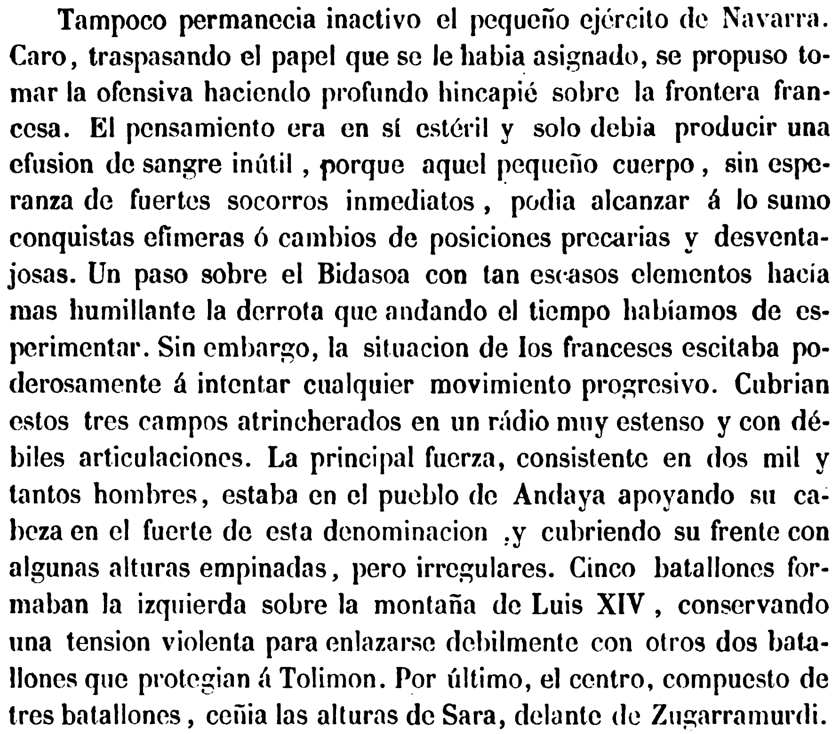
Cuesta, conociendo la fatiga de sus tropas, queria diferir el ataque de San Telmo; mas el ardor de los soldados prevaleció sobre la prudencia del general; escalan el peñasco, se precipitan en el glasis y se aprestan á romper la cadena del puente levadizo. La principal defensa de San Telmo se cifraba en la artillería, y desde el instante en que los intrépidos españoles se colocaron bajo sus fuegos, la guarnicion despavorida vino á quedar prisionera de guerra. Aunque briosa, no fué mas prolongada la resistencia de Coll-lliure, en cuya plaza y fuertes adyacentes hallaron los españoles ochenta y ocho cañones de diferentes calibres, gran porcion de efectos militares y algunas barcas ancladas en aquel puerto que se reputaba como el mejor de la costa.

Todavía adquirió Ricardos los últimos laureles en un furioso ataque que dió á la derecha enemiga, y que acreditando mas y mas nuestra superioridad, sirvió para que conservásemos íntegra la última línea avanzada de operaciones.

Tal fué el éxito de esta campaña, una de las que deben figurar mas honoríficamente en nuestra historia. La rara inteligencia, la vasta comprension, la actividad infatigable y el heróico carácter de Ricardos elevan á este jefe á la esfera de nuestros grandes capitanes, y su nombre ha llegado hasta nosotros rodeado con una aureola de gloria. Sin duda cometió una falta estratégica, no reconcentrándose tan fuertemente como debiera sobre el Buló, pero supo repararla despues como gran táctico, y sus últimas conquistas de Portvendres y Coll-lliure, forman su mejor apología. Cúpole la satisfaccion de no envainar su espada hasta haber limpiado de enemigos todas las cumbres de los Pirineos orientales. Si no reconquistó á Perpiñan como deseaba nuestro gobierno, hizo mucho mas de lo que este gobierno podia y debia exigir. Si bajo un plan vicioso y con mezquinos elementos obtuvimos estos resultados, ¿qué no hubiéramos podido esperar combinando la luz de la ciencia con fuertes recursos materiales?

La conducta de nuestras tropas en aquella breve campaña, hace recordar la eterna máxima, que los pueblos que tienen gloriosos precedentes históricos, siempre son grandes en los momentos de un peligro supremo.





Tampoco permanecia inactivo el pequeño ejército de Navarra. Caro, traspasando el papel que se le habia asignado, se propuso tomar la ofensiva haciendo profundo hincapié sobre la frontera francesa. El pensamiento era en sí estéril y solo debia producir una efusion de sangre inútil, porque aquel pequeño cuerpo, sin esperanza de fuertes socorros inmediatos, podia alcanzar á lo sumo conquistas efimeras ó cambios de posiciones precarias y desventajosas. Un paso sobre el Bidasoa con tan escasos elementos hacía mas humillante la derrota que andando el tiempo habíamos de esperimentar. Sin embargo, la situacion de los franceses escitaba poderosamente á intentar cualquier movimiento progresivo. Cubrian estos tres campos atrincherados en un rádio muy estenso y con débiles articulaciones. La principal fuerza, consistente en dos mil y tantos hombres, estaba en el pueblo de Andaya apoyando su cabeza en el fuerte de esta denominacion ,y cubriendo su frente con algunas alturas empinadas, pero irregulares. Cinco batallones formaban la izquierda sobre la montaña de Luis XIV, conservando una tension violenta para enlazarse debilmente con otros dos batallones que protegian á Tolimon. Por último, el centro, compuesto de tres batallones, ceñia las alturas de Sara, delante de Zugarramurdi.

Esta posicion era muy poco segura. Caro, á la cabeza de tres ó cuatro mil hombres podia cortar con su espada una de estas álas, y el resto de la línea caia por sí mismo, sin necesidad de un nuevo esfuerzo. El general español quiso realizar este proyecto el dia 30 de abril, pero dándole una latitud indebida. Nuestras tropas cruzaron animosamente el Bidasoa, y en vez de cebarse en una estremidad de la línea enemiga, anunciaron desde el principio un ataque general contra ella. No obstante, reconociendo oportunamente su error, Caro se lanza con el nervio de su infantería sobre la montaña de Luis XIV y se apodera de ella, sacrificando ó precipitando en la fuga á los franceses que la defendian. Acudió el general Regnier para sostener á los suyos con la voz y el ejemplo, pero fué herido, alcanzando igual infáusta suerte algunos oficiales que le acompañaban. En aquel dia habrian perdido los franceses su línea avanzada, si Caro redoblando los primeros y enérgicos

golpes se hubiera circunscripto á la posesion absoluta de la montaña de Luis XIV, mas decidiéndose á continuar su movimiento arrollador con mas intrepidez que prudencia, atrajo sobre sí al enemigo reorganizado, empeñándose un choque sangriento cuyo desenlace puso á los españoles en la precision de repasar concertadamente el Bidasoa.

Era, pues, no la fuerza del enemigo, sino la fuerza de las posiciones la que contribuia á sostener este rio como línea divisoria entre ambos ejércitos. Caro, obstinándose en no comprenderlo así, dispuso otro ataque contra el campo de Sara en la alborada de 30 de abril. Esta operacion, aunque infecunda para el porvenir de la campaña, estaba perfectamente concebida. Nuestras tropas, divididas en dos columnas, debian avanzar por los valles de Lesaca y Vera, líneas paralelas que confluian ambas sobre los flancos del campamento francés.

Desembocando simultáneamente sobre Sara, nuestras tropas debian comprimir al enemigo como entre dos brazos de fuego; mas la columna de Lesaca, retardada por obstáculos imprevistos, no pudo llegar al sitio del combate en el punto y hora convenidos. No obstante, la columna que avanzaba por la áspera garganta de Vera, dirigida por el mismo Caro, llega frente á los atrincheramientos franceses, se estiende en dos álas bajo las órdenes del marqués de la Romana y conde de Cifuentes, y se precipita con valor incomparable sobre la trinchera enemiga. En vano el francés Latour d'Auvergne fulmina contra ella un fuego horrible á quema ropa; la intrépida columna no receja un instante, y se arroja cual ola desbordada, en los primeros atrincheramientos. Los franceses se sostienen en las obras interiores y la accion hubiera sido larga y sangrienta sin el arribo de la columna de Lesaca. A su vista los franceses huyen en el mayor desórden; los españoles saquean su campo, apoderándose de seis piezas de artillería, algunos enseres preciosos y gran cantidad de municiones. Tal fué el único fruto de esta victoria, porque como toda posicion sobre la derecha del Bidasoa era aventurada para nosotros, Caro se recogió con sus tropas en la línea primitiva.

La noble imprudencia de guerrear escitaba siempre á los ardientes españoles, empeñándoles en consumirse con estériles esfuer-

zos. Mil qninientos hombres se lanzaron de improviso sobre Val-Cárlos; echaron violentamente á los pocos franceses que habia en él, y se mantuvieron, con estraña imprevision, en este punto insostenible. Cargó al poco tiempo sobre ellos un cuerpo enemigo; el ataque fué vigoroso y bien dirigido; la resistencia sobresalió por el brio y tenacidad que desplegaron los nuestros, mas no pudieron conservar aquel punto destacado de toda base sólida de operaciones.

Las escaramuzas eran diarias entre los puestos avanzados, pero esto no podia satisfacer la ardiente sed de gloria que tenia el infatigable Caro. El dia 3 de junio mueve su pequeño ejército para atacar la fábrica de fundicion que poseian los franceses en Baygorry. El general enemigo La Genetiere, que mandaba en aquel estremo de la línea, habia tomado la precaucion de destacar al capitan Lamarque con cien hombres, procurando establecerle de una manera sólida y permanente sobre la altura de Araca. A la verdad las ventajas de la posicion suplian el defecto del número, porque la de Araca, elevándose como la cabeza de un gigante, presenta un acceso estremadamente dificil. Pero nada de esto arredra á los impetuosos españoles y llegan al pié de la roca, trepan por ella con agilidad sorprendente; Lamarque quiere defenderse hasta quemar el último cartucho, pero una bala le arrebata la vida é introduce el desaliento entre sus soldados. Dueños de Araca los españoles, podian precipitarse como una águila sobre su presa, en los valles de Baygorry é Iranchaca, y aterrar á los destacamentos franceses esparcidos por ellos sin vínculo alguno sólido.

Desgraciadamente dejaron perder un tiempo precioso, y cuando descendieron para consumar su victoria, ya los franceses se habian replegado.

Los nuestros se enseñorean por fin del valle, y entregan á las llamas la magnífica fábrica de fundicion. Aquel fuego parece penetrar en el corazon del enemigo que intenta renovar el combate, derramando sus guerrillas por las inmediaciones. Este género de pelea era tan favorable á los franceses como perjudicial á los nuestros, porque ocultos los primeros con las rocas y demas accidentes del terreno, disparaban á su salvo sobre nuestras columnas. Compren-



dió oportunamente Caro que toda tentativa séria contra un enemigo movible seria tan infructuosa como sangrienta, y asi dispuso su retirada, llevándose como trofeos de este dia, gran cantidad de armas que se hallaron en la fábrica.

Mal satisfecho todavía el general español, con este suceso, resolvió obtener otro mas decisivo y brillante.

Envueltos en una niebla húmeda y espesa, los españoles se adelantan (6 de junio) hasta las avanzadas enemigas, y anuncian su llegada con una descarga general. La lobreguéz de la atmósfera y lo escabroso del terreno impedian dirigir con tino aquella operacion arriesgada, circunstancias las dos que movieron á Caro á replegarse sobre la montaña de Mendibelza, cubierto su frente con un pequeño parapeto coronado por seis piezas de artillería.

La Genetiere lanza entonces sobre nuestra posicion una nutrida columna mandada por el capitan Moncey, que ya empezaba á distinguirse y que en efecto dió en esta ocasion pruebas de una intrepidéz y habilidad sobresalientes. Moncey ciñe con una banda de diestros tiradores nuestras baterías, amaga un ataque simultáneo contra los flancos, y es tan felíz que logra al cabo de poco tiempo apagar el fuego de nuestras baterías, habiendo muerto ó herido préviamente á todos los artilleros. No se sabe cuál hubiera sido el resultado de esta tentativa audáz, si el sol rompiendo con sus rutilantes albores aquella densa neblina, no hubiera permitido á los atónitos españoles ver y contemplar el corto número de sus enemigos. La reaccion de todo sentimiento débil produce en los pechos esforzados un valor temerario; los españoles, avergonzándose de su pasada sorpresa, se arrojan sobre los franceses con ímpetu irresistible, los precipitan en el fondo de una garganta, y estendiendo entonces enérgicamente sus álas, procuran envolverlos y postrarlos sobre aquel sitio. Los franceses, sintiendo este peligro, se abandonan á una fuga vergonzosa; solo un regimiento de granaderos sostuvo con brio heróico el honor de su nacion, pero esta resistencia les fué tan inútil como funesta, porque los españoles rodearon su flanco derecho y le despedazaron con una terrible carga á la bayoneta. Restábales apoderarse del castillo, principal objeto del combate, lo cual era dificil por la escabrosidad del terreno y la eleva-



cion de la montaña sobre la que aquel fuerte se halla construido. Los ardientes españoles no vacilan ante estos obstáculos, y marchan á la espugnacion de la montaña con el arma al brazo y el rostro imperturbable. Infundíales grande aliento la presencia de Caro, que atormentado por los crueles dolores de la gota, montó á caballo sin embargo y permaneció en medio del fuego enemigo, dictando sus órdenes con la misma serenidad que en un dia de parada. Castel-Pignon cayó en nuestro poder despues de breve resistencia y los franceses buscaron un asilo en las gruesas columnas de su reserva.

Coronaba ésta las alturas de Orison, bajo las órdenes del general La Genetiere. Pero la formidable columna española avanza siempre despreciando un fuego mortífero; La Genetiere intenta detenerla oponiendo un muro de bayonetas, mas los nuestros flanquean la reserva enemiga, la desordenan y hacen á La Genetiere prisionero. La vida de este valiente jefe corrió el mayor peligro, porque uno de nuestros granaderos le amenazó de cerca con su fusil. Por fortuna suya advirtó este riesgo el capitan D. Francisco Vazquez, y arrojándose á cubrir con su cuerpo á un enemigo valeroso y desgraciado, recibió en su ropa la bala que estaba destinada al general francés.

Rasgos semejantes no necesitan comentarios; pueden constituir por sí solos la apoteosis de una época y el orgullo de la nacion.

Se creia terminado el combàte, cuando sobrevino súbitamente desde el Bastan, un buen cuerpo de tropas francesas. Renovóse la pelea, mas fué de breve duracion, porque muerto el general enemigo Desolime y desalentados los suyos, hubieron de recogerse precipitadamente bajo el cañon de San Juan de Pié del Puerto.

Este combate de Castel-Pignon nos fué singularmente glorioso y puso en muy alto relieve los talentos tácticos del general Caro y el valor inestinguible de las tropas españolas. Pero las consecuencias fueron las que necesariamente debian ser, porque vencedores ó vencidos no podíamos sino en el colmo de la temeridad sostenernos sobre el territorio enemigo. Evacuóse pues á Castel-Pignon, y los españoles volvieron á sus líneas, si bien Caro, para dar una



prueba de su ascendiente, estableció al otro lado de la frontera francesa algunos puestos avanzados.

No pudo tolerar el orgullo francés que los nuestros hollasen el territorio republicano, y mucho menos que conservando su imponente actitud sobre la derecha del Bidasoa, se halláran en disposicion de insultar hasta á los muros de San Juan de Luz. Resueltos á espulsarnos de estas posiciones, los franceses prepararon un ataque general para el 22 de junio. Su plan, bien concebido, se realizó con ardiente intrepidéz. Seis mil ochocientos hombres divididos en cinco columnas, se arrojaron sobre nuestros puestos avanzados, mientras que otra columna pugnaba por abrir la estrecha garganta del Bastan.

Si esta combinacion hubiera llegado á verificarse, nuestras dos álas hubieran caido en la postracion desprendidas de su centro, y Caro habria perdido no solo sus puestos avanzados, sí que tambien su primitiva línea de operaciones.

No fué feliz para los agresores el primer combate. La columna que se cebó en nuestro estremo izquierdo, hubo de retirarse con pérdida; las otras cuatro que desembocaron simultáneamente en el valle del Roncal, vieron con sorpresa las cumbres de las montañas que rodean el puerto de Izaba coronadas por los intrépidos roncaleses, á quienes habia electrizado mas que la idea del peligro propio, el pundonor nacional. Dueños los franceses del pico de Giumbaleta á costa de inauditos esfuerzos, resolvieron escalar el puerto de Urdaite, custodiado por un pequeño cuerpo de tropas y algunos paisanos. La idea era buena, porque esta posicion central mandaba á las otras que ocupaban los españoles. El comandante de este puesto tuvo en aquel instante una feliz inspiracion, pues en vez de obstinarse en reconcentrar todas sus fuerzas sobre un terreno accidentado y fácil de flanquear, se propuso aturdir á los agresores, descargando un golpe furioso sobre su retaguardia. Al efecto, dejando en Urdaite la tropa de línea, se pone á la cabeza de los roncaleses, trepa con ellos por la escarpadísima falda del Giumbaleta, y aunque los franceses hicieron un nutrido fuego, logra lanzarles de este punto importante, persiguiéndolos hasta Santa Engracia. La columna enemiga que habia



marchado sobre Urdaite sintiendo sobre su espalda las bayonetas españolas, tuvo que replegarse con suma celeridad.

Algunos prisioneros, varios efectos militares y muchos ganados que recogieron los roncaleses en Santa Engracia, fueron el fruto de esta accion doblemente venturosa, porque apenas nos costó una gota de sangre.

Entretanto la division enemiga que marchó contra nuestra derecha, habia cruzado bajo las sombras de la noche el puerto de Ispeguy, llegando antes de brillar el dia á nuestra posicion de San Gregorio. La oscuridad, la lluvia y el valor impetuoso del enemigo valieron á este la conquista momentánea de San Gregorio, mas reponiéndose los españoles, recobraron su posicion, precipitando en la fuga al enemigo.

Todavía intentó éste introducirse á viva fuerza en los valles del Roncal y Bastan. La defensa heróica que hicieron los habitantes del primero (27 de junio) disputando las mujeres á los hombres el puesto del honor y peligro, y la tenaz oposicion que hicieron en el segundo algunos cuerpos de línea, debieron persuadir á los franceses que sin nuevos y poderosos elementos no les era posible recobrar la ofensiva.

Pero el amor propio de las naciones, como el de los individuos, se plega pocas veces bajo los golpes de la esperiencia. Sabian los franceses que sus ejércitos reportaban triunfos inauditos en el norte, comparábanlos con sus desastres sobre el Pirineo, y este paralelo les irritaba hasta el punto de provocar choques innecesarios y sangrientos, mas con el deseo de satisfacer su valor, que con la esperanza de adelantar sus líneas.

Un puente que estableció Caro sobre el Bidasoa para conservar vivas y perennes las comunicaciones de su izquierda con los puestos avanzados, fué causa de un nuevo combate. Querían los franceses romper á todo trance estas comunicaciones, pero el ataque del puente era muy dificil, porque estaba bajo la proteccion de una poderosa batería. Un ataque de flanco ofrecia menos dificultades, porque se podia ir costeando el rio hasta dar frente á Biriatu y atacar con energía este punto, llave de nuestra estremidad izquierda.



Latour d' Auvergne, oficial muy distinguido por otras acciones brillantes, fué el encargado de realizar esta á la cabeza de una fuerte columna. Débil era por su número, aunque sobresaliente por su denuedo, la guarnicion española que cubria á Biriatu.

Componíale un pequeño destacamento de tropas de línea y una compañía de contrabandistas, quienes por un rasgo sin ejemplo en la historia, se habian ofrecido á sacrificar noblemente en aras de la nacion, una existencia criminal y aventurera. Latour se lanzó al combate con un valor que rayaba en temeridad, pero fué dos veces rechazado, y hubiera esperimentado una derrota completa sin el refuerzo que recibió oportunamente. Ardiendo de corage se precipitan por tercera vez los franceses sobre Biriatu, y los españoles, debilitados, por primera vez retroceden y van á buscar un refugio en la iglesia aspillerada de aquella villa. Latour insiste en completar su victoria apoderándose de este último atrincheramiento; mas solo consigue desmembrar su brillante columna bajo el mortífero fuego que hacian los españoles.

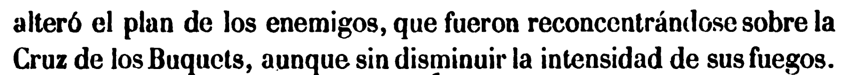
La noche separa á los combatientes, y al despuntar los primeros albores del dia inmediato, se renueva la lucha con mayor encarnizamiento y los mismos resultados. El francés se retira finalmente, admirando la resistencia heróica de los españoles.

El éxito de este combate hizo concebir á Caro una alta idea de aquella posicion; fortificó pues esmeradamente á Biriatu, y dejó en su guardia un fuerte destacamento bajo las órdenes del marqués de la Romana, su sobrino.

Parecia que despues de estos sucesos los dos beligerantes, conociendo la inutilidad de sus sangrientos choques, se habrian limitado á una defensiva recíproca, pero no fué así; los franceses daban una importancia exagerada al puesto de Biriatu y se empeñaron en arrebatárnosle por medio de un ataque general contra toda la línea española. Al brillar la aurora del 29 de agosto, los enemigos coronaron las culminantes alturas de Andaya, estendiendo su movimiento oblícuo hácia Biriatu.

Comprendió al momento Caro que este era el verdadero punto objetivo de aquella operacion, y se apresuró á reforzarle con algunos destacamentos de granaderos. Esta precaucion tan oportuna





alteró el plan de los enemigos, que fueron reconcentrándose sobre la Cruz de los Buquets, aunque sin disminuir la intensidad de sus fuegos.

En estas circunstancias Caro adopta una resolucion digna de su intrepidez; baja á paso de gigante la altura de Biriatu, se lanza con ímpetu imponderable sobre la de Buquets, y espulsa de ella á los franceses, dando una brillante carga á la bayoneta.

El enemigo no se amilana con este revés; vuelto en sí, intenta recobrar la posicion perdida, y aquella eminencia se convierte pronto en teatro de una sangrienta lucha. Dos veces la recobraron los franceses, y otras tantas la ocuparon los españoles, pero en la última se establecieron tan sólidamente que todos los esfuerzos del enemigo se estrellaron en la inquebrantable firmeza de nuestros soldados. Ni permitió Caro que el enemigo se retirase con tranquilidad, pues arrojó sobre su retaguardia por la derecha del Rhun, un buen cuerpo de tropas, dirigido por el marqués de la Romana, que fué incendiando á su paso todas las casas que encontró, y que servian de abrigo á los franceses para molestar nuestra línea.

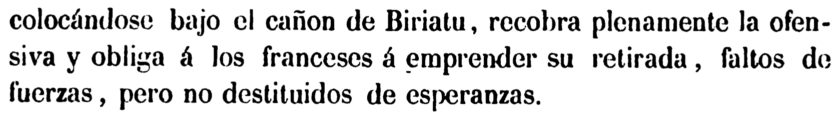
No fué mas afortunado el enemigo en otra tentativa vigorosa que hizo (7 de setiembre) sobre nuestra derecha, pues reforzados oportunamente los puertos de Urdax y Zugarramurdi, pudimos conservar con poca efusion de sangre aquellos puestos que nada servian para nuestra utilidad, pero que lisonjeaban por lo menos nuestra vanagloria.

Nuevos y abundantes refrescos que entraron en la línea francesa, pusieron á Caro en precision de replegarse sobre la izquierda del Bidasoa, evacuando los puestos de la montaña de Luis XIV y la Cruz de los Buquets, si bien sostuvo tenazmente la posicion de Biriatu.

Todas las operaciones de los franceses por esta parte en el resto de la campaña, tuvieron por objeto apoderarse de Biriatu.

Faltó poco para que realizaran sus deseos el 20 de noviembre, pues lograron enseñorearse de la punta del Diamante y cubrir á Biriatu con el fuego de sus baterías. El marqués de la Romana defendió el terreno palmo á palmo, pero oprimido por fuerzas muy superiores iba ya á sucumbir cuando recibió un socorro muy considerable. Entonces cambia la fisonomía de la accion; la Romana,





colocándose bajo el cañon de Biriatu, recobra plenamente la ofensiva y obliga á los franceses á emprender su retirada, faltos de fuerzas, pero no destituidos de esperanzas.

Mientras ocurrian estos suceses en la izquierda de nuestra línea, se peleaba tambien con redoblado furor, en el valle del Bastan y en los Alduides.

D. Antonio Filanghieri, noble napolitano, hijo adoptivo de nuestra patria, recibió á los franceses con serenidad imperturbable, y abrasando su frente y costado con un fuego superiormente dirigido, les hizo desistir de su empresa y replegarse en buen órden. Mas esta ventaja no completaba los deseos de Filanghieri, quien se lanzó en pos del enemigo, sin abandonarle hasta muy dentro del territorio francés, incendiando y talando cuanto encontraba á su paso. Nunca la actividad es infecunda en buenos resultados. Sirvió la de Filanghieri en estas circunstancias para arrancar á los franceses del puerto de Ispeguy, cuyo ataque sostenian con valerosa tenacidad, si bien encontraron allí soldados émulos de su gloria, en los pocos españoles que le guarnecian.

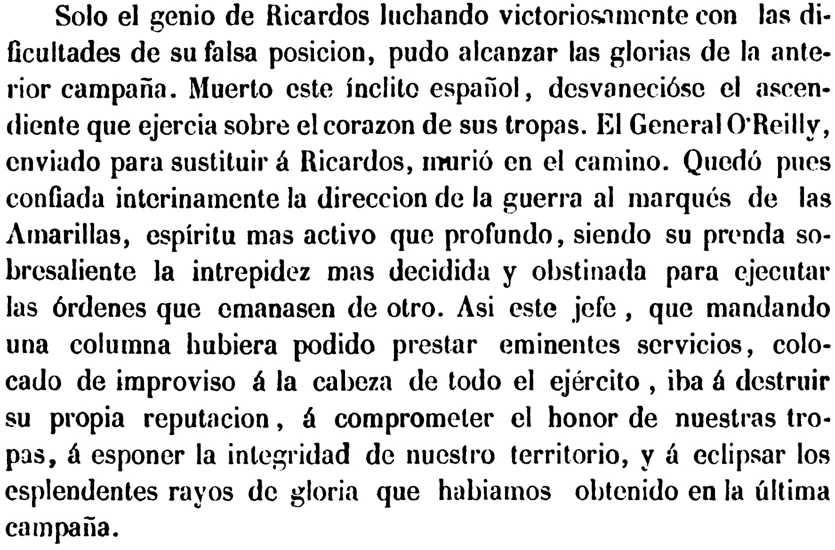
Asi terminaba en las fronteras de Navarra y Guipúzcoa una campaña emprendida con ténues medios y bajo un plan evidentemente vicioso.

El ardor belicoso de ambas naciones beligerantes, y el acrisolado celo de los generales enemigos, produjeron esos choques sangrientos y violentas repercusiones que no podian ejercer influencia alguna sobre la suerte de la guerra. La ofensiva por este lado ya hemos dicho que era mas geográfica, mas política é inmensamente mas útil que por el Rosellon. Pero intentar una invasion séria en un pais como la Francia al frente de ocho mil hombres de tropas regulares, solo podia caber en los límites del deseo mas temerario.

Por lo demas, como en una guerra de esta clase la victoria moral debia reputarse como muy preferible á la victoria física, podíamos augurar, aun en los términos de la imparcialidad mas severa, que el triunfo correspondia á nuestras armas, y que la fiereza republicana habia reconocido el belicoso temple de la nacion española (1).

(1) No obstante hallarse tan al alcance de la memoria los acontecimientos que





Solo el genio de Ricardos luchando victoriosamente con las dificultades de su falsa posicion, pudo alcanzar las glorias de la anterior campaña. Muerto este ínclito español, desvanecióse el ascendiente que ejercia sobre el corazon de sus tropas. El General O'Reilly, enviado para sustituir á Ricardos, murió en el camino. Quedó pues confiada interinamente la direccion de la guerra al marqués de las Amarillas, espíritu mas activo que profundo, siendo su prenda sobresaliente la intrepidez mas decidida y obstinada para ejecutar las órdenes que emanasen de otro. Asi este jefe, que mandando una columna hubiera podido prestar eminentes servicios, colocado de improviso á la cabeza de todo el ejército, iba á destruir su propia reputacion, á comprometer el honor de nuestras tropas, á esponer la integridad de nuestro territorio, y á eclipsar los esplendentes rayos de gloria que habiamos obtenido en la última campaña.

El marqués cometió desde luego un error que fué, andando el tiempo, abundante gérmen de calamidades. Bien consistiera en su irresolucion característica, bien en el concepto que se hubiera formado acerca de la interinidad de su mando, lo cierto es que se ciñó estrictamente á la defensa de su línea. No podia haber adoptado determinacion mas opuesta á los buenos principios. El beligerante que renuncie á la ofensiva, debiendo continuarla, se confiesa vencido moralmente. Alentado por esta inaccion injustificable de los españoles, Dagobert renovó con mayores brios y éxito mas favorable,

ocurrieron en esta campaña, es muy dificil observar su verdadero mérito al través de as divergencias en que incurren los historiadores. Las dos obras que pueden inspirar mas confianza y que indudablemente suministran luminosos detalles son la que lleva por título, *Conquistas, Victorias y reveses de los franceses*, y la *Historia de la Guerra entre Francia y España durante la Revolucion Francesa*, escrita por *Marsillac*. Por desgracia no existe en ambas aquella consecuencia que fuera de desear, si bien es cierto que las variantes mas notables afectan mas á la forma que á la esencia de los sucesos. La diferencia mas sensible se advierte en el órden cronológico. Hemos desplegado suma vigilancia á fin de purificar estas dudas en el crisol seguro de la contradiccion, valiéndonos de algunos manuscritos, y sobre todo de algunos documentos oficiales que se publicaban entonces en ambos paises. Quizás esta circunstancia ha debilitado en la narracion la fuerza sintética tan conveniente para aumentar el atractivo de los acontecimientos, pero no desconfiamos de haber obtenido la exactitud, noble y privilegiado fin de la Historia.

su pensamiento de procurarnos una diversion poderosa en el fondo de Cataluña, comprometiendo al propio tiempo nuestra retaguardia. Dos divisiones enemigas, fuerte la primera de ocho mil hombres, y la segunda de tres mil, cayeron (8 de abril de 1794) sobre los puestos de Montellá y Llers, que habiamos guarnecido y fortificado con mucho menos esmero que el que su importancia merecia.

Los franceses espugnaron los dos puestos, arrojaron sus guarniciones sobre la Seo de Urgel y avanzaron denodadamente hácia este punto que era el verdadero objetivo de su operacion.

Cubríale con fuerzas poco competentes el conde de S.t Hilaire, quien no atreviéndose á sostener, en posiciones mal enlazadas, el choque de los enemigos, reconcentró sus tropas en Castell-Cuitat, ciñendo su frente con el rio Balira.

De este modo, casi sin disparar un tiro, perdimos una ciudad importante, una línea de agua bastante estratégica como el Segre, y toda la proteccion que hubiera podido tener nuestro flanco derecho por aquella. No obstante, se sostuvo intrépidamente S.t Hilaire en sus nuevas posiciones, y la firmeza de este jefe contribuyó eficazmente á neutralizar las ventajas que por primera vez habia reportado el enemigo.

Pero la tímida actitud del general español sugirió á Dagobert nuevas y atrevidas maniobras. Resolvió el caudillo republicano desalojar á nuestra estremidad derecha que se apoyaba en Palau del Vidre, y dió principio á su ataque al promediar el dia 18 de abril. Sin embargo, fuese efecto de su arrebato, ó bien de una altiva confianza en la circunspeccion de las Amarillas, la verdad es que Dagobert nutrió todas sus columnas de ataque á espensas del centro que era justamente el punto mas saliente y mas vulnerable, y cuya ocupacion importaba mas á los españoles que toda la línea francesa. Desgraciadamente el marqués no tendió su vista mas allá de la órbita en que quería fijarla el enemigo, y en vez de arrojar una masa imponente sobre Bunols se limitó á enviar algunos refuerzos á su derecha. Consistian estos en mil cuatrocientos caballos y algunos infantes dirigidos por el marqués de las Torres. Mas este jefe, encontrándose á su paso una columna francesa, intentó penetrarla animosamente; la fortuna no correspondió á sus valerosos esfuerzos; Torres perdió la vida



en el combate y el brigadier Donadío pudo, aunque con mucho trabajo, abrigarse de una posicion ventajosa y desde ella hacer concertadamente su retirada sobre el Buló. Los cuatrocientos españoles que protegian el Palau, desplegaron un brio inutil contra el enemigo que les triplicaba en número; perdióse aquella posicion interesante y nuestra ala derecha quedó desbordada. Dióse á este choque el pomposo título de batalla de Palau; no lo fué ni en cuanto al desarrollo de las fuerzas combatientes, ni en cuanto á la complicacion de las maniobras, pero sí en cuanto á sus consecuencias, porque los franceses adquirieron una superioridad decidida sobre nuestro flanco derecho, y avanzaron su línea hasta el punto de poder oprimirnos.

Una campaña inaugurada bajo tan infáustos auspicios, prometia crueles reveses. El gobierno español, atribuyendo las primeras desgracias á la poca ideonidad del marqués, le quitó el mando, confiriéndosele seguidamente al conde de la Union.

No era el nuevo general tan poco apto para sobrellevar la brillante y pesada carga que se le habia impuesto. A la verdad, el temple de su carácter era muy superior al de las Amarillas; audáz, valiente, activo como pocos, muy celoso de su honra, y mas todavia de la gloria de su pais, el conde de la Union hubiera podido figurar en alta esfera si las prendas del corazon fuesen las principales que deben concurrir en un general en jefe. Sus talentos empero no estaban al nivel de sus atributos morales. Faltábanle esa vista intelectual que penetra en el alma del enemigo, se apodera de sus planes y combina medios para destruirlos; ese vigor sintético, privilegio del verdadero genio, que sujeta las circunstancias mas difíciles á la voluntad de un hombre, y aun esa firmeza estóica que lucha frente á frente con la desgracia sin otorgarle nunca mas que aquellas concesiones absolutamente indispensables. Como todas las organizaciones muy impresionables, la suya se abatia con la misma facilidad que se inflamaba. Jefe de detall, anhelaba verlo todo, imprimir á las operaciones mas pequeñas el sello de su presencia, y estas funciones subalternas que jamás corresponden á un general en jefe, le hacian perder un tiempo precioso. Ademas, las condiciones puramente esteriores que rodeaban al conde de la Union no le eran favorables. Su promocion súbita habia escitado en algunos jefes españoles rivalidades poco dignas;



de modo que la fuerza moral, elemento constitutivo del mando, venia á debilitarse en su persona. Relativamente á los enemigos, la Union aceptando el generalato en jefe, casi habia aceptado una derrota, pues su línea desbordada y comprimida, tenia muy pocos medios de desenvolverse y recobrar la superioridad.

Desplegó el general español algunos esfuerzos sérios para alejar al enemigo durante los dias 28 y 29, pero estas tentativas infructuosas solo sirvieron para redoblar el celo de Dagobert y empeñarle en un ataque general contra nuestra línea.

Los franceses, poco satisfechos con habernos arrebatado la estremidad derecha, intentaron romper el centro de esta misma á fin de destruir nuestras comunicaciones con Bellegarde, y arrojarnos por cima del Pirineo, sobre las fronteras de Cataluña. Las posiciones de Montesquieu y la Trompeta, fueron por consiguiente acometidas con el mayor furor.

En el primer avance parte de los enemigos lograron asirse á una cadena de eminencias que dominan á Montesquieu y la Trompeta, y poco despues arrojaron sobre estos dos puntos una masa de diez y ocho á veinte mil hombres. D. Francisco Javier Venegas, que mandaba á los españoles apostados en Montesquieu, resistió allí lo suficiente para poner á salvo su honra, mas no para impedir que los franceses espugnaran la posicion.

En esta estremidad, Venegas fué replegándose con buen órden sobre un cuerpo que habia situado el conde del Puerto en el fondo de unas gargantas denominadas los Vallecicos.

El del Puerto resistió tambien con laudable brio los estraordinarios embates del ejército francés, mas habiendo empezado á declinar con el dia sus fuerzas, se recogió á una altura que se eleva entre los dos campos atacados.

La noche suspendió esta lucha, pero no los trabajos de los combatientes que procuraron atrincherarse en sus respectivas posiciones. Al alborear el dia siguiente, los franceses atacaron la batería que aun conservábamos en el pico de los Señales, y se apoderaron de ella no obstante que nuestras cortas fuerzas se condujeron con mucho valor.

Restaba al enemigo para completar sus planes, enseñorearse de la Trompeta. La columna de Arias, que la defendió al principio con



mucha intrepidez, fué oportunamente reforzada por el príncipe de Monforte. Sin embargo, los franceses, vencedores en los demas puntos, le atacaron con todo el ímpetu nacional y con todo el lleno de sus fuerzas. Monforte, temiendo ver envuelto su flanco derecho, hizo un movimiento retrógrado en demanda del camino de Bellegarde, pero este camino estaba tambien interceptado por el enemigo, y el príncipe reputó á mucha fortuna el poder arrojarse ordenadamente al Coll de Portell, donde intentó hacer profundo hincapié. A pesar de estos fatales acontecimientos, no estaba todo perdido si el príncipe de Monforte, recogiendo apresuradamente los refuerzos que le habia enviado la Union, volaba hácia Montesquieu, donde el enemigo no habia tenido tiempo de atrincherarse. El príncipe avanzó en efecto sobre aquel punto, pero intimidado por el aspecto de los franceses, cuyas fuerzas ascendian á once mil hombres, volvió con paso rápido á refugiarse en el Coll de Portell.

La pérdida de nuestra derecha, la del camino de Bellegarde y el peligro consiguiente de nuestro centro, afectaron en lo mas vivo el ánimo de las tropas españolas. Acostumbradas á fiar en la consumada pericia de Ricardos, habian seguido con fé ardiente la luz de aquel ingenio superior, pero no habia podido contraer en el trascurso de una sola campaña ese hábito de fria perseverancia contra el que se estrellan los mas duros reveses de la fortuna. La inaccion en que vino á sumergirse el marqués de las Amarillas, ejerció ya un influjo funesto sobre el espíritu del ejército; el alma del soldado raciocina pocas veces, pero siente mucho, y este instinto, como todos los órganos del corazon, es casi siempre infalible. Comprendió que era mas débil que el enemigo, cuando se renunciaba voluntariamente á la ofensiva, y esta desconfianza de sus propias fuerzas, fué estendiéndose rápidamente á la inseguridad de sus posiciones y al porvenir de la guerra. Las primeras disposiciones de la Union no eran suficientes para desvanecer este abatimiento y la pérdida de Montesquieu y la Trompeta, vino á convertirle en un terror profundo y general.

Fué en estas fatales circunstancias cuando la Union dió órden para abandonar la línea del Buló. Esta órden intempestiva era una

invocacion directa y eficaz á la desgracia. Ciertamente, destruida la derecha, el centro quedaba en el aire, y la cabeza de la izquierda no podria apoyarse en el cañon de Bellegarde, pero estas consideraciones por graves que aparecieren no abonaban una determinacion tan trascendental. Quedaba aun para salvar nuestra situacion una maniobra sencilla, breve y de inmensos resultados si se ejecutaba con vigorosa inteligencia.

Los franceses no podian ceñir enérgicamente nuestro centro sin debilitar considerablemente su izquierda.

En este caso la Union podia avanzar con su ála siniestra que aun se conservaba incólume, arrebatar la posicion enemiga ó por lo menos mostrarse por encima de la retaguardia de los franceses, imponiéndolos con el temor de ser cortados á su vez. Una simple conversion podia colocar todas nuestras fuerzas sobre la izquierda enemiga y hacerla espiar dolorosamente la osadía que habia desplegado. No hay duda que para poner en planta esta operacion era preciso desencajar toda la parte de la línea española que aun permanecia en las posiciones del Buló, Ceret y alto de Vallespir, pero esto tampoco se evitaba replegándose hácia la frontera de Cataluña. De manera que si bien nuestra línea del Buló debia quedar sacrificada con una retirada ó un ataque ofensivo, habia una diferencia notable entre estos dos movimientos. El progresivo podia llevarnos hasta las posiciones enemigas, y aun abrirnos el estratégico camino de Bellegarde, que estaba únicamente embarazado por la izquierda francesa; podia infundir en nuestras tropas el perdido aliento, y podia por último salvar el decoro español y la gloria del ejército.

El movimiento decididamente retrógrado solo podia conducirnos á fomentar la audácia del enemigo y destruir con el último golpe la moral de nuestras tropas.

Así sucedió en efecto. Apenas se comunicó á la izquierda la órden de retirada, cuando se esparció el terror mas profundo entre aquellas filas, pocos momentos antes tan unidas y compactas. La fatídica voz de: «Estamos cortados,» resonó como el rugido del huracan en las lóbregas gargantas de aquellos mismos Pirineos, y produjo una impresion mas terrible y desastrosa. Algunos batallones

que ocupaban puestos avanzados, se rindieron á las primeras intimaciones, pero los mas huyeron en completa dispersion. Los artilleros cortaron los tirantes que sujetaban los tiros, y abandonaron las piezas, llevándose las mulas. La Union, previendo este desórden, habia tomado algunas precauciones para evitarle, ¿pero de qué sirven las precauciones materiales contra una masa de hombres que obran impelidos por un sentimiento casi irresistible? El pánico de muchos solo se desvanece con el heroismo de pocos, y desgraciadamente la historia no ha podido reproducir en estas circunstancias el noble ejemplo de la familia Hayo (1). Los mismos accidentes del terreno aumentaban la confusion, y muchos fugitivos hallaban en el fondo de insondables precipicios una muerte cierta é ignominiosa, creyendo evitar otra menos probable y en todo caso circundada de gloria. ¡Y sin embargo, aquellas mismas tropas habian hecho seis meses antes prodigios de valor! ¡Tan cierto es que el alma de un caudillo es el alma de un ejército, y que la única garantía sólida del triunfo es la confianza mútua entre los soldados y los jefes!

La division portuguesa se replegó con buen órden desde el alto de Vallespir á San Lorenzo de la Muga, y la derecha española aunque era la que mas habia sufrido y la que debia estar por consiguiente mas afectada, hizo el movimiento retrógado con buen continente, despues de reforzar las plazas de Coll-lliure y Portvendres.

Esta precaucion parecia completamente inútil y aun funesta atendido el nuevo plan de campaña que habia adoptado la Union.

(1) En la guerra que sostuvieron los dinamarqueses con los daneses, hácia el año de 670, fueron los primeros completamente derrotados en una batalla decisiva, y huian en el mayor desconcierto. Un labrador dinamarqués que cultivaba sus tierras en aquellas inmediaciones, acompañado de dos hijos suyos, viendo la derrota de sus compatriotas, cogió el yugo de su yunta y mandando á sus hijos que se armasen con otros instrumentos de labranza, salió al encuentro de los fugitivos en un sitio estrecho. Como estos se mostrasen sordos á la voz del honor, los tres robustos labradores empezaron á descargar terribles golpes sobre los que huian, amenazando que iban á ser peores que los daneses para los cobardes. Ante un obstáculo tan inesperado detúvose el torrente de los fugitivos, y como las últimas impresiones prevalecen siempre en el ánimo de la multitud, los dinamarqueses recobraron de pronto ese valor violento que crea la reaccion del miedo, cargaron con furia á los enemigos cebados en el pillaje del campo, y obtuvieron una victoria completa (Anquetil, Historia Universal.)



Prefirióse abandonar al enemigo toda la cumbre de los Pirineos, escepto el Coll de Portell, punto muy susceptible de ser flanqueado, y cuya conservacion solo podia servir en aquellas circunstancias para comprometer al cuerpo de tropas encargado de su custodia.

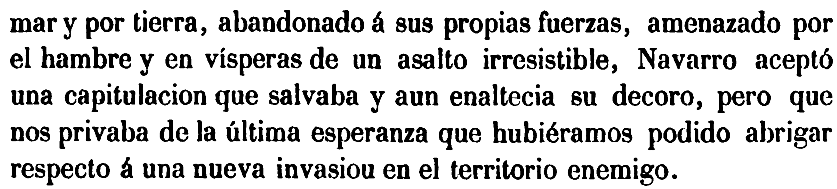
Apoyándose el enemigo en las colosales crestas del Pirineo, podia volver toda su atencion y fuerzas contra Coll-lliure, Portvendres y aun Bellegarde, y desplegar impunemente contra estas plazas todo el rigor de la guerra, ó bien someterlas por el medio lento y fácil del bloqueo.

El general español fijó su nueva línea bajo la proteccion de Figueras. Esta plaza de primer órden y la mas estratégica acaso de Cataluña, ofrecia una base escelente de operaciones; pero estas circunstancias geográficas y militares no podian compensar las grandes ventajas que habíamos perdido de un solo golpe.

Nuestra línea se apoyaba en Espollá y Rabós, ciñendo las posiciones de S. Clemente, Masarach y Vilarnadal, reclinando su estrema izquierda en la falda de una montaña denominada la Magdalena. Un movimiento de flanco que practicó el enemigo, nos obligó á evacuar los puestos de la Magdalena, Darnius, Biure y San Lorenzo de la Muga, recogiendo nuestras dos álas dentro la línea de Llers en Espollá. Esta posicion encerraba muy buenas condiciones para la defensiva, mas tenia un defecto capital, la de hallarse flanqueada por la eminencia de nuestra señora de la Salud, donde los franceses se habian atrincherado con todo el poder del arte. Bien lo conocia la Union, é hizo un sangriento esfuerzo para reconquistar á S. Lorenzo, pero nuestras tropas, cuyo denuedo brilló en el primer ataque, se dejaron dominar despues por el terror, y solo recogimos como triste recompensa de esta tentativa, una fuga vergonzosa.

Todas las predicciones siniestras que habian podido formarse al abandonar los españoles la línea del Buló, se fueron realizando. Los franceses, despues de abrirse á cañonazos el Coll de Portell, se cebaron en el ataque simultáneo de San Telmo, Coll-lliure y Portvendres. Ni la constancia mas heróica de las guarniciones españolas, ni la bella conducta de su general Navarro, fueron bastantes para rebatir á un enemigo que se aumentaba en doble proporcion de sus pérdidas. Falto de todos los auxilios que hubiera podido recibir por





mar y por tierra, abandonado á sus propias fuerzas, amenazado por el hambre y en vísperas de un asalto irresistible, Navarro aceptó una capitulacion que salvaba y aun enaltecia su decoro, pero que nos privaba de la última esperanza que hubiéramos podido abrigar respecto á una nueva invasiou en el territorio enemigo.

Perdidas las plazas de Coll-lliure y Portvendres, la situacion de Bellegarde era muy crítica; defendíala con el carácter de gobernador el marqués de Vallesantoro, digno de este cargo y de otro mas elevado; su briosa resistencia retardó una catástrofe inevitable, pero no pudo prevalecer solo y aislado contra la miseria, la fuerza del enemigo y la debilidad numérica de la guarnicion. En las circunstancias dominantes, la pérdida de estas plazas era un acontecimiento lógico, una consecuencia indispensable de la retirada sobre Figueras. Resultaba sin embargo un cargo muy grave contra la Union. Si este general no habia renunciado completamente á la idea de recobrar la ofensiva, ¿por qué no aventuraba una batalla para penetrar el cuerpo del ejército enemigo y sostener aquellos tres puestos con la punta de su espada? Si al contrario, los consideraba insostenibles, ¿por qué no habia dispuesto evacuarlos oportunamente, evitando que se aniquilasen con estériles esfuerzos sus bizarras guarniciones? El valor, muy raro de evitar las humillaciones en la desgracia, es el que mas ennoblece el corazon humano y el que mas contribuye en la guerra á sostener la moral de un ejército.

Durante algun tiempo se limitaron las operaciones á choques y repercusiones violentas entre los franceses y españoles. Apoderáronse los primeros de la ermita del Roure, colocada sobre el centro de nuestra línea, la perdieron despues; atacaron mas adelante la izquierda española, lograron arrancarla de las posiciones del Príncipe y de Matagorda, y ya se lisonjeaban con la idea de combatir á Figueras por su flanco, cuando los nuestros, renovando el ataque con estraordinario brio, revindicaron las posiciones perdidas, é hicieron completamente estéril un movimiento que bien ejecutado, hubiera comprometido la suerte de nuestro ejército y la de toda la Cataluña.

El general francés Dugommier, cuyo entendimiento se habia iluminado en esta ocasion con un solo rayo incompleto de las grandes teorías militares, comprendió las ventajas de arrojar algunas fuerzas



sobre nuestra izquierda; pero esta idea escelente, adoptada en mezquinas proporciones, solo sirvió para proteger la marcha estéril de una columna francesa, que rebasando nuestra línea, penetró en los pueblos mal guarnecidos de Camprodon, Ripoll, San Juan de las Abadesas y Rivas. Sin embargo, era tal la debilidad de la izquierda española, que la invasora columna pudo volver á su campo con el deplorable fruto de sus rapiñas (1).

Despues de vivas é infructuosas escaramuzas, la Union se decidió á recobrar la ofensiva, dirigiendo un ataque general contra la línea francesa. Este pensamiento, bueno en su esencia, fracasó por la débil ó falsa articulacion de nuestras álas, por la impericia de algunos oficiales y el triste estado moral de nuestras tropas.

El 17 de noviembre los franceses contestaron con otro ataque general al que tres meses antes habian dirigido contra ellos los españoles.

Centro, derecha é izquierda, fueron á la vez envueltos en un fuego horrible de artillería y fusilería. Pero la espugnacion de nuestra izquierda ofrecia al enemigo ventajas muy notables para que no se encaminase sobre ella con el nervio de sus tropas. Era tambien la que los españoles tenian un interés mas vivo en conservar, porque cubria los pasos principales del Fluvia, la importante provincia de Gerona, y por decirlo así, el corazon de Cataluña. Sin embargo, bien fuera imprevision, bien el deseo de ceñir con toda la fuerza y energía posibles el frente de Figueras, no se habia robustecido como merecia esta posicion de primer órden. El intrépido Courten que la defendia, se halló de improviso sobre sus brazos con fuerzas doblemente superiores en número á las que él mandaba. En vano reiteró la demanda de socorro, en vano hizo conocer con toda la vehemencia que puede inspirar peligro tan urgente, la importancia de aquel punto; los refuerzos no llegaron, y Courten despues de sostener durante muchas horas un combate furioso, hubo de recogerse al caer el dia sobre una posicion ventajosa á retaguardia de la que ocupaba

(1) Los historiadores mas imparciales pintan con fuerte colorido los escesos á que se entregaron las tropas francesas en el territorio español. El vértigo revolucionario hizo traspasar todos los límites de la justicia y aun de la humanidad á un pueblo que se habia distinguido siempre por un valor noble, generoso y brillante.



al principio. Entretanto la izquierda y el centro pelearon con bastante felicidad; la primera rebatió al enemigo y la segunda le fué persiguiendo hasta su campo. Se dice que la Union al ver el desenlace de esta batalla, esclamó; «Mi izquierda está perdida, pero mi derecha y mi centro se han cubierto de gloria.» Pero se podia añadir como triste aunque verdadera glosa de estas palabras, que toda la gloria de aquella sangrienta funcion hubiera consistido en conservar la izquierda.

Renovóse la accion al declinar el dia 18. La siniestra luz de la pólvora inflamada, vino á reemplazar los últimos resplandores del crepúsculo. Los franceses querian que este combate fuese decisivo. Desplegáronse como el 17, y se empeñaron con la energía ciega que infunde la probabilidad de un gran resultado, en oprimir á nuestra izquierda y colocar entre dos fuegos nuestro centro y derecha. El general republicano Dugommier, arrojándose con imprudente denuedo en lo mas encendido del combate, fué arrebatado por una bala de cañon. Esta pérdida, lejos de abatir, escitó en los suyos un auge de furor estremado. La columna de Courten medio estenuada por los terribles golpes que habia recibido anteriormente, resistió todavía con heróico aliento, pero fué arrollada paso á paso por las bayonetas francesas, del primero al segundo recinto hasta el pié de una batería próxima á Figueras y que se creia inespugnable. No lo fué sin embargo para el ardiente valor de los franceses, y desde este instante Courten tuvo que apoyar su espalda en los muros de Figueras, cubriéndose difícilmente con el cañon de esta plaza.

La derecha y centro no perdieron un palmo de sus posiciones, y el velo de la noche vino á cubrir aquel teatro de sangre y carnicería, suspendiendo los esfuerzos de ambos combatientes.

El enemigo habia alcanzado ventajas demasiado considerables para que renunciase á la idea de completarlas. Con la aurora del 19 rompió el fuego de los franceses. Habiendo desalojado á nuestra izquierda, regularmente debian dirigir su principal ataque contra el centro, y desplegaron sobre este punto una energía imponderable.

Al primer ímpetu, arrebataron dos de las baterías españolas, con lo que la situacion del centro se hizo crítica hasta el último estremo. El intrépido y desgraciado la Union quiere evitar á todo



trance la inminente derrota de su ejército; se coloca á la cabeza de una columna y se precipita con ella sobre las perdidas baterías. Este esfuerzo supremo obtiene un éxito favorable; los franceses sucumben defendiendo la primera batería, y los nuestros, iluminados por un rayo de esperanza, se aprestan á hacer mas sólido y estenso aquel triunfo momentáneo, repeliendo al audáz enemigo de todo el frente de sus posiciones. Todavía era tiempo; los franceses, seducidos por la probabilidad de una victoria completa, se habian colocado en flecha delante de Figueras; su centro y su ala derecha formaban un ángulo recto, cuyo vértice estaba sostenido por una débil articulacion; si los nuestros lograban destruir esta articulacion, lo cual no aparecia difícil porque la línea enemiga se habia estenuado prolongándose indebidamente, la derecha francesa podia perecer abrasada por los fuegos de Courten y los del castillo de San Fernando; su centro hubiera luchado con el nuestro de poder á poder, y su izquierda tal vez se habria replegado ante nuestra derecha que resistia con teson inaudito los mas recios embates.

Pero una nueva desgracia vino á paralizar nuestras fuerzas y á consumar la derrota. El conde de la Union, queriendo reconocer la posicion del enemigo antes de lanzarse á la espugnacion de la segunda batería, cayó atrevesado de un balazo. Murió como convenia á su honra, demostrando hasta el último momento su celebrada intrepidez. Su muerte produjo en nuestro campo la mas deplorable confusion. El príncipe de Monforte, á quien de derecho pertenecia el mando, tuvo la poca generosidad de no aceptar una derrota, y el marqués de las Amarillas resistió tanto, quizá mas de lo que su decoro permitia. Tres horas duraron los debates entre ambos generales; ¡y en tres horas nuestras tropas sin órdenes, sin jefe, sin pensamiento alguno dominante, y envueltas entre una nube de enemigos, se fueron consumiendo miserablemente! ¡Qué constrate ofrecia esta conducta con la que acababan de observar los enemigos! Muerto Dugommier, Perignon tomó inmediatamente el mando, y las operaciones siguieron con un concierto y energía tales, que la pérdida del general no fué mas sensible en aquellos momentos que la del último soldado. Sin duda el príncipe y el marqués no quisieron entonces ultrajar el nombre español, acaso el único motivo de su repugnan-

cia era el sentimiento de su insuficiencia respectiva, pero desconocieron desgraciadamente que en los lances críticos, la vacilacion es el peor de los males.

Por último, el marqués de las Amarillas recibió el mando y dispuso por primera medida que el centro se fuese retirando por escalones hácia el interior de Cataluña. Pero la indecision característica del marqués no pudo desvanecerse en presencia de peligros tan graves y apremiantes.

En vez de desplegar el resorte de una voluntad absoluta, que si no siempre triunfa de la desgracia, por lo menos siempre crea medios para repararla, Amarillas se entretuvo en formar una junta de generales para debatir si era mas conveniente fijar la nueva línea sobre el Fluvia ó sobre Gerona. Este punto apenas era digno de discusion para espíritus menos sobresaltados, porque el Fluvia ofrece una buena línea de agua, que no obstante algunas irregularidades, tiene escelentes puntos de defensa, y nunca debe concederse al enemigo un palmo de terreno mas del que arranque una necesidad imperiosa. Prevaleció el pensamiento menos honroso, y quedó admitida como límite de la retirada, la línea de Gerona.

Mientras nuestros generales deliberaban, los franceses se encarnizaban de nuevo contra el débil cuerpo de Courten.

Este general sostuvo aun con brios el primer ataque, pero hallándose á punto de ser envuelto por sus dos flancos, abandonó la posicion del castillo de San Fernando, retrocediendo lentamente en demanda del Fluvia. Las tropas del centro continuaron al propio tiempo su retirada, y la plaza de Figueras, uno de los mejores baluartes de nuestro pais, quedó solo protegida indirectamente por la derecha.

Esta ala entretanto se cubria de gloria. Dirigíala el general Vives, secundado por el conde de S.t Hilaire, el vizconde de Gand y el brigadier Taranco, nombres todos que deben legarse á la estimacion de la posteridad. Apoyábase en una série de posiciones vigorosas y compactas, tocando con sus estremidades, de un lado la eminencia del Pignon, y del otro los bordes del mar. Reinaba tal confusion en el consejo y campo de los españoles, que aun-

que la izquierda y centro retrocediesen con precipitacion, no habia llegado á la derecha la órden de retirada. Esta singular inadvertencia pudo creerse feliz, pues si no produjo frutos materiales para el porvenir de la guerra, sirvió al menos para purificar nuestra gloria mancillada al golpe de tantos reveses.

A la verdad, la derecha adquirió laureles inmarcesibles en este infausto dia 19. El enemigo, victorioso en el centro y la izquierda, arrojó sobre aquella ala casi todo el caudal de sus fuerzas. La artillería francesa jugó con tanta violencia y acierto, que hubo al fin de desmontar la batería que custodiaba el vizconde de Gand. Esta desgracia, lejos de abatir á los nuestros, inflama por el contrario su denuedo; Vives dispone que Gand abandonando su inútil batería, marche sobre el enemigo y le fuerce á la retirada.

El intrépido vizconde avanza á la cabeza de una columna menos respetable por su número que por su bélico ardimiento, llevando una sola pieza de á cuatro, servida por seis artilleros. De estos, cinco caen á impulsos del fuego enemigo; pero la terrible columna cala bayoneta, se precipita sobre la batería francesa, situada en la cordillera de Vila-Ortolí, y se apodera de ella al penetrante grito de: «Viva el rey.» Tres veces intentaron recuperarla los franceses; tres veces fueron repelidos, y en la última rechazados en desórden hasta el interior de su campo. Gand, realizado su objeto, quiso recogerse á su línea, pero vió de repente ceñidos los flancos y retaguardia por una nube de republicanos, que aspiraban á vengar su última derrota. Sin embargo, la actitud vigorosa del vizconde les impuso en términos que se limitaron á efímeras escaramuzas. Vives, que abarcaba con su mirada el movimiento brillante y aventurado del vizconde, al ver que los franceses se habian destacado de su base de operaciones, mandó un ataque simultáneo por derecha é izquierda. Este ataque, atendida la situacion moral y material de ambos combatientes, hubiera tenido el éxito mas favorable; nuestros soldados, llenos de ardor, esperan con el arma al brazo la última señal, pero en aquel instante recibe Vives la órden de retirarse sobre Massarrach. El valiente Vives esperimenta un dolor sincero y profundo al ver que la victoria se le escapa de entre las manos, pero la órden se hallaba concebida en términos esplícitos; ni podia

ni debia eludirla , é hizo su retirada sobre el punto indicado con un aplomo y serenidad envidiables. En Massarrach recibió otra órden vaga y mal definida para proseguir el movimiento retrógrado.

Esta última circunstancia produjo en Vives fuertes perplejidades. No podia persuadirse este general que el ejército español hubiese abandonado la escelente línea de Figueras, la mas militar acaso que ofrece todo el principado, y á fin de ilustrarse adquiriendo datos precisos acerca de un hecho casi inconcebible, mandó al vizconde de Gand que se situara en la posicion de Malvecina. Obedeció el vizconde y estendió sus alas alrededor de unas crestas muy elevadas que forman aquella posicion verdaderamente estratégica. Al obrar Vives de este modo, creyó que se ponia en contacto con nuestro centro, colocado todavía al nivel de Figueras. Cuando la luz de la evidencia disipó todas sus esperanzas, Vives propuso aun al marqués de las Amarillas que se reconcentrase otra vez sobre Figueras, ofreciendo apoyarle enérgicamente con su derecha.

El marqués no admitió un consejo de tan elevado temple, y Vives se vió en la absoluta precision de continuar su retirada por los llanos del Ampurdan. Sosteniendo sobre sus brazos la mayor parte del ejército francés, debilitado por tres dias de ataque, y habiendo de cruzar por un terreno despejado que permitia maniobrar en grande escala á las masas enemigas, Vives practicó su movimiento retrógrado con un vigor y destreza tales, que sus filas no se desconcertaron una sola vez ni perdió en un largo trayecto una sola pieza de las treinta y dos que habia sacado de su línea.

La retirada sobre Gerona apenas podia justificarse por los buenos principios militares, pero la repentina capitulacion de Figueras llenó de dolorosa sorpresa á cuantos apreciaban en algo el honor y la independencia de nuestro pais. Figueras es una plaza importante, tanto por su posicion topográfica como por sus regulares fortificaciones (1), protéjela el castillo de San Fernando que se considera casi inespugnable; habia dentro de sus muros una guarnicion de nueve mil hombres, estaba abundantemente provista de muni-

(1) Fué fortificada bajo la direccion y sobre el plan trazado por el sábio mariscal de Vauban.

ciones y vituallas; contaba en fin con todos los elementos necesarios, ya para rechazar un ataque á viva fuerza, ya para resistir un bloqueo prolongado. ¿Cómo podia presumirse que esta plaza se rindiera antes que el enemigo quemara un solo cebo de sus fusiles? Y sin embargo, fué así. Los franceses se presentaron el 19 por la tarde al frente de Figueras; el 20 tomaron posicion; el 21 abrieron tratos con el gobernador español Torres; siguieron estos durante siete dias, y el 28 tomaron posesion de la plaza y el castillo dos batallones enemigos. La guarnicion obtuvo los honores militares, frase que se estampó en la capitulacion y que podia parecer un sarcasmo acerado en aquellas circunstancias. Torres fué juzgado mas adelante por un consejo de guerra y condenado á perder la vida; el rey se la concedió desterrándole para siempre de los dominios españoles, pena leve para castigar la deslealtad ó insuficiente para corregir la cobardía.

De este modo terminó en los Pirineos orientales, la tristemente célebre campaña de 1794. Nuestros generales desconocieron desde un principio, la índole de la guerra; olvidaron completamente sus recursos marítimos; dejaron entibiar el ardor belicoso del soldado, y redujeron todos sus planes á una guerra de posiciones mezquina y rutinaria. Amarillas se dejó dominar por las primeras impresiones, y cometió una falta capital é indisculpable: la de hacer sentir á sus tropas que eran inferiores al enemigo. La Union, asaltado desde luego por celos y rivalidades indignas, no supo ó no pudo mas que morir heróicamente.

La luz del genio no guiaba ya nuestros pasos, y lanzados de uno á otro precipicio, no solo perdimos nuestras anteriores y gloriosas conquistas, sí que tambien una parte principal de nuestro territorio.

Inauguróse la campaña en los Pirineos occidentales con alternada fortuna. Los franceses quisieron desde un principio lanzarnos de la elevada punta del Rhun, posicion intermedia entre Navarra y Guipúzcoa, pero sus ataques, dados y sostenidos con mas valor que inteligencia, tuvieron un éxito desgraciado. Tampoco fueron felices en sus enérgicos ademanes para caer sobre la fábrica de Orbayceta, pero en la izquierda española el combate fué mas grave y tenaz. Los franceses, apoyados en las gargantas de Biriatu y las cumbres

que limitan el Bidasoa, conquistaron en el primer avance, las posiciones denominadas el Diamante y Montvert; recobráronlas poco despues los españoles; volvieron aquellos á la carga y lograron todavía apoderarse del Diamante; mas fué tan efímero esta vez su triunfo como en la anterior, pues los nuestros quedaron definitivamente dueños de toda la parte invadida de la línea.

Esta accion, ocurrida el 6 de abril de 1794, fué precursora de algunas escursiones que el enemigo hizo en los Alduides, dejando impresa una huella de fuego y sangre sobre todo el territorio que recorrió con la celeridad de un relámpago.

Estas horribles devastaciones, indignas de un pueblo civilizado, colocaron al general español en la triste alternativa de pasar por débil ó usar de represalias.

Optó por el último partido como el mas conveniente á su honra é intereses, y dispuso que el marqués de S.t Simon con la legion Real, compuesta de emigrados franceses, penetrara en el pais enemigo, talando y asolando cuanto encontrara á su paso. Esta tropa estranjera, encendida por el fuego de la discordia civil, y alentada por un espíritu de noble emulacion, desplegó en su marcha aventurada, rasgos de la mas sobresaliente intrepidez. Cubriéndose con el manto de una noche lóbrega (26 de abril) el marqués avanzó osadamente por el estrecho de Eunzaray, arrebató un puesto de cien hombres situado en la falda de los Alduides, sorprendió el puente de la Barca, y por medio de una granizada de balas llegó á este pueblo cuando ya se reflejaban sobre el horizonte los primeros albores del dia. Advertidos los republicanos del peligro, se agolparon aquí en fuerzas respetables; trabóse un combate encarnizado, que despues de muchas fluctuaciones, cedió en lauro y utilidad de los realistas. Replegáronse los republicanos sobre la montaña de Adorza; protejíales el fuego de un fuerte que habia en Arola, mas nada detuvo el ardimiento inapreciable de los legionarios, que lograron apoyar su victoriosa planta sobre las empinadas cimas de Adorza. Mientras que la legion realizaba tan cumplidamente los fines que se le habian prescrito, otras dos columnas españolas se estendian por el valle de Baygorry y la parte de Orbayceta, difundiendo el terror y el espanto por toda la esfera de sus operaciones. Mas de cua-

trocientas casas fueron entregadas á las llamas, y el lúgubre resplandor de aquel incendio no pudo iluminar todavía el espíritu de un enemigo ciego por el fanatismo político, que es el peor de todos.

La posicion de S.t Simon despues de su movimiento progresivo se hizo verdaderamente crítica. Ni podia, ni debia con sus fuerzas estenuadas, seguir adelante, y al volver los ojos para empezar su retirada, vió que los franceses se habian rebatido sobre su retaguardia y que cubrian esmeradamente todos los pasos. Por otra parte, las columnas españolas encargadas de protejerle, obedeciendo la órden que recibieron en un principio, guardaban una actitud puramente defensiva, lo que hacia su concurso de todo punto inútil. Fué preciso que los legionarios se abrieran un camino con la punta de sus bayonetas, y en efecto no solo lograron salvarse, sí que tambien conducir al campamento español un número considerable de prisioneros.

Caro les concedió la libertad sin condiciones de ningun género, y este rasgo de política humanidad fué para él mas glorioso que las ventajas obtenidas últimamente.

A la verdad estos ataques parciales ni decidian nada respecto al fondo de la campaña, y aun podian considerarse como perniciosos, porque esterilizaban nuestras fuerzas y presentaban al enemigo la ocasion de aterrarnos con un esfuerzo supremo.

El francés concibió este pensamiento y adoptó muy hábiles disposiciones para llevarle á cabo. Tendiendo la vista por toda la estension de nuestra línea, descubrió muy pronto que el punto mas vulnerable era el valle del Bastan, porque cubria nuestros dos flancos y cerraba el camino de Pamplona. Abriéndose á cañonazos esta garganta los franceses, podian llegar hasta la entraña de Navarra, y aunque esta osada operacion no tuviese grande importancia material, era de un efecto moral inapreciable.

El dia 3 de junio los enemigos atacaron con fuerzas imponentes los puestos de Berderitz, Ispeguy y el puerto de Maya. El último de estos tres puntos puede considerarse como la verdadera llave del Bastan. Los franceses emplearon contra él, durante cuatro dias, ataques de frente y flanco, falsas maniobras y movimientos de diversion, pero la corta guarnicion española, auxiliada por los paisa-

nos de Errazu, se cubrió de gloria y conservó íntegro el terreno confiado á su intrépida constancia. Menos felices en los demas ataques, perdimos los desfiladeros de Elorrieta y Bustancelay, mas logramos hacer hondo hincapié en una segunda línea apoyada en Arquinzun.

No desmayaron por esto los enemigos, y revolviendo impetuosamente sobre nuestra izquierda, acometieron la punta del Diamante. Generalizóse la accion rápidamente, y una zona de fuego cubrió el largo espacio comprendido desde el Diamante hasta la Cruz de los Bouquets. Doce horas de una lucha encarnizada, apenas bastaron para entibiar el belicoso ardor de los combatientes; los que habian obtenido al principio alguna ventaja, fueron rebatidos despues, y la noche permitió á los dos ejércitos enemigos reinstalarse en las posiciones que habian ocupado por la mañana.

Las intrigas de la córte española quitaron el mando á Caro y se le dieron al conde de Colomera. Era este un militar antiguo, encanecido en los campos de batalla, sobresaliente en la flor de la edad por su denuedo y conocimientos tácticos, pero en quien los años habian debilitado la energía del espíritu.

Plegado bajo el ascendiente de costumbres y principios militares que ya se reputaban por caducos, el conde era poco capaz de colocarse al nivel de los generales republicanos, que rompiendo bruscamente con todas las tradiciones militares, ponian en juego máximas fecundas, las mas atrevidas todas, y que á su eficacia reconocida en la mas alta esfera de la ciencia, reunian el influjo de la novedad casi omnipotente en la guerra.

Por otra parte, nuestra situacion material podia dar márgen á tristes reflexiones. El paralelo con los enemigos nos era evidentemente desfavorable. Contaban estos con cincuenta y siete mil setecientos hombres de tropas, cuyo entusiasmo suplia en gran parte sus defectos orgánicos, mientras los españoles solo tenian veinte y dos mil para cubrir una línea de cuarenta leguas de estension.

Pero la fuente mas abundante de desgracias era siempre el malhadado sistema puesto en planta desde que se rompieron las hostilidades. La línea de los Pirineos occidentales nunca puede ser buena para la defensiva; la esperiencia amarga de muchos siglos lo ha sancionado así, y el sabio pensamiento del cardenal Cisneros elevó



estos hechos á la region de un principio luminoso (1). Las transgresiones de este principio se han espiado dolorosamente, porque en la vida de las sociedades, el error es mas funesto y mas punible que el crímen mismo.

Aunque nuestro gobierno, inflamado por ricas ilusiones hubiese llevado el mayor caudal de sus fuerzas y la idea de la ofensiva sobre el Rosellon, todavía hubiera podido corregirse este yerro si en vez de derramar los veinte y dos mil hombres en una longitud de cuaranta leguas, los hubieran reconcentrado en una sola masa, colocándola á la boca de uno de aquellos valles, cuya posicion estratégica les relaciona con el interior de las provincias. Observando una actitud rigurosamente defensiva y permaneciendo á caballo sobre una cordillera gigantesca, que con los auxilios del arte hubiera podido hacerse casi inespugnable, los franceses ó habrian retrocedido ante este campamento, ó en el caso de que mas audaces ó menos previsores avanzaran hácia el corazon de la Navarra, iban á estrellarse contra la verdadera línea defensiva, que es la del Ebro, y dejaban espuestos sus flancos ó retaguardia á los mortíferos golpes de nuestro ejército. Pero en vez de este pensamiento regular, uniforme y profundo, se habia tomado al capricho de las circunstancias de un dia, la ofensiva ó la defensiva, y consumidas nuestras tropas con esfuerzos impotentes no se hallaban ya en el caso de resistir al enemigo si este insistia en el anunciado proyecto de penetrar nuestra línea.

Todo el prestigio, toda la actividad y recursos tácticos del general Caro, hubieran podido cuando mas diferir, pero no evitar una desgracia; y el conde de Colomera aceptando el mando, casi aceptó una derrota.

Ya hemos dicho que los franceses se habian apoderado de Elorrieta y Bustancelay, y que nuestra ala izquierda se habia replegado sobre Arquinzun. El enemigo tenia el interés mas elevado en es-

(1) Cisneros, viendo la casi imposibilidad de cubrir las muchas y accidentadas salidas que las provincias del norte tienen sobre las márgenes del Bidasoa, mandó arrasar todas las fortalezas de Navarra, conservando solo las fortificaciones de Pamplona. Desde entonces los franceses hicieron muchas y fáciles escursiones en este pais; pero no teniendo punto alguno sólido en que apoyarse, perdian sus conquistas con la misma facilidad con que las habian hecho, y se retiraban á su territorio enteramente derrotados, ó por lo menos desmoralizados.

pugnar este punto, para romper bruscamente el débil lazo que sujetaba nuestra ala derecha á la izquierda y centro, y cortarnos así la comunicacion con Pamplona. Al alborear el dia 10 de julio empezaron el ataque contra Arquinzun.

Defendia este puesto la legíon Real y el regimiento de Zamora, á las órdenes del marqués de San Simon. Compitieron ambos cuerpos en pruebas de acendrado valor, pero acometidos de frente con indescriptible furia y flanqueados por Latour d'Auvergne, hubieron de emprender la retirada sobre Irurita, dejando el campo sembrado de cadáveres. Durante el movimiento retrógado, fué mortalmente herido el marqués de San Simon, y continuó á caballo dando órdenes hasta que sus tropas estuvieron á cubierto del enemigo.

Esta accion dió al enemigo un ascendiente irresistible. Habia quedado descubierto el valle del Bastan, y no era dudoso que los franceses agitaran todos sus elementos para desalojarnos de esta posicion, la mas estratégica de nuestra línea.

Efectivamente, combinaron un plan cuyos resultados debian ser fatales para nuestra causa. Moncey, que desde capitan habia ascendido en un año á general de division, debia precipitarse con la suya sobre el valle del Bastan, dejando en el aire á los españoles que habia delante de Irun; este ataque de la derecha, que era el mas temible, estaba enlazado con otro, que daria sobre el centro el general Laborde, asaltando la colosal cresta del Comisary, mientras que Fregeville ceñia con sus fuegos el frente de los españoles en Irun. Era un ataque general sobre nuestra línea, pero profundo y hábilmente concebido, porque tendia á desencajar nuestras alas, á poner el centro entre dos fuegos y á cortarnos la retaguardia, obligándonos quizás á perecer aconchados sobre las márgenes del Bidasoa. Es verdad que á su vez podia el conde de Colomera reconcentrarse, y rehusando todas las ofertas de un combate, imponer al enemigo y hacer ilusoria su última combinacion; mas por desgracia el conde solo pensó en defenderse sobre todo el frente de su línea, lo que equivalia á dejarse penetrar en todas partes, porque en ninguna podiamos presentar fuerzas competentes para rebatir á las que el enemigo iba á arrojar con su impetuosidad característica. Moncey rompió su movimiento

el 25 de julio, avanzó con paso lento, pero firme, por el puerto de Ispeguy, arrolló á los españoles que en corto número defendian este punto, obligándolos á replegarse sobre Elizondo donde habia mayores fuerzas. Creyó por lo tanto el general francés que la resistencia sería aquí mas obstinada, pero se sorprendió agradablemente cuando supo que el fuerte de Maya, defendido antes con tanta y tan merecida tenacidad, habia sido evacuado, y que la posicion de Elizondo se hacia insostenible. Los españoles, recogidos en este punto, salieron precipitadamente temiendo verse cortados, pero fueron á tropezar con las bayonetas de Laborde que habia coronado con sus tropas las alturas de Echalar. Fué preciso, describiendo un vasto semicírculo, hacer la retirada por el valle de Lerin y aun así no hubiera podido efectuarse si la legion Real no hubiera cubierto el fuerte del Bidasoa, que se comunica con aquel valle. La parte mas importante del plan enemigo se habia ya realizado, pues Moncey tenia en su mano la llave militar de Navarra, pero restaba la mas dificil y consistia en la espugnacion de la peña de Comisary.

Esta roca enorme, cuyo acceso por la parte de Francia es muy difícil, remataba en dos cimas sobre las que se habian construido dos reductos. El principal de estos, denominado de la Estrella, por su forma, tenia una fortificacion muy esmerada. Defendíala Cagigal con un batallon del regimiento de Zamora. El otro, menos fuerte por la naturaleza y por el arte, se hallaba sin embargo bajo la proteccion de los fuegos de la Estrella. Los reductos de Santa Bárbara y María Luisa cubrian por la parte de Sara y Oleta los flancos de esta posicion.

Un cuerpo desprendido de la division de Laborde, atacó con un furor imponderable el frente de la roca. Los españoles resistieron con singular gallardía. La muerte volaba sobre las filas francesas envuelta en los cascos de granadas y metralla; dos veces retrocedió el enemigo, y solo el heroismo de su general pudo volverle al ataque para saludar el principio de la victoria. Perdimos el reducto menos fortificado y una cresta de Comisary. Al mismo tiempo otra columna francesa que habia hecho un rodeo considerable para evitar los fuegos de María Luisa, se presentó sobre el flanco de la Estrella. El valiente Cagigal, aunque envuelto en una nube de enemi-



gos, siguió defendiéndose y ofendiendo con admirable serenidad. Los franceses marchan al asalto de la Estrella; Cagigal les deja avanzar impunemente, y cuando se hallaban á tiro de pistola los recibe con una descarga de fusilería y artillería. Pero esta tenacidad heróica debia tener un término, el cañon del reducto perdido esparcia la destruccion entre los españoles; centenares de cadáveres llenaban aquel sangriento teatro; faltaron las municiones, la debilidad física hizo impotente la energía del corazon, y Cagigal capituló para salvar de un esterminio indudable á las cortas reliquias del batallon de Zamora. En el primer arranque de cólera los soldados republicanos quisieron inmolar á Cagigal, pero le cubrió con su cuerpo el jefe que los mandaba, preservándole de una muerte cierta, y á su nacion de una mancha indeleble.

Cagigal y su valerosa columna alcanzaron el principal lauro durante aquellos infaustos dias; en los demas puntos atacados la resistencia no fué digna del nombre español. Vera, Lesaca, el valle de Lerin y Biriatu, fueron evacuados casi sin disparar un tiro, con lo que Laborde pudo fácilmente enlazarse con Moncey en Lesaca y revolver sobre el reverso de la línea de Irun, cuyo frente combatia ya Fregeville. El puesto de Aya, acreedor á una bella defensa, fué abandonado apresuradamente por los españoles; la sierra de S. Marcial, contra la que se agitaba Fregeville, aunque tuviese seis baterías en órden de anfiteatro, y fuese el apoyo mas sólido de nuestra izquierda, no pudo contener los progresos del enemigo, porque los españoles, sintiéndose oprimidos por sus flancos, se refugiaron en Oyarzun con mas pérdida de su fama que de sus filas. Pero el peligro hasta aqui grave é imponente, llegó á su último auge, porque Moncey y Laborde, sabiendo que nuestra izquierda acababa de ser derrotada en S. Marcial, volaron desde Aya para ceñirla por la espalda y obligarla á rendirse. En esta terrible estratagema, los regimientos de Ultonia, el de Tuy y dos batallones de Guardias walonas, adquirieron inmarcesibles laureles cubriendo nuestra retirada. Acosábales el enemigo muy de cerca, y arrojaba sin cesar en el fuego tropas de refresco; pero aquellos bizarros cuerpos continuaron su marcha retrógrada con paso lento y firme, amparándose



unas veces con los accidentes del terreno, y hallando otras en aquella fisonomía topográfica tan irregular, obstáculos mas fuertes que los que pudiera presentarles el enemigo. Una circunstancia terrible puso á la última prueba la disciplina y constancia de estos regimientos. Habia mandado el conde de Colomera que incendiasen un almacen de pólvora inmediato al camino. Los encargados de ejecutar esta órden cometieron la inadvertencia, hija del azoramiento, de prender fuego precisamente en el momento de pasar nuestra retaguardia. Al fragor horrible de la esplosion, sucedieron largas columnas de humo, que eclipsando la vivificadora luz del dia, impidieron al pronto descubrir sus estragos. Sin embargo, estos habian sido deplorables; muchos soldados perdieron la vista; no pocos la vida, pero los que quedaron sostuvieron un órden tan imponente, que los franceses desistieron del ataque. De este modo el conde ligeramente molestado por el fuego lejano é incierto de algunos tiradores franceses, pudo consumar su retirada hasta asirse á la cadena de eminencias que forman la escelente posicion de Hernani. Pero la campaña parecia hallarse perdida decididamente. Los franceses, dueños del Bastan, podian internarse en el seno de la Navarra; enseñoreados de Vera, Comisary y Oyarzun, podian apoyarse sobre la frontera de Guipúzcoa, y un movimiento rápido de concentracion podia llevarlos bajo los muros de Pamplona. Es verdad que estas ventajas tenian mas de deslumbradoras que de reales y positivas; el enemigo no poseia aun ninguna plaza fuerte, ninguna base sólida de operaciones, y si queria colocarse en flecha sobre el riñon de Navarra, se esponia á verse cortado por los nuestros en su flanco ó retaguardia. Las mismas desgracias esperimentadas hasta aquí, debieron iluminar el entendimiento de Colomera, y poniendo en relieve los pasados yerros, hacerle comprender su verdadera posicion para el porvenir. Afianzándose sólidamente en la línea de Hernani, mas corta, mas compacta, y por consiguiente mas vigorosa que la de Irun, el general español podia mantener en respeto al enemigo, impedirle que se acercara á Pamplona, y dejarle consumirse con la estéril posesion de un territorio abierto, hasta que robustecido con poderosos auxilios pudiese él mismo recobrar la ofensiva. Las plazas de Fuenterrabía y San Sebastian eran susceptibles de vigorosa de-

fensa, y aunque la frontera de Guipúzcoa estuviese desguarnecida, todavía la dominacion de los franceses se estrellaba contra las murallas de estas dos ciudades. Mas este pensamiento de reparacion vino á desvanecerse por completo y en término muy breve. Fuenterrabía abrió sus puertas á las primeras intimaciones, y la cobardía ó deslealtad del alcalde Michelena, puso á San Sebastian en poder del enemigo. Ni el conde de Colomera tenia acaso aquel temple de alma que se requeria para una operacion bella, pero crítica, pues no bien permaneció una noche en Hernani, avanzó en el siguiente dia hácia Tolosa. Resuelto á hacer en este punto profundo hincapié, distribuyó sus tropas de la manera mas conveniente, mas no tardó en ser atacado y batido por los franceses, no obstante la gallarda resistencia que en este trance opuso el regimiento caballería de Farnesio, digno por su heróica conducta, de especial mencion en la historia.

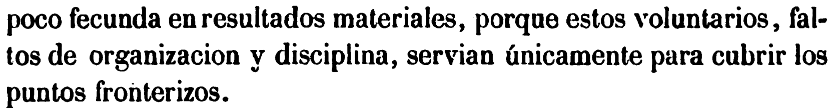
Desalojado de Tolosa el conde de Colomera, se halló en la situacion mas crítica. Dos puntos igualmente interesantes reclamaban su proteccion de la manera mas imperiosa; Pamplona y el castillo de Pancorbo; la primera como capital de Navarra y llave del Ebro, merecia una consideracion de primer órden; el segundo, como baluarte de Castilla por aquel lado, cerraba el acceso al corazon del reino. Colomera, con su ejército de quince ó diez y seis mil hombres, abatidos y desmoralizados, no podia cubrir estas dos atenciones privilegiadas; la debilidad de nuestros resortes gubernativos no permitia tampoco esperar eficaces socorros, y por todas partes parecia amenazarnos la desgracia y la ignominia.

Entonces el conde apeló al patriotismo de los vizcainos, y esta provincia leal entre las mas leales, contestó al llamamiento, ordenando una leva en masa de 17 á 60 años.

Alentado por este noble rasgo, el conde bordeó con cuatro mil hombres las ásperas gargantas de Lecumberry; otros cuatro mil cubrieron los puestos mas estratégicos de la Vizcaya, y la juventud de esta provincia, llena de entusiasmo bélico, suministró un refuerzo de treinta mil hombres. La Navarra siguió poco despues el mismo noble ejemplo, de manera que podiamos contar con una masa de setenta mil hombres, grande para el efecto moral, pero



poco fecunda en resultados materiales, porque estos voluntarios, faltos de organizacion y disciplina, servian únicamente para cubrir los puntos fronterizos.



Entretanto Moncey, que habia tomado el mando del ejército francés, conoció la imprudencia de haberse adelantado hasta Tolosa, dejando fluctuantes y mal seguros sus flancos y retaguardia. Asaltado por esta idea resolvió recogerse sobre la línea de San Sebastian; pero el representante Garreau, dominado como el que mas por la fiebre revolucionaria, se empeñó en proseguir el movimiento, y Moncey fué deslizándose hasta el punto de presentarnos la coyuntura mas propicia para reparar de un golpe todos nuestros reveses. En efecto, nada mas fácil que rodearle con una nube de tiradores, cortarle las subsistencias, atacar su flanco derecho que estaba descubierto, y hacerle caer postrado con muy poca efusion de sangre, sobre los bordes del Ebro. Pero los generales españoles, aferrándose con una tenacidad deplorable á la estéril idea de una defensiva por posiciones, limitaron todos sus conatos á la proteccion de Pamplona. El beligerante que pierde una ocasion, ofrece siempre á su enemigo una reaccion favorable. Los franceses, conociendo nuestra debilidad, se arrojaron sobre Roncesvalles y nos hicieron perder esta posicion tan recomendable por sus condiciones estratégicas, como célebre por sus brillantes recuerdos históricos. Ensoberbecido Moncey con tales ventajas, dió al traste con todas las consideraciones de la prudencia, y se presentó con irreflexivo denuedo sobre los muros de Pamplona.

Mas aquí sufrió la humillacion consiguiente á su presuntiva arrogancia. Venturoso en su ataque contra nuestra izquierda, se vió precisado á recejar ante nuestra derecha que ocupaba las posiciones escogidas de Olave y Olaiz. Poco despues la izquierda española, poderosamente reforzada, recuperó la ofensiva y forzó al enemigo á evacuar los lugares de Belzunce y Imoz.

Moncey se vió entonces en la precision de emprender su retirada, pero los generales españoles lejos de utilizar el ascendiente que habian adquirido con su última victoria, permitieron que Moncey por un movimiento de flanco se apoderase casi sin cruzar una bayoneta, del inabordable punto de Vergara. Fué efímero no obstante este

triunfo, porque una division de vizcainos batió el 28 de noviembre á los franceses y los lanzó de Vergara, á costa de inauditos esfuerzos.

Por último, Moncey evacuó completamente la Navarra, estendió sus alas sobre las márgenes del Bidasoa al abrigo de San Sebastian y Fuenterrabía y esperó con la espada desnuda que los rigores de la estacion le permitiesen renovar las operaciones. Los españoles pudieron apoyarse de nuevo en la falda de los Alduides, cubriendo á Orbaiceta, Eguy y Lecumberry, y guarneciendo con un cuerpo escogido la áspera garganta de Arraiz.

Conocidas son las causas que influyeron en nuestro desastre durante esta campaña. Vicios en el plan general, irresolucion en las disposiciones del momento, escesiva prolongacion de nuestras líneas, y miras muy limitadas por otra parte de nuestros generales. Los franceses cometieron tambien faltas considerables, pero tuvieron la fortuna de que su enemigo ó no las conociera ó no supiera aprovecharse de ellas. Pero nuestras pérdidas habian sido mucho menos sensibles que en el Rosellon, la desmoralizacion de nuestro ejército menos profunda, y el entusiasmo del pais mas sobrescitado. Nuestras desgracias eran mas bien morales que materiales, y bajo la luz de un pensamento enérgico aun podiamos colocarnos á la altura de nuestras gloriosas tradiciones.

Casi al abrirse la campaña en los Pirineos orientales, fué nombrado el general Urrutia para sustituir al marqués de las Amarillas. Esta medida era una concesion hecha al poder de las circunstancias dominantes. Amarillas, prescindiendo de la necesidad de un carácter muy privilegiado para sobrellevar un cargo de tanta consecuencia, habia perdido con los últimos sucesos el ascendiente que requiere el mando para que sea ejercido con utilidad. No llevaba Urrutia una reputacion de primer órden, capaz de electrizar los ánimos con la mágia de una gloria esplendente; colocado á la cabeza de una division habia hecho la guerra en Navarra, sin distinguirse mas que por un apego escrupuloso al malhadado plan de campaña, y por una circunspeccion que le hizo perder algunas ocasiones brillantes. Acaso estas mismas cualidades negativas para el bien en aquel teatro de la guerra, constituyeron sus principales títulos á los ojos del gobierno y determinaron su elevacion. Y fué cier-

tamente atinada. El dominio del genio es universal y se despliega como el pensamiento de la Providencia sobre todas las circunstancias y localidades; pero hay talentos vastos, profundos, sistemáticos y regulares que solo se desenvuelven y brillan en una esfera determinada. Tal era el del general D. José Urrutia. El celo tal vez mismo que habia ejecutado siempre á las órdenes superiores, revelaba en él un hábito de disciplina y le hacia singularmente á propósito para restablecer la de un ejército desmoralizado, menos por sus derrotas que por la mala direccion. El carácter circunspecto de este jefe, impidiéndole acometer empresas aventuradas, le inducia á preparar sus planes con madurez, y á ejecutarlos con una precision casi matemática. Estas prendas convenian admirablemente á la situacion de nuestro ejército. El mundo moral se rige por las mismas leyes generales que el mundo físico; á un ser convaleciente no puede exigírsele esfuerzos heróicos sin imponerle la muerte. Los hombres valen tanto cuanto mejor saben colocarse al nivel de las circunstancias; Fabio Cunctator no hubiera brillado al lado de Julio César ; Urrutia , sin tener el genio épico de un Cortés ó un Farnesio, podia desempeñar dignamente el cargo que se le habia conferido. Urrutia se propuso desde luego restablecer la disciplina y enaltecer el abatido ánimo de sus tropas (1). Logró lo primero, mas con su ejemplo que con sus órdenes, y obtuvo lo segundo empeñando en condiciones ventajosas ataques parciales, cuyo éxito feliz devolviera al ejército el sentimiento de sus fuerzas.

Ya hemos dicho que el ejército derrotado en Figueras se habia recogido bajo los muros de Gerona. Antes de dejar el mando el marqués de las Amarillas, habia rectificado su línea, llevando el cuerpo principal de nuestro ejército sobre la montaña de Costaroja que se levanta dos leguas mas adelante de Gerona, y cubriendo con un destacamento de vanguardia la posicion de Urriols, llave del del Fluvia. Esta posicion era buena porque tendia á cubrir la entraña de Cataluña, pero tenia un defecto considerable, el de hallarse un tanto destacada del puesto de Urriols, que acabamos de decir domina

(1) La historia adjudica gran parte del mérito contraido en la difícil reforma del ejército español, á D. Gonzalo O'farril, mayor general y oficial de un mérito sobresaliente.

el rio, base principal de la línea. El marqués se habia situado de este modo, temiendo descubrir el flanco de Gerona. Urrutia concibió un pensamiento mas atrevido y sin duda mas fecundo. La verdadera línea de defensa era el Fluviá; lo que importaba ante todo era la conservacion de este rio.

La línea de Gerona se hallaba del mismo modo garantida cubriéndola con la espalda de nuestro ejército ó prolongándola con el contacto de una de nuestras alas. Sobre este principio fundamental se organizó la nueva línea. El centro de los españoles se agrupó en derredor de San Esteban; situóse la vanguardia perpendicularmente sobre Oriols; la derecha fué estendiéndose por la escala para tocar los bordes del mar y recibir los auxilios que vinieran por agua, mientras la izquierda aseguraba sus comunicaciones con Camprodon, apoyándose en Olot y Castellfollit.

Los franceses ocupaban una línea casi perpendicular al Fluviá, sosteniendo su centro sobre los muros de Figueras y lanzando sus avanzadas hasta el rio Manyol, dos leguas distantes de Báscara. Asi podia decirse que la posicion de los ejércitos era defensiva, cubriendo sus frentes respectivos con una línea de agua.

Apenas reorganizó Urrutia un tanto sus tropas, pensó en practicar movimientos de atraccion para arrancar al enemigo del sitio de Rosas. Este punto tiene alguna importancia estratégica, porque domina todo el Ampurdan y manda algunas comunicaciones marítimas de primer órden, pero que ni por su posicion topográfica y por sus fortificaciones merece el verdadero nombre de plaza. Hállase situada á la orilla del mar sobre un terreno cuyas ondulaciones hacen su acceso muy fácil á un ejército enemigo. Por sus lados norte y sur, se elevan formando un caprichoso panorama algunas alturas cónicas que dominan enteramente la poblacion. Desde la cresta de estas colinas se pueden descubrir todos los trabajos que se realicen en el interior de la villa, y fulminar contra ellos un fuego casi irresistible. Las mismas grietas que se abren al pie de las alturas, ofrecen á los sitiadores paralelas naturales de mucho efecto. Rosas no tenia ni camino cubierto, ni glásis, ni edificios á prueba de bomba, ni medio alguno para neutralizar el golpe de los

proyectiles, que en algunos puntos pueden caer desde una elevacion de ciento veinte y tres pies.

La principal, ó mejor dicho la única defensa de Rosas, consiste en la fortaleza y en el castillo ó fortin llamado de la Trinidad; aquella tiene dos recintos de murallas, un foso, un glásis, y este consta de tres plataformas cubiertas de baterías cuyos fuegos abarcan la plaza y la entrada de la bahía. Así el fuerte de la Trinidad puede y debe considerarse como el escudo de Rosas, pero está tambien dominado por una eminencia áspera y escarpada denominada Puig-Romp. Se habia creido imposible colocar en la cima de este pico una batería, pero la esperiencia hizo ver que nada hay imposible para el valor, y el de los franceses en este sitio, llegó hasta el colmo del heroismo.

Al promediar el mes de noviembre (1794) se habian presentado los enemigos en número de treinta mil hombres ante la villa de Rosas. Traian un soberbio tren de batir, cuerpos muy lucidos de ingenieros y gastadores y cuantos elementos hubieran podido desplegarse en la espugnacion de una plaza de primer órden. Su comunicacion con Figueras, sólidamente establecida, les daba ademas el medio de robustecerse siempre y cuando lo creyeran necesario.

La guarnicion de Rosas, muy débil en un principio, se aumentó despues con varios refuerzos, formando un total de cuatro mil hombres. D. Domingo Izquierdo, saliendo de la línea sobre Gerona, se arrojó dentro de aquella villa para sostenerla con su denuedo y sus órdenes. Al ruido del peligro acudió tambien el valiente Gravina, apostándose con su escuadra en las aguas de Rosas, y protegiéndola con la mayor eficacia.

El sitio emprendido y continuado con un vigor indescriptible, duró sin embargo setenta dias. Los franceses abrieron una paralela mas sólida por la parte del norte, paralela cuyos brazos alargándose en forma de semicírculo, ceñian á la plaza y la bahía. Estos trabajos importantes fueron muchas veces interrumpidos por los sitiados, que despreciando la muerte hicieron de noche y de dia, salidas impetuosas, coronadas con frecuencia por un éxito feliz. Puede decirse que todas las baterías contrarias se plantaron sobre un terreno recientemente empapado en sangre francesa.



Organizadas no obstante sus obras, el enemigo rompió á un tiempo sus fuegos contra la plaza, la escuadra, la ciudadela y el castillo. La ciudadela, la plaza y las lanchas cañoneras contestaron con estraordinaria energía, y durante mucho tiempo aquel horizonte surcado por proyectiles de toda clase y tamaños y envuelto en un denso velo de ennegrecido humo, asemejábase á la atmósfera que rodea las elevadas crestas del Vesubio cuando este monte lanza en los aires sus entrañas inflamadas.

El fuego que incomodaba mas á los franceses era el que procedia de la Trinidad. Propusiéronse por lo tanto apoderarse de este castillo, cuya suerte debia decidir la de la plaza. Desplegando un denuedo y perseverancia inaudita, consiguieron establecer en la punta de Puig-Romp una batería de seis cañones y dos obuses, combinando sus disparos de frente con los laterales que hacian desde otras dos alturas menos elevadas. La artillería de la Trinidad jugó al principio con acierto tan feliz, que fueron desmontadas cuatro piezas enemigas en Puig-Romp, y los trabajos de la gran paralela hubieran sufrido perturbacion si un golpe de viento no hubiese separado nuestras lanchas cañoneras. Los franceses, en vez de desanimarse redoblan su ardor; la primera luz del dia 2 de diciembre descubre otra batería coronando la cabeza de un peñasco que se reputaba inaccesible. El 1.° de enero (1795) callaron las piezas de la Trinidad; habian sido desmontadas todas las baterías de este fuerte, pero el cañon francés continuaba tronando, confundiéndose sus ecos con los bramidos de la tempestad que agitaba los senos del mar inmediato. Este temporal inclemente impedia á las lanchas acercarse á la bahía, con lo que el fuerte se halló abandonado á sus propios recursos, que eran casi nulos. El enemigo multiplica sus descargas con una violencia imponderable; en el espacio de tres horas fulminó contra el fuerte mil setecientas balas de cañon; conmovióse por fin el muro, y la brecha estaba completamente practicable. Los ciento cincuenta hombres que guarnecian el castillo, estenuados por la fatiga y cubiertos muchos de gloriosas heridas, eran impotentes para resistir el asalto.

Acordóse pues la evacuacion del fuerte, y habiéndose tranqui-

lizado el mar pudieron las chalupas recibir á aquellos valientes que bajaron por escalas de cuerda.

Dueños de la Trinidad, creian los franceses serlo inmediatamente de Rosas; pero se engañaron. La inteligencia del gobernador Izquierdo y el valor siempre creciente de la guarnicion, suplieron la falta de recursos materiales. Los enemigos aumentaron sus medios de accion proporcionados á la tenacidad de los sitiados; abriéronse dos nuevas paralelas y once baterías, una de ellas con diez y ocho piezas de á 24 y 36, jugaron contra la plaza simultáneamente.

Por momentos se hacia mas crítica la situacion de la plaza. El temporal, mitigado durante un dia, habíase desencadenado otra vez y con mayor fuerza; la artillería no podia continuar el fuego; la peste habia penetrado en el recinto de la plaza y herido con su silenciosa mano á los que perdonara el plomo enemigo; almacenes, hospitales y casamatas habíanse derruido bajo el golpe de las bombas; y por último, la vista de la brecha hizo sobreescitar el valor impaciente de los sitiadores.

Los franceses habian resuelto dar el asalto, y al efecto habian preparado ya en Figueras mas de tres mil escalas.

Aun en esta estremidad Izquierdo hubiera querido sucumbir noblemente afianzándose en la brecha hasta exhalar el último aliento; pero el estado de la guarnicion le arredraba. Mas de la tercera parte de esta habia ya perecido; la epidemia reinante iba desarrollándose con deplorable actividad; mil ciento sesenta enfermos estaban casi á la intempérie por haberse arruinado los hospitales, y los pocos soldados á quienes no habia invadido la enfermedad, estaban oprimidos por los trabajos y las vigilias de un sitio tan riguroso. Fué preciso todo este encadenamiento de circunstancias fatales para que Izquierdo cejase en su heróica resolucion. Cuando se decidió á evacuar la plaza, dejó en ella trescientos hombres que sostuvieran el fuego hasta que se embarcaran los demas. De este modo se salvaron la guarnicion, muchos habitantes y la mayor parte de los efectos militares; pero los trescientos hombres no pudieron verificarlo por haberse separado las chalupas inoportunamente, y obtuvieron en el inmediato dia (4 de febrero) una capitulacion decorosa.

Urrutia habia pensado, segun hemos dicho, en socorrer á Rosas,



pero no podia atraer sobre sus brazos al ejército francés, lo que redujo sus operaciones á un movimiento de diversion por la derecha é izquierda enemigas, movimiento que no produjo resultado alguno favorable, pues la sorpresa, sobre que se fundaba el buen éxito, vino á desvanecerse por el acalorado denuedo de algunos soldados españoles.

Despues de la toma de Rosas, los dos ejércitos permanecieron bastante tiempo en sus posesiones respectivas sin ensayar movimiento alguno ofensivo. Esta inamovilidad por parte de los españoles estaba justificada, mas parecia estraño que el enemigo detuviese el curso de sus victorias sin haber esperimentado aun los desdenes de la fortuna.

Sin embargo, Perignon obraba con laudable pericia; nuestra posicion sobre el Fluviá era verdaderamente formidable, y aunque el enemigo hubiera conquistado dos plazas en Cataluña, no podia desembarazarse de una nube de paisanos que le comprimian por todos lados, y que en caso del menor revés podian hacer su retirada muy laboriosa. Así el general francés prefirió sostener ataques parciales ó fuertes reconocimientos, á presentar un combate general sobre toda la línea enemiga.

Este pensamiento, si no el mejor, era el mas adecuado á las circunstancias. Arrojando algunos cuerpos en el campo español, Perignon impedia que nuestras tropas se reorganizasen con la celeridad conveniente, conservaba la ofensiva para los efectos morales, y podia á la luz de datos precisos, disponer un ataque decisivo.

Dos columnas francesas, fuerte la primera de siete mil hombres, y la segunda de tres mil, apoyándose ambas en destacamentos de caballería, asomaron por Besalú y Báscara para caer á un tiempo sobre el centro y la izquierda de los españoles el 1.º de marzo.

Adelantóse O'farril á la cabeza de una division para recibir á la primera columna, y logró, desplegando una maniobra muy hábil, atraerla á una posicion escogida cerca del lugar de Serviá.

Este pueblo dió nombre al combate, que fué muy encarnizado; la noche protegió la fuga de los franceses, pero los primeros rayos del siguiente dia permitieron descubrir y gozar plenamente de esta victoria, muy importante bajo su relacion moral, porque era la



primera que obtenian nuestras tropas desde la muerte de Ricardos. La otra columna enemiga, temiendo verse flanqueada, repasó el rio aceleradamente y se refugió en el seno de su campamento.

La facilidad con que los franceses habian atravesado el Fluviá hizo creer á Urrutia que su línea tenia algunos lados muy vulnerables, y trató de rectificarla apoyándose enérgicamente en el punto estratégico de Oriols. Este fué en efecto la base de la línea que se plegó mas y mas sobre los bordes del rio, tocando con su ála derecha é izquierda una cordillera de montañas, y encajonando la derecha en un ángulo que forma el Fluviá poco antes de arrojarse en el mar. El enemigo no podia atacar esta línea sin cruzar el rio bajo la vista y el fuego de todo el campamento español.

Cuantos ataques intentaron las columnas francesas fueron no solo rechazados con brioso denuedo, sí que tambien seguidos de la ofensiva por nuestra parte, ofensiva es verdad estéril en resultados materiales, pero altamente útil para regenerar el espíritu belicoso del ejército español. Al propio tiempo los somatenes peleaban ardientemente en la Cerdaña, y aunque les faltara el vínculo de la organizacion, único suficiente para emprender maniobras en escala elevada, ocasionaron suma molestia al enemigo, arrebatáronle ricas presas, le hicieron perder algunos puestos importantes, y vencedores ó vencidos, siempre se hallaban en estado de renovar la lucha.

Esta vigorosa actitud de los españoles, inspiró sérios recelos al general francés. Temia, y con fundamento, que si Urrutia recibia los refuerzos esperados, podia hacerle perder todo el Ampurdan y aun poner otra vez en litigio los dominios del Rosellon. Para evitarlo se propuso, renunciando á los ataques parciales, penetrar á todo trance el frente de nuestra línea.

El ataque del 6 de abril tenia este objeto. Cinco mil hombres pasaron el Fluviá entre Báscara y Calaboix, avanzando despues decididamente sobre estos dos puntos; cuatro mil seiscientos se presentaron ante Vilamancallum, en tanto que otros tres mil amenazaban caer desde las alturas de Crespiá sobre el puente de Esponellá. El resto del ejército francés estaba con las armas en la mano pronto á apoyar eficazmente la marcha progresiva de estas columnas. No correspondieron los resultados á la arrogancia del enemigo.



La columna que se desplegó frente á Báscara, cargada por nuestra caballería, que á las órdenes del conde de S.t Hilaire hizo en aquella ocasion prodigios de intrepidez, y acometida de flanco por el regimiento de la Corona, hubo de emprender una retirada difícil, repasando el rio y buscando apresuradamente el contacto de su línea.

Menos sensibles aun fueron los progresos que hizo la columna encargada de atacar nuestra izquierda. Descendiendo á paso de gigante las alturas de Crespiá, avanzó hasta la orilla del rio, pero aquí se detuvo intimidada por el aspecto de una division española que dirigia el general Vives. Todo se redujo á un tiroteo inútil y prolongado que hicieron los dos cuerpos enemigos desde las opuestas márgenes del Fluviá, pero al fin Vives cobra mayor aliento al ver la irresolucion de los franceses; toma la ofensiva y combinando un ataque por los dos flancos del enemigo, le precisa á pronunciar su movimiento retrógrado.

Siguió el mismo ejemplo la columna destacada sobre Vilamancallum, y este combate, poco notable por la efusion de sangre, sirvió para acreditar de nuevo que los soldados españoles solo necesitaban buenos jefes para recobrar sus grandes virtudes históricas.

Pero es muy difícil que un ejército por largo tiempo victorioso y sostenido por un noble orgullo nacional, se humille ante los primeros reveses. Ademas, el enemigo que se avanza con el aire y pretensiones de conquistador, queda vencido en el mero hecho de abdicar la ofensiva. Movido Perignon por estas consideraciones, proyectó otro ataque general sobre nuestra línea. En la noche del 25 nueve mil franceses, de ellos mil de caballería, hicieron ademan de pasar el rio por los vados de Armentera y Vallverolla, mientras el resto de su ejército se desplegaba majestuosamente sobre la posicion de Báscara. Un reconocimiento luminoso hizo conocer á Perignon que nuestra línea tal como se hallaba situada, era casi inpenetrable, y así evolucionó para atraernos á las posiciones que ocupaban los franceses en Pontós y Armadas. Por fortuna Urrutia adivinó las intenciones del enemigo, y dispuso una maniobra de frente y flanco que dió por resultado la retirada del ejército francés tras de breve y menguada resistencia.

No alcanzaron mejor fortuna los nueve mil hombres avanzados



delante de Armentera. Dos divisiones españoles cruzando el Fluviá por medio de la metralla enemiga cargaron á los franceses, fueron momentáneamente repelidas, volvieron al combate con mayor denuedo, y por último, aseguraron la victoria, dominando sin resistencia en el teatro de la lucha.

De dia en dia se iba haciendo menos lisonjera la situacion de los franceses. No solo esperimentaban repetidos desaires por la parte de tierra; en el mar y sobre las aguas de Rosas sufrian tambien contínuos embates de la escuadra española que mandaba el almirante Gravina. Este intrépido oficial se empeñó en destruir los navíos franceses anclados en aquella bahía; y aunque la plaza fulminó contra él una multitud de balas rojas de grueso calibre, logró su objeto y limpió el mar de embarcaciones enemigas en la estension de un largo crucero.

Por último, los franceses se resolvieron á hacer un esfuerzo estraordinario, no ya para penetrar el centro de nuestra línea, sino para dislocar las álas. Esta concepcion ni era mas felíz ni mas realizable que las anteriores, y aun podia ser mucho mas funesta. Si el enemigo se decidia á comprimir nuestras álas, tenia que dejar su centro muy débil y espuesto á ser penetrado, abatido y deshecho por los españoles. En aquellas circunstancias, una sola maniobra podia ser útil y decisiva para los franceses: atacar con todo el poder de sus fuerzas el flanco izquierdo de los españoles, arrojarle sobre su centro y aconcharle sobre la orilla del mar. Esta operacion exigia un grado de intrepidez y audacia poco comunes, pero era muy preferible á esos combates rutinarios en los que á costa de su sangre perdian aquellos la superioridad que adquirieron en un principio.

Resuelto sin embargo el ataque, se llevó á cabo el dia 13 de julio. Veinte y cinco mil hombres salieron del campamento que ocupaban entre Rosas y Figueras, y avanzaron rápidamente sobre nuestras posiciones. Parte de ellos coronó las alturas de Pontós y Armadas, cubriendo sus flancos con los bosques próximos á estos lugares. Otras divisiones se desplegaron sobre nuestra izquierda y derecha. Urrutia, advertido de este ataque, les esperaba con la espada en la mano. Las disposiciones del general español, fueron justas, prudentes y luminosas. Cubrió con una batería la cabeza del puente de Esponellá; guarneció competentemente el desfiladero lla-



mado Coll de Portell, y dispuso que Vives é Iturrigaray, jefes respectivos de nuestras álas, previniesen al enemigo, impidiéndole tomar la ofensiva.

Estas órdenes espedidas en buena hora, fueron ejecutadas felizmente. El intrépido Vives cruza el rio, y se prepara á caer con ímpetu sobre el enemigo, cuando advierte que este vuela á las primeras descargas y busca su proteccion en un bosque inmediato. Vives no se deja seducir por esta retirada aparente y presumiendo que los franceses querian atraerle á una emboscada, practica un fuerte reconocimiento, y observa que el bosque estaba inundado de tropas francesas. Entonces Vives se limita á cubrir con su cuerpo las márgenes del Fluvia, y resiste con tan heróico teson los embates del enemigo, que ni un solo francés logró apoyar su planta en los bordes de aquel rio.

Mientras Vives sostenia con tanto valor su posicion avanzada de la izquierda, Iturrigaray se batia denodadamente en la derecha. Al ver este general que los franceses pugnaban por cruzar el Fluvia en Villarroban, lanza sobre su flanco un cuerpo de caballería. Entonces el enemigo, renunciando á su marcha ofensiva, se replega sobre Santo Tomás y se posiciona vigorosamente. Encarnizóse la accion en este punto. La caballería española pugna por romper el círculo de hierro y fuego que oponia la francesa, pero se ve aquella precisada á retroceder, y hubiera sido indudablemente destrozada sin el fuego protector de sus baterías, y si nuevos escuadrones no se hubieran arrojado en la pelea. Continuaron batiéndose con iguales probabilidades de triunfo, si bien toda la ventaja moral estaba de parte de los españoles que se sostenian fuera de su verdadera línea.

La accion, indecisa en la derecha é izquierda, se resolvió en el centro por un golpe brillante. Ya hemos dicho que los franceses habian cometido una imprudencia debilitando su centro para nutrir sus álas, pero la llevaron á colmo, no procurando enmascarar sus designios con algunas evoluciones simuladas.

Urrutia, que observaba desde Orriols las maniobras de toda la línea, penetró al punto las verdaderas intenciones del general fran-

cés. Era preciso aprovecharse de un descubrimiento tan importante con la energía y actividad propias de un espíritu consumado. Arrancando su vanguardia de Orriols, la lanzó al otro lado del Fluvia, mandando á sus jefes Arias y marqués de la Romana que se apoderaran del culminante castillo de Pontós. Arias, con una columna debia atacar esta posicion de frente, y la Romana á la cabeza de otra embestiria por el flanco. El general Cuesta marchaba con otro cuerpo apoyando la vanguardia, y tenia órden de interceptar la comunicacion que sostenian los franceses entre Pontós y Armadás.

La Romana realizó su movimiento con tanta celeridad, que vino á caer sobre el punto atacado casi al mismo tiempo en que Arias soltaba los primeros tiros. El castillo de Pontós se halla situado sobre una peña casi tajada, y protegida por otros muchos accidentes del terreno.

Sin embargo, el valor de los soldados españoles, brillante como en los mas bellos dias de nuestra gloria, triunfó de todos estos obstáculos, arrollando al enemigo y precipitándole desde la cumbre de aquellas montañas. Pero los franceses, establecidos en Armadás, creyéndose perdidos si no reconquistaban á Pontós, hicieron un esfuerzo inaudito, y pasando sobre uno de los brazos de Cuesta, atacaron á Pontós con cierto enagenamiento de furor. Al contacto de este refuerzo avanzaron otra vez los franceses que habian abandonado el castillo, de modo que Arias y la Romana se hallaron envueltos entre dos fuegos. Una hábil maniobra que practicó Cuesta tendiendo su espada sobre la carretera entre Pontós y Armadás, hizo temer á los franceses, posesionados en este último punto, que iban á ser cortados, por lo que se apresuraron á replegarse. Entonces Cuesta les acometió con el mayor denuedo y fué persiguiéndoles hasta que se refugiaron en su campo de Figueras. Los franceses de Pontós, repelidos segunda vez por Arias y la Romana, sufrieron del mismo modo una persecucion muy viva hasta el alcance de su línea.

La retirada del ejército francés se hizo muy luego general, pues la derecha y centro, sintiéndose descubiertos, abandonaron la victoria y el campo donde habian peleado durante muchas horas.

Apenas habian disfrutado los españoles el júbilo producido por

un triunfo tan completo, cuando apercibieron de nuevo la horrísona detonacion de las descargas enemigas por la parte de Pontós y Armadás. El general republicano Augereau, sobresaliente por su intrepidez reflexiva, habia creido oportuno el momento en que los españoles se recogian sobre Bascara para arrancarles los laureles recien conquistados. Fué preciso renovar el combate cuando ya se estendian sobre la atmósfera las primeras sombras de la noche. Cuesta, adelantándose con un cuerpo de ejército, quiso arrollar á las primeras columnas francesas, pero estas en vez de recibir el choque de frente, conversaron con rapidez y fueron á lanzarse sobre el flanco de los españoles. El ardiente Augereau dirigia este ataque, y ya se lisonjeaba con la esperanza de penetrar nuestro costado, cuando sintió caer sobre su izquierda á D. Francisco Taranco. Este general, cubriéndose con una colina habia ocultado su marcha, de modo que los franceses no se apercibieron de ella hasta que sintieron el contacto de nuestras bayonetas. La sorpresa estinguió completamente los brios del enemigo ya desmoralizado, en términos que Cuesta y Taranco pudieron perseguirle hasta larga distancia.

Tambien Arias y la Romana habian derrotado á los franceses que se creyeron felices en medio de su desgracia, porque la noche y los accidentes del terreno impidieron á los españoles recoger todos los frutos de esta brillante jornada.

La accion habia sido viva, prolongada y sangrienta. Ambos beligerantes esperimentaron pérdidas de entidad; pero la de los franceses fué mucho mas considerable.

¡Qué bello porvenir se nos presentaba despues de tantos infortunios! Los franceses, repelidos de nuestra línea, se hallaban imposibilitados de tomar la iniciativa. ¡Y cómo habian de sostenerse en un territorio adverso, pudiendo apenas contar por suyo el en que apoyaban la culata de sus fusiles, ó clavaban la punta de sus espadas! Cierto es que conservaban todavía dos plazas, y una de ellas muy respetable, pero las plazas solo sirven como puntos de apoyo para asegurar una retirada caso de desgracia, ó como bases de operaciones para continuar un movimiento progresivo.

Este último estremo era ya de todo punto imposible; quedaba solo realizable el primero; la retirada de los franceses era lógica en los términos de la ciencia militar, y era indispensable si se atiende á que Rosas habia perdido para ellos toda su importancia, porque Gravina barria con sus fuegos toda la estension del mediterráneo por aquella parte, y á que los alrededores del fuerte de Figueras hormigueaban en enemigos, indisciplinados los mas, pero llenos de ardor y constancia, exaltados por el éxito de nuestras armas, y que conociendo perfectamente el terreno, podian cortar casi todas sus comunicaciones al ejército francés. En el caso de que dominado por un falso orgullo permaneciera obstinadamente asido á sus posiciones, un solo movimiento de flanco de nuestras tropas debia precipitar ó comprometer la retirada de aquel.

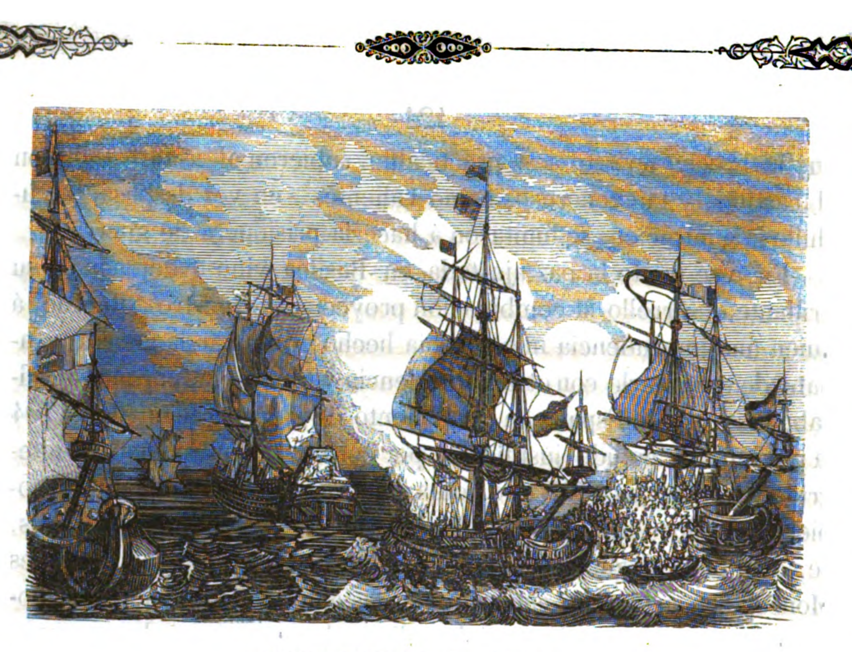
El estado del ejército español daba márgen á proyectos muy atrevidos. Dotado de esa elasticidad poderosa de las grandes masas habia cedido al ascendiente fatal de sus derrotas, pero ahora que habia humillado repetidas veces la soberbia del enemigo, que habia reportado triunfos en vez de desastres, tenia confianza en sus propias fuerzas; achacaba los reveses pasados á la impericia de los jefes, y por una reaccion tan natural como sencilla, seguia con entusiasta fé las órdenes é ideas de los que le habian abierto el camino de la victoria. Con entusiasmo, con una disciplina que se fundaba menos en el terror que en la conviccion de su utilidad, con un aumento de catorce ó quince mil hombres, este ejército se hallaba en disposicion de acometer las mas árduas empresas.

Urrutia habia concebido el plan de salir de su línea é invadir la Francia por el condado de Foix. Este pensamiento era inmejorable, porque ejecutado con actividad podia llevarnos ó sobre el flanco del ejército francés si este se retiraba, ó sobre su retaguardia si permanecia en Figueras. Al efecto Cuesta se adelantó con nueve ó diez mil hombres, limpió de enemigos casi toda la Cerdaña baja, y se puso despues á la vista de Puigcerdá. Los franceses, apoyados en este punto y en los inmediatos de Yer y Osseja, opusieron una gallarda resistencia, pero fueron cediendo poco á poco y replegándose bajo el cañon del castillo de Puigcerdá. Los españoles atacaron en seguida esta fortaleza, emplearon contra ella un fuego destructor, y aun-

que la brecha no estuviese practicable, subieron al asalto, tomaron el castillo, y tan generosos como valientes, en vez de pasar á cuchillo la guarnicion, se limitaron á hacerla prisionera de guerra.

En este punto la paz ajustada en Basilea vino á detener en su brillante desarrollo la combinacion proyectada. Nuestro gobierno, á quien una imprudencia noble habia hecho principiar la guerra, acababa de terminarla con otra imprudencia vituperable, porque sacrificaba la gloria de España en el momento de su reparacion. En 1794 la paz hubiera podido justificarse por consideraciones hácia la integridad del pais; en 1795 solo podia esplicarse por la debilidad del gobierno. En los Pirineos orientales los franceses, siempre rechazados, se veian en la absoluta precision de retroceder ; en los occidentales Moncey con su ejército enervado por las enfermedades, no habia podido desplegar una sola maniobra digna de su genio y de su reputacion.





CAPITULO VIII.

1796.--1806.

TRATADO DE SAN ILDEFONSO.—OPERACIONES MARÍTIMAS.—EL INGLÉS ATACA INUTILMENTE Á CÁDIZ.—ES BATIDO EN LAS CANARIAS.—TRÁGICO FIN DEL REAL CÁRLOS Y DEL SAN HERMENEGILDO.—INVASION DE PORTUGAL.—TENTATIVA DE DESEMBARCO EN INGLATERRA.—UNA ESCUADRA FRANCO-ESPAÑOLA HACE VELA Á LA MARTINICA.—INCAPACIDAD DEL ALMIRANTE FRANCÉS.—BATALLA DE TRAFALGAR.



La paz de Basilea nos habia privado de la parte española en la isla de Santo Domingo; el tratado de San Ildefonso, concluido el 18 de agosto de 1796, sujetó nuestra nacion al yugo de la Francia conquistadora. Renovábase por él el antiguo pacto de familia, pero con una contradiccion vergonzosa y amarga, porque se habia celebrado entre un vástago de la dinastía borbónica y los fieros republicanos que

acababan de derribar en un patíbulo la cabeza del jefe de esta misma dinastía. No era á la verdad una alianza noble , equitativa, decorosa cual convenia á dos naciones que se estiman y respetan mútuamente; era un verdadero pacto leonino, cuyas ventajas cedian todas en beneficio de la Francia ; era una alianza mas nominal y humillante que la que la antigua Roma imponia á los pueblos vencidos. Por una de sus cláusulas, la España quedó obligada á contribuir con quince navíos de línea y veinte y cuatro mil hombres de tropas regulares , para fomentar la guerra que el primer cónsul francés Bonaparte sostenia contra la Europa confederada.

Nuestras operaciones este año fueron esclusivamente marítimas. El marqués del Socorro zarpó de Cádiz con una fuerte escuadra; recorrió las costas de la América setentrional, echó á pique mas de cien buques mercantes que navegaban con el pabellon de la Gran Bretaña , y destruyó los establecimientos británicos en las ensenadas de Bull y Chateaux, sin perdonar las islas de Miquelon y San Pedro. Pero la fortuna nos dió una dura compensacion en el cabo de San Vicente. Avistó aquí al frente de una escuadra el almirante inglés Jerwis á la española que bogaba bajo las órdenes de D. José Córdova, y la acometió sin vacilar. Tenian los españoles la superioridad del número, y los ingleses la ventaja del viento, circunstancia que olvidó imprudentemente Córdova y que produjo un desastre sensible. Tendió este general su escuadra en una sola línea , pero algunos navíos quedaron sotaventados, lo que advertido por Jerwis, cayó perpendicularmente sobre una de nuestras alas , compuesta de seis buques, y logró aislarla completamente. Los buques españoles combatieron como desesperados, pero el valor no obtiene triunfos sin la luz del pensamiento , y asi es que Jerwis pudo apoderarse de cuatro enteramente desarbolados , salvándose los otros dos á duras penas y por entre mil peligros.

No fué este el término de las desgracias. Los ingleses con una escuadra de diez y ocho buques y seis mil setecientos hombres de desembarco, dirigida aquella por el almirante Harley y este por el general Abercombry, atacaron la isla de la Trinidad. Protegia este punto con cuatro navíos y una fragata el jefe de escuadra D. Sebastian Ruiz de Apodaca, y habia en el interior de la isla dos cuerpos



españoles poco numerosos y mal organizados. Acometieron los ingleses con brio; replegáronse los nuestros con sobrada celeridad, y Apodaca, viendo próxima á perderse la Isla y con ella los buques españoles, tomó la triste pero acertada resolucion de incendiarlos. El fuego consumió rápidamente cuatro, y el ejército sirvió para aumentar los trofeos del inglés, que con leve efusion de sangre, quedó dueño de la isla.

Al mismo tiempo el contralmirante Nelson, honor de la marina británica, distinguido por la célebre victoria de Aboukir, y mas todavia por un conjunto feliz de genio, de audácia y de actividad, se presentó á la vista de Cádiz, con poderosa escuadra (1797). La española, compuesta de veinte y cinco navíos, once fragatas y tres bergantines, se hallaba anclada en la bahia de Cádiz, pronta á salir al primer golpe de viento favorable. El aspecto de estos buques inflamó la imaginacion del británico, que esperaba penetrando en Cádiz, acabar de un golpe, con el nervio de la marina española. Nada omitió Nelson para obtener este doble y tan anhelado objeto; desconfiando de los medios ordinarios hizo construir en Gibraltar una máquina de proyeccion, que el epigramático ingenio de los sitiados distinguió despues con el nombre de *bombo*, alusivo sin duda al estrépito inútil que producia. Asemejábase á una bombardera de grandes dimensiones, en cuyo centro habia colocados varios morteros, y en los costados cañones de grueso calibre. Cuando los sitiados vieron jugar con estremada violencia, este estraño aparato, concibieron serios temores, pero pronto quedaron desvanecidos porque el *bombo*, como casí todos los aparatos militares muy complicados, perdia en acierto, tanto como en sencillez, desobedeciendo al inesperto brazo de los artilleros ingleses. Mas temible era el fuego de la escuadra británica, pero la intrepidez inteligente de D. Federico Gravina, que mandaba nuestras lanchas cañoneras, esterilizó los esfuerzos mas sérios y mas obstinados que desplegara el enemigo. Hubo un combate terrible en el que ingleses y españoles dieron pruebas sobresalientes de su pericia y denuedo, pero cuyas consecuencias pusieron á Nelson en la precision de abandonar el bloqueo (3 de julio). Renovóle el dia 5 fiando mas en la sorpresa que en su propio esfuerzo, pero el vigilante Gravina voló otra vez á su encuentro y otra vez tuvo la gloria

de abatir el leopardo inglés á las plantas del leon de Castilla. Nelson, reciamente escarmentado, abandonó aquellas aguas, para buscar en otra parte una compensacion gloriosa al desaire recibido.

Hizo en efecto rumbo á las Canarias, arrojó el áncora en la playa de Valle Seco y puso en tierra mil quinientos hombres. Advertido oportunamente de este suceso el gobernador de Canarias D. Antonio Gutierrez, envió fuerzas competentes contra los atrevidos británicos; llegaron á las manos y la columna invasora opuso gallarda resistencia; mas impelida con vigor, hubo de buscar en sus buques asilo contra la muerte que le amenazaba por todas partes. La grande alma de Nelson, no se doblegaba bajo las primeras desgracias. El mal éxito de esta tentativa escita, en vez de entibiarlo, su belicoso ardor; y en la alborada del 25 se empieza un nuevo desembarco frente á Santa Cruz de Tenerife. Los vigilantes españoles acuden al sitio del peligro y hacen caer una lluvia de balas sobre el temerario inglés; Nelson pierde el brazo derecho y se ve en la necesidad de abandonar el combate; pero ni esta pérdida, ni el tormentoso ímpetu de las olas que arrebataron una balandra enemiga cargada con trescientos hombres, fueron suficientes á contener el movimiento de los ingleses, que por fin desembarcaron y se arrojaron con la celeridad de un relámpago en las calles de Santa Cruz. Preséntanse al propio tiempo los españoles sobre los puntos atacados; renuévase la pelea; y el enemigo rodeado y envuelto, pugna heróicamente por abrirse paso, hasta que convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, pide y obtiene una capitulacion decorosa. En virtud de ella los ingleses pudieron reembarcarse con solo seiscientos hombres de menos, y habiendo empeñado préviamente la promesa de no volver sus armas en todo el curso de esta guerra contra las islas Canarias.

Cúpole igual desgracia, aunque no tanto desdoro, á otra espedicion inglesa que desembarcó en la costa de Guatemala. Repelida enérgicamente por los habitantes y soldados reunidos, levó anclas y se retiró á todo el poder de las velas.

Sin embargo, los ingleses dispuestos á arrebatar á la España cualquiera de sus colonias, guiaron una poderosa escuadra hácia la Isla de Puerto-Rico. Aquí el empeño fué de mayor trascendencia y conside-

rables las fuerzas que se emplearon en su realizacion. Diez mil hombres lograron poner el pié en tierra y sostenerse durante quince dias. En este intérvalo los combates fueron frecuentes y sangrientos y el valor de las tropas españolas se enalteció á medida de la tenacidad de las británicas. Por último, cuando estas esperimentaron la pérdida de dos mil combatientes y vieron gravemente espuestas sus comunicaciones, desistieron de una empresa á que se habian arrojado con mas denuedo que prevision.

Al mismo tiempo que las armas, empleaban los ingleses contra nuestras colonias, la fuerza insidiosa y mas temible de la intriga. Cediendo á sus sugestiones el general Miranda, espíritu aventurero, y de una ambicion desmedida, intentó sublevar la provincia de Venezuela. Por fortuna las atinadas disposiciones de la autoridad, el ánimo leal y resuelto de los venezolanos y el oportuno concurso de una escuadra, frustraron esta tentativa sin dejar á su autor mas que la vergüenza de haberla acometido.

Parecia que las potencias que se disputaban el cetro de los mares, cansadas de la inutilidad de sus esfuerzos, se habian limitado á ligeras hostilidades en vez de grandes operaciones (1798 y 1799). A la verdad, durante estos dos últimos años no hubo empresa ni choque alguno digno de detallada mencion, si bien los marinos españoles dieron en este tiempo pruebas de su valor nacional y de una consumada pericia, desafiando en ocasiones fuerzas superiores de la Gran Bretaña y sabiendo burlar en otras, con bien combinadas maniobras, la activa vigilancia de los ingleses. El resultado de las últimas campañas era satisfactorio para los españoles. Nada revela tanto la debilidad de un enemigo belicoso como su apatía prolongada. Los ingleses ciñéndose á la defensiva por el largo ámbito de los mares, confesaban esplícitamente que si bien su ambicion era siempre ardiente, sus fuerzas materiales no bastaban para desmembrar el vasto y heterogéneo territorio de España.

No pudo sufrir el orgullo británico esta situacion de pasiva inferioridad. El 25 de agosto de 1800 se presentó en la ensenada del Ferrol una escuadra inglesa, compuesta de cinco navíos y seis fragatas, con ochenta y siete buques de transporte que conducian á bordo cinco ó seis mil hombres. Saltaron estos en tierra y se dispusieron á penetrar

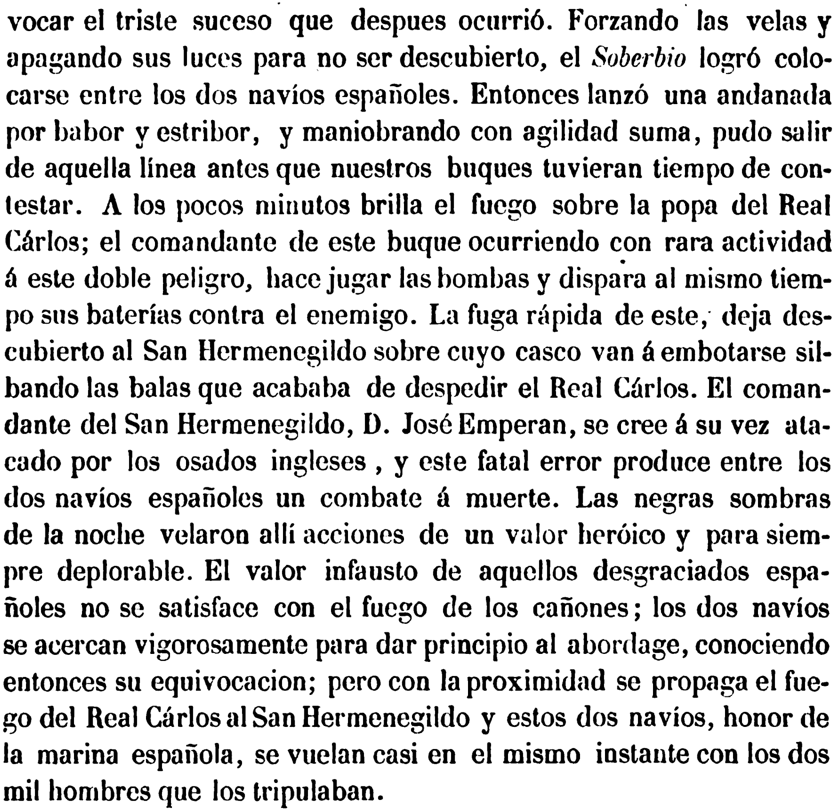


en la ciudad, pero el comandante de la escuadra española anclada en aquel apostadero, tomó tan eficaces disposiciones, que los ingleses hubieron de abandonar la playa, y con ella la palma de su triunfo, tanto mas glorioso, cuanto menos sensible fué nuestra pérdida.

En la página que comprende estos sucesos marítimos, campea la narracion de un hecho sobremanera trájico, cuyo recuerdo debe hacer palpitar de sentimiento á todos los pechos verdaderamente españoles.

Reunida la escuadra española, fuerte de cinco navíos y una fragata que dirigia D. Joaquin Moreno, á la francesa que mandaba el contralmirante Linois, pronunció su derrotero desde Algeciras á Cádiz el dia 12 de julio de 1801. Marchaba á su vista el almirante británico Saumarez con cinco buques de gran porte y otros muchos vasos menores. El inglés, anhelaba con toda la impaciencia del amor propio ofendido, reparar el desastre que habia esperimentado en el puerto de Algeciras combatiendo temerariamente con Linois, y esperaba que la fortuna tan inconstante como aquellas olas que rizaba á su paso, le presentara una ocasion favorable. Deparósela muy luego y aunque no fué suficiente para enaltecer la abatida gloria del británico, vulneró sin embargo profundamente los intereses españoles. Formaban la retaguardia de la escuadra combinada cuatro navíos españoles y un francés. En el centro iban los de nuestra nacion, denominados San Cárlos y San Hermenegildo, buques los dos espuestos al mayor peligro, pero dignos ambos de sostener esta arriesgada posicion. Tenia cada uno tres puentes, ciento doce cañones y llevaban á bordo dos mil quinientos hombres.

Sobrevino la noche, lóbrega, encapotada, densa y la mas á propósito para favorecer los designios del británico. Parecia que la Providencia, dice un escritor contemporáneo, queria castigar el desacierto que habia cometido la España ligándose á la Francia por el innoble lazo, formado en San Ildefonso. Aprovechándose Saumarez de la oscuridad, mandó al navío *Soberbio* que se lanzase sobre nuestra retaguardia. El pensamiento del británico no podia ser el de empeñarse en un combate sério para el que no tenia fuerzas competentes, sino el de producir la alarma en nuestra escuadra, y acaso pro-



vocar el triste suceso que despues ocurrió. Forzando las velas y apagando sus luces para no ser descubierto, el *Soberbio* logró colocarse entre los dos navíos españoles. Entonces lanzó una andanada por babor y estribor, y maniobrando con agilidad suma, pudo salir de aquella línea antes que nuestros buques tuvieran tiempo de contestar. A los pocos minutos brilla el fuego sobre la popa del Real Cárlos; el comandante de este buque ocurriendo con rara actividad á este doble peligro, hace jugar las bombas y dispara al mismo tiempo sus baterías contra el enemigo. La fuga rápida de este, deja descubierto al San Hermenegildo sobre cuyo casco van á embotarse silbando las balas que acababa de despedir el Real Cárlos. El comandante del San Hermenegildo, D. José Emperan, se cree á su vez atacado por los osados ingleses, y este fatal error produce entre los dos navíos españoles un combate á muerte. Las negras sombras de la noche velaron allí acciones de un valor heróico y para siempre deplorable. El valor infausto de aquellos desgraciados españoles no se satisface con el fuego de los cañones; los dos navíos se acercan vigorosamente para dar principio al abordage, conociendo entonces su equivocacion; pero con la proximidad se propaga el fuego del Real Cárlos al San Hermenegildo y estos dos navíos, honor de la marina española, se vuelan casi en el mismo instante con los dos mil hombres que los tripulaban.

Mientras se quebrantaban tan dolorosamente nuestras fuerzas marítimas por intereses que nos eran estraños, el primer cónsul francés, fiel á su político ódio contra la Inglaterra, quiso herir á esta nacion en todos sus lados vulnerables. Halagando ya en su imaginacion el quimérico proyecto de bloqueo continental, propúsose cerrar los puertos portugueses á las escuadras británicas, pero como todos los esfuerzos de la diplomacia fuesen impotentes para deshacer los estrechos vínculos que unian á los gabinetes de Lóndres y Lisboa, resolvió él mismo romperlos á cañonazos. Convidó el francés con una parte activa en esta guerra á la córte española, y el valido, que dirigia entonces con poder ilimitado los destinos de nuestro pais, aceptó el empeño con aquellas ardientes demostraciones de celo que no permiten dudar de la energía que ha de desplegarse en la ejecucion. Nuestros preparativos fueron numerosos, rápidamente organizados y

dignos de figurar en una campaña de primer órden. Sesenta mil hombres, provistos de todo lo necesario para una decisiva campaña, bordearon las márgenes del Tajo y el Miño, ciñendo en casi toda su estension la frontera de Portugal. Fuerzas considerables, dirigidas con inteligente vigor, podian haber adelantado por cima de cuantos obstáculos les oponia el enemigo, hasta los muros de Lisboa, decidiendo la guerra en una sola marcha triunfal, pero se creyó mas prudente cubrir el territorio gallego con veinte mil hombres á las órdenes del marqués de S.t Simon. Diez mil se situaron en Ayamonte con el general Iturrigaray, en actitud de precipitarse sobre los Algarbes á la primera señal, y un cuerpo de treinta mil, la flor y nervio de nuestras tropas, debia partir desde los confines de Estremadura para tomar la iniciativa.

D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y alma de esta guerra, se puso á la cabeza del ejército invasor. Bonaparte hubiera querido conferir el mando en jefe á uno de los generales republicanos, pero el favorito español, pronto siempre á ceder en las cuestiones que concernian al decoro ó á los intereses del estado, sostuvo en esta, con energía invencible, los privilegios de su amor propio.

La invasion podia parecer tanto mas formidable cuanto que un ejército francés de quince mil hombres, avanzaba sosteniendo la marcha de los españoles. No se hallaba el gobierno portugués en disposicion de oponer un dique poderoso á este torrente de fuerzas. Cubierto con la égida de la Inglaterra el gabinete de Lisboa, habia dejado adormecer en el seno de una paz prolongada los gérmenes belicosos que encerraba el carácter de su nacion. No podia presumir que en el caso de amenazarle algunas hostilidades, el rayo partiese de España. La guerra entre las dos potencias peninsulares tiene siempre algo de fratricida, pero en este caso, sobre ser, por nuestra parte, injusta, era á todas luces impolítica. Ningun interés español se debatia en aquella contienda, ninguna idea sólida de conquista debia lisonjear á nuestro gobierno, y el único móvil de nuestra conducta, eran la ambicion del valido y el ascendiente siempre en auge del imperioso cónsul francés.

Enervado á la par que sorprendido el Portugal, solo podia hacer esfuerzos estériles para repeler la agresion. Reunióse arrebata-



damente un ejército de veinte y tantos mil hombres, pero estos soldados bisoños no se hallaban en el caso de sostener dignamente las glorias que alcanzaron sus mayores en Aljubarrota.

Godoy dió principio á sus operaciones con tanta rapidéz como felicidad. Arrolló al primer avance (20 de mayo de 1801) á las tropas portuguesas que intentaron disputarle el paso, arrojándolas sobre las plazas de Olivenza y Jurumeña. Los españoles, precedidos del terror, avanzan sin tomar aliento, en términos que las dos plazas mencionadas, aunque capaces de sostener un sitio en regla, se entregaron á las primeras intimaciones. La guarnicion de Yelves hizo una salida, pero fué enérgicamente rechazada, y los afortunados españoles adelantándose siempre en alas de la victoria, asedian á Campo-mayor y penetran en Olaya, Barbacena y San Vicente.

Sin embargo, estos venturosos preludios podian desvanecerse fácilmente, porque el grueso del ejército portugués permaneció aun intacto y ocupaba una posicion bastante estratégica entre Arronches y Porto-alegre. Godoy marchó resueltamente contra él, y el dia 29 llegaron á las manos. Un cuerpo enemigo, apostado en Arronches, se defendió con vigor, pero la vanguardia portuguesa, cuyo nervio estaba formado por la caballería, no pudo resistir al ataque impetuoso de los ginetes españoles. Deshecha la vanguardia, el resto de las tropas portuguesas se retiró en desórden, sin que todos los esfuerzos de su general duque de Lafoens fuesen suficientes á contenerle.

Si la primera noticia de la guerra habia paralizado los ánimos del enemigo, esta derrota introdujo en ellos profunda consternacion. Lafoens, creyéndose poco seguro en Gabion, repasó el Tajo con un ejército desmoralizado y muy reducido, y dejó descubiertas las plazas de Castel-da-vide y Onguela, que capitularon tras menguada resistencia. Campo-mayor, reputado por uno de los mas firmes baluartes del territorio lusitano, no pudo resistir á una série de ataques bien dirigidos y ejecutados con sobresaliente intrepidéz: solo Yelves se sostenia aun, pero en situacion tan precaria, que algunos dias mas de operaciones hubieran bastado para consumir hasta sus últimos elementos de resistencia.

Los españoles podian, pues, penetrar hasta el corazon del reino, pero en estas circunstancias el gobierno portugués imploró la paz



como una condicion de existencia. Apresuróse á concedérsela don Manuel Godoy, temiendo que sus ambiciosos aliados los franceses, le arrebataran los laureles obtenidos en esta breve campaña. El tratado de Badajoz, concluido el 6 de junio, puso término á las hostilidades. La promesa de cerrar los puertos portugueses á la marina británica y la incorporacion de Olivenza al territorio de España fueron las bases capitales de aquella estipulacion diplomática.

Ofendióse airadamente Bonaparte porque Godoy habia procedido tan de ligero en el otorgamiento de la paz, y aunque rebozó su despecho con una indiferencia estudiada, esperó en silencio coyuntura propicia para vengarse de nuestra córte y del favorito que la dominaba.

No tardó aquella en presentarse. La Gran Bretaña, abandonada por las potencias del norte, y demasiado débil entonces para sobrellevar sola todo el peso de la guerra, escuchó entre el estruendo de los cañones, las primeras palabras de paz.

Las negociaciones fueron progresando, y el 25 de marzo de 1802 se firmó en Amiens el tratado definitivo. El imperioso Bonaparte, sin consultar siquiera á nuestro gobierno, sin permitirle interponer mas adelante gestion alguna en contrario, cedió á la Inglaterra la isla de la Trinidad. Así la garantía de esta paz era una cláusula de la mayor ignominia para la noble y heróica España.

La paz de Amiens reposaba sobre tan frágiles cimientos, que nadie podia lisonjearse con la esperanza de su duracion. Quejas, violentas recriminaciones, interpretaciones arbitrarias del tratado, revelaban en ambas partes el deseo de reemprender la lucha con mayores brios y mejores elementos. La Francia arrojó el guante y la Inglaterra le recogió con avidez (1804). Las potencias aliadas del gobierno francés, como eran la España y la república Bátava procuraron cubrirse con el velo de la neutralidad, pero el gabinete inglés arrancó este velo á la segunda, la declaró la guerra y requirió la conducta futura de España en los términos mas categóricos y terminantes. España no podia llamarse neutral considerando este carácter en la region mas pura de los principios internacionales, porque contribuia á la Francia con un subsidio de doscientos ochenta y ocho millones al año, y así es que ni la habilidad diplomática de nuestro

ministro de Estado Ceballos, ni las mas reiteradas evasivas, pudieron deslumbrar ni seducir la activa perspicacia del gabinete británico.

Pero la Inglaterra, que se hubiera elevado á toda la altura del peligro que la amenazaba, declarándonos franca y lealmente la guerra, se degradó hasta la innoble condicion de un pirata, arrebatando á la sombra de la paz, cuatro fragatas españolas que venian de América con ricos cargamentos. El jefe de estas fragatas, acometido por los ingleses el dia 5 de octubre á la vista del puerto de Santa María, se defendió con vigor, pero habiéndose volado desde el principio del combate una de ellas, la Mercedes, no pudo resistir largo tiempo á un enemigo que le aventajaba en número de bajeles, en la direccion del viento, en el poder de la artillería y acaso en la rapidez de las maniobras. Los afortunados británicos apresaron al fin los tres buques españoles, y las reliquias de la Mercedes flotando sobre las agitadas ondas, parecian presentar un testimonio mudo, pero elocuente, contra aquel enemigo cuya negra perfidia no alcanzaba á cubrir ni aun la aureola del triunfo.

Desde este momento la España, exhalando su ira contra la iniquidad británica, se arrojó en brazos de la Francia, poniendo á su disposicion nuestros tesoros, nuestras tropas y nuestra marina, que iba estenuándose menos sin embargo por las pérdidas esperimentadas en la guerra que por la imprudente liberalidad del gobierno (1).

Napoleon Bonaparte, que acababa de ceñirse la diadema de Carlo-Magno, renovó el proyecto de tentar un desembarco formidable en Inglaterra. La idea del moderno César era la de hacer concurrir nuestra armada á una espedicion contra la Martinica para atraer sobre aquella parte del globo las principales fuerzas de la Gran Bretaña, y dejar desguarnecidas las costas de este pais.

Los sacrificios que impuso Napoleon al supeditado gobierno de Madrid, fueron tales que se creerian incompatibles con la situacion angustiosa de España, si no se supiese que este pais por

(1) Cárlos IV, ó mejor dicho su favorito Godoy, habia regalado poco antes á la Francia seis navíos de alto borde perfectamente dotados. A esta época se refiere tambien la cesion de la Luisiana á la república francesa, cesion que no podia justificar una larga série de derrotas desastrosas, y que fué comenzada por Bonaparte con un rasgo de perfidia indigna de aquellos romanos cuyas virtudes se afanaba en copiar, y mas propia sin duda de la proverbial *fides punica*.



un privilegio venturoso de su fuerte constitucion orgánica, puede siempre colocarse al nivel de las circunstancias mas difíciles.

Treinta navíos de línea con las correspondientes embarcaciones auxiliares, provistos de víveres para seis meses, debian estar prontos para darse á la vela en el breve término de seis semanas, desde tres puertos designados anteriormente; Cádiz, el Ferrol y Cartagena. La energía poderosa de Napoleon suplió la habitual indolencia de la córte española, y este esfuerzo tan rápido, de que no hubiera sido susceptible, ni aun en tiempos venturosos, se llevó cumplidamente á cabo con sorpresa del que habia dado el impulso y con asombro de los que habian sido instrumento.

El dia 30 de marzo de 1805 zarpó de Tolon una escuadra francesa, compuesta de once navíos, siete fragatas y dos bergantines, presentándose á la vista de Cádiz, donde se la reunió la española por medio de una maniobra tan hábil que el almirante francés la calificó como equivalente á una victoria.

De los movimientos de esta flota pendian en cierto modo los destinos del mundo civilizado. Napoleon queria atraer vigorosamente hácia las costas de América los mas fuertes recursos marítimos de la Inglaterra; queria que la escuadra combinada realizada esta diversion, volviese al canal de la Mancha, y queria que en este punto célebre en la historia por haber servido de teatro á grandes luchas navales, se empeñase una batalla de poder á poder entre la marina inglesa, y la combinada franco-española. Aquel genio eminentemente audaz, no se habia detenido un instante sobre el éxito de esta batalla; lo que le importaba era que se empeñase; lo que él anhelaba con una vehemencia inesplicable era que se sujetasen los brazos de la Inglaterra representados por su poderío marítimo, mientras arrojaba en el corazon de este reino ciento cincuenta mil franceses, y se adelantaba hasta las puertas de Lóndres para abrirlas con la espada de Guillermo el Conquistador (1).

(1) Los normandos, cuyo jefe fué Guillermo el Conquistador, partieron de Francia para invadir y sojuzgar la Inglaterra. Napoleon, cuyo vasto espíritu se alimentaba con los gloriosos recuerdos de la antigüedad, ambicionaba este papel sobre el mas brillante que pudiera obtener contra el resto de la Europa.



El hombre á quien se confió la delicada mision de dirigir la escuadra combinada, no era capaz de llenarla en toda la latitud que su importancia requeria. El almirante Villeneuve tenia algunas prendas sólidas que le hubieran permitido distinguirse en una esfera subalterna ó en circunstancias ordinarias, pero que no le hacian apto para mandar en jefe, y en una coyuntura en que se necesitaba toda la brillantéz de un genio y toda la energía de un gran carácter para luchar contra los ilustres marinos que defendian la honra de la Inglaterra y para colocarse en el mar en la misma altura á que se habia elevado el victorioso Napoleon en sus campañas continentales. Denodado como pocos en el trance de un combate, esperto en las complicadas maniobras marítimas, y rígido defensor de la disciplina, deslucia estas hermosas cualidades con una irresolucion estremada, con un apego invencible á los antiguos principios navales, y con un engreimiento muy estraño en los hombres de su temple. Rechazó los consejos de sus inferiores, reputándoles como una ofensa de su amor propio. Pero el principal defecto de Villeneuve consistia en su escesivo temor de desagradar á Napoleon. Embargábale hasta tal punto este sentimiento, que casi siempre se mostraba inaccesible al poder de las ocasiones, por poco que estas discrepasen de la línea de operaciones que se le hubiera trazado. Olvidaba que el pensamiento de una guerra marítima puede emanar de un hombre, pero que el dominio de los vientos y las olas solo pertenece á la Providencia, y que nunca deben dejarse pasar las coyunturas favorables que esta nos depara. Los pensamientos exagerados tocan siempre en estremos deplorables. A fuerza de desear cumplir las prescripciones de Napoleon, Villeneuve acabó por contrariar su espíritu, y á fuerza de querer conservar su armada vino á comprometerla del modo mas terrible.

El carácter del almirante español D. Federico Gravina presentaba un tipo diametralmente opuesto al de Villeneuve. El antítesis era favorable al español. Gravina, de quien decia el mejor juez del mérito militar (1) que era todo genio y decision en el combate, hallábase asistido en efecto de dotes muy privilegiados. Con un entendimiento poderoso, con una penetracion fina y aguda, era tan ca-

(1) Napoleon en carta de 11 de agosto de 1805.

paz de comprender todos los adelantos de la ciencia náutica como de adivinar los planes del enemigo. Espíritu á la par firme é intrépido que luminoso, descubría muy luego todas las dificultades de una empresa, pero sabia lo que saben todos los hombres distinguidos que la gloria nunca brilla tanto como cuando se eleva sobre los obstáculos que ha sido preciso vencer para alcanzarla. Sin ser temerario, porque la temeridad está tan distante del verdadero valor como la pusilanimidad misma, sobresalia en el consejo por el vigor de sus opiniones, como en las batallas por su valor inquebrantable. Buen político, á la vez que consumado guerrero, preveia todos los males que iban á surgir de una guerra marítima tan mal combinada, y se los hizo presentes á nuestro gobierno; pero éste, arrastrado por sus anteriores imprudencias, cerró los ojos y los oidos para no ver ni oir desgracias, que ni pensaba, ni acaso podia ya evitar. Entonces Gravina se resignó noblemente á desempeñar un papel cuya brillantez consistia principalmente en aquel rasgo de abnegacion. Napoleon, que se mostró grande hasta en sus desaciertos, cometió uno inmenso postergando el mérito reconocido de Gravina y confiriendo el mando en jefe de las escuadras combinadas á Villeneuve. Asi se vió el genio supeditado á la rutina, la firmeza de carácter á la debilidad, y una noble y privilegiada osadía á la irresolucion y apocamiento mas singulares. Los resultados eran fáciles de prever, porque hay una lógica eterna aun entre los acontecimientos mas estraordinarios, pero la España lamentará siempre las consecuencias de aquel error.

La escuadra combinada hizo vela á la Martinica, adonde favorecida por los vientos, llegó el 14 de mayo. Fué reforzada en este puerto con algunos buques franceses, y entonces su número ascendió, á veinte navíos de línea, seis de estos españoles, y ocho fragatas. El número y la calidad de sus naves debian inspirar á Villeneuve la confianza suficiente para acometer alguna empresa importante, pero por una combinacion inconcebible, ó mas bien por falta de toda combinacion, permaneció veinte dias en el fondeadero de la Martinica, limitándose á conquistar el fuerte del Diamante, en cuya espugnacion cupo la primera gloria á la marina española.

Al cabo de este tiempo Villeneuve dirigió la proa hácia Guadalupe, habiendo hecho en el trayecto una rica presa, cuyo valor se graduó en treinta y ocho millones. Aquí supo que Nelson habia arribado á la Barbada con once navíos, y fué tal el terror que produjo en su ánimo esta noticia, que no obstante la grande superioridad de la escuadra combinada, resolvió dar la vuelta á Europa para no comprometerse en un combate con el temible inglés. Desde este instante se alteraba profundamente el pensamiento de la guerra, que consistia en atraer sobre los mares de América las fuerzas de la Gran Bretaña, pero Villeneuve no lo comprendió así. Su azoramiento fué tan notable que ni siquiera se resolvió á dejar en la Martinica todas las tropas francesas que llevaba á bordo y que estaban destinadas á guarnecer esta colonia. Mandó algunas con el contralmirante Magon; se quedó con las demas y de esta inútil aglomeracion de gente, resultaron en la escuadra combinada epidemias y escaseces que mermaron considerablemente su dotacion. Resuelto á emprender su regreso á Europa, Villeneuve concibió al pronto la idea de refugiarse en el puerto de Cádiz, lo que daba al traste con todos los planes de Napoleon y con todo el porvenir de la guerra. El emperador queria que la escuadra combinada tocase en el Ferrol, recogiese allí nueve navíos españoles que estaban dispuestos á levantar el ancla, y tocando en Brest, Rochefort, ó Tejel, se presentara en el canal de la Mancha para proteger la inmensa flota aparejada en Boulogne, compuesta de dos mil vasos que tenian á bordo ciento cincuenta mil soldados franceses. Ante este pensamiento supremo de Napoleon, desaparecian todas las circunstancias accidentales; poco importaba que Villeneuve hiciera su aparicion en el canal de la Mancha con treinta ó cuarenta navíos; poco importaba que tocase en Brest ó Rochefort ó doblara el cabo de Tejel en Irlanda; lo que sí era absolutamente preciso era su presentacion ante Bolougne con fuerzas idóneas para batir ó entretener á las escuadras inglesas que pudieran acudir hácia un punto tan importante, porque de este movimiento pendia el éxito de la espedicion á Inglaterra, y esta espedicion era la clave del sangriento problema que se estaba debatiendo hacía doce años, sobre el corazon de la Europa.

¿Pero cómo Villeneuve habia de realizar esta combinacion tan



vasta, tan magnífica, tan fantástica quizá, yendo á guarecerse bajo el cañon de Cádiz; es decir, al estremo opuesto al en que le llamaban sus instrucciones?

Al fin las enérgicas representaciones del general Lauriston iluminaron por un momento el ofuscado espíritu del almirante francés. Decidióse pues á emprender su marcha hácia el Ferrol, pero tomó un falso derrotero; avanzó sobre las islas Terceras, y contrariado por los vientos nordestes que reinan con mucha frecuencia en aquellos mares, tuvo una navegacion penosa y lenta y dió vista al cabo de Finisterre siete ú ocho dias despues de lo que hubiera sido conveniente y posible. Este retardo fatal produjo un combate con la escuadra inglesa que formaba el crucero del Ferrol.

El almirante británico Calder, limitado al principio á siete navíos, reforzado mas adelante con tres, habia recibido últimamente otros cinco que destacándose de Rochefort habian bogado con todo el poder de sus velas para presentar un frente respetable á la combinada. Nelson, cuyo pensamiento era tan dilatado como aquellos mares que recorria audazmente, fué el primero que dió noticia á la derecha de la direccion de Villeneuve; pero el ilustre marino se equivocó al creer que la escuadra combinada solo llegaria á la altura del Ferrol en fuerza de catorce navíos. Con diez no se hubiera resuelto Calder tres dias antes á disputarnos el paso, pero quince perfectamente montados y equipados le daban grandes probabilidades de una victoria brillante.

Cuando los aliados descubrieron la escuadra inglesa (22 de julio) formada en línea á sotavento en el cabo de Finisterre, no les quedó el menor asomo de duda respecto á la necesidad de combatir.

La escuadra combinada habia seguido el órden de marcha en tres columnas paralelas; al aspecto del enemigo la hizo formar lentamente en línea de batalla. Si Villeneuve hubiera estado dotado de ese golpe de vista que parece ser el privilegio de los grandes capitanes, la situacion de la escuadra enemiga á sotavento, le convidaba con la coyuntura mas propicia para envolver su retaguardia. Pero una maniobra tan decisiva y tan bella, requeria ante todo suma actividad y esa audácia característica que se comunica como una sen-



sacion eléctrica desde el corazon del jefe hasta el del último marino. Villeneuve se desarrolló pausadamente, invirtiendo en estos movimientos preparatorios cinco horas cabales, y pareció mas atento á cubrirse que á provocar una iniciativa gloriosa. Un combatiente que vacila, siempre dá á su adversario el medio de obtener las primeras y mas influyentes ventajas. Calder, que habia temblado al reconocer la superioridad numérica de los aliados ; Calder, que aceptaba el combate con fuerzas desiguales arrostrando la responsabilidad mas inmensa que hubiera contraido almirante alguno británico, porque de su derrota pendia el retroceso de los combinados al canal de la Mancha, avance de la flotilla de Boulogne, el desembarco de los franceses y en último término la existencia de Inglaterra; Calder, atormentado por tantas y tan fuertes consideraciones, cobró sin embargo grandes esperanzas al observar la actitud tímida de Villeneuve, y se propuso emplear la misma maniobra que este hubiera debido y podido acometer. Todos los esfuerzos del inglés se dirigieron desde este instante á retraer su retaguardia y envolver la estremidad de la vanguardia enemiga. Por fortuna estaba allí el genio y el carácter heróico de Gravina para impedírselo.

Al formar la línea de batalla, Gravina habia mandado á la escuadra española que pasara á la vanguardia, punto del mayor peligro. El mismo se situó á la cabeza de esta vanguardia, montado en el navío *Argonauta*. Villeneuve; á bordo del *Busentaure*, quedó en el centro con todos los navíos franceses.

Como Calder anunciaba ostensiblemente su proyecto de envolver nuestra retaguardia, Gravina aun sin esperar la señal del almirante francés, hizo una virada en redondo, evolucion que fué muy pronto imitada por el resto de la línea franco-española.

Calder no se apercibió desde luego de este movimiento, y continuó gobernando sobre nuestra retaguardia, hasta que comprendiendo que en esta posicion aventurada podia ser cortado fácilmente, mandó ceñirse el viento, de modo que la escuadra inglesa vino á quedar á medio tiro de cable de la vanguardia española.

La niebla que reemplazó en el horizonte á los últimos crepúsculos del dia, se hizo tan densa con la entrada de la noche, que no obs-

tante la proximidad de las dos escuadras, apenas se distinguian las operaciones de una y otra.

Pero esta circunstancia no debilitaba la energía del combate. Desde que el navío Argonauta soltó el primer cañonazo, toda la vanguardia española rompió un fuego horrible, al que contestaron los ingleses con vigor estraordinario. Durante tres horas no se advirtió ventaja alguna en favor de una ú otra parte, pero á las ocho y al siniestro fulgor de la artillería, pudieron observar los españoles que el enemigo tenia un navío de tres puentes desarbolado, y otro sencillo sin el palo mayor y el de mesana. Sin embargo, continuaba la batalla sobre todo el frente de la escuadra inglesa; los españoles se batian como leones (1), pero los franceses, retenidos por el ejemplo y las órdenes de Villeneuve, se limitaban á un fuego estéril por lo lejano.

Una hora despues Calder mandó que callaran sus baterías, y forzando de vela, se alejó de aquel sitio, firmemente resuelto á no renovar el combate.

Los españoles se creian vencedores, robusteciendo esta lisonjera presuncion la veloz retirada de Calder, enalteciéndose el orgullo nacional con la idea de un triunfo á que solo muy indirectamente habian contribuido los franceses auxiliares. Pero la luz del dia vino á descubrir un desastre que habia ocultado la espesa neblina de la noche anterior. Dos navíos españoles, el *San Rafael* y el *Firme*, despues de haber combatido contra triplo número de ingleses, no sintiendo el oportuno contacto del centro francés, empezaron á derivar y acabaron por caer en medio de la línea enemiga. Calder, satisfecho con esta presa, y no sintiéndose bastante fuerte para defenderla de un segundo ataque, se habia alejado del campo de batalla.

Entonces sucedió al primer rapto de júbilo una esplosion de fundada ira contra el almirante francés. Indignábanse porque se les hubiera abandonado á sus solos esfuerzos, y declamaban altamente porque Villeneuve habia dejado perder dos navíos barloventados, cuando hubiera podido salvarlos forzando velas con una parte de su centro.

(1) Frase que empleó Napoleon, refiriéndose á la conducta observada por nuestros valientes en Finisterre.



El almirante francés tenia aun un medio para contestar victoriosamente á estas impugnaciones. Calder se habia retirado del combate muy maltratado ; tres de sus navíos iban al remolque ; otros habian perdido sus jarcias y antenas , de lo que resultaba grande lentitud en el movimiento retrógrado de la escuadra inglesa. El centro de la combinada se conservaba intacto; la vanguardia, á pesar del vigor desplegado en el combate , y del grande deterioro que habia sufrido en sus palos y velamen , tenia aun bastante movilidad y nada era mas facil que romper una marcha atrevida dando caza al inglés hasta que se lograra envolverle entre el fuego de nuestros cañones. Villeneuve, con su irresolucion general, vaciló al principio; condescendió despues con el deseo ardiente de los franceses y españoles, pero hizo rumbo con marcada flojedad bajo el pretesto especioso de que no debia provocarse los azares de una nueva batalla bajo las sombras de la noche. De este modo trascurrió el dia 23, y cuando amaneció el 24 la escuadra inglesa, no obstante hallarse á barlovento, llevaba á los combinados tanta ventaja que fué imposible empeñarla en el combate.

Calder se mantuvo á la altura del Ferrol , en la idea de conservar el crucero. La escuadra combinada, impelida por un viento contrario, lejos de anclar en el Ferrol, fué á fondear en el puerto de Vigo el dia 27. Cuatro despues salió de este puerto , dirigió la proa al Ferrol, bordeó la costa de Galicia hasta la Coruña sin que Calder se resolviese á disputarle el paso. Prudencia bien estraña en un almirante británico, que habia comprometido antes el honor del pabellon y la suerte de su pais, en un combate desigual, pero prudencia que revelaba bien el grave detrimento que habia sufrido la escuadra inglesa y que constituia la acusacion mas elocuente contra la debilidad de Villeneuve.

Este desgraciado almirante no solo se ponia en disposicion de contrariar todo el pensamiento de la guerra marítima, alejándose mas y mas del canal de la Mancha , sí que cual si fuera impelido por la mano de su destino fatal , se precipitaba de uno en otro desacierto, comprometiendo no solo la suerte de la armada que tenia bajo sus inmediatas órdenes, sí que tambien la de otra francesa en cuya combinacion debia operar. Constaba esta de cinco navíos,

cuatro fragatas y otros buques de menor porte; dirigíala el almirante Lallemand, y debia llegar á Vigo antes que Villeneuve abandonara las aguas de este fondeadero. Pero Villeneuve, temiendo ser bloqueado por los ingleses si permanecia en alguno de los puertos de Galicia, pronunció su derrota hácia Cádiz, con lo cual, si retardaba el peligro, le hacia despues mas irremediable, y en su azoramiento se olvidó de Lallemand. Arribó este á Vigo dos dias despues de la salida de Villeneuve, y se halló espuesto á todas las asechanzas y golpes que quisiera dirigirle la escuadra inglesa, formada todavía en crucero. Y no era sola la idea de peligro tan inminente la que atormentaba á Lallemand; aconsejábale tambien la incertidumbre acerca de las operaciones que debia emprender; se hallaba con los ojos vendados sin saber adonde dirigir su rumbo, porque Villeneuve le habia anunciado marcharia sobre Brest, y en seguida volvió la proa hácia Cádiz sin dar el menor aviso á Lallemand. ¿Qué esperanzas podian fundarse en una guerra conducida por un hombre, cuyas resoluciones cambiaban mas caprichosamente que los vientos que azotaban las velas de su navío? ¿Qué juicio formará la historia de aquel Napoleon, que cediendo al influjo de una camarilla que comprometia su gloria, fiaba la ejecucion del mas grande designio que hubiera concebido durante su brillante existencia, á un almirante cuya ineptitud comprendia y confesaba él mismo? ¿Y qué podrá decirse del gobierno español de aquella época que sumergido en medio de placeres innobles, permanecia indiferente á la desgracia que amenazaba á una de las mas bellas escuadras que habian salido de nuestros puertos en el espacio de dos siglos? Hay tanta obcecacion de parte de unos, tanta debilidad de parte de otros, y tanta degradacion de parte de todos, que convendria borrar esta página, si los errores pasados no suministrasen un poderoso correctivo para el porvenir.

Cuando la escuadra combinada ancló en la bahía de Cádiz, el almirante Gravina se dirigió á Madrid para dar al gobierno noticias luminosas de todas las operaciones practicadas y esponer su opinion respecto al giro que debia tomar en las sucesivas. Con la noble franqueza de un marino que cree cumplir un simple deber, rindiendo

homenage á la verdad, Gravina hizo un retrato poco lisonjero, pero fiel de Villeneuve, y concluyó manifestando que la suerte de la escuadra iba á ser fatal sin duda, si continuaba á las órdenes de un almirante, cuyo único sesgo característico era la irresolucion. El gobierno español, ó mejor dicho el príncipe de la Paz, dijo que sabia iba á ser relevado de un momento á otro, pero este momento se prolongó bastante para alcanzar al de la catástrofe.

Tres meses permaneció la escuadra franco-española fondeada en la bahía de Cádiz. Parecia que Villeneuve, sumergido en una especie de marasmo mental, habia olvidado á Napoleon, al canal de la Mancha, al porvenir de la campaña, á los intereses del moderno imperio, y á la gloria de las dos naciones coligadas. ¿Quién podia presumir que este mismo á quien aterraba antes la idea de luchar frente á frente con las escuadras inglesas, concibiera ahora la fatal resolucion de combatir á todo trance con un enemigo reforzado poderosamente desde el mes de agosto? Sin embargo, la determinacion de Villeneuve era fuerte, inmutable como la del fallo del destino, y debia llevarse á cabo para labrar la ruina de las dos escuadras aliadas. Aguijó á Villeneuve la noticia de haber sido nombrado en su lugar el almirante Rosilly, quien se puso inmediatamante en marcha para llenar su delicada comision, y llegó á Madrid al promediar el mes de julio. El amor propio ofendido hizo salir de su quicio aquel espíritu apático precipitándole en el estremo mas deplorable. No obstante, por mas que estuviese decidido á perseverar en su opinion ciega como todas las que nacen de una pasion irritada, Villeneuve hizo reunir á todos los oficiales generales de la escuadra francesa y española para que emitiesen su dictámen en órden á la conveniencia de salir del puerto de Cádiz. Los españoles vituperaron á una voz y con la sublime entereza de quien cree defender á un mismo tiempo los fueros de una ciencia y los intereses mas sagrados de dos grandes naciones, el pensamiento de darse á la vela en aquellas circunstancias. Las razones que alegaron eran tan luminosas como sólidas y conducentes. Lo avanzado de la estacion no permitia desplegar una série de operaciones que dieran resultado alguno brillante; el horizonte presentaba señales ciertas de un temporal inclemente. Muchos navíos, tanto españoles como franceses, no se hallaban aun en disposi-

cion de prestar servicios, de que mas adelante serian susceptibles, estando completamente habilitados; los ingleses no podian sostener el crucero á lo largo del mediterráneo, en el corazon del invierno, sin sufrir quebrantos mayores que los que pudieran esperimentar en un combate. Ademas, ¿qué razon imperiosa de necesidad ó conveniencia autorizaba esta batalla? ¿La de favorecer el desembarco de la flotilla de Boulogne? No, porque los rigores invencibles é inevitables de la estacion no lo permitian ya. ¿El de atraer las escuadras inglesas hácia un punto determinado? Tampoco, porque continuando la escuadra combinada en Cádiz y otras dos francesas en Brest y Rochefort, tenian como encadenadas las fuerzas marítimas de la Gran Bretaña, impidiéndolas girar mas allá de la órbita que pudieran descubrir con su anteojo los almirantes de las dos naciones aliadas. Solo podia tener esta salida por objeto un combate mortífero, una efusion de sangre inútil, una lucha terrible cuya improbable victoria solo daría á los aliados una superioridad momentánea en el mediterráneo, y cuya derrota debia privar á la Francia y á la España de sus principales recursos marítimos. Todas las razones públicas habian cruzado como ideas fugitivas por la mente de Villeneuve, pero vulnerada la fibra del amor propio, vibró con una energía de que no se la hubiera creido capaz. Asi la suerte de dos naciones quedaba supeditada al pueril sentimiento de la vanagloria que habia formado un hombre perdido en la consideracion de sus superiores y en el concepto de sus subalternos. Villeneuve, como todos los caracteres débiles, cuando se inflaman, reputaba como una reconvencion cuantos consejos se dirigieran á contrarestar sus planes. Airado porque los oficiales españoles no aprobaban su temeraria resolucion, se permitió en el consejo espresiones, cuya vehemencia chocaba con el decoro debido á aquel acto, y aquel sitio. Entonces se levantó el noble Gravina, y dando á sus palabras el acento de la verdadera dignidad, le dijo: «Señor almirante, siempre que los españoles han operado con escuadras combinadas, han sido los primeros á entrar en fuego, y esto lo hemos demostrado recientemente en Finisterre (1).» Hecho cuya elocuencia hizo enmudecer al almirantre francés.

(1) Marliani, Vindicacion de la armada española.

Villeneuve, aferrado en su propósito, preguntó en el siguiente dia 19 de octubre al almirante español, si su escuadra se hallaba en disposicion de emprender el movimiento proyectado. La razon de la ciencia y del buen criterio prescribia una contestacion negativa, pero la razon de la disciplina venció como debia en el espíritu de aquel valiente jefe. Mi escuadra está pronta, dijo Gravina, atemperándose estrictamente á las órdenes que habia recibido de su gobierno para seguir á la imperial, é inmediatamente se dieron las órdenes mas perentorias para levar el ancla.

Entretanto la escuadra inglesa, á la vela frente de Cádiz, se habia robustecido poderosamente. Reducida en el mes de agosto á tres navíos y dos fragatas, que Villeneuve hubiera podido arrebatar desplegando mas energía, se aumentó despues con diferentes cruceros que al eco del peligro abandonaron para arrostrarle, los puntos en que se habian situado en un principio. Al observar aquella afluencia de fuerzas marítimas sobre el mediodia de España, se creyó generalmente que allí iba á disputarse por última vez el cetro de los mares. La Europa, temblando bajo la espada de Napoleon, hacia fervientes votos porque la Inglaterra conservara su superioridad náutica, mientras el genio épico del emperador francés, dictaba planes sobre planes, y se azoraba ante la idea de que su escuadra pudiera ser bloqueada en el puerto de Cádiz.

Cuando llegó la hora del combate la escuadra británica constaba de treinta y tres navíos, siete de ellos con tres puentes, y todos perfectamente montados y organizados. Las tripulaciones se componian de veteranos educados en medio de las batallas y peligros, hijos adoptivos del mar, que solo se acordaban de la Inglaterra, cuando era preciso defender el honor de este pais. Entonces se desarrollaba en aquellos pechos varoniles el orgullo de la nacionalidad, sentimiento mas fuerte en un inglés que en ningun otro hombre; y se batian en su verdadero elemento, con el empeño inestinguible de conservar su prepotencia marítima desde largo tiempo adquirida, con la confianza que inspira una larga práctica, y con el espíritu independiente y entero de hombres acostumbrados á jugar con los vientos y las olas. La oficialidad reunia generalmente, á una educacion esmerada, ciertos rasgos de aquel valor caballeresco que se admira en la edad media,



y que es tan propio de toda raza aristocrática, pero con esta diferencia notable, que el valor brillante de los antiguos caballeros era un sentimiento ciego, sujeto á todos los caprichos de las pasiones, y el que desarrollaba la moderna raza aristocrática, tenia una constancia mucho mas poderosa, ilustrada por la razon y apoyada en la conciencia del deber. Todos los oficiales ingleses, dice un historiador contemporáneo (1), tenian profundamente gravada la máxima, que en un dia de batalla, el único puesto conveniente á un capitan de navío, es el que se halla bajo el fuego de los cañones enemigos. A la luz de este principio escelente, los subalternos podian suplir en muchas circunstancias, las omisiones involuntarias de un comandante en jefe. Siempre se hallaban en el caso de reportar ventajas contra un adversario que esperase en la mano una órden que no hubiera podido penetrar la atmósfera de humo en que tal vez estuviese envuelto el navío almirante. Pero ni la pericia de las tripulaciones, ni la instruccion sobresaliente de los oficiales, ni las cualidades de los buques infundian en los ingleses tanta confianza como las felices disposiciones de sus dos almirantes, Nelson y Collingwood. Nelson, á quien se ha llamado por algunos el Napoleon del mar, Nelson no era tan grande como Napoleon, no tenia un genio enciclopédico, pero sí el suficiente para figurar en primera línea, entre los marinos ilustres de los dos últimos siglos. Espíritu profundamente creador, habia desarrollado la nueva táctica naval inaugurada por Rodney, y sus concepciones atrevidas y brillantes, estaban sostenidas por un carácter estóico y dirigidas con una actividad verdaderamente asombrosa. Despues de haber recorrido la inmensa estension del oceano y del mediterráneo desde la embocadura del Nilo hasta los últimos golfos de América, este guerrero que parecia infatigable fué á buscar un instante de reposo en el seno de su patria y en brazos de una mujer idolatrada. Allí le confió el almirantazgo la mision honrosa y dificil de ponerse al frente de la escuadra que bordeaba las costas meridionales de la Península. El grito de la patria penetró al punto en el corazon del celebrado náutico y le hizo abondonar unos placeres que mancillaban su fama. Nelson olvidó las debilidades del hombre para adquirir la grandeza del héroe; montó en la fragata Eurygalus, y fué

(1) Marliani.

á reunirse con Collingwood que le esperaba con impaciencia.

Collingwood, sin tener todos los gloriosos timbres de Nelson, le cedia poco en prendas militares. Mas metódico en sus planes, pero no menos intrépido en su ejecucion, carecia acaso de aquella actividad devoradora, de aquel inmenso amor de gloria que inflamaba el alma de Nelson, impeliéndole á buscar peligros para encontrar en ellos laureles y recompensas. Mas estaba dotado de una impasibilidad estraordinaria para hacer frente á los riesgos mas imprevistos y formidables, de una imaginacion penetrante para adivinar los planes del enemigo y de un tacto fino y esquisito para elegir las circunstancias en la realizacion de sus pensamientos. Mejor maniobrero acaso que Nelson, sabía mover una escuadra con estraña habilidad, y las evoluciones con que preservó su débil crucero al frente de Cádiz, de los golpes que podia dirigirle la escuadra franco-española, sin abondonar aquellas aguas, pasan, y con razon, como un rasgo de consumada pericia. Estos dos hombres tan preclaros, unidos por los lazos de la mas tierna amistad, inflamados por la ambicion de gloria y por un patriotismo indéleble, eran capaces de acometer las mas árduas empresas. Seremos dos en uno, decia Nelson escribiendo á Collingwood, y con efecto ni la menor desavenencia estalló nunca entre estos dos nobles corazones. ¡De qué no eran susceptibles aquellas dos voluntades tan enérgicas marchando íntimamente unidas por la misma via que acababa de abrirse bajo la esplendorosa luz del genio!

La escuadra combinada levó el ancla al romper el dia 19, empleando treinta horas en salir de la bahía por la flojedad del viento. Constituíanla treinta y tres navíos, quince españoles y los demas franceses, con cinco fragatas y dos bergantines pertenecientes á esta última nacion. Los buques en general estaban bien dispuestos y artillados; algunos españoles sobresalian por su magnitud, por la solidez de su estructura, y aun por la facilidad con que obedecian al golpe del timon, descollando entre todos ellos el coloso de los mares, el *Santísima Trinidad*, que estaba dotado con ciento cuarenta cañones, y montado por mil doscientos hombres. Esta enorme máquina de guerra evolucionaba con una precision estraña, y era tan capaz de defensa como de ofender al enemigo que se colocase al alcance de sus formidables baterías. Las tropas embarcadas á bordo de la es-

cuadra tenian ese valor característico de los paises á que correspondian, realzado por una disciplina severa y por un noble espíritu de emulacion. Desgraciadamente la marinería era muy inferior por sus cualidades, á las exigencias de su dificil cargo. Componíase en gran parte de esos miembros corrompidos que la sociedad arrojaba de su seno y que sumergidos en el fondo de los navíos en una inmunda sentina, llevaban á su pereza habitual una indiferencia cínica por la prosperidad de aquella patria que los desconocia por hijos.

Verdaderos persas de la civilizacion moderna, estos séres desgraciados no eran susceptibles de entusiasmo ni de sentimiento alguno elevado, y solo se movian impelidos por el resorte del temor. Habia tambien marineros matriculados, hombres de regular conducta, familiarizados con los peligros y ocupaciones marítimas, pero estos eran pocos en número, y algunos voluntarios en quienes el ardor del momento no podia suplir la falta de conocimiento y el ningun hábito de disciplina. Los contramaestres y guardianes no se hallaban quizá á la altura de sus funciones respectivas, y esta poca aptitud de los equipajes debia influir fatalmente en la rapidéz de las maniobras y en el éxito del combate (1).

La oficialidad, tanto española como francesa, era en general brillante y aguerrida. Entre los españoles se distinguian Escaño, Alava, Cisneros, Flores, Churruca, Galiano, Mac-Donéll, Vargas, Cajigal, y Valdés, nombres inmortales que la desgracia misma no ha podido empañar.

Ya hemos descripto en otra parte la fisonomía moral de ambos almirantes. Villeneuve, dotado de un valor pasivo que las circunstancias podian elevar hasta el heroismo, no tenia la fuerza de voluntad ni acaso los conocimientos suficientes para llenar la delicada mision que se le habia cometido. Gravina, por su genio, por su denodada firmeza, y por su instruccion variada y fecunda, era digno de combatir con Nelson y aun de vencerle. ¡Elogio el mas grande que pudiera formarse de un marino en nuestros tiempos y que sin embargo nada tiene de hiperbólico! Pero sujeto á las órdenes de un jefe que mira-

(1) El general Escaño, como mayor general de la escuadra española en el combate de Trafalgar, señalaba esta como una de las causas influyentes en la derrota.



ba su mérito con envidia (1), no pudo desarrollar sus grandes facultades; pudo sí señalar el camino de la victoria, y viendo que se obstinaba en cerrarle, resignarse á morir noblemente conservando el lustre del pabellon español.

Cuando la escuadra combinada acabó de salir del puerto, iba con los zafarranchos hechos y en disposicion de recibir al enemigo. Los buques franceses marchaban interpolados con los españoles, y desvanecidas ante la imágen del peligro próximo las rivalidades que antes existieran, habia renacido en el pecho de los guerreros correspondientes á las dos naciones, la mas digna fraternidad militar. El órden de batalla que se adoptó en un principio era perfectamenta estratégico. Veinte y un navíos formaban el cuerpo principal de la escuadra con el almirante Villeneuve á su cabeza, doce constituian la reserva navegando un poco á barlovento bajo las inmediatas órdenes del almirante español. Gravina, conocedor profundo de la táctica inglesa habia indicado esta posicion que era escelente á todas luces. Con ella se podia atender á todas las eventualidades de un combate y hacer decisiva una victoria fluctuante. Si los ingleses, como era de presumir, caian sobre los combinados en dos ó tres columnas perpendiculares, allí estaban los doce navíos de reserva para atacar sus flancos por el punto mas vulnerable, para cortarlos y envolverlos entre dos fuegos. Si por el contrario, presentaban la batalla en línea cerrada, nuestra reserva podia incorporarse á los demas buques por un movimiento de arribada muy facil. En esta situacion Gravina pidió permiso a Villeneuve para obrar con independencia. Villeneuve no

(1) Nos atenemos en esta parte estrictamente á la opinion del Sr. Marliani, quien en su apreciable obra titulada, *Vindicacion de la armada española*, ha recogido con el esmero mas esquisito, cuantos datos eran suficientes para poner en su verdadero punto de vista la batalla de Trafalgar, refutando al paso las vehementes é innobles invectivas que algunos historiadores franceses han dirigido contra la conducta observada por nuestros marinos en aquella ocasion tristemente solemne. El Sr. Marliani, refiriéndose á la negativa que opuso Villeneuve á la celebrada pretension de Gravina respecto á su independencia en el combate, dice, pág. 291. «El único motivo que tuvo Villeneuve, fué una torpe envidia; sabia que el emperador tenia en mucha cuenta á Gravina; sabia que este era un hombre de suma pericia y de grande arrojo; conoció que en la posicion que habia tomado Gravina, recabaría grandísima gloria, empeñada que fuese la batalla, y quiso privarle de esa gloria. No perdamos de vista que todo manifiesta en Villeneuve un espíritu apocado y pequeño.»





Cárlos IV.

fué bastante generoso para concedérsela. El contralmirante Magon, oficial francés de sobresaliente mérito, que habia comprendido el sabio pensamiento de Gravina, y que lo esperaba todo de sus talentos y denuedo, al observar las señales de pregunta y respuesta en los palos de los dos navíos almirantes, no pudo disimular su despecho y prorrumpió en espresiones de la mayor indignacion contra la funesta injusticia de Villeneuve. Desgraciadamente las inspiraciones no podian remediar nada en aquellos momentos críticos, y la escuadra franco-española, marchaba como guiada por un mal genio hácia una catástrofe espantosa.

A las dos de la tarde (20 de octubre), una fragata esploradora avisó que se descubrian diez y ocho velas enemigas; pocas horas despues repitió el navío francés *Aigle*, la misma seña, y la primera luz del siguiente dia permitió ver toda la escuadra británica, bogando con viento próspero hácia el cabo de Trafalgar. Villeneuve antes de avistarse el enemigo, pero cuando ya se tenian noticias ciertas de su aproximacion, habia practicado varios movimientos á fin de formarse sobre los navíos sotaventados. Despues que se avistó al enemigo, dispuso una virada en redondo para introducir en la línea el órden natural. Esta disposicion buena, y quizá preferible á cualquier otra, cuando todos los buques tienen la misma fuerza de viento é iguales condiciones de amovilidad, era muy desacertada en aquellas circunstancias, porque no se habian podido apreciar las cualidades maniobreras de algunos buques recien construidos ó reparados, y porque, mientras los navíos que ceñian un viento flojo de oeste avanzaban con suma lentitud, otros, aun llevando sus gabias en facha, vinieron á apelotonarse. Pero el mayor y mas fatál inconveniente de esta maniobra fué el de absorber la reserva en la línea de batalla, contra todas las prescripciones de la ciencia náutica, contra todo cuanto exigian las indicaciones ya muy perceptibles del enemigo, y contra las gloriosas tradiciones de los españoles, quien recordaban la influencia decisiva que ejerció nuestra reserva á las órdenes de Bazan, en la victoria de Lepanto. Conocia y deploraba Villeneuve los defectos de su formacion, pero el enemigo se iba echando encima, y el desastre de los combinados era se-

guro si les sorprendia en una de estas evoluciones generales. No obstante Villeneuve ordena nueva virada en redondo, la cual se ejecuta con la posible rapidéz, pero no pudo evitarse que quedaran sotaventados algunos navíos. De este modo la escuadra combinada describió una ligera curva bastante aplanada hácia el noroeste con tantos puntos de interseccion, cuantos eran los sotaventados. De estos había dos en la vanguardia, compuesta de siete navíos á las órdenes del contralmirante francés Dumanoir; cuatro en el centro que dirigia inmediatamente Villeneuve desde el *Bucentaure*, buque de ochenta cañones, y tres en la retaguardia, á cuya cabeza se hallaba el *Príncipe de Asturias* con ciento diez y ocho cañones, y á cuyo bordo iba el almirante español Gravina y su mayor gèneral Escaño.

Ningun ojo inteligente dejó de descubrir los puntos vulnerables que presentaba nuestra línea; la desconfianza brotó en el pecho de mas de un valiente, y solo la mágia del honor militar podia sustituir el entusiasmo que iba desvanéciendose en el fondo de todos los corazones. El brigadier Churruca, gloria de nuestra marina y ornamento de nuestra literatura, al ver la confusion que habia producido la última maniobra prescrita por Villeneuve casi al alcance del cañon enemigo, no pudo menos de esclamar en un transporte de noble indignacion. «El general francés no conoce su obligacion y nos compromete.... ¡Qué funesta ha sido siempre para España la union de sus escuadras con las francesas! » ¡Cómo podian los combinados obtener la victoria cuando todos observaban las faltas que debia proporcionársela al enemigo, y el único que hubiera podido reparar estos desaciertos se hallaba fascinado por su amor propio y ciego por la misma desesperacion que acababa de lanzarle en el peligro!

Nelson maniobró con habilidad suma para dominar á la escuadra combinada en las muchas y perniciosas fluctuaciones que habia sufrido desde su salida del puerto. Al contemplar la afanosa inquietud de los navíos franceses y españoles; al ver á Villeneuve tendido en una línea imperfecta y débil, conoció que el triunfo era suyo, y un rayo de esperanza brilló sobre aquella frente orlada con tantos laureles. Efectivamente, parecia que la escuadra combinada habia tomado su última posicion en la idea de favorecer el atrevido plan del británico.

Nelson habia dispuesto que sus fuerzas divididas en dos columnas de á diez y seis navíos, cayeran siguiendo el órden de marcha sobre el centro y la retaguardia de la escuadra combinada. Todo su pensamiento táctico podia reasumirse en estos términos: romper la línea enemiga por tres partes, marchando sobre ella en dos columnas protegidas por una division de vanguardia; aislar los trozos en que se dividiera aquella y apresar á todo trance el navío que montaba Villeneuve.

Eran las doce del dia 21 de octubre, cuando los ingleses se dirigieron á toda vela y viento en popa al encuentro de la escuadra combinada. Avanzaban en dos columnas y al parecer en incorrecta formacion, porque sus buques navegaban en grupos segun su movilidad respectiva. Iban á la cabeza de ambas columnas los navíos de tres puentes, disposicion atinada, porque siendo estos mas en número que los españoles, dotados de las mismas cualidades, su empuje debia resultar casi irresistible. Nelson marchaba al frente de la primera columna en el navío *Victory*, de ciento veinte cañones; Collingwood guiaba la segunda desde el *Royal Sovereign*, provisto de la misma artillería.

Poco antes de romper el movimiento, Nelson habia dado á Collingwood por telégrafo este último aviso. «Mi intencion es atravesar la vanguardia para cortarla el paso hácia Cádiz; V. corte la retaguardia por el undécimo navío.» Desde este momento los dos almirantes ingleses obraron con la mas absoluta independencia, unidos únicamente por el pensamiento general de la batalla y por el bello propósito de perecer ó sacar airoso el pabellon de la Gran Bretaña.

El almirante Villeneuve cometió el último error disponiendo que no se rompiese el fuego hasta que el enemigo se hallara á medio tiro de cable. Si la artillería combinada hubiera jugado desde luego sobre los grupos de navíos ingleses, indudablemente habria causado enormes destrozos en aquellos, mejor dispuestos para ofender que para defenderse. Nelson temblaba ante la idea de que Villeneuve fulminase sus fuegos al alcance de cañon; el británico anhelaba conservar toda la energía de su escuadra para el momento decisivo; habia mandado á los suyos que solo disparasen á toca penoles (á ti-

ro de pistola), y el fuego de los combinados podia colocarle en una alternativa dificil. Si le contestaba, perdia un tiempo precioso en maniobras poco decisivas; si le soportaba con impavidéz, se esponia á sufrir un quebranto considerable y á llegar con parte de sus buques averiados sobre la línea franco-española. Pero la circunspeccion de Villeneuve vino á desvanecer todos los recelos del británico y á confirmarle en su máxima favorita, que á un enemigo que vacila es necesario aturdirle con golpes redoblados.

El *Royal Sovereign* se cubrió de honor y avanzó rápidamente sobre el undécimo navío de nuestra retaguardia, contando desde la cola. Era este el *Fougueux*, que cambió los primeros cañonazos con el británico, mas advirtiendo Collingwood que el *Fougueux* solo tenia dos puentes y tres el español Santa Ana que formaba la cabeza de la retaguardia, apresuróse á gobernar sobre este y le atacó con vigor imponderable. Otros cuatro navíos ingleses, el *Belle-Isle*, el *Tonnant*, el *Mar* y el *Bellerofon*, siguen de cerca las aguas del *Royal Sovereign*, y envuelven con sus fuegos al *Santa Ana* y al *Fougueux*. Arbolaba el primero la insignia del teniente general D. Ignacio de Alava, y estaba mandado inmediatamente por su comandante Gardoqui. Alava recibe al enemigo con imperturbable serenidad, le devuelve sus primeras andanadas mientras el *Fougueux* que cubria la popa del *Santa Ana* pone sus gabias en facha, deja pasar al almirante británico, y fulmina contra él sus baterías simultáneamente con el navío español *Monarca*. Los demas navíos ingleses que iban en conserva del *Royal Sovereign*, atacan denodadamente á los españoles y entonces quedan sosteniendo una lucha horrible el *Sovereign* y el *Santa Ana*, barloados uno á otro y batiéndose tan de cerca que se tocaban sus velas bajas. Aquel combate de gigantes duró sin embargo seis horas; los dos navíos inglés y español, acribillándose á balazos pierden las vergas, los palos, las velas, todos sus medios de movilidad, pero continúan lanzándose golpes de muerte. Asemejábanse á dos atletas que tendidos en tierra y anegados en su sangre, levantan aun el moribundo brazo para clavar el arma homicida en el casi yerto corazon de su adversario. Una andanada del *Santa Ana* hace escorar al *Sovereign*, obligándole á descubrir dos tablones, pero la presencia del capitan inglés Rotheram, restablece muy pronto el equilibrio de su

navío, y las probabilidades de la victoria. Cae gravemente herido el general Alava; lo es tambien el comandante Gardoqui. Cinco oficiales y noventa y siete individuos de la tripulacion habian perecido; cuatro oficiales y ciento cuarenta y un soldados habian recibido heridas de gravedad; los que quedaban en pié no tenian jefes, se hallaban estenuados por la fatiga y no podian, aun haciendo prodigios de actividad, sufrir la estensa periferia de un navío de tres puentes. En estas circunstancias perdió el *Santa Ana* los últimos restos de su arboladura y hubo de rendirse cuando no podia sostenerse la defensa ni aun por un rasgo de desesperacion.

Pero las reliquias de aquella valerosa tripulacion que fueron á poder del enemigo, se aprovecharon de una tormenta, se alzaron de mano armada contra las guardias inglesas, y despues de un combate furioso, rescataron su navío y entraron con él en Cádiz, dando al viento la bandera española. Este hecho, que tiene un ejemplo sobresaliente en la guerra dinástica de principios del siglo, revela esa intrepidez constante é inaudita en la desgracia, noble patrimonio de nuestra nacion.

El *Royal Sovereign* quedó tan maltratado que Collingwood se vió en la necesidad de trasladarse á la fragata *Eurigalus,* abandonando aquel navío, uno de los mas hermosos y veleros, que hubieran salido de los arsenales británicos.

Mientras el *Santa Ana* y el *Royal Sovereign* combatian tan heróicamente, se habian empeñado en el fuego todos los navíos ingleses y las dos terceras partes de los combinados. El espectáculo que presentaban aquellos mares tenian una sublimidad mas que imponente, aterradora. Cinco mil ochenta y cuatro bocas de artillería vomitaban á la vez la muerte y la destruccion; una espesa nube de humo robaba al sol sus refulgentes rayos: el aire agitado por numerosos y enormes proyectiles y por las violentas oscilaciones de tantos navíos, conmovia los profundos senos de aquel Cabo, produciendo un sonido cavernoso, lúgubre, prolongado como el último quejido de un moribundo. Completaban este cuadro los fragmentos de los buques esparcidos sobre las encrespadas olas, los miembros destrozados de los infelices tripulantes, mezclados en horrible confusion con las velas, jarcias y antenas desprendidas de los navíos, y el choque rudo

y estridente de los cuerpos humanos que caian desde cubierta é iban á exhalar el suspiro de agonía en medio de una onda amarga y espumosa. ¡Oh! Entre los muchos tormentos que sufre la humanidad durante su larga y dolorosa peregrinacion por la escala de los siglos, ninguno se presenta á la imaginacion con colorido tan terrible, como un combate naval, empeñado con fuerzas imponentes.

Nelson no quiso ceder en nada el arriesgado honor de acometer y rendir al navío francés *Bucentaure*. El *Victory* se adelanta dando al viento todas sus velas, é intenta cortar la línea combinada por entre la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*.

Los dos navíos combinados arrojan sobre el *Victory* una granizada de balas.

Al mismo tiempo el general Cisneros manda meter en facha las gabias del *Trinidad* y cierra completamente el paso al almirante enemigo. Esta primera tentativa de Nelson no habia sido feliz: su navío habia sufrido quebrantos considerables, y se veia precisado á retroceder ante el gigante español y el almirante imperial. Pero el intrépido inglés no desiste de su propósito. Reforzado por el *Temerary* y el *Neptune*, hace virar á su navío sobre la popa del *Bucentaure*, que desgraciadamente estaba descubierta por hallarse sotaventado el buque que debia protegerla. Esta circunstancia hubiera podido ser muy funesta para los aliados, sin el denuedo y pericia del capitan francés Lucas, comandante del *Redoutable*. Este navío acude velozmente en auxilio de su almirante, pero el *Victory*, el *Temerary* y el *Neptune*, todos de tres puentes, se dirigen contra él y le envuelven en sus fuegos. El valiente Lucas se defiende con una obstinacion ejemplar, pero al hacer un movimiento de arribada para devolver sus descargas al *Temerary*, dejó descubierta la popa del *Bucentaure*, y por este hueco atravesó con la rapidéz de una flecha la mitad de la columna que dirigía Nelson, mientras la otra mitad hacia falsas demostraciones para contener á la vanguardia. Muy luego conocieron los ingleses que Dumanoir permanecia inmóvil, y entonces reconcentraron todas sus fuerzas sobre el centro, cebándose con particular ahinco en los tres navíos ya atacados, el *Redoutable*, el *Trinidad* y el *Bucentaure*.

Nelson habia realizado su bella y aventurada maniobra; los in-

gleses habian penetrado nuestra línea en los dos puntos mas importantes y circuian en una atmósfera de fuego nuestros mejores navíos; la batalla estaba decidida, un destello de gloria brilló en la erguida frente del gran marino, cuando una bala de fusil lanzada desde el *Redoutable*, vino á darle en el hombro izquierdo, produciéndole mortal herida. Cayó Nelson, y la tripulacion del *Victory*, embargada de estupor, permaneció algunos minutos inmóvil. Pero era preciso realizar la condicion que aquel hombre eminente habia prescrito; era necesario cumplir con un inmortal legado; era indispensable celebrar sus exequias completando la victoria que habia dejado tan brillantemente inaugurada. Todos los navíos ingleses redoblan sus fuegos con una energía inapreciable; pero en los combinados reina siempre una intrepidez homérica. Villeneuve, que no habia dado la menor prueba de entereza militar durante su deplorable mando, se convierte en héroe al sentir el contacto del peligro. Tres buques ingleses asestan á la vez sus baterías contra el *Bucentaure;* este pierde su arboladura y las dos terceras partes de la tripulacion, mas los que pueden permanecer en pié, sostenidos por las palabras y el ejemplo del almirante, aun se defienden con estrema bizarría. El *San Agustin*, español, el *Heros* y el *Intrépide*, franceses, vuelan al auxilio del *Bucentaure*, el último desde la estremidad de la vanguardia. Los ingleses arrojan en el combate nuevas fuerzas, y Villeneuve lucha sobre un casco inmóvil ya, rodeado de cadáveres y moribundos. El desgraciado almirante hubiera debido salvarse en la fragata *Hortense* afecta á su navío, mas el comandante de esta fragata, bien porque no pudiera arrostrar la fuerza contraria de los vientos, ó ya porque temiera penetrar en aquella atmósfera cuajada de balas, lo cierto es que no se aproximó al *Bucentaure*. Villeneuve arrió bandera cuando los elementos de resistencia se habian agotado, y no tuvo aun la triste satisfaccion de hallar una muerte gloriosa en medio de los mil peligros que habia arrostrado con tanto denuedo. Los ingleses honraron el valor malhadado de este almirante, pero no pudieron acallar los gritos de su conciencia ni desvanecer la negra melancolía que le precipitó en el suicidio.

En tanto que su centro y retaguardia sostenian la lucha con tanto

ardor, ¿qué hacia la vanguardia mandada por Dumanoir? Este contralmirante, atemorizado al principio por las hábiles evoluciones de los ingleses, quiso despues adelantarse en socorro de Villeneuve, pero viendo al *Bucentaure*, al *Trinidad* y al *Redoutable* próximos á sucumbir, quiso salvar sus buques, mas no pudo salvar su honra gravemente comprometida en esta ocasion. Los navíos españoles el *Rayo* y el *Neptuno*, desprendiéndose entonces de la vanguardia, hicieron fuerza de velas para proteger al *Trinidad* en sus momentos de agonía. Preguntó Dumanoir al comandante del *Neptuno*, D. Cayetano Valdés, á dónde dirigia su proa: «al fuego,» contestó el intrépido español, y en efecto, vino á lanzarse en lo mas encarnizado de la pelea.

Pero ya no era hora de salvar al *Trinidad*. Ya hemos dicho que este formidable navío, poniendo sus gabias en facha y estrechándose con el *Bucentaure* habia frustrado el primer pensamiento de Nelson. Cuando este ínclito marino revolvió osadamente sobre la proa del *Trinidad*, el general Cisneros mandó disparar una andanada tan de cerca y con tanto acierto que el *Victory* perdió gran parte de su arboladura, y acaso habria sucumbido, si el *Temerary* con una rapidez y arrojo indefinibles, no se hubiera interpuesto entre el almirante inglés y el coloso español, amenazando á tiro de fusil la aleta de estribor de este último. Poco despues el *Neptuno* vino á situarse sobre la aleta de vabor. Rendido el *Bucentaure* y fuera de combate el *Redoutable*, no obstante su heróica defensa, toda la furia del enemigo se reconcentró en el *Trinidad*. Es mas fácil concebir que esplicar la situacion de este navío pegado al almirante francés, y encajonado entre dos ingleses que le batian incesantemente. Los últimos rayos del crepúsculo se reflejaron pálidamente sobre el cadáver del gigantesco buque. Habia perdido todos sus palos, masteleros y jarcias; su casco estaba perforado por los balazos enemigos, y la bodega hacia mas de sesenta pulgadas de agua; cuatrocientos hombres yacian exánimes sobre cubierta, y entre ellos seis oficiales, y mas de doscientos habian sido heridos, casi todos de gravedad. El comandante Iriarte y el general Cisneros pertenecian á este número. El acto de la capitulacion fué una mera fórmula, porque el *Trinidad*, imposibilitado absolutamente de sostenerse, pertenecia de hecho al enemigo.

Desde que los ingleses realizaron su atrevido pensamiento, penetrando la línea franco-española, la batalla pierde su unidad imponente y queda convertida en ataques parciales de buques mas ó menos dislocados. Pero entre estos ataques hay algunos tan heróicos, tan fecundos en rasgos de inteligencia, de intrepidéz y de abnegacion, que pudieran por sí solos constituir la gloria militar del último pueblo de la tierra.

El *Bahama*, español, ocupaba el centro de la retaguardia. Era su comandante el brigadier D. Dionisio Alcalá Galiano, varon esforzado como pocos, cuya noble alma se elevaba con el majestuoso vuelo de la ciencia, y con el sentimiento del honor militar.

Héroe y sábio á la vez, viendo que se acercaban al *Bàhama* dos buques enemigos, dijo, dirigiéndose á su tripulacion y señalando la bandera: «Señores; estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» Acometido primero por dos y luego por tres navíos británicos, defendióse con un vigor mas alto que todo encarecimiento. Contuso y herido en la cara y la pierna izquierda, no dió muestras de abatimiento, antes advirtiendo que el *Bahama* declinaba un poco de su verdadera línea para defenderse mejor de un navío inglés que le acometia á barlovento, mandó orzar inmediatamente, prefiriendo privarse de un medio seguro é indispensable de defensa, á morir sin las apariencias de una retirada. ¡Nobles, pero inútiles esfuerzos del valor contra los rigores de la fortuna! Una de las muchas balas de cañon que cruzaban silbando aquella atmósfera enrojecida, arrebató la cabeza del ilustre marino.

Muerto Galiano, el *Bahama* se sostuvo todavía algun tiempo, hasta que desmantelado y acribillado á balazos, halló en los profundos senos del mediterráneo una sepultura que no podia profanar la victoriosa mano del enemigo.

Tan briosa y mas prolongada fué la resistencia que opuso otro de nuestros buques, el *San Juan Nepomuceno*, de setenta y cuatro cañones. Cerraba la estrema retaguardia y obedecia las órdenes del brigadier D. Cosme Damian Churruca, heróico marino que escribiendo pocos dias antes del combate á un amigo suyo, le decia: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, asegura



que he muerto.» Estas pocas palabras revelan bien el temple de aquel carácter digno de la antigua Esparta.

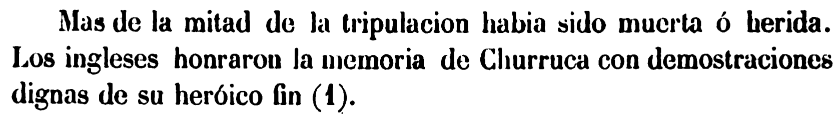
El *San Juan* fué atacado primero por tres, luego por cuatro, y últimamente por seis navíos ingleses. Entre ellos se hallaba el *Dreadnought*, navío de tres puentes, dotado de una actividad casi fabulosa en el juego de sus baterías.

Sin embargo, el *San Juan* sostuvo esta lucha temeraria durante cinco horas. Churruca parecia multiplicarse para acudir á todos los puntos donde fuera mayor el peligro, y desempeñaba con una inteligencia estraordinaria y un denuedo inaudito las funciones de jefe y de soldado. A la vez que espedia las órdenes mas oportunas por medio de la bocina, manejaba él mismo los cañones, preparaba la puntería y disparaba con un golpe de vista privilegiado, sobre el punto mas vulnerable de los enemigos. ¡Qué gloria para la marina española, y qué brillante apoteosis para el bizarro comandante del *San Juan*! ¡Seis navíos ingleses barloáronse con un solo español, que situado en la cola de la línea no podia ser socorrido por otro alguno, y sin embargo los atrevidos náuticos no intentaron una vez siquiera el abordage!

Pero el fin del ínclito Churruca se acercaba. Cuando volvia de disparar un cañon desde la proa de su buque, le alcanzó una bala enemiga en la pierna derecha, derribándole moribundo sobre el alcázar.

Pero vive aun algunos instantes para poder añadir un destello mas á su aureola de gloria. Apoyándose sobre la mano izquierda y blandiendo con la derecha su sable, dijo, volviendo el rostro hácia los que le acompañaban: «esto no es nada, siga el fuego.» En efecto siguió, pero la luz de aquella noble existencia se iba apagando rápidamente, y á breve rato de resignar el mando en el oficial mas antiguo, exhaló el último aliento. Habia cumplido un elevado propósito muriendo cuando su buque sostenia aun aquella lid tremenda con admiracion de sus mismos enemigos.

Sucumbió el *San Juan* cuando la mayor parte de sus baterías estaban desmontadas, cuando se habia inutilizado su timon y cuando solo le quedaba la vela de trinquete, insuficiente para emprender el menor movimiento.



Mas de la mitad de la tripulacion habia sido muerta ó herida. Los ingleses honraron la memoria de Churruca con demostraciones dignas de su heróico fin (1).

Casi todos los navíos españoles, el *Neptuno*, el *San Ildefonso*, el *Montañés*, el *Argonauta* y *San Agustin*, se batieron con una intrepidez ejemplar. La mayor parte de los franceses hicieron prodigios de valor, y solo la conducta del contralmirante Dumanoir arrojó un lunar sobre aquella gran desgracia tan brillante como la mejor victoria. Dumanoir, el *Formidable*, estuvo sin soltar un cañonazo durante el mas fuerte calor de la batalla, y cuando apenas pudo comprender que esta se habia perdido irremisiblemente, se pronunció en retirada, arrastrando con su ejemplo y con sus órdenes al *Mont-Blanc*, al *Duguay-Trouin* y al *Scipion*. Deparóle la Providencia pronta expiacion de su yerro, pues vino mas adelante á caer con sus cuatro buques en poder de aquellos mismos ingleses cuyo fuego no habia querido arrostrar al lado de sus heróicos compañeros.

En medio de tantos desastres y de tan dolorosas calamidades, aun tremola la gloriosa insignia de Gravina. El pabellon de Francia ha caido con su almirante; el pabellon de España no ha caido, no puede caer, porque le sostiene la invencible mano de Gravina. El hombre de corazon debe purgar sobre un territorio estranjero y enemigo los errores que cometiera antes de dar la batalla; el hombre de genio morirá gloriosamente, pero su cadáver no debe servir de trofeo á los afortunados ingleses.

Estos, conociendo bien cuanto les importaba humillar al *Príncipe de Asturias*, arrojaron sobre él desde un principio tres, y luego cuatro navíos que le batieron con una violencia sin igual. Solo el heroismo de Gravina pudo sostener durante cuatro horas este combate desesperado, cuando á su hermoso navío le faltaban ya los masteleros, las jarcias, las velas, y apenas podia gobernarle len-

(1) El casco del navío *San Juan*, dice el Sr. Marliani (Vindicacion de la armada española, pág. 320), se conservó por muchos años en la bahía de Gibraltar con su cámara cerrada y una lápida sobre la puerta con el nombre de Churruca en letras de oro. Si alguna vez se abria esta cámara para satisfacer la curiosidad de alguna persona de distincion, se advertia entrase en ella descubierto, como si se hallase presente el mismo comandante que con tanta gloria defendió el navío. Distincion asombrosa que hace patente el mérito estraordinario que los ingleses reconocian en nuestro héroe.



tamente. Por fortuna, abriéndose paso á cañonazos por entre los buques ingleses, pudieron prestar eficaz ayuda al *Príncipe* el *San Justo*, español, y el *Neptune*, francés, cuyo ejemplo siguen trabajosamente el *Rayo*, el *Montañés*, el *Leandro* y el *Asís* con algunos otros franceses, debilitados todos por considerables averías.

Nuevas fuerzas británicas afluyen al sitio del combate y mantienen en respeto á los buques combinados que habian acudido en auxilio del *Príncipe de Asturias*. Este buque se halla otra vez envuelto entre dos ingleses, el *Defiance* y el *Revenge*, y su situacion se hace sobremanera crítica. Apenas percibe las señales de socorro el *San Ildefonso*, se cubre de lona y se precipita con bizarro alarde al lado de su almirante, pero el *Dreadnought*, que acababa de abatir al *San Juan*, el *Thunderer* y el *Poliphemus*, siempre favorecidos por el viento, caen con terrible ímpetu sobre el *San Ildefonso* y el *Príncipe*. La accion entonces adquiere un auge estraordinario; centenares de proyectiles se cruzan y chocan en todas direcciones; mas de cuatrocientas piezas de artillería estallan á la vez con espantoso estrépito, en un ámbito reducido. Gravina, sereno é infatigable, prodiga su persona á los mayores peligros; las balas no respetan la existencia de este grande hombre, y una de ellas le hiere mortalmente en el brazo izquierdo. El general Escaño queda tambien herido de gravedad. Pero mientras el sublime Gravina conserva un soplo de vida, la bandera española ha de agitarse altiva é independiente; la desgracia misma parece retroceder ante un valor tan inmenso. Efectivamente, el viento empezó á tornarse mas favorable, y bajo su benéfico influjo remolcaria el *San Ildefonso* que sin palos ni velas iba á caer en manos del enemigo. Menos afortunado el *Aquiles*, francés, que peleaba cerca del *Príncipe*, fué invadido simultáneamente por las llamas y por la metralla inglesa. En este terrible conflicto, muerto su valeroso comandante Neuport, la tripulacion, colocada en la dolorosa alternativa de perecer en el incendio ó entregarse al enemigo, optó por la determinacion mas gloriosa, y se fué á pique con el buque sin que se salvara un solo hombre.

Ya no era posible sostener la batalla, pero podia hacerse una retirada honrosa é imponente. El magnánimo Gravina, mostrándose superior á sus acerbos dolores, desde el lecho de la muerte mandó

poner sobre el único palo que quedaba á su navío, la señal para que se le reuniesen cuantos buques se hallaran en disposicion de efectuarlo. El *Pluton*, el *Neptuno*, el *Argonauta*, el *San Leandro*, el *San Justo*, el *Montañés*, el *Rayo*, españoles, el *Neptune* y el *Indomptable*, franceses, siguen las aguas del *Príncipe de Asturias*, y se recogen al puerto de Cádiz bajo las frias sombras de la noche. Los ingleses habian quedado tan maltratados que no se atrevieron á perseguirlos.

Al dia siguiente algunos de estos buques levaron ancla para dar caza al enemigo y represar los navíos que este llevaba á remolque. Lograron efectivamente rescatar entre otros el *Santa Ana*, mas los rigores del temporal que sobrevino poco despues, no solo impidieron obtener mayores resultados, sí que tambien destrozaron completamente á varios de los buques salvadores. Gravina falleció de sus heridas el 9 de marzo, á los cuarenta y nueve años de edad. La fortuna se habia mostrado en esta parte equitativa y compensadora. Un marino de su genio y de su temple no debia sobrevivir á la ruina de nuestra brillante armada.

Así terminó la tristemente célebre batalla de Trafalgar. Ambos beligerantes esperimentaron en ella pérdidas enormes. Perdieron los combinados diez y siete navíos y dos mil quinientos hombres. La flor de la oficialidad, tanto española como francesa, pereció en este malhadado combate. Los nombres de Churruca, Galiano, Alcedo, Magon, Beaudouin, Poutain, Camas y Newport, merecen pasar á la posteridad con la aureola que acompaña siempre al mérito desgraciado. Los ingleses tuvieron ocho navíos perdidos y nueve desarbolados; sus tripulaciones se mermaron casi del mismo modo que las aliadas. Las dos escuadras enemigas quedaron completamente destrozadas; asemejábanse á dos colosos heridos mortalmente, uno de los cuales se agita sin embargo sostenido por el galvanismo de la victoria

Cuando se discurre atentamente sobre la direccion y desenlace de esta batalla, no sorprende la derrota de los combinados porque esta era una consecuencia lógica de las causas que militaban respecto á las dos escuadras enemigas, sino el denuedo heróico que mostraron en aquel trance supremo españoles y franceses. La moral



de unos y otros, y especialmente de los primeros, estaba profundamente alterada; todos, desde el almirante Gravina hasta el último hombre de los equipages, comprendia la ineptitud de Villeneuve para tamaña empresa; todos notaban los defectos de nuestra línea; todos deploraban la temeridad de luchar á un tiempo con los vientos y con un enemigo muy superior en maniobras. Y no obstante la Inglaterra tuvo que inmolar una de sus escuadras mas brillantes y al grande hombre que constituia su orgullo y su defensa, al logro de un triunfo casi estéril en resultados (1). Ante este hecho tan elocuente es imposible reprimir una sensacion de noble orgullo y se desea ardientemente arrojar una piedra en la orilla de aquel cabo para levantar un monumento á los héroes que combatieron en Trafalgar del modo que hacian los lacedemonios en las Termópilas para eternizar la memoria de Leonidas y sus ínclitos compañeros.

(1) Los ingleses solo lograron conducir á la bahia de Gibraltar dos de los navíos apresados, porque los demas se fueron á pique en esta corta travesía. ¡Tales y tan terribles eran los deterioros que habian esperimentado durante el combate!

FIN DEL TOMO V.



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



LIBRO II.

SUCESOS QUE TUVIERON LUGAR EN EL REINADO DE LA CASA DE AUSTRIA.

CAPITULO XXIX.

1661.—1700.

LIBRO III.

REINADO DE LOS BORBONES.

CAPITULO PRIMERO.

1701.—1716.

CAPITULO V.

1746.—1788.

CAPITULO VI.

1701.—1788.

CAPITULO VII.

1793.—1795.

CAPITULO VIII.

1796.—1806.



LÁMINAS.